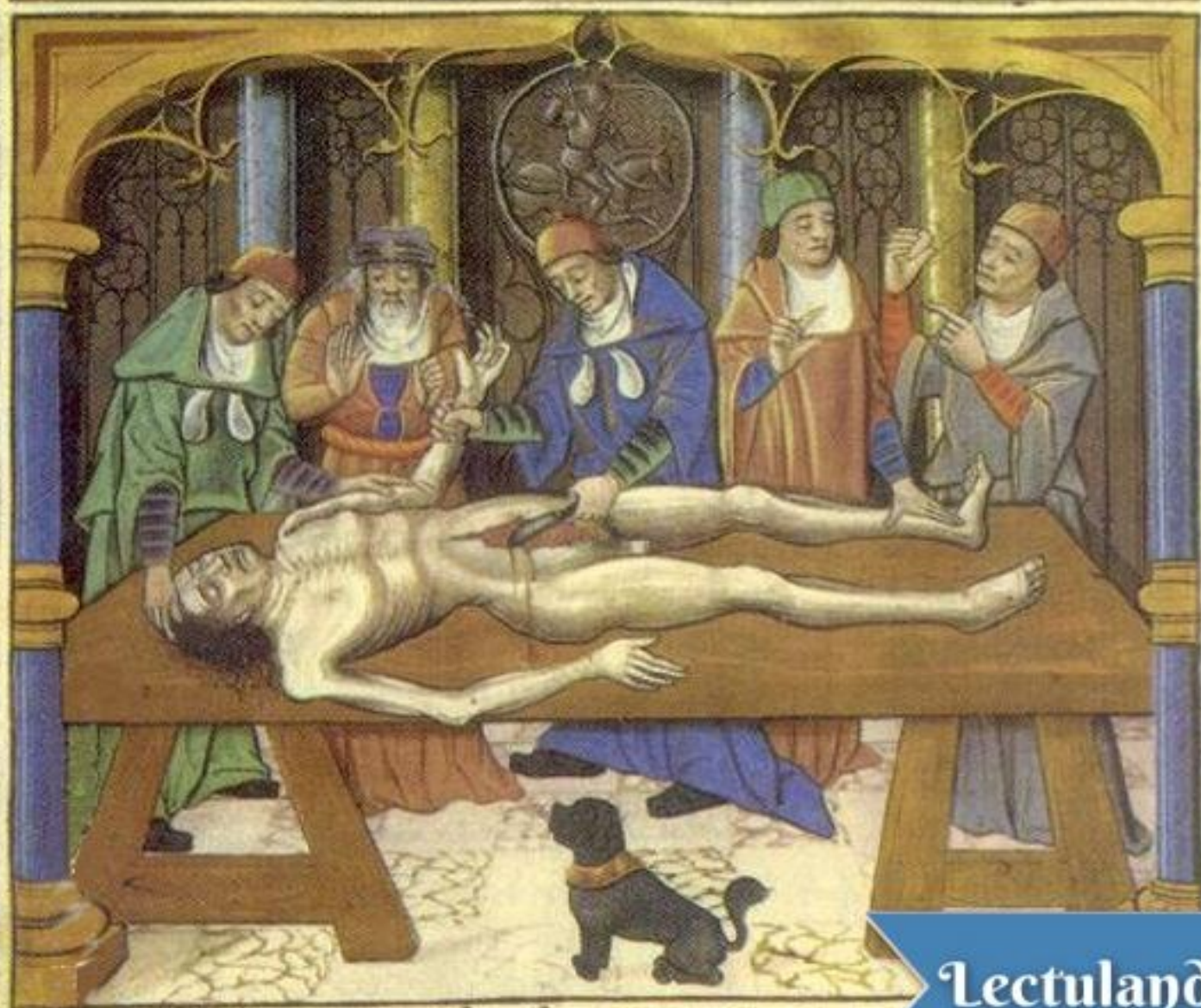


ANN BENSON

— *La* —  
**PLAGA**



Lectulandia

¿Qué ocurre cuando la peste bubónica, ausente durante tanto tiempo del mundo moderno, reaparece en la sociedad del siglo XXI? La plaga urde con brillantez dos relatos paralelos.

En el siglo XIV, el médico Alejandro Canches se salva de ser ejecutado por realizar una autopsia y en su huida recorre la Europa de la Peste Negra. Finalmente es enviado, contra su voluntad, a la corte de Eduardo III de Inglaterra para combatir la epidemia.

En dramático contrapunto, la arqueóloga y médica Janie Crowe llega a la Inglaterra del siglo XXI e involuntariamente, provoca la difusión de una mortífera bacteria en un mundo que no está preparado para combatirla. En un futuro en que los antibióticos han perdido toda eficacia y un pasado dominado por el terror, estos dos héroes, muy a su pesar, se ven unidos por la historia.

Primer libro de tres de la doctora Janie Crowe, serie que en original se publicó como *The Plague Tales* [Historias de la peste]

**Lectulandia**

Ann Benson

# **La plaga**

**Janie Crowe, 1**

ePub r1.0

Samarcanda 09.02.14

Título original: *The Plague Tales*, .

Ann Benson, 1997

Traducción: Jofre Homedes

Editor digital: Samarcanda

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

**S**osteniendo un libro viejo contra el pecho, Robert Sarin se sentó con tiento en una desvencijada mecedora de madera y movió sus miembros entumecidos hasta alcanzar una postura más o menos cómoda. A continuación puso el libro encima de sus piernas y colocó ambas manos en la tapa, palpando la agrietada encuadernación de cuero. Al tiempo que imprimía a la silla un suave balanceo, meditó febrilmente sobre cómo arreglárselas para pasar el día siguiente, y todos los sucesivos, sin topar con algún problema tan grave como imprevisible. Dirigió una mirada inexpresiva a la anciana que, tendida en el lecho, contemplaba a su vez fijamente el techo de paja, como si buscara el rastro de algún sucio animalillo lo bastante imprudente para hacer acto de presencia en su impoluto hogar.

«¡Fuera de aquí, rata maldita!», solía decir la anciana cada vez que un roedor se paseaba desprevenido por sus dominios; y, pese a haber llegado él mismo a la vejez, el hijo que la estaba velando recordaba aún el tono vengativo con que su madre reía al planear el fin del intruso. A veces, de niño, la fuerza de voluntad de aquella mujer lo había asustado hasta el extremo de tener que esconderse debajo de esa misma cama, y asomar después una tímida cabecita para echar un vistazo al techo de paja.

Recordó que las ratas se iban, en efecto, y siempre con una celeridad muy apropiada, pues su madre por aquel entonces no era mujer que se anduviese con menudencias; de hecho, ni siquiera el estado de postración de su décima década de vida había podido con su aguda perspicacia, pese a lo traslúcido de su piel y lo apagado de su mirada. Ya a punto de morir, seguía aferrándose a la vida con la fiereza y tenacidad de quien se ve abocado al abismo antes de tiempo, de quien haría trizas las campanas antes que dejarlas doblar a muerto. No, todavía no estaba preparada para saltar al vacío; ni lo estaría nunca, pensó su hijo con tristeza. Más de una vez le había oído decir con crispación y amargura que todavía no había completado su misión en la tierra. Sarin le tenía miedo, pero también estaba seguro de contar con su amor. Su madre se lo había enseñado todo, y no estaba preparado para perderla.

Viendo transparentarse las venas en su piel apergaminada, se extrañó de que las membranas de su corazón, frágiles como el papel, siguieran manteniendo en esas venas el color azul de la sangre. El rostro de la anciana, tan terso en su juventud, había quedado convertido en un amasijo de pliegues y arrugas punteado por las extrañas y oscuras excrecencias de la edad, manchas de carne marrón que un buen día aparecían sin ser llamadas e invitaban a otras semejantes a unirse a ellas sin contemplaciones. El pecho de la anciana subía y bajaba de forma casi imperceptible, y los altos y bajos de su respiración quedaban separados por intervalos cada vez más

largos. Sarin era consciente de que acabarían por serlo tanto que el ritmo ya no podría ser sostenido.

¿Nada más que eso? ¿Sólo es un problema de ritmo?, se preguntó, convencido de que hacía falta algo más para dar fin a casi un siglo de constancia. Sacó del libro una pluma que hacía las veces de punto y la acercó a la boca y nariz de su madre. La tenue respiración de la moribunda la hizo temblar un poco; después de unas espiraciones más largas y entrecortadas, la pluma quedó inmóvil. Robert la sostuvo hasta que, transcurridos unos instantes que se le antojaron larguísima, acabó por convencerse de que su madre había fallecido. Entonces inclinó la cabeza y lloró en silencio, dejando caer lágrimas sobre la tapa mohosa del libro.

Después de un rato, alzó la vista y miró más allá del cuerpo inmóvil de la anciana, fijándose en la ventana de la pared de enfrente. Varios pares de ojos miraban hacia dentro, distorsionados los rostros por irregularidades en el cristal. Sarin los fue mirando uno a uno, advirtiendo en todos ellos una expresión inconfundible de miedo e incertidumbre. Para ellos, su madre había sido adalid y protectora; una vez muerta, Robert Sarin debería haberse convertido en nuevo defensor de la causa, pero su traumático nacimiento le había impedido heredar las capacidades mentales de su madre; por eso, antes de emprender el último viaje, la anciana había dispuesto que fueran ellos quienes lo defendieran a él.

Según había dicho a su hijo, aquel libro contenía todo lo necesario para llevar a buen puerto la tarea que iba a tener que realizar. Robert Sarin miró el mohoso volumen y, a punto de abrirlo, se dio cuenta con pavor de que había extraído la pluma que señalaba la página por la que su madre le había ordenado empezar. Se sonrojó, lleno de miedo y vergüenza por haberle fallado. ¿Cómo podía haber perdido la página? ¡Con el cuidado que había puesto su madre en indicársela!

Empezó por el principio y, farfullando por lo bajo, fue pasando páginas y más páginas, examinando el antiguo manuscrito en busca de palabras reconocibles. En las primeras páginas, el negro original de la tinta se había convertido en un marrón desleído, no mucho más oscuro que el papel sobre el que había sido aplicada siglos atrás. Costaba distinguir las palabras, escritas con una letra de trazos largos y aspecto extranjero, en un idioma que Sarin seguía sin entender, pese a los reiterados intentos de su madre por enseñárselo. Maldiciendo su estupidez, hojeó el libro con impaciencia hasta llegar a una lengua que le resultó más familiar; la tinta era más oscura, aunque no tanto como en las anotaciones más recientes. Sólo inició la lectura cuando vio que la tinta era negra como el carbón, todavía nítido el trazado de las letras, y que la caligrafía pertenecía a la mujer cuyo cadáver yacía en el lecho junto a él. Leyó poco a poco y con atención, procurando entender hasta el último detalle, movido por el deseo fervoroso de no cometer errores cuando llegara el momento.

Su madre le había dicho que le esperaba otra tarea, algo que exigiría más de él, y que el libro contenía todo lo necesario; esa tarea le correspondería a él por el simple motivo de que no se le había presentado a ella, si bien la anciana no supo decir cuándo sucedería. El mayor deseo de Robert Sarin era hallar en sí el valor y la fuerza necesarios para llevar a buen puerto su cometido, como habría hecho ella llegado el caso. Volvió a fijarse en quienes miraban por la ventana y les dirigió un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Los espectadores repitieron el gesto en señal de complicidad.

Sarin pensó que ya era algo. Rezó por que fuera suficiente.

# CERO

*Abril de 2005*

**D**e pronto, cuando Janie Crowe empezaba a sentirse a gusto, se produjo un fallo en el mecanismo del mundo y todo llegó a un lamentable punto muerto.

—¿No le parece irónico que el motivo fuera tan simple? —dijo su vecina de asiento en el avión, con una voz que adquirió un tono nasal al pasar por el pequeño micrófono de la máscara protectora—. Imagínese la de desastres que podrían haber ocurrido: un accidente nuclear, el choque de un cometa contra la Tierra, un grupo terrorista con un cargamento de armas químicas... ¿Hizo falta algo tan drástico? No, señora; bastaron unas tontas bacterias.

—¡Hay que ver! —replicó Janie con sequedad, esperando que su tono de voz tradujera la falta de interés que sentía. ¿Cuándo dejaría aquella pesada de contar desgracias y hacer recuento de todo lo desagradable que había sucedido desde las Epidemias? ¿Cuándo dejaría de gimotear? Previendo la posibilidad de verse sometida a una segunda parte después de comer, Janie decidió que si se daba el caso echaría mano de alguna de sus anécdotas favoritas sobre las Epidemias. Estaba segura de que eso reduciría las molestias de su vecina a meras trivialidades.

El avión prosiguió su accidentado vuelo a través del Atlántico, rumbo a Londres. Cáncer ya no hay, pero lo que son turbulencias..., pensó Janie. Imprimiendo a su paso una seguridad que cuadraba mal con las sacudidas del avión, un azafato recorrió lentamente el pasillo, dando a cada pasajero una cajita cuadrada de suplemento alimenticio cuyo fin era suprimir el hambre; a escasa distancia, un compañero suyo distribuía lo que las compañías aéreas llamaban «dispositivo estéril de ingestión», eufemismo médicamente correcto para lo que en tiempos se había llamado pajita de plástico. Janie tenía cuarenta y cinco años, y era demasiado joven para recordar la época en que las pajitas eran rollos de papel de cera; para ella, las pajitas eran de plástico desde siempre, aunque estaba segura de que en alguna época se habrían usado de paja; dado su nombre, resultaba lógico. Movié la cabeza y suspiró, pensando que todo cambia, y pocas veces para bien.

Miró de reojo a su vecina, que se había callado de repente. Vio que introducía un extremo de la pajita en un agujero de goma abierto en la base de su máscara esterilizada, y, tras empujarla lo suficiente para alcanzarla con los labios, pasaba el otro extremo por una pequeña junta en la tapa de la caja, junta que al ajustarse formó



un sello hermético. La mujer se puso a chupar con deleite, emitiendo una serie de ruidos bastante sugestivos que Janie oyó a través del casco; advirtiendo la expresión de Janie, la mujer se apresuró a apagar su transmisor de sonido y, dirigiendo a su vecina una sonrisita avergonzada, volvió a concentrarse en su ritual de ingestión, sin ruidos esta vez.

Muy bien, pensó Janie; así te estarás calladita un buen rato. No sabes la suerte que has tenido, amiga; llegas a darme la vara otra vez e igual no tengo más remedio que contarte mis problemas, como por ejemplo lo buena cirujana que era, lo estupenda que era mi difunta familia, y lo poco comprensiva que fue la burocracia al obligarme a que me reciclara; total, que a mi edad estoy sola y vuelvo a estudiar.

Después de apagar el mecanismo auditivo del casco, Janie la emprendió a su vez con el almuerzo líquido. El silencio le dio la impresión de estar bajo el agua; percibía algunos ruidos, pero el sello hermético los amortiguaba. El aire esterilizado del casco era mal transmisor de sonidos. Cerrando los ojos, imaginó hallarse en un alto bosque de coníferas cuyo silencio sólo era perturbado por el canto de algún que otro pájaro y el zumbido de los insectos; recurrió para ello al recuerdo de sus excursiones de infancia. Se respiraba una calma deliciosa.

Distinta suerte corrían los azafatos, obligados a oír la fricción de duras superficies de plástico que acompañaba a los esfuerzos de los pasajeros por ponerse cómodos en sus trajes esterilizados, pesado e incómodo atavío creado para mantener a raya a toda bestezuela microscópica que, salida de América, pretendiera invadir la única zona superviviente de lo que en tiempos había sido el Reino Unido. El ruido era casi tan irritante como el de rascar una pizarra. Para quienes tenían la desgracia de supervisar el confort y esterilidad de los pasajeros, todo vuelo transoceánico se asemejaba a una extraña sinfonía de crujidos.

Los viajeros hacían cola fuera de la zona de aduanas del aeropuerto de Heathrow. Por enésima vez desde que aguardaba su turno, Janie miró hacia arriba e inspeccionó en detalle al biopolicía de uniforme verde que llevaba dos horas en la plataforma casi sin moverse, manteniendo su rifle químico en la misma posición de disparo. Apuntaba directamente a la fila de llegada, y nunca se apartaba del blanco. Janie vio que se llevaba la mano a un lado de la cabeza para ajustar el volumen de los auriculares. Tras unos instantes de atenta escucha, el policía volvió la vista hacia una puerta de la que, transcurridos un par de segundos, salió otro biopolicía que se acercó al primero por la pasarela. Tras cruzar unas pocas palabras, el primer biopolicía se alejó, dejando que el segundo apuntara su rifle en la misma dirección.

Janie dio un suave codazo a la mujer que estaba junto a ella, la misma que la

había acosado verbalmente durante el vuelo, y cuyo aburrimiento llegaba al extremo de memorizar los mensajes que se sucedían delante de ellas en una gigantesca pantalla de televisión. La mujer se volvió.

—Mire —dijo Janie señalando la plataforma—: Cambio de guardia en el palacio de Buckingham.

Por fin, después de tres horas de cola, Janie accedió a un empleado de aduanas, hombre maduro de rostro pétreo que olía a ajo y parecía necesitar con urgencia un remedio contra la acidez.

¡Qué asco de trabajo!, pensó Janie, imaginando por unos instantes que su grado de mala suerte en la lotería del reparto de tareas médicas hubiera llegado al extremo de obligarla a trabajar en aduanas o similares. De pronto su situación se le apareció bajo una luz más positiva: por lo menos, una vez obtenida su titulación forense, el nuevo empleo le permitiría ejercer parte de sus conocimientos previos en cirugía. El cometido que la llevaba a Londres suponía el último paso antes de acceder al proceso final. La aceptación de su solicitud de título supondría el inicio de una nueva vida, libre de todo recuerdo de la anterior. Las piezas resquebrajadas de la Janie Crowe de antes estaban siendo sustituidas una a una por piezas nuevas, las de una persona a punto de nacer. Según el día, a Janie el cambio le parecía bien o mal; a veces el hecho de que las piezas estuvieran rotas no la eximía de sentir la transformación como una muerte lenta. Se encontraba demasiado cansada para averiguar qué clase de día estaba resultando aquél.

Obedeciendo una señal, el grupo se acercó a una larga mesa donde las maletas y cajas de Janie aguardaban la inspección. Un agente le preguntó:

—¿Cuál es el motivo de su visita?

—Realizar investigaciones científicas. Excavaciones arqueológicas.

—¿Cuál es el objetivo de esas investigaciones?

—Estoy acabando mi formación en arqueología forense.

—¿Y cuánto tiempo permanecerá en nuestra hermosa isla? —preguntó el agente con una sonrisa.

Janie lo entendió como una invitación a que se equivocara de respuesta, pero estaba preparada para la pregunta, gracias a las indicaciones de un funcionario del Departamento de Viajes al Extranjero de Estados Unidos a quien había sobornado con generosidad para que la ayudase a suavizar el difícil proceso de obtener un permiso de desplazamiento transoceánico después de las Epidemias. Dio la respuesta

que la perjudicaba menos.

—Si todo va bien, unas tres semanas.

Vio borrarse la sonrisa del rostro del agente, que veía alejarse la oportunidad de tomar las huellas corporales a un viajero desprevenido. El pobre hombre tenía la desilusión pintada en la cara.

—Bien —dijo—, pero si su visita supera las cuatro semanas tendrá que informar al Ministerio de Identidad para que le tomen las huellas corporales. Piense que tendríamos que extenderle una tarjeta, y que para eso hacen falta las huellas.

El agente le tendió un folleto, aconsejándole su lectura.

—Aquí tiene el reglamento para visitantes extranjeros —dijo—. Se la hace responsable de todo el material, de modo que por favor léalo atentamente.

Acto seguido examinó el contenido de las maletas. A Janie todo el tema de las regulaciones le parecía gracioso, pero su alegría se esfumó al ver que le estaban confiscando el dentífrico, el desodorante y la crema hidratante. También la laca, el champú y el acondicionador acabaron en la bolsa de plástico amarillo para cuarentena. Le dieron a escoger entre pagar por su almacenamiento a corto plazo y reclamar los objetos al salir del país, o permitir que fueran destruidos en condiciones de bioseguridad. Tras calcular los costes de almacenamiento, Janie optó por la destrucción.

—Me acercaré a alguna tienda de Londres a comprar recambios —dijo al funcionario.

Éste sonrió amablemente, pero Janie no dejó de advertir el regocijo con que eliminaba aquellos artículos tan caros. Siguiendo con la inspección de los artículos personales, extrajo una botellita de acetaminofeno y la colocó a un lado, lejos de los demás objetos confiscados.

—¿Qué pasa con el acetaminofeno? —preguntó Janie.

—Aquí sólo se compra con receta. La aspirina y el ibuprofeno también.

Janie miró al agente con cara de incredulidad.

—Las normas no las he hecho yo, señora; sólo procuro que se cumplan. Si quiere, pregunte al que la atenderá después de mí.

Una vez vaciado su equipaje personal, el agente abrió la caja que contenía el equipo de excavación de Janie y lo examinó durante unos minutos, mientras su dueña asistía al proceso conteniendo la respiración.

Finalmente, el hombre dirigió a Janie una expresión que parecía decir: «Lo que me faltaba». Sacó el *walkie-talkie* y dijo:

—Por favor, que traigan el escáner.

Janie dejó de contener la respiración y empezó a susurrar una sarta de duras invectivas cuyo fin no era precisamente transmitir aprecio por los desvelos del agente en torno a la seguridad de sus compatriotas. Su estómago vacío, que ya había digerido hacía tiempo el alimento líquido del avión, emitió un borboteo de protesta por el retraso añadido.

Un policía de uniforme verde salió de una puerta cercana empujando un escáner portátil con ruedas. Una vez colocado al pie del mostrador, el agente de aduanas pulsó unos botones y los rodillos entraron en acción, haciendo que el escáner pasara directamente por encima de la mesa y de los objetos que descansaban en ella.

Mientras contemplaba la operación, Janie susurró para sus adentros: Por favor, que no suene la alarma... Que no encuentre nada... Y así fue, por fortuna: ni bacterias sin catalogar, ni parásitos, ni hongos, ni virus. Cuando más segura estaba Janie de su victoria, el hombre decidió prolongar su agonía formulando una serie de preguntas acerca de lo extraño de la selección de herramientas.

A medida que señalaba diversos objetos, Janie fue contestando:

—Equipo de topografía. Micrómetro. Bolsas de bioseguridad. Protector de ojos. Guantes de bioseguridad. Perforador de tierra.

El agente hizo un alto en el proceso, cogió con sus manos enguantadas el tubo de metal de un metro de largo y lo examinó desde todos los ángulos. Se trataba de una versión gigante del utensilio de jardinería para plantar bulbos de tulipanes y narcisos, y pareció suscitar su curiosidad.

—Mi madre tiene uno igual, aunque un poco más pequeño —comentó.

Tu madre tendrá un Mickey Rooney, pensó Janie, pero yo tengo un Kareem Abdul Jabbar. No juegan en la misma liga.

No obstante, sonrió con amabilidad y dijo:

—¡Hombre, qué bien! Cuando viajas da gusto conocer a gente que comparte tus intereses.

El comentario pareció complacer al agente, que sonrió a su vez y dijo:

—Bien, creo que eso es todo. Puede llevarse sus cosas por esa puerta de ahí. — Señaló a la izquierda—. Póngase en la cola de inspección médica.

Mientras Janie cerraba las cajas, el agente se despidió de ella con un gesto de la mano.

—Espero que tenga buena estancia —dijo.

Janie le devolvió el saludo y dio media vuelta. Al dirigirse a la fila siguiente junto

a otros miembros de su grupo, murmuró: «Ojalá no salga nada», a sabiendas de que difícilmente iba a darse el caso.

La espera se repitió, aunque esta vez la cola parecía moverse más deprisa. Janie, que avanzaba medio sonámbula, echó un vistazo a su reloj. Más de veinticuatro horas..., pensó. Lo que daría por estar en posición horizontal. Sus ojos entrecerrados se fijaron en quienes la precedían, y, cansada, fue viendo cómo uno tras otro los pasajeros presentaban los papeles al inspector antes de tenderle la muñeca izquierda; el agente, que llevaba guantes, se la desinfectaba haciéndola pasar a toda prisa por una luz azul, y acto seguido introducía la mano entera en la abertura frontal de su pequeño ordenador. Viéndolo, Janie se acordó de una anticuada máquina de predicción del porvenir. Pensó con nostalgia en la que había adornado el vestíbulo de su residencia, en la facultad de medicina. ¡A qué estupendas conversaciones había dado pie aquel artefacto!

Cada vez que examinaba a un viajero internacional, el sistema Infodoctor de Heathrow cargaba el coste del proceso en la cuenta del país de origen del usuario. El cargo constaría en la cuenta americana de los viajeros a un día de su llegada a Inglaterra, y Janie se alegró de que en ese momento las tasas de cambio, sujetas a tantas variaciones, le fueran favorables. Durante la espera observó que sólo había un agente pero sí varias máquinas. La cola era muy larga; todo el flujo de viajeros que se había diversificado por los abundantes mostradores de aduanas se veía encauzado hacia una única fila. Janie lo comparó al túnel Sumner de Boston; o bien a un coágulo de sangre, con plaquetas acumulándose en torno a la obstrucción.

—Parece que hoy van cortos de personal —comentó a la mujer que tenía detrás, y que acompañó su asentimiento con un bostezo.

Al fin llegó el turno de Janie.

—Pasaporte o tarjeta, por favor —dijo el agente.

Como todavía no había obtenido la tarjeta, Janie le tendió su pasaporte. Después de hojearlo, el agente dijo:

—¿Cuál es el motivo de su visita, señora Crowe?

Janie dejó caer los hombros con fatiga, pensando: Me suena. Sin embargo, prefirió no irritar a aquel hombre con protestas, y se limitó a repetir lo que ya había dicho.

El hombre introdujo algunos datos de su pasaporte en el ordenador, y casi al instante apareció en pantalla su historial de salud y viajes.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse entre nosotros?

Hambrienta, exhausta y cada vez más impaciente, Janie se sentía a punto de estallar, pero hizo un esfuerzo por conservar la calma. Tú síguete la corriente, Crowe, se dijo. Casi estás en la meta. Así pues, una vez más se mostró amable y proporcionó la información que le pedían.

—Gracias, señora. Por favor, enséñeme la muñeca...

Janie se desabrochó la manga de la blusa y tendió la muñeca derecha. La luz de desinfección era sorprendentemente fría; sin saber muy bien por qué, Janie había esperado sentir calor. Era una sensación casi agradable, al menos hasta que el hombre le cogió el brazo y lo colocó en la abertura de la máquina; entonces, sintiendo el miedo de todo cirujano a recibir heridas en la mano, Janie tuvo que respirar hondo para no ceder al pánico y retirarla. Una abrazadera de metal flexible le atenazó la muñeca, adecuándose automáticamente a su tamaño y forma. Una vez realizado el ajuste, el hombre pulsó unas teclas.

—Ya está lista —dijo. Al notar que le pasaba corriente, Janie se puso tensa. Sólo duró un segundo, al término del cual el funcionario dijo—: El resultado no debería tardar.

Janie volvió a relajarse. La máquina seguía sujetándole la muñeca, pero ya no la sometía a las pruebas y lecturas anteriores.

Un papel emergió silenciosamente de una rendija situada en la base del panel frontal. El hombre tiró de él y lo sometió a un rápido examen.

—Una salud de hierro —dijo sonriente—. Todas las vacunas exigidas y ninguna enfermedad infecciosa. —Añadió entonces, con pérfida sonrisa—: Y no está embarazada.

Janie lo fulminó con la mirada, al tiempo que un movimiento automático de la abrazadera liberaba su muñeca. ¡Pedazo de capullo!, pensó. Sabes perfectamente que estoy esterilizada. Lo tienes en la pantalla.

—Siguiente —dijo el hombre.

La mujer de detrás de Janie avanzó unos pasos.

Mientras volvía a abrocharse la manga, Janie vio cómo el hombre sometía al mismo jueguito a su sucesora. Al declararla vacunada, no infecciosa y no embarazada, Janie se fijó en el «Dr.» que precedía el nombre del funcionario en la placa de identificación. ¡Dios, por favor, rogó en silencio, que nunca me toque a mí! Antes que hacer eso me muero. Poco antes de que el hombre llamara al siguiente, se acordó de preguntarle por las aspirinas, según le habían sugerido antes.

Una risa sarcástica precedió a la respuesta.

—De algún sitio tienen que sacar el dinero los laboratorios farmacéuticos, ¿no? Como ya no pueden fabricar antibióticos, han convencido a las autoridades de que los analgésicos que se compraban sin receta no son tan seguros como se decía. Han conseguido que salgan un montón de normas nuevas, y claro, ahora han subido los precios, porque los fabricantes tienen que recuperar el coste de tratar con los organismos de regulación. ¡Viva la burocracia! Si quiere una aspirina tendrá que conseguir receta antes.

Después de poner el sello en los documentos de entrada de la última mujer, el hombre se los devolvió.

—Ya no falta nadie —dijo—. Para salir, sigan la raya amarilla.

El grupo de Janie se alejó de la zona Infodoctor, y cada uno de sus integrantes dedicó unos minutos a reorganizar sus pertenencias. En el área que acababan de abandonar se oyó a alguien proferir exclamaciones de enojo; todos se volvieron y vieron a un joven pugnar por soltar la muñeca de la máquina. El funcionario indicó a los que hacían cola que se apartasen del Infodoctor, y los acompañó a una de tantas máquinas sin utilizar cuya presencia ya había advertido Janie. Una vez despejada la zona, el hombre habló por un *walkie-talkie* y se apartó. Del suelo de la zona de inspección no tardaron en salir cuatro paredes que encerraron al Infodoctor con su irritado cautivo. No bajarían hasta llegar los biopolicías y llevarse al joven para un «examen más detallado». Haciendo caso omiso de las súplicas del sospechoso, el hombre dijo:

—¡Siguiente!

Una pasajera se aproximó con nerviosismo a la máquina adyacente. Janie miró a la mujer que tenía al lado y, dirigiéndole una mueca sarcástica, comentó:

—A lo mejor estaba embarazado.

Dicho lo cual, salió a buscar a la persona que tenía que estar esperándola.

## *Alcañiz, Aragón, 1348*

Alejandro Canches se limpió el sudor de la frente con un brazo manchado de barro, dejando un rastro de suciedad. A su lado, clavada en un montón de tierra, había una pala de hierro de gran calidad, espléndida herramienta fuera del alcance de quien careciera de los medios de Alejandro; era, sin embargo, demasiado pesada para una noche de tanto calor como aquélla. Alejandro apoyó un brazo en el mango de la pala y descansó su cuerpo en ella, tomándose un pequeño respiro. Deseó con todas sus fuerzas haber podido dejar aquel trabajo para una época del año menos calurosa; por desgracia, era imposible.

Canches, médico de profesión, vio asomarse al agujero a su aprendiz, que, hecho un manojo de nervios, permanecía pendiente de posibles visitas no deseadas. Cogió la pala y volvió a hincarla rítmicamente en el suelo. El agujero se fue haciendo más profundo, más alto el montón de tierra, y, finalmente, el extremo de la pala topó con algo duro, transmitiendo una fuerte sacudida a los doloridos hombros y encorvado espinazo de quien la manejaba. Alejandro se apresuró a poner la pala a un lado e indicar al chiquillo que se metiese en el agujero. Apartaron la tierra con movimientos rápidos de ambas manos, esperando haber llegado por fin a la caja de madera, meta final de sus esfuerzos clandestinos.

De pronto el aprendiz gritó y juntó las manos con fuerza. Alejandro dejó de cavar y cogió la mano del chico; localizó a tientas una astilla grande clavada en medio de la palma, pero la niebla y la oscuridad le impidieron verla.

—¡Chis! —ordenó al chico—. ¡Como nos descubran haciendo esto, ni a ti ni a mí volverán a hacernos falta las manos! ¡Olvídate un rato de que te duele y vuelve al trabajo! Ya te cuidaré la herida cuando hayamos vuelto a la consulta.

Alejandro no vio la rabia con que lo miraba el chico, que logró sobreponerse al dolor y reanudar sus esfuerzos, apartando terrones a regañadientes y sintiendo crecer el encono hacia aquel hombre que no se daba cuenta de lo mal que lo estaba pasando.

—¡Aquí! —exclamó el médico. Sólo unos centímetros de tierra lo separaban de su trofeo—. ¡Ayúdame a desenterrar esto!

Entre los dos desenterraron una parte reducida de la superficie de la caja, justo donde se unían la tapa y uno de los lados. Los dedos de Alejandro exploraron el



borde hasta localizar una rendija; entonces, con una sonrisa triunfante que permaneció oculta en la oscuridad, cogió la pala y la metió en la estrecha grieta con la esperanza de que se desprendiesen los clavos. Por desgracia, la madera todavía no se había podrido lo bastante para dejar sueltas las puntas de hierro. Alejandro sabía que no tardarían en oxidarse; para entonces sería cosa fácil, pero, desgraciadamente, no podía permitirse el lujo de esperar a que la naturaleza cumpliera su misión.

Maestro y aprendiz ejercieron una violenta presión sobre el mango de la pala, haciendo que la tapa se soltara con un fuerte chasquido. La cogieron y, en precario equilibrio sobre el borde que habían desenterrado, tiraron hacia arriba con todas sus fuerzas, jadeantes y sudorosos. El cansancio de Alejandro era tal que casi no podía mover los hombros ni los brazos, pero no estaba dispuesto a detenerse con el tiempo encima y el éxito tan a mano.

Un último y tremendo esfuerzo soltó la tapa por completo. La dejaron en suelo firme, junto a la tumba abierta. Sentado en los bordes de la caja, con la tierra deslizándose en torno a sus pies, Alejandro se inclinó cuanto pudo y cogió el cadáver por los hombros, levantándolo un poco mientras el chico le pasaba una larga tira de tela de saco por detrás de la espalda. Tras repetir la operación debajo de las rodillas, salieron del agujero. Alejandro cogió los extremos de una de las tiras, dejando los otros al chico; tiraron de ellos y, entre jadeos y palabrotas, acabaron por desplazar el cadáver. En cuanto lo vieron asomado al agujero, lo echaron a un lado y lo tendieron en el suelo sin excavar.

Alejandro, exhausto, tuvo que hacer una pausa para recobrar el aliento. En cuanto se sintió con fuerzas para hablar, dio al sucio cadáver unos golpecitos poco menos que afectuosos y dijo:

—¡De modo que volvemos a vernos, mi difunto amigo Alderón! Esperaba este encuentro con impaciencia. —Se agachó hasta aproximar su cara a la cabeza del cadáver, y susurró—: Antes de devolveros a la tierra, juro sobre los huesos de mis antepasados que sabré qué os mató.

Alejandro conocía a aquel hombre. Lo había atendido durante su última y dolorosa enfermedad, con una falta de éxito que lamentaba profundamente. Carlos Alderón había sido herrero en Alcañiz, ciudad de la corona de Aragón donde vivía Alejandro; justamente, la pala que acababa de volver a abrir la tumba era obra de aquel buen hombre, como lo serían también con toda probabilidad el martillo y los clavos con que había sido cerrado su ataúd.

Alejandro recordó que, antes de caer enfermo, aquel gigantón había gozado de fuerza y salud a toda prueba, recompensa, en opinión del médico, a toda una vida de honrado trabajo. Aunque habían hablado poco antes de la enfermedad de Carlos, Alejandro admiraba desde siempre el modo en que el herrero había llevado a su

laboriosa familia de campesinos a una posición de bienestar y prosperidad en Alcañiz, permitiéndoles elevarse muy por encima de sus humildes orígenes. La hija se había beneficiado de un matrimonio ventajoso, y los hijos, de muchos encargos en la fragua; la esposa de Carlos había adquirido una obesidad digna de respeto, transmitiéndosele asimismo el temperamento colérico que cuadraba con su elevada posición social.

Por eso, cuando el devoto patriarca empezó a toser sangre, no se preocupó demasiado: Dios lo había tratado bien, y no había motivos para dudar de la continuidad de su buena suerte. Sin embargo, la quincena de espera habitual en toda enfermedad no había puesto fin a la tos, y el esputo se volvía cada vez más sanguinolento. Su mujer le preparó pociones de hierbas e infusiones de eucalipto, sin obtener más que éxitos parciales. Carlos acabó acudiendo a regañadientes al barbero de la ciudad, quien, tras breve examen del esputo, tuvo la prudencia de declararse incompetente en tales menesteres.

Alejandro, que seguía jadeando junto al cadáver, recordó el día en que el fornido herrero se había presentado ante su puerta gorra en mano, buscando cura para sus alarmantes síntomas. Se notaba que Carlos estaba nervioso, poco acostumbrado a enfrentarse a situaciones de esa clase. Los médicos judíos tenían prohibido atender a cristianos, y, si bien Alcañiz no dispensaba un trato muy favorable a los hebreos, los toleraba sin excesivo rencor. Alejandro provenía de una familia rica y próspera, bien vista en la comunidad judía, hecho que se había traducido en matrimonios ventajosos para sus hermanas menores (aunque el propio Alejandro había logrado escapar de las garras de la casamentera); por eso vacilaba en poner en peligro la situación de sus parientes aceptando asociaciones prohibidas.

De ahí la comprensible cautela del joven al ver aparecer en la puerta a aquel nuevo paciente; nunca había tratado ni tocado a un cristiano, salvo en la facultad de medicina de Montpellier, y ni siquiera ahí había llegado a poner sus manos en un cristiano «decente», sino en presidiarios y prostitutas que no tenían más remedio que estarse quietos. La familia Canches se exponía a graves problemas con el clero local. A pesar de todo ello, y de su competencia como médico, Alejandro era demasiado compasivo, demasiado ignorante de las consecuencias de sus actos; su tierna edad le impedía desentenderse de Carlos Alderón. Cometió, pues, la imprudencia de permitirle entrar en su consulta, y decidió volcar en él todos sus conocimientos.

Probó sin éxito todas las curas para enfermedades pulmonares, incluidas sangrías, purgas, enemas y vapores húmedos. Enrolló un pergamino y, tal como le habían enseñado, colocó un extremo en el pecho del paciente, utilizando el otro para escuchar. Quedó perplejo por el resultado: uno de los pulmones de Alderón parecía limpio, mientras que en el otro se oían extraños silbidos cada vez que el aire entraba o

salía. Empezó a sospechar que sólo uno de los pulmones estaba afectado, pero no habría podido comprobarlo más que abriendo el pecho del paciente. «¡Si pudiera verlo por dentro!», suspiró con frustración. Asistió con impotencia al deterioro físico y debilitamiento espiritual de Carlos, quien, a la hora de morir, había pasado de gigante a consumido pellejo lleno de huesos quebradizos.

Pese al tiempo transcurrido, cuando Alejandro y su aprendiz cargaron el cadáver en el carro, siguió pareciéndoles muy pesado, cosa que llevó al médico a preguntarse si habrían podido con él de haber muerto de una herida que no consumiera la carne. Cubrió al herrero con heno fresco, disponiendo en torno la pala y otras herramientas. Seguidamente se pusieron sus capuchas de tela gruesa para taparse la cara parcialmente, confiando en pasar por granjeros de camino a un mercado matutino.

Los dos estaban sofocados y sucios, y tenían pánico a ser descubiertos, pues el peligroso viaje de vuelta a la consulta iba a representar más de una hora por caminos llenos de baches; pero las quejas del chico no arreciaban; la hemorragia de la mano seguía sin detenerse, y sus gemidos tuvieron el lamentable efecto de poner todavía más nerviosa a la mula, ya asustadiza de por sí. Alejandro sacó de debajo del asiento una botella de vino tinto de alto contenido alcohólico y ordenó al chico que bebiera un buen trago, a sabiendas de que el efecto del vino no duraría hasta el momento de tener que mover de nuevo el cadáver. Lejos de oponer resistencia, el chico bebió con avidez, como si fuera un licor exquisito, y ésa la última vez que tenía ocasión de beberlo. A partir de ahí el viaje siguió un curso más tranquilo, con la única orientación de una luna cuya luz menguaba por momentos. La mula, nerviosa, se resistía a avanzar a oscuras sin el beneficio de una linterna, y, durante la travesía, el médico se sintió capaz varias veces de arrastrar el carro a mayor velocidad que ella.

Justo antes de que rompiera el alba, metieron el carro en el establo contiguo a la casa de Alejandro y cerraron con cuidado el pesado portón. Una vez puesta a salvo de miradas su truculenta carga, recorrieron el oscuro pasillo de acceso a la casa con ayuda de una linterna. Aun resintiéndose a cada paso del esfuerzo que acababa de realizar, el médico recordó su promesa de curar al chico en cuanto hubieran llegado a la consulta, y no permitió que el dolor se lo impidiera.

Examinó la mano del chico, sosteniéndola a la luz de la linterna.

—Siento no haber podido atenderte antes —se disculpó.

La gravedad de la herida incrementó su sentimiento de culpa. El muchacho se retorció de dolor; ni siquiera borracho dejaba de resentirse de la herida. Al extraer la astilla, Alejandro procuró que la mano no se moviera, pero el chico intentaba retirarla cada vez que el médico se la tocaba.

—¡Estate quieto, chiquillo, que así no hay manera de coger bien esta astilla de los

demonios!

Las malas palabras de Alejandro instaron al aprendiz a obedecer, pero ya era demasiado tarde: la astilla se quebró en el punto en que volvía a salir de la mano, dejando dentro una parte considerable.

Después de limpiar de tierra y sangre la mano del chico, Alejandro echó vino a la herida para lavarla más a fondo. Sabía desde hacía tiempo que las heridas que se lavaban con agua y se trataban con vino tenían más probabilidades de curarse sin infección, si bien se le escapaba el motivo. Aplicó a la herida algo de aceite de clavo para mitigar el dolor. El chico se quedó sin aliento.

—Enseguida dejará de escocerte —dijo Alejandro—. Ahora estate quieto mientras te vendo la mano. Y bebe más vino, que te ayudará a dormir.

Rezó en silencio por que el muchacho no perdiera la mano, y aun la vida, por culpa de la infección que no dejaría de producirse.

Al despuntar por el horizonte los primeros rayos de sol, Alejandro se echó en la cama sin fuerzas para nada. Durmió mal, acosado en sueños por Carlos Alderón, espectro nauseabundo que, envuelto en negra mortaja, lo perseguía sin tregua por bosques oscuros y traicioneros. Alejandro siempre estaba a un paso de verse alcanzado por la mano del herrero, y cada vez se internaba más en la desconocida espesura, tropezando torpemente con incontables obstáculos; le pesaban las piernas, como si intentara avanzar por un terreno pantanoso lleno de malas hierbas. Sólo tenía ganas de una cosa, salir del pantano y disfrutar de un largo descanso.

El sueño llenaba de terror el cuerpo exhausto del médico, que se revolvía en la cama sin poder sustraerse a la inquietante persecución. Siguió huyendo con el fantasma de Alderón pegado a sus talones, y sin lugar donde refugiarse. Aún tenía muy lejos el descanso.

Cuando, tras muchos esfuerzos, el médico logró volver a abrir los ojos, el sol entraba de lleno por las rendijas de los estrechos postigos. Agotado, se incorporó con dificultad, resintiéndose a cada movimiento de los esfuerzos de la noche anterior. Nunca había tenido los hombros tan doloridos. ¡Tonto!, pensó. ¿Cómo no va a dolerte con lo que has trabajado? Abrió el armario de las medicinas, encontró un ungüento de mentol y alcanfor y se lo aplicó a los hombros.

El agua con que se lavó la cara sólo le refrescó un poco; llevaba un día fuera del pozo, y resultaba desagradable por lo tibia. Alejandro todavía llevaba la ropa manchada de barro de la noche anterior, y, dado su desaliño, le pareció poco prudente salir de casa, siquiera para ir al pozo. Se apresuró a despojarse de su desastrado

atuendo y se pasó por todo el cuerpo un trapo empapado en la poca agua que quedaba. Hombre puntilloso, se proponía sinceramente dar ejemplo de limpieza, esperando con ello alentar a sus pacientes a adoptar costumbres semejantes, de efecto enormemente benéfico sobre su salud. Con toda aquella mugre encima, difícilmente iba a dar ejemplo a nadie, como no fuera a ciertos animales de corral.

Recogió dentro del sombrero su larga melena negra y, después de ponerse una camisa y un pantalón de lo más sencillos, cogió dos cubos de madera. Al abrir la puerta lo sorprendió la intensidad del calor, haciéndole recordar cuan desagradable era el trabajo que tenía por delante.

Era mediodía; el sol estaba en su punto álgido e inmisericorde, vertía sus rayos sobre la plaza mayor, agrandando las grietas de la tierra reseca. Alejandro se protegió con la mano y, doblando la esquina, se encaminó al pozo comunitario.

Descubrió con consternación que el pozo estaba copado por cristianas que habían ido a buscar agua fresca para sus casas, y nuevos chismorreos para sus lenguas infatigables. El pozo tenía un tejadillo que aliviaba del sol abrasador a quienes se reunían bajo su protección. Alejandro esperó su turno a pleno sol, tratando de ocultar su impaciencia sin mucha convicción. Al advertir su nerviosismo, las mujeres no tuvieron más remedio que echarse a un lado, pese a lo mucho que deseaban prolongar su estancia a la sombra antes de volver a las exigencias de sus respectivas familias.

Alejandro colgó del gancho uno de los cubos y lo hizo bajar. ¡Qué fresco era el chapoteo del cubo contra el agua! ¡Qué atroz su dolor de hombros al hacerlo subir una vez lleno! Debería despertar al chico, pensó. ¡Estas tareas le corresponden a él, no a mí! Recordó entonces la mano herida del aprendiz, y decidió dejarle dormir hasta la hora de la disección, que iba a exigir mucho más de él. Maldiciendo la mala suerte de la astilla, Alejandro regresó a su casa con paso vacilante, sosteniendo con dificultad los dos cubos llenos de agua. Después volvió al pozo, pero sólo con un cubo, repitiendo la operación hasta llenar del todo la espaciosa pila de la consulta.

Se alegró de no tener que hacer más viajes, pues temía los ojos inquisidores de las cristianas. Cada vez que volvía al pozo encontraba a una joven de vestido sencillo que intentaba llamar su atención; no queriendo alentar su curiosidad, el médico siempre apartaba la mirada. La joven le había estado dirigiendo miradas pícaras que no permitían dudar de sus intenciones; Alejandro, no obstante, optó por ignorarla y no corresponder a sus sonrisas, esperando con ello poner fin a sus avances, tan silenciosos como evidentes.

No sospechaba que un atuendo tan sencillo pudiera hacerlo atractivo a ojos del sexo opuesto. La belleza física, entre los suyos, no era de por sí una ventaja, y Alejandro se ocupaba bien poco de la suya; era, no obstante, un hombre alto y, pese a su constitución nervuda, musculoso, de rasgos marcados y piel tersa y morena. Tenía

una expresión agradable, aunque, por lo general, seria y pensativa. Rara vez sonreía o reía a carcajada limpia, enfrascado como solía estar en algún hondo misterio de la medicina; ahora bien, cuando lo hacía, sus ojos color ámbar chispeaban con un brillo extraordinario. Sólo una alegría sincera lograba borrar lo hosco de su expresión; en esas ocasiones, el contraste sorprendía incluso a sus allegados. De hecho, Alejandro tenía intimidad con poca gente, dado su talante tímido y, salvo en lo profesional, reservado. Era de esos hombres misteriosos y enigmáticos de que se encaprichan las jovencitas, carentes de la profundidad psicológica necesaria para valorar sus verdaderas cualidades; sin embargo, la inocencia e inexperiencia de Alejandro eran tales que desconocía su propio encanto, y no se dio cuenta de que la joven del pozo susurraba algo a sus compañeras. Pese a no ir vestido como de costumbre, la chica lo había reconocido y sentía curiosidad.

Una vez a salvo en su consulta, Alejandro empezó a prepararse para la desagradable tarea de diseccionar el cadáver de Carlos Alderón, tarea que, o bien confirmaría sus sospechas de que el origen de la enfermedad de Carlos, lejos de hallarse en un supuesto desequilibrio de pulmones y corazón, estribaba en algo más concreto y visible, o bien daría pie a nuevas y abundantes preguntas. Así como le repugnaba la podredumbre a la que iba a enfrentarse, le entusiasmaba la perspectiva del descubrimiento. Era una oportunidad de aprendizaje poco frecuente. Durante su estancia en la facultad de medicina, sólo había presenciado cuatro disecciones; cediendo a regañadientes a intensas presiones por parte de los poderes laicos, el Papa de los cristianos había permitido una disección anual para cada escuela de medicina, derogando la prohibición oficial de la Iglesia. En esas terribles ocasiones, el cuerpo de estudiantes en pleno se reunía al aire libre para ver a un barbero-cirujano abrir el cadáver y desmenuzarlo a lo largo de tres días. Los órganos putrefactos eran sometidos a la atención y estudio detallado de los estudiantes, mientras el profesor, siempre a respetable distancia, describía lo que no podía ver de cerca. Citando a Galeno, cuyos escritos eran para la medicina como la Tora para los judíos, los profesores daban por buenos datos a menudo erróneos, como descubriría más tarde Alejandro; esos datos, en efecto, habían sido escritos muchos siglos antes. Desde entonces hemos aprendido muchas cosas, pensaba siempre al presenciar las disecciones. ¡Seguro que podríamos hacerlo mejor! Quería la verdad sobre el cuerpo humano; quería verlo más de cerca él mismo, y extraer conclusiones basadas en observaciones propias, ya que era consciente de ser ésa la única manera de alcanzar su meta. Sólo podía conseguirlo de una manera: a hurtadillas.

Cogió el instrumental. El cuchillo no era malo, pero habría querido disponer de uno todavía mejor. Maldijo el poco tiempo que tenía: le habría gustado examinar el cadáver lo más a fondo posible. Tras despertar a su aprendiz, comieron juntos un almuerzo ligero de pan y queso, antes de que el trabajo les quitara el hambre del todo.

Volvió a examinar la herida del muchacho, comprobando que las previsiones de infección empezaban a cumplirse. No por ello dejaría de serle de ayuda el chico, máxime cuando no había otra manera de lograr que el trabajo progresara según sus deseos. Puso otra gota de aceite de clavo en la herida, y se dispusieron a diseccionar el cadáver.

Se cubrieron boca y nariz con máscaras de tela llenas de hierbas aromáticas, recurso que pospondría el momento inevitable en que el mal olor los obligase a abandonar el trabajo. Quitaron el heno con cuidado, reservándolo para el camino de vuelta al cementerio; después levantaron el cadáver con las tiras de tela y lo llevaron a la consulta. Como los postigos estaban cerrados contra miradas indiscretas, tuvieron que iluminarse con antorchas, hecho que no tardó en incrementar el calor, ya de por sí inaguantable. Una vez depositados sobre la mesa los restos de Carlos Alderón, los despojaron con cuidado de la mortaja con que tenían intención de envolverlos de nuevo más tarde.

Al cadáver, consumido y marchito ya en el momento de ser enterrado, le faltaba poco para ser un esqueleto. La carne que quedaba tenía un color como de panza de pescado. Los dedos de las manos y los pies estaban retorcidos y crispados, como si aferraran joyas de gran valor, con los huesos asomando tras una piel traslúcida. Enfrentado a tan horrible espectáculo, Alejandro no pudo contener sus náuseas. La bilis se le subió a la garganta, y tuvo que volverse y respirar para que no se le revoliera del todo el estómago. Y sin embargo, pese al calor, el hedor y el miedo que lo atenazaba, el joven médico sentía un entusiasmo desbordante. Él mismo se asombraba de aquella mórbida fascinación por una cosa muerta, algo que había perdido toda semejanza con un ser humano; sus impías ansias de profanarlo lo llenaban de desazón.

Efectuó una larga incisión hacia abajo desde el centro del pecho del cadáver, y, realizando otra en cada extremo del corte, echó a ambos lados la piel y el músculo hasta dejar a la vista las costillas. Dando gracias por no tener que enfrentarse a la dificultad de una hemorragia, como habría sucedido con un paciente vivo (¡Ah, pensó, qué no daría por una experiencia así, si fuera indolora!), abrió la caja torácica con un golpe de escoplo, procurando no dañar lo que había debajo, y dividió el esternón por la mitad. El olor a podrido se hizo más intenso. Haciendo caso omiso de un nuevo ataque de náuseas, Alejandro escudriñó la cavidad y examinó los pulmones con atención: había una notable diferencia de tamaño. ¡Lo sabía!, pensó, sintiendo crecer su entusiasmo. Palpó el pulmón más grande; sus dedos resbalaron por una superficie viscosa, pero el órgano era duro y firme al tacto, y se extrañó de que el aire pudiera ser absorbido a través de una masa de apariencia tan sólida. En contraste, el segundo pulmón era blando y flexible, y, a pesar de su color grisáceo, recordaba en forma y textura a un orejón.

Al abrir el pulmón más grande, tuvo la impresión de estar cortando carne; en cambio, la textura del pequeño resultó muy distinta, todavía flexible, sin la dureza del primero. Aquello no cuadraba; Alejandro siempre había dado por supuesto que los dos pulmones eran iguales, puesto que ambos lados del pecho se elevaban al unísono. Por eso, y a pesar de la abominación que tenía delante, Alejandro sonrió detrás de la mascarilla, y sus ojos chispearon de entusiasmo. Era una de las pocas ocasiones en que estaba contento de verdad, seguro de haber descubierto la causa de la muerte de Carlos Alderón.

La superficie interna del pulmón más pequeño era oscura, casi como si estuviera tiznada, de acuerdo con la teoría médica, tan popular, de que el aire emponzoñado podía ser responsable de ciertos desequilibrios. Alejandro se preguntó qué oscuro veneno habría invadido el pulmón de Carlos Alderón, llevando a la formación de un ancho escudo como defensa. No entendía que ese escudo pudiera desembocar en la muerte.

Perplejo, apartó los pulmones para descubrir el corazón, de un color marrón oscuro, todavía firme al tacto, y cubierto por manchas de una sustancia blanca y grasienta muy semejante al sebo que los granjeros mezclaban con el pienso a fin de engordar a las gallinas. Aquel corazón era muy parecido a los que había visto en animales vivos abiertos por el pecho. La vida del señor Alderón había sido plácida, cosa que llevó a Alejandro a dar por supuesto que no tenía enfermo el corazón, puesto que, en caso contrario, ya en vida habría dado muestras de mal carácter. Pese a lo mucho que los separaba, y al arduo secretismo de los tratamientos, Carlos nunca le había dirigido una mala palabra. Alejandro lamentó su falta de experiencia en corazones humanos; de todos modos, aquél le parecía más bien grande, de acuerdo con el temperamento apacible de su dueño.

Se quitó la podre de las manos con un trapo, y después se las lavó con agua. Tras secarlas escrupulosamente, se sentó a una mesa cercana y sacó sus utensilios de escritura: una pluma de gran calidad, un botellín de tinta negruzca y un diario de pergamino encuadernado en piel, su «libro de la sabiduría», como solía llamarlo. Era un regalo que lo había acompañado a la facultad de medicina de Montpellier, última bendición de su padre antes de poner a su único hijo en manos de cristianos para una educación que, a decir verdad, habría preferido ahorrarle. Alejandro se había jurado a sí mismo ser motivo de orgullo para su familia, pese a las objeciones de ésta contra su entrada en el mundo cristiano. Estaba decidido a demostrarles que su empeño no era gratuito. El libro ya contenía varios esmerados dibujos y numerosas páginas de notas muy precisas, datos todos a los que se refería constantemente en su trabajo. Lo abrió por una página en blanco e inscribió concienzudamente las palabras e imágenes que, más tarde, le permitirían recordar sus observaciones del interior del pecho de Carlos,



cuando esa información pudiera ser de utilidad en la curación de otro paciente.

Su concentración fue interrumpida por el muchacho, con unos insistentes golpecitos en el hombro que le recordaron la necesidad de actuar con rapidez. Una vez finalizadas sus anotaciones, Alejandro dejó el libro y emprendió la desagradable tarea de volver a colocar cada pulmón en su posición original, mientras el chico disponía los miembros de tal forma que el cadáver pudiera ser envuelto de nuevo con los recortes de la mortaja.

Alejandro se acercó a la ventana y miró por una rendija para saber qué hora era.

—No tardará en ponerse el sol —dijo al muchacho—. Podremos volver a enterrar el cadáver. —El inminente final de aquella prueba a la que se había sometido a sí mismo lo llenó de alivio—. Pronto tendremos ocasión de abrir los postigos y disipar este olor tan horrible.

El aprendiz asintió sin decir palabra. Volvieron a ponerse el atuendo de viaje que habían usado la noche anterior, pese a su extrema suciedad. La ropa que acababan de usar para el examen del cadáver hedía a muerte y putrefacción, olores con los que no habría podido ni el jabón más potente; la dejaron, pues, hecha un ovillo en un rincón del establo, prefiriendo quemarla más tarde a arriesgarse a llamar la atención haciéndolo en una noche de tanto calor.

Trasladaron el cadáver por el pasadizo y lo colocaron en la parte trasera del carro. En cuanto el heno estuvo dispuesto con el mismo cuidado que la primera vez, Alejandro abrió la puerta del establo y condujo a la mula delante del carro para engancharla; el animal se resistía a colaborar, demostrando que el transcurrir del día no había modificado en nada su talante irritable. Seguro que esta bestia no tiene un corazón demasiado grande, pensó el médico, indignado; sólo hay que ver lo mezquino de su carácter. Caricias y palabras dulces lograron al fin calmar a la mula, oportunidad que Alejandro aprovechó para tensar cuanto antes las cinchas de cuero alrededor de la panza del animal.

El chico, cuya mano volvía a sangrar después de varias horas de trabajo, empezó a gimotear y a quejarse de que no podía aguantar el dolor.

Pese a su impaciencia por emprender el camino de una vez, Alejandro le mandó volver a la consulta a por una botella de vino, y, mientras esperaba su regreso, hizo salir a la mula del establo por la senda que llevaba al camino principal.

El aire nocturno, fresco en comparación con el de la casa, sentó como un bálsamo a sus pulmones irritados. Era como si el hedor de la consulta y el aire caliente que había tenido que respirar durante aquel día tan largo hubieran prendido fuego a su garganta y su pecho. Aspiró a bocanada limpia el aire de la noche, y el ruido de su respiración le impidió oír que algo se movía junto a él.

—Judío... —Alejandro se quedó de piedra, enmudecido por aquella voz joven de mujer. ¿Cómo podía haberse pasado por alto su presencia?

—¡Judío! —repitió la joven con mayor energía.

A Alejandro no le hizo falta mirar para darse cuenta de que aquella voz pertenecía a la chica que lo había estado mirando con tamaño descaro junto al pozo. ¡No creo que se arriesgue a que la encuentren conmigo, pensó, y menos a oscuras! Se volvió hacia ella sin hablar, y la miró a los ojos.

—¿Es costumbre entre los vuestros responder a una dama con tan poca cortesía?

Alejandro habló bajo y con estudiada frialdad, pues no quería dar pie a que la joven interpretara mal sus intenciones.

—Señora —dijo, concediéndole un título de respeto de cuyo merecimiento dudaba—, entre los míos, los hombres no se permiten estar en compañía de una joven cuando la desigualdad de sus condiciones lo hace desaconsejable.

Confió en que la chica lo entendiera como que su condición de cristiana la colocaba en una posición de superioridad; prefería no tener que aclarar el verdadero sentido de la frase.

La joven rio y, jugando con su negra melena de un modo que pretendía excitar a Alejandro, dijo:

—No considero que estar en compañía de un hombre apuesto sea pecado, aunque, por alguna extraña razón, ese hombre lleve ropas de mendigo. Esta mañana, cuando os vi junto al pozo, creí que os proponíais gustar a todas las mujeres. Confieso que a mí sí me gustó vuestro aspecto. ¡Pero esto es otro cantar! Decidme, ¿no os pagan vuestros pacientes, o es que vais a una fiesta de disfraces?

Alejandro improvisó una excusa.

—Me dirijo a un lugar lejano para buscar ciertas hierbas medicinales que sólo florecen de noche. Es un terreno difícil, y mi ropa de a diario quedaría destrozada.

La joven sonrió de forma seductora y se acercó lo bastante para tocar la tela de la capa, como si quisiera comprobar su calidad.

—Esto, en cambio, debe de estar a prueba de destrozos —dijo.

Alejandro se sobresaltó, para regocijo de la joven, que siguió palpando la capa y, sin dejar de mirar al médico, fue recorriendo el borde frontal de la prenda hasta llegar cerca de la cintura. Buscaba una señal para seguir con su exploración, pero Alejandro se mantuvo inmóvil, paralizado por el miedo, y maldiciendo una vez más su falta de prudencia.

Estaba seguro de que la llegada del aprendiz avergonzaría a la joven hasta el

punto de obligarla a huir. ¡No irá a dejar que alguien la vea aquí conmigo!, pensó. Se escabulló de los avances de la chica. ¿Dónde estará ese maldito muchacho?

Percibiendo su resistencia, la joven frunció levemente el entrecejo. Una acometida directa a la cintura hizo que Alejandro diera otro paso atrás.

—Señorita —dijo, nervioso—, esto no puede ser bueno para ninguno de los dos. ¿Acaso nuestros dioses no nos prohíben estar juntos de este modo?

—Mi Dios —contestó ella entre risas— me prohíbe incluso estar con un hombre de mi misma fe, a menos que lo escoja mi padre y nos casemos como está mandado. Si hiciera lo que estoy haciendo con un cristiano, la ciudad entera me rechazaría. En cambio, siendo poco casta con vos tengo la certeza de que no se lo diréis a nadie; de lo contrario, mi padre exigiría vuestra muerte, y no dudéis de que las autoridades darían su beneplácito.

—Señorita...

La joven volvió a reír y añadió:

—Además, dicen que los judíos son distintos en su virilidad a los cristianos, y, si bien no diré que sepa gran cosa de cómo son los cristianos, confieso tener curiosidad...

Mientras la seducción seguía adelante, Alejandro sintió alzarse involuntariamente su virilidad. ¿Qué deslealtad es ésta?, protestó para sus adentros. ¿Levantarse por esta ramera?

—Señorita —repitió—, os lo ruego... No lo hagáis...

Pero, lejos de apartar la mano, la joven la deslizó con entusiasmo en el interior de los pantalones de Alejandro, quien reaccionó cogiéndola por la muñeca y empujándola hacia atrás. El miedo hizo que se excediera en la presión, provocando sin quererlo un agudo dolor. La chica gritó, cogiéndose la muñeca magullada.

La mula, tan espantadiza como de costumbre, se revolvió cuanto le permitieron sus ataduras. Acosado por la joven, Alejandro había dedicado escasa atención al revoltoso animal, aun dándose cuenta de su inquietud. Al oír el grito, la mula se encabritó, decidida a sacudirse de encima las incómodas cintas de cuero. El carro al que estaba sujeta se inclinó, y Alejandro asistió con horror a la caída del heno, seguida por la del cadáver de Carlos Alderón, que, precariamente envuelto en su mortaja, se desplomó a los pies de la joven con el rostro emergiendo de la tela. El apergaminado herrero se quedó tirado en el suelo, mirando a la chica como si le sorprendiera su falta de pudor.

Los gritos se oyeron por toda la ciudad, suscitando inmediatas exclamaciones de alarma. El aprendiz, que ya había hallado suficiente alivio a su dolor, salió corriendo

del establo a tiempo de ver a la joven huir hacia la plaza con las faldas arremolinadas, y oír sus gritos de terror.

Alejandro supo de inmediato que no había escapatoria. La chica iría corriendo a ver al alguacil, y llamarían al sacerdote para ocuparse del cadáver profanado.

El aprendiz, indeciso, dirigió a Alejandro una mirada de súplica. No había testigos de que hubiera participado en la profanación. Al ver que el médico lo despedía con un rápido ademán, salió corriendo, feliz de escapar por los pelos a la dura prueba de un juicio y posible ejecución.

Alejandro se dejó caer de rodillas, exhausto hasta lo indecible. Consciente de que su vida nunca volvería a ser la misma, pidió fuerzas a Dios para afrontar los días y noches terribles por venir. Oyó ruido de gente acercándose; entonces se cubrió la cara con las manos y lloró amargamente.

## DOS

**J**anie y su ayudante estaban reunidas en torno a una mesa redonda de su pequeña habitación de hotel de Londres, dotada de sala de estar y una pequeña cocina. La mesa era pequeña y estaba diseñada para dar cabida a un sencillo servicio de té, no a todo un proyecto de investigación científica, como era el caso. Sobresalían de sus bordes montones desordenados de papeles, cuyo fin era acabar compilados de forma coherente y dar pie, una vez reescritos, a una tesis doctoral, tesis que, si se cumplían las esperanzas de Janie, superaría el examen crítico (pero justo, había que admitirlo) de su director de tesis de Massachusetts.

—Si John Sandhaus viera este follón, le daría un ataque de nervios —dijo Janie.

—Lo siento —dijo su ayudante, algo resentida.

—No, no, si no digo que sea tu culpa —se apresuró a añadir Janie—. Ya sabía que habría papeles por todos lados. La pena es que, de momento, no da la impresión de que pueda salvar mi carrera con esto. Se parece a mis primeros proyectos de la facultad: desorden total.

Hojeó como pudo uno de los montones, buscando un documento que, por su tamaño, debía de estar doblado en cuatro, o al menos eso suponía. Mientras pasaba revista a las diversas autorizaciones, informes geográficos, listados de ordenador y demás extraños garabatos sobre celulosa prensada, fue dándose cuenta de que casi todo lo que había esperado encontrar hecho a su llegada seguía pendiente.

Una vez hallado el documento que buscaba, lo desplegó sobre los que ya estaban encima de la mesa. Se trataba del mapa detallado de una zona de Londres, gran parte de la cual había sufrido el devastador incendio de 1666. En su tesis, Janie comparaba la composición química del suelo de las partes quemadas con la de las no quemadas; los lugares de excavación definitivos constaban en detalle sobre el mapa que tenía delante, casi todos con una equis roja, señal de que se había conseguido el permiso de excavación y de que el inevitable papeleo casi estaba solucionado. Algunos lugares tenían una equis verde, indicando que se había obtenido permiso verbal pero faltaba conseguir los papeles.

—¡Uf! ¡Vaya trabajito! Te felicito, Caroline; lo digo en serio.

Caroline Porter vio con sumo agrado cómo se le reconocía su trabajo de organización, ciertamente impecable.

—Ya sé que a simple vista no parece gran cosa —dijo, señalando lo que había en la mesa—. Esperaba meterlo todo en una carpeta antes de irte a recoger al aeropuerto,

pero no ha podido ser. —Rio por lo bajo—. Confiaba en que tu vuelo llevara retraso.

Janie sonrió.

—Hoy en día, eso es apostar sobre seguro; pero no, la verdad es que todo ha ido como una seda. Menos mal, porque a mi lado tenía a una cotorra de cuidado. He acabado por apagar los auriculares y dejarme de historias. ¡Ojalá le enseñaran a una cómo hay que comportarse en esas ocasiones!

—A lo mejor si mandas un e-mail a la señorita Francis...

Janie se echó a reír.

—Querida señorita Francis, ¿cómo hacer callar al maleducado e irritante vecino de asiento del avión sin perder las formas?

—Querida lectora —contestó Caroline—, puede usted propinar al zafio en cuestión un cortés porrazo en la cabeza con la hebilla del cinturón de seguridad.

—Ya, pero entonces se me cabrearán todos los pasajeros por haber hecho sonar la alarma del cinturón.

Caroline se sonrió.

—Si nos dejaran dirigir el mundo, no existirían esos dilemas... Pero volvamos al que nos toca más de cerca. —Señaló dos lugares en el mapa—. Estos dos propietarios están de viaje. Uno tiene que volver mañana y el otro después del fin de semana. He dejado mensajes para los dos. —Suspiró—. Pero éste... —Señaló una zona pequeña y sin urbanizar al sur del Támesis—. Éste va a darnos problemas. Se llama Robert Sarin; es muy viejo, y hace de «vigilante» de toda la zona, que a saber lo que significa. —Trazó un círculo con el dedo sobre el mapa—. Quizá con éste sí que tengamos pegas. Ayer, antes de ir a buscarte a Heathrow, estuve hablando un rato con él. No da su brazo a torcer, y eso que no parece tener motivos muy serios para denegar el permiso. Francamente, creo que le faltan un par de tornillos. Me pareció un poco lento de reflejos.

—¿Te parece que servirá de algo si lo llamo yo personalmente?

Caroline meditó su respuesta.

—No pasa nada por intentarlo, pero no veo por qué iba a darte permiso si a mí no me lo ha dado. No nos conoce a ninguna de las dos. Quizá conviniera hablarle de todos los que ya han dicho que sí.

—Buena idea. A lo mejor si sabe con qué gente va a compartir el permiso cambia de opinión. —Revolvió los papeles hasta encontrar la lista de propietarios—. Lady tal, lord cual, el décimo conde de nosecuántos... Impresiona, ¿eh?

—Mucho —contestó Caroline—, pero no sé si te ayudará demasiado. Creo que el

tal Sarin va a ser un hueso duro de roer.

Janie frunció el entrecejo.

—Me está cogiendo dolor de cabeza. ¡Mierda!

—Tengo ibuprofeno —dijo Caroline con una sonrisa.

Janie arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Y cómo has conseguido meterlo en el país?

—En la punta de un zapato. Traía cuatro pares, pero sólo me miraron dos.

—Supongo que es para felicitarte, pero que no te cojan llevándolo encima.

—Ni se me ocurriría. Voy a por un par.

Entró en la habitación contigua, la suya, y salió de ella en menos de un minuto. Tendió tres tabletas a Janie y le llenó un vaso de agua. Janie las tomó de un solo trago y se recostó en su asiento, como si esperara entrar en el séptimo cielo en cuestión de segundos.

—¡Ah, la química! —suspiró—. No sé, pero creo que con las drogas de antes lo pasábamos bastante mejor.

Caroline se sonrió.

—¿Cuándo, en los «buenos tiempos»?

Janie se limitó a esbozar una sonrisa forzada. Le pareció ver su casa al pie de los montes Berkshire, tan cuidada, y a su marido y su hija en el porche, balanceándose felizmente en una hamaca. Oyó chirriar a las cigarras en pleno mes de junio, y recordó el bochorno de aquellos veranos de Nueva Inglaterra. Cortadoras de césped, niños saltando sobre el riego automático entre chillidos de alegría... La colada, los neumáticos para nieve, el ritual matutino en el baño de tres personas acostumbradas a vivir juntas... La imagen desapareció, devolviéndola de nuevo a su soledad.

—Lo siento, Janie... No quería...

Janie hizo un gesto con la mano, tratando de quitar importancia al asunto.

—No pasa nada, Caroline —dijo—. La vida sigue, y tú no tienes por qué andarte con pies de plomo conmigo. No pretendo que todo lo que vayas a decirme lo pases por una especie de filtro para ver si me sentará bien o mal. Tal como están las cosas, ya tenemos bastante en que pensar. —Volvió a levantar la vista y sonrió—. Y gracias por el ibuprofeno. Te agradezco que compartas tus provisiones conmigo.

Volvió a apartar la mirada.

—No tiene importancia —contestó Caroline.

Se instaló entre ellas un silencio incómodo que Janie interrumpió diciendo:

—Bueno, y ahora que tenemos controlado un dolor de cabeza, vamos a por el siguiente.

—Exacto —dijo Caroline—, el inamovible señor Sarin.

Janie suspiró con fuerza.

—A ver si aún va a fastidiarnos todo el proyecto. Esa muestra de suelo es imprescindible. —Mostró a Caroline dos de sus dedos, separados por un centímetro de distancia—. Estoy a esto de conseguir el título, y no sabes lo que me está cansando no tener trabajo.

—¿No podrías llamar a John Sandhaus y ver si te deja cambiar los puntos de excavación?

—¿A esa especie de Atila? —dijo Janie, mientras ordenaba el montón de papeles—. ¡Mal lo veo! Para empezar, ni siquiera quería dejarme venir a Londres. Me preguntó: «¿Por qué no encuentras algo que hacer aquí?». Le encantaría tener ocasión de obligarme a volver y hacer alguna excavación en Estados Unidos.

—No te están facilitando las cosas, ¿eh? —dijo Caroline.

—No, la verdad es que no —suspiró Janie—. Pero no me dejes seguir con el tema, que hoy no tengo tiempo de comerme el coco. —Su mirada se hizo más aguda—. ¿Sabes qué? Esta misma tarde empezaremos con las primeras excavaciones. El mejor momento siempre es cuanto antes. —Señaló varias equis en un barrio de Londres—. Así podremos llevar muestras al laboratorio, y tendré la sensación de haber hecho algo.

Hojeó otro montón de papeles y dijo:

—Supongo que habrás puesto por aquí los papeles de autorización para el laboratorio...

Caroline desplazó un par de cosas y extrajo unas hojas grapadas por una esquina.

—Te equivocabas de montón —dijo, sonriente.

—Estupendo —dijo Janie, cogiendo los papeles y metiéndolos en la cartera—. Y, ya que estamos, nos acercaremos al campo ése. Seguramente lo mejor será que pongamos el señalador, siempre que podamos hacerlo sin que nos vea el tal Sarin. ¿Cómo es la zona? ¿Es posible entrar a escondidas?

—Hay dos árboles grandes y un bosquecillo alrededor, no muy alto pero bastante espeso. Creo que el lugar de excavación está bastante lejos de la casa.

—En ese caso, voto por que nos arriesguemos. Además, a lo mejor estando ahí se me ocurre algo para hacer cambiar de idea a ese tipo.

Janie, contrariada, dio un golpe de lápiz sobre la mesa a riesgo de romperlo, y se



hizo daño en los dedos. Aquel arrebato desentonaba con su contención habitual, pero le pareció totalmente justificado. Al pedir permiso a Sarin para excavar, había recibido del anciano «vigilante» una negativa tan cortés como firme. Janie prácticamente se había puesto de rodillas, y a continuación había llamado a todas las personas cuya autoridad se le antojaba capaz de revocar la negativa. Le dolía la oreja de pasarse el día haciendo llamadas inútiles; en ninguno de los cien y pico ministerios de Inglaterra había nadie dispuesto a neutralizar la tozudez de Sarin con una orden.

Lo que más la molestaba era la pertinacia con que el viejo se resistía a dar motivos para negarse. Después de haber examinado el terreno durante el trabajo de campo del día anterior, Janie había llegado a la conclusión de que no contenía nada muy valioso. Se trataba de un campo de lo más normal, con suaves desniveles, mucha mala hierba, arbustos sin orden ni concierto y un par de rocas de cierta envergadura. Janie suponía que el encargado debía de vivir en la casa de piedra y techo de paja que se hallaba al otro extremo del campo. Lo más destacable del conjunto eran dos viejos robles casi sin hojas que crecían a ambos lados del camino, y se fundían por encima de él en un abrazo centenario. No era, como esperaba Janie, un lugar pintoresco y encantador, sino triste y de aspecto algo lúgubre. «No veo que haya nada que vigilar —comentó a Caroline al verlo—. No son precisamente los jardines de Kensington».

Janie abrió la nevera de su pequeña habitación de hotel y cogió una nectarina madura, cuya piel, suave y de color ámbar, cortó con un cuchillo pequeño y afilado. La carne madura se separó del hueso con facilidad. ¡Qué placer tan sencillo!, pensó. De esas cosas en las que no te fijas hasta que todo cambia y se hace difícil conseguirlas. La fruta era tan jugosa que Janie tuvo que morder y succionar al mismo tiempo para no mancharse la ropa. Masticó poco a poco, saboreando su jugo dulce y delicioso, y recordando los tiempos en que solía comer dos o tres nectarinas al día sin tomarse la molestia de pensar en su procedencia. Tras chuparse los dedos y secarse las manos en el tejano, cogió el teléfono y marcó un número inglés de ocho dígitos, quedando su índice americano en frustrada expectativa de pulsar el noveno.

El teléfono sonó dos veces, en rápida sucesión; oyó débilmente las señales al otro lado de la pared que separaba su habitación de la de Caroline.

—¿Diga? —contestó una voz conocida.

—Ojo al parche, querida; aquí tu jefa, que está, para decirlo claro, de un humor de perros.

—¡Hombre, qué alegría! Justo lo que me hacía falta: la jefa de mal humor. ¿Qué pasa?

—Lo mismo de ayer —dijo Janie—. *Burocratus nervosa*. No se ha descubierto cura, y es mortal de necesidad.

—Explícale lo de las vasectomías involuntarias, ya que eres cirujana.

Janie rio.

—No sé si en Inglaterra ya las hacen; además, no olvides que ya no soy cirujana; ése es el motivo principal de que ande metida en esta estupidez de proyecto. Debería haber hecho caso a John y dedicarme a excavaciones locales. ¿Sabes qué? Me parece que ahora mismo vamos a ir a ver al bueno de Sarin.

En cuanto oyó acercarse un coche a la casa, el anciano cerró el libro con el cuidado que exigía su fragilidad, echó a un lado la cortina de encaje y miró a través del cristal ondulado de la ventana. Protegiéndose con una mano del resplandor del crepúsculo, intentó ver el campo que se extendía tras los dos viejos robles con los mismos ojos que sus visitantes. ¿Qué habrán visto?, se preguntó. ¡No puede ser que lo sepan!

Al lado del viejo había un perro que ladeaba la cabeza con curiosidad, preguntándose qué estaría mirando su amo.

—Ya han llegado, compañero —dijo Sarin, acariciando la cabeza de su mascota—. Al fin los tenemos aquí.

Observó atentamente a las dos mujeres que salían del coche alquilado; las dos iban bien vestidas, y le pareció advertir un aire de prosperidad en una y otra. Se notaba que la más alta era también la mayor. Llevaba una media melena de estilo informal, con algunas hebras grises en la sien; su rostro era agradable, pero expresaba una preocupación contenida. Fijándose en las arrugas de su entrecejo, no muy marcadas pero significativas, el anciano se preguntó de qué tendría que preocuparse una mujer tan guapa y sin problemas materiales. También se fijó en sus largos dedos, y en la gracia con que movía las manos al desplegar un mapa. Su acompañante era más joven que ella; menuda y pelirroja, tenía la cara cubierta de pecas. Hay una de las dos que lleva el mando, pensó el anciano.

Las diferencias parecieron pronunciarse al verlas más juntas, examinando el mapa, señalando varios puntos y haciendo comentarios que no logró descifrar. Recorrieron en toda su extensión el camino de entrada, cuyas piedras gastadas amenazaban el equilibrio de sus zapatos de tacón. El viejo sonrió, pensando que le gustaba el aspecto de sus visitantes, y que, en el fondo, estaba ansioso por tener compañía. En tantos años no había hecho más que unas pocas amistades, una de las cuales ya chocheaba. En definitiva, Sarin gozaba de pocas ocasiones para satisfacer

su necesidad de hablar con alguien de vez en cuando.

Había ido a comprar galletas al colmado, lujo poco frecuente en un hogar modesto como el suyo. Por si fuera poco, había sacado su mejor mantelería y cubertería, volviendo a doblar las servilletas para esconder algunas manchas con la esperanza de que pasaran desapercibidas. Mientras se esforzaba por ofrecer una bienvenida digna a sus visitantes, se le ocurrió que podían ser las últimas, y, si bien su educación había sido algo peculiar y solitaria, no dejaba de ser harto correcta. Le apenaba no poder darles lo que venían a buscar; aun así, estaba resuelto a paliar su decepción con el más atento de los tratos. Si algo lamentaba era no poder cuidar mejor la casa después de la muerte de su madre: todavía no la había sometido a una limpieza a fondo, y empezaba a estar hecha un desastre.

Llegaron por fin los esperados golpes en la puerta. Sarin se alejó de la ventana y, arrastrando los pies, se dirigió a la puerta de madera. Al abrirla, topó con dos sonrisas femeninas muy ensayadas.

—¿El señor Sarin? ¿Robert Sarin? —preguntó la mujer más alta.

—En efecto —asintió el anciano, sonriente.

—Soy Janie Crowe, y ésta es mi ayudante, Caroline Porter.

—Adelante, por favor —dijo Sarin, invitándolas a entrar con un gesto de la mano.

La más alta tuvo que agacharse; la otra, en cambio, traspasó el umbral con agilidad y sin bajar la cabeza. Sarin les ofreció asiento, pero, cuando ya se dirigían a las sillas, se dio cuenta de que estaban llenas de cosas.

—¡Vaya por Dios! Disculpen, ahora mismo lo quito.

Se apresuró a recoger cuanto pudo: unos calcetines, un jersey, la correa del perro (se había olvidado de colgarla en la pared, como hacía su madre) y un plato sucio con un tenedor. Una vez instalados, intercambiaron los cumplidos de rigor y compartieron el modesto refrigerio.

Antes de tomar la palabra, Janie esperó a que las tres tazas de té hubieran vuelto a sus respectivos platos.

—Señor Sarin, le agradezco la oportunidad de tratar el asunto con mayor detalle. Como ya le dije por teléfono, estoy realizando una prospección arqueológica de esta zona de Londres. —Señaló a Caroline con un ademán de cabeza—. La señorita Porter me ayuda en mi tarea. Tenemos que extraer un metro de tierra de unos diez centímetros de diámetro, el cual, una vez dividido en estratos, deberá ser analizado con fines de investigación científica.

Investigación científica, se repitió a sí misma: el arma más eficaz en su arsenal de persuasión. Su experiencia le había enseñado que pocos se resistían a la sensación de importancia que suponía participar en una «investigación científica». Por desgracia, Sarin se mostró inmune. Colocó la taza en el platillo y, después de carraspear, dijo:

—Lo siento, lo siento de veras, pero, como ya le dije, me temo que va a ser imposible.

Janie no pudo evitar fruncir el entrecejo.

—Señor Sarin, si no puedo conseguir esta última muestra, todos los resultados anteriores carecerán de validez. Es muy importante para mí. Sin duda estará usted al corriente de las dificultades que entraña hoy en día viajar de Estados Unidos a Gran Bretaña. ¿Me permite que le pregunte el porqué de su negativa? Teniendo en cuenta lo poco que le pido, me parece una posición algo rígida.

Siguió un silencio bastante incómodo, en que el anciano pugnaba por discurrir una explicación razonable. Ya le había dicho su madre que pensar no era lo suyo. Decidió echar mano de las razones que había memorizado de niño, y que nunca había tenido ocasión de repetir. No esperaba que las entendieran; a él mismo le costaba, aun habiendo consagrado su vida entera al estudio de aquel lugar y su historia. Había días en que dedicaba varias horas a preguntarse el porqué de aquella vigilancia a la que había sido sometido el pedregoso campo a través de los siglos. Caía una rama, y a la mañana siguiente ya no estaba. Hasta la última bellota era recogida, aunque él no hubiera llegado a presenciarlo. Había mucha gente implicada en ello, gente a la que veía poco, y a la que apenas conocía.

Inició su parlamento con sumo cuidado, poniendo todo su empeño en que la explicación resultara plausible.

—Señora Crowe, este suelo nunca se ha excavado. Fue cedido a la ciudad de Londres con la condición expresa de que nunca se hollara el terreno. Esta casa y los jardines que la rodean fueron edificados antes de la cesión y están exentos de las restricciones; desde entonces no se ha tocado nada.

Janie, poco acostumbrada a esa clase de obstáculos, repasó mentalmente las opciones que tenía. La negativa de Sarin parecía gravada por el peso de una alta e innominada autoridad, y Janie no sabía cómo reaccionar.

—¿Alguna vez le han explicado a usted los motivos de esa restricción? Me parece bastante drástica.

El viejo contestó con una diplomacia inesperada en hombre de facultades tan limitadas.

—No sabría decirle cuáles son. —No *querría* decírselo, pensó, ya que el motivo

le era sumamente familiar—. Temo no poder serle muy útil en ese aspecto.

Se produjo un silencio revestido de un carácter irrevocable. No había nada más que hacer. Se trataba del mandato de alguien fallecido tiempo atrás, y el anciano no podía oponerse a él aunque quisiera, posibilidad esta última de la que Janie dudaba. Dejó la taza sobre la mesa y se levantó sin prisas, alisándose el vestido. Caroline siguió su ejemplo, repartiendo miradas ansiosas entre su jefa y el anciano, a la espera de ver quién daría el siguiente paso. Después de que se levantaran, Sarin permaneció sentado durante breves instantes, mirando al sesgo y moviendo los labios de forma casi imperceptible, como si ensayara frases. Caroline miró a Janie, que expresó su perplejidad con un encogimiento de hombros.

—Bien —dijo Janie, confiando en captar la atención de Sarin—, le agradezco su tiempo y el agradable refrigerio. Quizá volvamos a vernos algún día.

Sus palabras surtieron el efecto deseado, haciendo que Sarin se pusiera en pie con dificultad y, escogiendo bien sus palabras, contestase:

—Estoy seguro de que así será, y siento de veras no poder serles de mayor ayuda.

—Gracias —dijo Janie antes de marcharse.

Ya al volante del coche, Janie miró el campo con indignación. Necesitaba aquella muestra para confirmar las demás; si no la conseguía, tendría que empezar de nuevo todo el trabajo de la tesis.

—La robaremos —dijo, al tiempo que ponía en marcha el motor.

Antes de adentrarse en el campo, Janie y Caroline aguardaron a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad. Las dos iban de negro y con la cara tiznada a juego, pero, a pesar de lo ingenioso de su atuendo, Janie se sintió muy pequeña y vulnerable en el momento de dirigirse al centro del campo, pisando con cuidado y escudriñando la oscuridad en busca de obstáculos. Janie llevaba el largo perforador y Caroline la bolsa de lona donde almacenarían la muestra de tierra. El campo estaba lleno de baches, y el cuidado con que avanzaba Janie no le impidió tropezar; en sus esfuerzos por recuperar el equilibrio, golpeó una roca con el perforador. A falta de árboles o edificios, el ruido metálico se propagó por todo el campo como un toque de clarín que anunciara su llegada.

Caroline se abalanzó sobre Janie y, murmurando imprecaciones, sujetó el tubo para que dejara de vibrar. Se quedaron quietas, con el corazón desbocado, indagando en la oscuridad por si algo daba a entender que habían sido descubiertas. Sólo vieron las macizas siluetas de los dos robles y los grupos de arbolillos diseminados por todo el perímetro, algunos de los cuales impedían ver bien la casita.

Aun así, Janie imaginó la presencia de observadores ocultos; los sentía rodeando su posición como animales al acecho. Pero no, ningún par de ojos brillaba en la oscuridad; no se oían jadeos ni gruñidos, sólo algún que otro ruido llegado de la ciudad. Así pues, puso su mano en el brazo de Caroline y prosiguieron su avance hacia donde esperaban encontrar el señalador, con todos los sentidos en estado de alerta.

¡Menos mal que inspeccionamos la zona antes de ir a ver a Sarin, pensó Janie, y menos mal que no ha llovido después de poner el señalador! La aguda señal sonó en la oscuridad, tenue pero perfectamente audible, haciendo que se dirigiesen hacia el lugar de donde parecía proceder.

Montaron el perforador con rapidez y empezaron a clavarlo. Dado lo pedregoso del suelo, la inserción requirió un gran esfuerzo físico, y, a pesar de que era una noche templada, las dos mujeres no tardaron en ponerse a sudar. Por fin, cuando el perforador hubo alcanzado la profundidad correcta, se tomaron unos minutos de respiro.

Al otro lado del campo, en la vieja casa de piedra, Sarin despertó de una siesta más larga de lo habitual y, echando un vistazo a su reloj de pulsera, se maldijo por haber perdido casi toda la tarde. En el momento de sentarse en la mecedora no se había dado cuenta del esfuerzo que había supuesto su encuentro con las dos visitantes. Había pasado varias horas durmiendo como un tronco.

Se lavó la cara con agua fría, secándose después con una toalla rasposa. El perro seguía estirado junto a la puerta, esperando pacientemente su paseo de todas las tardes.

Sarin ofreció un cuenco de agua fresca a su paciente compañero; después de acabársela a lengüetazo limpio, el perro dirigió a su amo algo muy semejante a una sonrisa. La correa seguía en el suelo, donde la había tirado Sarin para que pudieran sentarse las visitas; el perro la señaló con el morro, meneando frenéticamente la cola.

—Sí, sí, ya te he entendido, compañero —dijo Sarin. Se extrañó de no haber tenido nunca dificultades de comunicación con su compañero canino, mientras, en contraste, los seres humanos le exigían tantos esfuerzos—. Cojo un jersey y nos vamos.

Se metió en el bolsillo una pipa y cerillas, y salieron juntos a dar un paseo vespertino.

El perro se dedicó a olisquear el terreno, buscando el lugar adecuado para dejar su marca. Levantó la pata, bautizó un arbusto y siguió correteando con entusiasmo. Al

anciano no le resultaba fácil seguirlo, dada la rigidez de articulaciones propia de la vejez. El perímetro del campo daba para media hora más o menos, siempre y cuando no se interpusieran distracciones inesperadas, como adolescentes fumando sus apuestos porros, u otras tonterías por el estilo.

Avanzaron sin trabas hasta que, de pronto, el perro se detuvo y volvió la *cabeza*, hacia campo abierto; irguió las orejas, ladeó un poco la cabeza y contuvo sus jadeos. En lo alto, un halcón cifró en un grito sus intenciones depredadoras, haciendo que el perro, desorientado, mirara primero hacia arriba y después a su amo. Éste lo tranquilizó con unas caricias en la cabeza. Siguieron rodeando el campo sin interrupciones, hasta que, diez minutos más tarde, el perro volvió a erguir las orejas y gañir.

—¿Qué pasa? —preguntó el anciano, sujetando al perro con la correa—. ¿Has visto algo, compañero?

El perro trató de zafarse de su sujeción y arrastrar al viejo al centro del campo. Sarin le siguió el juego, y acabó corriendo tras él.

Caroline se levantó y se desperezó los brazos y las piernas, dispuesta a reanudar el proceso de extracción una vez finalizado el breve descanso; de repente, un brillo lejano al otro lado del campo captó su atención. Aguzó la vista: ¡una linterna! Tocó a Janie en el hombro y susurró:

—¡Mira lo que hay ahí! ¡Una luz!

—¡Mierda! —dijo Janie entre dientes—. ¡Debe de haber oído el golpe del perforador! Si nos reconoce a alguna de las dos, la hemos cagado.

Miró alrededor y vio recortarse contra la oscuridad un grupo de árboles capaz de proporcionarles refugio, siempre y cuando lograran alcanzarlo a tiempo. Agarró a Caroline del brazo y empezó a arrastrarla en aquella dirección.

—¡El perforador! —susurró Caroline con inquietud—. ¿Y si lo ve?

—Que lo vea. Ya no tiene remedio. El mango está todo lo bajo que puede estar, así que es posible que se le pase por alto. Confíemos en que sea demasiado bobo para darse cuenta de lo que es.

Corrieron en dirección a los árboles, mirando hacia donde habían dejado enterrado el perforador. Una vez escondida detrás de un tronco grueso, Janie descargó de aire sus pulmones, ya que, sin darse cuenta, había estado conteniendo la respiración desde el momento de salir corriendo del punto de excavación. Vieron a Sarin y su perro rastrear la zona al tuntún. Aun siendo consciente de que robar un

tubo de tierra distaba de ser una infracción grave, la negativa explícita de Sarin llevaba a Janie a considerar el acto de excavar aquella parcela como algo terriblemente inmoral, una ofensa clara y flagrante a la dignidad del anciano. Se sentía más avergonzada que asustada, como si estuviera violando un antiguo y arcano código de honor.

Y, con el paso de los minutos y la prosecución, por parte de Sarin, de su vagar sin rumbo por la oscuridad, Janie empezó a experimentar un frío extraño, como si sintiera en la espalda el tacto gélido de infinitos dedos. Se le puso la carne de gallina en todos sus miembros, pese a llevarlos cubiertos. Sólo corría una leve brisa, pero todas las hojas se pusieron a temblar. Los sentidos de Janie enviaban extrañas advertencias a su cuerpo: la sensación de que no estaban solas al borde del campo.

Echó un rápido vistazo alrededor, buscando la razón de ser de sus escalofríos. Pese a no ver más que oscuras columnas de madera coronadas por masas desordenadas de hojas al viento, Janie fue incapaz de controlar los latidos de su corazón o acallar el insistente martilleo que la ensordecía. No pudo evitar que empezaran a correrle gotas de sudor entre los pechos.

La luz detuvo al fin su errático camino, quedando fija en un punto. Oyeron al perro de Sarin tirar jadeando de la correa, y a su dueño exclamar en son de desafío:

—Sé que están ahí, lo sé. —Su tono se suavizó—. ¿Por qué no me dejan en paz?

Al volverse, Sarin mostró la silueta caída de sus hombros y partió en dirección a la casa. Perro y amo no tardaron en perderse de vista.

Janie salió de detrás del árbol, seguida a escasa distancia por Caroline. Volvieron a adentrarse en el campo con toda la rapidez y discreción de que fueron capaces, y, después de extraer el perforador con su precioso contenido de tierra, lo introdujeron en la bolsa de lona y se alejaron. Al meter la llave en la puerta del coche, Janie no cupo en sí de alivio por haber llevado la tarea a su fin; pero, como telón de fondo de sus pensamientos, una punzante sensación turbaba su tranquilidad, la terrible y vergonzosa sensación de haber hecho algo que no había que hacer.

Sarin se sentó temblando en el desvencijado diván, y su fiel mascota se acomodó en el suelo. No acababa de entrar en calor, ni siquiera después de ponerse otro jersey. Pensó dejar que el perro pasara la noche encima de la manta, lujo que le permitía pocas veces. A falta de alguien con quien compartir sus temores, habló con el animal.

—¡Al final han venido, compañero, pero en el libro no dice qué tengo que hacer! Sólo que no puede excavarse... ¡Señor! —gimió—. Mamá siempre decía que vendrían, pero yo esperaba que aún tardaran un poco... Todavía no estoy



preparado...

Viejo estúpido, pensó, ¿toda la vida para prepararte, y aún no lo estás? Se acordó de su madre, que había dedicado su vida a la misma tarea, y se alegró de que no viviera para presenciar su cobardía una vez llegado el momento crítico.

—Americanos... —dijo al perro—. ¡Sé tan poco de los americanos! Ahora tienen su trocito de tierra y se han marchado, ¡y no recuerdo qué se espera de mí!

Se le empañaron los ojos. Su llanto expresaba la rabia de un hombre corto de entendederas enfrentado a una tarea sumamente compleja, tarea en cuyo éxito confiaban sus exigentes antepasados. ¡Qué decepción se llevarían si me vieran!, pensó.

—Estoy seguro de que volverán —dijo al perro—. Lo que no sé es cuándo. —Hundió la mano en el cálido pelaje del cuello del animal, aferrándose a él como un niño con miedo a perderse—. Eso sí, cuando vuelvan tendremos que procurar que no nos cojan desprevenidos.

Dos días más tarde, la estridente doble señal del teléfono despertó a Janie de un sueño intranquilo. Se quitó las sábanas de encima y, caminando descalza sobre el suelo frío, fue a ver quién era. Contestó al saludo del técnico del laboratorio, y, percibiendo gran entusiasmo en su voz, se sacudió de encima la modorra matinal a fin de escuchar con atención. El técnico hablaba a toda velocidad, y Janie lo imaginó gesticulando al otro lado de la línea, traduciendo su exaltación con incesantes manoteos. Sin haberse despertado del todo, masculló un par de preguntas que no por ello dejaban de venir al caso, y, una vez asimiladas las amables respuestas del técnico, se despidió educadamente. Tras ponerse un par de calcetines, entró en el lavabo sin hacer ruido. Se despejó la cara con agua fresca, calentó en el microondas una taza de café del día anterior y la dejó al lado del teléfono.

Acto seguido marcó el número de la habitación de Caroline.

—¡En pie, bella durmiente! —dijo a su ayudante—. Nos espera un trabajo imprevisto. En el último tubo había algo más que tierra.

# TRES

**C**onfuso y desorientado, Alejandro despertó en un espacio oscuro y con olor a humedad. A medida que recuperaba la claridad mental, escudriñó la oscuridad al azar, sin topar con ningún objeto en que concentrar la vista. La única fuente de luz era una fina rendija vertical abierta a distancia indeterminada en lo que le pareció una pared. Se acercó a ella a gatas, comprobando que se hallaba a pocos metros. Aquella luz tentadora se debía al mal ajuste de una puertecilla aproximadamente rectangular, de un tamaño que sólo permitía pasar poniéndose de cuatro patas. Alejandro no se acordaba de si había entrado por su propio pie; pensó que, en caso contrario, debían de haberle propinado un buen empujón.

Se levantó con cuidado para no darse un golpe en la cabeza, puesto que seguía sin poder ver el techo. Una vez incorporado en toda su estatura, se apoyó en la misma pared de la puertecilla y empezó a desplazarse hacia la derecha, sin despegarse del muro. Avanzó a tientas, deduciendo de la ausencia de esquinas que la sala era circular. Sus sospechas se vieron confirmadas al dar otra vez con la puerta.

Se puso de rodillas y palpó el suelo, hallando una superficie de piedra sin desbastar, consistente en grandes losas bastante bien ajustadas. No encontró vegetación entre losa y losa; tampoco notó que estuvieran húmedas, hecho cuya consecuencia directa fue agudizar su conciencia de estar muerto de sed y no poder saciarla de momento. Su estómago vacío exigía a gritos algo que digerir, y, si bien ambas sensaciones resultaban molestas, Alejandro estaba más preocupado por determinar la gravedad de su situación que por satisfacer los acuciantes deseos de su cuerpo; así pues, no dejó que lo distrajeran ni el hambre ni la sed, y puso todo su empeño en descubrir más detalles del lugar en que lo tenían cautivo.

Se tendió en el suelo, estiró los brazos hacia atrás y descubrió que le costaba tocar dos superficies. Repitió el proceso varias veces en distintas direcciones, obteniendo idéntico resultado. Ello le permitió determinar las dimensiones aproximadas de su prisión. Seguidamente se puso de puntillas, levantó el brazo y saltó con todas sus fuerzas. Sus dedos no tocaron nada.

Debe de ser un pozo o una torre, pensó; pero el hecho de que la luz entrase desde un nivel muy bajo lo llevó a concluir que no estaba bajo tierra. Quizá la sequedad que le había parecido advertir en el recinto no redundase en beneficio de su sed, pero sí de su salud, pues era muy preferible a la humedad que había provocado enfermedades en gran parte de los prisioneros examinados en su época de estudiante. No contraería la pleuresía propia del confinamiento en lugares húmedos. Tuvo la certeza de que sus

ojos no tardarían en acostumbrarse a la penumbra, aunque de momento veía poco: apenas discernía su mano con el brazo extendido. Se la puso delante y la movió arriba y abajo; casi no la veía, pese a notar en la cara una ráfaga de aire. Así las cosas, se sentó con la espalda apoyada en la pared, y esperó, con los ojos muy abiertos, a que mejorase su visión. Sus expectativas se cumplieron; por desgracia, no había nada que ver.

Observó atentamente la luz que entraba por la rendija, tratando de tomar nota del menor cambio, y temiendo la llegada del crepúsculo, que traería consigo una oscuridad total. Comprobando que el ángulo de entrada de la luz no sufría modificaciones, concluyó que no se trataba de luz solar directa, sino de un reflejo que se difundía por la sala o pasillo en que desembocaba la trampilla. El paso de las horas hizo menguar la intensidad de la luz, y el médico se resignó a pasar varias horas sin poder utilizar todas sus facultades sensoriales. Se extrañó de que todo estuviera tan silencioso. Si esto fuera una cárcel, pensó, seguro que se oírían los gritos de otros presos.

Una vez caída la noche, se le hizo imposible ignorar las exigencias de su cuerpo. Su garganta reseca pedía agua a gritos, y su estómago vacío no dejaba de quejarse. Incapaz de dormir, Alejandro dio vueltas en su cabeza a las peores posibilidades. Recordó con claridad visceral el caso de un hombre al que habían detenido por robar un cadáver. Después de consultar al clero local, el juez había decretado un castigo en consonancia con el delito: enterrar vivo al criminal, permitiéndole compaginar su agonía con la reflexión sobre el crimen en el mismo lugar donde lo había cometido. ¡Y eso que el criminal era cristiano! Alejandro no podía imaginar a qué suplicio someterían a un judío como él en pago por el mismo delito.

¿Cómo convencerlos de que no he cometido ningún crimen, que sólo estaba buscando unos conocimientos que el Papa cristiano, en su ignorancia, me prohíbe adquirir de forma más razonable? No he robado ningún cadáver; sólo lo he tomado prestado unas horas. Lo habría devuelto a la tumba en un estado semejante al inicial. A pesar de ello, pasó horas y horas recriminándose, no lo que había hecho, sino la estupidez de haber dejado que lo descubrieran. Buscó en su memoria algo que hubiera podido impedir el fatal desenlace, pero no se le ocurrió nada; su captura había sido simple cuestión de mala suerte. El transcurrir de la noche acentuó la sensación de ser víctima de una injusticia, y, en el momento de entrar por la rendija los primeros rayos de luz, Alejandro había elaborado abundantes planes de salvación, a cuál más astuto.

Su férrea determinación quedó en nada cuando, poco después del alba, la portezuela se abrió de golpe, dejando entrar tanta luz que tuvo que llevarse la mano a los ojos, pese a no anhelarla menos, a esas alturas, que el sustento físico. Antes de

que la puerta volviera a cerrarse de golpe, alguien introdujo a toda prisa un cuenco de agua y un pedacito de pan duro. Todo ocurrió tan deprisa que Alejandro no tuvo tiempo de reaccionar. Tenía miles de preguntas que hacer a su carcelero, pero la oportunidad se le escurrió de las manos cuando menos lo esperaba.

—¡Piedad! ¡Decidme al menos dónde estoy! Concededme una vela, por amor de Dios...

Pese a la sed que lo atenazaba, dio prioridad a expresar sus súplicas antes de que el celador se hubiera alejado demasiado. Las repitió de viva voz una y otra vez, hasta tener la certeza de que no lo escuchaba nadie. Entonces cayó de rodillas, y, humillado por su incapacidad de llamar la atención del vigilante, engulló la lastimosa pitanza, lamiendo el cuenco con lengua rasposa para no perder ni una preciosa gota de agua.

Otro día y otra noche, pensó, dando por sentado lo peor. La idea de tener que vivir otra jornada igual de silenciosa, oscura y solitaria lo llenó de desolación. Sabía que corría el riesgo de perder el dominio de sí mismo en el transcurso de aquella prueba, y que, en ese caso, no sería su cuerpo el primero en ceder: su mente llegaría a estar tan ansiosa de ver u oír cosas que empezaría a inventarlas ella misma. Estaba seguro de que, llegado a ese punto, preferiría la muerte a la locura. La humillación final consistía en no tener siquiera los medios de quitarse la vida.

El salón era inmenso. Lo ocupaban dos hombres, uno a cada lado de una mesa de roble. Pese a sus imponentes proporciones, reinaba en la sala un silencio peculiar, debido a la gran cantidad de alfombras y tapices que la adornaban.

El obispo ofreció asiento a su invitado con un gesto cortés. El anciano judío se lo agradeció con una inclinación de cabeza no muy marcada, y, tras disponer cuidadosamente los pliegues de su manto, tomó asiento. Estaba encorvado, en parte por haber pasado muchos años inclinado sobre registros y libros de cuentas, pero también por un peso mucho más agobiante; eso, al menos, era lo que sospechaba el obispo. Los movimientos de Avram eran inestables, al igual que su voz. Su aspecto no respondía a la imagen que el obispo se había formado de él después de tantos años de correspondencia epistolar.

En los tiempos en que el obispo Juan de Aragón era todavía el joven monseñor Juan, recién nombrado por su santidad Juan XXII, Avram Canches acababa de unirse al negocio de préstamos familiar, siguiendo las órdenes de su padre. Aún recordaba la amargura del día en que se había decidido no permitirle escoger profesión. «Que el trabajo manual quede para tus hermanos —había dicho su severo padre, llevando a Avram junto a los libros de cuentas—. Tus manos sostendrán una pluma». Avram era consciente de que era eso lo que lo había llevado a sucumbir a la petición, por parte

de su hijo Alejandro, de cursar estudios de medicina, pese a albergar serias dudas sobre la prudencia de semejante decisión. Después de tantos años, comprendía al fin el despotismo de su padre, y deseaba haber hallado en sí fuerzas para mostrarse igual de severo con su propio hijo.

Desde ese día, Avram y el obispo Juan habían intercambiado cientos de cartas, relacionadas todas ellas con las preocupaciones pecuniarias de la Iglesia cristiana. Siguiendo un arreglo enormemente beneficioso para ambas partes, Avram había garantizado que el mundano prelado dispusiera siempre de dinero para financiar los complejos rituales protagonizados por sus sacerdotes, y, hombre íntegro, había evitado expresar su opinión de que Dios no se preocupa del atuendo de los hombres ni del lugar en que le rinden culto. Satisfecho con recaudar sus intereses, se reservaba sus cínicas opiniones, y, con el paso de los años, había llegado a sentir por el prelado cierta estima teñida de cautela.

Similar consideración merecía Avram al obispo, que se llevó la sorpresa de verse enfrentado con un hombre que no parecía capaz de manejar sus negocios con la firmeza que siempre había caracterizado a Avram Canches. Antes de hablar, estuvieron un buen rato mirándose, corrigiendo la imagen hipotética que ambos habían forjado en sus mentes a base de preguntarse, año tras año, cómo sería su corresponsal.

Fue el obispo quien tomó la palabra en primer lugar.

—No sois como os imaginaba, amigo mío. Os tenía por mucho más alto que yo. Siendo tan enérgico como hombre de negocios, habría jurado que erais un gigante.

—Eminencia —replicó el frágil hombrecillo—, perdonad que os decepcione. Mi único deseo es que, a diferencia de mi cuerpo, mis capacidades mentales no hayan menguado con los años.

—Sospecho que siguen siendo prodigiosas —dijo el clérigo con una sonrisa—. Y ahora, permitid que os ofrezca un pequeño refrigerio. Habéis hecho un largo viaje, y ya no somos jóvenes.

El obispo hizo señas a un acólito, que, transcurridos unos pocos minutos, volvió con una hermosa bandeja de plata cargada de panecillos, quesos y fruta.

El obispo Juan bendijo la comida en latín, mientras Avram pronunciaba unas palabras en hebreo; en el momento de finalizar ambos sus respectivas y breves oraciones, se miraron por encima de la vela. El obispo cogió una botella de plata y llenó dos copas de vino. Puso una de ellas delante de la vela, admiró el suntuoso color de su contenido y, tendiéndosela a su invitado, dijo:

—De modo, Avram, que después de tantas cartas por fin nos vemos las caras. Tengo curiosidad por conocer el motivo que os ha llevado a realizar tan largo viaje.

En lugar de contestar, Avram, a todas luces nervioso, jugueteó con el cuchillo y cortó torpemente uno de los quesos de la bandeja. Viéndolo tan incómodo, el obispo vislumbró la posibilidad de obtener ventajas que en el futuro, por mínimas que fueran, podrían utilizarse para sacar beneficio de su acreedor; esa idea lo llevó a seguir presionando al judío, fingiendo sincera preocupación por su bienestar.

—Avram, por favor —dijo—, sin duda os daréis cuenta de que soy mucho más que vuestro anfitrión en esta modesta comida. Si os es preciso hablar de asuntos espinosos, hacedlo sin temor. Os halláis en la casa de Dios, y tenéis un lugar en ella.

Acallando el dolor que atenazaba sus huesos cansados, Avram se esforzó por infundir dignidad y energía en su porte, arreglándoselas para parecer un poco más alto en la silla de madera labrada. Pensó que aquella obra de arte debía de haber costado el diezmo anual de cincuenta campesinos. Al cambiar de postura, se fijó en que había doce sillas dispuestas con pulcritud en torno a la mesa. El gasto no habría sido en vano si al menos ofrecieran cierta comodidad, pensó.

Carraspeó antes de iniciar su intervención.

—Eminencia —dijo con cautela—, estoy seguro de que vuestros «consejeros» habrán aludido a ciertos problemas en nuestra ciudad de Alcañiz.

El obispo miró a Avram con recelo, preguntándose: «¿Cómo sabe lo de mis espías?».

—Ah, sí, mis consejeros... —dijo—. Recuerdo haber oído hablar de algo recientemente... El robo de un cadáver, ¿no es así?

Sabía perfectamente que habían arrestado a un judío por profanar la tumba de un comerciante cristiano fallecido poco tiempo atrás. Los afligidos parientes, presos de una lógica indignación, exigían justicia inmediata. De todos modos, al obispo aún le faltaban por conocer muchos detalles; necesitaba investigar más a fondo el incidente mencionado por Avram. La aparición inesperada del judío impedía al obispo hacer uso de su ventaja habitual; Juan se propuso comunicar su descontento al abad de Alcañiz. Habría preferido no seguir adelante, pero no quería revelar la existencia de una malla en mal estado en su famosa red, cuyo conocimiento por parte del judío lo sorprendía. ¿Qué más sabrá el viejo zorro?, se preguntó.

—Ilustrísima —prosiguió Avram—, lamento notificaros que, para eterna vergüenza de este pobre viejo, el ladrón es hijo mío.

Al oírlo, el obispo palideció y se puso en pie de un salto, olvidando pedir permiso, como mandaba la más elemental cortesía. ¿Por qué no le habrían comunicado el dato sus espías? ¿Debería excomulgar al idiota incompetente que ha dejado que se me escape esta ventaja!, pensó con irritación. ¿Qué astuto por parte del viejo empezar por ahí! ¿Ha sido un golpe muy diestro!

Se apartó de la mesa y se asomó a la ventana con los brazos cruzados, como si se protegiera de alguna grave amenaza.

Avram se dio cuenta del enfado del obispo, pero no supo explicárselo. Quizá haya descubierto mis cartas antes de tiempo, pensó, temiendo por el buen resultado de su misión. Se cogió al borde de la mesa y, levantándose con dificultad, se aproximó a su irritado huésped con paso vacilante, sin soltar la mesa en ningún momento.

—Mi hijo es médico, y, ante la insistencia del cristiano, corrió el riesgo de atenderlo, a sabiendas de que le estaba prohibido. Ese pobre hombre estaba siendo consumido por una horrible enfermedad, y mi hijo hizo un noble esfuerzo por aliviar su agonía. Probó todas las curas conocidas, y dedicó todo su tiempo al paciente. El único pago que quiso recibir fue una pala. ¡Una pala, eminencia! Sintió la necesidad de examinar el cadáver para averiguar la causa de la enfermedad. No cree haber cometido ningún crimen.

Avram hizo una pausa, esperando suscitar compasión en su adversario; pero sólo topó con una mirada glacial. Siguió adelante, luchando por no perder su aplomo.

—No puede ser acusado de robar un cadáver. Si no lo hubieran detenido, habría devuelto los restos a su legítima sepultura; de hecho, era lo que estaba a punto de hacer cuando lo cogieron. No faltaba nada. El cadáver estaba intacto.

—No obstante —dijo Juan con severidad, mirando a Avram de hito en hito—, el propio Moisés nos enseña que codiciar lo que pertenece a otro hombre es pecado. Sabios de todas las religiones han considerado que el cuerpo de un hombre figura entre sus más preciadas posesiones. ¿Hay crimen mayor que robar la morada en que reside el alma de una persona durante su periplo terrenal? ¿Por qué perdonar semejante maldad con el argumento de que quien la ha cometido no la consideraba como tal? Dios se reserva el privilegio de determinar la naturaleza del mal, y no corresponde a un humilde judío el hacerlo.

—Eminencia, admito que Alejandro obró de forma impetuosa e irreflexiva. También nosotros, los judíos, creemos que el cuerpo es un don sagrado de Dios. Pero siempre ha tenido sed de conocimientos, y no se detiene ante nada para conseguirlo. Si alguien merece el castigo soy yo, por haberle permitido creerse capaz de vivir al margen de la humildad propia de nuestro pueblo. Soy viejo, y poco me queda por vivir. Consideradme autor del crimen, os lo ruego. Traslada sobre mí el castigo.

El obispo miró al anciano, su desconocido amigo de tantos años, convertido de pronto en enemigo no deseado. Vio un alma frágil, cansada y vencida, condenada por su fe al fuego eterno. Juan se tenía por protector y patrocinador de los judíos de su obispado; aquella traición a su benevolencia constituía un ultraje imposible de perdonar. Sus ojos se clavaron a fuego en Avram, y dijo entre dientes:

—¿Cómo os habéis atrevido a consentir que vuestro hijo traicionase nuestra confianza? Siempre he permitido que los judíos de Aragón vivan en paz, en convivencia. Su Santidad me ha confiado la responsabilidad de hacer cumplir en mis dominios su política de tolerancia hacia los judíos. ¿Cómo habéis podido consentir que vuestro hijo me deje en evidencia? ¡Si yo, Juan, no puedo controlar a los judíos de Aragón, quizá vuestro pueblo se vea en manos de un guardián menos compasivo!

Avram guardó silencio. De modo que teme perder su poder, pensó. Ahí estaba el punto débil necesario para seguir adelante. ¡Pero nada de vacilaciones, o no accederá! Su actitud sufrió un cambio: de la súplica pasó a los argumentos. Adoptó una posición más erguida, y su voz cobró firmeza.

—Eminencia, conozco muy bien los favores de que hemos gozado los judíos bajo vuestra protección. Os debemos gratitud por la prosperidad de que hemos gozado en vuestro reino. También nosotros nos hemos esforzado por vivir en paz con todos los cristianos, esperando fervientemente que los fieles de todas las religiones puedan experimentar los beneficios de una cooperación movida por la tolerancia.

El obispo miró a Avram a los ojos, preguntándose por qué habría fracasado su intento de intimidarlo.

—Seguid —dijo, receloso—. Todavía no estoy seguro de haberos entendido.

Avram se sacó de una de las mangas de su toga un grueso rollo de pergamino.

—Eminencia, he traído el registro de las cuentas del obispado con la casa de Canches. Tendría sumo placer en revisar esas cuentas con vos; quizá si nos sentamos y reanudamos la comida... Ambos tenemos mucho sobre lo que meditar, y, por mi parte, gozaré de mayor claridad mental con el estómago lleno.

Tras unos segundos de reflexión, Juan señaló la silla contigua a la que ocupaba él. Avram se lo agradeció y volvió a tomar asiento, al igual que su huésped. Comieron en silencio, enfrascados ambos en la confección de planes para manipular al otro. ¿Cuánto podía ganarse? ¿Cuánto terreno había que ceder en el mejor de los casos? Los dos hombres, pertrechados con la sabiduría de una vida larga y cargada de experiencias, se prepararon para una justa donde, a diferencia de los guerreros, no utilizarían más armas que las del ingenio. De pronto, el obispo veía a su alcance la gloriosa posibilidad de enviar a Aviñón cantidades muy superiores a las que había hecho esperar al Papa. Sería considerado como excelente administrador, prudente delegado cuya inteligente gestión de los diezmos aragoneses sería alabada por Su Santidad. Avram se preguntó cuánto podría exigirse a cambio de cancelar la ingente deuda de la Iglesia con la familia Canches. Nada le parecía demasiado con tal de conseguir que Alejandro siguiera con vida, libre para empezar de nuevo en otro lugar. Ahora bien, el trato no podía limitarse a sacar a Alejandro de la prisión. Avram



presionaría para obtener una salida segura de España con escolta cristiana digna de confianza, una escolta que lo protegiera de principio a fin del largo viaje.

El obispo llamó al acólito para que despejase la mesa y trajese más velas; una vez colocadas en los candelabros, y encendidas sus mechas, despidió al joven, y los dos ancianos se sentaron lado a lado, dispuestos a concluir su desagradable transacción.

Avram empezó a recitar casi de memoria el discurso que tenía preparado, por si la voluntad divina lo obligaba a recurrir a él.

—Llevo mucho tiempo apreciando en todo su valor la protección dispensada a mi familia por vuestra eminencia. Como podréis suponer, me siento avergonzado por la terrible deshonra que os ha infligido mi hijo con su falta de respeto al reposo de vuestros muertos cristianos. Aun siendo consciente de que la generosidad con que nos habéis permitido serviros durante tantos años no puede ser compensada de ningún modo, quisiera ofreceros una pequeña demostración de mi gratitud y estima.

En ese momento, el anciano judío desenrolló el pergamino ante los ojos del obispo, mostrándole las cuentas. Juan examinó las entradas con atención, repasando escrupulosamente las largas columnas en que se leía el año de cada préstamo y la cantidad debida. Algunas deudas habían quedado zanjadas tiempo atrás, pero quedaba por pagar una suma respetable. Aun dejando a un lado los intereses, y en la hipótesis de que no se contrajesen nuevas deudas, harían falta muchos años de sustanciosos diezmos para que la Iglesia pudiera pagar el grueso de lo debido. El obispo se culpó de haber dejado llegar las deudas de la Iglesia a tales excesos con el astuto Avram Canches.

Avram volvió a enrollar el pergamino y, bajo la atenta mirada del obispo, lo acercó a la vela casi hasta tocar la llama, aclarando con su gesto todo el significado de la frase anterior.

—Quizá sea hora de recapacitar sobre estas deudas —dijo—. No dudo de que podríamos alcanzar un compromiso conveniente.

El obispo comprendió.

—Sois demasiado amable, amigo mío. Me sería imposible aceptar una oferta tan generosa sin corresponder a mi vez con un regalo. Tal vez pueda ser útil a vuestra familia en sus horas bajas.

Avram Canches formuló su propuesta con un tono de voz mucho más enérgico que antes.

—Mi hijo debe salir de su cautiverio con garantías de que llegará sano y salvo a Aviñón. Le hará falta una escolta, y, puesto que carezco de influencia sobre los vuestros, dependo de vos para designar un guía adecuado. Deberá tratarse de alguien

en quien confiéis plenamente. Recibirá por ello lógica y generosa recompensa.

El obispo, que no daba crédito a su buena suerte, tuvo que esforzarse mucho por contener su entusiasmo. Eran peticiones insignificantes, de fácil ejecución.

—Y una vez prestado ese servicio, ¿no habrá más demandas?

Avram se irguió en toda su estatura, haciendo acopio de toda la fuerza y dignidad que pudo encontrar en su cansado espíritu. Miró al obispo a los ojos y dijo con absoluta franqueza:

—Eminencia, para mí este servicio tiene más valor que la totalidad de cuanto obra en vuestro poder. Lo de mi hijo no ha sido más que un tropiezo. A cambio de su vida, la remisión de vuestra deuda es poco.

Con una sonrisa poco menos que desdeñosa, el obispo Juan de Aragón dijo a Avram Canches:

—Entonces cerremos el trato, judío. Quemad el pergamino.

Los dos contemplaron en silencio cómo ardía el pergamino sostenido por Avram junto a la llama. La habitación se llenó de un nauseabundo olor a carne quemada, totalmente en consonancia con el innoble negocio que acababa de realizarse. Una vez hecho cenizas el rollo, el obispo Juan se volvió hacia Avram y dijo:

—Me pondré en contacto con un soldado de nombre Hernández. Me ha sido de gran utilidad en múltiples ocasiones; es un hombre tolerante y paciente, y se alegrará del encargo. Eso sí, os advierto de que cuando sepa que se trata de acompañar a un judío renegado, el precio que pida acaso represente un fuerte gravamen para vuestras riquezas.

Avram se sabía capaz de vender el alma por la libertad de Alejandro, y dudaba de que el más codicioso de los mercenarios llegase a exigir lo que estaba dispuesto a pagar por la seguridad de su hijo a lo largo del viaje.

—En ese caso, eminencia, y por respeto a nuestra larga relación, os ruego que me consigáis un buen trato.

—Haré lo posible —dijo el obispo—. Al alba recibiréis un mensajero. En ese momento se os comunicarán los detalles del acuerdo.

Avram hizo una leve inclinación de cabeza en señal de gracias. Acto seguido se despidió del obispo, triste por no poder volver a verlo, pues las sórdidas circunstancias del encuentro habían puesto punto final a su amistad. Hasta entonces había dado mucho valor a su correspondencia; era un juego de buena ley entre adversarios dignos el uno del otro. Iba a lamentar mucho su pérdida.

El obispo acompañó a Avram hasta la puerta del imponente salón, como si

quisiera despedirse de él; mas, para sorpresa e indignación de Avram, propinó un último insulto al venerable judío: le tendió la mano en que llevaba el anillo, aguardando a que Avram se inclinara para besarlo con sumisión.

Avram dirigió al obispo Juan una mirada de desafío, y, contemplando la mano, deseó poder demostrarle su desdén con un escupitajo; pero era consciente del riesgo de perjudicar a Alejandro, aun cuando, personalmente, la ocasión de expresar su desprecio le pareciera un regalo de los cielos. Se tragó, pues, todo el asco que se había apoderado de él e, inclinándose, adoptó la actitud suplicante que se le pedía. De nuevo en pie, miró al obispo con dureza y salió.

El obispo tiró de una cuerda e hizo sonar la campanilla con que llamaba a su acólito. El joven entró en la sala y, tan silencioso como de costumbre, se acercó reverentemente al anciano clérigo.

—Hermano, envía al cocinero a buscar a ese canalla de Hernández. Seguro que sabrá qué taberna frecuenta el muy bribón.

—¿Y qué deberá decirle, eminencia? —preguntó el joven sacerdote.

El obispo Juan se rascó un buen rato la barbilla, absorto en la confección de una historia plausible.

—Mmm... Con Hernández siempre hay que procurar decir lo justo para que se interese por el asunto; y ofrecerle un buen incentivo, claro está. —Volvió a sumirse en sus reflexiones—. Que le diga que la Iglesia precisa sus servicios para un viaje importante. Dile al cocinero que dé a entender que recibirá una recompensa más sustanciosa de lo habitual; y que lo espero dentro de una hora. —Despidió al joven con un gesto de la mano, y, al verlo retroceder hacia la puerta, añadió—: Di al escribano que venga enseguida.

El obispo esperó al escribano en el balcón, contemplando el firmamento nocturno y admirado, como siempre, de la majestad y misterio de los cielos. «¿Qué fuerza —se preguntó— podrá ser tan grande como para propulsar al sol en su trayecto diario alrededor de la Tierra?». Había oído hablar de que muy al norte existían países donde, una vez al año, el sol permanecía en el cielo, mientras que en otras fechas apenas daba señas de estar presente. Le pareció increíble que aquella bola de fuego pudiera moverse tan a capricho a lo largo y ancho de los cielos. Sin duda es el propio Dios quien lo impulsa con sus dedos, pensó.

Fue interrumpido a deshora por su escribano, quien, tras besar el anillo del obispo, se sentó frente a la larga mesa y dispuso en ella sus materiales de escritura. El obispo dictó.

—El portador de este pergamino y su compañero de viaje han obtenido un salvoconducto de su eminencia Juan, obispo de Aragón.

El escribano tendió el pergamino al obispo para que le aplicase su sello personal.

—Y ahora otra carta —dijo el prelado, antes de empezar a dictar: Al muy reverendo padre José, de la orden de san Francisco.

«Hermano, te saludo en nombre de nuestro salvador Jesucristo. Por la gracia de Dios, y para mayor gloria de Él, he negociado con el judío Avram Canches un acuerdo para aliviar a la Santa Iglesia de sus obligaciones financieras con la casa de Canches. En agradecimiento por su amable indulgencia, he aceptado poner a su hijo Alejandro, que se halla actualmente a tu cargo reo del odioso pecado de robar cadáveres, en manos del señor Eduardo Hernández, que se presentará ante ti con mi sello. El señor Hernández escoltará al vil judío fuera de nuestros dominios, cuya paz nunca volverá a perturbar.

»Haz saber a la familia de Avram Canches que también a ellos se los expulsa de Aragón, y que, por lo tanto, pierden derecho a todo interés en negocios llevados a cabo en nuestro obispado. La familia deberá abandonar su residencia antes de la noche del segundo día posterior al momento en que recibas la presente, y todos los bienes y propiedades que no hayan sido vendidos antes de esa hora pasarán a manos de la Iglesia, a fin de incrementar sus tesoros para la gran obra de Dios, Padre Omnipotente.

»Antes de liberar al joven judío, lo marcarás a fuego para que todos lo reconozcan como tal. Nunca volverá a ofender a la sociedad cristiana.

»Que Dios te acompañe en tan importantes tareas. Haz el trabajo de Jesucristo y Su Madre la Virgen María, y Dios te otorgará justa recompensa. Juan, obispo de Aragón.

Volvió a aplicar el sello. Después de escribir una última carta, el sirviente fue despedido con una bendición. Tres minutos después de su partida, se oyó un golpe suave en la puerta, y el acólito anunció a Eduardo Hernández.

Volvió a oscurecer, y Alejandro pasó otra noche de sueño inquieto. Al entrar por la rendija los primeros resplandores, se dispuso a recibir su miserable almuerzo. A pesar de lo mucho que le hacían sufrir el hambre y la sed, su mayor aliciente no era la perspectiva de los alimentos. Agazapado junto a la puerta, con la mirada fija en la fina raya de luz y el oído atento al menor ruido, esperó con paciencia el regreso de su celador. Cada dos o tres minutos estiraba primero una pierna y después otra, y movía el brazo para mantenerse preparado y alerta. Sabía que cuando se abriera la puerta tendría que proteger sus ojos del torrente de luz que iba a cegarlo por unos instantes.

Se oyó un eco tenue de pisadas, y Alejandro aguzó el oído. Comprobando que

alguien se acercaba, tuvo la sensación de que el corazón iba a salirse del pecho, hasta el punto de que su martilleo casi le impedía oír el anhelado ritmo de pasos. Por fin el visitante se detuvo, y Alejandro percibió el sonido del cuenco al ser depositado junto a la puerta. Se oyó un crujir de telas y el descorrerse del pestillo.

En el momento de abrirse la puerta, Alejandro se llevó una mano a los ojos, volviendo la cabeza al mismo tiempo que aferraba a ciegas el brazo que emergía de la abertura. Palpó la carne de su celador, cuyo calor le comunicó a la vez emoción y energía. Siguió el inevitable forcejeo; justo cuando el brazo se retiraba, Alejandro abrió los ojos, y, antes de que la puerta volviera a cerrarse, el violento haz de luz le permitió ver que la mano no había dejado caer un cuenco o un mendrugo de pan, sino un pergamino.

Prefirió dejar su lectura para más tarde, y exclamó:

—¡Una palabra, os lo ruego! ¡Sólo una! ¡Por favor, os lo suplico, decidme qué está sucediendo!

Todo estaba en silencio, pero, a falta de pasos alejándose, Alejandro supo que quien lo atormentaba seguía ahí. A punto estuvo de no oír el susurro:

—Calla, o no podré hacer nada por ti.

Alejandro se apresuró a recuperar la compostura y, tras pasarse una manga sucia por la cara y la nariz, contestó:

—Que Dios os bendiga, señor. ¡Estoy desesperado por saber cuál es mi situación!

El tono de voz de su interlocutor se hizo más duro.

—Prefiero la bendición de mi propio Dios, judío, como deberías preferirla tú. Presta atención; no tenemos mucho tiempo.

—Os ruego perdón —imploró Alejandro—. Haré lo que queráis, pero decidme al menos...

—¡Silencio! Ya te habrás dado cuenta de que traigo una carta. De tu padre.

Alejandro buscó a tientas por el suelo hasta encontrar el pergamino. Quitó el lazo con impaciencia, pero casi no distinguía las letras. Desesperado, dijo a su carcelero:

—Hay tan poca luz que no voy a poder leerla.

Al otro lado de la puerta, el sacerdote guardó silencio. El padre de Alejandro no le había pagado bastante para ocuparse también de la luz.

—Tal vez tu Dios quiera prestarte un poco —dijo el celador antes de alejarse con una risa cruel, a sabiendas de que más tarde, cuando el prisionero se hubiera calmado un poco, tendría que volver para traerle su ración diaria.

Alejandro se sentó de espaldas a la pared, y, lleno de dolor y frustración, sujetó la

carta contra el pecho, esperando a que su vista volviera a acostumbrarse a la oscuridad. Por fin, cuando vio que era capaz de distinguir la franja de luz que entraba por la rendija de la puerta, la usó para iluminar el pergamino, y, moviéndolo muy poco a poco, logró reconocer la caligrafía. Su padre había escrito la carta en un idioma que sólo otro judío podía leer, consciente de que el sacerdote no sabría descifrarla y de que ningún otro judío lo traicionaría proporcionando una traducción fiel.

*Hijo.*

*No desesperes, pues no tardarás en quedar libre. He dispuesto que seas conducido sano y salvo hasta Aviñón, donde el edicto del Papa protege a los judíos de toda clase de persecución. Es tu mejor oportunidad de sobrevivir. Los sacerdotes te entregarán a un mercenario cargado con un paquete que le habré dado yo. El contenido satisfará tus necesidades durante el viaje. Vigila tu salud y reza a diario por que se te concedan las fuerzas necesarias para los días venideros. Que Dios te proteja hasta nuestro próximo encuentro.*

*Tu padre, que te quiere.*

Alejandro se quedó sentado y temblando un buen rato después de haber leído la carta; procuró tranquilizarse, consciente de que una agitación excesiva no haría más que empeorar la sed. Su padre, como de costumbre, tenía razón: iba a necesitar todas sus fuerzas.

Seguía sentado cuando, poco después, la puerta volvió a abrirse para dejar paso a la comida y la bebida. Otra vez a solas en la oscuridad, saboreó con deleite hasta la última miga de pan, y lamió el cuenco con lengua estropajosa a fin de no perder ni una gota de agua. Dejó de lado todo intento de huida o diálogo, limitándose a esperar la puesta en libertad. El sueño se fue apoderando de él.

Lo despertó una luz que tuvo efectos cegadores sobre sus ojos maltrechos. Aunque sabía que no era más que la luz que entraba por la puertecilla abierta, Alejandro tuvo la impresión de estar mirando de frente el sol de mediodía. Al oír que una voz lo llamaba, gateó todo lo rápido que pudo hasta la puerta, protegiéndose los ojos hasta que se adaptaron a la luz.

La voz le pidió que avanzara por el angosto pasadizo; Alejandro obedeció con gratitud, pensando que había llegado la hora del rescate, y ansioso por respirar un aire desprovisto del hedor de sus propios excrementos.

—Levántate, judío —oyó que le ordenaban.

Obedeció temblando, y sin haber recuperado todavía sus plenas facultades visuales. De repente lo estamparon contra la pared del pasadizo, y dos monjes lo sujetaron por los hombros. Otro le obligó a ladear la cabeza, dejando expuesta una mejilla. Alejandro no tardó más que una fracción de segundo en darse cuenta de que la finalidad del objeto que se acercaba a su cara era quemarlo, pero no le hizo falta más para incorporarse con todas sus fuerzas y zafarse de la presión de sus guardianes. El hierro al rojo se desvió de su meta y se posó en mitad del pecho de la víctima, atravesando la tela de su camisa. Alejandro soltó un alarido de dolor.

—¡La cara! —dijo con rabia uno de los carceleros—. ¡Hay que hacerlo otra vez!

Pero Alejandro, una vez conocidas sus intenciones, empezó a revolverse con tal furia que apenas pudieron sujetarlo; daba zarpazos propios de una fiera salvaje, y uno de ellos se hincó en el brazo de un adversario, obligándolo a soltarlo. Entonces se atrincheró en su celda, arrastrándose hasta ella con la desesperación de un recién nacido loco por regresar al seno materno, donde estuviera a salvo de sus persecutores.

El monje se tocó la herida, viendo que, si bien sangraba mucho, no revestía peligro. Puesto en pie, se apoderó del hierro de marcar con la intención de realizar un nuevo intento, pero comprobó, decepcionado, que el maligno instrumento había perdido su rojo fulgor. Lo tiró al suelo con rabia y cerró de golpe la puerta de la celda.

—Habrá que contentarse con el pecho —dijo.

Al oír que los monjes se alejaban por el pasadizo, Alejandro se dejó caer y permaneció tendido durante lo que le pareció una eternidad, consciente de haber sido marcado, resintiéndose del terrible dolor de la quemadura y de su rabia irrefrenable de hombre humillado. Tenía una sensación como de fiebre; su cuerpo estaba cubierto de sudor, y, en aquella sala fría y húmeda, los escalofríos alternaban con la impresión de estar quemándose vivo. Tuvo la certeza de hallarse en el infierno de los cristianos, relegado ahí por una broma cruel de Dios. Aquellos hombres perversos habían sentido la necesidad de marcarlo de nuevo, como si pudieran borrar la marca que Dios ya había puesto sobre él. Había logrado impedirselo y mantener la cara intacta, pero estaba seguro de que volverían; pues bien, cuando lo hicieran ya no encontrarían a un judío débil y sumiso; al contrario, se enfrentaría con ellos, los sojuzgaría y lograría escapar.

Volvieron a traerle su pitanza, y comió como un animal herido, ardiendo en deseos de vengar aquel acto de odio desbocado. Pasó los dos días siguientes sin hacer más que descansar y dormir, tomando fuerzas para cuando vinieran por él. La herida circular, que al principio supuraba un líquido amarillo, fue endureciéndose hasta

convertirse en una costra. Alejandro sabía que se estaba curando, y dio gracias a Dios por haber conservado la vida, jurando ante Él no desperdiciarla.

Al tercer día, la puerta se abrió de golpe a una hora en que no solían darle comida ni bebida, y, excepcionalmente, permaneció abierta. Sentado en la celda, el joven y furioso prisionero esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la luz, haciendo acopio de fuerza de voluntad. Dirigió hacia lo alto una mirada cautelosa, y distinguió la silueta de un hombre de cuclillas en el pasadizo que llevaba a la celda. Decidió aguardar antes de dar el primer paso, con la esperanza de que su nuevo adversario se moviera, mostrase un punto débil o se traicionase de algún otro modo. Se propuso aprovechar la primera ocasión que se le presentara, y, embistiendo a través de la puerta abierta, arremeter contra su carcelero con toda la rabia de un hombre joven luchando por su supervivencia.

Vio asomarse al marco de la puerta la silueta de la cabeza del carcelero.

—Judío, deja que te vea.

Metido en su celda, Alejandro contestó con una risa extraña, que sin duda a aquel hombre le parecería propia de un loco.

—¡Ven a buscarme, maldito cobarde!

Oyó retumbar una carcajada al otro lado de la puerta.

—Para ser un infiel encarcelado, demuestras tener mucho coraje —dijo la voz.

—¿Sí? Pues ven y verás el coraje que puede tener un judío.

—Sobrevaloras mis habilidades, jovencito —dijo la voz—. Si a oscuras no te veo, ¿cómo voy a valorar tu coraje? Para apreciar la valentía de un judío hace falta toda la luz del día. Vamos, ten compasión de un hombre limitado como yo. Deja que te vea.

Algo se desató en el interior de Alejandro, un hilo de cordura que había conseguido mantener pese a todos los obstáculos; suelto ese hilo, el médico dio rienda suelta a su indignación.

—¡Pues fíjate bien, cerdo cristiano! —rugió.

Y, de un salto, atravesó la abertura, cayó de lado y se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos. Agazapado como un animal listo para el ataque, se dispuso a lanzarse sobre su celador.

El hombre que lo esperaba a solas en la salida rio al ver el penoso espectáculo de un judío sucio y andrajoso gruñéndole como una fiera asustada. Cuando el patético joven se le tiró encima a despecho de su evidente desventaja, el desconocido se echó a un lado y evitó el impacto sin problemas.

—Tendrás que intentarlo otra vez —dijo—, aunque te aviso: soy un hombre



robusto y no eres rival para mí.

Alejandro volvió a embestir a ciegas, haciendo caso omiso de la advertencia. Hernández lo agarró de un brazo, le hizo dar media vuelta, cogió el otro brazo y juntó los dos contra la espalda del joven, hasta que los hombros no dieron más de sí. Sintiendo tensársele la piel del pecho, Alejandro se estremeció de dolor. Viéndose derrotado casi sin esfuerzo, dejó de revolverse, lloroso y avergonzado por su incapacidad de hacer daño a su adversario.

—¡Eduardo Hernández, para servirte! Permíteme que te diga que no haces gran cosa por contradecir la creencia de que los judíos no son más que animales. ¡Habrás visto semejante gallito! ¡Da pena verte arañar como una mujer!

Obligó a Alejandro a dar media vuelta y se encaró a él con expresión franca y risueña.

—Por la gracia de Dios (¿el mío?, ¿el tuyo?, ¡a saber!), he venido para escoltarte sano y salvo fuera de este agujero. Te aconsejo mostrarme el respeto que se debe a un caballero como yo, de cuyo coraje y categoría humana no cabe dudar.

Alejandro cayó de rodillas, perdidas todas sus energías. Hernández tuvo que cogerlo en brazos para que no se derrumbara del todo, cosa que le permitió comprobar directamente el grado de suciedad del médico. Se apresuró a volver la cabeza y emitir una opinión sobre el estado de Alejandro.

—Hueles peor que un noble francés. Habrá que remediarlo si tengo que escoltarte hasta Aviñón. —Se echó a reír—. Tal vez deba bautizarte; no te haría ningún mal. Sígueme, caballere; vamos a ocuparnos de tu nueva vida. Lo menos que puedes hacer es empezarla limpio; después veremos qué otras atenciones requieres.

Salieron a la cegadora luz del día. Alejandro avanzaba sin ver nada, sostenido con insospechada delicadeza por el gigantesco personaje que había acudido en su rescate. Hernández echó literalmente a su cautivo en la montura de un caballo que los estaba esperando; acto seguido montó en otro y cogió las riendas del que llevaba a Alejandro. Iniciaron un trote moderado, mientras Hernández vigilaba que su protegido no se cayera al suelo.

No muy lejos de ahí, en una zona de bosque, corría un riachuelo oculto entre los árboles. Hernández desmontó a Alejandro a pulso y lo posó en tierra con suavidad. Empezó a quitarle sus harapos sin perder tiempo, pero, cuando quiso pasarle la camisa por la cabeza, el médico se puso a gritar, negándose a apartar los brazos del tronco.

—¡Venga, hombre! ¡El pudor está bien en las doncellas, pero en un hombre no sirve de nada!

Intentó quitar la camisa a Alejandro otra vez, pero acabó por aceptar que lo hiciera él mismo. Tras tirar con cuidado de las mangas, atenuando en lo posible la presión sobre su pecho malherido, el médico hizo señas a Hernández de que le sacase por la cabeza los restos de lo que había sido una prenda hecha para resistir toda clase de percances.

Al ver el círculo rojo justo debajo del cuello de Alejandro, Hernández se quedó boquiabierto.

—¡Madre de Dios! ¿Qué crimen has cometido, jovencito?

—No he cometido ningún crimen —se apresuró a contestar el médico, lleno de rabia—. Me han castigado por querer saber más de lo que sé, y aliviar los padecimientos de los enfermos que sufren sin necesidad.

Hernández advirtió en su tono la fogosidad de un fanático. ¡Ajá!, pensó. ¡Así que es él! Había llegado a sus oídos el clamor popular por la exhumación de un comerciante, perpetrado, según se decía, por un judío de Alcañiz. Aunque Hernández era partidario de que Dios se ocupase de lo suyo, no pudo evitar un escalofrío al imaginar el cuchillo del médico diseccionando el pútrido cadáver. La curiosidad lo llevó a echar un vistazo a aquel joven nervudo que había tenido el valor de hacer lo que a él mismo nunca se le ocurriría intentar. Quizá esconda más cosas de lo que parece, pensó divertido.

Guio a Alejandro con cuidado hasta la orilla, y le pidió que se sumergiera en la fría corriente. ¡Suerte ha tenido de sobrevivir a esa quemadura!, pensó. Recordaba haber visto una marca similar volverse verde y amarilla con la infección, hasta morir la víctima en pleno delirio, consumidas todas sus fuerzas y pidiendo agua a gritos. Observó la inmersión de Alejandro, y dirigió una mirada curiosa a su virilidad, queriendo ver el efecto del ritual a que eran sometidos todos los niños judíos. La idea le daba escalofríos. Levantó la vista y se fijó en el cuidado con que el joven se limpiaba la herida circular del pecho, proceso cuyo carácter doloroso se hacía patente en sus jadeos y muecas cada vez que el agua le tocaba la quemadura.

Puesto en pie y chorreando agua, Alejandro se volvió hacia Hernández y le preguntó si sus provisiones incluían algo de vino. Hernández asintió y, acercándose a los caballos, sacó un frasco de una de las alforjas. Se sorprendió de que Alejandro, echando el torso hacia atrás, vertiera todo el contenido del frasco sobre la herida, y, con una mueca de crispación, dejara que el líquido impregnara bien la costra.

—¡Un momento, jovencito! ¡Este encargo está bien pagado, pero no tanto como para que me parezca bien ver malgastar un buen vino!

El judío, que había recuperado sus facultades mentales, dijo con firmeza:

—Soy médico, y he observado que las heridas que se tratan con abluciones de

agua y vino sanan mejor y con mayor rapidez que las otras. Si esperáis verme morir de esta herida y facilitaros el viaje, haréis mejor en olvidaros de ello. No obtendréis de mí la satisfacción de vuestros deseos. Me conviene mucho más hacerme friegas de vino que bebérmelo.

Alejandro salió del agua con fuerzas renovadas, aliviado por la desaparición de la mugre que durante días se había acumulado sobre su cuerpo. No valía la pena malgastar combustible quemando los harapos, de modo que los dejó a la orilla del río, en el mismo lugar en que habían quedado amontonados.

—Supongo que el equipaje contendrá ropa limpia.¿

—En efecto, aunque yo mismo me ocupé de conseguirla, y no sé si será de tu gusto.

Salieron a relucir pantalones, camisa, calzas, botas, jubón y sombrero. Alejandro, que casi siempre había llevado el atuendo tradicional de su pueblo, estaba poco acostumbrado a vestirse a la europea. Su última experiencia en cuestión de elegancia, junto al pozo de Alcañiz, había tenido un final desastroso, preludio de la penosa situación en que se encontraba en aquellos momentos. Confió en que la similitud de la ropa no ejerciera efectos igual de perturbadores en otras personas.

—¡Hombre, judío, si casi pareces normal! Hasta podrían llamarte guapo, si no fuera por ese pelo tan raro.

Alejandro se acercó a la orilla del río y contempló su reflejo en la plácida corriente, comprobando con sorpresa que Hernández no exageraba: aparte de su larga melena, todo en él correspondía a los jóvenes europeos del momento. Se dio prisa en apartarse, escandalizado por su impiedad; el mero hecho de querer parecerse a un cristiano no entraba en sus esquemas.

—Te aconsejaría cortarte el pelo, no vaya a llamar la atención durante el viaje. Quien vea a un judío vestido de cristiano sospechará que está huyendo o escondiéndose de algo, y eso no facilitará precisamente nuestro viaje.

Alejandro oyó sus palabras con horror.

—¡Imposible! Los otros judíos lo entenderían como que he deshonrado nuestro pacto con Dios.

—Servirás mejor a tu Dios vivo que muerto, jovencito. A mí me pagan por depositarte sano y salvo en Aviñón, y creo que será mucho más fácil sin esos tirabuzones tan llamativos. Piénsatelo.

Alejandro, que no quería seguir hablando de su aspecto, pidió comida. Hernández sacó un pan recién hecho y un trozo de queso que Alejandro se apresuró a devorar, suscitando el siguiente comentario de Hernández:

—Parece que sea tu última comida, judío. ¿Es la primera vez que tienes hambre de verdad?

Alejandro miró al soldado sin ocultar su recelo.

—Mi familia ha tenido suerte —dijo. Hernández gruñó.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Tendió a Alejandro un pequeño paquete con envoltorio de cuero—. Tu padre me pidió que te diera esto —dijo—. Tienes que abrirlo antes de empezar el viaje.

Alejandro se alejó para salvaguardar su intimidad, y, una vez desatado el cordel, fue quitando con cuidado las diversas capas del envoltorio. Descubrió varios objetos, que fue examinando uno a uno. El primero era una bolsa de monedas de oro, más de las que había visto juntas en toda su vida. Cogió los discos dorados y, disfrutando de la sensación de seguridad que emanaba de su peso, los devolvió a la bolsa dejándolos caer entre sus dedos, con cuidado de que Hernández no oyera el tintineo. No iba a faltarle de nada en su viaje a Aviñón. Su padre también le enviaba un chal de oración, un cuchillo sumamente afilado y el salvoconducto del obispo hasta Aviñón. El resto se componía de algunos objetos de acicalamiento e higiene, como un peine y un pequeño vial de aceite de clavo para dolor de muelas y escozor de heridas. Pero lo más importante era el libro, que su padre le había enviado a sabiendas de que era la posesión más preciada de su hijo. Alejandro lo sostuvo en sus manos con reverencia, antes de dejarlo otra vez donde estaba.

Lo último que quedaba en el paquete era una carta, sellada con cera para mayor seguridad. Alejandro rompió el sello y desenrolló el pergamino con cuidado.

*Querido hijo.*

*Las cosas han tomado muy mal cariz para todos. Arreglé lo de tu liberación con la esperanza de que en algún momento pudieras comunicarnos tu paradero, pero el obispo nos ha traicionado.*

*Al separarme de él, habíamos quedado en que alguien te acompañaría sano y salvo hasta Aviñón (la persona con la que estás viajando si lees esta carta). Quemé delante mismo del obispo el pergamino en que estaban registradas sus deudas, cumpliendo así mi parte del trato.*

*Desde entonces el puerco ha ordenado que nuestra familia abandone Alcañiz en el término de dos días y no vuelva nunca más. Hemos vendido nuestras posesiones a toda prisa, y el tío Joaquín nos ha comprado los demás registros de préstamos.*

*Un espía a mi servicio sobornó al mensajero del obispo y me comunicó el*

*contenido de la carta. Cuida tu cara, para que el hierro de marcar no deje cicatriz. Tu madre anda medio loca pensando que puedan haberte desfigurado. Yo le he asegurado que sabrás cuidarte, y le he dicho que vale más estar desfigurado que muerto. Espero que no te duela demasiado, y que no se te haya infectado la herida. Procura lavarla todo lo posible, como me has aconsejado a mí tantas veces.*

*También nosotros viajaremos a Aviñón. Si llegamos sanos y salvos notificaremos nuestra situación al rabino local, a quien daremos además una carta dirigida a ti.*

*Querido hijo, no olvides en ningún momento que eres un hombre perseguido. La familia de Carlos Alderón ha jurado vengar los malos tratos a que sometiste a su patriarca, y corren rumores de que un judío renegado se dirige a Aviñón, por lo que te conviene esconderte. Dios no va a castigarte por seguir con vida. Haz cuanto debas para alcanzar Aviñón sano y salvo; ahí, Dios mediante, volveremos a reunirnos.*

*Tu padre, que te quiere.*

Alejandro sintió que alguien le ponía una mano en el hombro con sorprendente delicadeza.

—No deberíamos tardar —oyó decir a Hernández.

Volvió a enrollar el pergamino sin prisas, consciente de lo mucho que llegaría a significar para él. Tras colocarse el cuchillo entre bota y pierna, funda incluida, y meterse las cartas en el jubón, rehízo el nudo del paquete y lo guardó en sus alforjas. Acto seguido montó a caballo, sorprendiendo a Hernández con su agilidad.

—Señor Hernández —dijo—, os ruego que tengáis la indulgencia de permitirme una última tarea. En su carta, mi padre me pide que antes de marchar entregue un mensaje al obispo.

Hernández tradujo su contrariedad con un gruñido, pero no discutió con su joven patrón; en lugar de ello, volvió su caballo en dirección al monasterio palaciego del obispo e inició un trote ligero.

Alejandro se sorprendió de lo bien que se le daba montar a caballo, ya que casi siempre había viajado en carretas tiradas por mulas. Recorrieron a toda prisa caminos polvorientos y llenos de baches, y llegaron en un santiamén al mismísimo monasterio en que Avram Canches había cerrado su aciago trato con el obispo.

Alejandro desmontó de un salto, sorprendiéndose una vez más de haber caído de pie. Entregó las riendas a Hernández y se dirigió a la puerta del monasterio. Antes de entrar, sacó el cuchillo y se cortó los tirabuzones, dejándolos caer ahí mismo. Vio

flotar los negros rizos, último vestigio de su pertenencia a aquel lugar, de su vínculo con los seres queridos de su familia y comunidad. En el momento mismo en que los rizos caían a sus pies, se convirtió en un hombre nuevo, con una vida nueva por vivir y un pasado del que se veía obligado a renegar.

Aproximándose con paso audaz a las macizas puertas del monasterio, Alejandro saludó al monje que las había abierto y aseguró tener un mensaje para el obispo de parte de uno de sus acreedores, mensaje que debía ser entregado en persona. El monje dijo que el obispo estaba rezando y no podía ser molestado.

Más bien estará en la cama con alguna lozana compañera, pensó Alejandro, recordando las historias que circulaban. Se sacó las cartas del jubón y mostró al monje el salvoconducto con el sello del obispo; después le enseñó la carta en hebreo, diciendo ser el único que conocía la traducción.

Comprobando que el visitante tenía permiso del propio obispo, el monje lo dejó pasar, no sin preguntarse qué contendría aquel largo pergamino escrito por un infiel y entregado por un mensajero tan inverosímil; decidiendo, no obstante, que era mejor dejar la solución en manos del obispo, llevó al joven hasta la majestuosa puerta del salón y dio unos golpecitos.

—Adelante —dijo el obispo.

El monje hizo señas a Alejandro de que entrara en el suntuoso salón. El lujo del mobiliario intimidó al médico, que no pudo evitar mirar con asombro cuanto le rodeaba.

El obispo, mientras tanto, lo contemplaba con recelo.

—El Señor sea con vos, joven viajero. ¿Y bien, en qué puedo servirlos?

—Señor, llevo en este pergamino un mensaje de cierta importancia.

—Aproximaos, pues, y dejad que lo examine con luz suficiente.

Alejandro obedeció y, hurgando en su jubón, extrajo el rollo de pergamino para entregárselo al obispo, que tardó lo suyo en deshacer el lazo.

En cuanto el prelado hubo desenrollado el documento, dirigió a Alejandro una mirada de perplejidad.

—¿Qué clase de broma es ésta? —dijo—. ¿Un mensaje escrito por la mano pagana de un judío?

—Es una carta de agradecimiento de vuestro gran admirador Avram Canches. Desea daros las gracias por vuestra amabilidad y sentido de la justicia.

Para satisfacción de Alejandro, un miedo profundo se apoderó del rostro del obispo, que se encogió, consciente de que corría un grave peligro. Alejandro extrajo

el cuchillo de la bota sin perder más tiempo y lo hundió hasta el mango en el pecho del atemorizado clérigo.

Al contemplar el cuerpo sin vida tendido a sus pies, y ver la mancha de sangre que se iba extendiendo por la parte delantera de la suntuosa vestidura episcopal, Alejandro se extrañó de que su condición de médico, oficio volcado en la curación de los demás, no le hubiera impedido trancar con tanta calma la vida de otro ser humano. Había jurado por encima de todo no hacer daño a nadie, y he ahí que en aquel opulento salón, sin siquiera temblarle la mano, había infligido una herida mortal, y, para colmo, sin sentir piedad alguna. Se vio reflejado en un espejo. ¿Quién es este impostor?, preguntó en silencio a su propio reflejo, tan ajeno a él. Cogió el pergamino de manos del obispo y se lo metió en un bolsillo de la camisa; después limpió el cuchillo, manchado con la sangre del traidor, y volvió a introducirse en la bota. Salió tan discretamente como había entrado, cerrando la puerta a su paso, y atravesó impávido las salas de la abadía hasta volver junto a Hernández. Los dos viajeros dirigieron sus caballos al este, hacia la ruta a Aviñón.

## CUATRO

**J**anie y Caroline estaban sentadas delante de una mesa del laboratorio principal del departamento de microbiología del Instituto Británico de Ciencias, rodeadas de vidrio, cromo bruñado y plástico blanco. El laboratorio estaba situado en un edificio antiguo, con todas las características de los edificios antiguos: techos elevados, altos ventanales, ecos, «y quizá hasta un fantasma», pensó Janie. Se sentían abrumadas por el ambiente de aquella sala, que combinaba la majestuosa autoridad de los años con el poder intimidador de la tecnología.

—En mi vida he visto lugar como éste —dijo Janie—. ¡Dios, lo que daría por quedarme aquí jugueteando un mesecito!

El técnico que las había llamado para ver lo que había en el último tubo de tierra soltó una carcajada.

—En todo caso, asegúrese de no tener un biopolicía vigilándola; y, si de verdad tiene ganas de jugar, la obligarán a ponerse ropa adecuada para el juego.

Señaló un estante cargado de equipos de seguridad biológica, todos del mismo desagradable color verde que los que Janie había visto en los biopolicías del aeropuerto.

—No es mi color favorito —dijo.

Ni el de nadie —contestó el técnico con una sonrisa seductora—. No sé quién lo escogería, pero se merece un juicio por complicidad en delito visual.

—O, en todo caso, complicidad en dar dolor de cabeza —comentó Caroline.

El técnico poseía un encanto muy de ciudad, y típicamente británico.

—En efecto —dijo—. Pero pasemos a este chisme; creo que les interesará. —Tendió a Janie un pedacito de tela vagamente redondo, más o menos del tamaño del tubo en que lo había encontrado—. Por la forma que tiene, me parece que debieron ustedes de perforarlo al clavar el tubo en la tierra.

—Por lo visto hubo que empujar un poco antes de desgarrar las fibras —dijo Janie—. ¿Ve lo irregular de los bordes? Eso sólo pudo haber pasado girando un poco el tubo dentro de la tierra. Seguro que hay un trozo más grande enterrado.

Cuando tuvo entre manos el pedazo de tela, Janie olvidó su vergüenza por haberse llevado a hurtadillas la tierra «ilegal», y sólo sintió entusiasmo por haber encontrado algo interesante dentro de ella.

—Está muy bien conservado —dijo. Midió el tubo desde la parte superior hasta el



marcador que señalaba la situación previa del objeto—. A juzgar por la profundidad, es posible que fuera depositado hace más de quinientos años, pero casi no está deteriorado; probablemente por estar en suelo de turba, que no deja pasar el aire. Apuesto a que nosotros tendremos peor aspecto cuando alguien nos desentierre. — Devolvió el pedacito de tela al técnico del laboratorio—. Cuando estemos de vuelta en Estados Unidos nos divertiremos un rato con esto.

—¿Le apetecería echarle un vistazo ahora mismo? —preguntó el técnico.

Janie confeccionó mentalmente una lista de preguntas. «¿Quién lo dejó ahí? ¿Cuándo? ¿Dónde había estado antes de llegar a su último destino?». Al plantearse aquella larga serie de enigmas, cayó en la cuenta de que la emoción de descifrarlos era lo que convertía su paso forzoso de la cirugía a la medicina forense en algo menos horrible que las demás posibilidades. Aun así vaciló.

—Quizá sea mejor esperar —dijo—. Ahora que tenemos todas las muestras de tierra, podemos empezar a trabajar. No quisiera que me distrajera algo que en realidad no pertenece al proyecto, aunque debo admitir que es un hallazgo de lo más interesante. A lo mejor se me ocurre una manera de incluirlo en la tesis, pero de momento me preocupa más acabar el trabajo que ya va incluido en ella. —Miró al técnico a los ojos—. Si tiene tiempo, estamos listas para empezar hoy mismo los procedimientos químicos.

Su intención era dar a entender que no le disgustaría empezar cuanto antes el trabajo de laboratorio, sin por ello dar la impresión de estar presionando; pero el técnico no pareció acusar recibo de su comentario.

—Antes de hincarle el diente a lo de ustedes tengo pendientes un par de cabos sueltos —dijo—. Me iría mejor el lunes; entonces podría dedicarles unos cuantos días por entero, y eso les permitiría volver a su país lo antes posible. Aunque, si les apetece, tengo tiempo de echar un vistazo.

—¡Venga, Janie! —dijo Caroline, sin ocultar su interés—. Sólo un vistazo. ¿Qué tiene de malo?

¿Que qué tiene de malo?, se preguntó Janie. Supongo que nada, pero...

Volvió a mirar el pequeño redondel de tela, sintiendo algo extraño al verlo, como si dentro de ella se activase un vago sistema de alarma. Le pareció curioso.

¿A qué se debía aquel deseo de no tocarlo? Algo la retenía, de eso no había duda; algo que no podía definir más que como la intuición de que no le convenía ocuparse de aquel objeto en ese preciso instante. En contraste con la precavida actitud de su jefa, Caroline estaba impaciente por satisfacer su curiosidad.

—Sólo tardaremos unos minutos —dijo—. Nos hemos pasado el día cavando, y a

veces, debo añadir, en circunstancias de lo más «interesantes». De momento lo único que podemos enseñar es tierra en las uñas y un trozo de tela. A la tierra ya le dedicaremos todo el lunes. ¿Qué tal si nos damos el gusto de divertirnos con la tela hoy mismo?

El retintín de frustración que se advertía en las palabras de Caroline sorprendió a Janie, que a veces se olvidaba de que su ayudante sólo estaba ahí para aprovechar una oportunidad de aprender que no habría conseguido de otra manera, y por el atractivo de un viaje que quizá nunca volviera a estar a su alcance. Janie le había pagado para llegar antes que ella y ocuparse de los preparativos, cosa que Caroline había hecho con suma eficacia, cumpliendo así con su parte del trato. Sintióse de pronto bien dispuesta hacia los intereses de su ayudante, Janie sacrificó sus escrúpulos al deseo de complacerla.

—Sí, quizá nos merezcamos algo de diversión —dijo—, pero habrá que andarse con cuidado. La verdad es que no tenemos el equipo adecuado, y lo que hay aquí es historia con mayúsculas.

El técnico las llevó junto a un equipo informático situado en el centro de la sala, y colocó tres sillas para que todos vieran bien la pantalla. Encendió el sistema y fijó la tela con un mecanismo de succión. La tela excedía bastante las medidas de la placa del microscopio, por lo que se hizo necesario un reajuste. Janie contemplaba los gestos del técnico con aprensión, preguntándose qué entes microscópicos desplazaría cada uno de sus movimientos. Por fin, cuando todo estuvo en su sitio, examinaron la primera ampliación.

—Las fibras están en muy buen estado —dijo Janie—. Deduzco que podría ser lana. —Sin embargo, al ver desplazarse la imagen por encima de las fibras, se fijó en unas estrías que indicaban un probable origen vegetal, y modificó su opinión—. O tal vez lino —dijo—, aunque dudo que se conservase tan bien. Parece que si tenía algún tinte lo ha perdido, aunque hay tan pocas variaciones de color en el conjunto que me parece más probable que el blanco sea su tono original.

El extraño artefacto ejercía una gran atracción sobre Janie, que, incapaz de resistirse, se acercó a la pantalla para ver mejor el detalle. Cuanto más lo examinaba más intrigada la tenía, casi en contra de su voluntad.

—¿Puede aumentarlo un poco más? —preguntó.

La respuesta del técnico consistió en abrir un menú con el ratón del ordenador. Hizo clic en el submenú de ampliación y seleccionó un porcentaje, haciendo que la pantalla se redibujara casi de inmediato con un entramado de fibras el doble de grande.

Tras examinar la nueva sección, Janie pidió que se ampliara aún más. El técnico

no se hizo de rogar, y fue repitiendo el proceso hasta llenar la pantalla con una sola fibra. Desplazaron la imagen en todas las direcciones, deteniéndose de vez en cuando para examinar puntos de interés. Bien mirado, pensó Janie, no es tan interesante como parecía; sin embargo, justo cuando empezaba a perder interés, una célula de asombrosa nitidez ingresó en pantalla.

—Párelo aquí —dijo Janie enseguida, señalando la imagen.

Tanto Caroline como el técnico, cuyo nombre, según la tarjeta de identificación, era Frank, contuvieron la respiración al ver la célula.

—Veámoslo más de cerca —dijo Janie. Frank obedeció ampliando la imagen una vez más y centrando después la célula en pantalla. Como la imagen era un poco borrosa, Frank activó el enfoque automático.

Ni aun así le satisfizo el nivel de claridad.

—Si tienen unos minutos —dijo enardecido—, puedo hacer que lo vean aún más nítido. Hay la opción de pasarlo por un par de filtros.

—Adelante —dijo Janie con un entusiasmo que a ella misma le pareció excesivo.

Frank jugó un poco con el ratón antes de introducir una serie de valores numéricos en un campo. Un nuevo barrido corrector recorrió la imagen de arriba abajo, dejando a la vista una bacteria perfectamente clara. Era una especie de torpedo gordezuelo con finos flagelos emergiendo de todas partes. Viéndolos tan absolutamente inmóviles, Janie imaginó esos mismos flagelos ondeando en torno a la bacteria viva, mientras ésta se deslizaba por el líquido nutricio en el que había vivido en otros tiempos. Advirtiendo la ausencia de manchas de sangre en la tela, supuso que la bacteria habría sido depositada mediante sudor o lágrimas, o quizá saliva, fluidos corporales que se propuso buscar más tarde sometiendo el tejido a una serie de pruebas en el laboratorio universitario de John Sandhaus.

—¡Ajajá! —exclamó Frank con una sonrisa—. ¡Bonito espécimen! Parece alguna clase de enterobacteria, aunque así de bote pronto no sabría reconocerla. Caroline expresó su asombro silbando por lo bajo. —Precioso. Precioso, sí señor. Janie se guardó su opinión para sí. ¡Tan simple y perfecto, y tan bien conservado!, pensó. Otra idea acudió a su mente sin quererlo: Peligroso. Estaba segura de que, una vez de vuelta a su país, seguiría investigando el historial de aquel microbio, y hasta se le ocurrió la posibilidad de que les proporcionase información adicional de cara a la tesis; pero, sin saber muy bien por qué, le daba escalofríos, reacción que ni Caroline ni Frank parecían experimentar.

—¿Hay manera de poner una señal? —preguntó; de repente le habían entrado ganas de acabar de una vez—. Quisiera poder situarlo sin que hiciera falta repasar toda la pieza.

—Puedo marcar el punto con colorante químico —dijo Frank—. Podemos seleccionar una parte y guardarla como archivo de búsqueda. Más tarde podrá abrir el archivo y hacer que el programa busque algo que se parezca a lo seleccionado, y puede llevarse el archivo a su país y ordenar a su sistema que haga lo mismo. Casi todos los programas de biomedicina están preparados para encontrar colorantes concretos. Para ir a lo seguro, puedo poner uno de uso corriente. Si quiere, ahora imprimimos esta imagen y le guardo el archivo entero para que se lo lleve a Estados Unidos en un disco.

Reflexionando sobre el riesgo de exponer el delicado hallazgo a una sustancia húmeda que pudiera perjudicarlo, Janie dijo:

—Lo más probable es que se haya mojado un buen par de veces a lo largo de la historia; dudo que vaya a morir por un poco de colorante. Además, ya está requetemuerto.

Frank asintió.

—Lo marcaré ahora mismo, y después lo dejaremos descansar un rato para minimizar la difusión del colorante. Si quiere, se lo puedo empaquetar y que mañana esté listo para enviar.

—Sería estupendo —dijo Janie, contenta de ahorrarse la pesadez de exportar documentación—. Seguro que a usted los procedimientos de exportación de su país le resultarán más familiares que a nosotras. ¿Le molestaría sacar dos copias de la pantalla? Quisiera enviar una a América, a mi director de tesis. Me gustaría que me diera su opinión. Procesará las imágenes por unos cuantos programas, y así cuando volvamos tendremos un montón de datos esperándonos. —Faltaría más.

Frank manipuló la impresora láser con resolución de 3600 dpi y abrió después el menú de archivos en la parte superior de la pantalla, haciendo clic en la orden de guardar archivo.

—Escoja un nombre —dijo a Janie.

—Gertrude —contestó ella, después de darle unas cuantas vueltas—. Le pondremos el nombre de mi abuela, que ha sido mi primera fuente de financiación.

—Servirá perfectamente —dijo Frank mientras lo introducía en la casilla—. Ya está: Gertrude.

Sacó dos copias de la imagen y se las dio a Janie, asegurándole que cuidaría bien el original.

Janie y Caroline se marcharon, dejando a Frank a solas con la misteriosa criatura. El técnico se hizo con una serie de utensilios y material colorante, incluida una minúscula jeringuilla de inhibidor de flujo. Trabajando con la misma ampliación de

antes, depositó una gotita de colorante, que, fluyendo por las fibras de la tela, inundó la célula. Delimitó un rectángulo con el ratón alrededor de la imagen teñida e hizo que el ordenador guardara el área seleccionada como un archivo distinto. Después se concentró en una serie de tareas pendientes, dejando que el colorante fuera absorbiéndose.

Pasado un rato, volvió para quitar la muestra de la placa del microscopio, pero, movido por la curiosidad, decidió echar un último vistazo antes de apagar el sistema. Así pues, se sentó y miró la pantalla.

Gertrude se había movido.

Volvió a mirar. Era imposible; la bacteria estaba muerta, y en ningún caso podía moverse. Pensó que quizá recordara mal la posición inicial. En lugar de salir del programa, subió con el ratón a la parte superior de la pantalla, abrió el menú de impresión y ordenó al sistema imprimir el archivo que se había guardado en último término. La página fue saliendo poco a poco de la impresora. El técnico, impaciente, la cogió en cuanto estuvo completa, disponiéndose a compararla con la pantalla.

Sí, Gertrude se había movido. Se estaría haciendo la muerta... Frank guardó la imagen de pantalla como nuevo archivo, dándole esta vez el nombre de «Frank», el suyo. Debía de estar en estado de espora... Cortó la zona concomitante a la célula, limpió la pantalla de todo lo demás y guardó el archivo más pequeño como Frank2 antes de salir del programa.

Estaba loco de entusiasmo. Una cosa así no pasaba todos los días. Frank no veía el momento de dar a conocer lo que había descubierto acerca del microbio. Hurgando en un montón de papeles desparramados por su escritorio, en todos los cuales había anotado cosas importantes que era necesario no olvidar, encontró el teléfono del hotel de Janie y lo marcó sin perder tiempo. El recepcionista pasó la llamada, pero no hubo respuesta.

—¡Maldita sea! —dijo Frank, llevándose una honda decepción. Colgó el auricular y volvió al ordenador, preguntándose si Janie habría ido a otro lugar que no fuera el hotel.

Tras unos instantes de escribir y usar el ratón, la imagen de la bacteria fue transferida con éxito vía módem a otro sistema anexo dotado de un programa de nombre Catálogo de Identificación de Microorganismos, o, más corrientemente, CIM. Dentro del instituto, Frank era quien más a fondo dominaba los trucos y matices del programa, y tardó segundos en ponerlo en marcha. Miles de microbios conocidos tenían su archivo en formato de imagen gráfica, imágenes residentes que el programa podía comparar con una imagen importada con fines de identificación visual.

Abrió el archivo Frank2 y ordenó al programa que efectuara la búsqueda. Pasados

unos minutos, el sistema anunció su conclusión con una simpática señal acústica.

#### CATEGORIZACIÓN PRELIMINAR: ENTEROBACTERIA

¡Has vuelto a acertar, Frank!, se dijo en son de triunfo, cada vez más entusiasmado. Hizo que el programa profundizara en la búsqueda.

#### LEYENDO ARCHIVOS PARA SUBCATEGORÍAS CEDEACEA CITROBACTER P. COLI

EDWARDSIELLA ERWINIA HAFNIA KLEBSIELLA KLUYVERA MORGANELLA PROVIDENCIA  
PROTEUS SALMONELLA SERRATIA SHIGELLA YERSINIA

¡Coño!, pensó. ¡Vaya asco de grupo! Capaz de infligir una selecta gama de enfermedades intestinales, la mayor parte de las cuales podían matar al organismo infectado o bien inducirlo a rezar por una muerte rápida. El programa siguió con su proceso de selección, descartando posibilidades a medida que las características eran identificadas por separado y comparadas con las muestras conocidas. Por fin, transcurridos unos instantes, el ordenador emitió una breve fanfarria electrónica, como si quisiera felicitarse a sí mismo antes de enunciar la decisión de CIM.

—Muy mono —dijo Frank en voz alta, aunque no hubiera nadie que pudiera oír su opinión—. A ver qué tenemos por aquí...

#### YERSINIA PESTIS

**EXACTITUD: 98% DE PROBABILIDADES**

**IDENTIFICACIÓN COMPLETA**

No es de las enterobacterias más corrientes, pensó; si no me sonaría más. *Yersinia pestis*. Recordaba vagamente haber estudiado los *Yersinia* en algún momento u otro, pero no debían de estar en activo en Gran Bretaña, puesto que en caso contrario habría recibido algún informe. Se alejó del teclado en dirección a la estantería del otro lado de la sala. Cogió un libro, recorrió con impaciencia las columnas del índice y acabó por localizar la entrada deseada. No tardó en encontrar la página y leer la información relevante.

Mientras se acercaba al final de la página, silbó entre dientes.

—Dios mío... —dijo con voz queda.

Volvió al ordenador con el libro entre manos y efectuó una comparación visual entre los diagramas impresos y el organismo de la pantalla. Mientras lo miraba, el microbio se agitó; sus membranas temblaron por el inmenso esfuerzo de moverse después de un sueño tan prolongado. Frank se apartó involuntariamente con el libro apretado contra el pecho, como si corriera peligro.

Dejó el pesado volumen y, sin despegar la vista de la pantalla (como si el microbio pudiera saltar de ella y atacarlo con toda la ferocidad de su tamaño según el aumento), echó los brazos hacia atrás y buscó a tientas hasta dar con una silla. La acercó al ordenador y se sentó con cuidado, fascinado por los esfuerzos del microbio. Su sinuosa danza le picaba la curiosidad, y se preguntó qué estaría intentando. Aquella clase de organismos figuraba entre las más simples del planeta; sólo eran capaces de dos cosas: absorber alimento y reproducirse por división. Lo primero no era el caso.

¡Intenta duplicarse!

—Te ha gustado el bañito de colorante, ¿eh, guape-tona? —dijo Frank.

Por lo visto, Gertrude se había sacudido de encima cientos de años de letargo y trataba de reanudar su ciclo vital. Absorto en la pantalla, Frank contempló con fascinación las infructuosas pulsaciones de los flancos de la criatura, minúsculo Houdini encadenado, a un paso del fatal desenlace... Casi cedió al impulso de jalearla.

Su concentración se vio interrumpida por el timbre del temporizador del autoclave y la súbita interrupción del ruido de fondo que siempre acompañaba sus operaciones, ruido en el que Frank nunca reparaba hasta que su cese le hacía descubrir lo molesto que era en realidad. Farfullando imprecaciones, consultó el reloj y cayó en la cuenta de que la pequeña criatura de la investigadora norteamericana había copado su atención en detrimento de las tareas del día. Le preocupaba confirmar su fama de poco puntual, acusación de la que protestaba con vehemencia en cada revisión anual de rendimiento. Tenía pendiente reunir una lista de materiales para un proyecto de inminente realización, y enviar el correo; para colmo, todavía no había conseguido ponerse en contacto con la descubridora del microbio, aquel bicho que tanto lo distraía desde la pantalla. Marcó rápidamente el número, pero tampoco tuvo éxito. Esta vez dejó el mensaje de que Janie lo llamase al laboratorio lo antes posible.

Volvió a mirar a Gertrude, que persistía en sus esfuerzos.

—Venga, chica, que tú puedes... —susurró a la imagen de la pantalla—. Venga...

Pero el microbio, exhausto por el esfuerzo, acabó por recobrar su posición e inmovilidad originales. Tras varios minutos en que no se advirtieron nuevos intentos de reproducción, Frank hizo el esfuerzo de apartarse del ordenador y, atravesando el laboratorio, abrió una puerta con el rótulo CÁMARA FRIGORÍFICA DE ALMACENAMIENTO BIOLÓGICO. Hojeó la lista impresa de contenidos, en busca de una muestra concreta que necesitaba descongelar. Fue pasando varias páginas de nombres de bacterias en latín, todas con fecha y código de localización de la probeta en la zona

de almacenamiento. Su dedo índice recorrió con rapidez la lista alfabética hasta detenerse en *Palmerella coli*, una cepa de enterobacterias con partes de la célula que se unían fácilmente a las de otras células, y que, sumamente generosa con sus componentes genéticos, podía ser inducida a intercambiar plásmide sin apenas coacción; una bacteria viril, potente y vigorosa con un toque de hospitalidad británica de buena ley. Frank tomó nota de la localización antes de cerrar el directorio.

Al ver los compartimientos de vidrio de la zona refrigerada, Frank pensó: Miles de agentes mortales al otro lado de un simple cristal, microbios que exceden la imaginación. Un par de probetas rotas en malas manos... No le gustaba pensarlo siquiera. Los microbios acechaban con la boca hecha agua, dispuestos a ocupar su posición de derecho en la cadena alimenticia. Un ligero desliz...

Dejando a un lado tan apocalípticas ideas, Frank se sentó frente a la consola de manipulación del brazo captor automático. Igual que un videojuego, pensó, travieso. Le fue fácil localizar la muestra entre una jungla de tubos y potes. La levantó con cuidado y la dirigió a la ventanilla de descontaminación. Al fijarse en el espacio desocupado, dio rienda suelta a su fantasía, tratando de imaginar qué sucedería si alguien descubría una sección vacía y sin rótulo. En cuestión de minutos, hordas de biopolicías ocuparían el lugar, con sus extraños trajes espaciales verdes y sus bolsas amarillas de seguridad biológica colgando de la cintura. Sellarían todos los accesos, y nadie podría entrar ni salir mientras la policía biológica no tuviera la certeza absoluta de que la contaminación no iba a difundirse bajo ningún concepto. Frank pensó en lo fascinante del espectáculo. La realidad volvió a imponerse con todo su peso; sumiso, el técnico colocó una señal que lo identificaba como persona que había extraído el tubo, consciente de que a semejantes precauciones les sobraba razón de ser, y entendiéndolas a la perfección.

Abandonó el almacén refrigerado y depositó el tubo en un soporte vertical, en el área de trabajo contigua al microscopio donde reposaba Gertrude. Volvió a mirar a la bacteria, comprobando que seguía inmóvil.

Habría querido provocarla para ver cómo reaccionaba, animarla a cumplir con todas sus potencialidades; pero tenía mucho trabajo pendiente, y las tareas cotidianas le exigían una atención total. No te distraigas, se dijo en son de advertencia; líbrate primero de todo lo demás. Las obligaciones tenían prioridad, por muy fascinado que lo tuviera el microbio, y acabaron ganando la partida.

—No te preocupes, guapa —dijo a Gertrude, apagando el ordenador—. Vuelvo dentro de un rato.

Dejó el círculo de tela sobre el microscopio y, después de salir, marcó el código de cierre de la puerta de seguridad. Cuando estaba a mitad del pasillo, se dio cuenta de que había olvidado el correo, y tuvo que volver corriendo y colocar la palma de la



mano sobre la pantalla de verificación de acceso, aguardando a que se abriera el cerrojo. En cuestión de segundos, la superficie de la puerta se esterilizó a sí misma enviando un fogonazo eléctrico de alto voltaje a la superficie revestida de metal, no sin antes anunciarlo con un estridente pitido. Frank era de los pocos que gozaban de acceso ilimitado al laboratorio, aunque, si se lo proponía, el guardia de seguridad podía invalidar el sistema con una serie de manipulaciones. El técnico habría preferido algo más sencillo a aquellas medidas, que le parecían un coñazo, pero el director del laboratorio le había dicho que más sencillo significaba más fácil de romper, y por lo tanto insuficiente. Por eso, cuando le apetecía, Frank dejaba la puerta sin cerrar. Al salir, y pensando que sólo estaría fuera unos minutos, se decidió por esa opción.

Ya en la acera, y mientras esperaba una brecha en el tráfico, sintió los rayos del sol acariciándole la piel, en grato contraste con las frías paredes de cemento y la cruda iluminación de fluorescentes del laboratorio. Ajeno al bullicio propio de una acera en pleno mediodía, aprovechó la espera para imbuirse de aquel sol cuya intensidad era poco frecuente en Inglaterra. Cuando volvió a mirar la calle, su campo de visión estaba moteado de manchas azules, y no supo ver el tradicional taxi negro londinense que doblaba la esquina a velocidad endiablada. Antes de chocar con la farola, lo último que pensó Frank fue: Mierda, *Yersinia pestis*. ¡La jodida peste bubónica!

Janie y Caroline compartían el desayuno a ambos lados de una misma mesa. La primera leía en voz alta la nota de redacción sobre la muerte de Frank; finalizada la lectura, dejó el periódico sobre la mesa y guardó silencio, al igual que Caroline.

—Ahora me explico no haber podido localizarlo por teléfono —dijo Janie, moviendo la cabeza de un lado a otro—. A juzgar por el mensaje, algo lo tenía entusiasmado, pero nunca sabremos qué.

—¡Y pensar que ayer mismo estuvimos con él! —dijo Caroline—. Qué tragedia, tan joven...

Janie no dejaba de compartir la emoción de su ayudante, pero sus preocupaciones eran más inmediatas. Hoy en día las muertes repentinas no sorprenden tanto como antes, pensó.

—Tendremos que sacar del laboratorio la tela y el resto de la muestra de tierra y enviarlos a Estados Unidos. Aquí no podremos acabar el trabajo. Mejor que vayamos al laboratorio ahora mismo y nos pongamos manos a la obra. No quisiera perder demasiado tiempo.

—Sería mucho más fácil empezar aquí los exámenes —dijo Caroline, imaginando las montañas de formularios de aduana que el cambio de situación la obligaría a rellenar—. Quizá todavía podamos hacerlo. ¿Por qué no hablamos con el director del laboratorio y averiguamos si hay manera de seguir con otra persona?

El tono de Janie tradujo su creciente irritación.

—¡Sabía que iba a pasar algo por el estilo! Pues no, no me da la gana de esperar a que alguien ocupe el puesto de Frank. Tengo una vida que vivir en mi propio país, y me gustaría reanudarla algún día. Llevo años sin trabajar, Caroline, y no sabes lo oxidada que estoy. Dentro de poco más de tres semanas tengo que estar lejos de aquí, y a ti te queda aún menos. ¡Me niego a que me tomen las huellas corporales!

Caroline, con su acostumbrado sosiego, procuró convencerla con argumentos racionales.

—Por desgracia, esa decisión no depende de ti —señaló—. Te guste o no, si quieren tomarte las huellas encontrarán alguna excusa. Entiendo que tengas motivos para mantener tu cuerpo fuera del sistema, pero tienes que entender que en algún momento sucederá. Todo el mundo pasará por el tubo. Ni a ti ni a mí nos salva nadie. Más vale que lo aceptes.

Janie se sonrojó. La respuesta de Caroline, tan racional, tan suya, estaba totalmente justificada. Admirando la franqueza de que hacía gala su ayudante con la persona que manejaba los fondos, se apresuró a pedir perdón.

—Tienes razón. No quería plantearlo tan a la tremenda, pero es que le tengo un terror espantoso... Y no estoy demasiado segura del porqué.

Caroline sonrió.

—El arrepentimiento te sienta de maravilla. Deberías probar más a menudo.

—A ver si es verdad —dijo Janie—. Y ahora creo que convendría hacer planes. Hay unas cuantas novedades a tener en cuenta. Estoy de acuerdo en que sería más fácil hacer los análisis aquí que enviar toda la tierra a Estados Unidos. Habrá que empezar por ahí. ¡Ojalá podamos convencer a alguien del instituto para que nos dé ayuda!

—Vamos hasta allí a ver qué pasa. Ya sabes que en este país es muy difícil conseguir algo por teléfono.

—Me parece un buen plan. Nos arreglamos un poco y vamos; sería una tontería esperar sentadas. Recuérdate que de camino eche esto al buzón.

Enseñó a Caroline un sobre marrón con el sello y la dirección puestos.

—¿Es para John Sandhaus? —preguntó Caroline.

—El mismo que viste y calza. Le dará un buen repaso a la documentación, y cuando volvamos sabremos hasta el número de zapato de Gertrude.

—Eso si el sobre no se le pierde por el escritorio.

—Es una posibilidad a tener en cuenta. Pobre, todos le piden consejo. ¡Menos mal que aún se digna mirar lo mío!

—Suerte tienes.

—Ya lo sé. A veces es un plomo, pero en lo suyo es bueno.

Cuando estaban a punto de cruzar una callejuela próxima al instituto, Caroline recordó que al final de ella había un buzón. Señaló hacia allí y dijo:

—Si vamos por allí meteremos el paquete en el buzón de la esquina, y en vez de entrar por el lado del instituto cogeremos la entrada principal.

—Vale —dijo Janie—. De vez en cuando va bien un poco de variedad; y, teniendo en cuenta cómo nos está saliendo el viaje, ¿qué mejor que algún que otro cambio?

Doblaron la primera esquina, metieron el impreso en el buzón y volvieron a girar a la izquierda, hasta topar con la imponente y abarrocada fachada del instituto.

Janie se detuvo a examinar un mapa detallado del complejo, colgado en el vestíbulo principal. Recorrió la superficie impresa con el dedo hasta encontrar el despacho que buscaba.

—¿No te importa ir sin mí? —dijo a Caroline—. Tengo un par de asuntos que arreglar en la oficina de contabilidad, por las pruebas que les he encargado. No creo que tarde más de unos minutos. Tengo que aclarar unos temas de intercambio de créditos. En cuanto acabe me reúno contigo en el laboratorio.

Jame tomó una dirección y Caroline otra, la del laboratorio. Después de recorrer el laberinto de pasillos del instituto, encontró la puerta sin cerrar. En la inmensa sala reinaba un extraño silencio. Entró con cautela, sintiéndose un poco como una intrusa. Llamó para ver si había alguien, pero no obtuvo respuesta.

Era una instalación enorme y compleja, con más equipos de los que había visto en cualquier otro laboratorio, entre ellos docenas de microscopios. No le costó demasiado encontrar el que habían usado para examinar por primera vez el extraño círculo de tela. Éste seguía sobre la placa, y no daba la impresión de que lo hubieran movido. Caroline siguió examinando la sala y se dirigió a uno de sus extremos, donde encontró toda una pared de unidades de almacenamiento refrigerado. Se preguntó en cuál estarían sus muestras.

Justo cuando iba a coger el tirador de una de las unidades, un guardia de

seguridad entró en el laboratorio, alertado por una presencia humana imprevista en su monitor de vídeo. Preguntó a Caroline a qué venía, y cómo había conseguido entrar.

—La puerta estaba abierta. Tengo guardadas aquí unas muestras para análisis, y me es preciso hacer unos arreglos.

—¡Caramba! —exclamó el guardia, palideciendo al pensar que el laboratorio debía de haber pasado toda la noche abierto—. Siento decirle que las instalaciones están cerradas a causa de la muerte de uno de los técnicos. Hasta el lunes no se reanudará el trabajo. Hoy sólo están los administradores.

Caroline volvió a fijarse en el microscopio, preguntándose qué efecto habría tenido sobre la tela su exposición prolongada al aire.

—Oiga, ¿podría retirar al menos una de mis muestras? Me parece que Frank debía de estar trabajando en ella justo antes de sufrir el accidente. De haber tenido ocasión, él mismo la habría guardado en el lugar correcto.

El guardia de seguridad la siguió hasta el microscopio y, después de echar un vistazo, negó con la cabeza.

—Lo siento, señora, pero va a ser imposible. No puedo permitir que toque nada hasta conseguir la autorización pertinente. Tendrá que hablar con el director —dijo, proporcionándole las indicaciones precisas para encontrar las oficinas de administración. A continuación le hizo señas de que abandonara el laboratorio. Caroline obedeció a regañadientes, no sin dirigir al guardia una mirada gélida al cruzar la puerta.

Bruce Ransom dirigió una mirada ansiosa al reloj, comprobando, consternado, el inexorable avance del minutero. Cada paso representaba una disminución del breve período de tiempo que le quedaba para completar el esquema de investigación en el que estaba trabajando. Se había planteado llamar a Ted Cummings para retrasar su cita, pero sabía que Ted estaba impaciente por encarrilar el proyecto, más allá de que Frank les hubiera fallado en tan mal momento. También a Bruce empezaba a ponerle nervioso el trabajo, más que nada por sus sinceros deseos de quitárselo de encima y poder pasar a la parte buena. Era un trabajo aburrido, simple repetición y confirmación de algo que ya había llevado a cabo antes sin la documentación necesaria; aun así había aceptado el cometido, a sabiendas de que la financiación del proyecto subsiguiente, más vasto e interesante, dependía de que presentase los documentos en cuestión.

Todavía recordaba su reacción el día en que había descubierto que la «huella corporal» de cualquier bacteria podía ser utilizada para reproducir una imagen

holográfica tridimensional; procesando ese holograma con un programa de animación en 3-D, había conseguido que el bichito en cuestión se marcara unos pasos de baile ante sus propios ojos. El truco se las traía; sólo faltaba añadir unas napias y un sombrero para transformar a la criatura en una versión bacteriana de Jimmy Durante. Podía grabar todos los movimientos de la animación y estudiar el menor detalle deteniendo la acción en cualquier punto del desarrollo.

La reacción general había sido más bien fría, hasta que Bruce había explicado que el procedimiento se diferenciaba significativamente de otras clases de animaciones 3-D por ordenador: su versión se basaba en seres vivos reales, y podía duplicarlos hasta en sus células individuales. Bruce, uno de los principales colaboradores en el desarrollo de la técnica de toma de huellas, sabía que una huella corporal individual podía desglosarse en los diversos sistemas, tales como el sistema circulatorio, el esqueleto, el mapa neurológico, etcétera, y que esos sistemas podían analizarse por separado. Había dicho a la junta: «¿Y si pudiéramos utilizar esta información para que quienes padecen parálisis en algún miembro aprendan a controlar sus cuerpos por robótica informática adaptada a cada caso individual?».

Y si bien la categoría científica de Ted Cummings, el director del instituto, había sido objeto de chanzas por parte de algunos de sus colegas, sabía reconocer las ideas brillantes cuando topaba con ellas de narices. Dado el escaso número de experimentos de primera que se habían realizado en los últimos tiempos, el instituto activó de inmediato toda su maquinaria pesada, con Ted de capitán, astuto obtentor de acuerdos políticos, llevando sin fallos el timón del venerable establecimiento a través de una serie de actos de presentación traducidos en sendas subvenciones, además de, cosa curiosa, ocuparse él mismo de la mayor parte del trabajo de laboratorio inicial. Esto último suponía para Ted una ruptura con sus costumbres, y Bruce lo interpretaba como que su jefe quería participar en un experimento con premio seguro, sin por ello tener que involucrarse en la fase más sustanciosa y exigente. Aplausos y elogios suponían un poderoso incentivo para cualquiera, incluso para un administrador de talento que rara vez tenía que ponerse los guantes de látex para justificar su paga. A lo mejor le toca renovación de contrato, pensó Bruce con cinismo. La intervención de Ted en la fase experimental no cuadraba para nada con su perfil, puesto que había pasado los últimos once años dirigiendo las actividades de un grupo de investigadores altamente cualificados, todos ellos capaces de hacerle morder el polvo en el laboratorio.

Una de las virtudes más positivas de Ted era su propensión a la puntualidad; por eso, cuando el timbre del intercomunicador se puso a sonar de repente, Bruce tuvo tentaciones de estamparlo contra la pared.

Pero bueno, ¿se puede saber qué hago yo con tanta agenda y tanta filfa? En el

fondo era lógico. El instituto lo había contratado justo al acabar la residencia. Bruce, que ya había aceptado una lucrativa beca de investigación, renunció a ella para trabajar en un ambiente de tecnología punta. Nunca había tenido ocasión de ejercer de médico; lo habían engatusado para que aceptara un empleo en investigación genética, una línea que, según reconocía él mismo, tenía muchos alicientes: el trabajo era interesante, le daba innumerables ocasiones de viajar y adquirir prestigio, y nunca lo habían llamado en plena noche para atender un parto.

Eso sí, el empleo había introducido cambios drásticos en su vida. Se había mudado de Boston a California casi de un día para otro, y luego a Inglaterra, viendo aniquilados sus planes de llevar una vida tranquila montando consulta propia.

Pese a sus deseos de enviar el intercomunicador en viaje rápido a Saturno, pulsó el botón.

—¿En qué puedo ayudarte, Clara? —preguntó, procurando dejar clara su irritación sin perder las formas.

—Disculpe, doctor Ransom —contestó, nerviosa, su secretaria—. Siento molestarlo, pero el doctor Cummings acaba de llamar del laboratorio y está impaciente por que se reúna usted con él.

Mierda, pensó Bruce al pulsar el botón.

—De acuerdo, ahora mismo voy. De todos modos, hazme el favor de llamarlo de mi parte y avisarlo de que tardaré un minuto.

Acabó la parte que había estado dictando y la imprimió a toda prisa. El texto carecía de la cohesión deseable, pero era demasiado tarde para modificarlo. Bruce entró en el baño para mirarse al espejo, sintiéndose un poco desastrado; en cuanto tuvo la certeza de no asustar a nadie, corrió a la antesala carpeta en mano, seguido por los faldones de su bata de laboratorio, y dio con el pie contra la pata de una silla.

—¡Me cago en la leche! —masculló. No iba a ser un día fácil.

## CANCO

**D**urante el resto del día cabalgaron a buen ritmo, aumentando en lo posible la distancia que los separaba de la ciudad de Alejandro, Alcañiz, y siempre atentos a los lugares en que pudiera haber agua. Alejandro se adaptó con prontitud al ritmo de la carrera, sintiéndose bastante a gusto en la silla de montar. Nadie lo habría tomado por lo que era, un jinete novato.

Sorprendido por la pericia de su protegido, Hernández comentó:

—Has nacido para montar, judío. Opino que pierdes el tiempo siendo *medicus*; de hecho, me parece una actividad de poco valor, llena de trucos y engaños. Cada vez que voy a que me vea el barbero, no falla: vuelvo peor de lo que estaba.

—En ese caso, acudid a un médico la próxima vez que os sintáis mal; si ha tenido buena formación, sabrá cosas a las que el barbero no puede ni aspirar.

—¿Tú, por ejemplo? —preguntó Hernández.

—¡Ja! —murmuró Alejandro con cinismo—. Mi formación es buena, no lo dudéis, pero maldigo mi ignorancia a cada minuto.

—Decidido, pues: si tu profesión actual no te satisface, decídete por la espada. Estoy seguro de que te dará más satisfacciones.

Alejandro, que no veía con gusto el rumbo que estaba tomando la conversación, interpuso entre él y Hernández unos metros más de distancia, a fin de hacer más difícil el intercambio de palabras. ¡Tonterías!, pensó. ¿Hay acaso profesión más noble que la mía? ¡Sólo hay que ver lo que he sacrificado por ella! ¿Por qué me importunará este canalla con sus estúpidos comentarios, cuando tengo cosas tan importantes en que pensar?

Pero Hernández no iba a dejarse vencer fácilmente. Durante las pocas horas que llevaban juntos, Alejandro ya había descubierto en él a un sujeto extremadamente jovial, amante de las discusiones. Como si adivinase los pensamientos del joven médico, el mercenario acercó su caballo y dijo:

—No hallarás trabajo más noble que el de soldado, joven, y tú pareces de los que sabrían dominar sus secretos sin dificultad.

—Y claro, vos estaríais dispuesto a enseñármelos...

—¿Por qué no? ¿Qué mejor ocasión que un viaje que podría resultar peligroso?

No podemos permitirnos el lujo de aprender secretos de ninguna clase, pensó Alejandro. A estas alturas habrán descubierto el asesinato del obispo, y me habré

convertido en un hombre aún más perseguido que antes. Se preguntó si Hernández sospecharía de él; ni sus actos ni sus palabras mostraban que fuera consciente de estar escoltando a un fugitivo, asesino ni más ni menos que de un obispo. El viaje procedía a buen ritmo, pero Hernández no lo había convertido en una huida; marchaban al descubierto, sin esconderse, y el mercenario se mostraba amistoso con todas las personas con las que topaban.

—No, creo que no —acabó por decir Alejandro, declinando la propuesta de Hernández.

—¡Venga, hombre! ¿Qué tendría de malo?

Pese a la manifiesta reticencia de Alejandro, Hernández lo retó:

—Empezaremos por algo fácil. Dejaré que seas tú quien se ocupe de encontrar un lugar con agua para dormir.

Ni la poca confianza que le merecía el juegucito de su escolta, ni lo cansado que estaba de aquella conversación, pudieron con la afición de Alejandro a los desafíos; el agua, sin embargo, no era un lujo, sino una necesidad.

—¿Y si no la encuentro? —dijo a su acompañante—. ¿Correremos peligro?

—Si no encuentras agua, te demostraré mis saberes encontrándola yo.

—Aceptado, entonces.

En adelante, Alejandro no dejó de mirar a diestra y siniestra en busca del color verde asociado por naturaleza a la presencia de agua. Creyó haberlo encontrado varias veces, pero un examen atento demostró a cada ocasión que de su «hallazgo» estaba ausente el precioso líquido. Por fin, distinguió a lo lejos una densa mancha de vegetación, más grande y feraz que las anteriores. Fue haciéndose más grande a medida que recorrían la calurosa y, en su mayor parte, parda extensión del campo aragonés.

No tardaron en llegar, viéndose recompensados por una deliciosa fuente en un nido de verdor.

—¿Ves cómo tienes un talento natural? —dijo Hernández—. Ya te ayudaré a desarrollarlo todavía más.

Quitaron las sillas de montar de los caballos, a los que dejaron atados junto a la fuente para que pudieran beber a voluntad. Tras estirar sus brazos y sus piernas, arqueadas y rígidas por lo largo del viaje, los dos hombres dispusieron sus escasas pertenencias algunos pasos más allá. Transcurridos unos minutos de descanso, Hernández extrajo una honda de su saco y deshizo las correas con cuidado.

—Ahora mismo vuelvo con la cena, si Dios quiere —dijo; y, lanzando a



Alejandro un pedernal, añadió—: Enciende un fuego para cocinar. —Cuando ya se había alejado unos pasos, se volvió para comentar—: Supongo que sabrás cómo se hace...

—En efecto —contestó Alejandro, fingiéndose ofendido—. Apuesto a que os sorprendería descubrir que también sé comer sin ayuda.

—No tengo la menor duda de que así es —dijo el mercenario entre risas—. Ya te he visto comer antes.

Se internó entre los arbustos y volvió poco después con un conejo macho de buen tamaño. Se sacó un cuchillo de caza de la funda del cinturón y abrió al animal contra una piedra plana que había cerca. Alejandro contempló fascinado el proceso de evisceración del pequeño roedor, y, cuando Hernández estaba a punto de tirar las entrañas lejos de su lugar de acampada, lo detuvo y, hurgando en la masa viscosa, extrajo el corazón.

—Este conejo era mezquino de espíritu: tiene pequeño el corazón —dijo.

—Entonces merece que se lo coman —dijo el mercenario—. Te dejo a ti el juicio sobre esos temas. De todos modos, si de algo estoy seguro es de que quien lleve una honda consigo nunca pasará hambre, aunque coma ratas. —Tiró las otras entrañas lo más lejos posible, para no atraer a depredadores inoportunos—. Puede cazar piezas fuera del alcance de las flechas. A falta de una comida grande y sabrosa, más vale tenerla pequeña y poco gustosa, ¿no?

Alejandro asintió a regañadientes, pero pensó: Antes que comer una rata me moriría de hambre. Cuál no fue su sorpresa al comprobar que el conejo que se estaba braseando tenía el mismo olor que el pollo que su madre cocinaba casi a diario. El gusto resultó ser igual de bueno, y Alejandro comió con sumo placer, confiando en que Dios le perdonase las indiscreciones alimenticias que pudiera cometer con miras a sobrevivir al viaje. Prometió convertirse, una vez sano y salvo en Aviñón, en el judío más devoto y obediente habido y por haber.

Hernández sacó otra hogaza de pan, que ambos devoraron hasta la última miga. Unos higos secos dieron cumplido fin a la comida, que a Alejandro le pareció la mejor que había probado. Seguidamente llenaron sus cantimploras con agua fresca de la fuente y bebieron hasta reventar.

—Os prometo que nunca volveré a pasar por donde haya agua sin beber hasta hartarme —dijo el médico, recordando lo secos que se le habían puesto los labios durante sus tres días en el silo del monasterio.

Se pasó la manga por la boca.

—En ese caso, tampoco habrá arbusto o árbol por el que pases sin dejar tu marca.

La risa de Alejandro lo sorprendió a él mismo. Tendido sobre su manta, exhausto por la larga cabalgata pero lleno a reventar de buena comida y agua fresca, se preguntó: «¿Cómo he llegado a este lugar, debajo de estas estrellas, cuando debería estar en casa, en Alcañiz, durmiendo plácidamente en mi cama?». Recordó en rápida sucesión los acontecimientos de los últimos días. ¿Cómo es posible que todo haya salido tan mal? Caviló sobre los dramáticos cambios de su vida, antaño tan segura: marcado, separado de su familia tal vez para siempre, y obligado a huir de la ciudad donde había nacido y lo habían criado. Ya no era la misma persona de unos días atrás.

Pero lo que más le pesaba era haber descubierto de forma repentina una faceta desconocida de sí mismo.

Hoy he matado a un hombre, reflexionó con pesar, y sin pensármelo dos veces. Le parecía extraño arrepentirse tan poco de lo que había hecho al obispo, y se preguntó si sería locura lo que le impedía horrorizarse de sus actos, aun sabiendo en el fondo que no, que se había tratado de un claro acto de justicia. ¿No enseñaban acaso los ancestros que había que sacar un ojo en pago de otro? Alejandro dudaba que el clérigo hubiese llegado a recibir castigo en algún momento por el nefando trato infligido a la familia Canches, castigada a su vez de modo injusto tras años de servirlo con lealtad; así pues, se concedió a sí mismo un perdón temporal por haber actuado como juez y verdugo. No por ello dejaba de sentirse inquieto, y le estaba resultando difícil conciliar el sueño. Se palpó con cuidado la costra del pecho, y, con la mirada puesta en las estrellas, revivió la cruda impresión de haber recibido la herida, y la vergüenza de no haber podido hacer nada contra ello. De repente recordó el oro que le habían dado y, poniéndose en pie, lo extrajo de sus escasas posesiones, amontonadas cerca de donde estaba tendido. Se puso la alforja como cojín debajo de la cabeza. Hernández, a quien había creído dormido, dijo:

—Cauta medida. Veo que la prudencia no se cuenta entre las virtudes que me quedan por enseñarte. Que duermas bien, judío.

—Y vos también, cristiano —contestó Alejandro. De modo que lo sabe, pensó, con la tranquilidad que le proporcionaba saber que su escolta era hombre lo suficientemente honrado para resistirse a la tentación—; y aun así no ha querido marcharse con todo y dejarme morir pobre a un lado del camino.

Aquel tesoro le permitiría asentarse sin problemas en Aviñón. Podría abrir consulta de inmediato, con todo el equipo y ayuda humana necesarios, amén de contratar servidumbre en su nueva casa. Si, por algún milagro, sus padres lograban sobrevivir al viaje a la ciudad papal, serían recibidos en el cómodo hogar de un médico prestigioso. Las ensoñaciones de Alejandro atenuaron el dolor de las últimas jornadas, y, mecido por las fantasías de un próspero y dorado porvenir, el médico se durmió.

Hernández lo despertó poco antes del amanecer.

—Me gustaría acabar dentro del año mi compromiso con la casa de Canches. ¡Tu pereza va a hacer que trabaje para ti más de la cuenta! Si seguimos viajando a este paso, acabaré cobrando a pocos centavos la hora —refunfuñó el corpulento mercenario.

Alejandro se desperezó, con cuidado de no abrir otra vez las cicatrices de su herida, e hizo el esfuerzo de levantarse. Tras quitarse la camisa con ayuda de Hernández, se examinó la quemadura y, no hallando síntomas de infección, la lavó con cuidado en el agua fría de la fuente, procurando no levantar las costras recién formadas. Aprovechando que la herida aún estaba húmeda y relativamente flexible, le aplicó aceite de clavo, procurando no malgastar lo poco que le quedaba. Al principio se resintió del escozor, pero éste acabó por dar pie a una agradable falta de sensibilidad.

Después de un frugal desayuno, cabalgaron sin novedad hasta tener el sol a pico sobre sus cabezas, momento en que empezaron a buscar un lugar adecuado para descansar y protegerse del sol de mediodía. Llegaron a una arboleda baja, demasiado pequeña para indicar la presencia de agua, pero lo bastante alta para resguardarlos a ellos y sus caballos del momento más caluroso del día. Como por arte de magia, Hernández se sacó de las alforjas un pedazo de carne seca de olor desagradable, a cuya ingestión, bien acogida por dos estómagos hambrientos, siguió un echar mano a sus respectivas cantimploras.

Durante el descanso, el mercenario empezó a tallar distraídamente una ramita seca, que fue tomando forma bajo la atenta mirada de Alejandro, admirado de la rapidez con que se convertía en una sinuosa serpiente de piel tersa y cola en punta.

—¿Dónde habéis aprendido a tallar con tanto arte? —preguntó.

—Nada de aprendizaje, jovencito, sino práctica. Después de haber tallado tantas piezas, creo que sería capaz de hacerlo sin mirar, sólo a base de tacto. Me gusta distraerme así, porque me permite pensar más claramente.

—Os ruego que compartáis conmigo esos pensamientos.

Hernández escupió antes de contestar.

—Estoy reflexionando sobre nuestra ruta.

—¿Son tantos los caminos como para que podamos escoger ruta?

—No tantos, no tantos. Podemos optar entre pasar las montañas o seguir la costa. El camino de las montañas es más corto, pero sólo tardaríamos un poco menos que por la costa; además, quien viaje por él se expone a terribles peligros.

—Nombradlos, y también yo reflexionaré sobre ellos.

—Toparíamos con gente hosca, montañeses que no saben de naciones ni fronteras. Seríamos presa fácil de los bandoleros, que conocen bien los caminos y a veces se esconden en cuevas invisibles a primera vista. Por último, el tiempo puede encabritarse como un corcel furioso que se te echa encima con sus afilados cascos. Hay granizo y relámpagos a pedir de boca, y los truenos retumban por los picos como el rugido de un dios.

—El camino del que habláis debe de tener alguna ventaja; de otro modo no lo tendríais en cuenta.

Hernández entró en detalles.

—En esta estación puede ser muy agradable viajar por las montañas, más templadas que la costa, donde apenas hay manera de protegerse del sol y sus peligros; pero sólo somos dos, uno de ellos cargado con demasiado oro, y seríamos blanco fácil para cualquier maleante.

Alejandro observó a su escrupuloso acompañante, pensando: O mi padre le ha pagado con generosidad fuera de lo común, o se trata sencillamente de un hombre de honor. ¡Toda la vida entre cristianos, y qué poco los conozco...! Alejandro siempre había dado crédito a la información proporcionada por los relatos de sus mayores, poco halagadores por lo general. Casi todas las historias que había oído nacían de alguna controversia o escándalo; en cambio, aquel hombre que viajaba con él le estaba demostrando que los cristianos eran capaces de comportarse de modo muy distinto al esperado. La actitud de Hernández era más propia de un cristiano de conveniencia que de un verdadero devoto, y saltaba a la vista que, lejos de ser un hombre sucio y sin educación, poseía un saber mundano bastante sustancioso.

Hernández prosiguió con sus explicaciones.

—Claro que la ruta más segura es la que nos llevaría al norte de Barcelona por la punta este de los Pirineos, y de ahí al Languedoc. Después nos limitaríamos a mantenernos próximos a la costa por las ciudades de Narbona, Béziers y Montpellier. Cerca de esta última ciudad se halla la hermosa Aviñón, donde te espera tu destino.

—Ya conozco Montpellier. Es donde recibí mi formación.

—¡Ajá, entonces no eres tan inocente como suponía! —Hernández se sonrió al pasar revista mentalmente a sus incursiones de juventud en ciudades desconocidas—. Debo confesar que yo tampoco. He visto muchas ciudades, amigo, y todas se parecen: manjares deliciosos, mujeres exóticas y dispuestas, edificios magníficos y muchos bienes de valor a la venta. Todo se reduce a saber usar el dinero.

—Y vos sabéis hacerlo, claro —comentó Alejandro.

Hernández rio de corazón.

—Tengo buen olfato para localizar lo que vale la pena ser olido. Podrás aprenderlo de mí si viajamos por la ruta de la costa. Será un viaje hartamente más interesante y, si me permites el comentario, bastante más cómodo que si vamos por las montañas, aunque mucho me temo que lo encontrarás largo y cansado. También es posible que te parezca lento; esos lugares de placer no son para dejarlos atrás demasiado rápido, sino para quedarse y degustar sus tesoros.

Alejandro calibró las posibilidades.

—Me hallo en un dilema, señor —dijo—. Si opto por viajar como suele hacer mi gente, y como, sin duda, pretende mi familia, evitaría esos antros de iniquidad cristiana, y seguiría la ruta menos frecuentada. Los judíos siempre corremos el peligro de convertirnos en víctimas de quienes se ven oprimidos por los ricos de su misma condición y buscan vengarse en los más indefensos. Mi deber es viajar a Aviñón e instalarme en la ciudad con la esperanza de recibir a mi familia.

Pese a lo dicho, Alejandro sabía que aun en el caso de tomar la ruta más lenta de las dos llegaría a Aviñón mucho antes que sus ancianos padres; éstos tendrían que descansar en todas las poblaciones por donde pasara su ruta, y, en el mejor de los casos, podrían tardar un año entero en llegar a la ciudad papal.

—Recuerda, joven, que ya no pareces judío. ¡Gracias a Dios, y perdona que te lo diga!

Alejandro se preguntó si Hernández no estaría cansado del libertinaje de las ciudades, y no anhelaría el aire fresco y las templadas noches de la montaña. Quizá hasta tuviera ganas de mantener frescas sus facultades entrando en liza con algún grupo de bandoleros. Pues bien, Alejandro no compartía esas ganas.

—¿Y bien, judío? ¿Qué dices?

—¡Por la costa, señor! Confío en poder ver esas extrañas costumbres sin caer preso de ellas; y acaso en esas ciudades estén en boga nuevos métodos de cirugía.

—¡En efecto! ¡Te cortarán el monedero en menos que canta un gallo!

Alejandro se palpó las alforjas entre risas, gesto que llevó a Hernández a comentar:

—Lo primero que compres con esa fortuna será algo de ropa más adecuada para el viaje. Indicaremos al sastre que cosa varios bolsillos pequeños cerrados con botones para repartir tus monedas; así no las perderás todas de golpe.

Alejandro lo consideró una medida prudente. Sintiéndose descansado, y viendo que el sol ya no estaba tan alto (cosas ambas que hacían más agradable el viaje), empezó a dar muestras de nerviosismo. A Hernández no se le pasó por alto; devolvió el cuchillo a su funda, metió la serpiente en una de sus bolsas y tomó un trago de

agua antes de montar. Los dos jinetes volvieron al camino y galoparon en dirección noreste.

Avanzaron a velocidad constante, siempre hacia el noreste, hacia el mar. Les faltaba un día para llegar al camino de la costa, y a cada hora que pasaba aumentaban sus contactos con la civilización. Al aproximarse a la costa, el aire fue haciéndose fresco y puro, sin el polvo de las zonas de interior, más calurosas. La vegetación fue volviéndose densa y abundante, y el viaje más placentero, gracias a la sombra que proporcionaban los árboles. Efectuaban todas las paradas necesarias, haciendo provisión de agua fresca siempre que topaban con una fuente o un arroyo, ocasiones en que Alejandro bebía como perro rabioso.

Afortunadamente, la herida no se le había infectado, y el proceso de curación la había convertido en más molesta que dolorosa. Se le había puesto un poco rígida la piel del pecho, pese a la aplicación de emolientes siempre que le había sido posible; ahora bien, lo que no podía evitarse de ningún modo era la enorme y fea cicatriz que iba a acompañarlo durante el resto de sus días. Alejandro era consciente de que iba a avergonzarse de su desagradable desfiguración en cuanto se hallara en presencia de otra gente, visto que Hernández, por su parte, tenía la amabilidad de procurar no darse cuenta del feo amasijo de costras. A pesar de todo, el médico daba gracias a Dios por llevar la cicatriz en el pecho y no, como pretendían sus carceleros, en la cara. El pecho podía cubrirse con ropa; la cara, en cambio, siempre permanecía al descubierto.

A medida que la ruta fue haciéndose más rica en distracciones, Hernández se irguió en la silla de montar y puso mayor atención en lo que veía y oía alrededor de él.

—¡Hace tiempo que no visito una ciudad donde las cantinas merezcan ser honradas con mi presencia! —dijo a Alejandro, señalando una serie de lugares de interés que se sucedían a lo largo del camino—. ¡Esto promete, judío! ¡Quizá por aquí encontremos comida que valga la pena!

Cuando el sol de la tarde alargó sus sombras hacia el este, llegaron cerca de la ciudad de Gerona. Hernández se sonrió al ver a su inexperto acompañante fascinado por el ajeteo de quienes habían cumplido con su trabajo cotidiano, gente inofensiva en su mayoría, pero entre la cual se hallaba más de uno capaz de aligerarles las bolsas como quien da los buenos días, con una sonrisa.

—Presa fácil me pareces para los que codician tu bolsillo —dijo, acompañando sus palabras con una estruendosa carcajada—. Más vale que te andes con cuidado.

El comentario suscitó una mirada gélida por parte de su protegido, bastante seguro de sí mismo después de los éxitos del viaje.

—Es posible que me falte instrucción, Hernández, pero no soy un bobo. ¿Me creéis incapaz de atravesar esta ciudad a caballo con mis posesiones intactas?

—No me preocupas cuando montas, amiguito. El momento de mayor peligro será cuando los caballos estén atados y nosotros lo estemos menos. ¡Cuida de no ser víctima de alguna criatura joven y seductora con un cómplice de robos invisible!

Indignado por lo que Hernández daba a entender, Alejandro creyó más probable que aquello le sucediera a su mentor, más entrado en años, y no dudó en decírselo a las claras.

—Haríais bien en iros con tiento vos mismo —dijo—. ¡Os recuerdo vuestras propias palabras! De los dos, soy yo el joven y apuesto; vos lleváis la marca de muchas guerras. ¿Quién será la presa más fácil? ¡Pensadlo!

—¡Por todos los dioses, judío —vociferó Hernández—, tienes razón! No eres ningún bobo, y en cuanto a mí, si conservo mi frugalidad tras llevar a cabo este encargo de acompañarte más allá de Aragón, tan agradable por otro lado, tendré para vivir bien unos cuantos años. ¡Siempre y cuando no derroche demasiado en mujeres, claro! —Siguieron nuevas carcajadas—. De todos modos, me estoy haciendo demasiado viejo para gastar en esas tonterías. Son cosas que más vale dejar para jóvenes apuestos como tú, ¿eh, judío? Y ahora, lo más prudente será encontrar un sitio donde pasar la noche y dar tregua a nuestros pobres huesos.

Preguntó a unos cuantos transeúntes la dirección de alguna posada con buenas caballerizas. Los remitieron a un establecimiento en el lado norte de la plaza principal, a sólo unas puertas, según les dijeron, de una pequeña cantina.

Mientras se dirigían a la posada, oyeron un ruido de caballos acercándose, caballos que no tardaron en irrumpir en la plaza en medio de una nube de polvo, montados por jinetes con armadura. Al ver a los soldados, Alejandro se puso tenso; Hernández se dio cuenta, y, aunque no dijo nada, se mantuvo atento a todos los gestos de su protegido.

Los soldados desmontaron a una y se repartieron por distintos edificios de la ciudad, registrándolos puerta a puerta con ademán autoritario, en busca de algo o alguien que no conseguían encontrar. Mientras los soldados pululaban por la plaza, Hernández y Alejandro siguieron amarrando sus caballos al poste, sin que ni uno ni otro dieran muestras de querer moverse de ahí.

Está ganando tiempo, pensó Hernández al ver que Alejandro ataba, desataba y volvía a atar su caballo. Tiene miedo de topar con esos jinetes. Puso una mano en el hombro del joven judío y miró de nuevo a los soldados, que habían vuelto a ponerse

en formación junto a sus caballos.

—¿Qué te parece si descansamos un poco antes de instalarnos en la posada? —preguntó.

Alejandro, para quien la perspicacia con que Hernández había advertido su inquietud no supuso ninguna sorpresa, agradeció la deferencia con que el mercenario acataba sus deseos de permanecer en el anonimato mientras no se marcharan los soldados. Siguieron al lado de los caballos, ocupado Alejandro en minuciosas e inútiles manipulaciones, ora ajustando al azar una correa y volviéndola a soltar, ora sacando el agua del equipaje, enjuagándose la boca con ella y escupiéndola antes de tomar otro trago. El médico no quitaba ojo a los soldados, y su silenciosa vigilancia no se relajó hasta verlos montar de nuevo en sus corceles y abandonar la plaza en ruidoso torbellino.

Hernández miró a Alejandro a los ojos y, arqueando las cejas de modo peculiar, dijo:

—Quizá esa ropa nueva te haga falta cuanto antes, ¿eh? Nos ocuparemos de ello en cuanto hayamos encontrado un alojamiento decente.

Alejandro asintió, al tiempo que se echaba al hombro sus alforjas. Cuando ya había echado a caminar en dirección a la posada, Hernández lo retuvo por el brazo.

—Joven —dijo con severidad a su protegido el fornido mercenario—, no me gustan demasiado los judíos, pero te considero buen chico, y me han pagado por llevarte a Aviñón sano y salvo. Si hay algún motivo para que nos mantengamos lejos de los soldados, más vale que me lo digas.

El joven judío sostuvo la mirada de su guía, en quien había hallado a un buen compañero; pero, antes de revelar el secreto del asesinato del obispo, tenía que estar seguro de que el cristiano no lo traicionaría. Volvió a asentir, dejando a Hernández la duda de qué habría querido decir.

Se llevó entonces la sorpresa de ver que su compañero estallaba en carcajadas y le quitaba el resuello con una fuerte palmada en la espalda.

—¡Tienes más arrestos de lo que pensaba! ¡Vamos a instalarnos para la noche!

Y reanudaron su avance hacia la posada.

El dueño les mostró una habitación con dos camas grandes de paja, cubiertas ambas con una manta de tela basta pero limpia al parecer. Junto a la ventana que daba a la plaza había una mesita con un lavamanos y una jarra de agua.

—Lo bastante limpio para un par de vagabundos. ¿Qué decís, posadero? Esta noche seremos vuestros agradecidos huéspedes. A los dos nos hará bien un baño antes de cenar. Ah, y haced el favor de decirnos en qué lugar de la ciudad podríamos



encontrar un buen sastre.

Siguieron la dirección indicada. El sastre tomó las medidas a Alejandro para hacerle una camisa y unos pantalones. Cuando notó que le ponían la cinta de medir en la entrepierna, Alejandro dio un respingo, advirtiendo con irritación la mueca divertida de Hernández.

—¡Revelas ignorancia, mi joven amigo! ¿Cómo quieres sino que el sastre te vista como un caballero? ¿Quieres que te haga unos pantalones tan estrechos que te pongas a cantar con voz de jovencita? Estate quieto, y deja seguir a este buen hombre.

Alejandro obedeció, avergonzándose de su pudor.

—Necesitamos tener la ropa para mañana a primera hora —dijo Hernández al sastre.

—¡Pero señor —protestó éste—, no es posible! ¡No habrá luz suficiente para acabar el trabajo a tiempo! Debo conseguir el material necesario...

Hernández hurgó en su bolsillo y sacó una moneda de oro, cuyo brillo seductor hizo oscilar ante las mismas narices del artesano.

—Quizá con esto podáis conseguir la tela y las velas —dijo. Viendo absortos en la moneda los ojos codiciosos del sastre, se la puso en la mano, diciendo—: Mañana por la mañana, cuando esté lista la ropa, os daré otra.

Arreglado el asunto del vestuario de Alejandro, volvieron a la posada y subieron por la escalera que llevaba a su habitación compartida, entre cuyas camas había sido colocado un barreño de agua lleno hasta la mitad. Se oyeron golpes suaves en la puerta. Hernández dio permiso con un gruñido, y la mujer del patrón entró con otro pesado cubo de agua humeante que fue añadida a la que ya había en el barreño. Realizada la operación, la buena mujer se marchó, pero no tardó en volver con una gran pastilla de jabón traslúcido y una esponja. Hernández hizo señas a Alejandro de que se bañara en primer lugar, declarándose deseoso de acercarse a la cantina y tomar un trago de vino antes del baño. Previamente volvió a aconsejar a Alejandro que vigilase sus posesiones.

Cumplido su deber como escolta del joven, el mercenario salió por la puerta y la cerró. Alejandro puso la barra para preservar su intimidad y se desnudó con cuidado, siempre atento a la herida del pecho. Al principio, el contacto con el agua hizo que le doliera la piel enrojecida de la quemadura, pero, a medida que se acostumbraba al calor, éste le proporcionó un gran alivio. Tras sacudirse el polvo de la ropa, volvió a vestirse y quitó la barra de la puerta; después miró por la ventana y vio a Hernández avanzar por la plaza con paso arrogante, satisfecho a todas luces de su refrigerio.

El fornido cristiano subió por las escaleras cantando a voz en cuello. Su alegría

era contagiosa, e hizo sonreír a Alejandro, que a cada día que pasaba le tenía más aprecio, y se alegró de ver recortarse en la puerta, más cordial que nunca, su silueta de bravucón ligeramente bebido.

—¡Ah, muchacho! ¡Creo que este baño va a ser un regalo de los dioses! —Se desnudó con parsimonia y gesto perezoso, y, apartando de un manotazo un insecto molesto, dijo—: Doy gracias a Dios por este nuevo bautismo.

Rio a carcajadas de su propio chiste. Alejandro no lo entendió, pero reaccionó con una risita cortés, disfrutando de las payasadas de aquel hombretón.

Hernández se bañó con ostentosa complacencia, restregándose vigorosamente el cuerpo con la esponja para quitarse el polvo acumulado en el camino. Después de sumergir la cabeza por completo, se sonó, se frotó los ojos y se rascó las orejas con el dedo meñique, aprovechando la oportunidad de limpiarse todas las partes del cuerpo a la vez, cosa que no siempre podía hacer. Cuando acabó, la pastilla había sufrido una notable mengua.

—La dueña nos hará pagar más por el jabón —observó Alejandro.

—¡Sí, y habrá valido la pena! —contestó Hernández—. ¡Gracias a ella me siento maravillosamente limpio!

El cristiano se sacudió como un perro desde la cabeza al trasero. Alejandro dio un salto hacia atrás para que no lo salpicase, sorprendido por el color marrón de la poca agua que quedaba en el barreño.

Satisfechas sus necesidades externas, los dos hombres descendieron por la escalera para ir a cenar a la cantina. Alejandro tenía bien cogidas sus alforjas, y atendía con curiosidad al embriagador ajetreo reinante en la sala. Sus padres, excesivamente cautos, se habían asegurado de que nunca entrase en la cantina de Alcañiz, temiendo por encima de todas las cosas la influencia de las costumbres cristianas sobre sus hijos. A punto de entrar en lugar prohibido, Alejandro se sintió intimidado y atraído a partes iguales por su exótico misterio. Hernández ya había recorrido un buen trecho del local, y recibía el saludo de varias «viejas amistades» de nueva adquisición, fruto de la botella de vino ingerida antes del baño. Alejandro vio que agarraba a una mujer pechugona y más bien entrada en carnes y, movido por una intención jocosa, la abrazaba con rudeza y le propinaba un beso teatral. Entre protestas de pudor y castidad propias de una tímida doncella enfrentada a su primer abrazo, la mujer se resistió, aunque no demasiado. En cuanto estuvo dentro de la sala, a Alejandro le bastó ver de cerca a la mujer para darse cuenta de que no tenía nada de virginal.

Observándolo todo desde su puesto en la mesa común, lo que vio el joven judío fue gente de aspecto y comportamiento inofensivos, gente que reía y bebía (acaso un

poco demasiado) y se dedicaba a brindar en un ambiente festivo e informal. Se escucharon relatos inverosímiles, y Hernández narró a un auditorio todo oídos hazañas llenas de heroísmo y coraje. El mercenario ponía todo su empeño en divertir a sus nuevos amigos, cautivándolos a base de relatos que rebasaban con mucho la experiencia de unas vidas sumidas en la cotidianidad. Los oyentes agradecían esas narraciones, única manera para ellos de enterarse de ciertas cosas. Los relatos se transmitirían a los parientes e hijos de quienes las habían oído, dando pie al nacimiento de pequeñas leyendas. Alejandro se contaba entre los incondicionales.

Hernández no tardó en estar demasiado bebido para seguir, y, después de una breve pausa, los ruidos de gente sorbiendo y masticando fueron sustituidos por la voz de un joven que había escuchado a Hernández con gran atención.

—Yo también sé una historia —dijo—. Me la contó un marino en el puerto de Marsella.

—Oigámosla —farfulló Hernández; pero, a diferencia del curtido soldado que acababa de deleitar a los reunidos, aquel joven no tenía talante de narrador, y se hizo de rogar—. Quizá te suelte la lengua un vaso de vino —dijo haciendo señas al patrón de que trajese uno.

Pasados unos minutos, quedó claro que Hernández no andaba errado en sus estimaciones sobre el efecto del vino.

—Ese marino —dijo el joven— vagaba por los muelles de Marsella en busca de algún barco mercante donde enrolarse, ya que el de su propia compañía estaba pendiente de que lo repararan, e iba a pasar un tiempo sin tocar el agua. Como no tenía otra manera de matar las horas, se acercó a la taberna con la esperanza de oír hablar de algún barco que necesitara tripulantes.

Después de oír al efusivo Hernández, el público de la cantina hallaba aburrida aquella historia tan corriente; aun así, fortalecido por otro trago de vino, el narrador prosiguió con valentía.

—Una tarde le oí hablar de una galera que había llegado al puerto de Mesina y que había echado el ancla lejos de la costa. Perteneecía a una compañía comercial genovesa, y se la esperaba desde hacía tiempo, por lo que se consideró una bendición que hubiera llegado sana y salva. Sin embargo, cuando los representantes de la *compagnia* subieron a bordo, descubrieron que sólo sobrevivían seis miembros de la tripulación, y que los seis estaban agonizando.

El auditorio reprimió una exclamación, señal de que volvía a estar interesado. Alguien dijo en voz baja:

—¡Un barco con peste!

—Sí —asintió el narrador—, y, según mi amigo el marino, una peste como nunca se había visto hasta entonces. ¡Me habló de cuellos negros con bultos que eran como si se les hubiera atragantado un melón!

Los oyentes protestaron y, entre gestos de incredulidad, riñeron al joven por lo inverosímil de su historia. Alejandro se incorporó a medias, levantando la mano para imponer silencio al auditorio.

—¡Chis! Por favor, quisiera oír el final de esta historia.

Aunque la gente se lo quedó mirando con expresión burlona, su intervención dio fuerzas al narrador para seguir adelante.

—Los enfermos tenían los brazos y las piernas cubiertos de cardenales, y las manos y los pies negros como los de los etíopes, además de que les dolían horrores. Ninguno aguantaba que lo tocasen, y todos imploraban la muerte para que los liberase de sus atroces sufrimientos. Todos sus poros exudaban un olor pútrido a muerte y enfermedad, y el sudor prácticamente les chorreaba de la ropa. De los cincuenta que había a bordo en el momento de echar los remos al agua, todos cayeron enfermos, y sólo uno sobrevivió, uno que ahora está tan loco que ni siquiera recuerda el nombre de su madre.

Nadie dijo nada. Hernández, borracho, se persignó, y otros lo imitaron, invocando algunos el amparo de la Virgen, única protección contra aquella enfermedad.

Hernández se las arregló para volver a captar la atención de un auditorio silencioso e infundirle nueva alegría. El mercenario no se dio cuenta de que su compañero de viaje, absorto en sus pensamientos, estaba de un humor muy distinto al de los demás. Más tarde, Alejandro interrogó a quien había contado la historia, pero, viendo que no tenía mucho más que explicar, no insistió más.

Por la noche, a la luz de una única vela, Alejandro apuntó en su libro los detalles de la historia que había oído en la cantina, garabateando con frenesí mientras Hernández roncaba, gruñía y se revolvía en su cama de paja. El médico se alegró de que no hubiera más viajeros, pues eso habría supuesto el riesgo de compartir camastro con el cristiano, y la perspectiva de que los brazos y las piernas del borracho le cayeran encima como sacos de harina en la oscuridad no resultaba muy halagüeña. Limpio, bien comido y con las noticias de la noche dándole vueltas en la cabeza, Alejandro se durmió con la bolsa apretada contra la barriga, y no tardó en aparecérsese Carlos Alderón.

En el sueño, el gigantesco herrero era aún más alto e imponente que en la vida real. Acudía a Alejandro a plena luz del día, muerto, pero todavía en estado de caminar, con todos sus miembros envueltos por separado en la tela gruesa de la mortaja, y con el pecho al descubierto, hecho una masa de cortes. Las manos y pies

que emergían de las vendas eran negros como el hierro forjado de la pala con que lo habían desenterrado. Carlos maldecía a gritos al médico que no había sabido curarlo, y atribuía su muerte al deseo de exhumarlo más tarde y diseccionar su cadáver. Iba acercándose con los brazos tendidos, pero, justo antes de alcanzar a Alejandro, éste despertó de golpe, y, tembloroso, se incorporó como un resorte, sudando por todos los poros. Mientras apretaba un brazo contra su cuerpo sujeto a escalofríos, se restregó los ojos con la otra mano y se volvió hacia Hernández, a quien vio sumido en un sueño plácido, ajeno al pavor que había despertado a su compañero.

El sastre retrocedió hacia la puerta deshecho en reverencias, aferrando la moneda de oro que Hernández había depositado en su mano; se leía en su sonrisa la incredulidad de haber recibido tan fantástica suma por un trabajo sencillo. Una vez saldada su deuda con el posadero, cristiano y judío se encaminaron a la panadería, donde Hernández compró varias hogazas de la primera hornada del día, unos panes largos y finos que embutió en todos los espacios libres de su ropa y alforjas.

Cuando estaba a punto de montar, Alejandro dijo:

—¡Cómo pesa esta camisa con tantas monedas!

Hernández se rio a gusto de las dificultades del joven, y, lejos de apiadarse de ellas, dijo:

—¡Quiera Dios cargarme con la aflicción de tener demasiadas monedas! ¡Y que no llegue a curarme nunca!

Dedicaron toda la mañana a viajar, hasta que, a mediodía, llegaron a la pequeña ciudad de Figueras, todavía lejos de la costa. Dejaron los caballos en un establo, en manos de un mozo que los cepilló y limpió con agua a conciencia.

La cantina era oscura y fresca, cosa que, después de tantas horas bajo el sol, se agradecía. Comieron con apetito, y, en el caso de Hernández, con la ayuda de copiosas cantidades de cerveza. Alejandro volvió a sentir la fascinación de ver a su compañero deleitar a las gentes del lugar con heroicos relatos y anécdotas guerreras.

—Ya he dicho bastantes mentiras —acabó diciendo el soldado—. Estoy cansado de fanfarronear. ¿Quién tiene noticias que valgan la pena?

Siguieron relatos de varia cosecha. Un hombre describió con sumo detalle el paso de una suntuosa comitiva nupcial, que llevaba a una joven de tierras lejanas a Castilla, donde la esperaba el novio. Cautivó a su entregada audiencia con historias de lujo y despilfarro por parte de los ricos, historias difíciles de imaginar para los campesinos que lo rodeaban.

Consciente a todas horas de su condición de fugitivo, y reacio a convertirse en centro de atención, el médico guardó silencio, y su falta de interés no tardó en convertirse en aburrimiento. De momento, él y Hernández habían conseguido viajar con mayor rapidez que la noticia del asesinato del obispo, y Alejandro esperaba fervientemente poder seguir haciéndolo. Aún no se había atrevido a confesar a Hernández lo que había hecho mientras el soldado lo esperaba delante del monasterio, pero suponía que su compañero se habría dado cuenta de que su intención no era dar gracias al prelado por su trato caritativo.

No volvió a prestar atención hasta que un andrajoso peregrino se puso a hablar del barco de la peste. Era un hombre que hasta entonces se había quedado quieto en un rincón, devorando pan y queso con una rapidez que no casaba con su falta de dientes. Tenía la barbilla cubierta de una incipiente barba gris, y lo fétido del olor que desprendía daba a entender que había estado en compañía de mulas.

—La enfermedad ya no afecta sólo a la tripulación del barco —dijo para asombro de sus oyentes. Un murmullo recorrió la taberna—. Los representantes de la *compagnia* esperaron unos días, y después enviaron a una tripulación para que trajera a puerto el cargamento del barco, obrando en contra de los deseos del capitán de puerto de Mesina, que ha prometido llevar el asunto ante el magistrado.

Alejandro se sorprendió al oír en boca del peregrino un discurso tan articulado, y tan en desacuerdo con su desaliño. El narrador siguió adelante, adornando su relato con detalles precisos sobre los avances de la enfermedad.

—En cuestión de días, varios miembros de la tripulación de descarga habían caído enfermos, y empezaban a quejarse de tener el cuello dolorido y seca la garganta. Pronto tuvieron todos fiebre, y la lengua hinchada y blanca. Quedaron postrados en cama uno tras otro, y no hubo ninguno que volviera a levantarse.

Horrorizados por el relato del peregrino, los ocupantes de la cantina habían quedado absolutamente pendientes de sus palabras.

—Después de varios días, las extremidades de uno de los hombres se pusieron azules, y luego negras. El bulto del cuello se le puso del tamaño de una manzana, lleno de un pus espeso y amarillo, y rodeado de manchitas entre azules y negras. Las mismas erupciones, igual de repulsivas, aparecieron rápidamente en su ingle y sus axilas. Sufría dolores constantes. Su familia llamó a un médico, que le abrió los enormes forúnculos.

Alejandro apenas advirtió las protestas de los asqueados oyentes; estaba demasiado interesado en las palabras del peregrino, y en calibrar posibles diagnósticos. Oyó al viajero describir delirios y sudores, períodos de inconsciencia y terribles escalofríos en que la víctima parecía congelarse. El narrador habló de la

incapacidad del enfermo de retener fluidos o sólidos corporales, y de cómo su cuerpo había adquirido rápidamente un aspecto cadavérico, mientras el cuerpo se consumía en un último esfuerzo de supervivencia. Según el peregrino, la última humillación del pobre hombre había sido caer en una honda desesperación, y morir entre atroces convulsiones.

Olvidando por unos instantes su silencio voluntario, Alejandro preguntó:

—¿Lo visteis con vuestros propios ojos?

—No, señor. Me lo contó otro viajero, de Mesina, pero no tengo la menor duda de que decía la verdad.

Alejandro tampoco, pero no era la relación de primera mano que había esperado escuchar.

Se produjo un largo silencio. Mientras todos reflexionaban sobre la espantosa historia que acababan de oír, quien la había explicado volvió a concentrarse en la comida, mojando en cerveza el pan que le quedaba y convirtiéndolo en una bola. Hasta Hernández, siempre tan efusivo, parecía serio y reservado. Recordó a Alejandro que tenían por delante un largo viaje, y que la prudencia les dictaba aprovechar la luz que quedaba para llegar al siguiente pueblo antes de la puesta del sol. Salieron al galope, dirigiéndose a la población costera de Cervera de Rosellón.

El cerúleo azul del Mediterráneo brillaba bajo los últimos rayos del sol, y las olas acariciaban la costa, arrullando con su vaivén a la cansada pareja, harta ya de oír el golpeteo de los cascos de caballo. La aparición del mar había supuesto una alegría para Alejandro, que llevaba sin verlo desde su regreso de la escuela de medicina de Montpellier.

En Cervera habían rellenado sus cantimploras y comprado un poco de pescado hervido envuelto en unas hojas muy grandes. Sentados tranquilamente en la playa, a punto de ponerse el sol, comieron a gusto el pescado, al que seguiría una de las innumerables hogazas de pan de Hernández.

A diferencia de éste, Alejandro no se había puesto serio al oír los rumores de peste; presa de gran agitación y entusiasmo, especulaba sobre la causa, y expresaba en voz alta su contrariedad por lo difícil del tratamiento.

—Nunca había topado con un conjunto de síntomas tan terrible —dijo—, ni siquiera cuando estudiaba medicina. Seguro que esas historias se han ido exagerando a base de repetirlas; me niego a creer que algo tan espantoso haya podido aparecer así como así.

En sus años de soldado, Hernández había visto muchos casos de tifus y cólera.

—Aunque siempre me veas contando historias gloriosas —dijo a Alejandro con tristeza—, lo cierto es que la guerra no suele tener nada que ver con los laureles. A menudo, lo que cuento me sirve para olvidar las miserias, recordando ante todo el honor de la victoria. Si me acordara con la misma frecuencia de la sangre y las enfermedades, me daría tanta pena que acabaría loco. La espada de la enfermedad mata a tanta gente como la del enemigo.

Alejandro se dio cuenta de que Hernández daba mucha importancia a lo que acababa de decir; señal de ello, el lúgubre silencio que había sustituido a su cordialidad habitual. Cuando el sol empezó a desaparecer bajo el horizonte, el soldado se levantó para recorrer la playa en busca de hierba seca, con la que encendió una pequeña hoguera destinada a proporcionarles una hora más de luz.

Pasaron la noche sobre la fina arena de la playa, encima de sus mantas y adormecidos por el oleaje. Alejandro despertó al asomar por el horizonte los primeros rayos del sol. Las aves marinas luchaban en vano por sobreponer sus alaridos al estruendo matutino de las olas, y sus gritos parecían querer despertar al mismísimo Dios.

Miró alrededor en busca de Hernández, protegiéndose del sol con una mano hasta divisar su fornida silueta chapoteando entre las olas. El soldado, que estaba tomando un refrescante baño de agua salada, gesticuló como loco, invitando a su protegido a unirse a él. Después de un rato, Alejandro se arremangó los pantalones y se internó unos metros por la orilla, hallando placentero el contacto de la arena y el agua con sus pies descalzos. Volvió sobre sus pasos, se quitó la ropa y se metió en el mar.

El chapuzón les permitió disfrutar de unos momentos de libertad y despreocupación, en los que Hernández pudo sacudirse sus malos recuerdos de la guerra, y Alejandro revivir los tiempos en que no era todavía un fugitivo. Ni uno ni otro eran capaces de dar nombre al insidioso terror que se había introducido en su viaje, y que, punzante y apenas perceptible, iba asentándoseles en el estómago. Ambos sabían que aquella breve tregua era como la calma que precede a la tormenta, pero ésta todavía permanecía oculta, esperando el momento de declararse.

Como el suelo de la playa era firme y apto para la cabalgata, viajaron por la orilla mientras les fue posible, refrescándose con el agua que salpicaba de las olas. Sólo regresaron al camino cuando la playa se hizo demasiado pedregosa para la seguridad de sus caballos. Avanzaron a buen ritmo, dado el deseo de Hernández de alcanzar la urbe languedociana de Narbona al anochecer. No sabía de la existencia de otras fuentes pasado Perpiñán.



Fue en Narbona donde se enteraron de que la enfermedad había llegado a Genova. Alejandro no se sorprendió demasiado de que hubiera alcanzado el puerto comercial más importante de la zona; en principio, el barco portador de la peste se dirigía a Genova, y su letal cargamento había sido enviado a dicha ciudad a bordo de otro galeón. A pocos días de su llegada, algunos miembros de la tripulación, que, finalizado su breve viaje, se había dispersado por la ciudad, empezaron a experimentar la misma enfermedad que los tripulantes del barco fantasma. De los marinos y agentes comerciales que habían tratado con el cargamento, más de uno se había embarcado ya con destino a otros puertos, entre ellos Marsella, llevándose consigo la causa desconocida de la pestilencia.

La enfermedad empezó su propagación entre los remeros, cuya totalidad fue quedando poco a poco abandonada entre sus cadenas, muertos algunos, otros moribundos. Circulaba un truculento relato acerca de un galeote cuyos alaridos se oyeron durante días y días; habiendo escapado milagrosamente al contagio, suplicaba a gritos que lo liberasen, pero, como nadie estaba dispuesto a subir al barco para acercarle el barril de agua, murió deshidratado junto a su remo, rodeado por los cuerpos putrefactos de sus compañeros.

Pasaron la noche en Narbona, en una posada bastante decente que encontraron en pleno centro urbano. En la cantina, la conversación de la noche quedó copada por nuevos relatos sobre la expansión de la peste, tema que superaba en interés a cualquier otro. Todo el mundo hablaba bajo y con gran inquietud: reinaba entre los ciudadanos el miedo a que la misteriosa dolencia pudiera comunicarse a su región.

Por la noche, Alejandro y Hernández consiguieron nuevas provisiones, y reanudaron el viaje al despuntar el alba, pues, de algún modo, tenían la sensación de que les convenía ir lo más deprisa posible. Aunque hasta entonces ya habían estado avanzando a una velocidad considerable, resolvieron acelerar todavía más el ritmo, visto que sólo quedaba una jornada a caballo para llegar a Montpellier.

Y fue así como, coincidiendo con la puesta del sol, sus agotadas monturas salvaron la última y pequeña elevación que precedía las puertas de la antigua ciudad donde Alejandro había vivido la parte de su juventud dedicada al estudio.

—Parece que haya sido ayer —dijo a Hernández—, aunque ¡cómo ha cambiado esta ciudad! ¡Hay casas en lo que antes eran descampados, y hasta han empedrado algunas calles! —Al adentrarse en la urbe, Alejandro señaló la casa donde se había alojado, y que pertenecía a una respetable familia judía—. Quizá debería presentarles mis respetos —dijo.

Montpellier formaba parte de su pasado, y le recordaba una época feliz de su vida. De pronto sintió una nostalgia punzante de cuanto le era conocido.

—Será más prudente que no lo hagas —repuso Hernández con seriedad—. A menos, claro está, que no tengas motivos para temer que te descubran.

Alejandro evitó la mirada de su compañero, e, indeciso, dejó pasar la oportunidad. Se alejaron de la casa en silencio. Persistiendo en la misma dirección, llegaron a los aledaños de la universidad, cuya visión infundió a Alejandro un entusiasmo manifiesto.

—Aquí los judíos pueden estudiar sin miedo a que los maltraten —dijo—, y eso a pesar de que es una escuela fundada por clérigos. La familia que me cuidaba me sometió a una vigilancia estricta, y mi estancia fue dedicada por entero al estudio. Ahora siento no haberme tomado la molestia de saber más cosas de la ciudad.

Recorrieron calles llenas de bullicio. Impacientes por encontrar alojamiento, pidieron consejo a varios transeúntes. La mayoría se mostró cortés, pero algunos tenían una actitud extraña, y se alejaron a toda prisa mascullando excusas. La falta de práctica trababa la lengua de Alejandro, pero Hernández, que aún sabía menos francés que él, delegó en su protegido las funciones de portavoz y oyente.

Una vez instalados, Alejandro interrogó al dueño de la posada acerca del ajetreo reinante en la ciudad.

—Una terrible aflicción se ha introducido en la zona, señor. Creímos que quedaría reducida a Marsella, pero esta mañana ha venido a la ciudad un granjero diciendo que ha encontrado muertas en el campo a todas sus ovejas. La gente tiene miedo de contagiarse y está impaciente por salir de la ciudad, puesto que nadie sabe quién es el portador de la peste, ni cómo viaja. Me alegraré de recibir vuestro dinero, pero haríais bien en proseguir el viaje y alejaros cuanto antes de este lugar.

Finalizada la conversación, Hernández llamó a Alejandro y le dijo:

—Estoy de acuerdo en que lo mejor sería salir de la ciudad cuanto antes, pero nos quedaremos a pasar la noche. No me agrada demasiado ir en compañía de un médico, porque algún sacerdote o magistrado podría obligarte a prestar tus servicios. Oculta tu profesión a quien te la pregunte, o di que eres estudiante.

—¡Me pedís demasiado, Hernández! —contestó Alejandro—. He hecho un juramento que me obliga a servir a los enfermos y heridos sin preocuparme de mí mismo.

—Jovencito, te ruego que por una vez vigiles tu salud, no la de los otros. Si tantos deseos tienes de ser útil, podrás hacerlo cuando la peste se extienda todavía más. Muerto no podrás servir a nadie, y menos a ti mismo.

La última frase de Hernández dio escalofríos a Alejandro. «Muerto...».

—Cuando esté muerto, Hernández, ya no seré responsabilidad tuya.

—En ese caso, te suplico humildemente que me permitas cumplir mi compromiso con tu familia depositándote sano y salvo en Aviñón; piensa que no recibiré toda la paga hasta que te presentes intacto al banquero que dará validez a la letra de crédito que me dio tu padre.

Alejandro aseguró a Hernández que evitaría las situaciones de riesgo hasta llegar sano y salvo a Aviñón.

—Os pido perdón, Hernández; no estaba al tanto del trato. Habéis sido un noble compañero, encomiable como escolta. Me habéis protegido, y os doy gracias por ello. Tendréis vuestra pequeña fortuna, y os la habréis ganado. De haber hecho solo este viaje, ya no estaría vivo.

Hernández contestó con una majestuosa reverencia, y, trazando una curva con el brazo, dijo:

—A vuestro servicio, señor. He tenido el privilegio de ayudaros en vuestro viaje hacia una nueva vida.

Desaparecida toda tensión entre ellos, los viajeros se dispusieron a acostarse, conviniendo en salir a primera hora hacia su destino final, Aviñón.

## SEIS

**A**l entrar en el laboratorio de microbiología, Ted sólo encontró al guardia de seguridad.

—Acaba de pasar una joven que andaba buscándolo, señor —dijo el guardia—. Ha dicho algo de un trabajo que tenía pendiente. Le interesaba esto de aquí.

El guardia señaló el círculo de tela puesto debajo del microscopio; nervioso, esperó alguna clase de respuesta por parte del director, que tenía fama de hablar poco con el personal no especializado, cuya plana mayor se sentía incómoda en su presencia.

Ted apuntó al guardia con su larga nariz.

—¿Ha dicho adónde iba?

—A buscarlo a usted, señor. Supongo que habrá ido directamente a su despacho.

—Entonces imagino que volverá en cuanto mi secretaria le informe de que estoy aquí.

Ted sonrió con desgana al guardia, torciendo muy levemente las comisuras de sus labios. Pretendía hacer que el subordinado se sintiera a gusto, pero su extraño gesto facial tuvo el efecto contrario: ponerlo más nervioso.

—Pues nada —dijo el guardia, dando un paso atrás hacia la puerta—, voy a hacer las rondas que me quedan. Si por casualidad vuelvo a ver a la chica, le diré que está usted aquí.

Y, dando media vuelta, completó su proceso de huida.

Mientras esperaba a Bruce, Ted echó un vistazo al laboratorio. Se dijo: La verdadera autoestima proviene de los verdaderos logros. Ted había protagonizado una larga serie de logros en aquel edificio. Desde las Epidemias, él y Bruce habían convertido el departamento de microbiología en una institución científica de enorme importancia, no sólo por las investigaciones que salían de él, sino por la capacidad de respuesta de que había dado prueba el equipo al enfrentarse a una crisis en su disciplina. Los empleados del departamento habían desarrollado todas las pautas de la Unidad de Policía Biológica, y habían formado a los primeros agentes de las fuerzas del orden metropolitanas de Londres asignados a dicha división.

Ted tenía en su despacho una carpeta de al menos cinco centímetros de grosor llena de currículos de gente al acecho de una de las escasas oportunidades de entrar en el departamento de microbiología, y tenía intención de abrirla el lunes y

seleccionar una docena de los más destacados, como inicio del proceso que llevaría a sustituir a Frank. A algún microbiólogo afortunado iba a presentársele la oportunidad de su vida: el hombre o mujer en cuestión se daría el gusto de trabajar en el mejor laboratorio de Inglaterra, rodeado de vidrio, cromo y plástico, con todo el equipo, programas nuevos e inventos de la robótica disponibles en el mercado. Desde las Epidemias, momento en que, nervioso y abrumado, el ministro de Salud se había dado cuenta de los beneficios públicos que podían derivarse de una institución como aquella, los problemas de financiación habían quedado relegados al olvido.

Ted había hecho crecer el instituto gracias a su habilidad, y a la ayuda de Bruce; era un poco hijo de los dos. Bruce, que insistía en seguir ocupándose del trabajo de laboratorio, le superaba en contacto con el día a día. «¿Sabes que estoy celoso? —le había dicho Ted una vez—. Siempre te tocan a ti todos los juguetes». La respuesta de Bruce había revelado una envidia similar: «Sí, pero el que los elige eres tú».

Mientras contemplaba los juguetes en cuestión, Ted posó la mirada en el antiguo lugar de trabajo de Frank. Era un perfecto reflejo de su ex ocupante: la apoteosis del desorden, un prodigio del caos contemporáneo. Se acercó y hojeó los papeles e informes amontonados, buscando la lista de productos necesarios para los próximos trabajos. Le estaba costando bastante encontrarla. En una época en que la importancia del papel se había visto disminuida de modo drástico, Frank se las arreglaba para seguir usando mucho más del que le correspondía, acumulando un material que, a ojos de Ted, pecaba de trivialidad en su mayor parte. Ted odiaba aquella clase de desorden, y más de una vez se lo había dicho a Frank. Justo cuando se proponía realizar otro intento de corregir tan tremendo defecto en un técnico por lo demás ejemplar, éste había cometido la impertinencia de expirar de forma inoportuna. Ted adquirió conciencia de que habría que conseguir cuanto antes un sustituto que atara los cabos sueltos. Tendría que haberlo hecho ayer, al enterarme, pensó; pero no se le había ocurrido que hubiera gente capaz de producir semejante desorden, ni siquiera Frank.

Empezó por la zona adyacente al terminal de ordenador. Cerca, encima de una mesa, vio un libro de referencia que obviamente no estaba donde tenía que estar. Se preguntó qué habría pasado de haberlo necesitado alguien y no encontrarlo; sin duda el primero en quejarse habría sido el culpable de su extravío. Cogió el libro y miró por qué artículo estaba abierto: *Yersinia pestis*. No le sonó a ningún trabajo reciente. Nada, pensó, habrá sido el ventilador girando las páginas. Cerró el libro y prosiguió la búsqueda.

Se preguntó si en el momento de morir Frank no tendría la lista de productos en el bolsillo; los encargados del servicio de lavandería ya habían encontrado cosas igual de raras, o más, en los bolsillos de las batas de laboratorio. Lógicamente, la ropa y

demás posesiones de Frank ya habrían sido catalogadas por la policía. De encontrar algo como lo que buscaba Ted, ¿qué habrían hecho con ello? Tomó nota de la necesidad de averiguar el nombre del agente encargado de la investigación *post mortem*. De algo sí estaba contento, y era de que la muerte no hubiera ocurrido dentro de las instalaciones; los biopolicías habrían dejado transcurrir semanas antes de desprecintarlas, esos mismos biopolicías cuyos procedimientos de aprendizaje médico eran desarrollados en aquel laboratorio. No habrían vacilado en provocar el retraso que estimasen necesario, y Ted no podía permitirse esperar tanto tiempo antes de empezar.

¡Me sería más fácil si tuviera esa lista de los demonios!, pensó, irritándose por momentos. Decidió que, aparte de los bolsillos de Frank, el lugar más lógico donde buscar era el cubículo principal del laboratorio.

Cuando sólo habían pasado unos segundos desde el paso de Ted junto a la mesita en que descansaba el tubo de *P. coli*, éste empezó a silbar y a echar espuma por el borde del tapón. Las bacterias, descongeladas y calientes, habían alcanzado nuevas cotas de exceso reproductivo, y los gases desprendidos por la repentina actividad microbiana habían sufrido un drástico incremento. La vibración provocada por los pasos de Ted al acercarse sacudieron la mesa en grado suficiente para que los gases empezaran a moverse dentro de la probeta; una vez desestabilizados, iniciaron un movimiento de remolino y fueron aproximándose a un estado de volatilidad. El tapón, que estaba lo bastante bien sujeto para las exigencias del almacenamiento en frío, alcanzó el límite de su capacidad de contención; siguió agarrándose precariamente al resbaladizo cristal de la probeta, hasta que el ventilador automático del laboratorio se puso en marcha y sometió al tubo a otra onda de vibración; entonces el tapón acabó por soltarse, provocando que las *Palmerella coli* salieran despedidas en espumosos goterones por toda el área circundante.

De haber presenciado el incidente, Ted se habría sorprendido de que la emisión de microbios hubiera llegado tan lejos; pero estaba de espaldas, y no vio dispersarse el espumoso líquido por una superficie de unos dos metros y medio por cuatro, de forma más o menos elíptica, contaminando casi todo lo que se interponía en su camino, incluido el microscopio en el que estaba montado el reciente hallazgo de Janie. Una gotita de *P. coli* cayó directamente sobre el círculo de tela, saturando el área en que se hallaba el misterioso microbio, aletargado de nuevo tras sus esfuerzos reproductivos.

Si Frank hubiera seguido con vida, habría vuelto a sentirse fascinado por el modo en que *Yersinia pestis*, humedecida por segunda vez, se desperezaba y volvía a hinchar sus flancos, en un esfuerzo hercúleo de división; esta vez, sin embargo, contaba con un visitante que podía proporcionarle la ayuda precisa. Fiel a su naturaleza promiscua, *Palmerella coli* envió una hueste de plásmides transportadores

de genes y ávidos de sexo; no tardaron en encontrarlo en Gertrude, que, tras más de seiscientos años de casto letargo, estaba madura, dispuesta y deseosa, por lo que abrió ansiosamente su pared celular a la invasión del proyectil genético. Éste se introdujo sin problemas en el húmedo interior de la célula, y ambos se fundieron en uno.

A partir de ahí, reproducirse por división era cosa fácil. Había nacido Gertrude P. Coli.

Al oír la rotura del vidrio y el desprendimiento del tapón, Ted giró sobre sus talones, sintiendo casi de inmediato un olor nuevo. Uva, pensó. Uva podrida. Con la ayuda del olfato, llegó al escenario de la pequeña explosión. Sus ojos recorrieron el rastro de trozos de vidrio y espumilla, y, guiándose por la mayor intensidad de los escombros, pudo localizar el epicentro del desastre. La sorpresa le hizo olvidar las precauciones necesarias; cogiendo con las manos un trozo de tubo roto bastante grande, lo examinó atentamente desde todos los ángulos. Quedaba un pedacito de la etiqueta, con las letras P y c emborronadas pero legibles.

Consciente de que *Palmerella coli* constaba en su lista de productos, dijo al fantasma de Frank: «¡Maldita sea! Debería haber imaginado que se te ocurriría sacar la muestra del congelador». Ted sabía que la muestra podía llevar veinticuatro horas o más fuera del congelador, tiempo más que suficiente para que se creara una presión capaz de provocar el estallido que acababa de producirse.

Se quedó mirando el tóxico revoltijo que tenía delante, y, presa del pánico, tuvo la sensación de que su presión sanguínea iba a hacer un agujero en el techo. Tendría que limpiarlo él mismo; no podía exponerse a que se enteraran del incidente, y menos de que se había producido en el transcurso de un proyecto dirigido por él. El protocolo le exigía informar a la policía biológica, y, dependiendo de las circunstancias, podían llegar a tomarse medidas legales. Desaparecido Frank de la circulación, Ted era consciente de que cualquier investigación que pudiera producirse quedaría enfocada sobre él. En principio, los procedimientos de supervisión exigían que investigara de inmediato todos los trabajos en que hubiera estado participando Frank en el momento de su muerte, a fin de preservar la seguridad del laboratorio. Era un fallo muy gordo por parte de Ted no haberlo hecho. A decir verdad, ni siquiera se le había ocurrido.

¡Vaya lío!, pensó. Y Bruce a punto de llegar...

Ted había trabajado con *P. coli* lo bastante a menudo para saber que era la versión bacteriana de un inofensivo gigoló, y que, de por sí, no era ni tóxica ni especialmente peligrosa. Lo que preocupaba a Ted era la extroversión social del microbio, característica para la que había sido creado, y por la que se le valoraba en tareas de investigación: tenía una descarada propensión a compartir su material genético, y

solía hacerlo con microbios que constituían el equivalente biológico de un ligue de discoteca. Se apresuró a volver al despacho de paredes de cristal y leyó la lista expuesta de trabajos pendientes, comprobando con alivio que no incluía ningún procedimiento bacteriano. Abrió el armario de utensilios de laboratorio, donde encontró una amplia variedad de limpiadores antibacterianos, todos ellos utilizados con regularidad en los suelos y superficies planas del laboratorio. Reunidos cuantos productos le cupieron en los brazos, cogió un rollo de papel y regresó al lugar del desastre.

Una vez ahí, limpió cuidadosamente todas las superficies del perímetro con un papel empapado en el producto químico más fuerte que pudo encontrar, un producto cuyo olor, mucho más desagradable que la peste a fruta podrida de la contaminación bacteriana, estuvo a punto de tumbarlo de espaldas. Cada vez que usaba un papel lo tiraba en una bolsa de plástico reglamentaria. Limpió también los dispositivos del microscopio computerizado, no sin antes quitar el pequeño círculo de tela que estaba encima de la placa, ya que sobresalía de ella y cubría ciertas superficies que no por ello habían quedado protegidas de la contaminación. Cuando lo tenía entre manos, le echó un vistazo de pasada, y, obnubilado por el pánico, no acertó a pensar que tuviera importancia por sí mismo. Lo devolvió a su posición correcta antes de acabar con la limpieza general.

Para colmo de males, a Ted seguía haciéndole falta un microbio del tipo *P. coli* para el trabajo que estaba a punto de emprender con Bruce. Después del incidente ya no quedaba ninguno. Como había que explicarlo de algún modo, hurgó en los cajones de Frank en busca de un bolígrafo, y, en cuanto lo hubo encontrado, corrió a la zona de refrigeración. Hojeó la lista a toda prisa para encontrar la localización habitual de *P. coli*, y dirigió la cámara a la ranura, acercándola lo bastante para poder leer el rótulo: tenía escrito el nombre de Frank.

No le quedaba más remedio que explicar dónde había dejado Frank la muestra, puesto que no había cambiado el rótulo. Manejó el brazo mecánico con tanta torpeza como tiento, deseando ser la mitad de hábil que el difunto con aquel dispositivo. En cuanto tuvo el rótulo bien cogido, lo dejó en la ventanilla de descontaminación y escribió rápidamente en un rótulo en blanco: «Muestra contaminada por rotura del tubo. Neutralizada y destruida el...». Hizo una pausa para calcular a qué fecha correspondía el día anterior a la muerte de Frank, y, una vez incluida en la nota, concluyó el proceso poniendo las iniciales de Frank en la línea de firma. Colocó el rótulo falsificado en la ventanilla y lo cogió con el brazo mecánico, logrando introducirlo en la ranura indicada a base de laboriosas maniobras. Cogió el rótulo original y, sacándolo de la ventanilla desinfectante, lo tiró a la misma bolsa en que había metido los papeles sucios. Si alguien preguntaba por qué no constaba en el registro diario la destrucción de un microbio vivo, Ted diría la verdad: que más de



una vez Frank había dejado para el viernes la labor de pasar a limpio todas las notas personales que había ido reuniendo a lo largo de la semana.

Puso al máximo el ventilador y abrió la puerta principal para disipar el olor a antiséptico, que tardó unos minutos en quedar reducido al vago trasfondo que siempre se percibía en el laboratorio, dado que no pasaba un solo día sin que se usase entre sus paredes alguna solución antibacteriana. Mientras sellaba la parte superior de la bolsa de plástico, oyó unos golpes tímidos en la puerta principal del laboratorio, seguidos por una voz de mujer que no supo identificar:

—¿Hola?

Tras ocultar la bolsa a toda prisa debajo de la mesa que le caía más cerca, Ted volvió a examinar la zona que había limpiado, concluyendo que no había nada que llamara la atención a primera vista. Dándose cuenta de que estaba un poco despeinado, se arregló el pelo con un gesto rápido de la mano, y, antes de enfrentarse a aquella visita inesperada, se alisó la bata, que estaba llena de arrugas. Después se pasó la manga por la frente para enjugarse el sudor; le había caído una gota en el rabillo del ojo, y se la quitó con la punta de uno de sus dedos enguantados.

Tras dar media vuelta y fijarse en la intrusa, Ted le dirigió su más encantadora sonrisa: no era precisamente el grandullón de Bruce, sino una guapa pelirroja que aparentaba unos treinta años, probablemente la mujer de la que le había hablado el guardia de seguridad. Ted seguía teniendo el corazón a cien, y procuró tranquilizarse respirando hondo antes de propinar una cálida acogida a la desconocida.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Es posible. Busco al director, el señor Cummings.

—Pues ha tenido la suerte de encontrarlo —contestó Ted, gratificado por la alegría que leyó en el rostro de su interlocutora.

Ésta le tendió la mano.

—Encantada —dijo—. Me llamo Caroline Porter. Se supone que había quedado aquí esta mañana con una colega. Tenemos algunos objetos pendientes de análisis en el laboratorio, pero he entrado hace un rato y el guardia de seguridad me ha dicho que antes tenía que comentárselo a usted. ¡He estado buscándolo como loca por todo el edificio!

Antes de dar la mano a Caroline, Ted se quitó el guante con parsimonia y lo echó al contenedor destinado al efecto.

—Lo siento —dijo. Echó un vistazo alrededor, asegurándose una vez más de que no se notara que acababa de limpiar—. Tenía mucho que hacer —prosiguió, esforzándose por disimular su nerviosismo.

Contempló a la joven de pies a cabeza, procurando despojar su mirada de toda lascivia, y tomando nota mentalmente de hasta qué punto podía constituir una amenaza. Era una mujer algo por debajo de la estatura media, de constitución normal, guapa sin ser muy llamativa, y con una sonrisa sumamente agradable. Su manera de vestir era sencilla y más bien informal. Tras someterla a observación durante unos segundos, Ted concluyó que no corría peligro de que aquella mujer lo descubriese; eso sí, suponía una traba considerable para la finalización de su trabajo de limpieza, y había que deshacerse de ella. Intentaría resolver su problema lo antes posible.

—¿De qué objetos se trata? —preguntó, tratando de adoptar un tono servicial.

Caroline trazó unas líneas con la mano, largas y próximas las unas a las otras.

—Unos tubos grandes de tierra. Estamos completando unas excavaciones arqueológicas que requieren análisis de suelo, y la parte química va a hacerse aquí. Ha querido la suerte que fuera bajo la dirección de Frank —añadió, frunciendo el entrecejo.

—La mala suerte, diría yo. Han topado ustedes con una situación algo inoportuna, por no decir otra cosa. —Quiso mostrarse conmovido—. ¡Qué tragedia! Era un buen trabajador, y lo echaremos de menos. Justamente estaba echando un vistazo a algunas cosas que empezó para mí. No sé cómo voy a arreglármelas sin él.

Caroline, que se sentía incómoda hablando de alguien a quien apenas conocía, devolvió educadamente la conversación a su cauce diciendo:

—Quizá pueda usted ayudarme a averiguar dónde están almacenadas nuestras muestras. Deberían estar refrigeradas; además, eran bastante grandes, como un metro de largas y diez centímetros de diámetro.

—¿Cuántas eran?

—Cincuenta y cuatro.

—¡Caramba! ¡Son muchas! No pensaba que tuviéramos sitio para tanto material.

—Lo trajeron todo aquí, y no hemos recibido notificación de que se trasladaran a otra parte; aunque también puede ser que Frank las moviera y no le diera tiempo a avisarnos.

—Es muy posible, por desgracia. Dejó sin acabar bastantes cosas; pero todas las muestras para trabajo externo están almacenadas en esa cámara frigorífica de ahí. ¿Había algún motivo para someterlas a restricción biológica?

—Que yo sepa no —dijo Caroline.

—Entonces seguro que están ahí. Las otras áreas de almacenaje son todas para materiales restringidos. —Señaló unas unidades alineadas contra la pared del fondo

del laboratorio—. Lo más lógico es buscar en esa zona.

—Pues empezaré por ahí —dijo Caroline, sonriendo—. Gracias por su ayuda; aunque antes tengo que ocuparme de una cosita —añadió. Al ver que la joven se acercaba a la zona que acababa de limpiar, a Ted se le aceleró el pulso; y, cuando la vio señalar el círculo de tela del microscopio, notó un temblor en las piernas y un nudo en la garganta. Caroline dejó el bolso en el suelo y explicó—: Lo sacamos de bajo tierra en una de nuestras prospecciones. Lo estuvimos mirando el jueves, justo antes de que Frank, esto... falleciera. Hizo un par de cosas con el ordenador y nos creó unos archivos de mareaje. Probablemente fuera su último trabajo en el laboratorio.

¡Estaba tocando la tela, intentando quitarla de la placa! ¿Por qué no llevaría guantes? Ted se acercó a ella, tratando de idear alguna manera de que no tocara la tela; pero era demasiado tarde: sus dedos ya habían entrado en contacto con ella.

—¿Encontraron algo interesante? —preguntó Ted, casi sin oírse a sí mismo.

—Al principio no, pero luego dimos con un microbio la mar de gordo. No llegamos a identificarlo, pero Frank nos aseguró que lo investigaría para nosotros. Marcó el microbio de verdad con colorante para que nos fuera más fácil localizarlo. Seguro que cuando volvamos a Estados Unidos nos hará pasar un buen rato.

Ted Cummings se las arregló para contener sus náuseas, pero no se le dio tan bien con las rodillas; sin embargo, Fortuna le fue proclive: cuando estaban a punto de doblársele, Caroline se volvió hacia la puerta en respuesta a una voz que la llamaba por su nombre, y no advirtió la congoja de Ted. Éste alzó la vista una vez recuperado el equilibrio, y vio entrar a una mujer alta; mientras se cogía al respaldo de una silla, oyó a Caroline saludarla.

—Siento haber tardado tanto —dijo la recién llegada—, pero es que lo he pasado fatal para convencer al departamento de contabilidad de que tienen que emplear el cambio de cuando lo cargaron en cuenta, no el del día en que les sale más a cuenta. Ya ves, he tenido que ponerme a explicar conceptos de matemática y cambio de divisas a un empleado de lo más pelma.

—Eso se llama suerte.

—¡Tú dirás! ¡Y nosotras que pensábamos que en nuestro país las cosas iban mal!

Ted, todavía tembloroso, se irguió y, haciendo un esfuerzo tremendo por recobrar la compostura, dio un paso adelante para presentarse. Al tender la mano, sonrió con una amabilidad exagerada, pero la mujer que tenía delante mantuvo su reacción en los límites de la más estricta profesionalidad.

—¿Cómo está usted? —se limitó a decir Janie, estrechando brevemente la mano

de Ted. Éste carraspeó y dijo con nerviosismo:

—La señorita Porter me ha explicado lo de sus muestras, y le he enseñado por dónde pueden empezar a buscarlas. No duden en consultarme si creen que puedo ayudarlas en algo más.

Janie y Caroline le dieron las gracias y se dirigieron a la zona de almacenaje.

Ted se sentó y esperó a Bruce, con la sangre corriéndole por las venas a velocidad literalmente vertiginosa. ¿Qué diría a Bruce cuando llegara? «Lo siento, muchacho, pero me parece que me está dando una mini apoplejía... Me ha surgido un problema, aunque ahora mismo no puedo decirte de qué se trata». Mientras tanto, al fondo del laboratorio, oía hablar a las dos visitantes que registraban la zona de almacenaje refrigerado. Lo normal habría sido acompañarlas y vigilar que todo transcurriese según las reglas, pero Ted seguía pegado a su silla, viva imagen de la reacción humana al estrés: sudaba, le martilleaba el corazón y sentía unas náuseas horribles. Para colmo, su oído lo traicionaba; oía hablar a las dos americanas, pero no distinguía sus palabras. El pánico le impedía concentrarse en nada concreto.

Janie y Caroline no tardaron en volver.

—Falta parte de nuestro material —dijo Janie—. Hemos contado las puntas que sobresalían; nuestros tubos son mucho más largos que todo lo que hay almacenado, y nos ha sido fácil localizarlos, pero los hemos contado tres veces y no pasan de cuarenta y ocho.

—¡Cuánto lo siento! —dijo Ted, alegrándose en secreto de que hubiera surgido una distracción.

Janie se lamentó.

—Si fuera uno lo entendería, pero ¿seis?

—Ya he dicho a la señorita Porter que es muy posible que los hayan trasladado —dijo Ted—. No tenemos mucho sitio. Mire, todavía me parece oír a Frank hace unos días, cuando dijo que iba a reorganizar las unidades de almacenamiento. Era una de tantas medidas encaminadas a tener listo el laboratorio para una serie de investigaciones bastante complejas que estamos a punto de iniciar. Hay uno de mis colegas que quizá sepa algo de los traslados; va a participar a fondo en un experimento que se efectuará en este laboratorio, y sé que necesitaba más espacio.

—¿Podríamos hablar con él? —preguntó Janie.

Ted consultó su reloj de pulsera y, manteniendo las formas a pesar de los nervios, dijo:

—Se supone que viene hacia aquí; debería de estar al caer.

—¿Podemos esperarlo?

Esto se está poniendo demasiado complicado, pensó Ted, que contestó con cierta frialdad:

—Si quieren...

En el momento mismo en que acababa de asentir a regañadientes, se abrió la puerta del laboratorio y Bruce Ransom protagonizó una irrupción teatral. Sus pantalones negros y camisa gris oscuro con corbata a juego le hacían parecer todavía más enjuto y espigado de lo que era. Como única concesión al uniforme profesional, había cubierto su ropa de calle con una larga bata de laboratorio, cuyo bolsillo llevaba prendida la tarjeta de identificación. Su revoltosa cabellera negra le caía en suaves ondas sobre el cuello de la bata, y casi daba la impresión de haber salido a la calle sin molestarse en echar mano al peine. Ted solía decirle que parecía más un músico de jazz que el director adjunto de un centro de investigación médica de alta seguridad controlado por el Gobierno.

—¡Ah! ¡Aquí está!

—Perdona, Ted —dijo Bruce, jadeante—; es que quería acabar de poner por escrito este esbozo antes de empezar el trabajo de hoy. —Mostró la carpeta al director—. Al final lo he conseguido...

Dándose cuenta de la presencia de dos desconocidas, pensó con alivio: «Ted no me acusará de llegar tarde habiendo gente delante...».

Echó un vistazo a las dos mujeres; parecían esperar a alguien, y, por su actitud expectante, se le ocurrió que acaso ese alguien fuera él. La más alta de las dos le sonaba de algo; se preguntó si se habrían visto antes. Registró su memoria en busca de algún indicio, pero el primer intento no desembocó más que en vagos destellos de reconocimiento, nada lo bastante sólido para dar pie a una identificación. Bonitas piernas. Advirtió entonces que también ella lo estaba mirando, sometiéndolo a un atento examen hasta detener la mirada en la tarjeta de identificación, y sonriendo al leer el nombre.

—¡Dios mío! ¡Bruce Ransom! Estuvimos juntos en la facultad de medicina. Seguro que no te acuerdas de mí.

Bruce volvió a fijarse en ella, escrutando su rostro con un esbozo de sonrisa. Miró el pase sujeto al cuello de la camisa de Janie; no llevaba ningún nombre, sólo la fecha y hora de entrada.

—Pues la verdad es que me sería más fácil si también supiera tu nombre.

—Sí, claro; perdón —se excusó ella—. Janie Crowe, aunque me conocerías por Janie Gallagher.

—¿Crowe? —dijo Bruce con una sonrisa divertida—. En los últimos dos meses hemos recibido cientos de faxes tuyos.

A Janie no pareció divertirse tanto.

—Me lo habéis puesto negro para conseguir la autorización del laboratorio. Ya debéis de saber hasta el número que calzo.

—Bueno, sorprenderme no es que me sorprenda, pero no ha sido cosa mía, así que no estoy al tanto. Las autorizaciones salieron de mi departamento, pero no me ocupé de ellas personalmente. La que procesó tu solicitud fue una de las secretarías de mi despacho. No tenía ni idea de que fueras tú; como te has cambiado el nombre...

—No sólo el nombre. Desde la facultad de medicina han pasado veinte años.

—No me lo recuerdes —dijo Bruce con una sonrisilla—. Preferiría evitar el tema.

—¡Venga ya! ¡A mí con ésas! Resulta que sé la edad que tienes, y estás estupendo.

—Tú también —Bruce la miró de pies a cabeza—. ¡Qué sorpresa! Bueno, ¿y qué te trae al instituto?

Janie suspiró.

—Es una historia muy larga de contar; larga, triste y no especialmente interesante. Baste decir que he tenido que cambiar de profesión. Estoy haciendo una prospección arqueológica para conseguir el título de forense y he traído aquí unas muestras de tierra para analizarlas. Frank iba a supervisar el trabajo. Veníamos a ver si conseguíamos que se nos asignara otro técnico; me refiero a Caroline y yo... — Señaló a su ayudante, que sonrió y contestó con un saludo al gesto de cabeza de Bruce—. Caroline trabaja conmigo en este proyecto. Bueno, pues resulta que nos hemos dado cuenta de que faltan algunas muestras. Se supone que hay cincuenta y cuatro, y sólo hemos encontrado cuarenta y ocho. Estamos con el agua al cuello, y tenemos que agilizar los trámites. Estamos intentando averiguar dónde podrían haberlas trasladado, y aquí tu colega —dijo, señalando a Ted— nos ha dicho que iba a venir alguien que quizá supiera dónde están.

Bruce miró a Ted.

—Apuesto a que ese alguien era yo. —Ted asintió con la cabeza.

—Como solías trabajar con Frank, he pensado que podrías tener algún dato de primera mano que a mí me falta. Recuerdo que Frank me dijo que estaba reorganizando las unidades de almacenamiento para cuando empezásemos el nuevo proyecto.

—Es verdad —dijo Bruce—, pero no sé exactamente qué hizo o hasta dónde

llegó antes de morir; sólo sé que lo estaba haciendo.

Janie suspiró sin ocultar su contrariedad.

—Pues me parece rarísimo que ayer, cuando estuvimos aquí, no hablara del tema en ningún momento.

—¿Cuándo se suponía que ibais a empezar los análisis?

—El lunes.

—Entonces es posible que trasladara las muestras temporalmente y planeara devolverlas a su sitio antes del lunes; de ser así, no habría tenido ningún motivo para hablar de ello. Es verdad que Frank era un despistado, pero hacía las cosas a su manera, y al final, no sé cómo pero nunca dejaba nada pendiente.

Bruce miró a Ted como si buscara refrendo a su afirmación sobre los hábitos de trabajo del difunto técnico de laboratorio. El director asintió con la cabeza.

Janie empezó a notar que la frustración se le convertía en enfado. Están saliendo mal demasiadas cosas, pensó. Parece que esté gafado el proyecto. Cuando tomó la palabra, lo hizo con un tono cuya dureza no parecía venir al caso.

—Todo eso está muy bien; no dudo de que las trasladara con las mejores intenciones, y hasta estoy dispuesta a creer que las habría devuelto a su sitio el lunes a primera hora. —Repartió sus miradas entre Bruce y Ted—. Por lo visto los dos confiaban mucho en él, así que tendré que aceptar su explicación. —Una sonrisa algo sardónica apareció en su rostro—. Y hasta agradecerla. Por desgracia, su excelente explicación de por qué los tubos no están aquí no resuelve el problema de encontrarlos y devolverlos a su lugar.

Bruce y Ted se miraron, jugándose mentalmente a cara o cruz. Al verlos, Janie pensó: A ver a cuál de los dos le toca enfrentarse a la loca.

La moneda quedó en el aire. Bruce volvió a mirar a Janie y dijo:

—Te los buscaré con mucho gusto; hay pocas opciones de traslado.

—Te lo agradecería mucho, Bruce. Nos queda muy poco tiempo, y me molestaría bastante tener que perderlo con algo así.

—Ningún problema. Me alegrará hacerlo por ti, aunque a lo mejor tengo que dejarlo para dentro de un par de horas. —Miró a Ted de reojo antes de añadir—: Ted y yo tenemos un par de cosas pendientes. Cuando acabemos...

Para sorpresa de Bruce, Ted lo interrumpió:

—Podemos dejarlo para dentro de unas horas; ignoro hasta qué punto progresó Frank en los preparativos, y me iría bien quedarme un rato en el laboratorio para averiguarlo. No tiene mucho sentido seguir sin saber cómo está el trabajo de base.

Bruce volvió a mirar a Ted, arqueando esta vez las cejas con curiosidad.

—¿Estás seguro?

Ted sonrió, pensando con alivio: *Segurísimo*.

—Nos retrasará un poco el trabajo, pero la verdad es que de todos modos ya estaba bastante parado, con el funeral y demás. La mayoría del personal querrá estar presente, y no creo que nos venga de un par de horas. Además, ha surgido otro problema; mientras te esperaba he ido al congelador para recoger la muestra de *P. coli*, y mira si hemos tenido mala suerte que está destruida; parece que en el tubo había una fisura, y Frank lo tiró. Dejó un indicador explicándolo, pero no he encontrado ningún indicio de que encargara otra muestra antes de morir.

Henchida de satisfacción, Janie dijo:

—Pues nada, solucionado. —Se volvió hacia Bruce—. ¿Cómo te localizo?

Bruce se sacó la cartera del bolsillo trasero de los pantalones y, tras hurgar un buen rato en sus papeles, acabó sacando una tarjeta y tendiéndosela a Janie.

—Ten mi número de teléfono. ¿Por qué no me das el tuyo?

Janie extrajo un pequeño bloc de notas del bolso y apuntó el teléfono del hotel.

—Hay buzón de voz; si no estoy, dejas un mensaje y ya está. Prometo contestarte enseguida.

—Vale. —Bruce volvió a mirar a Ted—. Empiezo ahora mismo. —Miró su reloj de pulsera—. ¿Te parece que quedemos aquí más tarde, como a las dos y media?

Ted asintió.

—Lo que sí tenemos que hacer —dijo Janie— es apuntar los números de identificación de las muestras que hemos encontrado y compararlos luego con la lista en el hotel. No he pensado en traerla.

—Perfecto; entonces hablamos más tarde.

—Será un placer —dijo Janie.

Antes de marcharse, Bruce añadió:

—Me alegro de que nos hayamos visto después de tantos años.

Janie sonrió.

—Yo también.

De camino a su despacho, Bruce caviló, algo perplejo, sobre los extraños acontecimientos de la mañana. Una vez repasado mentalmente su encuentro con Janie, tuvo una intuición mucho más interesante que se le había pasado por alto en medio del ajetreo. ¿Cómo es que Ted no estaba rabiando?, se preguntó. Follones



como aquél solían volverlo loco. Bruce tuvo ganas de decir al impostor que se había quedado en el laboratorio: «¿Quién eres, y qué has hecho con Ted?».

Sentado junto al microscopio en que se había producido el desastre, Ted esperaba a que las dos mujeres se marcharan y le dejaran concluir su limpieza. Antes de que se hubiera tranquilizado del todo, Caroline volvió de las unidades de almacenamiento y le dijo:

—Otra cosa. Casi me olvido: tengo que llevarme a Gertrude.

—¿Gertrude? —preguntó Ted.

Caroline se volvió hacia el microscopio y extrajo de su bolso una bolsita de plástico.

—El microbio que Frank encontró en la tela; le pusimos el nombre de la abuela de Janie.

Ted se levantó de un salto y corrió hacia Caroline con las manos tendidas, queriendo evitar que tocara la tela.

—Deje que la ayude...

Confiado en no exteriorizar el pánico que crecía en su interior, procuró avanzar hacia la joven sin aspavientos, pero no fue lo bastante rápido: Caroline ya había cogido la tela, y no había nada que hacer.

—Gracias, ya me las arreglo sola. Lo meteré en esta bolsa, la sellaré y la guardaré en la misma unidad que los tubos. —Sonrió al director—. ¡Espero que esta vez no haya traslados!

Nunca me acostumbraré a las mujeres independientes, se lamentó Ted. Tragó saliva y, sin decir nada, siguió atentamente los movimientos de Caroline, tomando nota de la colocación exacta de la tela en la unidad de almacenaje con la intención de recuperarla más tarde.

Resolvió no apartarse ni un ápice de la más exquisita corrección, con notable éxito, teniendo en cuenta el volumen de adrenalina que circulaba por sus venas. Volvió a sentarse y cerró los ojos con la esperanza de abrirlos después de unos minutos y descubrir que la pesadilla se había disipado. Le pareció poco probable.

—¡Qué pequeña se ve! —dijo Janie. Casi daba lástima ver aquella bolsita perdida en el entramado de cables cubiertos de plástico que precedía a los tubos de tierra—. Quizá sea mejor que nos la llevemos. Por hoy ya hemos perdido bastantes cosas.

Caroline miró la unidad de almacenaje.

—Tienes razón —dijo.

Se metió en el bolso la bolsa de plástico sellada.

Por la noche, antes de salir del instituto, Ted volvió disimuladamente al laboratorio para hacerse con la tela. Se proponía quemarla, acabar de una vez y para siempre con su desastroso potencial. Si le preguntaban dónde estaba se haría el tonto, y no volvería a darles la oportunidad de buscar por ellas mismas.

Pero al abrir la unidad de almacenaje, no vio aparecer la codiciada presa en la sección donde Caroline la había dejado ante sus propios ojos. Inquieto, registró una serie de contenedores y cajas adyacentes, pero no encontró nada. Tardó unos minutos en rendirse y devolver los objetos a su colocación inicial, ya que no quería dejar indicios de su paso.

Se preguntó si Caroline lo habría movido de sitio, o si era él el que se acordaba mal. Quizá su memoria, embotada por el pánico en el momento en que Caroline depositaba la bolsita de plástico en la unidad, no hubiera registrado bien los hechos. Da igual, pensó; ya volverían, y se aseguraría de ser informado de su llegada. Quizá se presentase en el laboratorio como quien no quiere la cosa, para charlar con ellas, y, hablando del trabajo, acabara pidiéndoles que le enseñaran el misterioso objeto. A partir de entonces ya no le quitaría ojo de encima.

## SIXTE

Como iba a ser el último día de su largo viaje, Alejandro y Hernández dejaron sus cómodos lechos de la posada de Montpellier y emprendieron una enérgica cabalgata mucho antes de que amaneciera, impacientes ambos por abandonar la antigua ciudad y dar fin a su viaje a Aviñón.

Tras cubrir una distancia notable, se detuvieron en un pequeño pueblo de granjeros para abreviar a los caballos. El sol todavía no había ascendido lo suficiente para absorber la humedad de la noche anterior, por lo que móviles bancos de neblina los acompañaban en su viaje. Al llegar al abrevadero, se sacudieron el polvo del camino y, mientras se lavaba la cara, Alejandro dijo:

—Me alegraré de que llegue el día en que no tenga que cambiar la suavidad de una cama por la dureza de una silla de montar.

—No te quejes, amigo —dijo Hernández entre risas—. Con algo menos de suerte, podrías haberte visto obligado a llegar a Aviñón a pie.

—Ah, pero si de veras me hubiera sonreído la suerte, ni siquiera habría emprendido el viaje.

—Decir eso es tentar a la fortuna, amigo. Hay quien cree que el curso de la vida humana sigue una especie de plan divino, y yo tiendo a estar de acuerdo. No sabes qué te espera al final del camino. Quizá sea algo agradable; quizá descubras que no has sido tan poco afortunado como piensas. Mientras tanto, da gracias por poder montar.

Un chirrido de ruedas distrajo la atención de los dos viajeros. Una carreta tirada por una mula emergió de la niebla a escasa distancia, crujiendo bajo el peso de su carga.

—Madre de Dios —susurró Hernández santiguándose. Se miraron con expresión horrorizada. Hernández señaló la carreta y dijo—: La verdadera mala suerte es viajar así.

A medida que la carreta se recortaba contra la niebla, Alejandro empezó a distinguir pies y manos a ambos lados de ella. Precedía a la mula un hombre con manto negro y capucha, que, fusta en mano, se volvía cada pocos pasos para golpear con ella al reticente animal, cuyos patéticos rebuznos parecían querer despertar a los pasajeros de la carreta.

El espectáculo azuzó la curiosidad del médico. ¡Por fin!, se dijo. Por fin podré comprobar yo mismo si lo que hemos oído era cierto.

No quitó ojo a la carreta, que seguía acercándose.

—Fijaos en lo sucios y andrajosos que van —dijo a Hernández—. Debían de ser pobres. ¡Mirad! —dijo, señalando con el dedo—. ¡No hay ninguno que lleve zapatos!

—Que alguien no lleve zapatos no significa que sea pobre —puntualizó Hernández con cinismo—. Lo más probable es que los pobres sean los ladrones que buscaban algo de comodidad para sus pies. —Se santiguó por segunda vez, gesto poco habitual en quien solía mostrarse tan laxo en cuestiones religiosas—. Pido a Dios que nunca me deje caer en depravación semejante.

Oyéndole invocar a la divinidad, Alejandro dijo:

—Sois persona de demasiados recursos para acabar así.

Hernández dirigió a la carreta una mirada lúgubre.

—Creo que tienes razón, loada sea la Virgen —dijo en voz baja—; pero renunciaría con gusto a mi fortuna a cambio de la certeza de no acabar como esa pobre gente.

Esa certeza no existe, pensó Alejandro. Ante este azote todos somos iguales. En cuanto hizo ademán de acercarse a la carreta, oyó protestar a Hernández.

Haciendo caso omiso de las quejas de su escolta, Alejandro siguió adelante hasta aproximarse cuanto le permitió el miedo. El espantoso hedor que emanaba de la carreta le obligó a retroceder unos pasos; a punto de vomitar, volvió la cabeza y aspiró sucesivas bocanadas de aire puro. Después reanudó su aproximación a la carreta, pero esta vez respirando a través de la tela de la manga.

Dentro del carro de los muertos vio cuerpos retorcidos de mujeres, niños y ancianos, altos y bajos, rubios y morenos, toda la variedad humana que cupiera concebir. Hernández tiene razón, pensó; no eran todos pobres. En algunos se apreciaban restos de pasada gordura, señal acaso de una vida próspera; otros eran flacos como mangos de escoba, y sus pieles curtidas indicaban a las claras que habían pasado años trabajando duro para ganarse el pan antes de llegar a tan ignominioso final. Examinó con curiosidad los cadáveres de aquel grupo de desventurados, fijándose en la hinchazón de sus cuellos y dedos, y concluyendo que nada de lo que había oído podía tildarse de exagerado.

—¿Adónde los lleváis? —preguntó al carretero.

Éste levantó la cabeza en dirección a su interlocutor, mirándolo con ojos tan sumamente cansados que apenas parecían menos muertos que los de sus horripilantes pasajeros. Al verlos clavarse en él, Alejandro sintió escalofríos.

—A un campo al norte de la ciudad, donde el cura dirá una misa fúnebre para todos los muertos a la vez. ¡Quiera Dios que no hayan muerto sin confesión!

Aun no sabiendo demasiado bien qué significaba morir sin confesión, Alejandro asintió, queriendo mostrarse compasivo con el destino de aquellos muertos no confesados, y pensando para sus adentros que ojalá Dios no determinara el valor del alma guiándose por el aspecto del cadáver. Se propuso preguntar más tarde a Hernández el significado de aquella expresión. Se reunió con él junto al abrevadero y siguió con sus abluciones, ya algo más tranquilo, pero sumamente impresionado por el macabro contenido de la carreta.

Los majestuosos arcos del grandioso puente de Saint-Bénézet trazaban su elegante curva sobre el Ródano, en cuyas aguas rielaba el reflejo de su hermosa arquitectura. La visión del puente dejó a Alejandro sin habla. Su enorme y esplendorosa fábrica había aparecido como por arte de magia tras un recodo del camino bordeado de árboles. Al otro lado del río se alzaba la ciudad de Aviñón, y, cual vigía sobre una colina, el espléndido palacio papal. Incluso después de todo lo que había pasado, después de verse capturado, marcado, separado de sus padres e impelido a cometer un asesinato, Alejandro contempló la ciudad con el entusiasmo de un niño; y nada más indicado, puesto que iba a ser en Aviñón donde empezara su nueva vida.

Las torres del palacio papal se erguían majestuosas, grandes brazos blancos que intentaban tocar el mismísimo cielo al que dirigían sus súplicas. El sol del atardecer refulgía sobre los deslumbrantes y albos muros, cegando al observador para cuanto no fueran ellos. Alejandro pensó que nunca había visto cosa tan hermosa. Uno de los muros estaba cubierto de andamios, pero Alejandro observó que se hallaban desocupados.

—Hernández —dijo—, ¿no os parece extraño que haciendo tan buen día no haya nadie trabajando en los andamios?

Hernández se fijó en el palacio.

—Tienes razón —contestó—. No se ve ningún albañil. Tal vez Aviñón tampoco haya escapado a la enfermedad.

Al adentrarse en la ciudad, se vieron rodeados de indicios de que la ciudad, en efecto, no había permanecido al margen. La gente caminaba deprisa, como si tuviera que cumplir obligaciones urgentes. Contrariando las esperanzas de Alejandro, los ciudadanos de Aviñón no se mostraban amables ni receptivos, sino escurridizos y temerosos del contacto con los jinetes. En todas las caras se leía la desconfianza y una hostilidad sin paliativos. De cada tres casas, una tenía cadáveres delante de la puerta, esperando el paso del carro de los muertos; y los carros en cuestión no dejaban de pasar, cual macabra caravana de camino a la zona de entierro: ni uno que

no fuera lleno, ni uno cuyas ruedas no se combaran bajo el peso de la carga.

—Pero ¿dónde enterrarán a todos estos muertos? —se preguntó Alejandro en voz alta al dejar atrás otro carro.

—Importa más saber quién lo hará —contestó Hernández—. ¡El mal se lleva a tantos! ¡Por todos los dioses, judío, temo que también a mí se me lleve! ¿Cómo podremos evitarlo?

—No lo sé —dijo Alejandro, llena su voz de desaliento; y repitió con un suspiro —: No lo sé.

—¿Estás seguro de que en el letrero ponía «Se alquilan habitaciones»? —preguntó Hernández—. A lo mejor se te han olvidado las palabras exactas...

—No, no se me han olvidado —replicó Alejandro, en cuyos oídos resonaba todavía el portazo. La patrona, mujer viuda, les había prohibido entrar, diciendo que ya no confiaba en que nadie estuviera a salvo de la peste, y aconsejándoles una casa cercana por donde proseguir su búsqueda de alojamiento. Dando media vuelta de consuno, la cansada pareja de viajeros descendió por la estrecha escalera hasta volver a pisar el empedrado de la calle.

La segunda viuda, una anciana cuyo marido acababa de sucumbir hacía tres días a la enfermedad, los recibió con alegría, sola y temerosa como estaba, sin parientes a los que acogerse. Como la muerte de su marido la había dejado sin medios de subsistencia, y necesitaba más dinero que el que le proporcionaba el negocio de las habitaciones, propuso a Alejandro alquilarle la casa entera y hacerle de ama de llaves a cambio de un sueldo reducido, y de la promesa por parte del joven de ayudarla en las tareas que su avanzada edad le impidiera realizar sola.

El trato parecía favorecedor para ambas partes, pero, antes de cerrarlo, Alejandro habló a solas con Hernández para pedirle su opinión sobre la propuesta de la viuda.

El cristiano la veía con buenos ojos.

—Para un hombre siempre es una suerte tener una mujer que lo cuide —dijo—, aunque sólo lo haga a cambio de dinero. —Miró de reojo a la expectante viuda—. Ésta, al menos, no te hará perder el tiempo con sus esfuerzos por arrastrarte al altar. —Tras congratularse brevemente por la suerte que los había llevado hasta ahí, Hernández dijo—: Primero haré que se ocupen de los caballos, y después buscaré la contaduría para concluir mi contrato con tu padre. Estaré de vuelta antes de la hora de comer; entonces veremos si los servicios de esta viuda son una buena inversión. Brindaremos por tu nueva casa, y por que la suerte siga acompañándote.

Alejandro metió en la casa sus limitadas posesiones. El edificio era pequeño, pero incluía muebles macizos y resistentes. El suelo del piso de abajo era de tierra

prensada, liso y bien barrido. Había una mesa larga y estrecha con bancos a ambos lados, una silla y un pequeño camastro. En el piso superior Alejandro encontró dos dormitorios separados, dotado uno de ellos de una cama cuyo tamaño le hizo sospechar que había albergado a un niño. El otro dormitorio era grande y cómodo, y, al estar situado en la parte delantera del edificio, disponía de una ventana. La cama de paja se hallaba por encima del nivel del suelo. Un examen atento mostró que la paja era fresca e incluía un número relativamente bajo de insectos; en cuanto a la ropa de cama, aun saltando a la vista que tenía sus años, estaba, además de limpia, en buenas condiciones. Alejandro dejó sus pertenencias en la habitación pequeña, con la intención de ceder la cama grande al corpulento Hernández mientras durara su estancia en Aviñón; después la ocuparía él mismo, como dueño de la casa.

Una vez instalado, se dispuso a hacer pesquisas por Aviñón, en busca de un local adecuado para su consulta. Encontró una botica a escasa distancia de su nueva morada, y preguntó al boticario si había médicos por la zona.

—Hasta hace poco había dos médicos y un barbero en el barrio —contestó el dueño del establecimiento—, pero todos han muerto de la misma enfermedad que se ha cebado en sus pacientes, y mucho me temo que ya no podrán servirnos.

Alejandro aclaró que él mismo era médico, y que no precisaba los servicios de ningún colega.

—Estoy en Aviñón desde hace muy poco tiempo, y espero la llegada de mi familia. Me interesaría encontrar habitaciones de alquiler para establecer una consulta.

—En ese caso os sugiero que os dirijáis a la viuda del doctor Selig; tenía su consulta dos manzanas al este de aquí, en una callejuela próxima a donde atiende el zapatero. Hasta es posible que quiera venderos el equipo del doctor. —Miró a Alejandro con tristeza—. Tiene hijos pequeños que alimentar.

El boticario se inclinó hacia Alejandro, como si quisiera comunicarle un gran secreto.

—El bueno del doctor había hecho un trato conmigo; si no conseguía curar a un paciente, me lo enviaba a mí, y yo procuraba ayudarlo prescribiéndole medicinas y pócimas adicionales.

El interés de Alejandro se avivó.

—¿Han tenido algún éxito con esta pestilencia?

—¡Bah! —rio el boticario—. Ninguno de los tratamientos ha servido de nada. ¡Nadie sabe determinar la fuente del contagio! Ni siquiera he tenido mucho éxito con los síntomas. —El boticario volvió a inclinarse hacia Alejandro—. Dicen que los

judíos han envenenado los pozos, y, por mi parte, tiendo a creerlo.

Alejandro procuró disimular su sorpresa. No era la primera vez que oía tan ridícula acusación. Por lo visto, una vez despojado su aspecto de los atributos tradicionales del judío, la gente se sentía libre de hablar mal de su pueblo en presencia de él. Alejandro se apretó un poco más el cuello de la camisa y siguió la corriente al boticario, susurrando:

—¡Qué horror! ¿Y cómo luchar contra ello?

—¡No creáis, ya se está haciendo bastante! En Arles han quemado a tres judías en la pira después de que un sacerdote descubriera frascos vacíos en su casa, cuando hacía pocas horas que habían sido vistas junto al pozo. Ahora la gente de la ciudad no sabe qué hacer con el agua; hay quien dice que está bien, y quien se niega a beber del pozo diciendo que prefiere morir de sed que arriesgarse a sucumbir a la peste.

Fingiéndose más seguro de lo que estaba, Alejandro dijo:

—No me parece del todo desacertado, aunque dudo que la peste tenga su origen en el agua; todos la bebemos, y no por eso nos morimos todos; además, si el pozo estuviera envenenado, ¿no habría muerto ya hasta el último ciudadano de Arles? Parece más lógico no tener miedo del agua.

—¡Pero se trata de un flagelo, de un castigo de Dios! —protestó el boticario—. No podemos aplicar la lógica a su descubrimiento.

—Debemos aplicarla a todos los descubrimientos —dijo Alejandro. Viendo que el boticario no contestaba, le pareció buen momento para dar fin a la conversación: ya había oído decir bastantes sandeces. Despidiéndose con toda la cortesía de que fue capaz, fue en busca de la viuda de Selig, resuelto a no enviar nunca pacientes a un hombre como el boticario, tan lleno él mismo de veneno.

La viuda abrió la puerta de la consulta de su difunto marido, y, tras oír las explicaciones de Alejandro, lo convidó a entrar. El médico se tomó su tiempo a la hora de inspeccionar local y equipo. La viuda se quedó junto a la puerta, paciente y distante, contestando las preguntas del recién llegado de forma cortés pero breve.

Alejandro inquirió el precio del local y el equipo, expresando su interés por la compra de ambos a la vez. Los utensilios le convenían; no eran de lo mejor que se podía comprar, pero superaban con mucho a los que había utilizado en Alcañiz. Al oír la propuesta de la viuda, Alejandro vaciló un momento: le parecía un precio demasiado bajo para reflejar el verdadero valor de la mercancía, y así se lo hizo saber a la mujer.

—Señora, una suma más alta sería sin duda más adecuada.

—Os he ofrecido este precio porque necesito vender cuanto antes. Tengo que



cuidar a mis hijos.

Alejandro hizo el recuento de monedas correspondiente al precio más elevado y las puso en manos de la viuda. Ésta se lo agradeció con profusión, le tendió la pesada llave de hierro de la puerta y dio media vuelta con intención de marcharse. Alejandro la llamó:

—Señora —dijo—, ¿cuidó vuestro marido a muchos enfermos de peste?

La viuda seguía sin querer mirarlo a los ojos, y contestó como si hablara con el suelo.

—Durante su última semana de vida no hizo más que eso. Se quedó sin fuerzas. Cuando se llevaron su cadáver, estaba cubierto de pústulas; pero yo estoy segura de que murió consumido por el esfuerzo.

Se marchó, llevando en una mano lo poco que le habían dejado los años de dedicación profesional de su marido.

Alejandro se quedó solo en la consulta vacía; al contemplar sus nuevas posesiones, sintió una extraña mezcla de entusiasmo y temor. La sala era más grande y oscura que la que tenía en Alcañiz; tendría que conseguir que entrara más luz, de cara a las operaciones más delicadas. Luz para mi nueva vida, pensó al salir y cerrar con llave la puerta, que seguía llevando el letrero con el nombre de Selig. Mañana buscaré a alguien que me haga un letrero, pensó, y pondré mi nombre en la puerta.

Tal como había prometido, Hernández volvió a casa de Alejandro a tiempo para la cena, informando del éxito de sus gestiones bancarias.

—Tenemos que ir juntos dentro de tres días, y entonces se me recompensará generosamente por proteger de asaltos tu ignorante pellejo. —Y, dirigiendo una expresiva mirada a su protegido, añadió—: Me alegro de no haber sido importunado por rufianes vestidos de soldados reales. —Después rio y dijo—: Aunque creo que me pagan demasiado. Me parece que el peor enemigo a que nos hemos enfrentado ha sido un sol abrasador.

—Aun así —contestó Alejandro—, vuestra tarea no era fácil, y habéis sabido cumplirla. Nadie se quejará de que se os pague de más. Fue un precio convenido de antemano.

Comieron carne hervida y pan crujiente a la luz de dos velas colocadas en medio de la mesa. La viuda trajo un vino delicioso hecho por su marido, y los compañeros de viaje hicieron el prometido brindis a la salud de los dos.

Alejandro preguntó al cristiano qué planes tenía para el futuro.

—¿Qué haréis ahora que os habéis quedado sin empleo? Quizá os conviniera pasar un tiempo en Aviñón. Esta casa es demasiado grande para mí solo, e intuyo que

la viuda se alegraría de recibir una moneda más por semana.

Hernández le agradeció la oferta.

—La verdad es que te he cogido cariño, muchacho, y sé que voy a echarte de menos. Han pasado muchas cosas desde nuestro primer encuentro en el monasterio de Alcañiz.

Tomó un trago de vino y prosiguió.

—Para un hombre como yo, tener un buen caballo y una pequeña fortuna en oro es una tentación demasiado grande. Ahora puedo ir a donde me dé la gana, y dormir bajo las estrellas todas las noches que quiera. Además, ya estoy cansado de contar siempre lo mismo; creo que es hora de ir a buscar nuevas anécdotas.

Hernández bajó la voz para no traer malos recuerdos a la viuda.

—Mis planes son huir de esta peste. Creo que correría más peligro en Aviñón que junto a un fuego de campaña.

Oyendo las declaraciones de su valiente amigo, Alejandro se puso serio, pero, en un esfuerzo por recuperar el clima de afecto que había reinado hasta entonces entre los dos, formuló una audaz predicción:

—Volveréis a Aviñón, y yo estaré esperándoos con impaciencia. Confío en que sepáis divertirme con el relato de vuestras nuevas aventuras; entretanto, sé de alguien que echará mucho de menos la calidad de vuestra compañía y conversación.

Hernández volvió a brindar por su joven anfitrión con elegante ademán. Previendo todas las cenas por venir en que su única acompañante sería la dueña de la casa, Alejandro se dio cuenta de hasta qué punto iba a echar de menos al soldado.

—Y ahora, jovencito, te dejaré para dedicar el resto de la noche a buscar una moza bien dispuesta. Siento la necesidad de repetir una vez más mis viejas historias.

La noche antes de ir juntos a la contaduría, Hernández se levantó de la mesa antes de acabar la cena, quejándose de que le dolía la barriga.

—Esta comida francesa es demasiado para mí. Llevo una semana comiendo más huevos y queso que en toda una vida en Aragón. Creo que esta noche dejaré que descansen mis órganos digestivos.

A medianoche sudaba y temblaba de frío alternativamente; se arrebujaba en la manta y, al minuto siguiente, se la quitaba de encima de una patada. Alejandro confió, contra todo pronóstico, en que su amigo fuera víctima de una gripe pasajera, y le administró un tratamiento en consonancia, haciéndole beber té y pasándole por la frente una esponja con agua fría.

Tras pedir prestada una linterna a la viuda (y prometer rellenarla de aceite al día siguiente), Alejandro recorrió a toda prisa la escasa distancia que lo separaba de su nueva consulta, a fin de coger los instrumentos que, de cumplirse sus temores, le serían precisos para, enfrentarse a la enfermedad de Hernández. Iba a necesitar cuchillo y escalpelo, un cuenco para sangrías, algo de láudano para calmar el dolor y mucho vino, que compraría a la viuda.

De vuelta a casa, comprobó que Hernández había empeorado mucho: le costaba respirar, y su piel, morena de costumbre, estaba blanca y reluciente. Alejandro pidió a la dueña de la casa que le trajera un vaso grande; en cuanto lo tuvo entre manos, lo llenó de vino y obligó a Hernández a beberlo. El enfermo pareció tranquilizarse.

De pronto, sin previo aviso, el gigantón se incorporó, y, con los ojos saliéndosele de las órbitas, vomitó violentamente, cubriendo la habitación del contenido sin digerir de su estómago. La viuda huyó con un gemido de asco; Alejandro la oyó bajar por la escalera, pero no trató de seguirla.

Purgado de sus sufrimientos gastronómicos, Hernández entró en una fase de mayor calma. Alejandro abrió los postigos para ventilar la apestosa habitación, y después acercó una silla al lecho del enfermo.

—Voy a velaros, Hernández, y a atender vuestras necesidades.

Descansó la cabeza entre los brazos y durmió a intervalos, soñando alguna que otra vez con Carlos Alderón.

El graznido de un mirlo sobre el alféizar de la ventana abierta lo despertó. Miró al enfermo y comprobó que seguía plácidamente dormido, tapado hasta el cuello con la gruesa manta, cuyo color oscuro contrastaba inquietantemente con la blanca tez de su rostro.

—Debéis de tener fiebre —dijo Alejandro, colocando la palma de su mano en la frente sudorosa de Hernández—. En efecto —se contestó a sí mismo, retirando la manta de la cara del enfermo.

Ya había visto cuellos de cadáveres cubiertos de horribles bultos, pero el verlos desfigurar a un hombre vivo le revolvió el estómago. Hernández tenía el cuello terriblemente hinchado y deformado, con un bulto grande y esférico rodeado de manchas azules y negras. Acercó la mano al cuello de Hernández, y ya antes de tocarlo notó el calor que emanaba de él. Rozó la piel ardiente con las yemas de los dedos, palpando suavemente la masa circular, cuya dureza lo sorprendió. No tenía la menor duda acerca de su contenido, una pasta espesa y turbia descrita por todos los testigos de la enfermedad. Decidió aliviar el dolor de Hernández saajando el enorme forúnculo.

Llamó a la dueña para que le trajera agua, pero no obtuvo respuesta; al bajar al piso inferior, vio que la cama donde dormía la viuda, al lado de la chimenea, estaba sin deshacer, y supuso que había huido. Retiró del camastro la fina sábana y la hizo trizas; después fue a la cocina y encontró dos cubos, lleno de agua el uno, y el otro sólo a medias. Subió con el cubo lleno y las tiras de tela y lo puso todo encima de la mesita contigua a la cama de Hernández.

Tras lavarse rápidamente las manos y secárselas con un pedazo de sábana, cogió un frasquito de láudano, despertó a Hernández con una suave sacudida y le pidió que abriera la boca.

—Sacad la lengua, Hernández; os voy a dar algo que hará que os duela menos.

El aragonés no parecía del todo consciente, pero obedeció. Habían intercambiado los papeles: de los dos, era Hernández ahora el chiquillo desamparado e ignorante, y Alejandro el guerrero prudente y experimentado, dispuesto a luchar contra el invisible agresor.

Alejandro volvió la cabeza para respirar una bocanada de aire fresco que le era imprescindible, ya que Hernández tenía la lengua cubierta por una capa blanca cuyo olor excedía cualquier descripción. Sintiendo fortalecido, dijo:

—Y ahora quieto, que esto va a tener un gusto horrible. —Al mismo tiempo, dejó caer unas gotas de láudano sobre la lengua de su amigo, y, tratando de distraerlo, añadió—: Me haría muy feliz que esta vez no lo devolvierais, como hicisteis con vuestra última comida.

Hernández quiso sonreír, pero su expresión se llenó de angustia: el mero acto de torcer la boca le provocaba atroces dolores en el cuello. Tuvo el coraje de no gritar, pero no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas.

—Paciencia, Hernández; no tardaré en ejercer mi limitada pericia sobre vuestro pobre cuello. No sufriréis mucho tiempo más.

Hernández, que no podía hablar, acercó lentamente su mano a la de Alejandro, y, después de darle unos golpecitos, repitió la operación con una de sus axilas. Tratando de descifrar el significado de los gestos de su paciente, Alejandro abrió la camisa de Hernández y se la pasó por debajo de los hombros para poder examinarlo mejor. Encontró los mismos bultos y las mismas manchas. Los bultos eran del tamaño de una manzana, y, al tocarlos, todo el cuerpo de Hernández se contrajo. Incapaz de acallar por segunda vez sus sufrimientos, el enfermo gritó de dolor.

Poco a poco, el láudano fue ejerciendo sus mágicos efectos, hasta que el paciente quedó tendido e insensible, atontado por la droga. Como ignoraba cuándo recuperaría Hernández la conciencia, Alejandro obró con rapidez: limpió su instrumental frotándolo escrupulosamente con uno de los trozos de sábana y, tras mojar con agua

otro pedazo de tela, quitó el sudor que había bajado del cuello de Hernández hasta la zona de la hinchazón. Después colocó con tiento varios trozos de tela más alrededor del centro amarillento de la buba, confiando en absorber la emisión de líquido que sin duda saldría a chorro al practicar el corte, pues prefería no tocar la purulenta sustancia. Aplicó el escalpelo al centro del bulto, colocó otra tela más alrededor e hizo presión. Hernández empezó a debatirse con lentitud, sintiendo el dolor a través de las brumas del láudano. Alejandro siguió ejerciendo una fuerte presión sobre el cuello del paciente, y sintió menguar poco a poco el tamaño de la hinchazón.

Después de un rato cesó el flujo, y a buena hora, pues Hernández empezaba a recuperar la conciencia. Juzgando aconsejable prolongar el sopor, Alejandro le ofreció más láudano, pero Hernández se opuso con un débil gesto de manos. Parecía querer decir algo.

Habló con voz bronca y cansada.

—No malgastes conmigo tus pócimas, Alejandro. Debajo del brazo y cerca de mi virilidad siento el mismo dolor que en el cuello. Pronto no seré más que un montón de bubas, y ya no podrás ayudarme. Dudo que vuelva a levantarme de esta cama. Déjame morir con algo de honor, te lo ruego.

El parlamento había consumido todas las fuerzas de Hernández. Cerró los ojos y permaneció inmóvil, exhausto por el esfuerzo de dar a conocer sus deseos.

Alejandro había oído decir que en sus últimas horas de vida las víctimas de la peste sentían una terrible desesperación; la adivinaba en Hernández, pero no había imaginado que esa desesperación se apoderara con tanta fuerza de los supervivientes. Aferrando la ennegrecida mano de Hernández, le susurró:

—Como queráis, amigo. No agravaré vuestro sufrimiento.

A media tarde, el aragonés tenía las manos completamente negras. Alejandro no se había atrevido a mirarle los pies, pero sospechaba que se hallaban en el mismo estado. Se quedó sentado junto al lecho sin poder hacer nada, preso de un estado de ánimo que alternaba entre el más lúgubre abatimiento y una rabia impotente. Recordó la muerte de Carlos Alderón, y lo frustrante que había resultado no poder detener el curso de la enfermedad del herrero.

—¿No me concederéis tiempo para prepararme? —dijo a Hernández, que ya no podía oírle.

Teniendo ante sus ojos aquella ruina de cuerpo, Alejandro recordó lo robusto y vigoroso que había sido. Durante el breve desarrollo de la enfermedad, los músculos habían sido consumidos por la fiebre, y Hernández parecía mucho más pequeño y

huesudo que antes, como si se le hubiera escapado la esencia vital. El cuello había vuelto a llenársele de una sangre negruzca que supuraba de la herida y formaba grumosos coágulos desde la oreja al hombro.

Mientras Hernández se iba deslizado por la pendiente final, Alejandro, ansioso por mantener alguna clase de contacto con aquel hombre al que había llegado a admirar, y que en aquellos instantes era su único amigo, se dirigió a él con dulzura, a sabiendas de que no le oía.

—Maldigo mi suerte, Hernández —dijo—; de no ser por esa chica, seguiría en Alcañiz, con mis amigos y parientes. Y si el obispo se hubiera comportado de forma honrosa, tal como vos me habéis demostrado que pueden comportarse los cristianos, no habría sentido el terror a ser descubierto durante el viaje. —Avergonzado, inclinó la cabeza—. Ni habría tenido motivos para ocultaros mi secreto. Os hago saber que lo maté; le clavé mi puñal en el pecho, y vi con mis propios ojos cómo se vaciaba del rojo fluido vital. Es un peso que llevo en el alma, y algo tendré que hacer para expiarlo.

Hernández gimió, y Alejandro le secó el sudor de la frente.

—Pero, si nada de esto hubiera sucedido, no habría tenido el privilegio de conoceros, amigo mío. Ha sido un placer mayor de lo que habría podido llegar a imaginar. Os voy a echar de menos, y mucho.

Hernández murió al anochecer, tras abrir brevemente los ojos y echar un último vistazo a lo que le rodeaba. Después de susurrar «Madre de Dios», cerró los ojos, y vació por última vez sus pulmones.

Consciente de que ya no podía hacer nada por el soldado, Alejandro lo cubrió con la sábana y se dirigió lentamente a su propio dormitorio; exhausto, se dejó caer sobre la cama sin hacer siquiera el esfuerzo de quitarse la ropa.

El papa Clemente, sentado en sus aposentos privados, se protegía del asfixiante calor con un abanico. ¿De qué sirve este ejercicio?, se preguntó en silencio. En esta habitación no ha entrado aire fresco desde que el canalla de De Chauliac me encerró en ella; ¡y siguiendo mis órdenes, maldita ironía! Se enjuagó el sudor de su frente congestionada con el pañuelo húmedo que conservaba a su lado desde el inicio de su encierro.

El discreto sonido de una campanilla lo distrajo por unos momentos de su congoja. «¡Cristo que todo lo puedes, haz que sea algo sabroso, dulce, o acaso lozano y bien dispuesto! ¡No puedo con este aburrimiento!».

Cuál no fue su decepción al ver que se trataba únicamente de un pergamino, si

bien de imponente tamaño. Lo abrió con impaciencia; necesitaba algo que lo distrajese de su aburrida rutina como cautivo de su médico. Empezó a leer sin tomarse la molestia de examinar el sello.

*Santidad:*

*Os escribo con gran pesar, movido por asuntos de suma importancia para la Santa Iglesia de Cristo y el reino de Inglaterra. Finalmente ha caído sobre nosotros el terrible flagelo que lleva ya un tiempo asolando toda Europa. Habíamos confiado en mantenernos al margen de sus estragos en virtud de nuestro aislamiento de Francia, mas, ajeno a toda súplica, el mal ha cruzado las aguas y ha traído su inmundo veneno a nuestras bellas costas. Empezó por Southampton no hará todavía un mes, y en estos momentos se halla ya firmemente arraigado en nuestra hermosa ciudad de Londres y sus alrededores.*

*Es mi triste deber informaros de la muerte de John Stratford, nuestro devoto arzobispo, acaecida en Canterbury el sexto día de agosto. Su eminencia abandonó este mundo tras cinco días de enfermedad, asistido por su médico y diversos miembros de su familia, que, abrumados por tan grave pérdida, se hallan hoy más allá de todo consuelo.*

*Pero es hora de hablaros del dolor que aflige a mi persona; en efecto, me veo en la obligación de poner en vuestro conocimiento una pérdida todavía más angustiosa para mí y mi buena reina Felipa. Nuestra querida hija Juana ha sucumbido al mismo espantoso morbo cuando realizaba su viaje nupcial a Castilla. Enfermó al atravesar la región de Burdeos, y junto a ella varios miembros de su séquito.*

*La muerte de nuestra hermosa Juana, además de marcar de forma atroz a nuestra apenada familia, ha dejado maltrecha nuestra alianza con el rey Alfonso. Temo que la negativa de mi Isabel a casarse con su despreciable hijo Pedro haya hecho poco por el entendimiento mutuo de nuestros reinos, y ya sabéis que nunca vi con buenos ojos un enlace entre Pedro y Juana. Dedicamos muchos esfuerzos a convencer a Alfonso de que Juana podía ser buena sustituta de su hermana; la propia muchacha estaba dispuesta, y, ahora que se halla en el cielo, espero que Dios la recompense por tan noble actitud. Sin duda su muerte prematura habrá agravado las diferencias entre Castilla e Inglaterra. La pérdida de Juana no tiene remedio, de no ser la aportación de otra hija en edad de contraer matrimonio, y mi reina se opone ahora a perder de vista a cualquier miembro de su progenie, por temor a no volver a verlo. La he convencido de que permita a los más jóvenes viajar al castillo de Eltham, donde aguardarán que pase el flagelo en compañía de nuestro médico real, maese Gaddesdon. Sin embargo, la reina se opone a que el joven Eduardo e Isabel se unan a ellos, y, a decir verdad, ni uno ni otra desean hacerlo.*

*Mis ministros y consejeros son incapaces de llegar a un acuerdo. Todo está sumido en la confusión; nadie quiere permanecer en Londres por miedo al contagio que tiene al pueblo bajo en sus negras garras. En mi corte, el servicio escasea, y me he visto obligado a disolver el parlamento por un tiempo indefinido. En Windsor carezco de consejeros capacitados, y los asuntos de corte se están viendo peligrosamente desatendidos. Los escoceses se agrupan en mis fronteras con los ánimos en alto, proponiéndose aprovechar nuestra debilidad pasajera con la absurda creencia de que la peste no se cebará en ellos.*

*Humilde y sinceramente os pido vuestro santo consejo para la solución de estos asuntos. Nos acucia, ante todo, la necesidad de nombrar al sucesor del difunto arzobispo; entre los obispos de Aviñón se hallará sin duda un buen candidato, cuando no entre los prelados de nuestro propio pueblo. Dejo la decisión en manos de Dios y Vuestra Santidad, mas os recuerdo humildemente nuestro deseo de tener cuanto antes a alguien en el cargo.*

*Se habla entre vuestros enviados de que tenéis a vuestro servicio un médico diestro en los métodos de impedir la difusión del contagio; a fe que ha demostrado su saber protegiendo a vuestra santa persona. Os agradecería que nos enviarais a un médico versado en tales artes preventivas, ya que nos falta experiencia y debemos proteger a nuestra Isabel del malhadado final a que se ha visto expuesta su hermana. Es la favorita de su madre, que ya ha sufrido en sus carnes el dolor de ver a una de sus hijas precederla en la eternidad. Dios mediante, quisiera ahorrar otra triste pérdida a mi buena reina.*

*He empezado a tener en cuenta nuevos arreglos conyugales para Isabel. Una de las posibilidades es casarla con la familia de los Brabante, cuyo jefe, el duque, ha propuesto enlazar a su hijo mayor con nuestra hija. Vacilo en refrendar la unión por miedo a debilitar nuestro linaje, ya que Isabel es prima carnal de su presunto esposo, y Vuestra Santidad ha expresado la opinión de que semejantes enlaces producen vástagos débiles y a menudo carentes de facultades mentales. Así como estamos convencidos del vigor de nuestro linaje, dudamos del de los Brabante. Mi reina y yo os pedimos consejo en esta propuesta de alianza; en cuanto a Isabel, todavía le duele la vergüenza de su reciente rechazo, hecho que se recuerda en la corte de los Brabante.*

*Nuestra bella isla no ha entrado aún en un estado de anarquía, mas no está lejos de ello. Mi campaña en Francia ha llegado a un punto muerto; hay mucha incertidumbre, y mis leales caballeros se han pronunciado en contra de mantener el cerco en estos momentos. La peste se lleva cada día más víctimas, sin hacer distinción entre la gente vil y los de alta cuna. A falta de manos que manejen la guadaña, los campesinos se están quedando sin cosecha. La cebada cría flores, y la*



*miel se queda en los panales; no hay, pues, hidromiel. El ganado no tiene quien se ocupe de él; muchos animales han sucumbido a la peste, y sus carcasas estropean los prados y corrompen el aire. El mundo entero se debate en manos del diablo, pugnando por escapar del camino de la peste, pero a cada día que pasa más y más personas perecen de horrible muerte.*

*Mi reina y yo, juntamente con nuestra real casa, esperamos vuestra sabia respuesta a nuestras dudas. Os rogamos ponerla en manos de jinetes veloces, pues el horrendo mal escoge sus víctimas a capricho, sin respetar siquiera los deseos y proyectos del más poderoso. Prostrado a los pies de Vuestra Santidad e implorando el favor de su bendición apostólica, tengo el honor de ser, padre santísimo, con la más honda veneración por vuestra santidad, el más humilde y obediente de vuestros servidores e hijos.*

*Eduardo Rex.*

El papa Clemente VI acabó de leer la carta del rey y, pensativo, se abanicó con ella. Los acontecimientos relatados en la misiva de Eduardo requerían grandes dosis de reflexión, y, sometido al aislamiento impuesto por su médico de cabecera, Guy de Chauliac, el papa Clemente tenía tiempo de sobras para pensar.

*Monsieur le docteur* había decretado que, mientras durara la epidemia, el Papa tuviera poco contacto con otras personas, por no decir ninguno. Había sepultado a Clemente en sus aposentos privados, mandando que se encendieran todas las chimeneas de las espaciosas salas. Se atrancaron las ventanas, y las puertas sólo se abrían con permiso explícito del médico, quien aconsejó a Clemente llevar ropa que le tapara las mangas y el cuello y tener la cabeza cubierta a todas horas. La insípida comida se servía en porciones minúsculas, y ello porque De Chauliac creía que el pecado de la gula aumentaba las posibilidades de contraer una enfermedad.

Clemente se acarició la barbilla con expresión atribulada, pensando que, para un hombre de gustos tan mundanos como él, aquella vida monástica era peor que la muerte. De Chauliac creía firmemente que la infección nacía del contacto directo con la plaga, pero, viéndose incapaz de explicar el modo en que ésta se desplazaba, se había limitado a ordenar que Clemente quedara aislado del todo.

Privado así de todo género de placeres, se entendía que el Papa fuera propenso a los enfados, y la carta de Eduardo no mejoró esta disposición de ánimo. Clemente tiró de la cinta de terciopelo que colgaba junto a su diván y hacía sonar la campanilla. Se produjo la esperada y discreta aparición de De Chauliac, que, arrodillado frente al Papa, besó su anillo en prueba de sumisión.

—Levantaos, De Chauliac; no creo en la sinceridad de vuestro gesto. Los dos

sabemos que soy yo quien se somete a vos, y no lo contrario. Deseo que llegue pronto el día en que, desaparecida la peste, pueda castigaros como merecéis por la pena que me habéis infligido.

Pero Clemente no era tonto. Sabía que la peste había acabado con la mayor parte de los ciudadanos de Aviñón, mientras que él seguía lozano y lleno de vida. Sabía también que su constante buena salud no podía deberse únicamente a la suerte.

De Chauillac obedeció y, erguido en toda su estatura, se encaró al Papa, que, sentado, miró hacia arriba con indignación.

—¿En qué puedo servirlos, Santidad? —preguntó el médico con voz melosa.

—En verdad que ya me habéis servido bastante, monsieur. Quisiera que me libraseis de este horrible cautiverio.

Las quejas del Papa nunca cogían desprevenido a De Chauillac.

—Recuerdo humildemente a Su Eminencia que hasta hoy nuestros esfuerzos por proteger vuestra salud se han visto coronados por el éxito.

—Soy consciente de vuestro éxito, De Chauillac, pero vuestros métodos espartanos me cansan. Estoy seguro de que no habrá necesidad de alargarlos mucho más.

—Santidad, esta misma mañana he recibido el informe de la facultad de medicina de la Universidad de París, escrito a petición de nuestro noble rey Felipe. Un grupo de médicos y astrólogos de gran erudición han volcado sus notables intelectos en la tarea de resolver tan intrincada cuestión, y concluyen que esta pestilencia se debe a un suceso celeste harto inusual: Dios Todopoderoso colocó al planeta Saturno, cuerpo tenaz pero impaciente, en línea casi perfecta con el jovial y vigoroso Júpiter, conjunción que no suele tenerse por nada extraño; sus caminos se intersecaron en la zona celeste que se sabe colocada bajo la influencia de Acuario. Encuentros celestiales semejantes produjeron ya en otros tiempos sucesos fuera de lo común, tales como pequeñas inundaciones, malas cosechas y demás. Por desgracia, la llegada de Marte con su temperamento belicoso añadió un carácter mortífero a lo que de otro modo habría pasado desapercibido. Marte, que ama la guerra, hizo que Júpiter y Saturno entraran en dura liza. Esta desafortunada mezcla de cualidades ha permitido que la pestilencia domine nuestras vidas.

Clemente deploraba la continua influencia de la astrología sobre los seguidores del cristianismo, pero no podía desautorizar abiertamente la práctica de una ciencia tan fatalista.

—¿Estáis de acuerdo con estos descubrimientos, monsieur?

De Chauillac, siempre prudente y diplomático, contestó:

—Mi príncipe, carezco de intelecto para estar en desacuerdo. Estamos hablando de hombres muy sabios, los más eruditos de nuestro reino, y todos ellos han puesto sus mentes al diligente servicio de su majestad. Es muy posible que las condiciones celestes que describen hayan influido de forma sumamente malévola en los acontecimientos terrestres.

Hallando fastidiosa la retahíla de palabras sin sentido que le endilgaba De Chauliac, el Papa volvió a abanicarse.

—Sigo queriendo saber la duración prevista de mi confinamiento, y seguís sin haberme contestado.

De Chauliac sonrió gentilmente a su paciente y, echando mano de su habitual talento con las palabras, salvó sin problemas la trampa que le tendían.

—No somos más que hombres tratando de explicar el plan de Dios, y Dios no da a conocer sus planes a nadie. Os ruego que tengáis paciencia y prosigáis con vuestra reclusión. A su hora, todo pasará.

Aun no siendo la paciencia una de las virtudes más notorias del pontífice, Clemente poseía prudencia suficiente para saber que su consejero tenía cierto grado de razón, si no toda, y se resignó al odioso aislamiento.

—Monsieur, para los ángeles será motivo de risa verme sobrevivir a este flagelo sólo para ser abatido al azar por uno de los rayos de Dios. En mi vuelo a los cielos, sentiré terriblemente este encierro.

Viendo con alivio que la situación volvía a estar en sus manos, De Chauliac se permitió una risita. Acto seguido, Clemente tendió a su médico la carta de Eduardo, que De Chauliac leyó a toda prisa.

—Terribles acontecimientos, Santidad; terribles en verdad.

—¡Así es! —replicó Clemente—. ¡Esa boda estaba atada y bien atada! Y ahora, nuestras astutas maniobras diplomáticas quedan por tierra. Una alianza entre Castilla e Inglaterra habría reportado grandes beneficios a nuestra Santa Iglesia; cuando Pedro reine, tendrá en mayor cuenta que Eduardo los asuntos de la Iglesia, y podría haber influido sobre éste a través de su hija Juana.

De Chauliac dio vueltas a lo que acababa de oír.

—La princesa Isabel ya ha rechazado a Pedro, ¿no es cierto?

—¡Sí, y posee una molesta influencia sobre su padre! Es tozuda en demasía; en cuanto se propuso la alianza con Castilla, hizo saber a Eduardo lo poco que le placía Pedro. ¡De vez en cuando, el muy tonto comete el error de consultar a sus hijos antes de zanjar un trato, como si sus opiniones fueran de algún valor a la hora de determinar el resultado de tan trascendentes decisiones! Mima mucho a su hija. Mis

embajadores me han dicho que le recuerda a su madre.

—A quien, por tortuosos caminos, debe ni más ni menos que el trono —señaló De Chauillac, sabedor por lo demás de que los «embajadores» de Clemente no eran más que espías cuya labor era calibrar en todo momento la influencia de la Iglesia católica en la corte inglesa. Eduardo también lo sabía—. Siendo como decís, no entiendo que nos convenga protegerla; si es tan terca e intratable como se rumorea, nos costará mucho controlarla.

—Pero no debemos subestimar la importancia de esa joven como instrumento para afirmar nuestro peso en Inglaterra. Poco ha de importarnos que sea una mimada; lo esencial es que será madre de reyes, y que acaso ella misma se convierta algún día en reina dotada de cierta influencia. Con la ayuda de Dios, a medida que mengüe su belleza se irá haciendo menos presuntuosa, y empezará a dar muestras de su regia crianza. A fin de cuentas, es hija del rey de Inglaterra, amén de noble dama de considerable linaje.

—Entonces rezaré con diligencia por que Dios os guíe en éstos asuntos.

De Chauillac sabía que Clemente aplicaría sus notables dotes de estadista a las peticiones de Eduardo, y que escogería con tino al nuevo arzobispo de Canterbury. De momento, lo que más preocupaba al médico era la otra demanda de Eduardo, aquella en que solicitaba un médico capaz de proteger a sus hijos tal como De Chauillac había protegido a Clemente.

De Chauillac era consciente de no poseer pericia médica comparable a la sutileza diplomática desplegada por su sagaz paciente, aunque no habría confesado su ignorancia por nada del mundo. Pese a lo extenso de su formación y a su cargo oficial de médico del Papa, Guy de Chauillac tenía la certeza de no saber más sobre la causa de la terrible epidemia que cualquier pescadera. No podía hacer sino lo que ya había hecho: aislar al paciente sano confiando en no exponerlo a lo que transmitía la enfermedad, fuera lo que fuese, y continuar con los tratamientos en cuya eficacia tenía fe, pero no seguridad. Carecía de pruebas sólidas de que sus cuidados tuvieran alguna clase de efecto, pero, dado que Clemente parecía impresionado por sus esfuerzos, seguía adelante con ellos.

Sabía que no iba a ser tarea fácil escoger un protector para los hijos de Eduardo; más que razones médicas, cabía aducir consideraciones diplomáticas. El astuto y cínico Eduardo III, que, a pesar de las debilidades que hubiera podido heredar de su patético progenitor, había demostrado ser un gobernante muy capaz, desconfiaba de los franceses, y no toleraría un médico francés. Casi todos los médicos de Aviñón habían muerto, y los pocos que quedaban eran judíos en su mayoría, aún más inadecuados, por lo tanto, para entrar al servicio de la familia real inglesa. De Chauillac guardaba para sí la opinión de que Clemente era demasiado benévolo con

los judíos de Aviñón, sobre todo en un momento como aquél, en que tantos fieles estaban dispuestos a echarles la culpa de la epidemia. Alentar tal creencia serviría para que el pueblo no se fijara tanto en las limitaciones demostradas por el clero y la profesión médica en su lucha contra la peste.

En definitiva, no había más solución que reunirlos a todos y escoger con el mayor tino posible; sin por ello excederse, puesto que había que evitar un fortalecimiento excesivo de la influencia del elegido.

—Santidad —dijo el médico, logrando que su paciente dejara de abanicarse—, consideraría una sabia decisión publicar un edicto papal en que todos los médicos de Aviñón fueran convocados a audiencia; de ese modo podré elegir con buen criterio. Debemos tener la seguridad de enviar a alguien cuya presencia no resulte ofensiva para la familia del rey, especialmente para la princesa. Adiestraremos a varios hombres, a fin de disponer de un número considerable de candidatos para la selección final; y, ya que los tenemos reunidos, ¿no os parecería acertado enviar emisarios a todas las cortes de Europa? ¿Por qué limitar nuestra influencia a Inglaterra?

El Papa miró a su médico con ojos muy abiertos.

—¡Sois un genio, De Chauliac! Estoy seguro de que nadie se atreverá a protestar. Encontrad a todos los médicos disponibles y traedlos aquí el lunes que viene a mediodía. Supervisaréis personalmente su adiestramiento.

—Bien, pero ¿quién atenderá las necesidades de Vuestra Santidad hallándome yo tan ocupado?

El Papa sonrió.

—Sois demasiado astuto, De Chauliac. Veo que me será imposible escapar de vos. No temáis, obedeceré vuestros edictos; pero ante todo debo contestar a Eduardo, que sin duda querrá oír las buenas nuevas.

Clemente se dirigió a su escritorio y extrajo un rollo de pergamino. Desde el inicio de su aislamiento, De Chauliac no le había permitido recurrir a los servicios de su escribano, y el Papa se había visto obligado a escribir él mismo toda su correspondencia.

Así me distraeré un poco, pensó, contento de tener algo en que ocuparse. Mojó la pluma en tinta negra y empezó a escribir:

*Querido hermano en Cristo:*

*Gran dolor nos ha causado la noticia del reciente óbito de John, arzobispo de Canterbury; agradecemos a vuestra majestad la presteza con que nos la habéis comunicado, permitiéndonos así poner presto remedio a tan grave pérdida.*

*Ofrecemos también nuestras plegarias a vuestra difunta hija Juana. La pena que ha hecho nacer en vos su muerte es sin duda ilimitada, imposible de describir con meras palabras. ¡Y aun así, noble Eduardo, cumplís con diligencia vuestro papel de representante de la Santa Iglesia! El dolor no os impide enfocar vuestros pensamientos a proteger la influencia de Cristo sobre Inglaterra. Cuando, llegado para vos el eterno descanso, os reunáis con Dios Todopoderoso, momento que esperamos tarde todavía muchos años en llegar, no dudéis de que la nobleza de vuestros actos recibirá justa recompensa. Os agradecemos vuestra fortaleza en tiempos tan azarosos como los presentes.*

*Recibimos con interés vuestra idea de casar a Isabel con el joven duque de Brabante; admitimos albergar ciertas reservas respecto a la proximidad familiar de los contrayentes, y loamos la paciencia con que posponéis la consumación del matrimonio. Dirigiremos inmediatamente al cielo nuestras plegarias, y, Dios mediante, gozaremos muy pronto de Su guía en tan importante asunto.*

*Querido hermano, aconsejad paciencia a Isabel; todavía no ha alcanzado su pleno florecimiento, y no tardará en verse felizmente casada. Nuestros embajadores nos la describen como una bella joven llena de vitalidad, dotada de inteligencia y encanto considerables. Su soltería no debe desesperarla.*

*Nuestro médico, De Chauliac, os agradece el elogio de sus notables logros médicos. Tal como solicitasteis, os enviaremos a un médico instruido por el propio De Chauliac, confiando en proteger a vuestros amados vástagos del terrible azote de la peste. Debéis velar por una estricta observación de sus órdenes; no permitáis que la princesa se extravíe por exceso de carácter. Debe observar con diligencia los consejos del médico, y rezar a diario por la continuidad de su buena salud.*

*Noble monarca, en esta ciudad sufrimos tormentos indecibles. Sería imposible describiros con veracidad el estado en que se encuentra la hermosa Aviñón. Cientos de personas mueren a diario y son enterradas en el acto, o bien, a falta de sepultura disponible al momento, quedan en el río esperando el eterno descanso. Diríase que Dios se propone eliminar por entero a nuestra especie. Nos preguntamos qué pecado habrá podido provocar Su terrible ira. Cuidad de vuestra salud, y seguid las indicaciones de nuestro emisario. Os imploramos que os protejáis a vos mismo y a vuestra familia, y que oréis cada día por que Cristo y Su madre bendita velen por vos a todas horas.*

*Jinetes veloces llevarán este mensaje hasta vos, a fin de que os veáis aliviado cuanto antes de la inquietud con que contempláis tan graves asuntos. La expedición saldrá en cuanto se halle organizada como es debido. En estos tiempos terribles, debemos tomar todas las precauciones para que el viaje llegue a buen fin.*

*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sanctis, os enviamos nuestros mayores deseos*

*de que no se turbe vuestro bienestar ni la prosperidad de vuestro reino.*

*Clemente VI, obispo de Aviñón.*

Clemente dio la carta a De Chauillac, quien la leyó con atención y, sonriendo, dijo:

—Eduardo creerá que queremos meterle un espía en casa. A estas alturas ya no estará tan seguro de la oportunidad de su petición; por lo tanto, importa poco a quién enviemos: sea quien sea, obtendrá escasa cooperación por parte del rey, aun siendo éste quien solicitó su presencia.

—Tal vez —dijo Clemente—, pero resulta divertido saber que podemos provocar tantas alteraciones en la casa real; quiera o no, le enviaremos un médico, el más entusiasta y entregado que encontremos. Entonces descansaremos a gusto, conscientes de seguir siendo una espina clavada en el costado de nuestro querido hermano inglés.

La pena volvió a adueñarse de Alejandro en cuanto despertó; desaparecida la viuda y muerto Hernández, la casa, pequeña y silenciosa, le pareció más grande y vacía. Nunca se había sentido tan solo; sus únicos conocidos en Aviñón eran el intolerante boticario y la taciturna viuda Selig. Extraviado en el laberinto de su dolor, no tenía a nadie que lo consolara de la pérdida del rudo soldado que se había convertido para él en una especie de hermano.

Registró, sintiéndose como un fisgón, todos los armarios; buscaba algo que le diera sensación de familiaridad, cualquier cosa; pero nada había salvo los omnipresentes excrementos de ratones y ratas que infestaban prácticamente todas las casas, aun las más impolutas; imagen familiar de la que, lejos de obtener consuelo, no extraía más que repugnancia. Sentado en silencio frente a la mesa del comedor, comió un mendrugo de pan acompañado por algo de queso, alimentos que había encontrado en la despensa. Cuando no pudo comer más, fue a buscar su instrumental al dormitorio de Hernández y lo limpió en el cubo de agua de la cocina. Tendré que bajar su cadáver por las escaleras para cuando pase el carro, pensó con tristeza, imaginando los miembros de su amigo sobresaliendo de los lados del vehículo como rígidas varas blancas. Ahora no; no podría. Tras envolver las herramientas con una vieja camisa de Hernández, se encaminó a su nueva consulta con la esperanza de hallar cierta distracción.

Recorrió la callejuela entre transeúntes que pasaban por su lado a toda prisa; ya cerca de la consulta, vio que en la puerta había una especie de aviso colgado de un clavo; lo cogió y examinó el sello con mayor atención, descifrando la inscripción

latina que había sido impresa en un círculo de cera de irregulares contornos.

El sello rezaba: «Su Santidad Clemente VI, obispo de Aviñón».



## OCHO

**J**anie insertó la tarjeta de plástico en la ranura de la puerta de metal de su suite. Una vez dentro, dejó el maletín en el suelo y se derrumbó en una butaca, recostándose hasta quedar estirada en casi toda su considerable estatura; después dejó caer un brazo y se llevó el otro a la frente, adoptando una postura de total sumisión a los frustrantes acontecimientos del día.

—¡Venga, mundo, no te cortes, dame duro! —dijo a Caroline, que había entrado en segundo lugar cerrando la puerta tras ella—. Me encanta que me peguen.

Lo primero que hizo Caroline fue sacarse del bolso el envoltorio de plástico con el círculo de tela y ponerlo en la nevera de Janie.

—¡Qué bien sienta compadecerse a sí misma de vez en cuando! ¿Verdad? —comentó, mientras tomaba asiento frente a la pequeña mesa de Janie.

—Tú dirás —dijo ésta, sin quitarse el brazo de los ojos—. Y, dadas las circunstancias, no hay nada mejor que hacer. —Pasados unos instantes, se incorporó y, suspirando, se frotó los ojos; después miró el montón de papeles posado en la mesa y dijo—: En fin, más vale que vayamos averiguando de dónde proceden las muestras que faltan.

Al ojear los papeles, encontró el mapa de localización y la lista de propietarios. Cotejó el elenco de las cuarenta y ocho muestras bajo control con la lista total, y elaboró un índice de las muestras que no aparecían en el primero; a continuación comparó dicho índice con el mapa y, guiándose por la cuadrícula, marcó la situación de todas las muestras ilocalizables, utilizando como señal un pequeño rostro circular de expresión malhumorada.

—¡Cómo no! —dijo—. Están desperdigadas por toda la ciudad. ¿Cómo se me ocurriría esperar que estuvieran alineadas?

Caroline la miró por encima del hombro.

—¿Ignorancia? ¿Estupidez? ¿Falsas ilusiones?

—Todo eso y más —dijo Janie—. No siguen ningún orden lógico. Imagino que el que trasladó los tubos se limitaría a coger seis al azar y dejarlos en otro sitio.

—Tal como parece que van saliendo las cosas, apuesto a que ese sitio es de lo más inoportuno —dijo Caroline.

Janie devolvió los papeles a la mesa y se restregó los ojos por segunda vez. Permaneció un rato de codos sobre la mesa, aguantándose la cabeza con las manos.

—No señor, no dejaré que me hundan —dijo, incorporándose en la butaca—. Ahora mismo empiezo a hacer llamadas para que nos dejen volver a excavar. No hará falta repetir el papeleo; para la segunda muestra debería bastar con un acuerdo verbal.

Caroline estaba sorprendida.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —preguntó—. ¿Por qué no esperas a que tu amigo te diga algo antes de repetir lo que ya has hecho una vez?

Caroline cogió la lista de propietarios y le echó un vistazo, fijándose en los que había marcado Janie. Frunció el entrecejo.

—Hay dos que costaron de convencer —dijo. Puede que no nos dejen repetir. ¡En fin, menos mal que no falta el último! No me imagino volviendo a casa de aquel viejo para decirle: «Disculpe, señor Sarin, ¿se acuerda de la muestra de tierra que le robamos? Pues siento decirle que tendremos que robarle otra». Además, con una incursión nocturna por el campo tuve bastante para toda la vida. ¡Qué miedo daba el sitio ése!

Janie convino en que era cierto.

—Sí que daba miedo, sí —dijo—. Aunque, ¿sabes qué te digo? Que aunque no consiguiéramos de él lo que buscábamos, el viejo me cayó bien; nos dijo que no tan amablemente... —Apartó la butaca de la mesa y la hizo bascular hacia atrás, mientras mordisqueaba un lápiz—. Tengo curiosidad por saber su historia. Vive solo en su casita, con la única compañía de un perro. ¿A que parecía demasiado raro para tener mujer e hijos?

—No vi fotos de nadie que pudiera ser de la familia; sólo una de una mujer y un niño que parecía antigua, como de los años cuarenta; lo digo porque era en blanco y negro, y la mujer iba con una especie de recogido y tacones macizos como los que se llevaban entonces. A lo mejor era él con su madre.

—Puede ser. Me pareció como un poco retrasado. Quizá no haya llegado a casarse.

—Retrasado no sé. Un poco lento quizá sí; en todo caso, algo tiene de raro.

Antes de que Janie pudiera llegar a alguna conclusión sobre lo que diferenciaba a Roben Sarin de sus congéneres, sonó el teléfono. Janie se levantó de un salto y sólo dejó que sonara una vez.

—¿Sí? —dijo, ansiosa.

Se oyó una voz de hombre:

—Más vale que te andes con cuidado, o tendré la impresión de que estás impaciente por oírme.

Janie casi le «oyó» sonreír al otro extremo de la línea.

—¿Bruce? —preguntó.

—El mismo.

—¿Los has encontrado?

Bruce contestó con una risita.

—Bien, gracias; ¿y tú?

—Lo siento —dijo Janie—. Disculpa mi impaciencia; sí, también estoy bien. Y me alegro de oírte.

—Pues aún vas a alegrarte más. Tengo delante un documento que atestigua el envío de seis tubos de metal de un metro de largo cada uno.

—¡Fantástico! —exclamó Janie con alegría—. ¿Dónde están?

—Ahí es donde las cosas se complican: no estoy muy seguro. Pueden estar en dos lugares. Tenemos dos instalaciones de almacenamiento a largo término, una en Manchester y otra en Leeds. El documento sólo dice que salieron de aquí y que se enviaron artículos a ambos edificios, sin especificar qué iba adónde. Ya he llamado a los dos almacenes, y espero respuesta como máximo mañana por la tarde.

—¿Hoy no? —preguntó Janie, sin ocultar su decepción.

—Podría ser, pero no estoy seguro. De todos modos, de mañana no pasa. ¿Podrás esperar, o es pedir demasiado?

Janie se dejó caer en su asiento con un suspiro.

—Me parece que no tengo elección. Necesitamos esos seis tubos; como establecimos una cuadrícula de puntos de excavación de seis por nueve, podríamos dejar de lado una fila de seis a un extremo u otro sin que la muestra perdiera validez; pero no las recogimos por filas, sino de forma mucho más desordenada, dependiendo sobre todo de en qué puntos estaba hecho el papeleo; por eso las almacenaron sin ningún orden en concreto. Las que faltan están repartidas por toda la cuadrícula, así que o conseguimos las originales o las hacemos otra vez. Justo ahora me estaba explicando Caroline lo que costó convencer a dos de los propietarios. Creo que lo lógico será esperar un día más para evitar tener que volver a hablar con ellos.

—Parece complicado; supongo que en tu situación también esperarías.

—De momento, por desgracia, no tenemos más remedio que quedarnos mirando las musarañas.

Bruce se echó a reír.

—¿No sabes que en Londres es ilegal mirar las musarañas? Al alcalde le ofende.

Existe un ministerio sólo para eso, con una plantilla de burócratas que se ocupan exclusivamente de comprobar que nadie mire las musarañas dentro de los límites de la ciudad.

—La verdad, no me sorprende. Aquí tenéis ministerio para todo.

—Pero a lo mejor puedo ayudarte a evitar el hastío. ¿Ya has visto el Museo Británico?

—Lo único que he visto es el mango de un perforador de tierra. Hemos estado demasiado ocupadas para hacer turismo: en cuatro días teníamos todas las muestras.

—¡Uau! —dijo Bruce.

—Tú lo has dicho. El segundo y tercer día tenía agujetas por todo el cuerpo. No estoy acostumbrada a agacharme tantas veces.

—Pues yo hace tiempo que no voy al museo. ¿Por qué no vamos juntos esta tarde? Estoy en situación de afirmar que no habrá necesidad de que te agaches. Después podríamos tomar una copa, o incluso ir a cenar, y así hablamos un poco.

Janie vaciló, preguntándose si no sería mejor mantener su relación en un ámbito estrictamente profesional; pero la invitación parecía sincera, y Bruce era un hombre muy atractivo. Relájate, Janie, se dijo.

—No cuelgues —pidió a Bruce; y, tapando el micrófono con la mano, susurró a Caroline—: ¿Te importaría quedarte sola esta noche?

Caroline negó con la cabeza, arqueando ligeramente las cejas. Janie quitó la mano del teléfono y dijo:

—No estaría mal.

—Perfecto —contestó Bruce—. Pasaremos un buen rato. ¿Qué tal si paso a buscarte a las cinco?

Janie miró el reloj y vio que eran las tres y media. Me da tiempo de ponerme presentable, pensó.

—Me parece bien —dijo—. Nos vemos luego.

—¿Y bien? —preguntó Caroline en cuanto Janie hubo colgado el auricular—. La conversación parecía la mar de efusiva, sobre todo al final. ¿Eso quiere decir que hay buenas noticias?

—En efecto. Ha averiguado que los tubos fueron enviados a un lugar a elegir entre dos, y mañana sabrá de cuál se trata.

—¡Estupendo! —dijo Caroline—. ¡Uf, qué alivio! Pero ¿qué tiene que ver con que me quede sola esta noche?

—Eso es lo mejor —dijo Janie con una mueca burlona—. Esta noche salgo con él.

—¡Vaya, no está mal! —observó Caroline—. Llegar a Londres en busca de datos y acabar con una cita.

—Hace como veinte años que no quedo con nadie. No sé si me acordaré de lo que hay que hacer.

—Ya verás como sí. En cuanto hayan pasado cinco minutos te acordarás de todo.

—Ojalá tengas razón.

Janie y Bruce se hallaban en una sala poco iluminada del segundo piso del Museo Británico, contemplando una vitrina cuya parte superior estaba cubierta por una tela y llevaba escrito lo siguiente: «Por favor, para ver el documento levante el protector, y cuando acabe vuélvalo a dejar en su sitio».

Al levantar la tela, Janie dijo:

—¡Estos británicos! Siempre tan educados, hasta cuando te están diciendo lo que tienes que hacer.

—El pasatiempo natural de este país son los modales.

—Ya empezaba a darme cuenta.

Mientras Janie sostenía la tela, Bruce leyó el rótulo colocado junto a lo expuesto.

—«Carta del papa Clemente VI al rey Eduardo III, escrita durante la Peste Negra (1348), acerca del envío a la corte inglesa de un representante papal con la misión de proteger a la familia real de la peste bubónica».

El tiempo había oscurecido el color del pergamino y aclarado el de la tinta. Janie distinguió algunas palabras, pero no las suficientes para leer el texto.

—¡Caray! —exclamó—. ¡Esto sí es antiguo!

—Mucho —dijo Bruce, volviendo a colocar la tela—. Fue una de las cosas a las que más me costó acostumbrarme cuando llegué. ¡Todo es tan antiguo!

—Porque tú eres de California, ¿no? —preguntó Janie.

—¿Aún te acuerdas?

—De alguna que otra cosa suelta, aunque debo confesar que mi memoria no es la de antes.

—La mía tampoco —dijo Bruce—. Pero sí, soy de California; de Los Ángeles, que es el polo opuesto de Inglaterra en casi todo. Es verdad que tenemos algunas

antiguallas de cuando se instalaron los españoles, pero ni punto de comparación con lo de aquí. Además, en este país todo es pequeño, mucho más que en Estados Unidos. Cuando se construyó Londres la gente era más pequeña que ahora. Tú eras de Massachusetts, ¿verdad?

—Sigo siéndolo —dijo Janie. Vivo en una ciudad pequeña cerca del extremo oeste del estado, a unos ciento sesenta kilómetros de Boston. Tenemos cosas bastante antiguas, unas cuantas casas del siglo diecisiete; todo muy pintoresco, típico de Nueva Inglaterra, con una calle mayor preciosa bordeada de edificios de principios del diecinueve.

Siguieron recorriendo el museo e intercambiando observaciones sobre los diversos objetos expuestos, amén de comentarios generales acerca de sus vidas. Después de un rato, llegaron a una sala llena de esculturas egipcias de gran formato. Se sentaron en un banco desocupado que había a un lado de la sala. El tamaño de sus cuerpos contrastaba con las enormes proporciones de lo expuesto.

—¿Será así como se sienten los perros cuando están al lado del sofá?

Bruce echó un vistazo a la sala.

—En todo caso, un perro muy pequeño.

Janie se fijó en su acompañante: «Ni una arruga», pensó. Bruce se volvió hacia ella, y se miraron a los ojos por espacio de unos segundos. Se palpaba cierta tensión en el ambiente, pero Janie lo solucionó con una pregunta:

—Bueno, y ¿cuánto llevas aquí? Quiero decir en Inglaterra.

—Dieciocho años.

—Son muchos.

—No sé; a mí no me parecen tantos. Ted me dio el empleo recién salido de la residencia; conocía al doctor Chapman, el jefe de mi turno, que le habló de mí. Me hizo una oferta que no podía rechazar.

—Y, por lo que se ve, no lo hiciste.

—Para nada. Y aquí sigo, después de tantos años. La verdad es que nunca me he arrepentido de haber venido. Algunos proyectos del instituto han sido el no va más, cosas interesantísimas.

—No sé por qué, pero cada vez que te oigo decir ese nombre me siento intimidada.

—A algunas personas les impone mucho; según lo que hagas puedes pasarte ahí la vida entera. Pero a mí el trabajo me gusta. Me despierto cada día contento de poder ir. La única pega es que nunca he conseguido ejercer la medicina, y sospecho que me

habría gustado. He estado aislado del mundo real en mi laboratorio de vidrio y cromo, devanándome los sesos horas y horas.

—Yo pasé unos quince años ejerciendo —dijo Janie.

—¿Pasaste?

—Sí. Ya no ejerzo.

—¿Por qué no? ¿Forma parte de esa historia larga y triste de la que has hablado antes?

—Sí. ¿Quieres que te la cuente? Tardaría un buen rato.

Bruce echó un vistazo a su reloj.

—De momento no nos van a echar.

—Adelante, pues —dijo Janie. Respiró hondo—. Cuando pasó la primera Epidemia y murió tanta gente, acababa de concluir el proceso de reorganización médica. No habían conseguido sacar en claro la fórmula de distribución de facultativos; la verdad es que siguen igual. Ahora es posible que ya no lo consigan. Bueno, pues resulta que en varias especialidades sobraba mucha gente. Yo era cirujana, y la cirugía era una de esas especialidades con excedentes. Los médicos de cabecera tenían contactos frecuentes con pacientes infectados, y de resultados de ello murieron muchos. Como no quedaba nadie para ocuparse de unas simples anginas, el Congreso aprobó una medida de emergencia para reasignar algunos grupos de especialistas a la medicina general y un par de áreas más en que faltaba gente; pero aún quedaban demasiados médicos para la población superviviente, y el coste de enfrentarse a la epidemia se comió gran parte de los recursos de salud. Entonces, para no desequilibrar los presupuestos federales, a muchos nos dejaron literalmente de patitas en la calle.

—¿En la calle? —dijo Bruce—. No lo entiendo.

—Nos mandaron literalmente que dejáramos de ejercer.

—Pues los abogados debieron de pasarlo en grande.

—Imagínate. Las demandas no se acabarán nunca. Yo intervengo en varias colectivas, pero mi abogado dice que dadas las condiciones de emergencia la decisión, a grandes rasgos, es legal; guerra, hambrunas, peste y situaciones por el estilo. Lo que es legal o no lo decide el Congreso; basta con que apruebe una ley. Después, decidir si esa ley es constitucional es cosa de los tribunales, y ya sabemos lo rápidos que son. En definitiva, que lo que importa, al menos tal como lo veo yo, no es saber si las regulaciones van a superar la prueba, sino cuánto tardaremos en desembarazarnos de ellas. Puede tardar lo suyo. Mientras tanto, nos dieron la opción de entrar en una lotería en la que se nos asignaba al azar a nuevos campos

relacionados con la medicina, y, si era necesario, se nos facilitaba el reciclaje.

—Y tú escogiste esa opción.

Janie asintió.

—¿Qué te tocó?

—Arqueología forense.

—¡Caray! ¡Es la especialidad más rara que he oído en mi vida!

Janie adoptó un tono de lo más sarcástico.

—Menos de lo que crees. Hay que saber cosas muy variadas, desde arqueología a investigación judicial. Si quedaban tantas vacantes fue porque muchos murieron, por ser los primeros que tocaban los cadáveres.

—Seguro que caían como moscas.

Janie asintió.

—Esta tarde has hablado de un título.

—Sí. Tengo que seguir unos cursos que antes no me habrían hecho falta, y después escribir una tesis, que es justamente el motivo de este viaje.

Bruce movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Por lo visto aquí estamos bastante mejor de lo que nos imaginamos. Igual me quedo para siempre.

—¿Has cambiado de nacionalidad? —preguntó Janie.

—Qué va; ni creo que vaya a hacerlo: me gusta demasiado ser americano. Al menos por aquí me da cierto cachet.

—¿Cuánto hace que no vas a Estados Unidos?

—¡Vaya, tenía que llegar la pregunta! Cinco o seis años, como mínimo.

—O sea, antes de las Epidemias.

—Exacto.

Janie suspiró.

—Si hubieras vuelto después a lo mejor no tenías tantas ganas de quedarte con la nacionalidad. Hay un follón de padre y señor mío.

—Algo he oído; leo los periódicos y veo la CNN, pero supongo que hay que estar ahí para saberlo.

—Yo diría que sí —dijo Janie—. Ahora mismo, en Estados Unidos flota como una sensación de ley marcial que en los informes de los medios de comunicación no



sale. Nadie lo comenta demasiado, pero todo el mundo sabe que está ahí. A ver si me entiendes: ya no ves merodeando a esa especie de Gestapo de hace unos años, pero es como si durante las Epidemias alguien lo hubiera rociado todo con *Eau de Gestapo*, y no hay manera de que el olor se vaya del todo; como cuando hay una mofeta muerta, que la hueles durante días.

—He oído hablar de ello; debe de ser que no le he hecho mucho caso. La verdad es que no tengo demasiados motivos para seguirlo de cerca, porque de momento no tengo intención de volver. He intentado no perder el contacto, pero no puede decirse que me esfuerce mucho. Toda mi vida profesional está aquí. En casa me quedan un par de viejos amigos, pero poco más; y no es que anden muy enterados de política. Mis padres están muertos, y soy hijo único.

—Los míos también murieron. Tengo la sensación de haber retrocedido un par de generaciones desde las Epidemias; antes, la gente de nuestra edad solía tener padres; es más, yo tenía abuela hasta hace dos años, aunque murió de vieja, no por las Epidemias. Un día ya no se levantó. Mis padres no tuvieron tanta suerte.

Janie permaneció en silencio, con la cabeza ligeramente inclinada. Bruce se limitó a un discreto «lo siento».

—Gracias —contestó Janie—. Yo también. Los echo de menos.

Bruce se preguntó si sería el momento indicado para formular otra pregunta a la que llevaba un tiempo dando vueltas. Estamos hablando de familia, ¿no?, alegó para convencerse.

—Dices que ahora tu apellido es Crowe. ¿Estás casada?

—Lo estuve —dijo Janie en voz baja.

—¿Tienes hijos?

Una pausa significativa precedió a la respuesta. Cuando habló, Janie lo hizo en voz muy baja, casi inaudible.

—Tenía.

—Dios mío... —dijo Bruce, poniéndose tenso a medida que captaba el significado de lo que acababa de oír. Lo ha perdido todo de golpe, pensó anonadado—. Lo... lo siento, Janie. Ni se me había ocurrido; si no, no habría sacado el tema. Aquí no fue tan duro, y la verdad, no estamos acostumbrados a la idea de que todo el mundo perdiera a algún ser querido.

Janie reaccionó con un breve y entrecortado sollozo, al tiempo que una lágrima le asomaba por el rabillo del ojo y, llegando hasta la punta de la nariz, se quedaba colgando unos instantes antes de caerle sobre las piernas. Acto seguido volvió a mirar a Bruce, que no recordaba haber visto nunca tanto dolor concentrado en un solo

rostro. Janie trató de sonreír.

—No te preocupes —dijo—. No podías saberlo.

Algo más erguida, se despejó la nariz e hizo el gesto poco elegante de limpiársela con el puño de una de las mangas.

—No hay manera de que lleve kleenex encima —dijo—. ¿Crees que el Ministerio de Modales intentará arrestarme?

Bruce se echó a reír.

—Yo no pienso delatarte, aunque es más probable que te arreste el Ministerio de Salud, por «efusión pública de fluidos corporales». No te preocupes, tampoco se lo diré.

Aun a sabiendas de que Bruce estaba bromeando, el tono con que éste hablaba del Ministerio de Salud llevó a Janie a la conclusión de que derramar mocos y lágrimas en público estaba muy mal visto. Volvió a despejarse la nariz, aunque esta vez procuró hacerlo con mayor finura. La sensación de incomodidad se le pasó al ver que nadie de los presentes en la sala la miraba con especial interés.

—Gracias —dijo a Bruce, esbozando una sonrisa—. No creas que no agradezco tu discreción. Bueno, ¿y tú? —preguntó con voz más firme—. ¿Estás casado?

—No, no he llegado a dar el salto.

—Vergüenza debería darte —dijo para tomarle el pelo. Fue para ella una sorpresa darse cuenta de que el dolor se le había pasado del todo, sin dejarle ningún regusto amargo. «Puede que esté empezando a digerirlo», pensó—. Te has escabullido de la responsabilidad de reducir la población de mujeres solteras.

Bruce rio.

—¡Con qué autoridad femenina lo dices! No creas, habría cumplido con gusto mi obligación social de haber encontrado a la mujer soltera adecuada; pero, como iba diciendo antes, lo cierto es que estoy casado con mi trabajo. Cada vez que se pone en marcha un proyecto interesante llevo un ritmo de vida frenético, y dudo que alguien estuviera dispuesta a soportarlo.

—Se te ve contentísimo con lo que haces.

—Me encanta. Soy el solterón más feliz del mundo.

—Me das celos. Yo llevo casi dos años apartada de la cirugía.

Bruce le dirigió una mirada preñada de compasión.

—¡Uf! Debe de ser muy duro. ¿Has podido arreglártelas?

—¿Lo dices por el dinero?

Bruce asintió.

—En mi familia todos estaban bien asegurados, y cayeron a la primera, cuando las compañías de seguros todavía pagaban. Después mi abuela me dejó todas sus propiedades, que no eran pocas. Lo que menos me importa es el dinero; menos mal, porque he gastado un montón en viajes para el proyecto. No sabes lo complicado que es hoy en día conseguir visado. Te hacen pagar al entrar y al salir.

—De todos modos, creo que las restricciones que pusieron en marcha las autoridades de este país han acabado siendo una buena idea.

—Yo creo que sí. A vosotros no os afectó ni la mitad, y el gobierno británico no perdió el tiempo. Después de que empezaran las Epidemias, nosotros tardamos casi un año en cerrar las fronteras, cosa que me parece un fallo muy gordo; y una estupidez, teniendo en cuenta que empezó por la frontera mejicana. Pero claro, Dios nos libre de quitar a quien no es ni siquiera ciudadano del país el derecho de introducir enfermedades mortales y altamente infecciosas, no vayamos a perder la oportunidad de pagarles el tratamiento.

—¿Me equivoco, señora Crowe, o eso que acabo de oír ha sido un brote de conservadurismo? ¿Qué ha sido del juramento hipocrático?

Janie lo miró con dureza.

—Cuando empiezan a morirse cientos de personas a tu alrededor, y no puedes ayudarlos de ninguna manera, el juramento hipocrático se queda en pura palabrería. Una reliquia. Haces lo que tienes que hacer y punto, sin pensar en juramentos.

Bruce se sintió como si lo hubieran regañado.

—Nunca he estado en esa situación. Supongo que me cuesta entenderlo.

—A mí me cogió por sorpresa. Ya me veía pasando la vida cortando y cosiendo sin comprometer mis emociones, pero te aseguro, Bruce, que presencié cosas que costaba creérselas: cadáveres de bebés amontonados, llenos de pústulas, y todos del mismo hospital. Gente con síntomas visibles de infección tratados a punta de pistola, y arriesgándose a morir de un balazo si intentaban escapar; niños, incluso. Todo se salió de madre. Podría pasarme horas contándote las cosas más horribles.

Bruce no podía añadir gran cosa, y Janie estaba cansada de hablar de las Epidemias, ya bastante horribles de por sí; así pues, se quedaron sentados sin decir nada, mirando cada uno lo que más le interesaba. Se oyó una voz de mujer por la megafonía informando de que el museo cerraría en diez minutos.

—¿Qué te parece? —dijo Bruce al levantarse—. ¿Vamos a comer algo?

—Mira, la verdad es que ahora mismo no tengo mucha hambre —contestó Janie—. Quizá me convenga más volver al hotel.

—Pero si la noche es joven... —protestó Bruce.

—En estos momentos, por desgracia, yo no me siento tan joven. Creo que empiezo a darme cuenta de lo que me han cansado tantas complicaciones; además, me parece que aún no me he acostumbrado del todo a la diferencia horaria. Tengo la sensación de que me conviene dormir todo lo que pueda. ¿No podríamos dejarlo para otra ocasión?

Bruce no hizo el menor esfuerzo por ocultar su decepción; aun así, encajó educadamente la negativa de Janie.

—Claro que sí —dijo—. Cuando quieras.

La acompañó en taxi hasta el hotel, prometiendo llamarla al día siguiente en cuanto supiera algo de uno de los dos almacenes. Janie subió inmediatamente a su suite, se duchó con agua muy caliente y se acostó. A ratos soñaba con su marido y su hija.

A la mañana siguiente, cuando el teléfono la despertó, Janie no tenía la sensación de haber dormido diez horas. Contestó con voz soñolienta.

—Buenos días —dijo Bruce.

—¿Siempre estás de tan buen humor por la mañana? —contestó Janie sin despegar los párpados.

—¿Te he despertado?

Janie abrió los ojos y miró el reloj que tenía al lado de la cama. Ya eran las diez y cuarto.

—Pues sí, aunque no me guste admitirlo. Debía de tener sueño atrasado. Suelo despertarme a primera hora.

—¿Quieres que te llame cuando estés más despierta?

—No; parece tan contento que prefiero que me lo digas cuanto antes.

—¡Ah! —dijo Bruce—. Mi entusiasmo no ha pasado inadvertido. Bien, bien; es lo que quería. Los he encontrado, y están en la opción que queda más cerca de las dos.

Las preguntas se agolpaban en la mente de Janie, pero el sueño le impedía organizarlas. Se levantó y, sacudiéndose de la cabeza la influencia de Morfeo, preguntó:

—¿En cuánto tiempo puedo tenerlas aquí?

—Depende de lo ocupados que estén. No considerarán lo tuyo como una prioridad; la manera más rápida de recuperarlos sería ir a buscarlos en coche.

—¿Y en avión? Está muy lejos, ¿no?

—Sí, pero temo que si intentas trasladarlos por vía aérea te encuentres con varias trabas burocráticas. No sé cómo será en Estados Unidos, pero aquí todo lo que se transporta en avión tiene que cumplir ciertos requisitos; de hecho, hasta puede que tarde más en avión que en coche, por culpa del papeleo. Por lo que vi en el laboratorio, tus muestras tienen demasiada pinta de bombas.

—De acuerdo, alquilaré un coche...

Bruce la interrumpió.

—Hay otro problemilla, y es que para entrar en el edificio tienes que llevar ciertos permisos. Yo los tengo casi todos, y Ted la colección completa; en cambio, si fueras tú sola, te pasarías sentada un par de semanas esperando a que algún subministro decidiera si en tu país eres persona de orden, y si tienes la calificación científica necesaria para manejar materiales que conllevan riesgos biológicos. Ya te imaginarás los problemas con que podrías topar.

—Y tu director... ¿Cómo se llama?

—Ted.

—¿Ted tiene alguna influencia?

—Sí, sí la tiene. Puede conseguir traslados rápidos en uno y otro sentido. Por desgracia, el que se las sabía todas era Frank, que tuteaba a todos los directivos de almacenes. No hace falta que te diga que tendrías bastantes menos líos si no hubiera muerto.

—No me lo recuerdes. O sea que para entrar en el almacén dependo de Ted.

—¡Huy, vas muy deprisa! Hasta con la ayuda de Ted podría ser que no te dejaran entrar, y que tuvieras que esperar a que te hicieran caso. Vuelta a la primera casilla.

Todas las propuestas de Janie tenían su pega.

—¡No son residuos nucleares! —dijo indignada—. ¡Sólo es tierra, como la que solía usarse para plantar lo que comíamos antes! —Adoptó el tono quejumbroso de quien se compadece de sí mismo—. Mira, ¿sabes qué? Que se fastidien —acabó diciendo—. Lo más fácil será olvidarse del asunto y volver a casa. No he hecho más que malgastar tiempo y dinero.

—Deja que te explique lo que se me ha ocurrido —dijo Bruce—. Primero pido a Ted que llame antes para acelerar el proceso; después te acompaño y lo traemos en mi coche. A mí me costará muy poco entrar; en cuanto a ti, sólo hará falta que mires por la ventana e identifiques los tubos para que no haya errores.

Janie estaba abrumada por la propuesta.

—Eso representa mucho tiempo y esfuerzo para un simple conocido de hace veinte años. Es muy amable de tu parte. No sé qué decir.

—Di: «Gracias, Bruce, estaré encantada de que me acompañes».

Janie rio.

—Muy bien. Gracias, Bruce, estaré encantada de que me acompañes.

—Eso está mejor.

Janie dejó pasar unos segundos y preguntó:

—¿Por qué lo haces?

—Por la mejor razón que existe —contestó Bruce—: Porque quiero. De vez en cuando da gusto poder ayudar a alguien. Hace que me sienta bien.

Jame sonrió al auricular.

—¡Pues no veas lo bien que me sienta a mí! No es mal momento para que me echen una mano.

—Me alegro de poder echártela yo; pero prepárate a sentirte todavía mejor: creo que podré arreglar que trabajes tú misma en el laboratorio. Antes de que empiece el proyecto tendré un poco de tiempo libre, y estoy familiarizado con casi todos los aparatos. Ya dijo Ted que podría conseguirnos las autorizaciones necesarias, siempre y cuando ninguna de las dos haya bombardeado un edificio oficial en los últimos años.

—¡Caray, Bruce, me dejas sin palabras! Vuelvo a no saber qué decir.

—Di: «Sí, Bruce, te dejaré ayudarme en el proyecto».

—Es lo que decías tú de la oferta que no se puede rechazar. Acepto.

—Bien. Y ahora, si consigues despegarte las sábanas y acercarte hasta aquí dentro de unas horas, podré empezar a enseñarte cómo funciona todo. Si es capaz de trabajar sola, tu ayudante podrá hacerlo en presencia de un miembro de seguridad; no será muy difícil que le asignen uno. Así podrá seguir ocupada cuando tú y yo vayamos a Leeds.

—Esto ya es demasiado.

—En absoluto; un simple ejemplo de la clásica hospitalidad británica.

—Pues igual sigo tu ejemplo y me mudo de país. En el mío no estoy acostumbrada a que me traten así; sospecho que piensan que tratar bien a la gente la haría feliz, o algo siniestro por el estilo.

—¡Ten cuidado! —dijo Bruce, procurando devolver a Janie el buen humor—. La policía de modales no ve el sarcasmo con buenos ojos.

—Intentaré acordarme —dijo Janie con un matiz de amargura—. Entonces nos

vemos dentro de un rato, ¿no?

—Será un placer.

Se reunieron con Bruce en su despacho privado. Mientras esperaban, Janie echó un vistazo a la antesala. El mobiliario era muy masculino, oscuro y lustroso, como el propio Bruce. La secretaria estaba sentada detrás de una mesa negra con apliques de cromo; era una mujer madura, con edad para haber sido abuela varias veces: volantes, perlas y pelo muy cardado, de un tono ligeramente azul. Dudo que la escogiera él; lo que es seguro es que ella no eligió los muebles, pensó Janie, concluyendo que el responsable de la decoración era el propio Bruce. La idea de que no se lo hubiera pedido a su subordinada la complacía.

Bruce salió del despacho con rostro pulcro y lozano, y, mientras los tres se saludaban, Janie observó para sus adentros que su ex compañero de facultad parecía sentirse muy a gusto, tanto consigo mismo como con el lugar sobre el que ejercía su dominio profesional. Todo lo que lo rodeaba parecía estar en su sitio. Se notaba enseguida que Bruce se las arreglaba para influir en su entorno laboral hasta sentirse bien integrado en él; ni se le ocurrió siquiera la hipótesis contraria, la de que Bruce se hubiera adaptado al entorno; el paso de los años y la falta de contacto no impedían a Janie recordarlo como un hombre con demasiada personalidad, en el buen sentido, para dejarse dominar por las circunstancias. Durante unos instantes, envidió la facilidad manifiesta con que parecía moverse por la vida, y su fuerte influjo sobre cuanto tenía alrededor.

—Muy bonito —le dijo.

—Gracias —contestó Bruce, confirmando a continuación las sospechas de Janie —: Hace unos años lo reformé por completo. Antes era un poco asfixiante.

Janie advirtió con el rabillo del ojo que la madura secretaria se ponía un poco tensa, como si el comentario de su jefe la hubiera ofendido mucho pero estuviera dispuesta a todo antes que a demostrarlo. Janie ideó la hipótesis de que acaso se hubiera visto asignada a Bruce como secretaria en tiempos en que el aspecto del despacho la hacía sentirse más a gusto, y estuviera padeciendo con estoica dignidad británica su elección del mobiliario. Tomó nota mentalmente, sumando la pregunta a la lista de las que pensaba hacerle durante el largo viaje a Leeds.

Mientras recorrían los pasillos del instituto, Janie se sintió minúscula; paredes y techos eran de un mismo tono blanco mate, y el suelo estaba cubierto de un lustroso linóleo de color claro. En lo alto corrían tuberías que Janie atribuyó al sistema de calefacción original del viejo edificio; estaban pintadas con todo un abanico de tonos pastel, y destacaban por su limpieza, cosa que llevó a Janie a concluir que el sistema de ventilación debía de ser impecable.

—¡Qué grande es este edificio! —dijo a Bruce—. Da la impresión de estar muy cuidado, no como otros edificios viejos, que parece que se aguantan a base de cinta aislante.

—Sí, ya —dijo Bruce—. Lo hacen muy bien. Desde finales del siglo diecinueve no ha dejado de estar en uso. En principio era un hospital, y durante la epidemia de gripe de 1918 estuvo lleno a reventar. Cuando la Primera Guerra Mundial, muchos de estos pasillos estaban ocupados por soldados convalecientes que ya no cabían en las salas; también se trataron a muchas víctimas del gas mostaza.

Janie reflexionó sobre el horror de la guerra y las epidemias, hasta que tuvo la impresión de verlo supurar de las paredes que iban desfilando a su paso. Imaginó filas y filas de literas a ambos lados del pasillo, con soldados heridos en cada camastro, poco menos que adolescentes, o mujeres enfebrecidas por la gripe. Imaginó el verde claro de las paredes del hospital, pretérito y mal enfocado esfuerzo por infundir al paciente una impresión de serenidad de efectos antisépticos, cosa que sólo se conseguiría cincuenta años más tarde con el desarrollo de los antibióticos. La época de los antibióticos... ¡Qué maravilla!, pensó. Se podía curar casi todo. Ahora ya no. Casi oía el traqueteo de las cañerías y veía la grasienta pátina de hollín; mientras caminaba, le pareció verse solicitada por soldados que le suplicaban entre lamentos algo para aliviar su dolor, mientras las pobres ancianas se limitaban a gemir, exudando un olor a muerte y conscientes de que nada podía ayudarlas ya. Las imágenes se sucedían con tal nitidez que la pusieron nerviosa, hasta el punto de que palideció y tuvo escalofríos.

Mientras Bruce seguía comentando la historia del edificio, Janie salió de su fantasía en tonos verdes y volvió a la blanca realidad que la rodeaba. Un último recodo los llevó frente a la puerta metálica del laboratorio, con su ventanilla de vidrio grueso con refuerzo metálico. Bruce puso la palma de la mano sobre la superficie de un panel verde grisáceo colocado en el lado derecho de la puerta, y, pasados unos segundos, Janie oyó el chasquido de la cerradura electrónica. Una vez abierta la puerta, Bruce las invitó a pasar, momento en que Janie oyó el leve zumbido de una corriente eléctrica y, mirando hacia atrás, observó que la pantalla grisácea había adquirido una tonalidad azulada que se desvaneció en pocos segundos.

—Se está limpiando —explicó Bruce—. Después de instalar las cerraduras nos dimos cuenta de que el personal del laboratorio se resfriaba más que el de otros departamentos. Entonces implantamos a uno de los técnicos un virus inofensivo y no infeccioso. No llegó a aparecer en el laboratorio; por lo visto nadie se saltaba las precauciones. Pero sí estaba en los lectores de manos, a los que modificamos para que se esterilizaran ellos mismos: por la superficie de la pantalla pasa una corriente eléctrica, no tan fuerte como para hacer daño a nadie, pero sí lo bastante para matar a



los bichos que puedan corretear por la superficie. Está programado para seguir hasta que no detecte más microbios en la pantalla.

—Muy hábil —dijo Janie—, y muy eficiente.

—Es lo que se pretendía —contestó Bruce—. Y ahora, permitid que os enseñe el equipo.

Mostró a Janie y Caroline un panorama general de las instalaciones, señalando las zonas de acceso restringido que sólo podían utilizar quienes tuvieran autorización explícita, y aprovechando la visita para comprobar que dichas zonas estuvieran bien cerradas. Les enseñó el modo de empleo de todos los instrumentos que iban a utilizar para el análisis de tierra, y les indicó dónde estaban los manuales por si surgía algún problema; seguidamente les explicó cómo eliminar los desperdicios y cómo avisar a seguridad en caso de emergencia. Para acabar, las familiarizó con el sistema de comunicaciones y les explicó la manera de ponerse en contacto con él y con Ted.

—La mayoría de aparatos ya los he usado —dijo Caroline—, pero menos perfeccionados; aunque no creo que tarde demasiado en acostumbrarme a las mejoras. El problema será más bien cuando vuelva al laboratorio de la universidad; puede ser frustrante trabajar otra vez con las versiones viejas.

—En eso sí que ya no puedo ayudarte —dijo Bruce.

—A lo mejor también te conviene instalarte aquí —dijo Janie a Caroline—. Menos mal que sabes de qué van todos estos trastos, porque yo estoy ligeramente desorientada. Cuando vuelva de Leeds con las muestras que faltan tendrás que volver a explicármelo todo.

—No te preocupes —dijo Caroline, muy segura de sí misma—. Para entonces seré un verdadero as.

—Estupendo —dijo Bruce—. Mañana por la mañana, cuando llegues, tendrás un pase esperándote en recepción. Preséntate enseguida y haz que el recepcionista avise a seguridad.

Antes de salir, Caroline fue al servicio de señoras, y Janie y Bruce la esperaron en el recibidor. Bruce se volvió hacia Janie como si hubiera estado esperando una ocasión de hablar en privado.

—Lo pasé bien hablando contigo en el museo —dijo.

—Sí, estuvo bien.

—Cuando te propuse que fuéramos a cenar, me dijiste que cuando quisiera. ¿Qué te parece esta noche? Conozco un restaurante indio en South Kensington que es una maravilla.

Janie sintió levantarse en su interior unos muros como los que habían atrapado a su compañero de cola de Heathrow durante la inspección médica del Info-doctor. No podía remediarlo; desde la primera vez que había perdido a alguien en las Epidemias, le sucedía de forma regular y predecible, y, por desgracia, no había tenido más remedio que acostumbrarse. Con cada nueva pérdida los muros se habían hecho más gruesos, más protectores, y justo empezaba a darse cuenta de que con algo de esfuerzo podían retirarse uno a uno los ladrillos. De todos modos, saber que la existencia de esos muros la ponía a salvo de sufrir como un trauma nuevas pérdidas potenciales daba a Janie cierta tranquilidad espiritual, motivo por el cual hacía muy pocos esfuerzos por asomarse al mundo de libertad emocional que se abría más allá de ellos; cual recluso acostumbrado a la seguridad y sencillez de su cautiverio, Janie no estaba particularmente convencida de que huir fuera la mejor opción.

Tardó en responder, dejando que un pesado muro de silencio se interpusiera entre ella y Bruce, quien, a juzgar por su expresión, se estaba preparando para una negativa.

Janie se dispuso a dar explicaciones.

—Desde la... —Le costaba encontrar la palabra justa—. Desde que me pasaron todas esas desgracias, salir se me hace muy cuesta arriba. Me gustaría aceptar, pero todavía no me encuentro muy segura entre la gente; debe de ser por miedo a perder la compostura.

—Lo entiendo —dijo Bruce, sin añadir más que una mirada llena de calidez en la que se leía: «Confía en mí». Lejos de presionarla, dejaba en el aire la invitación, dando a entender que aceptaba a Janie como era.

Janie lo miró a los ojos sin saber muy bien qué buscaba, alguna señal de que no era prudente salir con él; pero no encontró ninguna objeción que entrara dentro de lo razonable.

—¡Qué caray! —dijo al fin, respirando hondo—. Acepto. ¿A qué hora?

—Pasaré a buscarte a las siete. —Bruce sonrió—. Esta tarde haré la reserva.

—Estupendo —dijo Janie, justo en el momento en que Caroline se unía a ellos—. Entonces nos vemos luego.

Se despidieron y tomaron direcciones distintas.

Las horas pasaron con rapidez insospechada, y por la tarde, cuando sonó el teléfono de la suite, Janie tuvo que reprimir un escalofrío de nervios, mientras se miraba al espejo por última vez antes de bajar. El deseo espontáneo de resultar atractiva la había llevado a acicalarse con esmero, cosa que, desde el fin de la época de las Epidemias, no había hecho en demasiadas ocasiones.

Lo que vio en el espejo no la decepcionó. A sus cuarenta y cinco años, se mantenía delgada, a causa sobre todo de su obsesión por el ejercicio, única práctica que le permitía dar salida a la agresividad y el dolor ocultos en su interior. Algunas hebras blancas veteaban el color castaño oscuro de su melena; mientras se la atusaba, se le ocurrió teñírselas, y no por primera vez. Tenía la piel clara y, teniendo en cuenta la tensión de los últimos años, bastante tersa, haciendo salvedad de unas cuantas arrugas a ambos lados de la boca y un surco apenas esbozado en el entrecejo. Frunció éste, y el surco se hizo más profundo; lo borró con una sonrisa, pero entonces aparecieron las arrugas de la boca. Es inútil, pensó. Sus piernas, torneadas y firmes tras años de *jogging* diario, le parecían lo mejor de su cuerpo; de acuerdo con ello, se había puesto una falda por encima de las rodillas, amén de zapatos con algo de tacón para acentuar su estatura. Le gustaba ser una mujer alta; así podía gozar de una perspectiva reservada de costumbre a los varones, perspectiva que más de una vez le había proporcionado esclarecedores panoramas.

Estaba satisfecha de haber sacado el mejor partido de la materia bruta que poseía. Lo único que la decepcionaba era la expresión de sus ojos, cuya tristeza, arraigada en lo más hondo, era imposible tapar con maquillaje.

—Estás fantástica —dijo Bruce al verla acercarse por el vestíbulo—; mejor de lo que recuerdo haberte visto hace veinte años.

—Gracias —contestó Janie, sonriente—. Lo mismo digo. No entiendo que te mantengas tan joven.

—Atribuyo mi aspecto juvenil a lo húmedo del clima inglés —dijo Bruce con sarcasmo—; y a propósito, es curiosa la poca humedad que hace esta noche. El restaurante queda cerca. ¿Quieres que cojamos un taxi, o prefieres ir andando?

—Prefiero mil veces andar. Desde que estoy aquí me siento como una babosa; echo de menos los cinco kilómetros que suelo correr a diario.

—Pues a caminar se ha dicho —dijo Bruce, tendiéndole el brazo.

Encantador, pensó Janie al aceptarlo. Se encaminaron a la salida, topando de inmediato con una puerta giratoria que los obligó a deshacer su recién formada asociación. Se metieron entre risas en secciones distintas de la puerta, y, arrojados a la calle, volvieron a unir sus brazos.

Era hora de cenar, y las calles de Londres estaban poco animadas. De camino a South Kensington, Janie se sintió muy a gusto. Desde su llegada no había tenido ocasión de explorar la ciudad, y el aspecto de las fachadas y ventanas de oficinas la sorprendió por su sencillez. En los escaparates reinaba una discreción ajena a la

chillona acumulación de horribles artefactos publicitarios reinante en Estados Unidos. Recordó una tanda de anuncios televisivos en que un nuevo rico tejano sin el menor tacto estaba a punto de hacer desmayarse a una británica de buena cuna diciendo «pásame la mermelada», y concluyó que la anécdota resumía con bastante precisión la diferencia entre Estados Unidos e Inglaterra: Estados Unidos tenía civilización en un sentido general, y los criterios de esa civilización se redefinían según las necesidades; Inglaterra era «civilizada» en el sentido de los modales, dentro del cual no había cambio posible. Janie, por su parte, prefería no tener que escoger.

—Llevas mucho tiempo viviendo aquí —dijo a Bruce—. ¿Echas algo de menos?

—La cerveza fría —contestó él, echándose a reír—. Ese par de días de julio en que lo pasaba pipa con treinta y cinco grados a la sombra. Pero te acostumbras. Me he olvidado por completo de cómo es conducir por la derecha; cambio de marcha con la izquierda, y ya no malgasto el agua.

—Me he dado cuenta de que aquí el agua no es muy buena —comentó Janie—. La he estado comprando embotellada.

—Lo hace todo el mundo, los de aquí y los de fuera. En Estados Unidos estáis demasiado acostumbrados a la buena calidad del agua. A propósito, mi casa cae cerca de aquí. —Al pasar por un cruce, Bruce señaló un edificio estrecho de una de las calles laterales—. Es una casa como de pueblo, parecida a ésa de ahí. Yo ocupo los dos pisos de arriba. Es un edificio estrecho, pero para estar en Londres tiene buenas ventanas, y los techos son bastante altos. A veces me parece demasiado grande para mí, pero me gusta tener espacio, y supongo que a la larga acabaré por tenerla como me gusta. La compré hace unos años, justo antes de la primera Epidemia.

—Si hubieras esperado un año más seguramente la habrías conseguido mucho más barata. En Estados Unidos, con el bajón de la demanda, los precios cayeron en picado.

—Aquí también un poco, pero no tanto como cabía esperar; además, de entrada ya eran más altos de lo normal. Todo el mundo acepta que ha pagado demasiado; ahora los precios son más razonables, pero no me importa: estoy encantado con donde vivo.

—Pero bueno, ¿hay algo en tu vida que no te encante? —preguntó Janie, casi molesta—. ¡Parece todo tan perfecto!

Bruce dedicó unos segundos a reflexionar sobre ello.

—Hay veces en que no me gusta estar solo, y otras en que lamento no tener hijos, sobre todo en la época de las vacaciones. —Miró a Janie a los ojos—. Eso para ti debe de ser muy duro.

Janie suspiró.

—Sí, igual que los cumpleaños. Los aniversarios tampoco son precisamente para ponerse a dar saltos de alegría. En esas fechas lo paso bastante mal.

—¿Qué haces?

—Intento no tener cerca nada que me recuerde viejos tiempos —dijo Janie—, pero es difícil. Los recuerdos están por todas partes. Espero poder viajar más cuando haya obtenido el título; dentro de Estados Unidos, claro, que salir del país ya es más difícil. Lo lógico es que cuando tenga un trabajo pueda hacer planes. Viajar facilita las cosas, porque todo es distinto.

—¿Aquí te sientes mejor?

Janie tardó un minuto en contestar.

—Puede ser. Ahora mismo estoy bien.

—Me alegro —dijo Bruce—. Esperaba que lo dijeras.

Sonrió y, cogiéndola fuerte del brazo, entró con ella al restaurante.

Los recibió un aroma a cardamomo e hinojo, que, junto con las suaves notas de fondo de un sitar, contribuía a realzar la decoración india. Colgaban de las paredes tapices de terciopelo negro con elaborados motivos en varios colores: escenas de cuervos, elefantes y budas en el estilo bidimensional propio de Oriente.

Bebieron juntos media botella de vino tinto, y, ya más relajados, hablaron de sus vidas, de lo distintas que habían sido sus respectivas trayectorias. El sabor de los platos estaba a la altura de su aroma, y Janie se sorprendió de tener tanto apetito.

—He comido más que en todos los días que llevo aquí —dijo, al tiempo que doblaba la servilleta y la dejaba encima de la mesa—. Voy a reventar.

—Cuando salgamos daremos otro paseo —dijo Bruce.

—Buena idea.

Cogieron un camino muy distinto al que habían recorrido para llegar al restaurante, y no tardaron en internarse por un barrio residencial en que se veían muy pocos comercios. Bruce era el guía. A medida que lo veía recorrer el laberinto de calles, fue afianzándose en Janie la impresión de que la llevaba a un lugar concreto. Confirmando sus sospechas, Bruce se detuvo ante una casa de ladrillo blanco dotada de un encantador jardincillo delantero.

—Hemos llegado —dijo, señalando la casa—. Vivo aquí.

Janie contempló el edificio con recelo.

—Muy agradable —dijo, preguntándose si Bruce esperaba de ella alguna señal de

estar dispuesta a subir. Decidió eludir el tema y empezó a fijarse en las otras casas—. Es una zona muy bonita.

—Y tranquila —dijo Bruce—; no se oye nada, aparte de un par de perros.

Aprovechando el breve silencio que siguió, Janie fue repasando una lista de recriminaciones que habría hecho saltar las lágrimas a su psiquiatra. «Soy una adolescente de cuarenta y cinco años —se dijo—, en una noche cálida, plantada delante de una puerta con un hombre estupendo. Si entro, lo más probable es que pase un buen rato, y hasta que me desahogue un poco; pero también puedo volver al hotel».

Empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¿Has visto la hora que es...? —dijo Janie en el mismo instante en que Bruce le preguntaba:

—¿Te apetece subir...?

El cruce de palabras volvió a repetirse. Janie dijo:

—Me gustaría verlo, pero tenemos que marcharnos temprano...

Y Bruce:

—¡Claro, qué idea la mía! Debes de estar cansadísima...

Ambos rieron de lo tonto de la situación. Bruce miró su reloj.

—Casi son las once —dijo—. Podemos caminar hasta la esquina; es una calle de mucho tráfico, y no debería ser difícil conseguirte un taxi.

—Me parece buena idea —dijo Janie, ruborizada—. La verdad es que me convendría dormir bien antes de lo de mañana.

Cuando se apeó del taxi a las puertas del hotel, Janie pensaba en todo menos en dormir. Se metió en el ascensor, bajó en su piso y se puso el chándal en un santiamén. De vuelta a la calle, corrió hasta quedarse empapada de sudor. El corazón le latía a tal velocidad que parecía a punto de explotar.

A la una de la mañana puso la ducha al máximo de caliente y derrochó agua en la mejor tradición americana, exponiendo su piel sudorosa a lo que parecía una lluvia de alfileres al rojo vivo. Purgada de malos espíritus (al menos por un tiempo), y expiado el pecado de la pereza, se secó y se metió desnuda entre las sábanas. Cerró los ojos y, por una vez, no soñó.

Por si acaso, pensó Janie al meter en el maletín unas bragas y un cepillo de dientes. Después bajó al vestíbulo del hotel y aguardó la llegada de Bruce, que, según

lo prometido por teléfono el día anterior, se produjo al despuntar el alba. Esperemos que la misión tenga éxito, pensó Janie al alejarse el coche de Bruce del hotel y sumergirse en el tráfico londinense.

Pasaron casi toda la mañana por carreteras nacionales. Mientras Bruce conducía, Janie dedicó mucho tiempo a examinar el mapa, comparando las imágenes bidimensionales impresas en colores pastel con la verde y frondosa realidad de la campiña próxima a Londres. Para alivio de Janie, casi toda la conversación giró en torno a las zonas que recorrían, sin que salieran a colación temas demasiado personales. Cómodamente arrellanada en el asiento del copiloto, Janie pasó buena parte del viaje con los ojos cerrados, disfrutando de toda la paz que le permitían sus incertidumbres personales. En ningún momento perturbó Bruce su intimidad. Poco antes de mediodía abandonó la carretera principal y se internó en dirección norte por una carretera secundaria.

Janie salió de sus ensoñaciones al notar un cambio en la textura de la carretera y una reducción de la velocidad a la que iba el coche.

—¡Ésta no puede ser la salida que teníamos que coger! —dijo mirando el mapa.

—No —contestó Bruce—, tienes razón. Es la que tenía que coger yo.

—¿Cómo dices?

—Aquí está el pub que me gusta más de toda Inglaterra, y es hora de comer. Nos quedan unas dos horas para llegar a Leeds, y si no como algo dudo que mi estómago me lo perdone.

Al entrar en el pequeño edificio de estilo tudor, Janie dijo:

—Parece que nos pasemos la vida comiendo.

—Bueno, pero comemos bien, ¿no?

Janie no podía negarlo. Cuando el camarero le tendió la carta, Bruce se la devolvió de inmediato.

—Ya sé lo que quiero —dijo.

Pidió pudín de Yorkshire. Janie no se lo pensó demasiado y optó por una sopa y un bocadillo. Viendo comer a Bruce, se puso a comparar mentalmente al hombre que tenía delante con el muchacho que recordaba de los tiempos remotos de la facultad. El primero estaba invalidando sin problemas todos los peros que pudieran ponerse al segundo, y convirtiéndose en una sorpresa cada vez más agradable. Janie se preguntó si Bruce estaría pensando lo mismo de ella. Quizá ni siquiera se planteara establecer comparaciones entre la simple conocida de dos décadas antes y la mujer que le había permitido escudriñar sus más íntimos secretos. Bruce comía deprisa y a gusto, y de cuando en cuando se chupaba los dedos, tras rebañar enormes pedazos de

masa de pudín. Mientras Janie masticaba a conciencia cada porción de su exiguo almuerzo, recordó haber visto a Bruce en otros tiempos mojar donuts en el café, y comparó al Bruce pasado con el presente: fue un instante revelador, un estudio de las diferencias entre ambos, y una confirmación de su fe en que la manera de comer era el verdadero espejo del alma. Se preguntó qué estaría representando aquel momento para Bruce.

Justo entonces, como si quisiera contestar a su tácita pregunta, Bruce dijo:

—¡Esto sí es una comida!

Janie rio a carcajada limpia. Bruce la miró con las cejas arqueadas.

—Da gusto verte reír. Temía que se te hubiera olvidado. ¿Qué te hace tanta gracia?

—No, nada; la vida en general. De haber sabido que te convertirías en un tipo tan estupendo, creo que te habría hecho más caso de joven.

—Hombre, muchas gracias, hay de qué.

Aunque sus colegas solían tenerlo por un hombre encantador, Ted Cummings ocultaba bajo su pulcra fachada a un ser irritantemente espartano que siempre llegaba al trabajo a la hora en punto, inasible a la enfermedad, con todos los pelos en su sitio y ni una sola arruga. El dolor en la sien derecha con que despertó el viernes por la mañana lo cogió por sorpresa. En su casa no había aspirinas, ni prescritas legalmente ni no prescritas. Hacía años que no las necesitaba.

A punto estuvo de quedarse dormido, y tardó lo suyo en salir de la cama, levantando las piernas con dificultad y dejándolas caer pesadamente en el suelo. Aunque estaba descalzo, los pies le pesaban como si llevara botas con puntera de hierro. En la confusión mental de los primeros minutos, Ted se preguntó si no se habría incrementado durante la noche la fuerza de gravedad, dando pie a aquella sensación de pesadez tan abrumadora. Al levantar la cabeza del cojín, los pelos le salieron disparados en todas las direcciones, y tuvo que someterlos a una violenta disciplina antes de conseguir un aspecto más o menos presentable.

Llegó a la oficina más tarde que su secretaria, rompiendo por primera vez el ritual que había respetado desde su acceso a la cúpula del instituto. Tras echar un vistazo al correo electrónico, desconectó los altavoces del ordenador, pues bastaron pocos minutos para que sus mensajes y señales le resultaran odiosos. Siguiendo en la misma línea, apagó también el busca.

Fue a una de las consultas médicas del instituto y pidió dos aspirinas a la



ayudante del médico, que cogió la ocasión al vuelo para burlarse de él.

—¿Por qué no va a ver a su amigo el Infodoctor? —dijo con una sonrisita.

Ted rechazó la propuesta de inmediato. Pese al papel del instituto en el desarrollo y supervisión de los Infodoctores, Ted los odiaba, y sólo se acercaba a ellos para la inevitable revisión mensual. Ya había visto a demasiada gente cogida por la muñeca derecha al maldito aparato, protestando violentamente contra el confinamiento obligatorio con que la máquina respondía por sistema al hallazgo de algún microbio durante la inspección de rutina.

El malestar se había hecho tan intenso que Ted se tragó la aspirina a palo seco, sintiendo una desagradable acidez en la garganta. Pese a encontrarse cada vez peor, consiguió llevar a buen puerto la primera mitad de su jornada laboral, si bien, a decir verdad, no recordaba gran cosa de lo que había hecho. Más tarde dictó una serie de notas sobre las actividades que sí recordaba, incluido un primer vistazo a la lista de candidatos al puesto de Frank. Justo cuando había cerrado su maletín y se disponía a volver a casa para meterse en la cama, se acordó del círculo de tela. Vagaba por su mente la idea de que tenía que hacer una llamada, pero no conseguía recordar a quién. Registró su memoria, pero no logró extraer la información necesaria. ¿A quién tenía que llamar? ¿Qué tenía que decirle? Esto de que me falle la memoria debe de querer decir que estoy peor de lo que me imagino. Se planteó por primera vez la posibilidad de que su indisposición se debiera a algo más que a un simple catarro. A lo mejor es un caso de gripe fuera de temporada. Se propuso atacarlo con fuerza a base de cama, jarabes y, si podía conseguirlas, más aspirinas (¡si estuviera Bruce me haría la receta enseguida!), con la seguridad de que en un día volvería a estar en forma para volver al trabajo, y todo sin que nadie se hubiera enterado.

Dejando lo de la llamada para otro momento, se concentró en el círculo de tela. Fue al laboratorio, que seguía siendo el sitio más lógico donde buscar; confió en que la tentativa diera sus frutos, pues, a medida que pasaban las horas y empeoraba su estado, se iba dando cuenta de que tendría que dejar sus esfuerzos para cuando se encontrara mejor. Colocó la palma de la mano sobre la pantalla gris de la puerta principal del laboratorio y oyó el suave chasquido de la cerradura. En el momento mismo de entrar oyó un ruido semejante, el de unos dedos corriendo por el teclado de un ordenador, y encontró a Caroline absorta en uno de los sistemas informatizados.

Su presencia lo cogió por sorpresa. También había olvidado que la joven fuera a pasar el día trabajando en el laboratorio. Sólo la había visto dos veces, pero reconoció de inmediato su larga melena pelirroja y ondulada. Sintió el impulso de aprovechar que Caroline seguía de espaldas para coger un puñado de pelo y acariciarse la mejilla con él. Se preguntó si a ella le sentaría mal.

Estuvo a punto de tocar la rizada cabellera, pero se reportó, avergonzándose de

una acción tan impropia de él, y extrañándose de haber intentado tocar por sorpresa el pelo de una mujer, él, que antes habría acariciado la melena de un león. «¿Se puede saber qué te ha cogido?», se dijo a sí mismo, al borde de la histeria. Hasta el hecho de haber entrado en el laboratorio sin saberlo la joven lo ponía violento; así pues, anunció su presencia con un discreto carraspeo, olvidando que tenía irritada la garganta. Hizo una mueca de dolor.

Caroline se volvió, y sólo la buena educación evitó que Ted se quedara boquiabierto: sí, era Caroline, pero ¡qué distinta! Las mejillas de la joven habían perdido su color sonrosado. Tenía toda la cara blanca, salvo los ojos, rodeados por estrías encarnadas. Parecía tener dificultades para girar la cabeza.

Al darse cuenta de la impresión que había causado a Ted, Caroline se ruborizó, reacción que creó un fuerte contraste con su enfermiza palidez. Por la mañana, al mirarse al espejo, había advertido las señales de una enfermedad inminente, atribuyéndolo, igual que Ted, a un resfriado.

—Buenas tardes, Caroline —dijo Ted—. ¿Cómo estás?

Caroline tosió dos veces, una tos seca que ahogó con la mano.

—Confieso que he estado mejor —contestó—. Parece que he cogido algo serio.

—Por lo visto compartimos enfermedad —dijo Ted—. Será un resfriado: el invicto azote de la medicina moderna. Me alegro de no ser el único, pero siento que seas tú mi compañera de sufrimientos.

—Gracias. —Caroline esbozó una sonrisa—. Temo que sea algo más que un resfriado; desde que he salido de la cama tengo un dolor de cabeza de los que matan. Cuando acabe de copiar los archivos que me faltan, voy directa al hotel y me meto en la cama. Espero poder curarme sin llamar la atención de los biopolicías. Supongo que si me escondo pasaré desapercibida. Enseguida te dejo vía libre.

Caroline dio la espalda a Ted para sonarse la nariz.

—¡No, si no me molestas para nada! —dijo Ted—. Sólo quería localizar un par de cosas en el congelador, y luego ya me voy a casa. A propósito, ¿has sabido algo de nuestros amigos de Leeds? Me estaba preguntando si habrán conseguido encontrar las muestras de tierra.

La palabra «Leeds» volvió a activar la idea de «llamar por teléfono»; había una relación, pero ¿cuál? Sumamente contrariado, empezó a sentir una oleada de irritación que le impidió oír la primera parte de la respuesta de Caroline:

—... esta tarde, si consiguen sacarlas de ahí.

Caroline estaba diciendo que le parecía que podían volver por la noche. Ted, consciente de la lentitud de toda burocracia, y más aún de la burocracia científica

británica, lo tuvo por muy poco probable; pero, en lugar de expresar sus dudas, intentó embarcar a Caroline en una conversación sobre el trozo de tela contaminado.

—Bueno, y ¿has tenido tiempo de trabajar con lo que encontrasteis en uno de los tubos, aquel trozo de tela? Un descubrimiento muy interesante. Supongo que estaréis impacientes por examinarlo.

Caroline empezó a contestar:

—No, hoy no ha habido tiempo; tenía demasiado trabajo, y además nos...

Pero un ataque de tos casi violento dejó la frase en el aire. Caroline se levantó de la silla y, sin dejar de toser, apoyó las manos en las rodillas para facilitar la respiración.

Ted se acercó, alarmado, y le hizo unas friegas muy suaves en la espalda que parecieron surtir efecto. En breves instantes Caroline volvía a estar de pie, tosiendo ligeramente. Una vez recuperada el habla, rio un poco y dijo:

—¡Perdona! No he sido muy educada. Creo que lo mejor será volver al hotel ahora mismo.

¡No!, pensó Ted con desesperación. ¡No antes de que me digas dónde pusiste ese trozo de tela de los demonios! Intentó discurrir alguna manera de mantener viva la conversación, pero tenía el cerebro hecho puré, como una sopa espesa con grumos de alguna sustancia indefinida flotando alrededor. ¡Piensa, Ted!, se regañó a sí mismo; y por fin, transcurridos unos instantes de agónico vacío mental, se le aclaró un poco la cabeza y surgió por sí misma la idea de ofrecer ayuda. Aliviado por disponer al fin de una ocurrencia con visos de sensata, adoptó la más solícita de las expresiones.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, frunciendo el entrecejo para mostrar su preocupación—. Podría hacerte falta algo, sobre todo ahora que tu amiga está fuera. Quizá pueda hacer alguna cosa por ti.

Caroline volvió a sentarse y, después de toser un par de veces, empezó a ordenar la mesa.

—Es posible que necesite ayuda si la cosa va a peor. El sistema de asistencia médica de este país es muy intrincado, y tengo miedo de complicarlo aún más de lo necesario si intento que me ayuden por las vías habituales. Si me retienen, topáramos con toda clase de dificultades, y a Janie le da un miedo espantoso que le tomen las huellas corporales; está decidida a volver a Estados Unidos antes de que se lo exijan.

Ted no estaba de acuerdo en lo de las huellas corporales. Entre él y Bruce habían hecho mucho por perfeccionar la técnica, y, si bien habría sido el primero en admitir que ningún ser humano normal sujeto al proceso calificaría la experiencia de «agradable», opinaba que a pocos dejaría de parecerles interesante. Convino, sin

embargo, en la valoración de las posibles trabas para el viaje.

—Se entiende. Las dificultades podrían ser muy grandes.

Caroline siguió con el tema.

—Si Janie estuviera aquí me cuidaría, pero no está, y no sé muy bien cuándo volverá. ¿Podrías darme el nombre de un médico de verdad, por si lo necesito? Uno que no me delate. No sé qué tendré, pero está claro que me ha cogido muy rápido.

De los médicos relacionados con el instituto, más de uno se habría alegrado de prestar una ayuda discreta, aunque hacerlo estuviera técnicamente fuera de la ley. Para Ted, conseguir sus números era coser y cantar, pero vacilaba en poner a Caroline en manos de otra persona, pues, incluso en su estado de incoherencia mental cada vez más acentuada, se daba cuenta de no poder dejarla suelta antes de echar mano a la tela; no, el potencial de desastre era demasiado alto. Se sacó un bolígrafo del bolsillo superior de su bata de laboratorio y un bloc de notas de uno de los de abajo, y, después de apuntar una serie de números, tendió la hoja a Caroline.

—Éste es el número de casa —dijo; y, como no quería dejar entrever su falta de planes, añadió—: Sólo estaré a ratos, pero si necesitas ayuda llama y deja un mensaje. Creo que podré encontrar un médico que vaya a verte enseguida.

Caroline sonrió con alivio al coger la nota.

—Gracias —dijo con tono de sincera gratitud.

—¿Sabes una cosa? —comentó Ted—. No alcanzo a entender la repugnancia que tenéis los americanos a que os tomen las huellas corporales. No es peor que las mamografías de antes, y no hablemos de las testigrafías. —Ted se estremeció al pensar en la última vez que le habían hecho una inspección de testículos, después de la primera Epidemia—. Como herramienta de diagnóstico es una maravilla. ¡Lo mucho que se puede saber del cuerpo, y con tan poco esfuerzo!

—De hecho, Ted, creo que el problema es justamente ése.

—En fin, supongo que depende del punto de vista de cada cual; pero ya hablaremos del tema en otro momento. —Dirigió a Caroline una sonrisa exageradamente atenta—. Si vas a estar sola, quizá sea buena idea que te haga un par de llamadas durante el fin de semana. ¿Dónde te alojas?

Caroline contestó sin pensárselo dos veces.

—Muy bien, entonces estaremos en contacto —dijo Ted.

Se alejó de Caroline a regañadientes y fue a ver el catálogo del congelador. Poco antes, al entrar en el laboratorio, había recordado la tarea pendiente de encontrar un repuesto para *P. coli*, y estaba resuelto a sacársela de encima antes de meterse en

cama. Le parecía estar a millones de kilómetros del experimento; no hizo más que mirar su lista de nombres y comprobar que hubiera disponible una muestra de cada uno; una vez comprobado que así era, se olvidó por completo de cuanto significara trabajo.

Antes de marcharse entró en el servicio de caballeros, y, al lavarse las manos, se miró al espejo. Estaba empezando a hinchársele el cuello.

Janie y Bruce dedicaron el resto del viaje a Leeds a una conversación sin sobresaltos. Janie condujo en un tramo de carretera en que había muy poco tráfico, pero, al acercarse a Leeds y hacerse éste más denso, devolvió el volante a Bruce. Poco después, éste se apartó de la carretera principal y siguió una secundaria que llevaba a la fábrica de juguetes reconvertida en almacén. Aparcó en una zona de estacionamiento lateral. Mientras desentumecían las piernas, Janie echó un vistazo al reloj.

—Son las tres menos cuarto. Si conseguimos tenerlo todo hecho en una hora o menos, deberíamos poder volver sin prisas.

Bruce cerró el coche y dijo:

—Tenemos bastantes posibilidades. Confiemos en que Ted haya podido hacer valer su autoridad.

Después de formular varias preguntas a Bruce, el guardia de seguridad buscó en los archivos de su ordenador algún mensaje de Ted sobre los tubos trasladados. Bruce y Janie, impacientes, esperaron justo delante de los escáneres de seguridad, muy cerca de lo que necesitaba Janie, pero todavía en la zona exterior. Por desgracia no se habían recibido mensajes de Ted.

—He intentado contactar con su despacho directamente a través del ordenador —explicó el guardia—, pero su terminal no responde. Si tienen ustedes alguna otra manera de ponerse en contacto con él...

Bruce echó mano a su móvil y marcó el número personal de Ted, sin obtener respuesta.

—¡Mierda! —dijo, visiblemente disgustado—. No contesta. ¡Qué raro! Nunca lo he visto sin el busca.

Pese a realizar varios intentos en la media hora siguiente, no consiguieron localizar a Ted. Enfrentado a sus malhumoradas quejas, el guardia, que no quería seguir siendo blanco de protestas inmerecidas, los remitió al jefe de seguridad. Les dijeron que si empezaban los trámites enseguida podrían disponer de los permisos

necesarios al día siguiente por la mañana, sin que hiciera falta la autorización de Ted.

—¿Y qué hay de mis autorizaciones? —preguntó Bruce indignado—. ¿No cuentan o qué?

—Sí cuentan, doctor Ransom —contestó el jefe con una sonrisa melosa—. Sin ellas tardaría como mínimo una semana en sacar los materiales del almacén.

Bruce se llevó a Janie a donde no pudiera oírlos el guardia.

—No sé qué decir. Lo siento, lo siento de veras. Ted suele ser muy de fiar con los detalles; no entiendo que no haya hecho la llamada, con lo maniático que es en cuestión de trámites.

Janie intentó disimular su contrariedad y fracasó estrepitosamente. Se le tensaron los músculos de la cara, y se frotó las sienes para controlar un inminente dolor de cabeza. Inmóvil y silenciosa al principio, acabó por mirar a Bruce y decir:

—¡Qué montón de tonterías! No me extraña que el mundo se esté yendo a pique.

A falta de poder ofrecer una solución rápida, Bruce dejó el comentario sin respuesta. Al final dijo:

—«Así es», que diría un británico.

Asqueada por lo ridículo de su dilema, Janie dejó de lado todo formulismo y dijo:

—A joderse, qué coño.

La vehemencia de su ira no sorprendió a Bruce, que optó al contrario por encarrilarla hacia una solución.

—Te toca. ¿Qué quieres que hagamos?

Janie soltó un profundo suspiro.

—Ver en qué acaba esto, supongo. Si conseguimos salir de aquí mañana por la mañana, siempre me convendrá más eso que tener que repetir el muestreo. Creo que lo mejor es seguir intentando contactar con Ted. A lo mejor aún podemos arreglarlo hoy.

Bruce, que no quería darle falsas esperanzas, replicó:

—Me parece poco probable.

—¿Cuándo bajan la persiana?

—Supongo que a las cinco y media. —Bruce miró su reloj—. O sea, que nos quedan dos horas para localizar a Ted y hacer todo el papeleo; y, si lo conseguimos, aún nos faltará pasarnos casi toda la noche conduciendo. A lo mejor tenemos que quedarnos a dormir aquí, siempre y cuando no prefieras volver ahora mismo y empezar a recoger las muestras mañana a primera hora.

Cruzándose de brazos, como a la defensiva, Janie se puso a dar vueltas sin rumbo por el vestíbulo, con su pesada cartera colgada del hombro.

—No he vuelto a ponerme en contacto con los propietarios —dijo—. Estaba segura de que hoy se arreglaría todo. Ni siquiera sé si habrá alguien dispuesto a dejar que tome una nueva muestra.

La rabia y descontento de Janie pesaban mucho sobre Bruce, que en buena parte se atribuía la culpa.

—Mira —dijo—, hay que empezar a hacer planes. A mí no me importa pasar la noche aquí; además, aunque saliéramos ahora mismo llegaríamos tan tarde que no tendrías tiempo de hacer nada. Hay un hotel en el centro de Leeds que está muy bien, y estoy convencido de que tendrán habitación.

Janie le lanzó una mirada de sorpresa.

—Habitaciones —se apresuró a corregir Bruce.

Janie antepuso a su respuesta un hondo suspiro.

—No parece que haya mucho donde elegir. Tendremos que quedarnos. Ah, y te agradecería mucho que rellenaras los formularios, por si acaso. Ahora, que si por la mañana no tenemos los tubos, tendré que volver a Londres enseguida; aunque me ponga a cavar en cuanto vuelva, seguirán quedándome dos días de hacer el topo.

—No sabes cuánto lamento todo lo que ha pasado.

—No es culpa tuya, Bruce; al contrario, eres un sol por ayudarme. Ahora vale más que avise a Caroline; así podrá empezar a llamar a los propietarios. ¿Me dejas tu teléfono, por favor?

Bruce se lo dio, y Janie marcó el número de su hotel de Londres. Como en la habitación de Caroline no contestaba nadie, dejó un mensaje con instrucciones detalladas en el buzón de voz. Acto seguido Bruce volvió a llamar a Ted, pero las insistentes señales no recibieron respuesta.

Después de que Bruce hubiera acabado de rellenar la decena aproximada de formularios que le pedían en el almacén médico, se puso al volante del coche y condujo hasta el centro de Leeds sin cruzar palabra con Janie. Los indicaron cómo llegar al antiguo molino convertido en pequeño y acogedor hotel que Bruce recordaba de un viaje anterior, y lo encontraron sin dificultades, en el corazón mismo de lo que en tiempos había sido el centro de una activa ciudad eduardiana. La zona del hotel estaba experimentando un renacimiento como elegante barrio residencial y de ocio. Previamente a su renovación, el viejo edificio Victoriano había sido limpiado con

chorro de arena, quedando su exterior como una pulcra trama de ladrillos rojizos libres de la mugre acumulada con los años. El sol del atardecer hacía especialmente acogedores los discretos tonos de la fachada, y Janie permitió que los cálidos reflejos rojos impregnasen su cuerpo cansado, suavizando un poco su crispación.

Pensando satisfecha en las bragas limpias y el cepillo de dientes que llevaba en su bolso, Janie bajó del coche al mismo tiempo que Bruce, pero todo su orgullo de mujer autosuficiente se vino abajo al ver que su acompañante abría el maletero y sacaba una pequeña bolsa de viaje; antes incluso de haberse cerrado el maletero, Janie ya se sentía incompetente en extremo.

—Me gusta ir preparado —dijo Bruce, dando la bolsa al portero—. Tendría que haberte comentado la posibilidad.

Janie contuvo el taco que pugnaba por salir de su boca y dijo con dulzura:

—No pasa nada; no me ha cogido desprevenida del todo. Se me ocurrió que a lo mejor salían pegas, y metí un par de cosas en la cartera.

—Buena idea —dijo Bruce—. Vamos a instalarnos, y luego pensamos en la cena.

Después de ponerse de acuerdo sobre a qué hora se encontrarían en el bar del hotel, tomaron posesión de dos atractivas habitaciones situadas en extremos opuestos del séptimo piso. Janie se arregló un poco y caminó hasta la zona de comercios que quedaba al lado del hotel; aprovechando que quedaban unas cuantas tiendas abiertas, compró un vestido y unos bonitos pendientes.

¡Quién pudiera echarse una buena carrera!, pensó, acelerando el paso. Al llegar al hotel casi volvía a sentirse como una persona normal. Una vez limpia, se puso el vestido y los pendientes y se miró al espejo.

—No está mal para un vejestorio —dijo en voz alta a su reflejo, antes de bajar a recepción.

Cuando la vio acercarse a la mesa, Bruce se levantó y le ofreció asiento.

—Me he tomado la libertad de pedir una botella de vino que me ha parecido que podía gustarte —dijo—. He dicho al camarero que esperara tu llegada para traerla.

La aparición del camarero con dos copas, una botella y un sacacorchos con mango de madera estuvo a punto de dejar a Bruce con la palabra en la boca. El camarero siguió el ritual de enseñar la etiqueta y esperar el sí antes de descorchar la botella con rapidez y destreza; después dio un paso atrás y esperó discretamente a que Bruce aspirara el aroma del vino y lo probara. Bruce asintió con la cabeza, y el camarero volvió a adelantarse para llenarles las copas.



Janie, que había observado el proceso con curiosidad, lo comparó a lo que recordaba de su compañero de viaje, concluyendo que el Bruce maduro poseía infinitamente más elegancia y encanto que su joven antecesor, y que tantos años viviendo en la disciplinada sociedad inglesa le habían proporcionado una comprensión del valor de los ritos sociales fuera del alcance del norteamericano medio. Pulidas todas sus aristas, Bruce se había convertido en un hombre de modales refinados, sumamente atractivo.

El bar daba a un canal en cuyas lentas aguas se ejecutaba una hermosa danza de reflejos; los rayos del sol, casi horizontales, pintaban de fuego todo lo que tocaban, creando un espectáculo lleno de calidez que cautivó a Janie. La magia del vino fue pasando de la copa a sus venas. Más de una vez, sin ser llamado, el camarero apareció para volver a llenar discretamente las copas, antes de regresar a aquel limbo del que parecía materializarse sin previo aviso. A pesar de sus esfuerzos por impedir el repliegue de sus muros protectores, Janie, cómodamente sentada, sintió salir poco a poco de ella la tensión de un día largo y difícil. Cerró los ojos y le faltó poco para sentirse del todo serena; al abrirlos de nuevo, vio que Bruce la estaba mirando, y se apresuró a apartar la vista.

Tenía curiosidad por ella. Janie estaba segura, y, al nivel en que podía aceptarlo, el franco interés de Bruce le sentaba de maravilla. De todos modos, sabía muy bien que su acompañante no podía comprender el alcance de su sufrimiento, que no le era posible adivinar hasta qué punto la había endurecido el dolor, haciéndole difícil todo contacto profundo. Por primera vez desde el día en que había enterrado a su marido, Janie dejaba salir a la superficie el dolorosísimo anhelo de ser tocada. Por una vez, sometida a la mirada benévola de Bruce, abandonaba su piel a la corriente eléctrica del deseo, sin tratar de devolverla a las profundidades de las que surgía. Se le empañaron los ojos, y se mordió los labios, esforzándose noblemente por no llorar. No quería que Bruce la viera en un estado de agitación emocional.

Bruce le tocó el brazo suavemente, y la calidez de su mano casi la sorprendió. Como si adivinara todos sus temores, dijo:

—Janie, prometo no pensar mal de ti, pero me gustaría mucho saber qué te pasó.

Janie bajó la mirada. Le temblaba el labio inferior.

—Tranquila —dijo Bruce dulcemente—. Conmigo no tienes nada que temer.

Janie apuró la copa para conseguir el arrojo y locuacidad que acompañan a la desaparición de las inhibiciones. Después de un pequeño y discreto hipido, dijo con voz queda:

—He cumplido los cuarenta y cinco y todavía no sé comportarme en una cita.

Bruce sonrió.

—No digas eso.

Janie correspondió tímidamente a su sonrisa.

—Está bien, no lo diré. —Y añadió, escogiendo bien sus palabras—: Es una historia que empieza bien pero se pone fea hacia el final.

—Lo entiendo, pero sigo queriendo oírla, siempre que estés dispuesta a contarla.

Janie habló pausadamente, como si la historia que iba a contar pudiera romperse, cuando si alguien corría ese riesgo era la persona que la relataba. Se notaba en su manera de hablar que había bebido.

—Al acabar la residencia me casé con un hombre que se llamaba Harry Crowe. Era pediatra. Con Harry vivíamos muy bien. Era una vida... prudente, concienzuda. Todo lo hacíamos como Dios manda. Todo. Recuerdo que cada mañana me pellizcaba a mí misma y pensaba: «¡Qué maravilla de vida, tan ordenada!». Un poco como la tuya. Ya me entiendes: me sentía contenta, satisfecha.

Hizo una pausa para servirse más vino, pero Bruce le quitó la botella y dijo:

—Deja, ya lo hago yo. —Le sirvió una cantidad exigua—. Sigue.

Aunque empezaba a caer en brazos de la melancolía de siempre, Janie hizo un esfuerzo por continuar, consciente de que Bruce sólo quedaría satisfecho si llegaba hasta el final.

—Compramos acciones en la época Reagan, y las vendimos justo antes del crac. Compramos la casa antes de que subieran los precios, y la conservamos después de que se estabilizasen. En los primeros noventa invertimos en fondos de investigación. A los dos nos encantaba nuestro trabajo. Nuestra hija iba a colegios privados estupendos, y sacaba muy buenas notas; estaba apuntada a clases de música y hacía deporte...

Bruce asistía al desarrollo del drama sin quitar ojo a Janie. Cuando la vio perder aplomo, la cogió de la mano, notando enseguida lo tensa que se ponía.

—Sigue, Janie...

Janie respiró hondo y rápido, y acto seguido dio rienda suelta a su dolor.

—Y una mañana los vi salir juntos; en principio me tocaba a mí llevar a Betsy al colé, pero Harry tenía un seminario en la universidad, y le cogía de camino. Yo estaba de guardia, y no tenía que ir a ninguna parte. A las ocho de la mañana seguía con el pijama puesto.

«Hacía muy poco que entre los médicos se oía hablar de la epidemia. El CDC<sup>[1]</sup> ya

había emitido un boletín, pero las agencias informativas aún no se daban por enteradas, y por eso los directores de colegio no estaban sobre aviso. Bueno, pues resulta que un día antes una de las empleadas del bar se había ido a casa porque le dolía la barriga y tenía fiebre. Lo último que hizo antes de marcharse fue preparar el desayuno para el día siguiente.

»A las dos, todos los niños que habían desayunado en el colegio se encontraban mal, y la empleada había muerto. Cuando la ingresaron en emergencias, uno de los médicos acababa de leer el boletín del CDC y averiguó dónde trabajaba; entonces llamó a sanidad y los convenció de poner el colegio en cuarentena.

»Como a mí me habían llamado a media mañana para una emergencia, me había puesto en contacto con Harry para que fuera a recoger a Betsy al final de las clases. Cuando llegó ya se había declarado la cuarentena, pero se las arregló para meterse en el colegio, supongo que diciendo a los policías que era pediatra. Imagino que si hubiera dependido de mí también lo habría dejado entrar. De las cuatrocientas personas que estaban en cuarentena dentro del colegio, trescientas cincuenta y seis cayeron enfermas, y trescientas cuarenta y dos murieron. Harry y Betsy no se contaron entre los afortunados. Se llevaron todos los cadáveres para la autopsia, y no los vi más. Pasada una semana ya los habían quemado a todos.

—¡Dios mío! ¡Es horrible, Janie! Lo siento, de veras que...

—Aún hay más —dijo Janie, ya sin contener las lágrimas—. Organicé un funeral; no había ningún cadáver que enterrar, pero necesitaba acabar de alguna manera, tener la sensación de haber hecho lo que hace la gente cuando se le muere alguien. Mis padres iban a venir expresamente de Pensilvania para asistir a la ceremonia. De camino, pararon en un área de servicio de la autopista de Jersey y comieron algo...

Janie, que había bebido lo suyo, sollozó con fuerza. Bruce dijo:

—... ¿Y ahí cogieron la enfermedad?

Janie asintió con un gesto rápido de *cabeza*, cerrando con fuerza los ojos, que vertieron un río de lágrimas sobre su brazo, la mano de Bruce y la mesa.

—¡Ya... ya estamos otra vez! —dijo—. Chorreando.

Bruce no pudo dejar de esbozar una sonrisa.

—Puede que tenga que denunciarte por emisión no autorizada de fluidos corporales en lugar público...

Janie se pasó una mano por los ojos, sollozó y dijo:

—Menos mal que en Estados Unidos no es ilegal; aún estaría en la cárcel.

Bruce se levantó y, acercándose a Janie por detrás, le rodeó los hombros sin pedir

permiso, apoyando la barbilla junto al cuello. Janie siguió llorando en silencio, mientras Bruce la abrazaba con una firmeza llena de ternura, en un esfuerzo por consolarla que no halló resistencia.

Se habían convertido en el centro de todas las miradas. No habían hecho demasiado ruido, pero el gesto brusco de Bruce al levantarse había hecho que la gente se volviera hacia él. Janie no se daba cuenta de que la miraban, y, queriendo ahorrarle el bochorno, Bruce se enfrentó a todos los espectadores con una expresión que parecía decir: «No, no miren, por favor...». Una a una, las miradas pasaron del desdén a la compasión.

Pasados unos minutos, Janie tocó a Bruce en el brazo, señal de que quería que la soltase. Bruce lo entendió perfectamente y, dando fin al abrazo, volvió a ocupar su asiento.

Janie lo miró con ojos rojos e hinchados, y se sorprendió a sí misma diciendo:

—No sabes lo bien que me ha sentado. Mil gracias.

—No hay de qué. Siempre a tu servicio. Si a mí me hubiera pasado lo que a ti, dudo que hubiera podido aguantarlo. Hay que ser muy valiente para volver tan rápido a la vida normal.

—Sí, bueno... Te sale una especie de coraza. Al principio me volví una mujer muy dura. Me sentía como si acabaran de sacarme las tripas, y desde entonces estoy intentando devolverlas a su sitio.

Siguió un silencio que aprovechó para secarse los ojos. Sólo se oían las conversaciones de las otras mesas. El camarero se acercó con otra botella de vino, pero Bruce le hizo señas de que diera media vuelta. Transcurrido un tiempo adecuado, dijo:

—En principio iba a proponerte que cenáramos fuera del hotel, pero quizá sea mejor quedarse.

—¡Otra vez comida! —dijo Janie—. Parece que nuestro destino sea comer cada vez que nos vemos. No sé si estoy lo bastante sobria para leer el menú.

—Si quieres pido por los dos.

Janie puso su mano sobre la de Bruce.

—¡Te has convertido en una persona estupenda! Pide lo que quieras menos caracoles de mar —dijo con voz ebria—. No sabes lo que odio que lleven arenilla.

Digiriendo en silencio su borrachera, esperó a que el adulto todo amabilidad que había invadido el cuerpo del joven bastante más irresponsable de años atrás pidiera un surtido de manjares sin arenilla.

Los platos no tardaron en ser servidos, y, a medida que comía, Janie fue recuperando la sobriedad. Al principio, ligeramente resentida, se extrañó de que el vino que tanto la había afectado no hubiera hecho mella en Bruce, pero, en el transcurso de la velada, fue poniéndose cada vez de mejor humor, y la conversación se centró en otros detalles de sus vidas respectivas. El manto de tristeza se disolvió poco a poco, y, al final de la comida, Janie se sorprendió de estar tan a gusto con su compañero de mesa.

Cuando atravesaron el vestíbulo en dirección a los ascensores, Janie seguía bajo los efectos del contacto con Bruce, breve pero intenso. Aprovechando su confusión mental, la calidez de una presencia masculina atractiva se había difundido por su estómago, iniciando una trayectoria en línea recta que, lenta pero constante, apuntaba a su entrepierna. Janie miró a Bruce, pensando: Es evidente, sé que notas cómo sale de mí. A esas horas ya no había nadie, y, mientras esperaban la llegada del viejo ascensor de jaula, Bruce la abrazó, frente a frente esta vez, y la apretó contra él. Notando que Janie apenas se resistía, la miró a los ojos y acercó sus labios a los de ella, rozándolos levemente. Después sonrió, cerró los ojos y volvió a besarla.

Pero el calor del vino se había disipado, y Janie aprovechó que se abrían las puertas del ascensor para apartarse de Bruce. Saliendo de las brumas de la ebriedad, recordó quién era y las tareas que tenía pendientes, profesionales algunas, personales otras. Por mucho que quisiera librarse de su terrible carga, seguía siendo rehén del miedo a encariñarse de una persona que pudiera serle arrebatada en cualquier momento. Recuperó su voz normal y dijo con firmeza:

—Creo que subiré a pie. Necesito hacer ejercicio. —Estrechó con fuerza la mano de Bruce—. Gracias por habérmelo hecho pasar tan bien. Me siento mucho mejor.

Y se dirigió a la escalera con paso vacilante pero decidido, dejando a Bruce sumido en la perplejidad.

## AUÆVÆ

**S**i Jesús, su profeta, era un humilde carpintero, ¿por qué le erigen templos tan esplendorosos? La suntuosidad de las alfombras y tapices con que topaba en todos los rincones del palacio papal llenaba a Alejandro de asombro. Las figuras de diosas lozanas y ligeras de ropa le resultaban extrañamente excitantes; era la primera vez que veía representada a la mujer de forma tan erótica, con una vivacidad que nada tenía que ver con los prosaicos dibujos de los textos médicos. Para ellos, este castillo es un lugar santo, pensó, perplejo por lo profano de un lugar del que esperaba ante todo espiritualidad y recogimiento. ¿Debía sentir reverencia hacia aquellos cristianos cuyas costumbres admitía no entender, o desprecio por lo mucho que su fe se había desviado de la sencillez original?

El tiempo lo dirá, pensó.

Llevaba en la mano el pergamino con la orden de acudir al palacio. Miró alrededor en busca de alguien que pudiera darle indicaciones, y acabó decidiéndose por un guardia de pesada armadura al que vio apostado junto a una pared.

—Disculpad —dijo mostrándole el pergamino—. Me han convocado aquí. ¿Adónde tengo que ir?

Después de echar un vistazo al documento, el guardia señaló hacia la derecha.

—Por esa entrada —dijo.

Era un rufián barbudo y malcarado, y Alejandro concluyó que su sólida armadura no ocultaba a ningún sacerdote. Acudió a la entrada que le habían indicado, cerrada por una enorme doble puerta de madera noble bellamente tallada, y, viendo que estaba custodiada por otro guardia, pensó: ¡Cuánta vigilancia! ¿Para qué querrá un ejército ese pobre carpintero? Volvió a mostrar el pergamino y el segundo guardia abrió la pesada puerta de doble hoja, permitiendo a Alejandro el acceso a una sala grande donde esperaba un nutrido grupo de personas de expresión tan perpleja como la suya.

Se detuvo en medio de la sala, junto a varios hombres más que parecían tan abrumados como él por el esplendor que los rodeaba. Al oír un ruido al fondo de la sala, todos se volvieron de consuno. Vieron abrirse unas puertas grandes de madera y entrar otros dos guardias con armadura, provistos ambos de un báculo ceremonial. En medio de los dos caminaba un hombre alto de regio porte, cuya aparición suscitó entre los reunidos un inquieto bisbiseo.

El suntuoso atavío del caballero que acababa de entrar consistía en una toga larga

y roja con ribetes de armiño en cuello y puños; la hebilla de su cinturón era de oro, con resplandecientes joyas y lustrosas perlas engastadas. Avanzó majestuosamente hasta el centro de la sala y esperó en silencio a que todos los presentes se fijaran en él. Advirtiendo su impaciencia, Alejandro supuso que aquel hombre de rostro enjuto que escrutaba a la revoltosa asamblea con abierta desaprobación estaría acostumbrado a que le hicieran caso, y sin demora. Sus ojos inteligentes y perspicaces, colocados a escasa distancia sobre una nariz larga y puntiaguda, examinaron uno a uno a los presentes; por fin, se posaron en Alejandro, y los dos médicos se miraron durante breves instantes. El de la toga roja apartó la vista con una insinuación de sonrisa en sus labios, e hizo un gesto de asentimiento a uno de sus escoltas; éste dio un fuerte golpe de báculo en el suelo, golpe que sorprendió a los ocupantes de la sala, y cortó en seco sus susurros. El hombre alto carraspeó y tomó la palabra.

—¿Hay algún judío entre vosotros? Si es así, que dé un paso al frente.

El miedo se apoderó de Alejandro. ¿Habrán llegado a Aviñón los soldados aragoneses? ¿Van a descubrirme? Miró alrededor con inquietud, aguardando la reacción de los demás. ¿Por qué habrá llamado únicamente a los judíos? No había oído hablar de ninguna rescisión del edicto papal que protegía a los de su raza. De pie en aquella sala llena de desconocidos, procuró disimular su miedo, seguro de que, si le interrogaban personalmente acerca de sus orígenes, perdería la poca compostura que le quedaba y se delataría.

Aterrorizado, vio adelantarse a los judíos uno a uno, algunos con un círculo amarillo cosido a las mangas. Para esos hombres no había dilema. Se agruparon con los nervios de quien no sabe a qué atenerse. Alejandro leyó miedo en sus ojos, pero también una expresión de orgullo y desafío que le hizo avergonzarse de su cobardía.

El hombre alto vestido de rojo miró al grupo con desprecio.

—Podéis marcharos —dijo.

Los judíos intercambiaron miradas de incredulidad, y pasaron del terror al alivio. No hubo ninguno que no se apresurara a volverse hacia la puerta y salir cuanto antes, pensando atónito en su buena suerte.

Era demasiado tarde para que Alejandro se uniera a ellos. Lleno de envidia y pesar, los vio abandonar la sala. El hombre alto ofreció asiento a los que quedaban con un ademán, y todas las miradas buscaron con timidez un lugar adecuado donde sentarse. Alejandro se llevó la sorpresa de que los dirigieran a un conjunto de sillas provistas de fastuosos cojines, objeto previamente de su admiración.

Una vez instalados, el hombre de rojo se situó delante de ellos en un espléndido sillón dorado que descansaba sobre una tarima.

—Sabios médicos y colegas —dijo—, soy Guy de Chauliac, y tengo el gran honor de servir como médico de cabecera a su santidad el papa Clemente VI, en cuya representación vengo a requerir vuestros servicios para un asunto de suma importancia para la santa Iglesia y el reino de Francia.

«Sabréis sin duda que estamos siendo víctimas de una horrible epidemia de proporciones devastadoras. Se dice que toda Europa se halla bajo su dominio, y se mencionan miles de bajas diarias. Las noticias que nos llegan de otras naciones son tan funestas como las que podríamos mandar nosotros. Nuestro amado hermano Eduardo III de Inglaterra nos ha descrito por carta la llegada de la peste a sus costas, y de resultas de ello lloramos la muerte del arzobispo de Canterbury.

»El propio rey Eduardo está de luto por su hija Juana, quien, dirigiéndose a Castilla para ingresar por matrimonio en la casa real de dicho lugar, fue cruelmente abatida por la pestilencia».

¡La joven dama que iba a Castilla para casarse!. Alejandro recordó la cantina donde había oído esa historia por primera vez, durante el viaje a Aviñón.

—Su Santidad tiene en gran estima y afecto a la casa real inglesa, y reconoce su importancia de cara a mantener la estabilidad política de Europa. Pese al rencor que distancia hoy día a ambas naciones, Su Santidad desea alentar a los nobles dirigentes de Francia e Inglaterra a dejar de lado sus diferencias y buscar las alianzas tan esenciales para la paz y prosperidad de sus reinos. Es fundamental que Inglaterra se alíe con los más nobles linajes de Europa; diezmadas las casas reales, el orden del mundo se vería gravemente alterado, y quedarían desatendidos los intereses de la Iglesia.

Alejandro miró a los hombres que se sentaban junto a él; todos escuchaban absortos a De Chauliac, que prosiguió su dramática alocución.

—Durante esta terrible epidemia he velado personalmente por la salud y el bienestar de Su Santidad. He empleado métodos poco ortodoxos, y, si bien es cierto que mi patrón no se siente a gusto con su confinamiento, los resultados no admiten discusión.

»Nuestro amado Papa ha decretado que participemos activamente en la protección de las familias reales de Europa. Hoy, en reconocimiento de vuestros logros médicos y vuestra gran erudición, os ha convocado para alistaros en una guerra santa contra la pestilencia. Empezaréis de inmediato, bajo mi supervisión personal, a ser instruidos en los métodos empleados para preservar la salud de nuestro Santo Padre; a continuación seréis enviados como embajadores a las casas reales de Europa e Inglaterra. Vuestra misión consistirá en velar por la salud de dichas familias, a fin de que no sufran el menor percance. No permitiremos que la peste desbarate



alianzas que han florecido durante años, ni que se oponga a las uniones que hemos planeado para el futuro».

Había sido un discurso espléndido, tan cautivador para Alejandro como para los demás reunidos.

—Cuando os dé permiso para marcharos, volveréis de inmediato a vuestras consultas para recoger vuestro equipo, ya que empezareis a viajar en cuanto haya finalizado la instrucción. Si alguno de los presentes tiene familia que mantener, Su Santidad atenderá sus necesidades en vuestra ausencia. Ahora os preguntaré vuestros nombres, y el escribano se los llevará al Santo Padre.

Alejandro Canches era consciente del peligro de que su verdadero nombre lo delatara de inmediato como asesino del obispo Juan de Aragón. Sabía también que no había más remedio que renunciar a él. Pensó con tristeza que lo echaría de menos; le había sido muy útil durante toda su vida, y estaba orgulloso de que reconocieran en él al hijo de Avram Canches.

Llegado su turno, miró a De Chauillac sin pestañear, y, escrutando los penetrantes ojos azules del médico papal, dijo con calma:

—Hernández. Me llamo Alejandro Hernández.

—¿Español? —preguntó De Chauillac.

—*Oui, monsieur*, efectivamente.

Durante tres días Alejandro y sus desconcertados colegas recibieron lujoso hospedaje en el palacio papal, mientras De Chauillac vigilaba su intenso aprendizaje. Cada médico ocupaba habitación propia con baño privado. Deseoso de ganarse su lealtad incondicional, el Papa les daba buena comida y toda clase de atenciones. De Chauillac ejercía influencia y tutela absolutas sobre ellos, enseñándoles con detalle sus procedimientos para mantener al Papa libre de contagios, y observándolos atentamente para ver si poseían las cualidades innatas precisas para llevar a cabo la tarea a que se encaminaba su instrucción, cualidades que no podían aprenderse de ningún modo.

Los embajadores médicos recibían lecciones diarias en una de las suntuosas salas palaciegas. De Chauillac se colocaba encima de un podio y hablaba durante horas con tono profesional, impresionando a Alejandro por sus condiciones de orador infatigable. Ama su profesión tanto como yo, pensaba el pupilo de su profesor.

—Debéis consultar a los astrólogos —dijo De Chauillac el primer día de instrucción—, a fin de saber qué días son más propicios para el baño, el paseo o

cualquier otra de las actividades normales de la vida diaria. Debéis mostraros recelosos de cuantos actos puedan parecer normales a vuestros pacientes, ya que desconocemos cuáles son las actividades más propensas a poner al individuo en contacto con la enfermedad. Hallaréis que vuestros reales pacientes, tan acostumbrados a que se cumplan sus caprichos, se resistirán a que les deis instrucciones sobre cuándo y cómo deben hacer según qué cosas. Mostraos firmes, y no consintáis que cuestionen vuestra autoridad.

Alejandro procuró imaginarse a sí mismo dando órdenes a un rey, pero le resultaba demasiado inverosímil.

—¿Y si siguen resistiéndose? —preguntó.

—Rogadles que recuerden que el poder de Dios Omnipotente os ha sido conferido a través de Su Santidad, y que si es necesario lo utilizaréis para proteger su salud.

Por la noche, al acostarse, Alejandro se sentía minúsculo y confuso. Lo más difícil de esta misión, pensó, será domeñar a los pacientes arrogantes.

Durante el segundo día, De Chauillac expuso sus teorías acerca del contagio.

—Guiado por la observación, he concluido que existen en el aire humores y vapores invisibles por los que se difunde la peste. Cuando está con vida, la víctima difunde esos humores con la respiración, y dispersa el maligno contagio sin que nadie lo advierta, dejando sin escapatoria a la siguiente víctima. Por lo tanto, hay que aislar a los pacientes. Confinadlos en sus castillos. No permitáis que entren comerciantes o viajeros sin inspeccionarlos antes; y, puesto que es imposible asistir a la formación de esos vapores y humores, lo más prudente es impedir toda clase de contacto con el mundo exterior. Mi estimado predecesor, Henri de Mandeville, tenía ideas claras acerca del contagio; enseñó a quienes me enseñaron a mí a lavarse las manos antes y después de tocar a un paciente, por creer que los humores podían ser transmitidos igualmente a través de las manos. La biblioteca de Su Santidad contiene copias de los textos de De Mandeville que versan sobre el tema, y están a disposición de quien desee leerlos.

¡Pero si esa teoría también la tengo yo!, pensó Alejandro, comprobando con entusiasmo que otros médicos compartían sus creencias sobre la importancia de la higiene. Volvió a interrumpir el discurso del maestro.

—También me he dado cuenta de que una ablución con vino hace sanar más rápido las heridas. Se diría que una parte del vino ataca a la sepsis.

—A lo mejor la sepsis se emborracha y ya no puede seguir su camino hacia la herida —terció otro hombre, provocando un estallido de carcajadas.

Alejandro se ruborizó, pero De Chauillac levantó la mano y el grupo volvió a guardar silencio.

—Nadie debe tomarse a risa las observaciones de un colega —dijo—. Ni siquiera el más sabio de nosotros sabe curar la peste. La ignorancia nos hace iguales a todos. —Miró directamente a Alejandro—. Ya hablaremos del tema en privado.

Todas las cabezas se volvieron hacia el judío, que se limitó a asentir a su instructor y bajar la mirada.

—Por tanto —continuó De Chauillac—, y a pesar de que no os será fácil obtener su consentimiento, debéis pedir a los astrólogos de la corte que les digan que cada día es propicio al baño...

Por la noche, un guardia papal acudió a la habitación de Alejandro y lo escoltó hasta los aposentos privados de De Chauillac. Alejandro dejó atrás varios tramos de escalera de una alta torre, precedido por el guardia, cuyo paso se veía entorpecido por el peso de su ropa y armadura.

Se asomó a la habitación, y De Chauillac le hizo señas de que entrara sin miedo.

—Adelante, adelante —dijo—, sentaos. —Indicó a Alejandro un mullido diván—. Poneos cómodo.

Alejandro se sentó con timidez, acomodándose con cautela sobre la blanda superficie del asiento. El estricto pedagogo había dado paso a un cortés y elegante anfitrión. El contraste entre ambos era sorprendente.

—Sois un hombre distinto, doctor De Chauillac —dijo Alejandro con cautela.

De Chauillac le ofreció vino en una pesada copa de plata que su huésped aceptó.

—¿Y en qué lo notáis? —preguntó, arqueando una ceja con curiosidad.

Alejandro tomó un largo trago de vino antes de responder.

—Sois un profesor severo, y vuestra presencia es... —Tardó en encontrar la palabra adecuada—. Imponente.

De Chauillac rio con cinismo.

—Cuando se enseña a tontos hay que dar sensación de autoridad —dijo—; si no, no aprenden nada, y se malgastan esfuerzos. Detesto impartir conocimientos valiosos a gente que no entiende su importancia.

Alejandro no pudo dejar de mostrarse ofendido, y quiso protestar.

—Señor... —empezó.

—No me refiero a vos —se apresuró a añadir De Chauillac—; si os tuviera en tal concepto, no os habría hecho llamar. Hablo más bien de los demás, que me parecen

una panda de imbéciles. Parece que la peste se haya llevado a los mejores y sólo queden los médicos más idiotas. —Dejó su asiento por uno más próximo a Alejandro, inclinándose hacia él con expresión entusiasta—. En cambio, veo en vuestros ojos un fuego, un amor al estudio, cuya vista me alegra el corazón.

—Señor, me honráis en demasía.

De Chauillac lo miró con atención.

—No lo creo —dijo—. He visto cómo escucháis mis clases, y no podéis ocultar la marca de vuestra inteligencia. Tenía muchas ganas de hablar con alguien que creyera en la sepsis, como yo. Debéis explicarme cómo habéis llegado a la conclusión de que el vino contribuye a curar las heridas.

Comprendiendo que no lo habían descubierto, sino que De Chauillac compartía su ansia de saber, Alejandro se relajó.

—He hecho varios experimentos, lavando la herida con líquidos distintos después de las intervenciones. Muchos no surtían el menor efecto, y hasta había algunos que retrasaban la curación; el vino, en cambio, aun el más imbebible, siempre la acelera; al menos eso indican mis observaciones. Me di cuenta por primera vez cuando estaba en Montpellier...

—¿Habéis estudiado en Montpellier?

—En efecto —contestó Alejandro.

—A menudo doy clases en Montpellier. ¿Cuándo estuvisteis? Quizá asistierais a alguna de mis lecciones.

—Estuve —Alejandro cortó en seco la frase, pues sólo se acordaba del año según el cómputo judío. El pánico empezó a adueñarse de él. ¿Cómo explicar a De Chauillac que no recordaba la fecha exacta?

—Estuve... mmm... hace seis años.

—En 1342.

—Eso es.

Alejandro empezó a notar que le sudaba la frente.

—Ah, entonces es posible que no nos viéramos —dijo De Chauillac—; pasé todo ese año en París, cuidando al rey. Padece una gota monstruosa, y no me sorprende: a pesar de su inexplicable delgadez, sigue una dieta excesivamente rica. Cuando le supliqué moderación no me hizo caso. —De Chauillac alzó la copa con gesto aparatoso y bebió de ella—. Como su majestad no quería ver a otro médico que no fuera yo, no tuve más remedio que renunciar a mis clases mientras durara su enfermedad. ¡Qué lástima no habernos conocido entonces! Me acordaría de un

estudiante tan notable como vos, y habría disfrutado instruyéndoos.

Yo seguro que también me acordaría, pensó Alejandro; ahora bien, lo que se dice disfrutar...

—En fin, poco importa —dijo De Chauillac—. Ahora estáis aquí. ¿Qué trae a Aviñón a un español?

Tras unos instantes de silencio, Alejandro dijo con calma:

—Es voluntad de mi familia.

No añadió nada más a su respuesta; tampoco De Chauillac le preguntó más detalles de su vida personal, dada su impaciencia por hablar de otros asuntos.

—¿Decís que llegasteis a vuestra conclusión acerca del vino tan sólo a base de hacer pruebas hasta conocer el efecto de cada sustancia? ¡Qué estupenda originalidad! Demasiado a menudo esperamos que el propio curso de las cosas nos enseñe por dónde ir, e incluso en esas ocasiones nos cuesta aprender...

El pánico se fue diluyendo a medida que Alejandro se enfrascaba más y más en la conversación. Hablaron hasta bien entrada la noche, entre vino y frutas deliciosas, comparando ideas y teorías sobre la cirugía, la enfermedad y los tratamientos. Fue una larga conversación de igual a igual, en que ambos expusieron sus esperanzas de descubrir nuevas curas. Al salir de los aposentos de De Chauillac, Alejandro respetaba a su maestro mucho más que al entrar, y tenía la certeza de que no era hombre que se anduviera con nimiedades.

Al tercer día, De Chauillac propinó una inopinada sorpresa a sus alumnos. Se reunieron en un espacioso y aireado patio del primer piso del palacio papal, un lugar agradable y bellamente ajardinado. De Chauillac estaba sentado detrás de una larga mesa cubierta por una tela muy gruesa, sonriendo de oreja a oreja. Una vez que los alumnos hubieron formado corro alrededor de la mesa, el profesor retiró la tela, descubriendo el cadáver de una víctima reciente de la peste, un varón que en el momento de morir tendría sobre los treinta años.

El público se quedó boquiabierto: estaba claro que De Chauillac tenía intención de diseccionar el cadáver delante de ellos.

—Sabréis sin duda que Su Santidad prohíbe la profanación de cadáveres —dijo el médico papal.

Alejandro permaneció en silencio, pensando: Si supierais hasta qué punto...

—Ahora bien —prosiguió De Chauillac—, dado lo apremiante de vuestra formación y los grandes beneficios que se derivan del estudio directo del cuerpo, me

ha dado su permiso para diseccionar este cadáver; no, fijaos bien, su bendición, aunque la víctima era judía, y en ningún caso puede aspirar a la salvación...

Alejandro consiguió no perder la compostura, y, dirigiendo su vista a la entrepierna del cadáver, vio la prueba irrefutable de que De Chauillac no mentía.

—Y ahora —dijo el profesor—, voy a necesitar ayuda. —Miró a Alejandro—. ¿Querréis hacerlo vos, doctor Hernández?

Alejandro contempló con tristeza el cadáver del judío, observando la desmesurada hinchazón del cuello y la acumulación de sangre que le había puesto negros los dedos de las manos y los pies. Le pareció curioso que su disección tuviera que recaer en el único alumno judío. Quizá sea el justo castigo de mis pecados, reflexionó con pesar; o tal vez me corresponda a mí por voluntad divina, pues ¿quién podrá tratar a un judío con mayor delicadeza que otro judío?

Se acercó a De Chauillac y cogió el martillo y el escoplo sin decir palabra.

—Bien —dijo De Chauillac—. Podéis hacer la incisión.

Alejandro palpó el pecho en busca del emplazamiento adecuado para el escoplo. El cadáver todavía no estaba frío del todo, señal de que habían transcurrido pocas horas desde su muerte. Mejor, pensó; así no desprenderá un hedor tan terrible. Igual que había hecho en Alcañiz con el pecho de Carlos Alderón, colocó con tiento el escoplo y dio un mazazo. Oyó romperse las costillas y, dejando las herramientas a un lado, hizo los cortes necesarios con el cuchillo.

—Sois muy diestro, doctor Hernández —dijo De Chauillac al verlo—. Se diría incluso que no lo hacéis por primera vez.

Aquella observación, tan banal en apariencia, dejó anonadado a su destinatario. ¿Qué habrá querido decir?, se preguntó Alejandro. No se atrevía a mirar a De Chauillac, temeroso de lo que pudiera hallar en sus ojos. Acaso recordara haberlo visto en Montpellier; acaso conociera su verdadero nombre y las circunstancias de su huida, y lo estuviera mirando con la expresión burlona de quien ve a alguien realizar su última tarea en libertad. Abrió la caja torácica en silencio; contenía un corazón más grande de lo normal, hecho cuyo significado conocían todos los presentes: el judío que yacía muerto sobre la mesa había sido un hombre de gran bondad. Alejandro levantó la cabeza con angustiosa lentitud y miró a su instructor.

De Chauillac se limitó a asentir sin la menor emoción, diciendo:

—Proceded.

Los escribanos del Papa copiaron toda una serie de recetas curativas que fueron

entregadas a cada uno de los médicos, junto a un amplio suministro de materiales necesarios para su preparación.

Alejandro copió cuanto le daban en su libro personal, atento a no desviarse en nada de lo apuntado por los escribanos. Cuando estaba a punto de acabar, De Chauliac apareció sin anunciarse, sorprendiéndolo con el libro entre manos.

—Doctor Hernández, vuestra diligencia vuelve a impresionarme. No es una cualidad que haya visto en muchos españoles.

Si supiera la verdad... Quizá la sepa...

Alejandro se apresuró a cerrar el libro sin dar tiempo a leer a De Chauliac.

—Desde mi época de estudiante tengo la costumbre de anotar cuanto se me enseña, por miedo a olvidar los conocimientos que se me dan en custodia.

De Chauliac no dio el menor crédito a que Alejandro fuera capaz de olvidar nada, ni el más nimio detalle de lo que había aprendido. Este joven no puede ocultar su fervor; es inteligente, y no se permitirá el lujo de fracasar.

—Quizá algún día podamos compartir otro ágape, y me hagáis el regalo de abrirme vuestro libro.

—Quizá cuando vuelva a Aviñón —se limitó a contestar Alejandro. Si es que vuelvo, pensó.

Amaneció por fin el día de la partida. Mirándose al espejo, Alejandro pensó que, si por algún milagro sus padres seguían con vida, les habría costado reconocerlo con la ropa que le había dado De Chauliac. ¿Qué harán cuando lleguen y no encuentren ni rastro de mí? No había tenido ocasión siquiera de cambiar el distintivo de su consulta, destinado a seguir colgando inútilmente con las herramientas de su profesión, vana promesa de sus servicios. ¿Pensarían que le había pasado algo malo, o que ni tan siquiera había podido llegar a Aviñón? ¿Creerán que he traicionado su confianza?, se preguntó con amargura.

¡Maldita sea la peste, y malditos estos estúpidos arrogantes que creen poder hacerla bailar a su son! Examinó su reflejo con mayor atención; los cambios le parecieron odiosos, y recordó con nostalgia las largas y cómodas vestiduras que llevaba en Alcañiz. ¡Cuánto había cambiado, y en cuan poco tiempo! Iba recién afeitado, con una media melena a la moda francesa del momento. Llevaba calzas granates, botas de cuero blando con un dobladillo en la parte superior y una fina chaquetilla de lino de manga larga, de un azul verdoso como el del Mediterráneo; esta última prenda le llegaba a medio muslo y se abrochaba hasta el cuello, grata

oportunidad de esconder su cicatriz. Por encima llevaba un lujoso abrigo de mangas voluminosas y anchas solapas, excelente prenda de lana del mismo color, granate que los pantalones, que le llegaba hasta bastante más abajo de las rodillas. Le cubría la cabeza una gorra octogonal de lana verde, elegantemente ladeada, con una pluma de intenso color apuntando hacia arriba con un desenfado algo excesivo para el gusto de Alejandro. Salvo error del espejo, era la imagen misma de un moderno gentilhomme francés; pero lo que más había cambiado era su cara: ya no era el joven de mirada candorosa que vivía en Alcañiz; el ámbar de sus ojos había adquirido una dureza nueva, una sabiduría triste que ni a su dueño podía pasársele por alto.

El baúl que le había proporcionado De Chauliac contenía tres conjuntos más; un vestuario que, si no engordo, puede durarme toda la vida, pensó Alejandro.

A tan lujosas galas se añadía en el baúl la ropa comprada durante el viaje, unas prendas resistentes que aún podían dar mucho juego, y que, según pensaba su dueño, acaso no tardaran en serle de utilidad. A lo que no tenía intención de renunciar era a cabalgar con sus propias alforjas, fueran o no del gusto de De Chauliac; guardaba en ellas su fortuna y su libro, y no iba a permitir que lo separaran de ellas.

En eso sí que no aceptaré cambios, pensó al salir de su habitación para unirse a los demás.

Cuando llegó a la misma sala en que se habían reunido por primera vez, vio que sus colegas ya estaban allí, comentando ruidosamente los cambios de indumentaria. ¡Qué escena más distinta a la que vi hace tan sólo un par de días!, pensó Alejandro. Ahora sí que se los ve a tono con la sala; van tan elegantes y acicalados como el más rico de los nobles.

De Chauliac repitió su majestuosa aparición, y, presidiendo la atildada asamblea de pupilos, inició su discurso:

—Señores, hacéis honor a vuestra profesión. Vuestra diligencia y ansia de saber me han llenado de gozo. No hay entre vosotros nadie que no haya mejorado en su oficio; confiamos en que esos nuevos saberes os acompañen en vuestra misión de representar a Su Santidad por las nobles cortes de Europa. Aplicaos en el ejercicio de vuestros conocimientos, y servid bien a vuestro Dios. Queda en vuestras manos la protección de nuestros intereses, y en ningún momento dejaremos de rezar por vuestro éxito.

A continuación, De Chauliac se reunió por separado con cada uno de sus alumnos para instruirlo acerca de su destino final, dándole ánimos y comunicándole la bendición personal del Papa. Los médicos abandonaron la sala uno a uno,



emprendiendo el viaje a países desconocidos.

Alejandro fue el último de todos. Al final, no quedaron en el majestuoso salón más que él y De Chauliac.

—¡Estáis espléndido, doctor Hernández! —dijo el médico papal—. He aquí el aspecto que debería presentar un médico: próspero y noble. Estaba seguro de que mejoraríais de aspecto con la ropa adecuada. Sentaos, os lo ruego; tengo muchas cosas que deciros, y estaréis más cómodo sentado.

Alejandro obedeció, extrañándose de que alguien pudiera hablar de comodidad con aquellos pantalones tan ajustados. Una vez más, se hallaba cara a cara con su indescifrable instructor y colega. ¿Cómo es posible que un hombre tan culto, un pensador tan notable y un lógico tan destacado sea a la vez tan intolerante y presuntuoso?, se preguntó al mirarlo. ¿Pueden darse en un mismo hombre cualidades tan disonantes sin que se produzca una lucha a muerte, o al menos un estado de distracción?

—En estos últimos días he asistido con admiración al desarrollo de vuestro talento, y, según os he dicho ya, quedo impresionado por vuestra inteligencia y conocimientos. Por todo ello, y de acuerdo con Su Santidad, os he seleccionado personalmente para servir en la corte del rey Eduardo III, cuya petición de ayuda se halla en el origen de nuestra empresa.

Alejandro asintió, tragando saliva.

—¿Y bien? —preguntó De Chauliac, que esperaba una reacción más efusiva—. ¿No os alegráis? Es un gran honor para un médico.

—Me siento inmensamente honrado, señor —contestó Alejandro sosegadamente—. Vuestra confianza es inmerecida.

—Como ya os dije, no es ésa mi opinión, doctor Hernández. Veo en vos parte de mi propia juventud, el mismo ardiente deseo de alcanzar la grandeza. No, no, monsieur —dijo De Chauliac con vehemencia—, no creo teneros en más de lo que sois; sin embargo, y dada la condición de la casa real a la que vais a servir, debo decir que os enfrentáis a una difícil tarea.

Viendo que la esperada reacción de Alejandro no se producía, De Chauliac reanudó su discurso, precedido por un hondo suspiro.

—Entiendo vuestra reticencia —dijo, rebajando su entusiasmo—, pero os ruego que entendáis que vuestro trabajo en Inglaterra no depende de que os guste o no. Su Santidad se juega mucho en el intento, y mantendremos un contacto frecuente con la corte inglesa para estar seguros de que trabajáis con diligencia; en caso contrario, vuestras perspectivas serán poco halagüeñas.

Alejandro apartó la vista de sus manos y la fijó intensamente en De Chauliac, viendo confirmado el trasfondo de coacción que había creído advertir durante todo el período de aprendizaje. Descartó por completo la idea de escapar de palacio, a la que había dado vueltas más de una vez. Ignoro cuánto sabe de mí, pensó, escrutando los penetrantes ojos azules de De Chauliac en busca de algún indicio, y leyendo en ellos un deseo de sorprender, sumado a la certeza de obtener sus fines. Pensó entonces con tristeza que lo más prudente era ceder, y dijo, con un profundo suspiro de resignación:

—¿Cuál es la diferencia entre esta casa real y las demás?

De Chauliac acogió su pregunta con cierta picardía, imprimiendo a sus finos labios una sonrisa poco menos que burlona antes de embarcarse en entusiastas aclaraciones.

—Son Plantagenets —dijo dando énfasis a la palabra, como si tuviera que significar algo para Alejandro—. Se creen el linaje más noble de Europa. Son gigantes rubios, con cabellos de oro y ojos de zafiro; no hay uno solo de ellos en que no se advierta la ascendencia nórdica. Son altivos, despiadados y violentos, y, a pesar de que se finjan conformes con la voluntad de la Iglesia, no les gusta aceptar órdenes de Su Santidad. Por mucho que Eduardo haya pedido explícitamente que le mandemos un médico, no aceptará de buena gana vuestros preceptos.

—Esa casa real inglesa parece caracterizarse por su grosería —dijo Alejandro.

De Chauliac se echó a reír.

—¡En absoluto! No hay corte europea más fastuosa que la de Eduardo y Felipa. Se enorgullecen de dar a sus huéspedes el más espléndido de los tratos; han gastado una fortuna en ampliar su castillo de Windsor, y estoy seguro de que lo encontraréis francamente espectacular.

—¿Más que esto? —Señaló el salón en que estaban, con su ostentoso mobiliario—. ¿Es posible?

—Eduardo quiere ser más que los franceses en todo; y no deja de ser natural, puesto que reivindica el trono de Francia a través de su madre. Os daréis cuenta de que los franceses son un pueblo mucho más refinado y culto que los ingleses. Eduardo tiene que estar preparado, por si le cupiera en suerte el honor de gobernarlos. —De Chauliac hizo una pausa para que Alejandro asimilara lo que acababa de decir—. Deberéis dedicar especial atención a la princesa Isabel, en cuyas nupcias planea intervenir Su Santidad. Os advierto que es una joven tan terca como bella. Tratará de ablandaros con sus encantos, pero no debéis permitir que su talento para la persuasión os desvíe del cumplimiento de vuestro importante deber. En cuanto a los otros, el Príncipe Negro, la reina y sus servidores, comprobaréis que son de condición similar,

pero menos enérgicos; aunque creo que con Eduardo e Isabel tendréis trabajo más que suficiente. —Se levantó, dando a entender que la entrevista había llegado a su fin—. No os envidio las dificultades con las que topareís —dijo—, pero sí las emociones. ¡Ojalá pudiera ir yo en vuestro lugar!

Alejandro, que no aprobaba el intervencionismo del ambicioso Clemente en los asuntos de los diversos estados europeos, y habría preferido mantenerse al margen de tales tonterías, detestaba tener que poner sus conocimientos al servicio de tan desagradable objetivo; sin embargo, no podía negar que De Chauliac tenía razón: la oportunidad era incomparable. Hizo tácito juramento de aprovecharla para obtener el máximo de conocimientos.

—Haré todo lo posible, señor —dijo el judío.

Tras inclinarse profundamente, De Chauliac se acercó al Papa desde el fondo del suntuoso salón del pontífice. Escuchó por enésima vez sus quejas y endulzó sus oídos con palabras de consuelo, pero no renunció a la reclusión.

—En el grupo hay un español —dijo a Clemente—. Es inteligente y capaz, y pienso que sabrá arreglárselas mejor que los demás. Lo he enviado a Inglaterra.

Clemente aprobó la decisión con una sonrisa, mientras sacudía su abanico de plumas de pavo real.

—Bien hecho, amigo mío. Seguro que Eduardo se alegrará de que hayamos conseguido no enviarle un médico francés.

—El viaje durará aproximadamente veinte días —dijo el capitán a Alejandro—. Su Santidad nos ha concedido diez guardias, dada la inseguridad de los caminos en estos tiempos de anarquía.

Prudente decisión, pensó Alejandro al montar en su caballo, un corcel negro de raza que llevaba los hermosos jaeces de la guardia papal. Con las alforjas bien atadas a sus espaldas, siguió al capitán, que salía del patio de palacio a la cabeza de sus hombres. Mediada la mañana, el séquito iniciaba su marcha bajo el estandarte protector del Papa.

Hasta el cuarto día avanzaron con rapidez y sin incidentes, siguiendo una ruta más o menos paralela al Ródano; después de atravesar Lyon en dirección a Dijon, que quedaba a tres días de camino en dirección norte, toparon con una fantasmagórica procesión de campesinos andrajosos y mugrientos que ocupaba todo el camino y les impedía avanzar.

—¡Pero si parecen esqueletos! —dijo Alejandro, adelantándose con su caballo a la gemebunda caravana mientras se protegía del hedor con la manga de su chaquetón—. Deben de ser doscientos como mínimo. —Se acercó al capitán para informarse—. Decidme, por Dios, ¿quiénes son estas patéticas criaturas? —preguntó.

—Están por todas partes; viajan de ciudad en ciudad flagelándose a la vista de todo el mundo. Dicen ser los salvadores de la humanidad, y creen que Dios considerará las atrocidades que se infligen en sus propias carnes y unos a otros como una penitencia, la expiación de los pecados del mundo que les llevará a poner fin a la peste. Cada día tienen más seguidores.

—Pero no he visto ningún cabecilla. ¿Cómo organizan su horrible peregrinación?

—Se dice que cada grupo tiene un jefe a quien todos los miembros juran obediencia total, haciendo voto de permanecer con el grupo durante treinta días o más. Dejan un estipendio en prenda para alimentarse durante su cruzada, pero sabe Dios qué sustento recibirán estos escuálidos demonios. No hay más que verlos para darse cuenta de que sólo son sacos de huesos.

Los flagelantes iban desnudos de cintura para arriba, cubiertos de una mezcla de sangre y cenizas. Sus lamentos incesantes ofendían el oído, y hacían vibrar el aire con las notas discordantes de un canto desolado y lleno de congoja. El ansia de dejarlos atrás llevó a los jinetes a espolear a sus monturas.

Cuando estuvieron a salvo, el capitán dijo:

—Si yo fuera Dios y viera a esos desgraciados, les enviaría una epidemia sólo para ellos.

—Ya lo ha hecho, por lo que parece —dijo Alejandro—: Una epidemia de locura.

Prosiguieron su camino al galope, deseosos de acrecentar la distancia que los separaba de la terrible horda. En pocas horas llegaron a la periferia de una población y, antes de atravesarla, hicieron una pausa para reagruparse.

Aunque su experiencia de la guerra se limitara a lo que había oído decir a Hernández, Alejandro tuvo la certeza de que el horror bélico no podía superar en truculencia a la escena con que fueron recibidos en la plaza mayor: seis hogueras en su apogeo envolvían de espesa humareda sendos postes, cada uno de los cuales sostenía los restos chamuscados de lo que había sido un ser humano. Alrededor de tamaña atrocidad hacían corro y gemían varias decenas de diablos con el torso al descubierto y sin más vestidura que unos sacos de tela gruesa. Resultaban más horripilantes que cualquiera de los componentes de la anterior procesión. Se azotaban con ramas espinosas y látigos con puntas de hierro, y cuando ya no podían azotarse ellos mismos, la emprendían con el de al lado. La sangre chorreaba por sus piernas y formaba charcos en el suelo, cubierto de huellas sangrientas y pedazos de tela

embebida en sangre. Bailaban como locos en torno a sus víctimas, azuzados por un nutrido público. Las campanas de la iglesia doblaban sin cesar, ofreciendo un salvaje contrapunto a los espantosos himnos.

Mientras contenían el nerviosismo de sus caballos, Alejandro y el capitán asistieron con una mezcla de horror y fascinación al momento en que uno de los flagelantes se separaba del círculo para azotar a una de las víctimas. Alejandro sintió náuseas al comprobar, por su reacción al violento latigazo, que el hombre atado al poste seguía con vida. Se acercó para ver mejor, y, distinguiendo en la manga del pobre hombre los restos tiznados de un círculo amarillo, aguijó con rabia a su montura.

El capitán, que había presenciado el momento en que su protegido perdía el control, se abalanzó sobre él fustigando con dureza a su caballo, y, tras apoderarse de las riendas del de Alejandro, obligó al animal a detenerse en seco.

—¡Monsieur! ¡No cometáis una locura, os lo ruego! ¡Sólo son judíos!

Alejandro se debatió con furia, pero no pudo huir de su captor, mucho más alto y corpulento. Viendo la rabia con que miraba, el capitán se dio cuenta de que no podría retenerlo indefinidamente, y, sobreponiendo su voz al coro de chillidos, dio instrucciones al guardia que tenía más cerca; éste se apeó del caballo y se apresuró a poner una flecha en su arco. El disparo, de una precisión extraordinaria, atravesó el corazón del prisionero atado al poste y le deparó una muerte instantánea.

El horrendo círculo de penitentes interrumpió sus danzas y lamentos. Volviéndose todos a una, buscaron con la mirada al traidor que los había privado de su diversión. Al ver al séquito papal, cargaron contra él sin el menor respeto por el estandarte que debía protegerlo.

El capitán volvió a aferrar las riendas del caballo de Alejandro y espoleó al suyo, a fin de huir de aquella banda de locos. Todo el grupo de jinetes salió al galope, dejando atrás sin problemas a la ensangrentada y demencial caterva, pero no se detuvieron hasta sentirse completamente a salvo en la espesura del bosque.

La prontitud de la huida había dejado exhaustos a los caballos, y, dada la proximidad del crepúsculo, el capitán juzgó aconsejable montar ahí mismo el campamento. Mientras los guardias a sus órdenes montaban las tiendas, el capitán se llevó a Alejandro a un lado.

—Habéis cometido una imprudencia —dijo con severidad—, y el resultado podría haber sido, desastroso.

—¡Pero ese hombre sufría! Lo estaban quemando vivo, y yo no podía...

—Comprendo vuestra compasión por los que sufren, maese médico —lo

interrumpió el capitán—, pero salvarlo no estaba en nuestra mano.

—¡Vos mismo, sin embargo, habéis mandado matarlo! También os afectaba su agonía.

—Una buena flecha mal empleada. Sólo era un judío, y el destino de los judíos es sufrir. En adelante, si queréis acabar el viaje sano y salvo, haréis bien en contener arranques inútiles de heroísmo.

Alejandro luchó por reprimir la rabia que sentía crecer dentro de él. No te delates, se amonestó. Hoy ha muerto un judío. No vayas a ser tú el siguiente.

Pasado Dijon, torcieron un poco al oeste por un camino que los llevaría al norte de París y acabaría dejándolos en Calais, desde donde debían cruzar el canal.

Cuando faltaba un día para llegar a Calais, uno de los guardias empezó a tener dolor de cabeza y de estómago. Alejandro lo examinó de inmediato, y comprobó que sus temores eran ciertos: empezaban a hinchársele el cuello y las axilas. Rogó al capitán que hicieran una pausa para dar un respiro al enfermo, que empeoraba por momentos. A la mañana siguiente, otro guardia presentaba síntomas similares. Por la tarde habían enfermado dos más.

El balance final era de cinco guardias afectados sobre diez. Alejandro envió a los demás a acampar junto al capitán a cierta distancia. Provisto de su amuleto, y tapándose nariz y boca como le había enseñado De Chauliac, administró a las víctimas las hierbas y medicinas que le habían dado para llevarlas a Inglaterra.

El primer hombre sólo tardó un día en morir, y los otros cuatro se hallaban en un estado lamentable. El capitán instó a Alejandro a seguir adelante, pero el médico no quería oír hablar de viajes. Esperaba mucho de las curas que le acababan de enseñar, pero, al producirse la segunda muerte, los guardias sanos empezaron a quejarse, y el capitán, fiel a su compromiso con el Papa, insistió todavía más en que le permitieran reanudar la marcha.

—No me iré hasta que estos hombres estén muertos o sanos. Está todo dicho.

Las quejas fueron a más. Los guardias, asustados, hablaban de dejar atrás a Alejandro y sus compañeros enfermos.

—Estoy desesperado —confesó el capitán a Alejandro—. Debo depositaros sano y salvo en Inglaterra, y no puedo hacerlo sin una buena escolta. Ya hemos perdido dos hombres, y los demás no quieren quedarse aquí, porque están seguros de que el aire está contaminado.

—No puedo discutirse —contestó el médico—. No tengo argumentos para

tranquilizarlos. Ahora mismo hay otro soldado que se halla a las puertas de la muerte, y a los otros dos no hay quien los salve.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó el capitán.

—No lo sé; quizá un día, y quizá dos.

El capitán se alejó, y, a su regreso, su rostro expresaba una enorme tristeza.

—Señor, os pido perdón por lo que estoy a punto de hacer, pero no podemos demorarnos más.

Alejandro no le entendió. Poniéndose en pie de un salto, siguió al capitán hasta el lugar en que yacían los guardias enfermos. Durante el breve intervalo en que los había dejado para hablar con el capitán, el más enfermo de los tres había fallecido; tenía los ojos abiertos, el pecho inmóvil, y cubiertos de moscas los rincones húmedos de su cuerpo. Los otros dos seguían conscientes, gimiendo y llorando de dolor.

El capitán se colocó entre los dos supervivientes y dijo:

—Haced las paces con vuestro Dios.

Acto seguido desenvainó la espada.

Alejandro pensó que el patetismo con que miraban los enfermos habría sido capaz de dar mala conciencia a los mismísimos ángeles.

¿Y cómo miraría yo viendo llegada mi hora?, se preguntó. Igual. Al menos no seguirán sufriendo. No tenía la menor intención de interponerse.

—Que Dios se apiade de vuestras almas, y de la mía —dijo el capitán, antes de despachar las almas de los dos guardias con rápidos y compasivos mandobles—. Y ahora, señor, proseguiremos el viaje; ya hemos perdido demasiado tiempo. Dios recibirá las almas inocentes de estos dos, pero, si no os hago llegar a Inglaterra, Su Santidad se encargará de que la mía no obtenga perdón. Por favor, recoged vuestro equipaje y seguidme.

A falta de medios para enterrar los cadáveres, los dejaron en el bosque. Alejandro deseó fervientemente haber llevado consigo la pala que con tanta pericia forjara Carlos Alderón en Alcañiz, hacía de eso una eternidad.

Y, llegado el vigesimosegundo día desde su partida de Aviñón, la atribulada comitiva arribó a Calais, ciudad que llevaba un año bajo dominio inglés, desde que las fuerzas del rey Eduardo la habían ganado en dura y sangrienta batalla. Reinaba en la ciudad una gran confusión, y los guardias franceses del Papa se quejaban de sentirse como en territorio enemigo. De no ser por el estandarte papal, sin duda las fuerzas de ocupación inglesas habrían interrumpido su avance, mal dispuestas contra todo grupo de aspecto militar que, como el suyo, se embarcase en Calais.

El capitán dejó en la ciudad a Alejandro y los cinco guardias que quedaban, y fue al muelle en busca de pasaje. Volvió una hora más tarde.

—Un golpe de suerte, no cabe duda —dijo—. Hace buen tiempo para cruzar. He encontrado un pescador que aceptará gustoso nuestro oro.

Caballos y hombres subieron a bordo de la sólida embarcación, y el pescador desplegó las velas aprovechando que el viento soplaba con fuerza. Al principio Alejandro estaba entusiasmado con la perspectiva de cruzar el canal, dado que era la primera vez que navegaba, pero una vez en alta mar, abandonada la protección de la orilla, cayó presa de un terrible malestar, e, incapaz de separar la cabeza de las rodillas, se quedó mirando el cubo que había llenado con su propio vómito, hasta que lo vio todo tan oscuro que ya no distinguía nada.

El capitán se mostró compasivo con la debilidad del médico.

—La travesía nunca es fácil —dijo—. Hay quien, después de cruzar con mar tempestuosa, no vuelve a ser el mismo. Pero creo que el viaje va a ser rápido; el mar está en calma, y el viento nos es propicio. A veces es mucho peor.

Alejandro levantó la cabeza el tiempo justo para decir:

—¿Peor? ¿Cómo es posible? Estoy a punto de expulsar las tripas.

—Quizá sin tripas no sintáis dolor —dijo el capitán—; aunque, bien pensado, os recomiendo hacer lo posible por conservarlas. Quizá os consuele saber que no sois el único que sufre de esta dolencia. ¡Dicen que el poderoso Eduardo en persona no resiste el vaivén de un barco!

Y se echó a reír. Para el capitán, que había visto al majestuoso Eduardo, imaginar a tan alto personaje presa de terribles vómitos resultaba de lo más gracioso; Alejandro, en cambio, gravemente mareado, no le veía nada de humorístico al comentario. Volvió a sumir la cabeza entre las piernas e inició una nueva tanda de arcadas.

Por la tarde del día siguiente alcanzaron la costa opuesta sin novedad. La comitiva se apresuró a desembarcar y a conducir a los caballos por el bajío hasta la playa rocosa. Alejandro tardó un poco en montar, el tiempo necesario para que sus piernas temblorosas recuperasen el equilibrio.

El blanco acantilado se erguía majestuoso por encima de la arena. A la luz menguante del crepúsculo, Alejandro vio al barco internarse en la mar de vuelta a Francia, dejándolo a él y sus acompañantes en la extraña orilla de un país desconocido.



Alejandro señaló la ciudad cuyas torres y agujas empezaban a perfilarse en la distancia.

—¿Es Londres? —preguntó.

—Sí —contestó el capitán.

—¡Cómo! ¿Tan pequeña? ¡Y fijaos en lo sucio que está el aire! —dijo Alejandro—. ¡Esperaba algo más grande y más majestuoso! No parece una ciudad adecuada para albergar al gran Eduardo.

—Parece que el propio rey comparte vuestra opinión —dijo el capitán—, pues, aunque tiene a su ejército apostado en Londres, vive en Windsor, al oeste de la ciudad. He oído decir que su palacio es espléndido. Esta noche, según lo convenido, os dejaré en la Torre de Londres, y acaso mañana os lleven a Windsor.

El idioma de los ingleses pareció duro y gutural a Alejandro, muy distinto a su aragonés nativo y a la fluida y dulce lengua francesa que había llegado a dominar. El enviado papal se internó por la multitud que atestaba el espacioso puente de entrada a la ciudad de Londres, oyendo por todas partes el rudo sonido del idioma local. En cierta ocasión había oído hablar alemán, lengua que un oído poco avezado podía confundir con el inglés; a decir verdad, ni una ni otra le gustaban.

Vio cadáveres acumulados en la ribera del Támesis, flotando algunos, otros cabeceando a merced del oleaje que lamía la orilla; la altura del puente no le impidió percibir el olor a descomposición. Más que agua, el río parecía llevar barro; por todas partes flotaban cúmulos de excrementos y desechos, y había pocos puntos claros en la superficie.

La comitiva seguía llevando el estandarte del Papa, y todo el mundo se hacía a un lado para permitirles el paso. A la vista del dorado crucifijo sobre campo rojo, afligidos suplicantes caían de rodillas y oraban con las manos entrelazadas. Tanta atención ponía nervioso a Alejandro, que procuró pasar desapercibido en lo posible, acercando su caballo al grupo de los guardias.

Ya a las puertas de la Torre, salió a recibirlos el gobernador del castillo, que se ocupó de que sus pertenencias fueran llevadas a aposentos temporales.

—Su majestad os espera, pero se ha trasladado a Windsor, donde podrá recibirlos con mayor propiedad. Me ha pedido que os invite a pasar la noche aquí y emprender mañana el camino al oeste, siempre y cuando la solución sea de vuestro agrado.

El gobernador, que estaba impaciente por oír noticias del extranjero, los convidó a que cenaran juntos, confiando en que le relataran en detalle su viaje por Francia. El

capitán no puso reparos, y cenaron en la sala principal de la residencia de su anfitrión. Carnes humeantes y crujientes hogazas de pan cubrían una larga mesa confeccionada con tablones, y los comensales se iban pasando una bandeja de nabos calientes. Al final de la comida, Alejandro tenía la cabeza como un bombo, agotado por el esfuerzo de intentar entender lo que se decía. A lo largo del viaje había aprendido unas cuantas palabras y expresiones inglesas del capitán, durante las largas conversaciones que habían sido su única distracción en las noches de acampada. El inglés del capitán tenía serias limitaciones, y su pronunciación dejaba mucho que desear; sus enseñanzas no bastaron a Alejandro, que en varias ocasiones tuvo que pedir traducción al francés.

El capitán despertó a Alejandro al rayar el alba.

—Estamos listos para marchar —dijo—. He traído unos artículos que Su Santidad quiere que entreguéis.

Después de restregarse los ojos, Alejandro se incorporó y cogió el paquete.

—¿Por qué no nos quedamos a descansar un día o dos? —dijo—. ¿Tanta prisa tenéis en emprender el viaje al frente de vuestros hombres?

—Prefiero marcharme —contestó el capitán—. Estas tierras de Inglaterra no me gustan, así como no les gusta a los soldados ingleses el buen suelo francés.

Alejandro no quería quedarse solo.

—Bien, pero no dependerá de uno o dos días...

—Olvidáis, señor, que mi rey está en guerra con el hombre a quien voy a entregaros. La peste ha forzado una tregua, pero no durará. Es cierto que sirvo al Papa, pero soy y seré hijo de Francia, y no veo la hora de volver a mi tierra. Vos debéis de entenderlo, tan lejos de vuestro país...

Vaya si lo entiendo..., pensó Alejandro.

—En tal caso, os digo adiós y os deseo que lleguéis sano y salvo a casa —dijo.

El capitán se despidió y salió de la habitación.

Otra vez solo, Alejandro abrió el paquete para examinar su contenido. Consistía éste en varios pergaminos para el rey y sus ministros, unos cuantos regalos de tamaño reducido que supuso destinados a las damas, y una bolsa de oro para él.

Se vistió a toda prisa y subió por la escalera, uniéndose a varios guardias ingleses que vigilaban la campiña circundante. Desconsolado, vio reducirse el tamaño de los seis jinetes, que acabaron por desaparecer. Se preguntó cuál de ellos no llegaría a Aviñón.

Durante el viaje a Windsor, Alejandro buscó la compañía del jefe de su escolta, que había servido al rey Eduardo en Francia y dominaba el idioma de dicho país. Alejandro no dejaba de importunarlo a todas horas, preguntándole el nombre de diversos objetos de uso cotidiano y solicitándole consejo acerca de cómo saludar, dirigirse a y despedirse de la familia real inglesa. Al principio su tutor lo encontró divertido, pero, acabó cansándose de las incesantes preguntas del joven, y se alegró de llegar a las puertas del castillo y poder desentenderse de Alejandro.

Éste descubrió en Windsor una enorme fortaleza de gruesos muros de piedra y espléndidas torres que se erguían muy por encima del bosque circundante. En el patio inferior salió a su encuentro un hombre de porte majestuoso y recargadas vestiduras.

—Soy sir John Chandos, consejero del rey Eduardo y el príncipe de Gales, y os doy la bienvenida a nuestra bella morada.

El médico correspondió a la elegante reverencia de Chandos, sintiéndose algo torpe. No estaba acostumbrado a los modales cortesanos.

—*Pardon, monsieur, je ne comprendí pas.*

—Ah, sí —dijo Chandos en francés—. Desconocéis nuestro tosco idioma. *Moi aussi, je préfere la, langue frangaise* —siguió en francés, respetando la necesidad de una lengua común por parte de Alejandro—. Me han pedido que os acompañe a vuestros aposentos, en el ala este del castillo. Os hemos preparado unas habitaciones que confío serán de vuestro agrado. El rey no ha reparado en gastos con tal de que el embajador de Su Santidad reciba toda clase de atenciones durante su estancia en nuestro reino.

Alejandro siguió a sir John por varios patios hasta llegar a la parte residencial del castillo. Antorchas y velas inundaban de luz todas las salas y pasadizos, hecho que llevó a Alejandro a comentar:

—Veo que en Inglaterra el aceite no está tan caro como en España.

Sir John rio.

—No creáis, lo es, pero nuestro rey no tolera la oscuridad en Windsor.

Atravesaron una enorme sala abovedada de cuyas paredes colgaban tapices con escenas de gloriosas batallas. Encima de la chimenea había tres juegos de espadas entrecruzadas, con toda suerte de cornamentas alrededor.

—¿Qué enorme bestia lucía cuernos como éstos? —preguntó Alejandro, señalando hacia arriba—. ¿Se la puede encontrar cerca del castillo? De ser así, avisadme y la evitaré.

Sir John se echó a reír.

—No temáis; son cuernos muy antiguos, y pertenecieron a alces irlandeses. El padre de Eduardo los trajo de las pantanosas tierras de Irlanda. Hace cien años que no se ve ningún ejemplar, aunque se les atribuía dos veces el tamaño de un buen caballo.

—Más que de un caballo, parecen salidos de un árbol —dijo Alejandro—. ¡Qué imponente es todo lo que veo! Me hace sentir muy pequeño. ¿Son, pues, gigantes esos Plantagenets?

—Os lo parecerían, si los vierais en plena batalla —dijo sir John, rojo de orgullo—. Con la armadura puesta se parecen a Goliat.

Y yo no soy ningún David, pensó Alejandro.

El centro de la sala estaba dominado por una mesa lo suficientemente larga para dar cabida a varias familias a la vez. Estaba rodeada por decenas de sillas, todas talladas con esmero. El suelo, adornado con un motivo de diamantes, alternaba el mármol pardo con el negro, y contaba con varias alfombras y pieles diseminadas. Accedieron seguidamente a un pasadizo largo y profusamente iluminado, llegados a cuyo extremo doblaron a la derecha y siguieron pasando junto a varias puertas cerradas hasta detenerse frente a una de ellas, que se abría en un receso del muro.

Sir John la empujó e hizo pasar a Alejandro, que, una vez dentro, examinó su nuevo hogar, impresionado por la calidad de los muebles y accesorios.

—Creo, monsieur, que hallaréis sumamente confortables estas habitaciones. No tenéis más que tirar de esta campanilla para que aparezca un sirviente y cumpla cuanto le ordenéis. —Sir John hizo una pausa que permitió a Alejandro seguir examinando la habitación—. Cuando suenen siete campanadas, la familia se reunirá en la sala grande para cenar. El rey tendrá sumo placer en que os suméis a ellos. Y ahora os dejo, esperando gozar más tarde de vuestra compañía. Buenas tardes, doctor Hernández.

Oyendo tañer las campanas, Alejandro dejó un momento de deshacer las maletas para no perder la cuenta. Una vez comprobado que eran siete, volvió a mirarse de pies a cabeza y a revisar todos los detalles de su atavío, pues, siendo la primera vez que se ponía ropa tan elegante, tenía que asegurarse de que cada prenda estuviera en su sitio. Por fin, después de alisarse aquellos pantalones que tanto detestaba, dejó sus aposentos y se encaminó a la sala mayor.

Si ésta ya le había parecido exquisita, la presencia de un grupo de gente principal hizo que se lo pareciera más aún. Un nutrido público, todo elegancia, escuchaba a un juglar que caminaba de un lado a otro tañendo su laúd, colgado del hombro con una cinta de vivos colores.

Había dos sillas grandes de madera tapizadas de terciopelo rojo, en una de las cuales se sentaba una hermosa mujer rubia y entrada en carnes. Lo llamativo de sus vestiduras y joyas contrastaba con la expresión de su rostro, hondamente apenada. Es la reina, pensó Alejandro. Acaba de perder a su hija, y no es de extrañar que parezca tan triste...

Alejandro se fijó en los demás ocupantes de la sala; escondido en la entrada, observó la luminosa asamblea sin desvelar su presencia. Su interés se vio solicitado por innumerables detalles. Intentó adivinar quiénes eran hijos e hijas de la pareja real; casi todos los presentes eran rubios y claros de piel, con ojos azules o grises. Una de las jóvenes iba cargada de relucientes joyas, y enfundada en un brillante vestido de raso. Supuso que sería una princesa. Otra tenía una melena lustrosa y cobriza...

El clandestino escrutinio de Alejandro se vio interrumpido bruscamente por las notas de un clarín, que anunciaban la entrada de alguien importante.

Irrumpió entonces en la sala un hombre que cubría sus incipientes canas con una pequeña corona de oro, seguido de cerca por otro hombre más joven, de distinguido atuendo y gran parecido con el primero. La estatura de ambos aventajaba en una cabeza a la de Alejandro, y destacaban los dos por su porte viril. De haberlos visto con armadura, Alejandro los habría tomado por guerreros de cierto rango. Era imposible no darse cuenta de su condición de padre e hijo, ni de que eran de condición regia, o se tenían por tales. El rey siguió avanzando entre sus súbditos, inclinados casi al alimón. El príncipe se quedó atrás y ocupó su lugar entre los reunidos. Por su parte, el rey acabó deteniéndose frente a la mujer sentada a la que Alejandro había identificado como reina. La miró con ojos centelleantes y le tendió la mano; ella cedió la suya, acompañando el gesto con una risita de niña. El rey hizo que su esposa se levantara con grácil ademán.

—Mi reina —dijo, besando su mano con dulzura.

La llevó a continuación hasta su asiento, recibiendo el homenaje de la multitud, y, tras dejarla cómodamente sentada, se dirigió ceremoniosamente al otro extremo de la mesa, donde tomó asiento en una silla de madera de respaldo alto y cojines de terciopelo. Una vez instalado, exhortó a sus invitados a hacer lo propio.

Los comensales se fueron colocando alrededor de la mesa, haciendo rechinar las sillas contra el suelo. Alejandro vio que quedaba una sin ocupar, y, avergonzado, cayó en la cuenta de que debía de ser la suya. Daba ya los primeros pasos por la sala cuando vio que sir John se levantaba a toda prisa y salía a su encuentro.

—Majestad —dijo sir John, acercándose al médico—, permitid que os presente al doctor Hernández, el emisario médico que viene de parte de su santidad el papa Clemente. Acaba de llegar esta misma tarde.

Todas las miradas se concentraron en Alejandro, incluida la del rey, azul y penetrante. El soberano sometió al desconocido comensal a un examen rápido y perspicaz, fijándose en todos los detalles, pues Eduardo no tenía excesivo aprecio por Clemente, y menos aún confianza. Pese a lo solícito de su correspondencia, ninguno de los dos tenía claras las buenas intenciones del otro.

Alejandro no sabía qué hacer, y aguantó sin moverse el indiscreto escrutinio. Sir John lo sostenía por los hombros, y Alejandro permaneció inmóvil, dispuesto a que el caballero lo dirigiera.

El rey Eduardo acabó por relajar la mirada y decir:

—Doctor Hernández, nos alegramos de que hayáis hecho un viaje tan largo para estar con nuestra familia. Es por parte de Su Santidad un rasgo atento y generoso el querer protegernos ofreciéndonos vuestros servicios. Cenad con nosotros, os lo ruego; estamos impacientes por recibir noticias de Aviñón, y dependemos de vos para proporcionárnoslas.

El rey señaló con la cabeza la silla vacante, y Alejandro notó que el servicial sir John lo dirigía hacia ella. Una vez sentado, acercó la silla a la mesa. Tenía a la derecha a la esbelta y rubia princesa cuya presencia había advertido anteriormente. Le dirigió una sonrisa cortés.

—Mi padre no tolera retrasos en sus invitados —dijo ella.

Acto seguido miró a Alejandro de hito en hito y le sonrió con afectada modestia. Todo el mundo se volvió hacia el médico, atentos sin duda a su respuesta.

Debe de tratarse de la impertinente Isabel, pensó Alejandro. Es tal como la describió De Chauliac.

—Y no debería hacerlo —contestó—, puesto que todo súbdito debe a su rey el más alto respeto. —Se volvió hacia el monarca y, con voz contrita, añadió—: Majestad, os ruego que perdonéis mi falta de educación. Soy un español ignorante, lejos de mi hogar, y desconozco las costumbres de vuestro reino.

No había mejor respuesta, dado lo orgulloso que estaba el rey del refinamiento de su corte, y el fanatismo con que se dedicaba a perfeccionar el arte de la hospitalidad.

—Haremos que se os enseñen, maese médico, a fin de que os sintáis a gusto entre nosotros. Me resulta intolerable toda incomodidad por parte de mis huéspedes. —El rey rio de corazón—. A decir del Santo Padre, estáis lejos de ser un ignorante, joven. Alaba y tiene en gran estima vuestras habilidades como médico; mas, ante todo, debéis perdonar que esté descuidando mis obligaciones como anfitrión. Permitid que os presente a mi amada reina Felipa —dijo, señalando en dirección a su consorte.

Alejandro se puso en pie, y estuvo a punto de tirar la silla con las prisas. Saludó a

la reina con una profunda inclinación, a la que ella correspondió con un gentil ademán de cabeza. Las damas más jóvenes de la sala contuvieron a duras penas sus risas, alborozadas por la reverencia del médico, sincera pero torpe.

—Por favor, monsieur, volved a ocupar vuestro asiento; soy yo quien se siente honrada por vuestra sabia presencia.

Alejandro siguió las indicaciones de la reina, ruborizándose por el escaso éxito de su tentativa.

—Doctor Hernández —prosiguió el rey—, albergo la sincera esperanza de que podáis prescribir una cura para la soltura de lengua de mi hija. —Hizo un gesto en dirección a la joven que había reprendido a Alejandro, suscitando en ella una airada reacción que no pasó desapercibida al médico—. A todos nos afectan los irreprimibles impulsos con que Isabel procura corregir nuestras imperfecciones. Os advierto, sin embargo, que la primera causa de su aflicción soy yo; he mimado en exceso a mi Isabel, y no puedo echar la culpa a nadie más que a mí mismo. Y ahora, quiero que conozcáis a mi hijo Eduardo, el príncipe de Gales.

El joven que había entrado junto al rey dijo:

—Vuestra presencia nos llena de dicha, doctor. —Indicó a Alejandro que permaneciera sentado—. Su Santidad ha dedicado muchas líneas a vuestra educación y aptitudes, y nos asegura que sabréis proteger a nuestra familia del flagelo de la peste.

Temo que haya exagerado mis capacidades, pensó Alejandro. De poco sirvieron a los soldados que cayeron enfermos durante el viaje a Inglaterra. Resolvió aprovechar la primera ocasión de hablar con el rey a solas para ofrecerle una descripción más realista de lo que era capaz de hacer por la familia real de Inglaterra, ya que no quería alarmar a las damas.

La conversación se centró en las noticias europeas, y la atención de todos se volcó en el relato que hizo el médico de su viaje desde Aviñón. Alejandro se alegró de poder tomar la palabra, y así descansar del esfuerzo que suponía entender los dos idiomas extranjeros que se hablaban en la mesa. Narró a la asamblea su encuentro con los horribles flagelantes, y el bárbaro ataque de éstos a la comitiva; describió con gran congoja el dramático fallecimiento de los guardias papales. Todos los comensales escucharon con atención, absortos en sus reflexiones personales en torno a la negra situación del continente.

Percibiendo lo lúgubre del ambiente que se había apoderado de la reunión, el príncipe de Gales realizó una diestra maniobra para dar mayor ligereza al discurso.

—Y decidnos, ¿qué hacíais en Francia, tan lejos de vuestro país nativo, captando la atención del médico de Su Santidad?

Alejandro modificó los hechos.

—He estudiado en Montpellier. Todos los médicos de las poblaciones próximas a Aviñón fueron convocados en presencia del médico personal del Papa, quien, después de examinar nuestras habilidades, seleccionó a los más indicados. El doctor De Chauliac impartió las técnicas especiales con que protege al Papa a quienes fueron seleccionados para viajar al extranjero.

La conversación pasó a versar sobre otros temas, casi todos incomprensibles para Alejandro. Mientras tanto, un músico pulsaba con brío las cuerdas de un arpa, marcando el compás a un bufón que divertía a todos con sus cabriolas, sobre todo a una niña que estaba sentada al lado de la princesa. La risa de la chiquilla era encantadora, y su alegría contagiosa. Ojalá lo fuera tanto como la peste, pensó Alejandro.

Aun tratándose de una familia que había sufrido una baja entre sus miembros por culpa de la peste, los comensales parecían ajenos en gran medida a los crueles acontecimientos que afectaban al resto del mundo. Sólo el aspecto de la reina revelaba esa sensación de dolor y de pérdida tan común entre la población europea. Reinaba en la sala verdadera alegría; los hombres eran saludables y robustos, gentiles y llenas de encanto las mujeres. Aquel palacio gozaba de una milagrosa inmunidad frente a los efectos de la peste. Alejandro pensó en lo dichoso y afortunado que era aquel grupo de comensales, y se propuso hacer lo posible por preservar su alegría.



## DIEZ

**A**unque, después de toda la carne de cordero que había engullido, Robert Sarin tenía el estómago más que lleno, consiguió tragarse un trocito más y, apoyado en el respaldo, emitió un sonoro eructo de satisfacción. Aquel repentino e inexplicable aumento de apetito le producía tanta sorpresa como alegría. Se acarició el protuberante estómago. A su lado, el perro meneaba la cola y mendigaba a base de gañidos algo de lo que quedaba en el plato de su amo. El viejo, sonriente, complació a su compañero ofreciéndole en la palma de la mano un pedazo de grasa de tamaño considerable. El perro lo cogió con un mordisco preciso, sin rozar siquiera la piel de Sarin, y se lo tragó entero. Sarin siguió tendiéndole la mano cubierta de grasa, y el perro se la lamió hasta dejarla del todo limpia.

Sarin disfrutó del cosquilleo de la lengua húmeda del perro en su palma encallecida, consciente, en lo más profundo de su ser, de que no experimentaría muchas veces más aquella sensación, ni aquella ni otras. Estaba aprendiendo a gozar de todas las sensaciones agradables que le ofrecía el día a día, y paladeaba todas las ideas que se le ocurrían cual si se tratara de importantes aportaciones filosóficas.

Le parecía extraño que el miedo fuera capaz de proporcionarle tanta vitalidad. La energía con que se preparaba para los acontecimientos inminentes no cuadraba con el cansancio de los últimos años: era como si hubieran bastado unos días para borrar una década entera de envejecimiento. Cada vez respiraba con mayor facilidad, y cada paso que daba era más ágil que el anterior. Había estado trabajando en el jardín de su madre, dejándolo mejor de lo que había estado en todos los años en que ella ya no se hallaba ahí para cuidarlo. Siempre le había gustado el olor que desprendía aquella tierra negra y fértil, un olor a humedad y almizcle, como el que imaginaba que podía desprender una mujer.

Consultaba a diario el libro de su madre, y cada vez memorizaba mejor los rituales. ¡Su memoria lo asombraba! La sensación de saber cosas y aprender otras nuevas le resultaba poco menos que embriagadora. Era consciente de que se acercaba el momento en que iba a exigírsele utilizar todo lo aprendido, y se sentía lleno de un entusiasmo desconocido hasta entonces. Ojalá hubiera podido vivir para verlo, se dijo con tristeza, pensando en su madre.

En cuanto se sintió un poco menos empachado, se levantó de la silla y se desperezó. La casa olía de maravilla. Desde que todo estaba igual que cuando su madre gozaba de la plenitud de sus facultades, Sarin no dejaba de recordarla. Llamó al perro, que acudió a su lado hecho un desaliñado revoltijo de pelos, con la lengua rosa colgando de su boca, torcida en una mueca perruna. Sarin le acarició la cabeza

y dijo:

—A veces parece que ni nos haya dejado.

El perro expresó su conformidad con meneos de cola y discretos gañidos.

—Es como si siguiera aquí, ayudándome —concluyó Sarin.

Le había costado lo suyo ponerlo todo en orden, y, durante todo el proceso, había experimentado la sensación de tener a su madre a sus espaldas, protegiéndolo en sus tareas de mantenimiento. Sólo en el momento de acabar se había dado cuenta de hasta qué punto el desorden se había apoderado de la casa.

Sabía que su madre había rezado por que la tarea le correspondiera a ella, y que, por mucho cuidado que hubiera puesto en instruir a su hijo (su único hijo), nunca lo había creído capaz de cumplir la misión, caso de recaer en él dicha responsabilidad. «Debería haberlo adivinado —solía lamentarse poco antes de morir—. Un niño. Debería haberlo adivinado». Y estaba en lo cierto, pensó Sarin, puesto que él había sido el único varón después de varios siglos de mujeres altamente cualificadas. En virtud de un ritual antiguo y celosamente guardado, cada hija había engendrado a su vez a otra hija, y le había puesto su nombre.

Pero, según le había dicho su madre, Sarin era hijo del amor, no del ritual. Se preguntó hasta qué punto habría horrorizado a su madre ver entre sus piernas ensangrentadas a aquella criatura minúscula y arrugada que no dejaba de llorar, fruto de un parto largo y difícil. Se preguntó si, presa del pánico, habría echado a llorar, o si, peor todavía, se habría planteado deshacerse de él. Después de tantos años, era como si la fuerza de su rebeldía siguiera flotando en el aire: la negativa a hacer lo que la tradición y la costumbre le exigían. Una muchacha indignada, cargada con el lastre de un hijo imperfecto, blandiendo el puño contra seiscientos años de obediencia por parte de sus ancestros. Transcurrido el tiempo, disipada la rebeldía, aquel hijo había adivinado el arrepentimiento de su madre. «Sabía lo que se me exigía —le había dicho ella en cierta ocasión—, y no lo hice. Soy la única culpable». A partir de entonces había acatado cuanto se esperaba de ella; todo, salvo lo tocante a la educación de un hijo defectuoso.

El hijo en cuestión, convertido ya en anciano, salió de su casa, agachándose para no dar con la cabeza en una puerta que era demasiado baja para su estatura. Sus ojos cansados distinguieron la silueta de un hombre cubierto de harapos que se metía corriendo entre los árboles. Acarició al perro en la cabeza.

—He visto uno —susurró al animal—. Me extraña que no vengan más a menudo.

¿Por qué será, se preguntó Janie con enojo, que cuando suena el teléfono siempre

la coge a una con pasta de dientes en la boca? Tuvo la tentación de dejar que el buzón de voz del hotel recogiera la llamada, pero, recordando que podía tratarse de Caroline, escupió y salió corriendo en dirección al receptor, cuyo auricular levantó justo antes de que la quinta señal activara el sistema.

—¿Sí? —dijo, con un gusto a menta en la boca.

—Buenos días —contestó Bruce.

Janie tuvo la ocurrencia de fingir que no reconocía la voz, por darse el gusto de desorientar a Bruce; pero no, estaba resuelta a ser más dulce y amable que nunca, en aras, sobre todo, de lo bien que se había portado Bruce la noche anterior.

De hecho, pensó, lo más lógico para esta mañana sería una Janie más caliente y hormonal, con la libido recién reactivada.

—¿Qué tal has dormido?

Janie se preguntó si convendría decirle que se las había arreglado para quitarse las sábanas de encima sin quererlo, y que difícilmente podía llamarse dormir a aquel dar vueltas en la cama durante ocho horas largas y solitarias, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Decidió no revelar el tremendo dolor de cabeza que amenazaba con partirle el cerebro por la mitad al más leve movimiento de cuello. A lo mejor tiene aspirinas, pensó, replanteándose su postura.

—Bastante bien —acabó por decir, sin alejarse demasiado de la verdad; pero sí lo hizo, y mucho, al añadir—: Me encuentro muy descansada. Debe de haber sido el vino.

—¡Qué suerte la tuya! —dijo Bruce—. Yo no sé por qué, pero me he pasado la noche sin pegar ojo. A lo mejor ha sido por dormir en una cama que no es la mía, aunque en general no tengo problemas.

—¿En serio? —preguntó Janie con voz burlona—. ¿Podrías presentar testigos en apoyo de esa afirmación?

La burla se convirtió en risa franca. Al otro extremo de la línea se produjo un silencio que duró varios segundos.

—Te lo he servido en bandeja, ¿eh? —acabó Bruce—. Tal vez me convenga evitar conversaciones a primera hora de la mañana.

—Qué quieres que te diga —contestó Janie—. Ha sido simpático. Da gusto empezar el día riendo; y siento que no hayas dormido bien. Confieso que a mí podría haberme ido mejor. Me parece que se me fue la mano con el vino.

—A mí igual me faltó un poco; pero seguro que todo se arregla con uno o dos litros de café. Voy a bajar a desayunar a la cafetería. ¿Te apuntas?

—Bajo en un par de minutos, lo que tarde en acabar de vestirme.

—Antes de bajar llamaré al almacén. Quizá sepan algo de Ted.

—Buena idea. Creo que yo también volveré a probar con Caroline.

—A ver si cuando nos vemos tenemos buenas noticias los dos —dijo Bruce antes de colgar.

Ted separó el termómetro adhesivo de su piel caliente y húmeda y miró el indicador.

—Treinta y nueve con ocho —dijo en voz alta, a pesar de que estaba solo—. ¡Dios santo!

Se sentó al borde de la cama, y al doblar las rodillas notó que le dolían. ¿Otro síntoma? ¿Cuál será el próximo?

Estaba seguro de tener algo más que un resfriado. Había pasado mala noche, levantándose varias veces para beber agua. Al despertarse, su primera sensación fue de sed. Tenía fiebre y sudores, y los ojos llenos de legañas, síntoma claro de enfermedad; sin embargo, lo que más le preocupaba era la hinchazón del cuello, que, lejos de haber disminuido, era cada vez más pronunciada.

Al examinarse el cuello, vio unos puntos oscuros en que la hinchazón era mayor. Su trabajo le había permitido conocer de primera mano los síntomas de casi todas las enfermedades modernas; sin embargo, nunca había visto nada similar a lo que reflejaba el espejo.

Se pasó la mano por el cuello. Los bultos eran duros, y bastaba con ejercer una presión mínima para sentir el dolor sordo que Ted habría asociado a un forúnculo grande sin supurar.

—¡Ay!

Sus dedos se habían detenido en un bulto especialmente doloroso. Pensó que quizá fuera mejor buscar atención médica, pero no sabía cómo hacerlo sin llamar la atención. Prefería que sus colegas no vieran mella en su armadura de perfección; además, si se confirmaba que la enfermedad era algo más que un resfriado, lo último que deseaba era verse engullido por la lenta maquinaria del sistema médico. Un paso en falso, y caería en sus chirriantes engranajes, de los que no saldría hasta que las autoridades estuvieran del todo convencidas de que no representaba ningún peligro para la sociedad. No se le pasó por alto la ironía de que él mismo formara parte a menudo de esas autoridades.

Al final decidió que lo más seguro era intentar un autodiagnóstico, consciente de

que toda la programación necesaria para registrar y analizar sus síntomas figuraba en el sistema informático de la biblioteca médica, escogido por él mismo. Sabía que podía descartar las peores posibilidades antes de seguir adelante.

Vestirse se convirtió en una tortura. Todo le dolía, sobre todo al ponerse un jersey de punto de cuello alto, aunque le satisfizo comprobar en el espejo que de ese modo los bultos del cuello pasaban desapercibidos. Por desgracia, pensó, mientras intentaba hacer más holgada la parte que se le ceñía al cuello, es incómodo a más no poder. Antes de salir a la calle cogió un abrigo de entretiempo. En cuanto estuvo fuera descubrió que el abrigo era de primera necesidad, ya que, a pesar de que hacía una temperatura agradable, el aire le resultaba frío. Juzgando poco aconsejable conducir en ese estado, cogió un taxi, y se pasó el viaje temblando en el asiento de atrás.

Como era fin de semana, la biblioteca del instituto estaba cerrada, y Ted supuso que no habría nadie, aun sabiendo que en otras zonas del edificio sí que trabajaba gente. Siempre que lo veía sin el hormigueo de empleados propio de los días laborables, el instituto le parecía mastodóntico, una especie de cueva enorme que devoraba a quien entraba en ella; sin embargo, era él mismo quien había hecho esa cueva, y solía encontrarse a salvo en su interior. Era la primera vez que le resultaba inhóspita. Al tiempo que aumentaba en él la preocupación por su estado de salud, lo que le rodeaba fue adquiriendo proporciones falsas; empezó a sentirse muy pequeño y frágil, perdido el dominio de sí mismo.

Accedió a la biblioteca vacía aplicando la palma de la mano al sistema de control. Echó un vistazo alrededor y dijo en voz alta:

—¿Hola?

Nadie contestó. Encendió el ordenador sin perder tiempo y entró en la base de datos. El programa fue avanzando por las diversas pantallas, pidiendo información con voz agradable y sosegada. En el campo nombre del paciente Ted introdujo «Sesión de prueba»; de ese modo, el ordenador no archivaría la información que iba a entrar en su base de datos permanente. Por otro lado, el truco le permitió saltarse la larga serie de campos estadísticos y acceder enseguida al campo síntomas. Más vale que te des prisa, antes de que te encuentres demasiado mal, se dijo. En la sección de síntomas hizo clic en los iconos de fiebre, dolor de cabeza, cuello hinchado, rigidez y náuseas.

El ordenador le pidió esperar mientras procesaba la información por el sistema. No tardó más de quince o veinte segundos, pero a Ted le pareció una eternidad. La distorsión que afectaba a sus sensaciones físicas se había comunicado a su percepción del tiempo, y, durante la espera, empezó a sentirse ligeramente desorientado. La aparición en pantalla de una lista de diagnósticos posibles lo rescató de su ensimismamiento. El ordenador le pidió marcar las casillas sobre las cuales deseara

información adicional.

La lista distaba mucho de ser tranquilizadora. Al leerla, Ted sintió un pánico cada vez mayor.

«Enfermedad de Hodgkin: cáncer linfático...».

La pasó por alto.

«Gripe: afección vírica del sistema respiratorio superior...».

La marcó.

«Mononucleosis: enfermedad vírica que provoca un gran cansancio...».

Quizá, pero no era probable.

«Paperas: enfermedad vírica infantil caracterizada por...».

Estaba inmunizado.

«Peste: condición bacteriana provocada por la bacteria *Yersinia pestis*...».

Interrumpió la lectura y miró fijamente la pantalla. *Yersinia pestis*... No hacía mucho que había visto ese nombre, pero, por mucho que se concentrara, no consiguió que su cerebro lo relacionase con nada concreto. Lo contrarió su incapacidad de recordar un detalle que, por muy pequeño que fuera, parecía revestir cierta importancia. Todavía no sabía que un pariente recién nacido de aquella bacteria de nombre conocido pero inaprensible era, de hecho, la causa de sus irritantes lagunas de memoria.

Por fin logró recordar dónde lo había visto. Entonces salió de la red, desconectó el ordenador y se quedó quieto en la silla, con la mirada perdida en el espacio negro de la pantalla. Temblaba, su corazón latía a toda velocidad, y, a pesar de que tardó varios minutos en moverse, sudaba profusamente por la frente y el labio superior. En cuanto se levantó tuvo un ataque de náuseas, e intentó vomitar en la papelera que tenía al lado; pero el intento quedó en meras arcadas, ya que llevaba sin comer desde los primeros momentos de malestar, y en su contraído estómago no había nada que pudiera ser expulsado.

En cuanto dejaron de revolversele las tripas, cerró la biblioteca y se dirigió al laboratorio con pasos lentos, aterrorizado por lo que iba a encontrar, pero impulsado

por una necesidad imperiosa de saber. La coincidencia era demasiado grande para pasarla por alto.

Recorrió poco a poco los pasillos pintados de blanco y colores pastel, apoyándose en la pared para no perder el equilibrio, y usando la otra mano para suavizar su dolor de estómago. Durante el fin de semana los temporizadores sólo encendían una bombilla de cada tres, haciendo que los pasillos, tan luminosos de costumbre, le parecieran lúgubres. La misma falta de luz parecía reinar en su cerebro; cada paso que daba resonaba en el suelo recién encerado, atronándole el tímpano y atontándolo todavía más.

En cuanto llegó al laboratorio fue directamente en busca del libro que Frank había dejado abierto junto al ordenador que contenía el programa de identificación de microorganismos. Lo cogió y, mientras buscaba la parte sobre enterobacterias, se dio cuenta de que había algo debajo, una hoja con un gráfico bastante grande. Al examinar la hoja, vio impresa en la esquina inferior izquierda la información de archivo y fecha; esta última coincidía con la muerte de Frank, y el nombre del archivo era «Gertrude».

Volvió a sentir un frustrante pellizco en las neuronas. Cerró los ojos y procuró extraer de las profundidades de su cerebro la información que necesitaba. ¡Qué espeso que estoy!, pensó, preguntándose si aquella sensación correspondería a la que experimentaba a diario una persona tonta de nacimiento. Por fin, en un instante triunfal, recordó haber interrogado a Caroline acerca del nombre «Gertrude». Era, según había dicho ella, el nombre con que habían bautizado al microbio descubierto por Frank en el trozo de tela.

El trozo de tela que esa misma mañana se había visto expuesto un poco antes a la explosión de *P. coli*.

Ted había tocado la tela, y Caroline también; en cambio, no recordaba haber visto a Janie ni a Bruce en contacto con ella. Juzgó poco probable que Bruce la hubiera tenido entre manos; no así la otra mujer.

Tengo que encontrar ese trozo de tela... si consigo sacudirme esta torpeza mental...

Encendió los dos ordenadores a la vez. Por insistencia del propio Ted, ambos contaban con una función *opprev* que permitía al usuario recordar las operaciones ejecutadas previamente por el sistema, y daba pie a que ese usuario, o cualquier otro, volviera a acceder a cualquier programa en el mismo punto en que había salido de él. Se proporcionaba una lista de fechas, horas y operadores para agilizar la búsqueda. En respuesta a las quejas que acusaban a dicha función de ser un insidioso instrumento que permitía al personal de supervisión controlar qué hacían los técnicos

y cuándo lo hacían, Ted había ordenado a los programadores incluirla en todos los ordenadores del instituto. La inmediata dimisión de dos técnicos fue cubierta por Ted contratando a sustitutos más dóciles.

En primer lugar se dirigió al microscopio en cuya instalación había dejado Frank la muestra de tela. Activó la lista de operaciones previas y volvió al día de la muerte de Frank. La lista constaba de tres archivos: Gertrude, Frank y Frank2. Después pasó al sistema que tenía instalado el programa CIM.

En la lista, justo después de «Frank2», constaba la entrada «identificación CIM *Yersinia pestis*».

Mientras entraba en el programa CIM y abría el archivo con el gráfico de *Yersinia pestis*, se le ocurrió un sinfín de posibilidades, a cuál más espantosa. Seguía teniendo en la mano la imagen impresa de Gertrude, en espera del momento de compararla con el gráfico que no tardaría en aparecer en pantalla. En cuestión de segundos la imagen barrió la pantalla de arriba abajo. Eran prácticamente idénticas; no hacía falta ningún ordenador para darse cuenta de que se trataba del mismo microbio.

Pulsando las teclas con dedos temblorosos, Ted salió del programa y volvió a acceder a la base de datos que había consultado en la biblioteca. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Me encontrarán, seguro —musitó—. Vendrán a por mí con sus uniformes verdes, me meterán en una de esas bolsas amarillas de seguridad biológica y me tirarán como si fuera basura...

Esta vez se saltó por completo la búsqueda por síntomas y fue directamente al archivo «Peste»:

«La peste, enfermedad bacteriana provocada por la bacteria *Yersinia Pestis*, se mantiene en focos significativos de todo el planeta, más concretamente en el sudeste asiático (Vietnam, China) y el sudoeste americano. Las bacterias son transportadas por pulgas que viven en roedores y pequeños mamíferos; puede darse el caso de que los portadores sean mamíferos de gran tamaño, tales como ciervos y reses. Si la bacteria se transfiere a la pulga cuando ésta muerde al portador, se multiplica en el tracto digestivo de la pulga hasta infestar el estómago del insecto. Al morder a otro animal, la pulga regurgita los microbios en el flujo sanguíneo de la víctima, quedando ésta infectada. La enfermedad también puede difundirse por contacto directo con materias infecciosas, tales como fluidos corporales o ropa contaminada».

De la cara de Ted cayeron gotas de sudor que empaparon la parte delantera del



cuello del jersey.

«Existen tres formas de enfermedad, todas ellas provocadas por un mismo microbio. En la forma bubónica, los primeros síntomas incluyen fiebre, dolor de cabeza e hinchazón leve de los ganglios linfáticos, sobre todo en las zonas del cuello y la entrepierna. En ausencia de tratamiento, la enfermedad progresa rápidamente hacia síntomas más pronunciados, que incluyen hinchazón muy marcada de los nódulos linfáticos con hemorragia en los tejidos circundantes. Dentro de los propios nódulos se forman pústulas (bubas) que se presentan a menudo como forúnculos, formando relieve sobre la superficie de la zona nodular. El proceso puede ser muy doloroso, sobre todo en las articulaciones y extremidades, los pacientes pueden experimentar un deterioro de la memoria y exhibir un comportamiento antisocial o ajeno a sus costumbres. Puede producirse una depresión profunda».

Ted se tocó el cuello involuntariamente, palpándolo una vez más como si dudara racionalmente de lo que su instinto daba ya por seguro. Siguió leyendo.

«Si no se somete a tratamiento, es frecuente que la peste bubónica se convierta en peste neumónica, forma en que las bacterias invaden el sistema respiratorio cubriendo la superficie interna de los pulmones. En esta modalidad, la enfermedad es sumamente contagiosa, ya que el esputo aspirado y las gotitas de fluido exhaladas durante la respiración normal suelen transportar bacterias viables».

Ted respiró tapándose la boca con la mano.

«La peste septicémica se produce cuando las bacterias se difunden en el flujo sanguíneo y los órganos vitales. Cuando las bacterias completan su ciclo de vida normal y mueren, grandes cantidades de toxinas pasan directamente al flujo sanguíneo; en su intento de purgar de toxinas el organismo, los riñones y el hígado pueden sufrir una necrosis. La víctima acaba por sucumbir al efecto tóxico. La evolución de esta forma de peste suele ser muy rápida, y sus efectos casi siempre fatales».

Cada vez sudaba más. Se secó la frente con la mano, y ésta a su vez con los pantalones; acto seguido levantó la mano y la miró fijamente, preguntándose con horror cuántos millones de bacterias acabaría de introducir en la tela de los pantalones...

«El tratamiento consiste en una administración prolongada de antibióticos orales

y parenterales. Los más efectivos son la estreptomina, el cloranicol y la tetraciclina. En la forma bubónica pueden sajar los forúnculos para aliviar la presión, irrigándolos después con una solución salina estéril; sin embargo, deben evitarse las infecciones secundarias que puedan derivar del procedimiento quirúrgico. En la mayoría de casos, para que el tratamiento sea efectivo debe iniciarse en las primeras setenta y dos horas desde la aparición de los síntomas. Puede utilizarse suero que contenga anticuerpos de víctimas anteriores para reforzar o sustituir el tratamiento tradicional con antibióticos.

»Todos los pacientes deben ser aislados, y conviene poner en cuarentena a cualquier persona expuesta a la enfermedad hasta el final del período máximo de incubación (por lo general tres semanas). Quienes proporcionen cuidados médicos deben adoptar toda clase de precauciones a la hora de manejar tejidos o productos corporales de individuos infectados o expuestos.

»Por acuerdo internacional, todo caso de peste debe ser comunicado a la organización Mundial para la Salud. Puede obtenerse información adicional vía fax poniéndose en contacto con el Centro de Control de Enfermedades de EEUU.»...

Ted, que ya estaba completamente fuera de sí, intentó sacar la cuenta y, con gran esfuerzo, llegó a la conclusión de que el malestar se había iniciado unas cuarenta y ocho horas atrás. Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo de su asiento, oyendo cómo los latidos de su corazón hacían circular por sus venas una sangre cargada de bacterias. Alucinante, pensó. De locos. ¡Estamos en el siglo XXI, no en la Edad Media! ¿Cómo ha podido suceder?

Pero sabía perfectamente la respuesta. La había jodido; el único responsable de aquel desastre era él. Toda una ristra de papeles lo demostraba, algunos de ellos fuera de su control inmediato. De resultas de su incompetencia, padecía una enfermedad potencialmente mortal y altamente infecciosa. Si recurría a las vías normales para recibir tratamiento médico, toda la comunidad científica descubriría lo sucedido. Nunca podría reconstruir su vida de orden y precisión.

Si de algo estaba seguro era de necesitar atención médica; sin ella, tenía muchas posibilidades de morir.

Sin embargo, le era imposible acudir al médico que tenía asignado. Solución: ir directamente al consultorio médico del instituto y hacerse con lo necesario sin que nadie se diera cuenta.

Salió del laboratorio y recorrió con paso inestable los pasillos mal iluminados que llevaban a la sección de consultas. ¡Por favor, que no me vea nadie!, suplicó, por si algún dios estaba dispuesto a escucharle; y así fue, puesto que llegó sin ser visto al

consultorio, totalmente cerrado; no había más que entrar y coger directamente cuantos fármacos necesitara. Sabía que los medicamentos estaban ordenados por clases, y, en consecuencia, se encaminó directamente a los estantes en que estaban almacenados todos los antibióticos, tanto los que habían quedado obsoletos como los pocos que seguían poseyendo cierta eficacia.

Se abrió camino con la mano por varias hileras de frascos patéticos en su inutilidad, preguntándose por qué seguirían en depósito. La esperanza es lo último que se pierde, pensó. ¡Qué estúpidos fuimos! ¿Por qué no usaríamos estos fármacos con más prudencia? Uno a uno, todos los antibióticos de los que en tiempos dependiera la humanidad se habían ido volviendo ineficaces contra las bacterias cuyo control constituía su razón de ser. Nada quedaba de la época en que toda madre que acudía al consultorio preocupada por la inflamación de garganta de su hijo volvía a casa con un arsenal completo de antibióticos. Esos mismos niños morían ahora en salas aisladas, devorados sus cuerpos por legiones de microbios que, en un esfuerzo por sobrevivir, habían desarrollado adaptaciones genéticas superiores a las de sus huéspedes humanos.

Ésta, sin embargo, es una enfermedad antigua, y es posible que responda a un medicamento antiguo. La idea sólo lo tranquilizó por unos instantes, transcurridos los cuales, y presa una vez más del pánico, Ted se preguntó qué haría en caso de no hallar como mínimo una de las medicinas que necesitaba. Los tres antibióticos mencionados en el programa informático figuraban entre los más arcaicos. Hacía más de cinco años que los tres habían dejado de mostrarse eficaces contra la mayoría de bacterias, y ya no se fabricaban. Deseó fervorosamente que, movido por su conciencia histórica, algún farmacéutico de los que lo guardan todo hubiera dejado algunos para la posteridad, aunque sólo fuera para desempolvarlos de tarde en tarde e impresionar a algún joven aprendiz con las dificultades de los tratamientos arcaicos: «Cada día recorríamos quince kilómetros para ir a la farmacia, desafiando al viento y la nieve...». Pensándolo mejor, confió en una hipótesis más probable, la de que a alguien le hubiera dado pereza tirar a la basura viejas muestras congeladas. ¡Dios mío, por favor, haz que quede algo! ¡Es mi única esperanza! Si no encontraba los fármacos, le iba a costar muchas explicaciones conseguir los anticuerpos de una víctima anterior.

Recordó el viejo dicho sobre el «pelo del perro que te mordió»<sup>[2]</sup>, y, pese al terror que lo atenazaba, estuvo a punto de echarse a reír.

Tardó diez horribles minutos en encontrar tres frascos congelados de tetraciclina inyectable al fondo de un congelador. Tenía las manos entumecidas, y tuvo que

calentárselas antes de arriesgarse a sacar los preciosos frascos de la unidad. Si se le caía uno era muy probable que muriera, igual que Caroline, si estaba infectada, y quizá muchas personas más.

Necesitaba urgentemente un descanso; el corazón volvía a latirle a toda velocidad, y tenía la cabeza aún más turbia que antes. Abatido, reflexionó sobre el hecho de haber acudido a un ordenador para el diagnóstico y el tratamiento, sin hablar en ningún momento con seres humanos. Había franquicias de Infodoctor por todas partes, en un proceso de expansión que recordaba el de McDonald's unas décadas antes; el fluorescente verde en forma de caduceo se había convertido en algo tan identificable como, en otros tiempos, los anuncios luminosos de las hamburgueserías. No le costaba demasiado imaginar el horrible panorama: miles de enfermos de peste sujetos por la muñeca a esos monstruos informáticos, con los cuellos hinchados, los ojos desorbitados y el sudor chorreando por el suelo, cada uno vigilado por un despiadado biopolicía dispuesto a disparar sin atender a razones.

¡No sigas perdiendo el tiempo!, se dijo furioso, haciendo un esfuerzo por levantarse. ¡Te queda muy poco! Cogió un puñado de jeringuillas de un armario y se las metió en el bolsillo, todas excepto una que pensaba usar para inyectarse una buena dosis de tetraciclina en cuanto se descongelara. Esta vez tendré la precaución de aflojar el tapón antes de que se cree una presión excesiva... Advirtió de refilón la presencia de un bote de aspirinas en una vitrina, y se lo metió en el bolsillo con todo lo demás. Provisto de un arsenal completo para hacer frente a su silencioso agresor, Ted apagó la luz y volvió al laboratorio, donde quedaban huellas por borrar.

Podía destruir todas las pruebas de su ineptitud excepto la lista de suministros que había dado a Frank; aunque, desvinculada de los correspondientes archivos de ordenador, esa lista carecía de sentido. Ted sabía lo fácil que era destruir los archivos, así como los programas que permitían acceder a ellos. Encendió los dos ordenadores sin vacilar.

Saltándose por completo el sistema operativo, fue directamente al directorio raíz. Bendito sea el fantasma del dos, pensó, agradecido. Tecleó:

**DELETE \*.\***

Pulsó *ENTER* y apareció un mensaje en pantalla:

*¡Se eliminarán todos los archivos! ¿Está seguro (s/n)?*

Introdujo la letra «S».

*Introduzca la contraseña, por favor.*

Después de hacerlo, se oyó un discreto zumbido, señal de que se estaba destruyendo todo el contenido del disco duro. Después la pantalla quedó en blanco. Había muerto una inteligencia artificial: software por valor de un millón de dólares anulado por una breve corriente de electrones. Ted repitió el proceso en el segundo ordenador, sin compasión ni remordimientos de conciencia.

Acto seguido se levantó y se dirigió con paso vacilante a la unidad de almacenaje donde había visto a Caroline guardar el trozo de tela; buscó en la estantería de los objetos más pequeños, pero la tela seguía sin estar ahí. Tras dedicar quince minutos a poner la unidad patas arriba, se rindió y procuró pensar dónde podría haber dejado Caroline el letal hallazgo. Por lógica, no había ningún otro lugar adecuado en todo el instituto. Las demás unidades de congelación estaban protegidas, dada la naturaleza tóxica de su contenido. Le pareció irónico que de todos los objetos que habían pasado por aquel laboratorio, la tela en cuestión, acaso el menos protegido de todos, fuera uno de las más mortíferos. En el siglo XIV, Europa y Asia habían perdido aproximadamente la mitad de su población por culpa de la peste bubónica. Y podría volver a suceder, pensó Ted, ahora que varias cepas de bacterias han compartido material genético codificado para resistir a los fármacos. Furioso, dio una patada a la silla que tenía más próxima. Se sentó con dolor de pie, gimoteando incoherencias.

Cuando Janie y Bruce llegaron al almacén de Leeds, el aparcamiento estaba lleno, y Bruce optó por dejar el coche justo delante de la reja que cerraba el camino de acceso. Después de coger las carteras del maletero, se dirigieron a la zona de seguridad principal, donde Bruce reanudó sus negociaciones con el guardia, en el punto exacto en que las había dejado el día anterior. La llamada desde el hotel le había permitido comprobar que Ted seguía sin haberse puesto en contacto con ellos; aun así, Janie y él entraron en el edificio compartiendo una sensación de optimismo. De un modo u otro, no tardarían en verle la cara a la bestia a la que se enfrentaban.

El guardia echó un vistazo al montón de formularios rellenos por Bruce.

—He comprobado todos los permisos, y me satisface decirle que no hay ninguna objeción. Lamento que no pudiéramos darle la autorización ayer, pero todas las precauciones son pocas, ya sabe. Puede pasar. Le traeremos las muestras de la zona de almacenamiento. —Echó un vistazo a Janie—. Su acompañante tendrá que esperar aquí, pero no creo que tarde demasiado. Haga el favor de seguirme.

El guardia les volvió la espalda y se encaminó a la puerta que daba acceso a la

zona de espera. Bruce sonrió a Janie y levantó ambos pulgares; ella le devolvió la sonrisa e imitó su gesto tranquilizador. Era para ella un alivio inmenso saber que no tardaría en disponer de nuevo de las muestras de tierra, y su gratitud no tenía límites. El modo en que Bruce la había ayudado a superar las dificultades revelaba una admirable hondura de carácter. Janie cada vez sentía mayor aprecio y respeto por él.

Permaneció en la zona de espera mientras Bruce se alejaba en pos del guardia. Nerviosa, se pasó las manos por el pelo y colocó detrás de la oreja unas hebras rebeldes. De repente notó que algo ligero le caía encima del pecho. Miró hacia abajo, y se llevó el disgusto de ver que uno de sus pendientes se había caído al suelo y echaba a rodar hacia la puerta de seguridad a una velocidad tan sorprendente como alarmante. Janie lo siguió sin pensar y se agachó a recogerlo.

Fue cuestión de un centímetro. En cuanto la mano de Janie atravesó el plano vertical del escáner, éste leyó su material genético y lo comparó con el listado de una base de datos de huellas corporales. Recogió la fecha y hora exactas en que Janie había atravesado la barrera; sin embargo, a diferencia de lo ocurrido con Bruce, el ordenador no encontró las huellas correspondientes a Janie, y, lógicamente, concluyó que algo iba mal. En cuestión de segundos empezó a sonar a todo trapo la alarma electrónica, y el guardia giró sobre sus talones para ver qué la había activado. No tardó ni un segundo en desenfundar el arma y apuntar a Bruce, que se interponía entre él y Janie.

—Que no se mueva ninguno de los dos —dijo con tono amenazador.

Como a todos los guardias de instalaciones médicas, le habían enseñado a enfrentarse a cualquier situación dando por supuesta la peor posibilidad, y ajustar después su reacción mediante un cauteloso análisis de las circunstancias. «El último recurso al principio», le habían dicho durante la instrucción. Apuntó directamente a los «intrusos», y ni Janie ni Bruce dudaron un instante de que cualquier movimiento brusco acabaría con las vidas de ambos en un abrir y cerrar de ojos.

Una vez satisfecho con el grado de inmovilidad de sus cautivos, el guardia dijo:

—Doctor Ransom, haga el favor de echarse a un lado.

Pese a lo educado del tono, Bruce sabía que el guardia no se andaba con bromas; aun así, mantuvo la calma y permaneció en su lugar a fin de proteger a Janie, para estupor de ésta.

—¿Qué va a hacer con ella? —preguntó al guardia.

—Me temo que tendré que detenerlos a los dos, señor.

—¿A los dos? —dijo Bruce con incredulidad—. ¿Y mis autorizaciones?

El guardia miró el cañón de su arma y dijo:

—Ya sabe, señor, que el acceso a estas instalaciones está estrictamente regulado. Ciertos profesionales civiles como usted pueden entrar una vez obtenidas las autorizaciones pertinentes, pero nunca permitimos el acceso de individuos a quienes no se hayan tomado las huellas. Nunca —repitió con mayor énfasis—. La alarma indica que la señora se halla en esa situación.

Bruce estaba furioso.

—¡Esto es un escándalo! Es la primera vez que oigo hablar de esa norma.

Se disponía a seguir protestando cuando aparecieron cuatro biopolicías más con sus fusiles químicos a punto. Janie y Bruce no tardaron en quedar rodeados.

Poco después recorrieron un largo pasadizo que llevaba al extremo de una de las alas del edificio, sintiendo en la espalda el duro extremo del cañón de un fusil. Entraron en algo parecido a una vieja cárcel con celdas de barrotes. Janie fue introducida en una celda, y Bruce en otra a escasos metros de la primera. Una vez cerradas ambas, el biopolicía se acercó a la pared contigua a la celda de Bruce e introdujo una tarjeta de plástico en un pequeño tablero; después pulsó dos botones y se oyó un fuerte chasquido en las puertas de las celdas. El biopolicía sacudió la puerta de ambos reductos para comprobar que estuvieran cerrados, y dijo al salir de la sala:

—Volveré más tarde por sus pertenencias.

El enérgico cierre de la puerta principal resonó de forma amenazadora por la pequeña sala, apenas amueblada.

Janie se dejó caer contra la pared con las rodillas contra el pecho, sorprendida por el brusco viraje de los acontecimientos. Bruce se quedó de pie y se limitó a levantar los brazos y cogerse a las barras, totalmente mudo. El silencio pesaba como si fuera de plomo.

—Bruce... —dijo Janie con calma.

En vez de contestar, Bruce levantó la cabeza y miró a Janie a los ojos con expresión angustiada.

—Creo que ya no estamos en Kansas.

## ONCE

Alejandro tuvo su primera audiencia con Eduardo III en el camarín de los aposentos privados del rey.

Cubierto todavía con su bata, lustrosa prenda de hilo de oro que, a juicio de Alejandro, podría haber sido codiciada como toga ceremonial por un monarca de menor enjundia, el rey estaba enfrascado en su laborioso proceso de acicalamiento matinal. Hizo pasar a Alejandro sin decir palabra y, dejando al médico esperando en una esquina, reemprendió su tarea.

Tenía delante una amplia exposición indumentaria, desde elegantes camisas con voluminosas mangas plisadas a pantalones de terciopelo, pasando por jubones con intrincados ribetes de perlas y piedras preciosas. El rey se paseaba ante la selección de prendas y señalaba las que prefería, haciendo que los criados se llevaran las demás y trajeran a continuación innumerables calzas, ligas de fantasía y ropa interior de seda, que el apuesto monarca estudió con evidente regocijo.

Parece excesivamente jovial para ser un rey cargado de tribulaciones, pensó Alejandro. Según le había dicho De Chauliac, el país estaba en guerra, y, si eran ciertos los rumores que había oído en su viaje desde Aviñón, el coste del conflicto había puesto a Eduardo al borde de la bancarrota.

Por no hablar de la pestilencia que amenazaba las murallas mismas de Windsor...

—Sentaos, doctor —dijo el rey—. Conversaremos mientras me visten mis hombres.

Alejandro miró atentamente a los criados, no hallando entre ellos a nadie que tuviera el aspecto de un ministro o consejero, personajes a quienes pudiera ofenderse manteniéndolos al margen de un debate sobre temas importantes. Las lenguas de la servidumbre se sueltan por unas pocas monedas, pensó.

—Majestad —dijo al rey—, creo aconsejable hablar con vos en privado.

Sorprendido, el rey miró fijamente a Alejandro, percibiendo la gravedad de su expresión.

—Muy bien —dijo. Bastó una señal del monarca para que los dos criados salieran de la habitación a toda prisa, cerrando el segundo la puerta. Eduardo clavó en Alejandro una mirada incisiva y dijo—: No estoy acostumbrado a ver interrumpidos mis hábitos matutinos. Dada vuestra escasa familiaridad con nuestras costumbres, haré una excepción. Os aconsejo aprenderlas cuanto antes. Hablad.



Quizá no sea tan jovial, a fin de cuentas, pensó Alejandro, recapacitando sobre la precisión de sus anteriores observaciones acerca del rey. Tenía delante a un monarca mucho menos hospitalario que el que le había dado una cálida bienvenida la noche anterior. Carraspeó con nerviosismo.

—Majestad, me preocupan los elogiosos informes que habéis recibido del Papa. Temo que Su Santidad tenga mi talento en más de lo que es. En realidad, señor, ni yo ni nadie, incluido De Chauillac, puede curar la peste. Sólo me han enseñado a impedir su contagio mediante el aislamiento. No quería que os formaseis una idea errónea.

Eduardo llenó de vino aguado una copa muy alta y la ofreció a su invitado, que declinó la invitación.

—Doctor —dijo el rey, después de tomar él mismo un trago—, estoy convencido de que no sois tan impotente ante la peste como queréis hacerme creer.

—Majestad, soy tan capaz de curarla como lo es una serpiente de mover las alas y salir volando.

Las marcadas facciones del soberano se torcieron en una mueca de intensa contrariedad.

—Decid entonces, por Dios, ¿para qué os ha enviado Clemente? ¡Largo me parece el viaje, para no servir de nada!

—Nunca he tenido el privilegio de formularle directamente tales preguntas, majestad. Tenía entendido que mi viaje respondía a una petición vuestra, no suya. De Chauillac, el médico papal, actuó en todo momento como intermediario. Todas mis instrucciones provienen de él. Se dedicó al proyecto con celo y entusiasmo sinceros.

El rey no hizo ningún comentario; en lugar de ello, se pasó la mano por la frente como si tuviera dolor de cabeza.

—A Clemente lo conozco, pero al tal De Chauillac no. Contadme algo de él.

Alejandro sentía hincados en él los ojos azules del rey, ojos de abrasadora intensidad. Se negaba a creer que aquel monarca, tan sagaz y manipulador a decir de todos, careciera de información acerca de un personaje de la talla de De Chauillac. Tal vez quiera ponerme a prueba, pensó, para ver si digo la verdad.

—Es un hombre inteligente, a quien le basta con su presencia para imponer respeto. Es diestro con las palabras, amén de sumamente erudito, gran pensador dotado de ideas propias. Parece gozar de una confianza total por parte del Papa, pero creo que, cuando se presenta la necesidad, cambia de piel como los camaleones. Lo que sale de su boca puede ser tanto miel como vinagre, según convenga a sus propósitos.

El rey esbozó una sonrisa.

—Así me lo han comunicado otras fuentes.

He superado la prueba, pensó Alejandro, confirmadas sus sospechas, y casi patente su alivio.

La gravedad volvió a adueñarse del rostro de Eduardo.

—Pero ¿qué podemos hacer, siendo vos incapaz de garantizar nuestra seguridad?

El médico procuró tranquilizar al monarca.

—No carezco por completo de medios para proteger a vuestra familia. De Chauliac me ha transmitido todo su saber sobre métodos preventivos. A su juicio, son los que me permitirán servirlos mejor.

Antes de contestar, el rey escrutó a Alejandro con el entrecejo fruncido, y el médico volvió a sentir que lo estaban aquilatando. La pregunta del monarca casi flotaba en el aire: ¿Qué debo pensar de este hombre? Alejandro pensó que al Papa le habría sido muy difícil enviar a un médico más digno de confianza que él, sin vínculos de obediencia ni a la Iglesia ni a reino alguno. Notable ironía; pero no podía demostrarlo sin desvelar su condición de judío.

El rey acabó por tomar la palabra:

—Explicadme pues cómo debéis actuar. No pienso permitir que esta maldición se lleve a otro de mis hijos.

—Majestad, lo deseo tan poco como vos, y dispongo de un método para evitarlo. Se trata de un régimen complejo que combina el aislamiento total con varios tratamientos preventivos, y sospecho que no será del agrado de quienes se vean obligados a seguirlo. Lo que más temo es irritar a vuestros hijos con lo riguroso del régimen. Mis esperanzas de triunfo reposan por entero en que los pacientes estén dispuestos a colaborar.

La expresión contrariada de Eduardo se acentuó.

—Ya os he presentado a mi hijo y mi hija, doctor Hernández. ¿Qué opináis de las posibilidades de controlar su comportamiento?

El médico no estaba dispuesto a caer en la trampa de admitir su impotencia antes incluso de haber iniciado su tarea. Todo a su tiempo, pensó con sensatez.

—Sinceramente, majestad, no sé qué deciros. He oído decir que los reales infantes se han acostumbrado a gozar de considerable libertad e independencia. A De Chauliac no le duelen prendas a la hora de admitir que el Papa odia su confinamiento, hasta el punto de calificarlo de intolerable cautiverio.

La sonrisa de Eduardo delató la opinión poco halagüeña que le merecían las sibaríticas costumbres del Papa.

—Sin duda echa de menos a su castellana. El buen pontífice nunca ha sido de los que se privan de los lujos de la vida secular. Es extraño que todavía no haya retirado el apoyo a su médico, y así eludir la responsabilidad de actuar con sentido común.

—Todo hombre prudente teme a la peste, majestad, y un hombre que ha llegado a Papa debe ser prudente, ¿no os parece? Los ricos y poderosos están tan indefensos como los pobres y desamparados. El mal no hace distinciones.

Eduardo se mostró de acuerdo.

—Os aseguro que soy un rey prudente, y tengo más miedo a esa enfermedad que a la más sangrienta de las batallas. —Y añadió con voz firme—: He sobrevivido a muchas, más de las que me correspondían.

—La batalla a la que nos enfrentamos no será sangrienta, pero requerirá coraje y resolución.

—Estad seguro de que Inglaterra cuenta con grandes reservas de ambas cualidades.

—Bien —dijo Alejandro, levantándose—, pues he aquí lo que debemos hacer. Empezaremos aislando el castillo por completo. Nadie deberá entrar ni salir sin un período de cuarentena; debe prohibirse que circulen mercancías de cualquier clase sin permanecer antes un tiempo a las puertas del castillo. Debéis ordenar a los administradores que traigan todos los suministros necesarios para los próximos tres meses como mínimo. —Alejandro empezó a recorrer la habitación, profundamente concentrado—. Hay que tener almacenada la materia prima para las comidas, y traer más animales como reserva de carne. A mi juicio, debéis hacer los mismos preparativos que si os dispusierais a resistir un asedio. Hacedos con cuanto os parezca necesario, y a partir de entonces manteneos a distancia de todo y de todos.

Finalizado su discurso, Alejandro miró al rey en espera de respuesta. El monarca parecía angustiado.

—Tenéis razón —dijo—; las medidas no serán bien recibidas. ¿No existe otro medio?

—A mí no me han enseñado ningún otro, y ya conocéis el éxito de mi maestro.

Eduardo se asomó a la ventana para contemplar la campiña circundante. Emitió un profundo suspiro.

—Haced lo necesario —dijo—. Comunicaré a todos que contáis con mi autoridad.

Después de tratar una serie de detalles secundarios, el rey dio fin a la audiencia,

dejando que Alejandro se las arreglara solo. El médico dedicó unas horas a pasear por el recinto de Windsor, anotando todas las entradas y salidas, indagando en qué condiciones se hallaban cocinas y lavaderos, e inspeccionando los retretes. La fortaleza era tan enorme que hacía parecer pequeño el palacio papal, y, si bien no tenía nada que envidiar a éste en el aspecto suntuario, Alejandro juzgó acertada la reflexión de De Chauliac: el sentido francés de la belleza era más refinado. Los sillares de Windsor eran más grandes, tallados con menor precisión; los tapices eran menos delicados, y no tan perfecta la trabazón de las planchas del suelo. También en Windsor había andamios; el monarca se había embarcado en una ampliación sustancial del castillo, de acuerdo con la grandeza con que concebía al reino inglés. Tratábase de una obra espléndida, adaptada en su crecimiento diario a los sueños de su patrón, y dirigida a que éste pudiera afirmar un día que los gobernantes de Inglaterra ocupaban una morada majestuosa.

Por la tarde, Alejandro empezó a poner en práctica el sistema de De Chauliac mediante una asamblea de los astrólogos reales, cuyas predicciones diarias, tenidas por el rey por estúpidas supersticiones, merecían en cambio toda la confianza de la reina Felipa, dependencia que Eduardo toleraba a regañadientes.

—Tengo a tres a mi servicio —explicó la reina en su primera entrevista con el médico—. Mi esposo lo considera una extravagancia; según él, debería bastar con uno, pero me resulta inconcebible prescindir de ellos. —La reina sonrió con dulzura, dejando entrever lo bella que había sido en su juventud—. ¿Renunciaría él acaso a uno de sus ayudantes de vestuario? ¡Ni por todo el oro del mundo! Yo tampoco estoy dispuesta a ceder en cuestión de placeres personales.

—Entonces, majestad —dijo Alejandro—, si os parece bien, os pediría que encargárais a vuestros astrólogos la elaboración de una lista de horas propicias para el baño y las comidas de los distintos miembros de la familia real. Pedidles consejo asimismo sobre los alimentos más adecuados para preservar la salud.

—¡Ingente tarea! —dijo la reina—. Protestarán, no lo dudéis.

—Tal vez, pero es necesario —replicó Alejandro—. Solicito vuestra indulgencia para convencerlos de la importancia de la información que se les pide. De ella puede depender la salud de los ocupantes de Windsor.

La reina accedió a su petición de mala gana; sin embargo, el esfuerzo no dio los frutos esperados: el resultado inmediato de los vaticinios fue llenar la cocina de cocineros disgustados, y hacer cundir el descontento entre los regios comensales, dada la dificultad de que astrólogos y pacientes convinieran en los beneficios de un mismo plato y una misma fecha para toda la familia. Tampoco las doncellas se alegraron de llevar a sus señoras cubos de agua caliente a las horas que los astrólogos juzgaron propicias al baño, horas harto extrañas.

No obstante, todos esos problemas quedaron en nimiedades el día en que uno de los astrólogos dijo a la reina:

—Hay días en que las relaciones maritales entre vos y el rey redundan en beneficio de vuestra salud; por desgracia, hay otros en que cabe esperar el resultado opuesto. Os he confeccionado un calendario.

Cuando la reina, contrita, transmitió la información a su esposo, éste dio rienda suelta a su ira.

—¡Herejes! ¿Cómo osan concebir siquiera la idea de intervenir en mis asuntos de cama? Basta de estupideces. ¡Ni una palabra más!

—Sólo quieren protegernos, Eduardo. El médico dijo que...

El rey la interrumpió.

—Tal vez puedan usar sus conocimientos para designar a otra dama cuya compañía juzguen apropiada los guías celestiales cuando no lo sea la vuestra.

La reina se fue enfurruñada, y en adelante las prácticas astrológicas se limitaron a los asuntos ajenos al modo en que el rey disfrutara de la compañía de su esposa en la intimidad.

Una vez comprobados los límites de su influencia sobre el comportamiento del monarca, Alejandro, que ya se sentía un poco desanimado, volcó su atención en el acceso al castillo de personas no residentes en él, confiando en que el capitán de la guardia real se mostrara más dispuesto a colaborar; sin embargo, cuando fue en su busca, descubrió que el buen hombre había decidido marcharse de Windsor y volver junto a su familia, con la reticente aquiescencia del rey. En su lugar, Alejandro encontró a sir John Chandos, que había aceptado ocupar temporalmente la plaza de capitán.

—Me es grato veros en el cargo —dijo Alejandro—. No hay mayor placer que dar con un hombre razonable. He topado con mucha resistencia; apenas inicio mi tarea y ya me parece que todo son dificultades.

—Procuraré complaceros en lo posible, maese médico —contestó Chandos.

—No esperaba menos de vos, señor. Bien, pues lo que hay que hacer es lo siguiente: cerrar por completo el castillo e impedir el acceso de quien no se someta a una estricta cuarentena.

—¿De qué duración? —preguntó sir John.

—Creo que bastará con dos semanas.

—¿Y qué ocurre si se marcha alguien?

—Lo mismo.

—Entonces, ¿dónde harán maniobras los soldados del rey?

Alejandro miró alrededor.

—Aquí, supongo.

—¿En los patios? ¡No hay sitio!

—Por desgracia, sir John, tendrá que haberlo. Una vez cerrado el acceso al castillo, no se concederán permisos sin cuarentena, por muy breves que sean.

—¿Y qué hay de la reparación del armamento, y de los suministros para el cuartel?

—¿No puede disponerse con antelación? ¿Hay algún armero dispuesto a quedarse aquí todo este tiempo?

—Dispuesto o no, encontraré uno y lo convenceré —dijo Chandos.

Otro a quien la necesidad obliga a servir, pensó Alejandro, recordando su compromiso con el Papa.

—Ocupaos de todo lo necesario, sir John, y confiemos en la brevedad de nuestro confinamiento —dijo—. Dios mediante, no nos veremos retenidos demasiado tiempo.

A continuación se convocó a los trabajadores del castillo y se les expuso el plan de convertir Windsor en una unidad autosuficiente mientras durara la epidemia. Las protestas brotaron con rapidez y energía. Alejandro insistió en no dejar entrar en el castillo a guarnicioneros, fabricantes de arcos, sastres y artesanos en general; según él, había que deshacerse de las reservas de comida y cereales, incluidas las destinadas a los animales, y sustituirlas por nuevos suministros. Todos los armarios y contenedores debían ser vaciados y limpiados, listos para recibir su nuevo contenido en condiciones prístinas.

Cada uno de sus edictos suscitó protestas entre la multitud, pero, a base de paciencia y palabras escogidas con tiento, Alejandro logró convencer a los ocupantes de Windsor de que las severas restricciones que se les imponían los mantendrían a salvo de la peste. Reservó para el final el golpe de gracia:

—De hoy en adelante, todos los moradores del castillo se bañarán y cambiarán de ropa a diario. La ropa usada deberá lavarse de inmediato. Las lavanderas mantendrán caliente a todas horas un caldero de agua destinado a ese fin.

Un grito unánime surgió de boca de los residentes del castillo. Alejandro impuso silencio con unas enérgicas palmadas, y dijo:

—¿Queréis sobrevivir a la peste? Sólo así podréis volver a vuestras costumbres higiénicas de antes, ésas que tanto parecen gustaros. —La reacción se limitó a unos murmullos, carentes de la vehemencia de las objeciones anteriores—. Pues haced lo

que os he dicho. Cuento con el apoyo de su majestad en todo lo referente al tema.

Mientras la multitud se dispersaba, sir John, que lo había estado viendo todo, dijo:

—Vais a ser un hombre impopular en el castillo.

Alejandro se encogió de hombros.

—Ya lo he sido otras veces, y mucho más; pero se les pasará el disgusto en cuanto vuelva a abrirse el portón y estén vivos para vivir un año más.

A medida que imponía sus regulaciones, Alejandro descubrió con asombro que cuanto más contundencia infundía en sus órdenes más dispuestos a la obediencia hallaba a sus pacientes, sobre todo los hijos del rey, cuya legendaria falta de respeto a la autoridad le pareció tener más vínculos con la verdad que con la leyenda; sin embargo, y según lo predicho por De Chauliac, la disposición casi jovial de la regia progenie no tardó en convertirse en un acatamiento teñido de rencor. Suspendida temporalmente la guerra con Francia, los jóvenes del castillo, con el Príncipe Negro como abanderado, soportaban cada vez peor su inactividad forzosa y pidieron permiso para sacar caballos y armamento a campo abierto, pretensión que el rey refrendó con el argumento de que preservar el potencial bélico equivalía en importancia a la lucha contra la peste. Alejandro se negó en redondo, e insistió en que los patios del castillo quedaran como único espacio para el perfeccionamiento de las habilidades guerreras.

A cada encuentro, el rey parecía contemplar con mayor desconfianza las intenciones de Alejandro, hasta el punto de que éste empezó a preguntarse si Eduardo lo tendría por un impostor en misión secreta, un agente del Papa que, haciéndose pasar por médico, se propusiera imponer restricciones encaminadas a adormecer la capacidad de ataque de las tropas inglesas cuando se reanudara la guerra con Francia, hecho que, según sabían todos, acabaría por producirse un día u otro. Las inquietudes del médico no tardaron en confirmarse, materializándose en una severa admonición del monarca.

—Maese médico, vuestras medidas empiezan a olerme a traición. Si veo en vuestras órdenes la influencia insidiosa del rey de Francia y la pretensión de menguar la fuerza de mi ejército, haré que os encadenen y os devuelvan a Su Santidad.

Alejandro, enfrentado a una nueva muestra de la desconfianza real y contrariado por su incapacidad de contrarrestarla con argumentos, sólo supo decir:

—Majestad, soy español, y ninguna lealtad me liga a Francia, así como tampoco dirige mis esfuerzos la influencia papal. Os ruego que creáis que mi único interés reside en hacer bien mi trabajo y llevarlo a buen puerto. La integridad de mis

esfuerzos y mi único vínculo de lealtad se refieren a mi profesión.

Sus palabras parecieron aplacar al rey durante un tiempo, y volvió a reinar una paz relativa que duró hasta que, poco después, parte de los cortesanos pidió permiso a Alejandro para marcharse de Windsor y volver a sus dominios.

Alejandro contestó a su petición de la siguiente manera:

—La decisión no es mía, sino del rey. Lo único que depende de mí es cuanto concierne a vuestro regreso; si, después de marcharos, queréis volver, deberéis ser aislados durante un período de cuarentena, hasta que os considere en estado de convivir con los demás ocupantes del castillo. Si contraéis la enfermedad fuera del recinto, es posible que la infección no se declare hasta bastante después de vuestro regreso; en efecto, he observado que siempre media un período de tiempo entre la aparición de los síntomas en dos víctimas sucesivas. El médico del Papa, que me transmitió personalmente sus conocimientos, opina que la enfermedad puede contagiarse incluso por la vista.

Alejandro evitó expresar su desacuerdo con dicha teoría. No estaba dispuesto a poner en peligro el éxito de su política de aislamiento del castillo descalificando las supersticiones que pudieran actuar a su favor.

A pesar de todo, hubo muchos que se decidieron a volver junto a sus familias, sin que el rey, que ya había permitido la partida del capitán de la guardia, pudiera evitar la pérdida de varios de sus mejores cortesanos y caballeros. Uno a uno, sus compañeros de armas fueron abandonando las comodidades y seguridad de Windsor para emprender el camino a sus respectivos feudos, ignorando, la mayor parte, qué encontrarían o llevarían a casa si tenían la suerte de llegar.

Así, con una corte menguada, fueron pasando los días, más tranquilos que nunca. Alejandro consideraba una suerte que los vástagos reales de más edad tuvieran séquito propio, ya que, de no ser así, su constante búsqueda de diversiones podría haberse convertido en un incordio. El príncipe Eduardo disponía de tres criados atentos a sus necesidades, amén de la compañía de sir John Chandos, que hacía bravos esfuerzos por entretener al príncipe y sus jóvenes camaradas con prácticas de espada y clases de estrategia. El príncipe se las arreglaba para no aburrirse demasiado, aceptando su destino con estoicismo y soportándolo como el valiente guerrero en que, según decía, llegaría a convertirse. Las damas de compañía de la reina, acostumbradas a gozar del arte de poetas, juglares y narradores, mataban el tiempo bordando, y se encargaban ellas mismas por turnos del canto y la lectura. Se las oía a todas horas en sus aposentos, conversando con dulces voces y tentando las cuerdas de la lira. Alejandro oyó decir incluso que algunas se dedicaban a jugar a los dados, actividad poco habitual en las damas y que acaso explicara el repentino aumento de risas en el ala correspondiente del castillo.



En cambio, la princesa Isabel supuso todo un reto para Alejandro, que veía cuestionada a todas horas su autoridad y reglas sanitarias.

En prueba de ello, oyó una mañana que alguien llamaba a la puerta y, al abrirla, encontró a una niña que le solicitó presentarse de inmediato ante la princesa. La menuda y rubia damita se recogió las faldas y efectuó una diestra reverencia. Después intentó esconder bajo el tocado un rizo rebelde, y, viendo que se le resistía, ahogó una risita con la mano. Alejandro no tuvo más remedio que sonreír.

—¿Sí? —dijo.

La niña se mantuvo a la espera y acabó diciendo:

—¿No vais a responder a mi reverencia?

—Ah, sí —dijo Alejandro, ruborizándose—. Perdonadme. —Se inclinó profundamente ante la niña, y, advirtiendo en ella una mirada de censura, añadió—: Todavía no domino el arte de la reverencia. Os presento mis disculpas.

—Las acepto, y os doy las gracias por ellas —contestó la niña, sonriendo. A continuación procuró adoptar una expresión más seria, en consonancia con la misión que le habían encomendado. Erguida en toda su estatura, dijo con voz firme pero aguda—: Mi señora se halla muy contrariada y de mal humor por las reconvenciones de la niñera.

La chiquilla aguardó la respuesta de Alejandro sin dejar de moverse.

—¿Y de qué modo espera vuestra señora que resuelva yo tan intolerable situación?

—Le gustaría que aclaraseis ciertos asuntos en presencia de la niñera, que se ha acogido a vuestros edictos para limitar las actividades de la princesa.

Alejandro se sonrió del aplomo de la niña.

—¿Y qué opináis vos de la disputa?

La pequeña sonrió con picardía, dando motivos a Alejandro para sospechar que se proponía hacer pasar alguna revelación maliciosa bajo el disfraz de opinión.

—Lo que yo opine no tiene importancia, dada mi edad y sexo —dijo—, pero no os ocultaré que aprecio en la niñera constantes esfuerzos por mantener a mi hermana en la cuna. Quiere que Isabel siga siendo niña toda la vida.

¡Ajá, su hermana!, pensó Alejandro, intrigado por la chiquilla.

—¿Y qué edad tiene vuestra hermana, visto que ha adquirido saber suficiente para gobernarse ella misma?

—Dieciséis años —contestó la niña con seguridad—. Mi hermana ya se ha prometido dos veces, y es cabeza de su propia casa.

—Es mucho para tan tierna edad. No me extraña veros tan orgullosa de su independencia.

La niña había cobrado confianza, y dirigió al médico una expresión radiante de alegría, satisfecha por el éxito con que había transmitido el mensaje.

—Debemos darnos prisa —dijo, tendiendo la mano a Alejandro—; si no, Isabel se enfadará conmigo por retrasar vuestra llegada. No suele gustarle que la hagan esperar.

Alejandro tomó la mano de la niña y volvió a soltarla.

—Vayamos, pues, a satisfacer las necesidades de su alteza.

Al acercarse a los aposentos de Isabel, Alejandro oyó los gritos estridentes de una joven en pleno berrinche, acompañados por un ruido de objetos estrellándose contra el suelo y las paredes. La voz de una mujer de más edad se sobreponía de vez en cuando al barullo. Cuando llegaron frente a la puerta, la niña hizo detenerse a Alejandro con un gesto de la mano y, llevándose el índice a los labios, le impuso silencio.

—Haced el favor de esperar aquí, señor —dijo en voz baja—. Anunciaré vuestra llegada a la princesa.

La espera fue tan larga que dio ocasión a Alejandro de contar todas y cada una de las piedras de la pared, y grabar en la memoria el dibujo de las baldosas del suelo. Sentado en un banco más bien incómodo a las puertas de la antecámara de la princesa, escuchó el ir y venir de los criados y especuló sobre el alboroto que la rebelde Isabel había provocado de modo tan manifiesto al oído. La niña reapareció con una nueva reverencia, y Alejandro tuvo la cortesía de levantarse y saludarla con una ligera inclinación.

—¿Deseáis sentaros, princesa?

—Gracias, señor, pero en estos momentos prefiero no hacerlo: mi señora nos espera. Y permitid que os corrija: no soy princesa. Me llamo Catalina, y los miembros de nuestra casa me llaman Kate.

—Siendo así, ¿me concederíais el honor de dirigirme a vos con ese nombre?

La pequeña expresó con una risa infantil lo mucho que la divertía el encargo de Isabel, que le daba ocasión de comportarse como una adulta.

—El honor es mío, señor; y ahora, entremos en los aposentos de la princesa antes de que la impaciencia la haga ponerlo todo otra vez patas arriba.

Kate abrió la puerta y dejó pasar a Alejandro a la antecámara, habitación grande, llena de luz y reveladora del gusto más exquisito. Los colores y diseños de las

alfombras y tapices comunicaban enseguida la condición de mujer de su ocupante. Alejandro había pasado delante de la puerta en más de una ocasión, pero era la primera vez que entraba, y lo miró todo con cara de niño sorprendido.

—¿Admiráis el gusto con que escojo los muebles, doctor Hernández?

La voz cristalina de la princesa, llegada del fondo de la habitación, cogió desprevenido a Alejandro, que giró sobre sus talones y se dispuso a saludarla con una reverencia. Después de la primera noche en Windsor, en que había estado a punto de volcar la mesa, Alejandro había practicado innumerables veces el arte de inclinarse con elegancia, confiando en perfeccionar una técnica que le era ajena y ahorrarse episodios vergonzosos. Con Kate le había ido mejor; Isabel, en cambio, se llevó una impresión tan mala como la primera vez, ya que el médico, anonadado, interrumpió a medias la reverencia al ver a la joven que acompañaba a la princesa. Durante la cena de bienvenida había estado sentada muy lejos de él, y la escasa iluminación le había impedido ver sus facciones con claridad. De lo que se acordaba muy bien era de su cabello.

Alejandro ya había visto otras veces un tono de cobre bruñido como aquél, pero nunca en alguien de piel tan clara, casi traslúcida. La joven, pequeña, de ojos grandes y aspecto frágil, se había colocado ligeramente por detrás de la alta y esbelta princesa; llevaba un vestido rosa con flores blancas bordadas, y parecía algo mayor que su señora, con la que tenía en común el porte propio de la nobleza, sin compartir su imperiosidad. Rodeaba su cuello un collar de cuentecillas de oro del que pendía una cruz de oro con un rubí en el centro. Permanecía inmóvil y mirando al suelo, como si hubiera quedado hipnotizada por el intrincado diseño y vistosos colores de la alfombra. Isabel, distante y correcta, esperó pacientemente a que Alejandro se rehiciera de la impresión, pero, evitando las presentaciones de rigor, miró directamente al médico; éste, boquiabierto, se mostraba incapaz de quitar ojo a su acompañante.

—¡Doctor Hernández! ¿Os encontráis bien? —dijo Isabel, ligeramente irritada—. ¿Queréis que hagamos como si vos fuerais la princesa y yo el médico?

Alejandro consiguió zafarse del embrujo de la joven y contestar a su señora.

—Perdón, alteza. La belleza que contiene esta habitación me ha tenido absorto durante unos instantes.

El comentario, audaz pero cortés, salió espontáneamente de su boca, quedando el propio Alejandro sorprendido por su atrevimiento.

La dama de cabellos cobrizos que acompañaba a Isabel se quedó de piedra, y cubrió con su mano lo que Alejandro tomó por una sonrisa. El médico hizo el esfuerzo de dejar de mirar su rostro encantador y fijarse en Isabel.

—Tengo entendido que me habéis hecho llamar. ¿En qué puedo servirlos?

—Pues, ya que os habéis decidido a preguntármelo, el mejor servicio que podéis prestarme es darme permiso para ver a mis sastres y joyeros. Vuestro plan de confinamiento me ha obligado a arreglármelas con ropa que habría preferido tirar, y además, esa absurda manía de lavarla constantemente la ha estropeado. Necesito urgentemente a mi sastre para realizar mejoras en mi vestuario. Estoy segura de que no os opondréis a que le mande venir.

El tono condescendiente y modales desdeñosos de la joven, su altivez, correspondían exactamente a las descripciones, pero ni las advertencias de De Chauillac habían preparado a Alejandro para semejante grado de mordacidad. Cuidado con ofenderla, pensó. Deseó con fervor haber recibido clases de diplomacia por parte de De Chauillac, además de las de medicina. Le habría complacido mucho poder decir: «Echad dos gotas de esta pócima vegetal en el vino, alteza, y no tardará en curárseos la arrogancia». Intuía, sin embargo, que el consejo no habría sido bien recibido.

—¿No cabría la posibilidad de que las prendas fueran depositadas en el exterior según lo prescrito, y llevadas después a vuestra presencia para que las inspeccionaseis? Estoy seguro de que no pasarían de moda en tan poco tiempo.

Alejandro lamentó inmediatamente lo irónico del comentario, en cuanto vio que todas las damas presentes en la sala contenían la respiración en espera de una nueva pataleta. La acompañante de Isabel volvió la cabeza sin dejar de taparse la boca con la mano, y esta vez Alejandro tuvo la certeza de que se aguantaba la risa. Echó una mirada furtiva por toda la habitación, buscando desesperadamente un aliado en aquella lucha de ingenio, pero no vio a nadie dispuesto a prestarle apoyo.

Sorprendentemente, la princesa no dio rienda suelta a su furor. Haciendo un esfuerzo manifiesto por contenerse en presencia de tantos testigos, miró a Alejandro de hito en hito y, erguida la cabeza en un gesto de superioridad, asestó con calma lo que Alejandro temió fuera un golpe mortal.

—Comentaré a mi padre el incidente. —Acto seguido dio media vuelta y miró a su acompañante, la joven del cabello cobrizo—. Ven, Adele; nos retiraremos al salón —ordenó, saliendo la primera de la antecámara.

La dama pelirroja acabó por alzar la vista y concentrarla en Alejandro, cuya mirada sostuvo con pareja intensidad; sin embargo, lo que se leía en los ojos de la joven no era tanto temor como una chispa de alegría. Después se apresuró a ir en pos de su señora, que se alejaba resueltamente del médico. Antes de desaparecer en la intimidad del salón de Isabel, volvió por última vez la cabeza.

Tenía los ojos verdes. Alejandro se había quedado sin habla.

Kate acompañó al médico de vuelta a sus aposentos, entreteniéndolo con su alegre conversación.

—A mi hermana le gusta casi tanto que su sastre esté pendiente de ella como llevar la ropa que le hace. No se contentará con que le envíen los nuevos modelos. La niñera sospecha que el sastre sólo trae artículos sencillos pero que se puedan adornar, dando pie a que Isabel gaste una parte aún mayor de su asignación en bordados y botones de fantasía; según la niñera, si del sastre dependiera se los pondría de hueso o de barro cocido, reduciendo el coste de la prenda. Isabel siempre escoge el oro y la plata más finos, y los beneficios del sastre crecen sin ningún esfuerzo por su parte. Isabel está tan encantada con el trabajo de ese hombre que ni se da cuenta de cuándo le cobra demasiado.

La niña rio con alborozo de la escandalosa revelación que acababa de hacer, como si se tratara de un secreto muy bien guardado.

—¿Y qué opina vuestra madre de tanto derroche?

Las vacilaciones de Kate demoraron su respuesta.

—Mi madre —contestó al cabo— no pertenece a esta casa, y lo que le parezcan los asuntos de Isabel es todavía menos importante que lo que piense yo. Vive en Londres, y casi nunca oye los rumores que corren sobre la familia real. Cuando voy a visitarla le explico las intrigas de corte lo mejor que puedo, pero no siempre estoy al tanto de lo más interesante. Todo lo que mi padre juzga inadecuado para los oídos de una doncella se me oculta.

De modo que esta niña tiene el mismo padre que Isabel, pensó Alejandro, y le resulta doloroso hablar de su madre. Decidió dejar sus pesquisas para otra ocasión.

Kate, ajena a sus cavilaciones, le preguntó:

—¿Os gusta el ajedrez?

—Nunca he jugado, pero imagino que si supiera me gustaría.

—¿Queréis que os enseñe? —dijo la niña con entusiasmo.

—Me complacería sumamente aprender de tan encantadora maestra un arte tan valioso —contestó Alejandro.

—¡Estupendo! Entonces os espero en el salón de las damas después de comer. Me alegrará tener un nuevo contrincante; ninguna de las damas de compañía de mi hermana está a mi altura, y ya estoy cansada de dejarlas ganar.

—Adele, la dama de honor de vuestra hermana ¿juega con vos? —preguntó Alejandro.

—Sí, pero no le interesa mucho, y como jugador no pasa de mediana. Creo que prefiere leer o bordar, y todo su tiempo suele estar monopolizado por Isabel. Confío en que no tardéis en superarla, aun siendo un principiante.

Alejandro se echó a reír.

—No os hagáis demasiadas ilusiones, Kate; lo único que sé del ajedrez es lo que he observado desde que estoy en Windsor. Si esperáis que os plante cara de inmediato os llevaréis una gran decepción.

—Ah, monsieur —concluyó la chiquilla—, en lo que concierne al futuro inmediato, restringiré mis expectativas al mínimo, pero esta noche sabré si debo albergar esperanzas. Mi madre dice que siempre hay que estar preparado para lo que menos se espera.

Se separaron tras intercambiar las reverencias y cortesías de rigor.

Cuando no hacía ni una hora que Kate se había marchado, Alejandro recibió la visita de sir John Chandos, en quien, bajo una apariencia algo adusta, había descubierto a un amigo atento y servicial.

—No os envidio, señor —dijo Chandos—. Isabel se ha pasado casi una hora importunando al rey para convencerlo de que vuestros métodos son desacertados y no deben tolerarse. Quiere haceros volver a Aviñón de inmediato.

Alejandro pensó que a esas alturas, por lo que se sabía en Inglaterra, cabía la posibilidad de que en Aviñón no quedara nadie vivo. Lamentó tener tan poco conocimiento de las intrigas entre el Papa y el enérgico rey Eduardo, y del modo en que podían afectarlo a él.

Sabía, en todo caso, que el rey de Francia, cuyos derechos al trono reclamaba Eduardo para sí, estaba mucho más influido por el papa Clemente que su impío primo inglés, según le habían contado durante el viaje a Inglaterra. El capitán de su escolta estaba al corriente de muchas intrigas palaciegas, y poco más podía hacerse en las largas noches de acampada junto al fuego que narrar historias largas y llenas de detalles descriptivos, historias que sin duda ganaban en lustre cuantas más veces se contaban.

¡Cómo le habrían gustado a Hernández esas acampadas!, pensó Alejandro, a quien, sin embargo, tales ocasiones habían puesto más de una vez en un brete, obligándolo a recurrir a su agilidad mental para idear una historia supuestamente vivida que no delatara su verdadera identidad. Sus esfuerzos se habían traducido en fabulaciones cuyo poder de inventiva solía asombrarlo a él mismo cuando le llegaba el turno de hablar. El capitán se había explayado sobre la década larga de guerra con los ingleses, guerra que había tenido que interrumpirse por la peste, más mortífera que las más cruentas batallas.

Alejandro emergió de sus cavilaciones para dar a sir John una respuesta prudente.

—Me he dado cuenta de que la princesa es una mujer de gran vivacidad. Este confinamiento parece pesarle tanto como el que mi maestro imponía al Papa.

Sir John se echó a reír.

—La conozco desde que era pequeña, y todo en ella revela la excesiva permisividad de su padre. El rey no tiene reparos en admitir que ha mimado a sus hijos, sobre todo a Isabel. Su progenie se queja a menudo del trato de favor que dispensa Eduardo a su hija; lo dice incluso mi señor el príncipe de Gales, heredero del trono de su padre.

Alentado por el tono informal con que sir John hablaba de los miembros de la familia del monarca, Alejandro decidió preguntar sobre Kate.

—He conocido a una chiquilla encantadora que se refiere a la princesa como su hermana, y trata al rey de padre. ¿Podría decirme qué posición ocupa?

El maduro caballero sonrió.

—Una niña extraordinaria, ¿no os parece?

—Sí —contestó Alejandro—, y provista de una agilidad mental sorprendente.

—Es hija del rey y de una de las antiguas damas de honor de la reina, casada con un hombre que había servido al rey en Francia pero que murió en una batalla mientras Eduardo atendía otros asuntos aquí en Windsor. El rey desarrolló una admiración «cortés» bastante intensa por la dama, quien, según los rumores, empezó por resistírsele pero acabó cediendo antes de recibir la noticia de la muerte de su marido. Se dice que quería proteger la posición de su esposo en la corte del rey.

»Poco menos de un año antes de que su marido partiera a Francia, la dama dio a luz a Catalina. Su esposo ya no volvió. La fascinación de Eduardo por ella era cosa sabida en la casa real, y pocos dudaron de que Kate fuera hija suya, máxime habiendo nacido con la inconfundible marca de los Plantagenet. La reina, como es lógico, reaccionó con rabia al hecho de que el rey exhibiera su infidelidad en sus propias narices. Se vengó de Eduardo obligando a su amada a volver a Londres, donde residía su familia; en cuanto a la dama, su castigo consistió en perder a su hija, la cual, por orden de la reina, ha crecido en los aposentos de Isabel bajo la supervisión de la niñera, en calidad de dama de honor de la princesa.

Alejandro estaba escandalizado.

—¿Y la reina no se compadeció de que la pobre mujer también hubiera perdido a su esposo? Me parece un castigo extremadamente cruel.

Sir John se encogió de hombros y suspiró.

—En los temas que la costumbre pone bajo jurisdicción del rey, la reina no tiene ningún poder; en cambio, goza de plena potestad para gobernar sus asuntos domésticos sin aprobación del monarca. De hecho, no era la primera indiscreción que cometía el rey; años atrás se había enamorado de la mujer de uno de sus partidarios más leales, el duque de Salisbury, mientras también el duque se hallaba fuera de sus dominios sirviendo al rey. No lo culpo —dijo Chandos—; me acuerdo muy bien de la dama: en ausencia de su marido, defendió su castillo de los invasores escoceses durante más de un mes. Cuando el rey acudió en su ayuda, ella lo recibió con sus mejores galas y una expresión victoriosa que le iluminaba el rostro. Huelga decir que su majestad se quedó atónito. ¿Qué hombre permanecería impasible ante una mujer así?

Alejandro habría querido decir: «¿Y qué rey tomaría a la mujer de uno de sus partidarios cuando esa mujer le ha defendido la frontera?». En lugar de ello dijo:

—Noble mujer, por lo que decís.

—Magnífica, en efecto —dijo sir John—. Pues bien, se produjo un escándalo mayúsculo del que todo el mundo parecía tener conocimiento, y, al cabo, Salisbury no tuvo más remedio que deshacerse de sus propiedades y salir del país. Según dicen, la condesa nunca se ha sobrepuesto a la vergüenza, y ahora constantemente su vida anterior. Como Eduardo no estaba dispuesto a verse implicado en otro escándalo como ése, permitió que Felipa arreglara lo de Kate a su capricho.

—¡Y eso que dan la impresión de ser una pareja muy unida, y de admirarse mutuamente! —se extrañó el médico.

—Es cierto que están muy unidos. Fue un matrimonio de elección por ambas partes, cosa rara entre la realeza.

—Pero ¿es posible que un incidente así no empañe el afecto que sienten uno y otra?

Sir John meditó su respuesta.

—Cuando uno se obsesiona por lo malo del pasado, tiene mucho que perder y poco que ganar. Intuyo que tanto él como ella tienen el deseo y la capacidad de perdonar al otro, y lo hacen con frecuencia. De todos modos, es curioso que hayáis hecho caso a Kate; de todos es sabido que habla hasta con las paredes.

No tiene nada de curioso, pensó Alejandro. A veces me siento tan solo que preguntaría al gato por sus últimas adquisiciones de ratas muertas si creyera tener posibilidades de que me contestara.

Llegaron a la entrada del salón principal, y el centinela los anunció al rey. Eduardo les hizo señas de que se acercaran, y Alejandro advirtió, consternado, que



tenía a su hija sentada junto a él. Le puso de mal humor tener que convencer al rey de que las peticiones de la princesa eran poco oportunas, hallándose ella presente.

En cuanto sir John se hubo marchado, el monarca se volvió hacia Alejandro y empezó a hacer preguntas acerca del problema que había surgido por la mañana.

—Doctor Hernández —dijo, pronunciando con detenimiento—, mi hija me ha informado de ciertas disensiones en torno al acceso al castillo de su sastre. Quisiera conocer vuestra opinión respecto al tema.

Alejandro carraspeó con nerviosismo.

—Majestad, cuando se trata de introducir en el castillo al agente causal de la peste, sea cual sea, un sastre es igual que un panadero o un herrero. Según he dicho ya con absoluta claridad, creo que basta un enfermo para contagiar al castillo entero, y debemos mantenernos en guardia a todas horas contra la introducción involuntaria de la pestilencia en el refugio seguro en que hemos conseguido convertir este lugar a costa de nuestra libertad.

Isabel tenía la respuesta preparada, y, en cuanto empezó a hablar, Alejandro comprendió que ya había consultado a su padre y delimitado el alcance de sus expectativas, ya que su propuesta fue sorprendentemente mesurada.

—Doctor Hernández, os propongo llegar a un acuerdo. ¿No podríamos someterlo a él y sus mercancías a cuarentena dentro del castillo, hasta tener la certeza de que no están infectados? Es una posibilidad a la que habéis aludido anteriormente. —Se levantó de la silla y empezó a pasear por la sala retorciéndose las manos—. Si, pasado un período de pongamos seis o siete días, el sastre no da señales de estar enfermo, ¿no tendríamos derecho a juzgarlo inofensivo?

—Por desgracia, princesa, no estoy en situación de aseverarlo. Lo cierto es que no existe medio alguno de estar seguros de que no pueda contagiaros a vos, o a cualquier otra persona del castillo; por lo demás, proponéis un lapso de tiempo exageradamente corto.

Isabel miró a su padre con expresión suplicante, dirigiéndole una muda petición de ayuda. No se parecía en nada a la terca arpía que se había enfrentado con Alejandro por la mañana; volvía a ser tan encantadora e inocente como en su primer encuentro, y Alejandro entendió que su padre la adorara sin disimulos.

La mirada implorante de la princesa no cayó en saco roto. El rey se dirigió a su médico en los siguientes términos:

—La propuesta de Isabel no me parece del todo errada; además, preferiría no verla sufrir. Quizá podamos llegar a un arreglo beneficioso.

¿Sufrir? ¿Por falta de sastre?, pensó Alejandro con incredulidad, recordando a los

niños andrajosos y sin hogar que había visto por las calles de Aviñón, sin ningún pariente vivo que pudiera velar por ellos. Le indignaba que aquella mujer, por muy princesa que fuera, no se diera cuenta de ser increíblemente afortunada, y esa indignación le dio fuerzas para resistir.

—Mi señor, debo recordaros que atenuar mis restricciones no nos reportará beneficio alguno; lo único que hará es abrir las puertas a una posible tragedia que no redundará en provecho de nadie, y menos de vuestra hija, quien tiene derecho a esperar una vida larga y próspera, y sin duda un brillante matrimonio. —Vio que Isabel se estremecía al oír hablar de matrimonio. Eso es, que se avergüence, pensó; le conviene pasarlo mal, aunque sea unos segundos—. En nada la ayudaré a sobrevivir si permito la entrada en el recinto de posibles portadores de la infección. Recordad, os lo ruego, que en el tiempo que llevo a vuestro servicio no hemos perdido a ningún habitante del castillo, a pesar de las constantes bajas a que se ve sometida la población que vive fuera de él. No cabe duda de que mis restricciones están surtiendo el efecto deseado. Si relajamos la vigilancia y dejamos que entre la enfermedad, no podré curarla; en cambio, creo que sí puedo impedir su aparición.

Pero el rey, cansado de oír las gemebundas súplicas de su hija y las quejas constantes de los servidores de Isabel, acabó por ceder y ordenó abrir las puertas al sastre.

—Haced cuanto sea necesario para salvaguardar la seguridad del castillo —dijo a Alejandro; y, volviéndose a Isabel, añadió—: Ni una palabra más sobre el asunto. La cuarentena del sastre durará cuanto juzgue conveniente el doctor Hernández.

Alejandro tuvo que repetir su inspección del complejo, en busca de un lugar adecuado para poner en cuarentena al nuevo visitante. Después de muchas dudas, se decidió por una capilla pequeña y poco concurrida que se hallaba en el ala este del recinto inferior, dotada de abundantes ventanas que le permitirían vigilar de cerca al ocupante sin entrar en contacto con él. Sometidos a interrogatorio los guardias que quedaban en el castillo, se encontró a uno diestro en el manejo de las herramientas, y su labor, tosca pero eficaz, permitió colocar barras de madera en ventanas y puertas.

A medida que avanzaban los preparativos, la princesa convocó varias veces a Alejandro a sus aposentos con el propósito de sondearlo acerca del confinamiento del sastre, cuya duración intentaba acortar en cada entrevista.

Aunque Alejandro siempre se alegraba de que le dieran la oportunidad de volver a ver a la huidiza Adele, empezó a cansarse de las diatribas de su señora, hasta que un día le espetó:

—Princesa, he resuelto que el período de confinamiento dure seis meses. No hay otra forma de estar seguros de que la enfermedad no entre en el castillo.

Lo impertinente de la observación hizo que la princesa se pusiera pálida de ira.

—¿Cómo os atrevéis a jugar conmigo, monsieur? ¿Habéis olvidado quién soy?

—En absoluto, mi señora —replicó Alejandro—. Sois mi paciente, y acataréis las normas con que velo por vuestra salud. Ahora bien, como no deseo prolongar vuestra ansiedad, quizá podamos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambos, como hicimos en pasadas negociaciones.

—Exponed vuestra propuesta —dijo Isabel con cautela.

—Propongo limitar la cuarentena a dos semanas, a cambio de que vuestro comportamiento se atenga a mis normas sin negociaciones ni objeciones por vuestra parte durante los seis meses que debía durar en principio la cuarentena del sastre. Y quiera Dios que no se prolongue tanto nuestro aislamiento.

Isabel reiteró sus protestas, denunciando con energía las «intolerables» condiciones del trato propuesto por Alejandro. Éste le recordó que el rey le había dado plenos poderes para aislar al sastre cuanto tiempo quisiera, y la princesa acabó por transigir.

—Traed a una de vuestras damas de honor, y yo llamaré a sir John para que haya testigos de nuestro acuerdo.

Isabel salió disparada hacia sus aposentos privados para esperar la llegada de sir John, murmurando y quejándose todo el rato en una exhibición de malos modales que a Alejandro le pareció muy poco principesca.

La niñera de Isabel lo había presenciado todo con malévolas satisfacción, contenta de que al fin alguien hubiera sido capaz de sojuzgar a la impertinente princesa, y deseando para sus adentros poder vengarse también ella del cúmulo de vejaciones que había tenido que soportar en sus largos años de servicio. Alejandro interrumpió su regocijo pidiéndole que enviara a Kate en busca de sir John. La niñera se retiró, dejando solo a Alejandro en el suntuoso salón.

El médico oyó casi de inmediato que alguien abría una puerta, y, cuando advirtió que se trataba de Adele, el corazón le dio un brinco.

La joven, menuda y delicada, caminaba con pasos tan livianos que daba la impresión de estar flotando hacia él, seguida por un suave crujir de faldas; con su vestido claro, parecía una figurilla de porcelana. De su toca ceñida colgaba un vaporoso velo, que, al detenerse su dueña frente a Alejandro, se posó suavemente alrededor de sus hombros. Algunos mechones cobrizos se escapaban de la toca, partes de su esplendorosa cabellera, que Alejandro habría querido ver en todo su esplendor. La joven sonrió con dulzura, y la mirada de Alejandro se engolfó en un mar de belleza.

Se imaginó rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia sí, al tiempo que con la otra mano la despojaba del velo y la toca, dejando que las maravillosas trenzas cayeran libremente por la curva de su espalda; absorto en su fantasía, se vio a sí mismo cogiendo a manos llenas el sedoso cúmulo de rizos y llevárselo a la cara sin reparos para embriagarse con su aroma. La realidad fue muy distinta: Alejandro se puso en pie con presteza y saludó a Adele con una cortés inclinación. Ella correspondió al respetuoso saludo con una reverencia no menos gentil, y, para sorpresa del médico, le tendió la mano. Alejandro la tomó sin pensar e imprimió en ella un beso prolongado, sin apartar la vista ni un segundo de los ojos verdes de la dama. Ésta no protestó ni retiró la mano. Por fin, incapaz de seguir aguantando el enloquecido latir de su corazón, y temeroso de que estallara y lo privara de nuevas alegrías, Alejandro hizo descender la mano de la joven y acabó soltándola con infinito pesar.

¿Qué fuerza extraña y fascinante hace correr la sangre cual relámpago por mis venas? He visto a esta dama en pocas ocasiones, nunca he hablado con ella en privado, y aun así me veo prisionero de sus encantos. Alejandro se esforzó por mantener la compostura, y, no sabiendo qué hacer, se quedó callado, convencido de que cualquier palabra que saliera de su boca competiría en aspereza con el croar de una rana. Se había quedado sin saliva.

—Buenos días, doctor Hernández —dijo la joven.

¿Y por qué, se lamentó Alejandro, le habrá dado Dios una voz de ángel con que cautivarme todavía más?

La voz celestial siguió hablando.

—Soy Adele de Throxwood, dama de compañía y confidente de la princesa Isabel. Me ha pedido que actúe de testigo en un trato que ha de cerrarse entre ella y vos, y obedezco con sumo placer.

Alejandro acabó por recuperar la voz y, después de dar las gracias a Adele, dijo:

—También estará presente sir John.

Sólo entonces le cayó encima todo el peso de su desasosiego, dejándolo sin habla. Nunca había besado a una mujer, ni siquiera en la mano, y, según las costumbres de su pueblo, siempre había dado por supuesto que la primera mujer a quien tocara sería su esposa. ¿Qué habría dicho aquella dama tan elegante en caso de descubrir su verdadera identidad? ¿Se habría apartado de él con asco, horrorizada por tan pérfida impostura?

¡Qué acomodaticio se había vuelto en el poco tiempo que llevaba lejos de sus iguales! ¡Con qué facilidad había sabido olvidar su pasado y acostumbrarse a una vida de privilegios, reinventándose a sí mismo según lo exigieran las circunstancias!

La línea divisoria entre cristianos y judíos era clara, y pocos se atrevían a atravesarla. Alejandro era consciente de que tratar de amores con una dama cristiana de alta cuna era del todo inconcebible. Le estremecía pensar en el castigo a que lo habría sometido el señor legítimo de la joven, que en el caso de Adele era el propio rey Eduardo, puesto que Adele vivía en casa de su hija.

Debe de tomarme por un miembro de la nobleza española, puesto que no ve inconveniente en coquetear conmigo. No se da cuenta de que somos de condición despareja. Señor, ¿por qué me has permitido llegar tan lejos sano y salvo, sólo para acabar atormentándome con algo que se halla fuera de mi alcance?

Adele tomó asiento en un banco acolchado e hizo señas a Alejandro de que se uniera a ella, petición que fue obedecida de inmediato. Una vez juntos en el banco, Adele se inclinó hacia el médico.

—Mi señora se queja a todas horas de que coartáis su libertad —le confió—, como si fuera la única que soporta el peso del confinamiento.

La joven había tenido la astucia de centrar la conversación en un tema del que Alejandro podía hablar sin ponerse nervioso.

—No conozco otro modo de garantizar vuestra integridad. Mi maestro ha conseguido mantener con vida al Papa mientras más de la mitad de los habitantes de Aviñón morían alrededor de él. Su éxito sólo puede atribuirse a la estrecha vigilancia a que ha sometido los hábitos diarios de Su Santidad. Según lo que se rumoreaba en el palacio de Aviñón, las quejas del Papa habrían dejado cortas a las de vuestra señora.

—Me cuesta imaginarlo, porque los incesantes lamentos de Isabel la han vuelto poco menos que insoportable. ¡Con lo agradable que puede llegar a ser en tiempos mejores! Adoro lo vivaz de su compañía, pero está llevando muy mal la situación, y la encuentro huraña en extremo. —Suspiró y bajó la vista con pesar—. Echo de menos su alegría, y espero con ansia el momento en que nuestras actividades dejen de verse constreñidas.

—Yo también, lady Throxwood.

Kate entró en la antecámara por la puerta que daba al pasillo, seguida por sir John. Intercambiados los saludos y reverencias de rigor, Kate salió por otra puerta y Adele pidió permiso para anunciar a Isabel la llegada de sir John. Éste observó el entusiasmo con que Alejandro miraba alejarse a la dama, así como la tristeza que se apoderaba de sus ojos al verla desaparecer por la puerta de Isabel.

El comentario de sir John tomó a Alejandro por sorpresa:

—Hermosa dama, ¿no es así?

El médico no se había dado cuenta de que sus sentimientos estuvieran tan a la vista de todos. Carecía de experiencia en el terreno del amor; su pasión repentina por Adele era algo nuevo para él, y la reservaba para la intimidad. No se le ocurrió cómo contestar a la pregunta de sir John sin delatarse. Hasta entonces se le había pasado por alto la posibilidad de que otros hombres pudieran encontrar atractiva a Adele, y la sorpresa de caer en la cuenta suscitó en él una mezcla de celos y perplejidad que, traducida en rubor, hizo reír a sir John.

—No os dé vergüenza, amigo mío; y no temáis, no albergo pretensiones respecto a la dama.

Alejandro, cuyo alivio saltaba a la vista, seguía sin saber qué decir. Al cabo, y temiendo una respuesta contraria a sus deseos, preguntó:

—¿Tiene algún pretendiente, o está comprometida?

Sir John disipó sus temores.

—La princesa aprecia mucho la compañía de lady Throxwood, y ha prometido mantenerla mientras siga a su servicio. Su padre murió en Francia, y su madre cayó víctima de la peste; por lo tanto, a falta de familiares, su matrimonio depende del rey. Ya habéis podido comprobar que Eduardo no es muy amigo de contrariar a su hija; de ahí que nadie haya pedido todavía la mano de Adele.

Sir John siguió adelante, enumerando con satisfacción los encantos de la dama.

—La conozco desde niña, como pariente lejana que es, y aplaudo vuestra sensibilidad a sus notables cualidades. Hay que destacar la paciencia con que trata a su señora, cuyo carácter tempestuoso ha llevado a más de una a la desesperación. Quizá eso explique la sincera admiración que siente Isabel por ella. Parece ser la única capaz de sacar a flote los aspectos positivos de la princesa. —Dirigió a Alejandro una sonrisa cómplice—. Pero basta de discursos. Ya conocéis lo mejor de ella, y, por el modo en que la miráis, sospecho que vuestros embelesados oídos se mostrarían sordos a cualquier chismorreo de mala ley que pudiera sacar a colación acerca de la dama.

La respuesta de Alejandro tardó en llegar, y estaba cargada de dudas.

—Temo que me halle carente de práctica en las artes del amor. He dedicado todo mi tiempo a mi profesión, y tengo poca experiencia en cuestión de mujeres. Nunca hasta ahora había encontrado a una cuyas virtudes pudieran contrapesar mi absorbente vocación. Es un estado de ánimo que llena de desconcierto a un inocente como yo.

—Mantener una inocencia total en este castillo es tarea más que ardua.

—No es la primera vez que os lo oigo decir —observó Alejandro, recordando el

relato de la llegada de Kate a Windsor.

Y, como en tantas otras ocasiones, se descubrió a sí mismo tenso y expectante, aturdido por el esfuerzo constante de tener que descifrar un idioma gutural y entender las desconcertantes costumbres de los ingleses. Alejandro, plenamente consciente de las diferencias que lo separaban de ellos, se refugió en sus pensamientos, reviviendo los tiempos en que vivía tranquilo y a salvo en su hogar de Alcañiz. Nunca llegaré a ser como ellos, pensó. Pertenecemos a mundos distintos.

De pronto vio que tenía delante a Isabel y Adele, y se preguntó cuánto tiempo llevarían aguardando a que saliera de su trance. Viendo que por fin había captado su atención, Isabel lo miró a los ojos con lo que distaba poco de ser una expresión de desafío, y dijo:

—Sir John y lady Throxwood serán testigos de nuestro acuerdo, y de vuestra promesa de que la cuarentena de mi sastre quedará limitada a dos semanas. Por favor, repetid el trato que hemos cerrado antes.

El médico volvió a formular los términos, e Isabel preguntó a los testigos cómo los interpretaban. Al cabo, convencida de haber obtenido un acuerdo sin fisuras, se volvió hacia sir John para darle instrucciones precisas.

—Escoged a un jinete veloz, el que tenga más posibilidades de éxito, y ordenadle que se prepare para ponerse a mi servicio. En breve enviaré a lady Throxwood con más instrucciones.

Chandos se despidió con una inclinación de la cabeza. Isabel se volvió hacia Adele.

—Dirígete enseguida a la entrada del castillo en compañía del doctor Hernández. Ordenarás al jinete escogido por sir John que parta de inmediato en busca del sastre James Reed. Pídele que describa con precisión las condiciones del servicio que solicito a maese Reed. En caso de que éste vacilare en acudir a mi lado a causa de la cuarentena, da instrucciones al jinete de que recuerde al sastre el considerable valor que supone ser proveedor mío en todo momento. —Miró a Alejandro—. Doy por hecho que os ocuparéis de que maese Reed goce de todas las comodidades durante su cuarentena. No consentiré que el trato que reciba desmerezca del que se le dispensa cuando me sirve en circunstancias menos restrictivas. Confío en su buena voluntad, así como en la vuestra, señor médico.

Alejandro y Adele se despidieron con sendas reverencias. A continuación recorrieron sin prisas la vasta extensión del castillo por un camino más largo y sinuoso de lo necesario, movidos ambos por el deseo de prolongar el tiempo que pasaban juntos antes de llegar a la torre de entrada. ¡Alabado sea Dios!, pensó Alejandro. No rehúye mi compañía, sino que disfruta de ella como yo de la suya.

Pese a lo poco que le apetecía realizar la tarea que se le había encomendado, Alejandro pensó que acaso no hubiera pasado hora mejor desde su inmersión en las cálidas aguas del Mediterráneo en compañía del leal Hernández. Era, igual que entonces, como si el tiempo se hubiera detenido, y la presencia de aquella mujer parecía aplacar sus demonios interiores.



## DOCE

Caroline se despertó en plena noche recordando a medias algo que acababa de soñar. Los tentadores fragmentos la indujeron a querer acordarse de mucho más, y luchó por sacudirse de encima la bruma que enturbiaba su mente y volvía opacos los detalles del sueño.

Un caballo. Horas galopando.

Tendida en la cama, oscilaba entre dos estados antitéticos, uno en que la sensación de que su cuerpo subía y bajaba era tan asombrosamente real que habría jurado estar a lomos de un caballo, y otro más vaporoso en que no se veía capaz de asegurar siquiera que su brazo acabara en una mano. Flotaba en los márgenes del sueño, revolcándose en la cama con movimientos febriles que acabaron por envolverla de tal modo en las sábanas que ya no pudo moverse con libertad. Los detalles del relato se hicieron más vividos, y abandonó al fin la vigilia para sumergirse del todo en su sueño.

El animal se movía debajo de ella siguiendo un ritmo constante. Caroline se agachó un poco para que el viento no le diera tan fuerte. Al inclinarse hacia el largo cuello del caballo, sintió que las crines le azotaban la cara.

«¡Pero si nunca he montado a caballo! —protestó—. ¿Cómo voy a saber qué se siente?». Intentó despertarse, pero era cautiva de su sueño. El galope se hizo más rápido, y Caroline tuvo la sensación de que algo apremiaba al jinete a alejarse de aquella playa, una necesidad imperiosa. A medida que el caballo cobraba velocidad, se dio cuenta de estar cada vez más incómoda, y deseó que sus calzas...

¿Calzas?

... no fueran tan apretadas, ni tan gruesa la tela de su camisa. El esfuerzo de montar se traducía en incómodos sudores, y el roce de la tela le resultaba molesto. Aumentó la presión de sus piernas contra los flancos del caballo, y se dio cuenta de que tenía irritada la entrepierna. Se separó unos centímetros de la silla sin interrumpir el galope y, con los muslos en tensión, se tocó los testículos para estar más cómoda...

Dios santo...

Caroline se zafó del sueño y se las manejó como pudo con el remolino de sábanas que coartaba sus movimientos. Una vez despojada de su húmedo disfraz de momia, se incorporó como un resorte y se quedó sentada en la cama deshecha. Lo primero que hizo fue poner la mano entre las piernas, comprobando con un alivio inmenso la ausencia de toda señal tangible de masculinidad. Después se pasó la mano por toda la

extensión del muslo, comparando su longitud con la que le dictaba su memoria, y se alegró de encontrarlo tan blando como de costumbre. Ni rastro del miembro duro y desconocido con el que había estado imaginando aferrarse a los flancos del caballo breves instantes atrás.

—¡Madre de Dios! —dijo con voz temblorosa.

Habría jurado que todo era cierto, que todo formaba parte de su cuerpo, y que para ella era lo más normal del mundo cabalgar por una playa desconocida ataviada con calzas ajustadas y sintiendo incomodidad en los testículos. Se acordó de que en el sueño la acompañaba alguien más, otro jinete cuyo único rasgo definido era su condición de hombre; su presencia, vaga pero insistente, se resistía a desaparecer, y, sin saber por qué, Caroline tuvo la seguridad de que era importante, tanto que, en el sueño, su propia supervivencia dependía de él. Su nombre... Le rondaba la memoria, pero no acababa de concretarse. En cambio, recordaba con claridad el aspecto físico del hombre cuya conciencia había ocupado en el sueño, aunque fuera por breves instantes.

Cerró los ojos y dejó que el recuerdo tomara la forma de un hombre de gran apostura y energía juvenil. Vio en el espejo de su mente a un joven moreno de rostro serio y rasgos mediterráneos. Tendría unos veinticinco años, la tez bronceada y un cuerpo alto y enjuto, sin pizca de grasa, esbelto como un atleta; sus manos eran bonitas, de dedos largos y elegantes, más femeninas de lo que Caroline habría esperado, pero afeadas por unos cuantos cortes todavía sin cicatrizar, señal de que había ejecutado algún trabajo duro poco tiempo atrás. Tenía el pelo largo y negro, atado en una cola de la que escapaban algunos rizos rebeldes a la altura de las sienes. Transmitía una fuerza sorprendente, una sensación de agudeza mental suprema a la que se añadía un trasfondo de cautela, como si nunca bajara la guardia. ¿Estará huyendo de algo?, se preguntó Caroline. Sus ojos no se estaban quietos ni un momento; miraban a todas partes sin detenerse nunca, atentos a cuanto sucediera alrededor. Miedo. Inquietud. Angustia y sufrimiento. Una esperanza tan preciada que casi resultaba dolorosa.

Caroline se vio sorprendida por un ataque de náuseas y un fuerte martilleo en la cabeza. Abrió los ojos y se llevó una mano al estómago. Cuando intentó levantarse, apenas pudo mantener el equilibrio.

—¡Uuuf! —dijo en voz alta, cogiéndose a la cama.

Una vez alcanzada una postura estrictamente vertical, sintió una necesidad urgente de orinar, pero, después de llegar al lavabo a trancas y barrancas, sólo consiguió evacuar un chorrito insignificante. Salió del lavabo sin haberse desprendido de la sensación que la había llevado hasta él. Era como si algo le apretara la vejiga, y eso que llevaba una bata holgada con la que solía encontrarse muy a gusto.

Volvió a la cama, pero sólo durmió a ratos. Al entrar por la ventana la luz tenue que anunciaba un nuevo día, Caroline llevaba en la cama muchas horas, pero seguía con los nervios de punta.

Consiguió hacerse café con gran esfuerzo, pero, a pesar de que era adicta a la negra y aromática bebida, su ingestión la dejó insatisfecha, como si no hubiera tragado más que un poco de agua sucia y caliente. Seguía doliéndole la cabeza, y la rigidez de su cuello se había acentuado respecto al día anterior. Intentó comer un tazón de yogur, pero le pareció que tenía un gusto desagradable, como a metal, y lo dejó a medias.

En fin, a lo mejor pierdo algún que otro kilito antes de quitarme de encima esto que no sé qué es, pensó; pero ni siquiera la esperanza de abrocharse los téjanos con más holgura puso remedio a su malestar, cada vez más pronunciado. Abrió el armario y sacó de la punta de un zapato el frasco ilegal de ibuprofeno. Se puso tres tabletas en la palma de la mano y las tragó con agua, hecho lo cual se sentó en un sillón exageradamente mullido en espera de que el analgésico surtiera efecto. Media hora más tarde, el dolor de cabeza había ido a menos, pero seguía presente; a pesar de ello, el medicamento tuvo el resultado de atontar un poco a Caroline, y eso la ayudó a relajarse. Regresó a la cama y no tardó en volver a dormirse.

El timbre del teléfono la despertó. ¡Janie!, pensó con alegría, viendo ya las tazas de caldo y los termómetros. Me traerá *ginger ale* y Vicks VapoRub, me arropará, y en uno o dos días estaré mejor. Cuando contestó, llena de alivio por poder hablar con su jefa, lo hizo con un hilillo de voz que a ella misma le resultó extraño. Su sorpresa fue a más al comprobar que no se trataba de Janie.

—¿Caroline? Soy Ted Cummings.

Caroline tardó un poco en salir de su desconcierto. Todavía no se le había despejado la cabeza, y le costó lo suyo acordarse de que Ted había prometido llamarla en ausencia de Janie. Llegó enseguida a la conclusión de que Janie seguía fuera, y que no habría ni caldo ni *ginger ale*. Su desilusión casi era tangible.

—Ah, hola —acabó por decir—. Perdona que parezca sorprendida; es que me he olvidado de que dijiste que llamarías. Esta mañana sigo con la cabeza hecha un bombo.

—No hace falta que te disculpes —dijo Ted—, aunque quizá te convenga echar un vistazo al reloj. Ya es por la tarde.

Caroline quiso volver la cabeza hacia el reloj de la mesita de noche, pero la rigidez de cuello se lo impidió, y sólo a fuerza de mover todo el tronco averiguó que eran las tres de la tarde pasadas.

—¡Vaya! Antes me he levantado, pero he vuelto a la cama. Voy retrasada unas

seis horas.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Ted.

—La verdad es que no. Ahora mismo he intentado mover la cabeza y me ha dolido horrores. ¡Qué resfriado más salvaje!

Ni lo sospechas, pensó Ted.

—Por eso llamo —dijo—. Esta mañana he hablado con uno de mis colegas, que tiene consulta en el instituto. Le he dicho que podías precisar atención médica, y le he comentado que quizá hubieras cogido una especie de gripe. Ha puesto cara de preocupación. Dice que corre por ahí un tipo de bacteria que todavía no se ha localizado, y que al principio provoca síntomas parecidos a los de la gripe; por desgracia, si se deja sin tratamiento se convierte en algo mucho peor. Puede llegar a ser mortal, y mi colega me ha asegurado que no es para tomárselo a broma. Todavía no han averiguado de dónde sale el brote, así que puede haberse cogido en cualquier lugar.

El pánico empezaba a apoderarse de Caroline y se transmitió a su voz.

—¿Cuáles son los otros síntomas?

—En primer lugar, tener el cuello rígido —dijo Ted—. Mucha fiebre, incluso si se descansa. Hinchazón de los ganglios en torno a la garganta y la entrepierna. Manchas oscuras parecidas a moratones.

—¡Tengo todos esos síntomas, todos sin excepción! Dios mío...

—Calma —dijo Ted con tono tranquilizador—. Se trata de una bacteria, y parece que es de las pocas que siguen respondiendo al tratamiento con antibióticos.

—¡Menos mal! —dijo Caroline, enormemente aliviada—. ¿Y ahora qué tengo que hacer? ¿Tienen que hacerme pruebas o algo de eso?

—Por desgracia, las consultas médicas del instituto van a estar cerradas unos días porque de momento no tenemos ningún paciente internado. Mientras no abran no voy a poder hacer que te sometan a pruebas.

—¿Y no necesito un test para conseguir el tratamiento? ¡Pero si aquí clasificáis a todo el mundo!

—Es verdad, pero en tu situación no cambiaría nada. Es una enfermedad que acaba de aparecer, y todavía no está en los sistemas de selección.

—¿Por qué no?

—Supongo que por falta de casos. Antes de que lo metamos en el sistema tiene que superar unos mínimos.

—Entonces ¿cómo es que ya existen pruebas?

El alud de preguntas difíciles estaba resultando de lo más molesto para Ted. ¡Ya es mala suerte contagiar a alguien con cerebro! Ojo con lo que contestas, Ted.

—No se trata exactamente de una prueba, sino de un método para detectar la bacteria que andamos buscando. Utilizamos algo parecido a una reacción en cadena de polimerasas de cara a conseguir material suficiente para la identificación. Es muy rápido y bastante fiable.

Ted fingió un titubeo con vistas a producir el efecto deseado. Quería que Caroline pensara que le estaba ocultando un detalle importante, algo tan terrible que la dejaría totalmente desarmada. Caroline se tragó el anzuelo.

—¡Pero tengo que conseguir el tratamiento! Tendré que ir al hospital. No creo que me convenga esperar...

—Ante todo tranquilízate —le aconsejó Ted—. Con pánico no se arregla nada.

Era eso, sin embargo, lo que quería de ella: pánico. Quería dominarla mientras Janie siguiera fuera de la ciudad, y si era necesario recurrir al miedo, adelante con ello. Había que impedir que Caroline saliera del hotel. Ted se proponía hacerse con el control de la situación mediante la treta de presentarse como salvador, cuando era en realidad el causante del problema.

—De momento no nos conviene ir al hospital —dijo, usando un pronombre que los metía a los dos en el mismo barco—. Podría crearnos dificultades. Si en el proceso de selección de pacientes un supervisor cree detectar algo contagioso, tu condición de extranjera te colocaría en desventaja.

—¡Dios mío! ¿Qué pasaría?

Siguió otro silencio con carga de profundidad.

—La policía biológica —acabó diciendo Ted— recibiría orden de ponerte en cuarentena hasta la obtención de un diagnóstico en firme. Hoy en día hay tal sobrecarga en los sistemas de procesamiento que se tardan varios días en examinar a cada paciente. Podría significar una larga espera recluida en algún centro, y nueve veces sobre diez deportan a los detenidos, hasta a los que sólo tienen un resfriado. No creo que nos convenga arriesgarnos, sobre todo si estás enferma de verdad y te sientes realmente mal.

—Pues sí —dijo Caroline—. Casi no puedo mover el cuello.

Y te está saliendo un bulto en la ingle, te duelen las axilas y se te está amoratando la piel del cuello, pensó Ted.

—Es uno de los síntomas que me indicó mi colega. Además, hay que tener en cuenta otra cosa: si todavía no te han tomado las huellas corporales, lo harán durante

la cuarentena. No es la manera más cómoda de empezar. De hecho, si ya estás enferma creo que podría ser bastante duro.

El silencio de Caroline se ajustaba a las expectativas de Ted, que era consciente de que su interlocutora estaría imaginando las consecuencias nefastas de buscar tratamiento médico al margen de los canales que le acababan de ofrecer. Su mente forjaría imágenes exageradas e inexactas de los horrores de la toma de huellas corporales, imágenes que se sumarían al temor de verse retenida contra su voluntad mientras las autoridades médicas decidían qué hacer con ella. Ted confió en que estuviera visualizando corrales insalubres atestados de gente sucia y contagiosa. En realidad, las instalaciones eran modernas y limpias, y se trataba bien a los detenidos, pero a Ted le convenía tener a Caroline aterrorizada y sumisa, a fin de que se dejara administrar los fármacos contra la peste sin que nadie excepto él llegara a saber que la había contraído. Siguió hablando, devanando los hilos de su tela de araña.

—Podría pasar a verte esta tarde e iniciar el tratamiento. Mañana habría que repetir la dosis.

—Pero Ted... No sabes cuánto te agradezco lo que haces por mí. Tomarte tantas molestias, con lo poco que me conoces...

—Al contrario; me alegra poder ayudarte. Sé lo molestas que pueden resultar estas cosas... ¡Hoy en día es todo tan difícil! Estás fuera de tu país y no conoces el sistema. No es molestia, te lo aseguro.

—¿Seguro que no te meterás en ningún lío? Lo digo porque tiene pinta de ser ilegal...

Ted tardó un poco en contestar.

—Quizá no sea del todo legal, pero dudo que me surjan problemas. En el mundo médico de vez en cuando se echa mano a procedimientos clandestinos. A veces el procedimiento es tan complejo que no tenemos más remedio que saltárnoslo. Por mi parte, confieso que las regulaciones del gobierno pueden llegar a ser muy frustrantes. Cuando hace falta, nos inventamos trucos para evitarlas. Además, te aseguro que mi colega será de lo más discreto; de hecho, ni siquiera sabe cómo te llamas.

Ted deseó poder subrayar sus palabras con una sonrisa, pero el hotel no disponía de videoteléfono.

—En fin, si tú lo dices supongo que no hay problema...

—Tranquila, que todo irá bien —dijo Ted—. Créeme si te digo que en un par de días habrás mejorado mucho, y sin enterarse nadie. Entonces podrás volver a tu trabajo, y Bruce y yo seguir con nuestro proyecto.

—Se me había olvidado del todo —se disculpó Caroline—. Está ayudando a Janie

en vez de trabajar contigo. Por lo visto, desde que hemos llegado todo son molestias.

Ted no hizo el menor esfuerzo por mitigar el sentimiento de culpa de su cobaya.

—No te preocupes. Son cosas que pasan. ¿Qué se le va a hacer? Ya verás cómo te curas pronto y todo vuelve a su cauce.

—Espero que tengas razón.

—Sé que la tengo. Y ahora, a ver si empezamos con el tratamiento. Saldré dentro de un rato; si te parece, paso por el hotel dentro de... A ver: son aproximadamente las tres y cuarto; creo que en una hora podré estar.

—Te lo agradezco muchísimo.

No hay de qué, pensó Ted.

El viejo perro estaba estirado sobre la hierba al lado de Sarin, con la cabeza posada en las patas delanteras y los ojos entrecerrados. De vez en cuando daba un respingo, y su amo lo miraba preguntándose a qué velocidad correrían los conejillos en sus sueños de perro.

Sarin observó el terreno que se extendía ante sus ojos en suave pendiente, y vio cómo se iba sumiendo en la oscuridad. Era una costumbre que desde hacía poco tiempo había pasado a formar parte de sus paseos vespertinos: amo y perro se sentaban a diario en aquel mismo lugar y contemplaban el crepúsculo. Sarin no concebía modo más sencillo de dar forma concreta al paso del tiempo, hecho que, desde la llegada de las americanas, había adquirido un sentido nuevo para él. Sabía que era limitado, y quería «verlo» pasar.

Se puso el sol, y una gran exaltación se apoderó de Sarin. El esplendor del crepúsculo nunca dejaba de impresionarlo. Se imaginaba a todos sus antecesores en la misma situación, desde el primero hasta el último.

Dudaba que el terreno hubiera sufrido grandes cambios. Salvo las luces de la ciudad que brillaban a lo lejos, y los andrajosos personajes que parecían merodear por su perímetro a todas horas, todo seguía igual. En aquel pequeño protectorado nunca parecían producirse muchos cambios, más allá de que pudiera visualizarse el paso del tiempo cuando se ponía el sol. El tiempo proseguía su marcha, ajeno a las pequeñas intrigas de quienes se veían inmersos en su oscura sombra.

Pero Sarin sabía que el tiempo no tardaría en engullirlo. Durante los últimos días, pasado el arrebató que lo había impulsado a ponerlo todo en orden otra vez, volvía a sentirse desfallecer poco a poco, como si respirara de pronto una atmósfera enrarecida. Cada día estaba más cerca de ser el último, y empezaba a parecerle que el

sol trazaba su arco a una velocidad endiablada, sumiéndose en el horizonte como un proyectil. Se sentía asustado y solo, sin más compañía que la de su perro. Se fijó en su fiel y apacible compañero, y, viéndolo dormir, envidió aquella paz llena de sencillez en que parecía haberse desarrollado su vida entera.

Ted recorrió el pasillo del séptimo piso del viejo hotel con pasos de borracho, sosteniéndose con una mano en la pared. Desde su conversación con Caroline su salud había sufrido un fuerte bajón, y ya no podía caminar sin apoyo. A esas alturas lo lógico habría sido encontrarse mejor, puesto que ya hacía varias horas que se había administrado la primera dosis de antibióticos, y era de esperar cierto grado de incidencia sobre la bacteria que había invadido su cuerpo; pero no, no notaba ninguna mejoría, ni siquiera un ligero aumento de fuerzas. Cuantas más horas pasaban, más crecía su inquietud.

Llegó por fin a la puerta marcada con el número que le había dado Caroline. Había un espejo a sus espaldas, y antes de llamar a la puerta quiso asegurarse de que el cuidadoso maquillaje conseguía disfrazar su mal estado.

Menos mal que la fiebre me pone tan sonrosadito, pensó. Tiró del cuello alto de su jersey, que le apretaba todavía más que el día anterior. Había conseguido coger un taxi hasta allí sin levantar sospechas, aunque lo cierto era que nadie se le había puesto lo bastante cerca para mirarlo a los ojos. Con Caroline habría una proximidad mucho mayor; confió, sin embargo, en que estuviera demasiado preocupada por su situación para fijarse en él.

Cuando estaba a punto de llamar a la puerta, se quedó con el brazo en vilo. Miró a izquierda y derecha hasta localizar un cartel de NO MOLESTEN; lo cogió y, escondiéndolo detrás de la espalda, dio unos golpes a la puerta. Esperó la respuesta de Caroline mirándose los pies.

Se lo toma con calma, pensó, nervioso y esperando que ningún huésped del hotel lo viera ahí plantado. No quería testigos, por si lo de Caroline no salía bien.

—¿Quién es? —dijo una voz apagada dentro de la habitación.

Ted se arrimó a la puerta cuanto pudo y contestó en voz baja, confiando en que aparte de Caroline no lo oyera nadie.

—Soy Ted.

Por fin se abrió la puerta, para alivio de Ted, que estaba razonablemente seguro de que no podían haberlo oído desde otra habitación. Al entrar, y sin que Caroline se diera cuenta, colgó del pomo el cartel de NO MOLESTEN.



En cuanto vio a Caroline se quedó boquiabierto. Su melena pelirroja estaba revuelta y apelmazada, y la blancura de su tez era espectral. Saltaba a la vista que estaba enferma. Con aquel aspecto no podía engañar a nadie. Ted se avergonzó de haber sido el causante de su enfermedad, pero se apresuró a echar a un lado sus sentimientos de culpa: no podía dejar que lo ofuscaran.

Había que evaluar los daños, y lo primero sería tratar de mejorar la imagen de la paciente. Precisaba de ella una confianza absoluta, y, consciente de que no le convenía suscitar recelos, se propuso no decir nada que pudiera herirla. Si le recomiendo que se lave se sentirá ofendida, pensó con inquietud, pero no puedo permitir que la vean así.

No había de qué preocuparse. Viéndolo tan perplejo, Caroline tomó la culpa por asco, y, arrebujiándose más aún en su bata, dijo:

—Sí, ya sé que estoy espantosa. Deja que me lave un poco.

Ted entró en la habitación pensando en los efectos sorprendentes que podían conseguirse con una mirada cargada de una buena dosis de desaprobación.

—Tonterías —dijo—. Se te ve agotada, pero nada más. Es lógico. Se te pasará con unos días de descanso.

Pero Caroline ya se tambaleaba en dirección al cuarto de baño, cogiendo al vuelo unos téjanos y una blusa de franela. Transcurridos unos minutos reapareció con un aspecto ligeramente menos ajado. Se había peinado y hecho una coleta, cosa que preocupó a Ted, ya que, viéndola con el cuello al descubierto, se dio cuenta de que las manchas se habían hecho más oscuras. La propia Caroline no tardaría en advertirlo.

—Bueno, espero estar ligeramente más presentable —dijo la joven. Cuando la vio sentarse en la cama deshecha, Ted se fijó en lo rígido de sus movimientos—. Tengo la sensación de parecerme un poco más a un ser humano, aunque no mucho. —Se frotó el cuello con una mano, sin disimular el dolor que le producía. Al mirar a Ted se dio cuenta de que no le quitaba ojo de encima, y empezó a ponerse nerviosa. Entonces, tratando de romper el hechizo que parecía haberse apoderado de él, esbozó una sonrisa y dijo—: Cuéntame lo del medicamento.

¿Qué hay que contar?, pensó Ted. Es muy sencillo: te pincho y una de dos, o mejoras o no. Sea como sea, tardarás un tiempo en salir de esta habitación...

—He traído dos antibióticos, y voy a darte una inyección de cada uno. Mañana habrá que repetir las. —Uno de los supuestos «antibióticos» era en realidad un fuerte sedante que serviría para inmovilizar a Caroline durante un tiempo—. Los dos son bastante potentes. No sería de extrañar que te dieran sueño, como efecto secundario.

Caroline lo miró con recelo.

—Nunca he oído hablar de un antibiótico que tenga efectos secundarios sedantes.

A Ted le hicieron falta unos segundos para idear una respuesta convincente.

—Esto... —balbuceó—. No es un... no es lo que se entiende por un efecto sedante normal, sino que uno de los medicamentos es muy potente y a veces su impacto sobre el cuerpo puede hacer que el paciente se sienta cansado. Sinceramente, si puedes quedarte en la cama durante todo el proceso de recuperación, mejor que mejor.

Ted se daba cuenta de que la explicación pecaba de torpe, pero Caroline pareció darse por satisfecha.

—Ya me gustaría, créeme —dijo—, pero no puedo tardar demasiado en calentar motores. Vamos cortas de tiempo, y Janie va a necesitar que la ayude. No quiero hacer que se sienta todavía peor de lo que está.

Ted no tuvo la menor duda de que Janie se sentiría bastante mal, pero no por los motivos que pensaba Caroline. No había contestado ninguno de los mensajes enviados por Bruce desde Leeds, ni tampoco había hecho la llamada que le pedían al almacén. Cuando volvieran a Londres habría que darles alguna explicación, pero Ted ya había decidido contar a Bruce (confidencialmente, por supuesto, y confiando en su comprensión) que había estado enfermo y no había querido que lo supiera nadie. Diría que se había quedado en casa con el busca apagado, para poder recuperarse sin que lo molestaran. Seguro que Bruce lo entendería. En cuanto a Janie, le traía sin cuidado.

—Pues nada —dijo, acercando su silla a la cama en que se sentaba Caroline—, vamos a curarte para que puedas volver a tu proyecto y yo al mío. Arremángate la blusa, por favor.

Caroline obedeció. Ted abrió un algodón impregnado de alcohol y frotó una zona próxima al hombro de Caroline; después llenó una jeringuilla con el antibiótico de uno de los frascos y le dio unos golpecitos hasta que las burbujas de aire se concentraron en la parte superior. Apretó ligeramente el émbolo hasta expulsar todo el aire, y seguidamente cogió a Caroline por la muñeca.

—No te muevas —dijo—. Sólo es un segundo.

Con un gesto rápido, clavó en la carne del brazo la punta de la aguja y apretó el émbolo hasta el fondo.

Caroline odiaba las inyecciones; cada ocasión en que la aguja atravesaba su piel le parecía una especie de violación en miniatura. Se fijó en la expresión impasible de Ted al sujetarle el brazo y extraer la aguja.

—Una más y ya está.

Menos mal, pensó Caroline. Sintió un pinchazo y notó cómo el líquido se difundía por el músculo de la parte superior del brazo; después, felizmente, la aguja quedó fuera. Ted echó las dos jeringuillas usadas y los algodones en una bolsa de plástico que se metió a continuación en el bolsillo.

—Ahora me quedaré unos minutos para estar seguro de que no reaccionas mal, y luego me voy. Te llamaré por la mañana para ver cómo sigues. No hace falta que me acompañes a la puerta. Ya cerraré de golpe.

Caroline fue hundiéndose en el sueño, sorprendida de que un antibiótico pudiera actuar de ese modo. Perdía el control en cuestión de segundos. Al final, cerró los ojos y se quedó tendida en la cama.

Volvió a soñar de inmediato, y a verse en la piel del mismo joven moreno de antes. Se hallaba en un edificio grande de piedra, quizá el caserón de algún noble, contemplando a una joven igual a ella que se secaba el pelo delante de la chimenea. En su identidad soñada, miraba a la mujer con infinito amor. Caroline gimió en sueños, enfrentada a un conflicto entre su malestar físico y el deseo del joven.

Ted, que la estaba mirando sentado en una silla al lado de la cama, se preguntó qué la llevaría a cubrirse el cuello con un gesto brusco, como si quisiera esconder algo. Quizá esté soñando con las manchas, pensó. Estaba tan cansado que apenas podía moverse de la silla. El esfuerzo de administrar a Caroline el falso tratamiento sin dejarse vencer por la enfermedad que lo aquejaba lo había dejado prácticamente sin fuerzas. El corazón le latía a gran velocidad, pero ignoraba si era de enfermedad o de nervios.

En un esfuerzo supremo, se dirigió a la nevera de Caroline para buscar la muestra de tela. Lo registró todo a fondo con movimientos bruscos, más y más irritado según iba comprobando la ausencia de lo que buscaba. Consciente de que ceder a la ira suponía perder las pocas fuerzas que le quedaban, volvió a tomar asiento al lado de la cama y procuró tranquilizarse. Miró a Caroline, que seguía durmiendo.

La fiebre la obligaba a dar vueltas constantemente. Se quitó de encima la sábana, y lo descompuesto del camisón reveló una pierna larga y blanca. La visión de aquella extremidad desnuda hizo surgir en Ted sentimientos que nunca se le habría ocurrido asociar con una situación como la que estaba viviendo; sentía el impulso de tocarla, pero se avergonzó enseguida de sí mismo. ¿Serían los primeros síntomas de la demencia anunciada por el libro? Ted se estremeció, víctima de un espasmo involuntario, y sacudió la cabeza en un intento de recuperar la lucidez. Después se inclinó y tendió la mano hacia la sábana; cuando logró cogerla, tiró de ella para volver a tapar a Caroline.

Abrumado por el cansancio y la frustración, tenía la sensación de deslizarse por

momentos en el pozo sin fondo del desaliento y el terror, otro de los síntomas mencionados en el libro. Vista la poca eficacia del antibiótico que se había inoculado, se preguntó si sería buena idea doblar la dosis siguiente. Reflexionó durante unos momentos. El riesgo de reaccionar mal al fármaco era escaso; a cambio, cabía esperar una reacción más rápida. Miró con ojos entornados el reloj de la mesita de noche de Caroline, comprobando que casi era hora de administrarse la segunda dosis. Se planteó si no sería mejor volver primero a casa y calmarse un poco, o incluso comer algo; pero esta última idea le dio náuseas, y decidió que aquella habitación era un lugar tan indicado como cualquier otro para inyectarse los medicamentos. ¿Por qué esperar?, pensó. Cuanto antes lo haga, más rápido actuará.

Suspiró con fuerza, se arremangó la camisa y se frotó la superficie de la piel con un algodón embebido en alcohol. Después se sacó un frasco de uno de los bolsillos, del otro una jeringuilla, e introdujo en el tubo de plástico transparente diez mililitros de líquido, dos veces los cinco requeridos. Cerrando los ojos (también él odiaba las inyecciones), apretó el émbolo lo más rápido que pudo y volvió a extraer la aguja.

Sólo después de haberla sacado miró el frasco más de cerca. Al fijarse en la etiqueta, leyó el nombre del sedante en lugar del antibiótico. Sin darse cuenta, se había inyectado diez milímetros de sedante, diez veces la dosis recomendada.

Supo de inmediato que no tenía más remedio que pedir ayuda; el sedante era potente y de efectos rápidos, cualidades por las que lo había escogido. Malgastó unos segundos preciosos estrujándose la piel del brazo, como si pudiera expulsar el líquido letal que, silenciosa pero ininterrumpidamente, estaba difundiéndose por su cuerpo. Pronto, de resultas de su error, quedaría descubierto cuanto se había esforzado en ocultar con infinitas precauciones. No habría más remedio que revelar la verdad a quienes acudieran en su ayuda. Sería su ruina, con toda certeza. Que así sea, pensó, mientras el sedante lo sumía en la inconsciencia. Prefiero seguir vivo y que me denigren a ser un cadáver respetable.

Aquellos pensamientos angustiosos pasaron por su cabeza con la velocidad de un relámpago, y Ted quedó sorprendido por la facilidad con que estaba dispuesto a renunciar al fruto de todos sus esfuerzos a cambio de seguir respirando por un tiempo. Soy el anti fausto, pensó, no sin cierto regocijo, haciendo tratos con Dios para poder conservar el alma. Aprovecharé mejor la segunda oportunidad, prometió. Esforzándose desesperadamente por seguir con vida, se levantó de la silla y caminó hacia la mesita en que el teléfono salvador aguardaba a ser pulsado por sus dedos moribundos.

A punto estuvo de conseguirlo, pero, en los pocos pasos que hacían falta para cruzar la habitación, el sedante se alzó con la victoria. Empezaron a doblársele las piernas, y notó que la mente se le iba emborronando. Su último pensamiento

reconocible fue un iracundo «¡Demasiado tarde!». Se desmoronó al lado de la cama, pugnando todavía por no perder el equilibrio, aunque sus esfuerzos por mantenerse en posición vertical eran puramente instintivos, desvinculados de la conciencia. Después de oscilar precariamente durante unos segundos más, cayó de bruces y se quedó despatarrado encima de Caroline, demasiado sedada para percibir el peso de su cuerpo. Con la cabeza apoyada en el pecho de la joven, Ted exhaló su último suspiro.

## TRECE

Alejandro contempló el desfile de las tropas reales por el patio de armas de Windsor. Todos los soldados compartían un mismo anhelo: recibir órdenes que les permitieran salir del castillo y gozar de la libertad perdida. El médico se hallaba en compañía de sir John Chandos, cuya sumisa expresión era la de quien, resignado a cumplir con una obligación desagradable, sigue rezando para sus adentros por que se le conceda el indulto.

—¡Con qué entusiasmo se ofrecen para desafiar a la peste! —dijo Chandos con tristeza—. Consideran este viaje maldito como un gran honor para el elegido.

Son tan jóvenes..., pensó Alejandro. No hay ninguno que me aventaje en edad. Se volvió hacia sir John y dijo:

—¿Cuál de ellos tiene más posibilidades de salir ileso?

La mirada del caballero se paseó por la formación, escrutando a todos los voluntarios hasta detenerse en un joven apuesto y de aspecto saludable. Se quedó mirándolo un rato con expresión muy seria, y al cabo vociferó:

—Matthews, tu rey te ha concedido un gran honor. Vas a representarle en una misión de considerable importancia para la princesa Isabel. Acompáñame.

Alejandro usó lo que quedaba de las hierbas traídas de Francia para dotar a los jinetes de dos máscaras protectoras. Advirtió a Matthews que no bebiera, comiera ni tocara nada, y que en ningún momento dejara de cabalgar lo más rápido posible.

Desde la torre de defensa, Alejandro y Adele se asomaron a una ventana para ver a Matthews subir al caballo, volverse hacia quienes le observaban y saludar. El soldado atravesó el portón a todo galope, quedando oculto por la polvareda.

—Que Dios lo acompañe —dijo Adele.

—Y que no lo desvíe de su camino —añadió Alejandro.

Alejandro envió a Kate un mensaje en que cancelaba su partida de ajedrez de la tarde. Su deber era asegurarse de que Matthews y Reed, el sastre, se instalaran en sus aposentos temporales, y sir John le había anunciado que llegarían poco antes de la noche.

Mientras supervisaba los detalles de última hora en la capilla transformada en vivienda, el médico se preguntó si alguno de sus moradores saldría vivo de ahí. Fuera

del recinto de Windsor había perecido media humanidad, lo cual hacía esperar que de los dos viajeros uno como mínimo contrajera la peste. Sólo Dios sabía cuál. Alejandro rezó en silencio por que ambos salieran sanos y salvos.

Sin embargo, de extinguirse la peste, mi presencia en Windsor sería inútil, y pensarían que estoy de más. Nadie se acordaría de mis servicios, aun debiéndome la vida y el porvenir. Y ya no vería a Adele.

Pensó en Kate, curtida ya a tan tierna edad por lo dudoso de su posición. ¿De dónde había sacado fuerzas aquella niña para crecer con tanto desparpajo, sabiéndose anónima y sin poder alguno en un lugar en que quienes la rodeaban podían cumplir todos sus deseos sin más justificación que su alto linaje? Su bastardía, mi disfraz... No son muy distintos, pensó. Ninguno de los dos es quien es; no tenemos nombre. Era eso lo que más temía Alejandro, el anonimato, el riesgo de vivir una vida sin grandes logros y morir solo e ignorado.

¡Jinetes a la vista!

El grito del vigía se oyó cuando faltaban pocos minutos para la noche, y suscitó gran ajeteo en el patio del castillo. Alejandro, subido a una de las torres de Windsor, aguzó la vista, pero tardó bastante en divisar el jubón rojo que llevaba Matthews al salir del castillo. Su acompañante se bamboleaba sobre un caballo cargado en exceso. Protegidos ambos por sus máscaras, formaban una extraña pareja.

Lo absurdo de su aspecto no hizo que fueran menos bienvenidos. Los ocupantes del castillo tenían tanta hambre de noticias que esperaban su llegada cual si se tratara de la de algún noble emisario extranjero o dignidad eclesiástica.

El médico bajó por la escalera a toda prisa, y, encontrando en el patio a sir John, le dio instrucciones sobre cómo debía dejarse entrar a los viajeros.

—Que Matthews y Reed descarguen sus monturas extramuros y las dejen en el corral exterior. A continuación deberán quitarse las prendas externas y las botas. En cuanto pasen por debajo del rastrillo deben encaminarse directamente a la capilla sin tocar a nadie. Dentro de la capilla encontrarán ropa limpia que les permitirá recuperar un aspecto más decente.

Pese a la seriedad con que hablaba Alejandro, sir John no pudo reprimir la risa.

—Me parece que Matthews no es especialmente reacio a ir sin ropa, ni siquiera en presencia de mujeres; es muy consciente de sus encantos, y suele jactarse de sus capacidades amoratorias. Cuando atraviese el patio, lo más probable es que ande pavoneándose sin la menor vergüenza. Dudo que eche a correr.

—Sea cual sea el caso, no debe detenerse ni acercarse a nadie. El camino que siga tendrá que ser rápido y directo.

Alejandro se fijó en la multitud que se agolpaba en el patio, mucho más nutrida que unos minutos antes. Tanto Isabel como el Príncipe Negro se hallaban ya entre los curiosos y enfebrecidos espectadores. Para mayor desbarajuste, se oyó anunciar la llegada del propio rey Eduardo. Aun absorto en la compleja tarea a la que se enfrentaba, Alejandro no pudo evitar buscar a Adele con la mirada. Fue recompensado por la visión de su cobriza y lustrosa cabellera. Se miraron a los ojos, y Alejandro recibió de Adele una sonrisa, breve tregua en la confusión que lo rodeaba.

Cobró nuevas fuerzas. ¡Tengo que hacerme con el control de la multitud!, pensó, al borde del pánico. ¡Si no, la entrada de los viajeros no se ajustará a mis planes! Se encaramó de un salto a un banco de piedra y agitó los brazos con frenesí, procurando captar a gritos la atención del ruidoso gentío. Una vez aplacado el vocerío, sorprendió a su auditorio dirigiéndose a él con un inglés vacilante pero comprensible.

—Quien no quiera arriesgarse a contraer la peste debe alejarse del camino.

La inquietud se tradujo en un murmullo generalizado. Alejandro saltó a tierra y se dirigió con paso firme al rastrillo. Tomando prestada un asta de bandera de uno de los guardias, trazó una raya en el suelo desde el portón a la capilla, apartando a la multitud que se interponía en su camino. Después dibujó otra raya paralela en sentido contrario, formando con ambas un ancho camino por el que los jinetes podrían encaminarse a la capilla.

—Dejadles vía libre. Bajo ningún concepto debe obstaculizárseles el paso; no intentéis tocarlos, ni entregar o recibir objeto alguno que podáis o puedan ofrecer. Todo aquél que pase de esta línea se contagiará con toda seguridad de cualquier dolencia de que puedan ser portadores estos hombres.

Los curiosos se apresuraron a reagruparse del otro lado de la barrera imaginaria de Alejandro, y no tardó en apoderarse de ellos un silencio expectante. Alejandro se acercó al rey, que se hallaba en el centro del patio en compañía de la reina Felipa, a considerable distancia de la línea.

—Majestad, lamento las molestias. Los viajeros estarán preparados dentro de unos minutos, y, si es vuestro deseo, los guardias se encargarán de dispersar a la multitud.

—Lo cierto, doctor Hernández, es que me gustaría conversar con esos hombres una vez que estén instalados. Y no quisiera dejar sin diversión a la multitud, cuya ansia de noticias comparto. Gobernar mi reino me es del todo imposible si no estoy al tanto de lo que sucede dentro de él.



Alejandro se dio cuenta de que debería haber previsto aquella posibilidad; no lo había hecho, y no tenía respuesta preparada. Tal como estaban las cosas, tendría que acelerar el proceso para complacer al rey.

—Majestad —dijo, improvisando la explicación sobre la marcha—, no podrán reunirse con vos antes de cierto tiempo. Es necesario confinarlos y ocuparse de sus pertenencias. Os suplico paciencia.

Pero Eduardo, que casi estaba tan cansado de su encierro como su impetuosa hija, dirigió a Alejandro una mirada cargada de hostilidad y le habló con tono de ira contenida.

—Muy bien —dijo—, volveré a mis aposentos privados; pero os concedo una hora para organizar mi entrevista con nuestros «invitados». Os aconsejo que estén preparados. Buenas tardes, maese médico.

Aunque la reprimenda del rey no lo dejó indiferente, Alejandro dejó sus sentimientos para más tarde y se encaminó al torreón de entrada. Tenía demasiado trabajo por delante para permitir que lo afectaran las malas palabras del monarca. ¡Una hora!, pensó. Con eso no tengo ni para empezar. Corrió al torreón y abrió la mirilla del rastrillo, viendo a Matthews y Reed con sus extrañas máscaras picudas que los asemejaban a grandes aves. Les pidió que se las quitaran, cosa que hicieron. Una de ellas aterrizó al lado mismo de la valla baja que limitaba el recinto para los caballos. El caballo de Matthews bajó la cabeza y husmeó la máscara con curiosidad antes de llevársela a la boca. Decidiendo que no era de su gusto, la dejó caer y se apartó de la valla para dar un empujoncito juguetón al otro caballo.

Alejandro, demasiado preocupado por lo que sucedía intramuros, no dio importancia al incidente. Utilizó la misma vara con que había trazado el camino para pasar al otro lado del rastrillo dos capuchas de tela gruesa que los dos viajeros se pusieron en la cabeza a petición suya.

Ataviados de forma tan extraña, soldado y sastre ofrecían un espectáculo tan sorprendente como chusco. De no estar al tanto de su misión, los observadores podrían haberlos tomado por participantes de algún antiguo ritual pagano, o acaso de una farsa circense. Matthews entró en el patio con paso resuelto; el sastre, en cambio, vacilante y temeroso, no dejó de mirar alrededor con expresión asustada mientras recorría el camino a la capilla. En sus anteriores visitas a Windsor le habían dedicado una recepción más elegante y majestuosa. ¡Cuál no sería su vergüenza al pasar junto a su protectora hecho unos zorros!

En cuanto vio a su sastre, Isabel se puso a dar saltos y palmadas como una niña, cobrando audacia de la ausencia de sus padres.

—¡Bienvenido, monsieur Reed, y felicidades, Matthews! ¡Los dos recibiréis

generosa recompensa por vuestra valentía!

La multitud entendió las declaraciones de Isabel como una señal que les permitía dar rienda suelta a su entusiasmo. Un coro de vítores turbó la calma del crepúsculo, bienvenida digna de un héroe de guerra que trajera consigo a un rehén liberado. Recreándose en su pasajera celebridad, Matthews correspondió a los aplausos con saludos e inclinaciones más propias de un cortesano que de un soldado. Entró en la capilla contoneándose como un gallito, seguido por el perplejo sastre.

Como ya no había nada que ver, la muchedumbre se dispersó en un santiamén; sólo Alejandro se quedó para hablar con los viajeros. Colocado a distancia prudencial de una de las ventanas, se dirigió en primer lugar al soldado.

—Os felicito por haber tenido éxito en vuestra misión y haber vuelto sano y salvo, Matthews. En el armario encontraréis ropa limpia, pan y cerveza. He procurado prever todas vuestras necesidades, a fin de que os sintáis cómodo en vuestro encierro forzoso.

Pese a la perspectiva de pasar dos semanas recluido junto a aquel sastre de aspecto adusto, Matthews estaba de buen humor.

—Parece que os habéis olvidado de la compañía femenina, doctor —bromeó.

—¡Es verdad, tonto de mí! —se disculpó Alejandro, agradeciendo el buen humor del soldado—. De momento tendréis que conformaros con la de monsieur Reed.

Matthews se encogió de hombros y dedicó un gesto burlón al sastre, que, sentado en la cama, no hacía más que mirar al suelo, incapaz de sobreponerse a la perplejidad en que lo había sumido su nueva situación.

—Más tarde, quizá —dijo Matthews—. Ahora mismo está familiarizándose con su nuevo hogar. En cuanto a mí, el viaje me ha dejado sin fuerzas para nada. No tardaré en retirarme a mi suntuosa cama... —Señaló la estera de paja—. Solo, por desgracia.

—Debo pedirlos que os mantengáis despierto un tiempo todavía. El rey quiere hablaros en persona.

Matthews volvió a encogerse de hombros y comentó:

—Yo me veo capaz de seguir despierto un rato, pero es posible que el estado de maese Reed no le permita presentar sus respetos esta noche.

El rey, convocado por Alejandro, acudió de inmediato; estaba impaciente por saber cómo iban las cosas en el mundo exterior, pero las noticias de Matthews no eran muy alentadoras.

—Por todas partes hay casas abandonadas. Los campos están sin segar, majestad;

las cosechas se pudrirán si nadie hace nada por remediarlo, pero la población está tan diezmada que temo que no haya hombres en condición de trabajar.

A continuación, Matthews relató lo que había visto durante el corto espacio de tiempo en que el sastre reunía sus materiales y pertenencias.

—Hay un llano cerca donde se dice que han enterrado a cientos de personas; y no os miento si os digo que el llano parecía recién arado, tal era la profusión de tumbas recientes. En la abadía sólo quedan dos sacerdotes, y no hay mucha actividad, ni divina ni de cualquier otra clase. A falta de sacerdotes que los atiendan, los muertos parten sin confesión al encuentro de su Creador, y los supervivientes se quedan encerrados en sus casas por miedo al contagio.

Alejandro, que no se había alejado de la capilla, presencié la conversación del rey con el soldado. Al progresar el relato, y disiparse toda duda sobre la dura crisis que afligía a Inglaterra más allá de los muros de Windsor, vio apoderarse del rostro de Eduardo una expresión enormemente desolada. El rey guardó silencio. Después de semejantes nuevas, poco podía decirse.

Matthews se quedó sin hablar durante unos minutos, esperando cortésmente la intervención de su rey. A falta de comentarios por parte del pensativo monarca, pidió permiso para añadir algo. El rey se lo concedió con un gruñido.

—Majestad —dijo el soldado prisionero—, no cabe duda de que ha llegado el fin del mundo que conocíamos.

La princesa Isabel consiguió no hacer acto de presencia hasta la mañana siguiente. Alejandro, que dormía en un catre en la torre de entrada cercana a la capilla, se vio despertado por un guardia, y recibió con un hondo suspiro la noticia de que la princesa lo esperaba fuera.

—Buenos días, doctor Hernández —trinó la joven, toda alegría—. Quisiera haceros unas preguntas acerca de las condiciones del confinamiento de maese Reed.

Alejandro era consciente de la imposibilidad de deshacerse de la princesa, por muy cansado que estuviera. No dejaría de importunarlo hasta recibir de él la información que buscaba.

—Decid, princesa, ¿qué deseáis que os aclare? —preguntó con fingida cortesía.

—Quisiera saber hasta qué punto puedo acercarme a las ventanas de la capilla, y si sería posible introducir en ella esbozos de ideas para nuevos vestidos, a fin de someterlos a la consideración de maese Reed. Darle ocasión de trabajar en los preparativos mientras permanece en sus «aposentos» temporales será sin duda un

modo de acortar su visita. No quisiera causarle excesivas molestias.

Como si no fuera molesto pasar dos semanas de cuarentena, pensó Alejandro.

—Podrá recibir vuestros esbozos —dijo el médico con frialdad—, mas no por vuestra propia mano. Se los pasaremos por la abertura de servicio. Si me los dais, no tendré el menor inconveniente en hacer que lleguen a su poder.

La princesa no cabía en sí de felicidad, y expresó con el más alegre de los tonos su intención de enviar unos pergaminos de creación propia que, según dijo, debían ser manejados con el mayor cuidado y entregados directamente al sastre lo antes posible. Es como si hubiera olvidado por completo nuestra agria discusión, se admiró Alejandro, viendo alejarse a la princesa. Se comporta como si todo el asunto hubiera consistido en una agradable cooperación encaminada a un objetivo que a los dos nos fuera grato. No ve nada raro en que sus exigencias provoquen tanto revuelo.

Poco después de marcharse Isabel, llegó Adele con el rollo de dibujos. Alejandro se mostró encantado con su visita, que le daba ocasión para interrumpir brevemente su vigilancia.

—Lady Throxwood —dijo cogiendo los pergaminos—, vuestra presencia me alegra el corazón.

—Más se alegra el mío, monsieur. Al saber que la princesa buscaba un mensajero para sus dibujos, no he dudado en ofrecerle mis servicios. Al principio ha vacilado en encomendarme la misión, porque le parecía de índole demasiado baja; yo, sin embargo, la he convencido de que obras tan importantes como éstas deben ser entregadas por alguien que comprenda su valor.

—Adele —dijo Alejandro, cometiéndole la osadía de llamarla por su nombre de pila—, la princesa no podía haber hecho mejor elección. Lo grato de vuestra compañía me hace lamentar que nuestras entrevistas sean tan escasas.

Disfrutando de aquella ocasión cogida al vuelo, intercambiaron unos pocos comentarios sobre el orden del día; después, Adele se despidió muy a su pesar, diciendo que Isabel la esperaba, y que si advertía su tardanza enviaría a otra dama en su busca.

—Siento que nuestros caminos se crucen en tan pocas ocasiones —dijo Alejandro con tristeza.

—En tal caso, tendremos que hallar motivos para modificarlos, y hacer que sean más de nuestro gusto —contestó Adele—. Buenas tardes, doctor. Espero con impaciencia nuestro próximo encuentro.

Alejandro la vio alejarse con el alma en vilo, y no le fue fácil volver a su tarea. Después de comprobar que Matthews y Reed se encontraran bien, localizó a sir John

y le dijo:

—Todo parece seguir su curso normal. Haced el favor de transmitir estos pergaminos a maese Reed por la abertura de servicio. Me voy a mis aposentos. Tengo la imperiosa necesidad de tomar un baño.

Después de dar gracias al caballero por su diligencia, el médico regresó a sus aposentos del ala sur del castillo para bañarse en la intimidad. Despidió al criado que le había preparado el agua caliente y, despojándose de sus ropas, se metió en la humeante tina. Se restregó a fondo todas las partes del cuerpo, como si quisiera quitarse de encima su desagrado por la ridícula actividad en que acababa de participar.

Meses después de ser marcado, seguía teniendo la cicatriz al rojo vivo. No tardaría en ponérsele más clara, y, aunque nunca llegara a desaparecer del todo, quizá algún día —si estoy vivo, pensó— le permitiera volver a llevar abierto el cuello de la camisa.

Al rayar el alba del cuarto día de confinamiento, el criado de Alejandro lo sacó a la fuerza de un sueño en que, como de costumbre, sufría la turbulenta persecución de un espectro. Los tirones y pellizcos del criado eran como los de un niño impaciente exigiendo la atención de su madre.

—¡Monsieur! ¡¡Monsieur!! ¡Os llaman en la torre de entrada! ¡Levantaos, que sir John requiere vuestra presencia!

Alejandro, todavía medio atontado, se restregó los ojos y divisó los rasgos borrosos del desdentado anciano cuya proximidad se veía delatada por lo fuerte de su aliento. Se levantó y vistió a toda prisa, hecho lo cual siguió al guardia por los laberínticos pasillos que llevaban al patio principal. La velocidad a la que caminaba el soldado revelaba lo importante de la misión. Todo indicaba que durante la noche había ocurrido un hecho de gran trascendencia.

Alejandro devolvió el rápido saludo del caballero con una presurosa inclinación, y, sumamente inquieto, preguntó si lo había hecho llamar por Matthews o por Reed.

—Ni uno ni otro —contestó el atribulado sir John—. Se trata del caballo.

El caballo de Matthews brincaba por el vallado sin motivo aparente, resoplando y echando espuma como loco. Empezaba a trazar un amplio círculo y, de pronto, se encabritaba y cambiaba de dirección. De cuando en cuando corría hasta la valla y restregaba contra la madera sin pulir su cuello cubierto de espumarajos, dejándolo en

carne viva, en un esfuerzo inútil por aliviar sus atroces dolores. La hinchazón de sus tobillos era patente. El mero hecho de moverse provocaba un terrible sufrimiento al pobre animal.

—¿Cuánto tiempo lleva comportándose así?

—Ayer noche, antes de retirarme, lo vi bastante nervioso, pero eso no es del todo anómalo en un caballo macho, sobre todo si huele la presencia de una hembra en celo. Me acosté sin darle mayor importancia, pero esta mañana seguía corriendo y saltando de un lado para otro. Nunca he visto a un caballo hacer cosas tan extrañas, ni siquiera en enfermedades como la hidrofobia o los retortijones de estómago que afectan hasta a los ejemplares más fuertes. No entiendo esta extraña danza, pero estoy seguro de que no está bien. Se me ha ocurrido que quizá fueran síntomas de peste, y he decidido consultaros de inmediato.

—Habéis hecho bien —dijo Alejandro—. Si este animal está apeestado, temo lo peor para Matthews y el sastre.

Sir John echó un vistazo a la capilla antes de volverse hacia Alejandro y decir:

—En tal caso, no cabe duda de que lo he enviado a la muerte, y recaerá sobre mi conciencia.

Alejandro miró al caballero, apiadándose de su difícil trance, y dijo lo que el capitán no podía decir sin incurrir en traición:

—No es vuestra ni mía la culpa, señor, sino de la princesa y de su padre, que todo lo consiente. El tiempo nos dará la respuesta que buscamos. Si tenemos suerte, no habrá culpas que repartir. Sometamos al animal a estrecha vigilancia. Tal vez no tarde en recuperarse, y nuestros temores queden sin fundamento. Entretanto, no se lo comentemos a nadie.

Sus temores no quedaron sin fundamento. El caballo siguió dando brincos con mayor impetuosidad, y la frecuencia con que se rascaba el cuello fue a más, hasta el punto de que casi no le quedaba piel intacta. Al cabo de unas horas, pareció tranquilizarse, pero el cambio no podía ser atribuido a mejora alguna en la salud del animal: sencillamente, se había quedado sin fuerzas. Acabó por plantarse en medio del pequeño cercado; su resuello, que podía oírse desde la mirilla del rastrillo, imprimía un movimiento irregular a sus flancos. Empezó a perder el equilibrio, y, pese a sus valientes esfuerzos por mantenerse en pie, acabó vencido por el cansancio. Al derrumbarse, se oyó el terrible crujir de un hueso roto. Alejandro se cubrió la cara con ambas manos, incapaz de presenciar los estertores finales del en tiempos brioso corcel.

—Seguid manteniendo el secreto, sir John.

Afligido y con la cabeza gacha, el curtido combatiente lo vio marchar. Alejandro se encaminó a la capilla, donde encontró a Matthews asomado a los barrotes de madera, observando a sus camaradas hacer prácticas de espada en el patio. Tenía buen aspecto, y no se había quejado de nada, pero Alejandro no estaba dispuesto a fiarse de que Matthews fuera capaz de reconocer los síntomas de mayor peso en el diagnóstico. Después de saludarlo, le preguntó cómo se encontraba.

—Bien, gracias —contestó el soldado sin vacilar—. Más que nada envidio a mis compañeros de la guardia, que están haciendo prácticas sin mí. De tanto no hacer nada me va a salir tripa, y estoy más amodorrado que un gusano.

Esto último llamó la atención del médico, que siguió adelante con las preguntas.

—¿Os notáis cansado o con ganas de dormir?

—Ya le he dicho que estoy amodorrado, señor, pero estoy seguro de que se debe a la vida ociosa que llevo en esta celda tan pequeña.

—¿Habéis tenido dolor de cabeza o rigidez de cuello?

—Por suerte no —contestó el soldado—. Doctor, os aseguro que estoy perfectamente sano.

Alejandro dio fin a su entrevista con Matthews y escrutó la penumbra de la celda en busca de Reed. Sus ojos acabaron por posarse en una oronda silueta inclinada sobre la mesa, absorta en lo que parecían ser los dibujos de la princesa. Estuvo a punto de llamarlo, pero renunció a ello para no alarmar al sastre sin necesidad. No por ello dejó de pasar el día en las inmediaciones de la capilla, por si se daba el caso de que el estado de los cautivos sufriera un cambio repentino.

Cuando volvieron a llamarlo a la mañana siguiente, tuvo la seguridad de que no era por el caballo.

Al llegar a la capilla, encontró a sir John a considerable distancia de las barras de madera. Tenía detrás a toda su compañía, presa de una gran inquietud, y engrosada por momentos por la llegada de diversos moradores del castillo, algunos en ropa de dormir. Se había corrido la voz de que algo andaba mal en el patio.

Alejandro vio a Matthews acurrucado en una esquina de la capilla, de espaldas a la pared, poseído por un agudo terror; y no era para menos, ya que James Reed, el sastre, estaba caído sobre la mesa, con su mejilla regordeta descansando sobre los pergaminos de la princesa y los ojos abiertos, como si siguieran mirando más allá de la muerte. Un hilillo de vómito colgaba de su boca, torcida en un ángulo extraño que sólo podía darse en ausencia de todo control muscular. El médico pensó que, de no

ser por lo horrible de la situación, la expresión perpleja del sastre podría haber dado pie a la sonrisa.

Matthews, al contrario, no hallaba ningún rasgo humorístico en su propia situación. En cuanto vio a Alejandro corrió a la ventana y, aferrado a los barrotes, empezó a sacudirlos con fuerza, tratando de huir del espantoso cadáver con el que compartía celda.

—¡Doctor, dejadme salir, os lo suplico! ¡O moriré sin remedio!

Alejandro dio media vuelta y, sustrayéndose a la compasión, se alejó, haciendo oídos sordos a los gritos y enloquecidos ruegos de Matthews. Después de formular una serie de preguntas a sir John, se dispuso a solicitar audiencia al rey.

Eduardo recibió a Alejandro en su acogedora sala de estar, y le invitó a tomar asiento en una silla acolchada, advirtiéndole de inmediato su inquietud.

—Intuyo que no os trae nada bueno a mi presencia. ¿De qué lúgubres nuevas sois portador?

—Majestad, el sastre Reed ha sido hallado muerto esta mañana en la capilla, y, si bien Matthews todavía no se ha contagiado, temo que no tardará en seguir los pasos de Reed.

Eduardo meditó sobre lo que acababa de oír con rostro inexpresivo.

—¿Qué medidas exige la situación? —acabó por preguntar a Alejandro.

—Majestad —contestó éste—, aunque cualquier persona civilizada lo encuentre abominable, creo que para proteger a quienes viven en el castillo debemos plantearnos la siguiente opción.

Hizo una pausa y, después de respirar hondo, expuso su plan a grandes rasgos. El rey escuchó atentamente.

—Tenéis mi permiso para ponerlo en práctica. Y quiera Dios que haya una justificación real para vuestros actos, o tened por seguro que arderéis en el infierno.

Alejandro no albergaba la menor duda.

Mientras Matthews seguía gritando, los espectadores fueron desalojados del patio, en cuyo centro amontonó leña un grupo de soldados. ¿Qué ha sido de la valentía de este hombre?, se preguntó Alejandro, pues los incesantes sollozos y ruegos del robusto cautivo ofrecían una imagen muy alejada de la habitual en él.



Sir John ordenó a los demás soldados que formaran en torno a la pira, a la que se habían añadido ramitas y hojas secas.

—¡Preparad una flecha y sacad los arcos! —vociferó, viéndose prestamente obedecido por sus hombres.

Se dirigió a la puerta de la capilla, la desatrancó y volvió a donde Matthews pudiera verlo y oírlo sin problemas, mientras el horrorizado prisionero seguía su recorrido con la mirada.

—¡Matthews! Recuerda quién eres, y a qué rey sirves —dijo sir John, e, interrumpidas las llorosas súplicas de Matthews, ordenó—: Saca el cadáver del sastre por la puerta y colócalo encima del montón de leña.

La mirada de Matthews se paseó por los rostros marmóreos del médico y sir John en busca de algún indicio de piedad. Consciente de que, si miraba a los ojos del soldado, toda su resolución se vendría abajo, Alejandro mantuvo la vista fija en el suelo, mientras Matthews hacía bascular de la silla al cadáver de Reed y lo cogía por los tobillos.

Con esfuerzos considerables, dada la corpulencia de que había hecho gala Reed en vida, Matthews arrastró al fofo y poco servicial cadáver por el suelo de piedra hasta que, alcanzada la puerta, soltó los tobillos y la abrió lentamente. Su vista topó con las decenas de flechas con que le apuntaban sus compañeros de tantas y tan encarnizadas batallas en que había recibido honra y prez. No hubo ninguno que se mostrara sensible a su mirada de súplica.

Arrastró el cuerpo rechoncho de Reed por el patio de tierra y, tras arduos forcejeos, consiguió dejarlo encima de la leña. Puesto en pie, se encaró con sus compañeros, que lo tenían rodeado.

Sir John levantó la espada y exclamó:

—¡Listos!

Todas las cuerdas fueron tensadas a una. Matthews no se movió.

—¡Apuntad! —dijo el capitán.

Los arqueros concentraron la vista en la flecha. Matthews se cubrió los ojos con la mano.

Sir John bajó la espada, y decenas de flechas hendieron el aire con un silbido, atravesando casi todas el cuerpo de Matthews en un abrir y cerrar de ojos.

Después de ver caer a Matthews, sir John tomó el arco del soldado que tenía más cerca y sacó del carcaj una de sus propias flechas, cuya punta envolvió en una tira de tela empapada en parafina que acercó después a una antorcha. Apuntando con

cuidado, disparó el proyectil incendiario, que cayó en pleno montón de leña. Las hojas y ramitas prendieron de inmediato, y un fuego rugiente se elevó hacia los cadáveres para devorarlos.

Sir John miró a los arqueros que lo rodeaban y dijo:

—Sólo Dios sabe qué arco ha disparado la flecha mortal. Dejaremos en Sus manos el juzgarnos a todos.

—¡Demonios! ¡Monstruos! ¿Qué horrible fechoría habéis cometido?

Isabel, impotente, veía arder al otro lado del rastrillo una hoguera cuyo combustible consistía en rollos enteros de seda y lino e importantes cantidades de fino encaje. La angustia de ver consumirse las galas que había estado esperando durante tanto tiempo le impedía estarse quieta; incapaz de soportarlo, cifró su dolor en un patético sollozo, mientras se aferraba a Adele para no caer.

Alejandro asistió desde lejos a los esfuerzos de Adele por tranquilizar a su airada señora. ¡Qué fútil!, pensó con rabia. Adele se mostró incapaz de interrumpir la espléndida actuación con que Isabel, recurriendo a todo su talento, deleitaba a la muchedumbre reunida en el patio. El médico, indignado, se preguntó qué habría sido del dolor de la princesa por la muerte de Reed. Movi6 la cabeza con asco y se alejó del escenario de los hechos.

Por la noche, su sueño volvió a verse turbado por la imagen de Carlos Alder6n, llena de una furia y un vigor inusitados. Esta vez, sin embargo, se sumaba al herrero el espectro de Matthews, que lo perseguía con el cuerpo atravesado de flechas. Del chocar de unas flechas contra otras nacía una música extraña e inquietante.

Aunque la misi6n de Matthews no hubiera dado fruto, Alejandro no quiso liberar a Isabel de su parte del trato. Con insospechada prudencia, el rey se neg6 a prestar 6idos a las lloriqueantes peticiones de su hija, y corrieron rumores de que la caprichosa joven empezaba a caer antipática a su propio padre. Sólo la paciente y leal Adele parecía capaz de soportar a la princesa, que se había ganado el rechazo de casi todos los demás ocupantes del castillo. Por fin, en el transcurso de uno de sus encuentros, cada vez más frecuentes pero todavía clandestinos, Alejandro se atrevió a preguntar a Adele el motivo de dicha situaci6n.

—Hay dos pensamientos que se enfrentan dentro de mí —dijo—. Por un lado, admiro la paciencia con que hacéis frente al mal genio de Isabel; por el otro, aborrezco el que solicite de vos una indulgencia sin límites. Yo no me consideraría

capaz de aguantar sus insultos con tanto éxito.

El florido halago hizo sonrojarse a Adele.

—Antes de juzgarla, os ruego que tengáis en cuenta su situación. Pese a las notables ventajas que le otorga su posición, no tiene admiradores ni pretendientes serios. ¡Y eso que ha cumplido dieciséis años! Al menos yo gozo de la admiración de un gentil caballero que profesa la medicina con talento y buen criterio. La pobre Isabel no es muy afortunada en amores, como no lo es su padre en sus intentos de emparejarla. Se ha prometido dos veces, y aun así sigue soltera.

El corazón de Alejandro sintió como una caricia la confesión de que Adele recibía con gusto sus atenciones.

—No creo que a su edad tenga por qué preocuparse —dijo—. Vos misma sois mayor que ella, y tampoco os habéis casado. Nunca os he oído quejaros al respecto.

Viendo lo triste que se ponía Adele, Alejandro lamentó de inmediato haberse expresado tan torpemente.

—No me quejo de mi condición —dijo la joven—. Es cierto que nadie ha pedido mi mano, y lo más probable es que las cosas sigan igual hasta que Isabel esté ocupada con los preparativos de su boda. Corresponde al rey entregarme al hombre que él mismo haya escogido, pero no lo hará sin el consentimiento de la princesa. Ese consentimiento sólo se dará el día en que mi presencia deje de ser necesaria.

No había nada que decir, y Alejandro no intentó contestar. Isabel no renunciaría a su mejor amiga y única partidaria mientras no se lo dictara el interés. Alejandro, avergonzado por su falta de tacto, pidió disculpas por las molestias que hubiera podido ocasionar a Adele.

—No debéis preocuparos por mí —dijo la joven, bajando la mirada—. Nunca he tenido quejas sobre mi posición en la corte, ni he dado muchas vueltas a la idea de casarme. No ganaría nada con ello, puesto que carezco de familia a quien pueda beneficiar un matrimonio afortunado. Mi familia se reduce a Isabel. En su entorno disfruto de beneficios que a pocos les son concedidos. Siempre me he sentido satisfecha. —Miró a los ojos a Alejandro—. Hasta ahora.

Y, por fin, Alejandro la abrazó, como había deseado hacer desde que la había visto por primera vez, aferrándose a su encendida cabellera con manos temblorosas.

Alejandro estaba sentado frente a una mesita en los aposentos privados de Eduardo, y veía danzar en la pared opuesta largas franjas de luz vespertina. Había acudido a la audiencia por deseo expreso del rey, cuyo repentino llamado lo traía

bastante inquieto. La puerta se abrió bruscamente, y Eduardo entró en la sala con un par de zancadas. Alejandro se apresuró a ponerse en pie y saludar con una inclinación. El rey le hizo señas de que volviera a sentarse. Será una entrevista breve, pensó. Está preocupado y tiene prisa.

—Maese médico, me encuentro en una posición difícil, y preciso vuestra ayuda.

—¿En qué puedo servirlos, majestad? —preguntó Alejandro, receloso.

Eduardo respiró hondo, como si se dispusiera a narrar una larga historia.

—Sabréis que en el entorno de Isabel figura una muchacha que es hija mía sin serlo de la reina.

—En efecto, majestad, me lo contaron. Evité hacer más preguntas, por juzgar que el asunto no era de mi incumbencia.

—Doctor Hernández, para ser español poseéis y demostráis gran sabiduría.

Alejandro no dejó traslucir irritación alguna por aquel velado insulto a sus raíces, puesto que, de conocer la verdad, los comentarios del monarca habrían sido mucho más hirientes.

—Sin duda se debe a mi educación francesa, majestad.

El rey volvió hacia Alejandro una mirada dura y penetrante, consciente de que su insulto se había visto superado por otro tan sutil que no daba pie a mostrarse ofendido.

—Ah, sí, vuestros años en Montpellier —comentó—. En fin, prosigamos.

Se paseó por la sala retorciéndose las manos.

—La madre de la niña, que vive en Londres, está enferma. Esta mañana he recibido el mensaje de que la peste se ha cebado en ella.

—Lo lamento, majestad. Es una de las peores maneras de morir.

La voz del rey dejó traslucir gran congoja y remordimiento.

—Maese médico, la idea de que pueda haber modos agradables de dejar este mundo se resiste a mi intelecto. A pesar de la distancia, sigue uniéndome a esa dama un afecto considerable. No fue decisión mía que la enviaran a Londres, y todavía hoy me angustian las circunstancias de su partida. De haber dependido de mí, habría dispuesto las cosas de otro modo.

Alejandro, algo violento por las muestras de pesar del rey, se preguntó cómo planearía hacer penitencia.

—Majestad —dijo—, no veo en qué puedo ayudarlos. Soy incapaz de curar a la dama, aunque daría mi alma por tener ese poder.

—No es eso lo que pretendo de vos —dijo el rey con impaciencia—. Quisiera que llevarais a la niña a Londres, al lecho de muerte de su madre. La angustia de su separación no me deja vivir. Sois el más cualificado para supervisar el viaje; si os dedicáis en cuerpo y alma a su protección, podremos albergar ciertas esperanzas de que regrese sana y salva. Ya tengo demasiados motivos para temer por mi alma. Quisiera verme aliviado del peso de esta culpa.

Alejandro no salía de su asombro. No cabía duda de que se trataba de una sentencia de muerte para los dos, la niña y él. ¿Cómo podía Eduardo justificar semejante petición?

Pero no se trataba de una petición.

—Preparaos para partir de inmediato, doctor —dijo el rey—; queda poco tiempo para el alba, momento en que emprenderéis el viaje.

Cuando Alejandro la puso al corriente de la «petición» del rey, el rostro de Adele, ya de por sí blanco como la porcelana, perdió todo rastro de color.

—Dios santo... ¿No podría enviar a uno de sus guardias?

—Cree que si acompaño a Kate a Londres tendrá más posibilidades de ir y volver sana y salva. El hecho de que madre e hija estén separadas le provoca un intenso sentimiento de culpa.

—Con razón. En lugar de intervenir cuando la reina Felipa se llevó a la niña, se limitó a lavarse las manos. ¡Y ahora expía su pecado enviando a Kate a una muerte segura, y a ti con ella! —Adele ahogó un sollozo—. ¡Maldita sea esta peste, y las desgracias que trae consigo!

—Adele —susurró Alejandro con fingida seguridad—, no temas por mi regreso. He pasado muchas tribulaciones, con escasas esperanzas de alegría o satisfacción. Hoy, por fin, tengo un motivo para seguir adelante: la esperanza de conseguir tu amor con el paso del tiempo.

Alejandro casi temblaba de miedo, miedo a que, lejos de compartir sus esperanzas, Adele se burlara de su declaración de amor. ¡Maldita sea mi inexperiencia! He hablado antes de tiempo.

Pero Adele no se burló, ni dio señales de querer huir.

—Anhelaba oír estas palabras de tu boca, porque yo también querría ganar tu corazón. Odio la idea de que abandones el castillo, por miedo a que sin la protección de sus murallas sufras algún percance.

—Ten la certeza de que volveré.

Adele no se dejó convencer.

—¡Sí, claro que volverás, como volvieron Matthews y Reed! ¡No estoy dispuesto a ver arder tu cadáver sólo porque el rey quiere que lo ayudes a purgar sus pecados!

Se sentó en un banco de piedra, muda y pensativa. Después de un rato, miró a Alejandro y habló con voz resuelta.

—Os acompañaré.

—¡Eso es imposible! Aunque el rey te diera permiso, cosa que no hará, Isabel se opondría con todas sus fuerzas a prescindir de tu compañía. Lo tengo por imposible, y tú deberías pensar lo mismo. No es misión para una mujer frágil.

—No dejes que mi aparente fragilidad te engañe, Alejandro. Soy una mujer muy decidida, y no me faltan recursos. Desde muy niña —dijo lentamente— he servido a mi señora de forma admirable, sin pensar ni un instante en mi propia felicidad. Llevo toda la vida siendo su amiga y confidente leal, y nunca le he pedido favor alguno. No va a negarme nada. Tampoco pienso pedir permiso al rey. Isabel estaría dispuesta a morir antes que a perder a la única compañera que le tributa un afecto genuino, no un sentimiento interesado con miras a ganar el favor real. Me dejará ir, y justificará mi ausencia ante el rey.

Aquella exhibición de arrojo, tan repentina como insospechada, dejó boquiabierto a Alejandro. ¿Dónde ha estado ocultando su espíritu aventurero?, se preguntó; pero al rato volvió a oír la voz de la prudencia.

—No puedo permitir que expongas tu vida por acompañarme. Hay un riesgo altísimo de que nadie sobreviva.

—No me da miedo perder la vida, si ésta ha de verse desprovista de casi todo lo que me es caro. De perderte a ti y a Kate, me quedaría sola en el mundo, a excepción de Isabel. Acabaría amargada, marchita y sin esperanzas. Prefiero mil veces la muerte a esa soledad.

Alejandro, que compartía el miedo de Adele a la soledad, entendió los sentimientos de la joven.

—Que así sea, pues —dijo—. Estamos en el mismo barco.

Siguiendo las previsiones de Adele, Isabel no se negó. Temerosa de poner en peligro la amistad de Adele negándole el permiso de partir, no por ello escatimó esfuerzos para convencerla de que permaneciera sana y salva entre los muros de Windsor.

—Querida Adele, ¿me dejarás por un español? ¿Estás segura de que merece tu

afecto y confianza?

Adele no flaqueó.

—No sólo mi afecto, Isabel, sino el vuestro, aunque la ira os impida daros cuenta de ello.

—¿Te he hecho daño acaso sin saberlo? —preguntó Isabel.

—No, mi querida amiga, pero yo misma me haría daño si no siguiera los dictados de mi corazón en este asunto. —La menuda Adele abrazó a la juncal princesa, procurando tranquilizarla—. Si Dios quiere, volveré en compañía de un buen hombre y de la niña. No dudéis de que Él nos tiene a los tres bajo su amorosa protección.

Palpando su cruz de rubíes, esperó con fervor estar en lo cierto.

Alejandro fue inmediatamente en busca de sir John, a quien puso al corriente del viaje. Se inclinó a favor de un caballo robusto pero dócil para la pequeña, poco acostumbrada a tales desplazamientos. No dijo que en realidad el caballo transportaría a dos personas.

Proporcionó después abundantes instrucciones acerca de su regreso, puesto que tanto él como Kate quedarían sujetos a una cuarentena tan estricta como la de Matthews y Reed. Todavía no se había planteado cómo devolver a Adele al castillo de forma segura, pero ya habría tiempo durante el viaje para idear un plan. En cuanto a los preparativos de la cuarentena, tendrían que amoldarse a las necesidades de una dama sumamente joven, y por ende delicada.

Sir John, tan eficaz como de costumbre, se ocupó de todo, poniendo gran esmero en la elección de las monturas. Los caballos estuvieron preparados antes del alba, momento en que Alejandro apareció seguido por Kate, todavía medio dormida. El médico la ayudó a montar, y lo alarmó verla tan pequeña y perdida a lomos del robusto animal. Tras comprobar por última vez las provisiones, se dispuso a montar en su propio corcel. Sir John le puso una mano en el brazo y dijo con seriedad:

—Procurad preservarla del peligro, maese médico; de finalizar vuestro viaje como el de Matthews, no seré yo quien le clave una flecha en el pecho, ni yo ni ninguno de mis hombres. Ni siquiera por el rey.

Oído lo cual, Alejandro tomó las riendas del caballo de Kate, y partieron con el sol despuntando en el horizonte.

Adele estaba escondida a unos cien pasos dentro del bosque, vestida como un viajero cualquiera, con ropa gruesa y resistente. Había escapado de Windsor por un estrecho pasadizo que ella e Isabel habían descubierto de niñas. Alejandro estuvo a

punto de no verla, a causa de la perfección con que su túnica parda y pantalones grises se confundían con las ramas secas de su escondrijo. Al ver a Adele, Kate soltó un grito de alegría, pues ignoraba que la arriesgada comitiva fuera a contar con otro integrante. Lo vulgar de sus ropas de viaje los asemejaba a una familia cualquiera huyendo de la peste. Nadie los habría tomado por dos damas de la nobleza y un judío renegado.



## CATORCE

**E**n cuanto se marcharon los guardias, Janie corrió hacia los barrotes de la celda y se aferró a ellos desesperadamente.

—¿Qué está pasando aquí? —susurró a Bruce con tono apremiante, leyendo en su expresión más miedo del que le habría gustado ver.

—Intenta no ponerte nerviosa —dijo Bruce con calma—. No es más que un malentendido. Estoy seguro de que no tardará en solucionarse.

—Pero ¿por qué nos encierran así? ¡Si sólo se me ha caído un pendiente, caramba! Como si fuera una terrorista llevando una bomba o algo...

Bruce cortó la frase en seco. Parecía más asustado que antes.

—No creo que nos convenga hablar —dijo, mirando alrededor como si buscara algún dispositivo de audición.

¡Qué idiota!, se regañó Janie. ¡Claro, si oyen todo lo que decimos! Expresó su comprensión con un gesto de la cabeza, y guardó silencio.

Casi de inmediato, el mismo biopolicía que los había apuntado con su arma en primer lugar abrió la puerta de la sala y entró con paso marcial. Como había hecho al cerrar las puertas de las celdas, introdujo su tarjeta de identificación magnética en la ranura de la pared y apretó un botón, aunque no el mismo. Se oyó otro chasquido, más tenue que el de las cerraduras; después, con un zumbido casi imperceptible, se abrió una especie de ventanilla atornillada a los barrotes de la celda de Janie. El guardia introdujo por ella un contenedor plano de plástico en cuyo interior se entreveía alguna clase de prenda doblada. Janie se quedó mirando el paquete un rato y acabó por extraer aquella especie de bolsa de la compuerta. Tras examinarlo desde todos los ángulos, se volvió hacia el guardia. Desde su celda, Bruce lo observaba todo en silencio.

—¿Qué es? —preguntó Janie.

—Un traje esterilizado —contestó el guardia—. Debe usted despojarse de toda su ropa y ponérselo —ordenó.

Janie dirigió a Bruce una mirada de inquietud, suscitando en él la siguiente pregunta:

—Por favor, ¿podría explicarnos qué pasa?

Su tono era firme y transmitía un desagrado evidente, aunque sin rastro de indignación, cosa que sorprendió a Janie. Lo hace a propósito, pensó, juzgando

prudente seguir el ejemplo de Bruce. ¿Qué tendrá este asunto, que tanto le preocupa?, se preguntó con inquietud.

—La señora ha intentado penetrar en el edificio, que, como sabe usted, doctor Ransom, es una instalación de almacenamiento de alta seguridad. —El agente se volvió hacia Janie, que casi no distinguía sus facciones a través del grueso plástico de la máscara—. No está usted autorizada para entrar, señora.

Janie olvidó todo lo referente al control de las emociones.

—Yo no he intentado entrar en el edificio —dijo con rabia—. Se me ha caído un pendiente, y lo he recogido.

El guardia contestó con irritante cortesía.

—Aun así, señora, su brazo ha atravesado el plano del escáner, que ha leído su presencia. El aparato considera como entrada toda lectura, aunque sea incompleta.

*El aparato* considera..., pensó Janie. Por lo visto, «el aparato» tenía vida propia, y su autoridad era considerablemente mayor que la del guardia que lo manejaba.

—Pero hombre, por Dios —dijo Janie, exasperada—, ¿tengo pinta de terrorista?

—Con su permiso, señora, no creo que los terroristas tengan un aspecto peculiar, y en cualquier caso no me compete a mí determinarlo. Eso es competencia de otro ministerio. —Señaló con su mano enguantada el recipiente de plástico que sostenía Janie—. Y ahora, si hace el favor de quitarse la ropa y ponerse el traje esterilizado... Puede dejar sus prendas en la bolsa vacía, y recogerlas más tarde.

A juzgar por su actitud, Janie no estaba dispuesta a obedecer, y se limitó a mirar al guardia. Éste no perdió los estribos, aunque su tono de voz se iba haciendo más serio por momentos.

—Lo siento, señora —dijo con firmeza—, pero no se trata de una petición. Haga lo que le he dicho, por favor.

—No —replicó Janie con calma, retrocediendo hasta tocar la pared con la espalda.

Cuanto más tardaba en ser obedecido, más disgustado se mostraba el guardia. Bruce permaneció atento en su celda, pero no intervino hasta tener la certeza de que Janie no pensaba colaborar con sus captores.

—Janie —acabó diciendo—, creo que sería buena idea que hicieras lo que te pide. En caso contrario podríamos tener problemas.

El guardia miró a Bruce y asintió.

—En efecto —dijo—. Vale más no oponer resistencia. Sólo la llevaremos a...

Janie le impidió acabar la frase.

—Y una mierda —dijo, sin levantar la voz.

—¿Cómo dice? —preguntó el guardia, sorprendido.

—¡He dicho que una mierda! No pienso ir a ningún sitio mientras no me diga qué pasa. No he hecho nada para merecer este trato, y exijo...

Bruce no la dejó desfogarse.

—¡Janie, por favor! ¡¡Tranquilízate!! —Una vez obtenida su atención, añadió—: Sólo van a tomarte las huellas. Lo hacen con todos los detenidos, si no las tienen ya. No va a dolerte.

Janie sabía que el proceso no era doloroso ni revestía peligro, pero nadie, ni siquiera el más ardiente defensor de las huellas corporales, se habría atrevido a negar su condición de invasión definitiva en la intimidad del ser humano. Janie apretó todavía más la espalda contra la pared, como si pudiera fundirse con ella y recuperar la ansiada libertad. Confiando en que su tono expresara una resolución mayor que la que sentía, dijo:

—No voy a dejar que me hagan eso.

El guardia desenfundó el arma con sosiego y apuntó a Janie.

—Muy bien —dijo—, pero le pido encarecidamente que se replantee su actitud. Debo advertirla de que su negativa infringe la sección 236 del Tratado Internacional de Seguridad Biológica. El tratado da derecho al gobierno británico a juzgar a los infractores por una serie de crímenes, algunos de los cuales son castigados invariablemente con la pena de muerte. A diferencia de otros tiempos, los británicos ya no nos andamos con remilgos sobre ese tema.

Janie estaba desesperada.

—Le exijo que se ponga en contacto con la embajada de Estados Unidos —dijo.

—Las violaciones del tratado no admiten mediación diplomática, señora —dijo el guardia—. Siento decírselo, pero es así.

Janie volvió a mirar a Bruce, que parecía al borde de un ataque de nervios.

—Janie... —dijo—. Cooperera, por favor.

El guardia dijo:

—Todo ello depende, por supuesto, del modo en que informe del incidente... Si cambiara usted de opinión y cooperase, su situación podría mejorar sustancialmente.

Janie miró al guardia y a Bruce, ambos a la espera de que dijese algo, y deseosos ambos, por distintos motivos, de que cesase en su resistencia. Tragó saliva y se quedó mirando el suelo sin decir palabra.

—Muy bien —dijo el guardia, contrariado. Su tono se hizo más severo—. Infiero de nuestra conversación que desea usted saltarse todas las formalidades de nuestro sistema de justicia y proceder directamente a la ejecución. —Apretó el gatillo con un chasquido—. No tema; es una bala química, y no notará nada en absoluto. Su cerebro dejará de funcionar antes de que dé con la cabeza en el suelo.

Janie miró alternativamente la máscara del biopolicía y el rostro suplicante de Bruce.

—Janie, por favor... No hagas locuras... Sólo son unas huellas...

Janie acabó por entender que no ganaría la batalla, y se rindió muy a su pesar. Miró al guardia y dijo:

—¿Podría usted al menos darme la vuelta, para que pueda cambiarme con cierto grado de intimidad?

—Lo siento, señora, pero tengo que observar. No debo apartar la vista de usted en ningún momento.

—Yo sí lo haré, Janie —dijo Bruce, dándole la espalda—. Pero no hagas ninguna tontería. Todo irá bien. No vas a tener ningún problema.

Caroline permaneció suspensa en una especie de limbo equidistante del sueño y la vigilia durante lo que le pareció una eternidad. Le dolía el pecho, como si durante el sueño le hubiera caído encima un peso enorme. Tenía un frío tremendo, aunque, por el peso de la manta, se daba cuenta de que seguía tapada.

¡Qué mal me encuentro, Dios mío! Y esta manta pesa como un montón de ladrillos...

No podía abrir los ojos, no sólo por falta de fuerzas, sino porque sus párpados parecían pegados por una costra reseca, como si hubiera estado llorando en sueños. Mientras se disipaba el efecto del fármaco, fue recordando fragmentos de un sueño, siempre el mismo. Intentó mover los brazos por segunda vez, pero era imposible; parecía que los tuviera clavados al tronco. Dedicó a su postura brumosas reflexiones, y concluyó que algo le estaba impidiendo mover los brazos. Si pudiera abrir los ojos y mirar... Pero cualquier esfuerzo por mover sus músculos faciales, hasta el más nimio, parecía fuera de su alcance. Permaneció tendida, consciente a medias, aguardando a que se le despejase la cabeza.

Tenía frío, pero estaba tapada. Se notaba la boca seca, pero tenía la piel húmeda y pegajosa. Casi estaba despierta, pero no podía moverse. Reanudó sus esfuerzos y logró al fin levantar los párpados.

Lo primero que vio fue que algo voluminoso le cubría el pecho. El pesado objeto estaba envuelto en una especie de tela oscura de algodón... De pronto distinguió una mata de pelo canoso y parte de un brazo...

Tengo a alguien encima.

Recurriendo a todas sus fuerzas, intentó incorporarse y quitarse de encima a aquel individuo, pero no pudo, a pesar de que el intruso no hacía nada por mantenerse en su posición. Un fuerte empujón le permitió por fin echar a un lado al desconocido, que empezó a deslizarse hacia el suelo.

Virgen santa, tenía un muerto encima...

El cadáver acabó por caer al suelo con un ruido sordo. Caroline luchó por recobrar el aliento y, llevándose la mano al cuello, intentó gritar. Fue en vano. Miró al lado de la cama y vio el blanco y rígido cadáver de Ted Cummings contemplándola con una expresión de terror en su rostro desencajado.

Caroline se puso en pie con un movimiento demasiado brusco, y tuvo la sensación de que iba a estallarle la cabeza. Lo que veía era tan horrible que le dio ganas de vomitar, y corrió tambaleándose hacia el lavabo, víctima de unas arcadas que duraron más de un minuto. Una vez recuperado el dominio de sí misma, vio sus téjanos y su blusa donde los había dejado antes, y se vistió en un santiamén, dejando tirado en el lavabo su camión empapado de sudor.

Era necesario encontrar ayuda. Pensó en Janie, pero no sabía si habría vuelto ya de su misión en Leeds. Salió corriendo del lavabo con paso inseguro y volvió a mirar el cadáver de Ted.

No tenía ni idea de cómo o por qué había muerto, ni de si ella tenía algo que ver con su fallecimiento. El examen visual del cadáver no le proporcionó indicios sobre la causa del deceso; no se apreciaban rastros de sangre, y, si bien el cadáver estaba pálido e hinchado, no cabía ver en ello una explicación de su muerte. A Caroline le parecía haber pasado mucho tiempo inconsciente. ¿Cómo saber lo que había hecho durante el sueño? Se hallaba en un país que no era el suyo, un país donde apenas gozaba de derechos que la protegieran, y que, para situaciones como aquella, disponía de medidas sumamente severas que casi siempre se aplicaban de inmediato. De repente se dio cuenta de lo grave de la situación, y, vencida por el pánico, sólo se le ocurrió abandonar la suite y desvincularse de aquella cosa horrible tirada en el suelo. Salió corriendo al pasillo y, mientras se dirigía a toda prisa a la habitación de Janie, oyó cerrarse la puerta de la suya con un ruido metálico. Empleó todas sus fuerzas en llamar a la puerta de Janie, pero no obtuvo respuesta; la aporreó por segunda vez, dentro de lo que le permitía su debilidad, pero el resultado fue igual de decepcionante.

Al volver a su suite, se dio cuenta de que no tenía la llave. Probó a mover el pomo con la esperanza de que la cerradura hubiera quedado abierta, pero se le resistió, y siguió haciéndolo por muy fuerte que lo sacudiera. Cielo santo, Janie, ¿dónde estás? Dio media vuelta y, apoyada de espaldas en la puerta, rompió a llorar.

Fue entonces cuando se vio reflejada en el espejo de la pared opuesta.

Tenía el pelo revuelto y apelmazado. Su cara era un amasijo de manchas amarillas, que en el cuello se volvían de un azul casi negruzco. Tenía amoratadas e hinchadas las puntas de los dedos; en cuanto a los ojos, estaban rodeados de una sombra azul oscura y cuajados de venillas rojas.

Mientras se quedaba boquiabierta ante su terrorífico reflejo, un timbre anunció la inminente llegada del ascensor al séptimo piso. Caroline, consciente de que no podía permitir que la vieran en semejante estado, corrió como loca hacia el fondo del pasillo, donde había un indicador de salida. Trató de abrir la puerta, pero parecía pesar una tonelada. En el momento mismo en que conseguía salir a la escalera de incendios, se abrió la puerta del ascensor. Caroline cerró la puerta y trastabilló escaleras abajo.

Janie recorrió lentamente el mismo pasillo por el que habían accedido a la sala de las celdas. Iba desnuda debajo del holgado traje de plástico que la envolvía como un enorme preservativo, y cada vez que daba un paso el roce del plástico frío contra la piel le provocaba escalofríos en todo el cuerpo. Llevaba zapatillas de papel que, según sabía, serían destruidas más tarde. Eran de la misma clase que las que siempre había llevado en el quirófano, allá en su feliz vida de cirujana, hacía un millón de años. Se vio a sí misma abriendo la puerta de un golpe de cadera, y al otro lado las enfermeras de manos enguantadas esperando a que se lavara las manos, música de Mozart en el hilo musical, la promesa de una cura inminente...

En lugar de ello se abrieron automáticamente dos pesadas láminas correderas de metal, que volvieron a unirse tras el paso de los dos biopolicías que seguían a Janie con las armas a punto. Habría bastado un paso en falso para que le arrebataran la vida, aquella vida que, infeliz o no, era la suya. La idea de tener que enfrentarse en breve a una toma de huellas corporales repugnaba profundamente a Janie. En Estados Unidos, las leyes sobre la intimidad hacían que siguiera siendo una práctica poco frecuente, aunque el Congreso debilitara dichas leyes a cada nueva epidemia. Pocos, en definitiva, habían padecido el humillante procedimiento, y Janie deseó con toda el alma poder volver atrás en el tiempo y evitarlo.

—A la izquierda —dijo uno de los biopolicías.

Janie obedeció, aunque no se sentía precisamente sumisa. Soñaba con dar media vuelta e irse corriendo a algún bucólico lugar en que trinaran los pájaros y el polen la hiciera estornudar. En el aire filtrado y esterilizado de aquel edificio se echaban en falta las suaves fragancias campestres que invitaban a ensanchar los pulmones con deleite; era un aire seco y de irritante pureza, sin vida. Sin vida.

Se enfrentó a la izquierda con otro pasillo tan largo como el anterior, y caminó hacia la doble puerta que lo cerraba, dejando atrás gran número de puertas laterales. Debe de ser aquí, pensó. Al llegar al final del pasillo, uno de sus guardianes introdujo un código en un teclado numérico adosado a la pared, y la puerta se abrió lentamente.

—Entre, por favor —dijo el biopolicía—, y no haga nada hasta que vuelva a estar cerrada del todo la puerta. Le daremos instrucciones por el intercomunicador.

El zumbido y chasquido de la doble puerta al cerrarse selló la renuncia a toda posible huida. Janie se quedó mirando el pequeño pedestal que se elevaba en el centro de la habitación. Va a ser ahí, pensó. Y empezó a temblar.

El austero cubículo disponía de espejos en todas las paredes. Janie tuvo la certeza de que eran espejos de doble vertiente, por los que los biopolicías podrían observar el procedimiento sin que ella tuviera ocasión de verlos. ¿Cuál de los cuatro?, se preguntó. ¿O serán todos? A lo mejor todo el mundo interrumpe su trabajo y viene a recrearse la vista.

Un pequeño altavoz colocado en el techo emitió Un mensaje:

—Diga su nombre, por favor.

Por unos instantes, Janie se extrañó de que no supieran cómo se llamaba, hasta que recordó que desde su llegada al almacén no se lo habían preguntado ni una vez. Bruce se había ocupado de todos los trámites. Quizá la hubieran tomado por una simple acompañante. Además, se había dejado la documentación en el coche de Bruce. ¡Estos Einsteins ni siquiera me han pedido los papeles!, pensó con malicia. Lo que tú digas, Adolf, pero a ver si te tomo un poco el pelo, a ti y a tus tropas de asalto...

Carraspeó y pronunció con nitidez:

—Merman. Ethel Merman<sup>[3]</sup>.

La respuesta tardó un poco en llegar.

—El doctor Ransom la ha llamado Janie.

¡Ajá! ¡Así que es verdad que no lo saben!

—Jane es mi segundo nombre. De niña odiaba el nombre de Ethel, y todos me llamaban Janie.

—Muy bien, señora Merman. Antes de seguir adelante, quisiéramos formularle unas cuantas preguntas.

No me digas, pensó Janie.

—Fecha de nacimiento.

—22 de noviembre de 1963.

—¿Lugar?

—Dallas, Texas. —Y con mayor énfasis—: Estados Unidos.

Detrás del espejo, los guardias se miraron. El jefe desconectó el intercomunicador y dijo:

—Como si nos pudiera engañar. ¿Qué se cree, que no nos damos cuenta de que es americana?

Volvió a conectar el intercomunicador.

—Muy bien, señora Merman. Tengo entendido que Dallas es una ciudad preciosa. Y ahora, si hace el favor de darnos su dirección fija en los Estados Unidos...

—Calle Yawkey, Boston, Massachusetts.

—¿Podría deletrearlo, por favor?

—Calle, C-A-L-L-E, Yawkey, Y-A-W-K-E-Y.

—Muchas gracias —dijo el guardia, algo mosqueado—. ¿Código postal?

¡Huy!, pensó Janie. Inventó un número de nueve cifras. Tampoco se van a enterar.

—¿Estado civil?

La pregunta suscitó dolorosos recuerdos en Janie. Era el tipo de pregunta que siempre odiaba tener que contestar.

—Viuda.

—Gracias, señora Merman. Ahora necesitamos un breve historial médico.

Janie se quedó un poco preocupada. Cuando todo hubiera acabado, se sabrían su historial médico al dedillo. ¿De qué sirve preguntarlo ahora? A lo mejor sólo es una prueba. Quieren darme a entender que compararán lo que diga con los resultados.

—Número de partos.

—Uno.

—Número de hijos con vida.

¡Basta, por Dios!

—Ninguno.



—Estado reproductivo.

—Esterilizada.

A esta última respuesta siguió un silencio en el cubículo, mientras los guardias evaluaban los datos proporcionados por Janie.

—Parece que se ha calmado —dijo uno—. ¿Qué os parece que hagamos con ella?

Eran conscientes de tener algo difícil entre manos, y de que lo que decidieran podría pasar a mayores. Su prisionera no era ciudadana británica; decía ser americana, hecho que corroboraban tanto su acento como su insolencia. No llevaba ningún documento encima, pero tampoco se le habían detectado armas u objetos sospechosos.

—A lo mejor si pedimos consejo al de arriba...

La propuesta fue recibida con quejas generalizadas.

—¡No, por Dios! —dijo uno de los guardias—. ¡A él no! Armaría un pitote de cuidado, y cuando resultara que no es para tanto, nos tocaría a nosotros cargar con el muerto.

Comentaron las dificultades que habían tenido cuando su supervisor, un individuo de buena familia pero poco eficaz en la toma de decisiones, se había excedido en su análisis de los hechos y arrestado a un ciudadano norteamericano inocente por una infracción menor de las normas de seguridad biológica. Su torpeza había estado a punto de provocar un incidente internacional, y había costado cargo y jubilación a uno de sus colaboradores. Ninguno de los guardias que se ocupaban de Janie tenía ganas de que la situación llegara a ese punto. Sabían que estaban obligados a aplicarles los trámites, pero se inclinaban por mantenerlos en una esfera lo más restringida posible, a menos que hubiera motivos para llevar adelante la investigación.

—Yo creo que dice la verdad —dijo uno—. Fijaos en los números. —Señaló un diagnóstico referente al momento en que Janie había contestado a las preguntas sobre su situación parental. Los números medían sus reacciones físicas a las preguntas, y comparaban los indicadores biológicos con lo que habría dado pie a esperar la respuesta, igual que un viejo detector de mentiras—. Por lo visto perdió un hijo en las Epidemias. La pregunta tendría que haberle sentado mal, y este salto en la línea indica que sí, que le ha sentado mal. Yo voto por no darle más vueltas. No creo que sea ninguna terrorista.

—Probablemente tengas razón —dijo otro—. A lo mejor es verdad que sólo se le cayó un pendiente. —Pulsó unas teclas de su ordenador y miró la pantalla—. Merman —dijo—. No aparece ningún historial de actividades criminales, ni de asociación con grupos conocidos, al menos en Europa. ¡Ojalá pudiéramos conseguir esa información

de Estados Unidos! No entiendo que no nos dejen consultarla.

—Prefieren que se lo pidamos cortésmente. Por lo menos nos dejan consultar los datos biológicos. Además, el escáner no ha encontrado ningún dato que coincidiera con ella. Si la hubieran arrestado en su país, o incluso si la hubieran investigado, lo lógico sería que dispusiéramos de algún indicio, aunque fuera mínimo. No hay nada. Le tomamos las huellas y ya está, ¿de acuerdo?

Todos asintieron con la cabeza.

El biopolicía volvió a conectar el intercomunicador.

—Muy bien, señora Merman, no tenemos más preguntas. Ahora mismo vendrá la encargada.

Caroline estaba hecha un ovillo en la caja de la escalera, entre los pisos seis y siete del hotel; confusa y asustada, intentaba recordar a toda costa las circunstancias que la habían llevado a tan delicada situación. Al caer por la escalera se había quedado un rato inconsciente; poco a poco, a medida que se le iba despejando la cabeza, se dio cuenta de dónde estaba, pero el por qué seguía escapándosele. No se le ocurría mejor idea que salir de ahí cuanto antes. Como era mucho menos cansado bajar que subir por la escalera, se decidió por la primera opción, que puso en práctica combinando de forma estrambótica el arrastrarse con el deslizarse.

Una vez salvado el último escalón, vio una puerta con una luz roja que indicaba la salida, y decidió utilizarla para huir. No tenía ni idea de qué encontraría al otro lado, pero no podía ser peor que aquella oscura caja de escalera de frío hormigón. Una vez puesta en pie, se apoyó contra la puerta metálica y ejerció una fuerte presión sobre el picaporte. En cuanto logró abrirla se disparó una estruendosa alarma cuya fuente estaba situada justo encima de su cabeza, y que la llenó de pánico y perplejidad. Se llevó las manos a los oídos para protegerse de aquel ruido que amenazaba con destrozarle la cabeza, y se abalanzó al otro lado de la puerta, donde encontró un pequeño patio con césped que separaba su hotel del edificio adyacente. Movida por el impulso irrefrenable de esconderse cuanto antes, corrió con paso desgarbado en dirección opuesta a las luces de la calle, metiéndose detrás del hotel por un oscuro callejón.

Por fin a salvo, hizo una pausa para descansar, mientras oía llegar a los bomberos, avisados por la alarma. Al volver la vista hacia el tramo de calle que se divisaba desde el callejón, vio dispersarse al personal de emergencia, pertrechado con linternas. Consciente de que sólo conseguiría evitar que la descubriesen si seguía adelante, avanzó trabajosamente a gatas hacia una zona más oscura, unos cuantos

edificios más allá.

Cuando consideró que ya no podían verla, y que las indagaciones no llegarían hasta ahí, Caroline se recostó contra la pared, jadeando y temblando de frío. De repente, todos los dolores que habían quedado enmascarados por el miedo y la necesidad de huir se adueñaron de su cuerpo con violencia estremecedora. El escozor que sentía en los pies la llevó a caer en la cuenta de que había olvidado calzarse. Tenía la cabeza a punto de estallar, y el cuello tan rígido que cualquier movimiento de cabeza la hacía llorar; aun así, la necesidad de situarse la llevó a girar el tronco para echar un vistazo a lo que la rodeaba. No pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, descubrió con angustia que no estaba sola, sino que había otras siluetas inmóviles junto a ella. No habría sabido decir si eran hombres o mujeres, ni si estaban borrachos o muertos, pero de lo que no le cupieron dudas fue de que ninguno de ellos respondía a la definición de ciudadano normal. Permaneció inmóvil y a la expectativa, queriendo asegurarse de que todos los bultos estuvieran dormidos.

La media hora que tardaron los equipos de emergencia para concluir que no se había declarado ningún incendio en el hotel le pareció una eternidad. Por fin se marcharon, y el rugir de sus potentes vehículos se perdió a lo lejos. Caroline intentó ponerse en pie, pero se lo impidió el mareo. Al chocar con el trasero contra el suelo, sintió una punzada de dolor que le recorrió todo el cuerpo maltrecho, concentrándose sobre todo en el cuello, ingles y axilas. Acabó renunciando a caminar y se arrastró sin hacer ruido hacia uno de los residentes del callejón, el que le caía más cerca. Con todo el cuidado necesario para no despertarlo, le quitó los zapatos y se los puso en sus pies ateridos. Haciendo un esfuerzo por ponerse en pie y andar, renqueó hacia el fondo del callejón en busca de un lugar seguro.

El astroso individuo a quien había robado los zapatos se levantó silenciosamente y se acercó con sigilo al más próximo de sus compatriotas, una mujer no menos desaliñada a quien dijo, dándole unos golpecitos en el hombro:

—Venga, que se está yendo.

Su compañera se incorporó de inmediato, restregándose los ojos. Ambos se pusieron en pie y siguieron a Caroline, sin abandonar en ningún momento el amparo de la oscuridad.

En la embocadura misma del callejón, Caroline se apoyó contra una farola y, al tiempo que luchaba por no perder el equilibrio, miró alrededor para orientarse. No se atrevía a quedarse mucho tiempo en campo abierto, pero apenas podía dar un paso. Por la ventana de un restaurante cercano vio caras limpias de elegantes comensales, iluminadas por la suave luz de las velas. Hacían lo que ella había hecho en cientos de

ocasiones, disfrutar con calma de una buena comida, beber, reír, pasar un rato estupendo. Ella, mientras tanto, se aferraba a una farola, con zapatos robados en los pies y la vida colgando de un hilo. ¿Cómo había podido distanciarse tanto de aquella gente, y en tan poco tiempo? Estoy viendo una película de cómo era mi vida, pensó; ya no formo parte de ella.

Un hombre limpio y bien vestido salió de la puerta principal del restaurante y caminó hacia ella con paso firme y resuelto. Viene a ayudarme, pensó Caroline con gratitud. ¡No lleva uniforme! Cuando lo tuvo más cerca, reconoció en él a una persona digna de confianza, e hizo un esfuerzo por sonreír.

Los dos persecutores permanecieron en la oscuridad, preocupados por la presencia de aquel hombre que seguía acercándose a Caroline.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó uno.

—Mirar —contestó el otro—, y no alejarnos de ella. No podemos hacer gran cosa más.

Siguieron escondidos, oyendo a Caroline decir:

—¡Gracias a Dios! Necesito que me ayude.

Pero el tipo la cogió por los hombros.

—¡A ti no hay quien te ayude! —dijo con rabia—. ¡Malditos marginales! ¿Cuántas veces tendré que alejaros de mi ventana?

Y sin dar tiempo a que Caroline reuniera la energía suficiente para protestar, la obligó a meterse por otro callejón y la empujó sin contemplaciones, dejándola tirada en el suelo, presa de un violento ataque de tos.

—¡Y no vuelvas —dijo amenazándola con el puño—, o no me tomaré la molestia de avisar a la policía! ¡Yo mismo me encargaré de ti!

Mientras caminaba hacia el restaurante, se frotó las manos y se las restregó en el pantalón, como si quisiera limpiárselas. La extraña pareja observó con aprensión cómo tosía en una mano y luego se la pasaba por el pelo.

Caroline, aturdida, fue sumiéndose poco a poco en la inconsciencia. Sus persecutores esperaron a que el dueño del restaurante hubiera desaparecido por completo, y después, agazapados en la oscuridad, se apresuraron a internarse en el callejón hasta divisar a Caroline. La andrajosa mujer se quedó rezagada, acurrucada contra la pared. Su compañero se acercó poco a poco al cuerpo dormido de Caroline y, colocado a un par de metros de ella, se sentó y fingió estar conciliando el sueño, sin dejar de vigilarla con ojos entornados.

Cuando Caroline recuperó el conocimiento, la luz tenue del alba empezaba a

filtrarse por el callejón. Consiguió incorporarse con dificultad y miró alrededor, fijándose en el hombre dormido que tenía al lado. ¿Estaba ahí en el momento del desmayo? No me acuerdo..., pensó. ¿Cómo es posible?

Quiso levantarse, pero antes respiró hondo. Al llenar sus pulmones, los músculos del pecho opusieron una dolorosa resistencia. El suplicio repentino la obligó a toser, una entrecortada tos de perro a cuyo término hizo un esfuerzo por ponerse en pie, esfuerzo inútil, puesto que acabó casi instantáneamente en caída.

Tendré que irme gateando. Se apoyó en las rodillas y las manos y se dirigió lentamente pero sin pausa hacia el extremo del callejón, dejando atrás a aquel hombre que olía de forma espantosa. Los zapatos robados seguían bailoteando en sus pies, dando tumbos contra el asfalto.

En cuanto tuvo a Caroline a distancia prudencial, el maloliente desconocido volvió junto a su compañera.

—Va hacia el fondo del callejón —le susurró. Ella asintió con la *cabeza*, y dijo:

—Entonces voy a por el carrito y salgo enseguida. Deséame suerte.

—Suerte —dijo el hombre, viéndola partir en dirección opuesta.

Medio a gatas, medio dando bandazos, Caroline siguió adelante hasta ver un banco. Su mente confusa lo consideró una meta digna, algo con que mejorar su situación presente, que no distaba mucho de ser desesperada. Al comprobar que estaba desocupado, se le ocurrió descansar en él su cuerpo maltrecho el tiempo suficiente para tomar una decisión.

Se encaramó a él trabajosamente y permaneció hecha un ovillo en un extremo. Una bandada de palomas se posó a sus pies. Intentó espantarlas sin gran entusiasmo.

—A mí tampoco me gustan mucho —dijo una voz desconocida. Caroline alzó la vista y vio delante de ella a una mujer con aspecto de mendiga, vestida de forma harto curiosa, con un raído bolso marrón colgado del hombro; estaba apoyada en un carrito de compra oxidado y abollado, y le sonreía—. ¿Le importa si me siento a descansar con usted? Estoy un poco fatigada.

Caroline se encogió débilmente de hombros e hizo señas a la mujer de que no le molestaba compartir asiento con ella. El voluminoso cuerpo de la desconocida ocupó el espacio restante del banco, que se curvó bajo su peso.

—Usted también parece cansada —dijo a Caroline—. ¿Anda baja de forma?

A Caroline no le quedaban fuerzas para entablar una conversación de cortesía; aun así contestó:

—Un poco.

Su andrajosa compañera de banco dijo:

—Eso es que la noche ha sido larga. ¿Me equivoco? —E inclinándose hacia Caroline añadió—: ¡En mis tiempos yo también pasé noches muy largas, algunas memorables y otras que es mejor olvidar! —Se rio a carcajada limpia, dándose palmadas en la rodilla—. No se crea, entonces era joven y traía coladito a más de uno.

Caroline se volvió hacia ella con dificultad y se preguntó en qué remoto pasado habría merecido aquella mujer el calificativo de «guapa». Dándose cuenta de cómo la miraba, la mujer continuó:

—Ya, ya sé lo que está pensando; se extraña de que una bruja apestosa como yo haya podido traer colado a alguien. Pues mire, siempre hay que estar preparado para que lo que uno no cree se haga realidad en el momento más inesperado.

¡Ay Dios!, pensó Caroline. Ojalá pudiera acordarme de qué creo y qué no creo... Una lágrima rodó por su mejilla.

Viendo que lloraba, la mujer le puso una mano en el brazo y dijo:

—¡Vaya, ahora sí que la he disgustado! Discúlpeme, por favor.

Caroline intentó mirarla, pero le costaba enfocar la vista. Cuando lo consiguió, se dio cuenta de que su extraña compañera de banco le sonreía. En circunstancias normales, su aspecto no la habría hecho sentirse demasiado cómoda. Tenía la ropa hecha un asco, el pelo alborotado, y su sonrisa descubría un sinfín de huecos en lugar de dientes. No es el tipo de gente entre la que suelo moverme... Aun así, se sintió extrañamente reconfortada.

Cualquier consuelo es bienvenido, pensó. Negó con la cabeza, queriendo indicar a la mujer que no había dicho nada malo.

—En todo caso, parece usted preocupada. ¿Se ha perdido?

Caroline asintió, y el dolor le hizo contraer los músculos de la cara.

—Yo también lo he estado unas cuantas veces —dijo la mujer—, pero al final siempre consigo encontrarme. —Acarició el brazo de Caroline—. Intuyo que, con el tiempo, usted también lo hará.

Tiempo... hará... Caroline fue perdiendo el conocimiento, con las palabras bailándole en la cabeza. De pronto, su cuerpo ya no tuvo fuerzas para seguir despierto; quería librarse del peso del pensamiento y las ideas, actividades simples que por lo visto gastaban más energía de la que tenía disponible.

La desconocida no dijo ni hizo nada. Se limitó a esperar pacientemente, y, una vez segura de que Caroline dormía, le pasó la mano por el pelo grasiento.

—Descansa —dijo—, que yo me ocuparé de ti.

Siguió velando el sueño de su protegida, aferrada al bolso marrón que descansaba en su vasto regazo. Mientras tanto, se entretenía viendo pasar a la gente, prósperos londinenses que no les prestaban la menor atención, reacios en su mayoría a acusar recibo de un hecho perturbador que podía exigir de ellos una reacción compasiva. De vez en cuando la mendiga se fijaba en la respiración de Caroline, y, cuando advirtió en ella el ritmo característico del sueño, se levantó del banco y colocó sus pertenencias en el fondo del carrito. Con suavidad y fuerza sorprendente alzó en vilo a Caroline y la depositó en el carrito, encima de todo lo demás. Después silbó discretamente y escudriñó el callejón en que la esperaba su compañero. Éste contestó moviendo los brazos.

La mujer hurgó en el bolsillo de su mugriento vestido, en busca de unas migajas. Después de echar unos puñados a las palomas que se arremolinaban a sus pies, cogió el mango del carrito y, mascullando incoherencias, se puso en marcha, cargada con su dormida pasajera.

Una mujer vestida con una versión abreviada del uniforme verde de la policía biológica entró sonriendo en el cubículo por el espejo corredero que cubría una de las paredes.

¿Bioenfermera?, pensó Janie. ¿Policía-ATS?

La mujer empujó un carrito de metal cubierto de artilugios de aspecto médico. A pesar del miedo, Janie se fijó con curiosidad en el contenido de la bandeja de acero inoxidable que descansaba sobre la estructura del carrito, y vio un conjunto extraño y algo amenazador de largas sondas y pinzas metálicas, además de parches adhesivos y otros artículos por el estilo, ninguno de los cuales la indujo a arrostrar con tranquilidad lo que estaba por venir, si bien todos suscitaron su interés.

—Por favor, quítese el vestido de traslado —dijo la mujer.

—Me quedaré desnuda...

—Sí, señora, me doy cuenta. —La mirada de la enfermera era comprensiva, pero su voz firme—. Le pido disculpas por las molestias que pueda causarle el procedimiento, pero, mientras se someta a él, no podrá llevar ropa encima. Se trata de un examen médico como cualquier otro. La ropa podría distorsionar los resultados.

¿A cuántos pacientes desnudos he operado en el quirófano?, se dijo Janie. ¿Siempre los he tratado con dignidad intachable? Recordó a un paciente varón al que había intervenido en la región inferior del abdomen. Al prepararlo, tanto ella como los demás miembros del equipo se habían fijado en lo pequeño que tenía el miembro;

Janie recordó, avergonzada, las burlas de que había sido objeto el pobre hombre, gracias a que todos sabían que había recibido anestesia total y no podía oírlos. ¿O sí?, se preguntó Janie, todavía más avergonzada.

Procuró considerar lo que iban a hacerle como una prueba médica más, pero no consiguió engañarse a sí misma. Paseó una mirada nerviosa por la pequeña habitación, escrutando los espejos de que estaba revestida. Sentía al otro lado la invisible mirada de los guardias, miradas que se hincaban en ella mientras se bajaba el traje de plástico hasta los pies y se lo quitaba del todo. La mujer lo recogió de inmediato y lo metió en una bolsa de plástico amarillo. Seguidamente le tendió un gorro de baño y un collar de plástico en que se leía el nombre «Ethel J. Merman».

—Haga el favor de meter el cabello en el gorro y ponerse en el cuello el collar de identificación. Después colóquese encima del pedestal y no se mueva. Va a ser sometida a una aspersion higiénica para esterilizarle la piel.

Janie oyó el chirrido de una compuerta que se abría encima de su cabeza. Miró hacia arriba y vio ocultarse en el techo un panel de tamaño considerable. En cuanto éste hubo desaparecido del todo, un tubo de gran diámetro parecido a un silo de misiles en miniatura bajó hasta tapparla por completo. El interior del tubo estaba cubierto por miles de minúsculas boquillas.

—Por favor, levante las manos y sujete la manilla superior. Cierre los ojos y no los abra hasta que haya cesado la aspersion.

Su cuerpo fue bombardeado por chorrillos de líquido azul cuya temperatura era igual a la de su piel. Janie, que había olvidado respirar hondo antes de que empezara la irrigación, se quedó sin aliento, y estaba a punto de ponerse a toser cuando dejó de notar los pinchazos. Aparecieron entonces potentes ventiladores de chorro que hicieron bajar el líquido azul hasta la base del pedestal, de donde desapareció por un sumidero de succión al vacío. La potencia de los ventiladores quedó reducida a la de un secador de pelo en posición intermedia.

Una vez que el cuerpo de Janie hubo quedado más o menos seco, la encargada le tendió una toalla azul de tela fina y le indicó que se secara todos los repliegues del cuerpo en que pudiera no haber penetrado el aire.

—Es probable que los próximos minutos no sean de su gusto, pero tengo que pedir su colaboración. —A Janie le pareció volver a percibir indicios de compasión en el rostro de la mujer—. Le irá mejor si no se resiste; de ese modo todo será muy rápido, y se harán una idea clara. Supongo que no querrá volver a pasar por todo el proceso...

Y, acto seguido, las sondas que Janie había visto en la bandeja fueron introducidas en todas las cavidades practicables de su cuerpo. Cada sonda tenía una forma



adecuada a su cometido. Todas estaban cubiertas con una funda de plástico fino (condones para máquinas, pensó Janie), y eran lubricadas antes de la inserción. Se le colocaron parches adhesivos en el ombligo, diversas zonas del pecho, sobre los ojos cerrados y en las puntas de las uñas. Se trataba de mini transmisores ideados para enviar una imagen de la zona a la que estaban pegados.

—Ya casi está. Procure no moverse —dijo la mujer—. No durará mucho.

Janie intentó mantener la calma, pero no pudo contener del todo sus temblores. Ya no veía lo que le estaba sucediendo, pero oyó decir a la mujer:

—Sólo una cosa más.

La encargada se subió a una silla y quitó a Janie el gorro de baño; después le levantó todo el pelo y dejó que fuera absorbido por un casco de succión.

—Antes no solíamos tener más remedio que rapar al cero —dijo, como si quisiera dar ánimos a Janie—. ¿No le parece mejor esto?

Janie, que tenía la boca ocupada por una sonda en forma de bombilla, sólo pudo farfullar:

—Ummgg.

—Allá va, señora Merman. Falta muy poco...

Ocho paneles bajaron poco a poco de la abertura del techo y formaron un nuevo silo en torno al cuerpo de Janie, quien, pese a no poder verlos ni oír con claridad el ruido que hacían, sintió cómo su peso imprimía una ligera vibración al pedestal en el momento de posarse.

Tuvo ganas de gritar, pero era imposible. Se preguntó cómo habría reaccionado a aquella horrible situación la verdadera Ethel Merman, una chica con tantas agallas que daba gusto verla.

Cantar, lógicamente, pensó; y, dicho y hecho, se puso a tararear mentalmente canciones de mensaje optimista: *When you walk through a storm, hold your head up high... I simply remember my favorite things...*<sup>[4]</sup>.

No tardó en oírse un discreto zumbido, a cuyo son miles de minúsculas puntas de metal emergieron de los paneles, deteniéndose cada una automáticamente en cuanto tocaba la piel, hasta formar entre todas un molde exacto del cuerpo de Janie.

—¡Y ahora estese quieta, por favor! Sólo unos segundos más.

Prisionera de aquella pesadilla hecha máquina, sintiendo el tacto amenazador de diez mil varillas electrónicas que registraban todos sus secretos, Janie habría sido

incapaz de cantar aunque le hubiera ido la vida en ello. Las prominencias metálicas la tenían inmovilizada; incapaz de temblar siquiera, oyó diversos chasquidos y zumbidos que acompañaban a la transmisión de los datos.

Recordó entonces, como en la canción, una de sus cosas preferidas, su decimosexto cumpleaños, cuando su tía, prestigiosa joyera, le había regalado un collar de perlas perfectamente graduadas. En la intimidad del dormitorio que ocupaba desde la infancia, Janie se había desnudado hasta quedarse en ropa interior, y, rodeado el cuello por el luminoso collar, había contemplado su reflejo en el espejo de cuerpo entero. Cogiendo un micrófono imaginario, había dicho entre risas: «Me gustaría dar las gracias a todas las ostras del mundo por haber hecho posible el día de hoy».

Desnuda, cubierta de púas metálicas, con un collar que no era de perlas sino de plástico, se aferró a aquel recuerdo para proteger su integridad mental. Siguió agarrando con fuerza la correa que tenía encima de la cabeza, luchando contra el miedo. Imaginó ser todavía aquella joven de dieciséis años, decidida, inocente y llena de esperanzas, que daba los primeros pasos de su iniciación erótica. Le resultaba inconcebible verse como lo que era, una mujer madura y de encantos ya algo decaídos, dentro de aquella fría habitación, observada por extraños a quienes no podía ver y cuyas intenciones cabía calificar de dudosas. Mientras las minúsculas puntas metálicas, perfectamente sincronizadas, enviaban una corriente que le atravesaba la piel y le recorría todo el cuerpo hasta registrar la más recóndita célula, molécula y hasta átomo de su ser físico, Janie lloró en su fuero interno la pérdida de aquella inocencia, y el fin de sus esperanzas.

## QUINCE

**C**abalgaron por la carretera llena de polvo y baches que unía Windsor y las tierras en que Adele había vivido con sus padres desde niña, antes de ser enviada al castillo para servir a la princesa Isabel.

—He hecho este camino tantas veces que no hay árbol ni roca que me resulten desconocidos —dijo la joven—. Creo que, con un caballo obediente, podría hacer todo el viaje con los ojos cerrados.

—¿Qué tal éste? ¿Lo encuentras obediente? —preguntó Alejandro.

—Es un animal muy suave de montar. Compruébalo tú mismo.

Dada la familiaridad de Adele con el camino, Alejandro había cabalgado detrás de ella. Se puso a su altura y vio que la pequeña Kate dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Adele. Ojalá fuera yo, pensó con algo de envidia.

—Sir John ha escogido bien la montura —dijo.

—En efecto —contestó Adele—. Su paso es tan regular que hasta a mí me entran ganas de dormir.

En la frescura del bosque, sólo su intermitente conversación y el golpeteo de los cascos turbaba el silencio. Cuando oyeron chillar a un halcón en lo alto, les pareció una invasión de su intimidad.

Alejandro respiraba un aire dulce y cálido, y, aun a sabiendas de que el viaje que acababa de emprender no tenía final feliz posible, lo invadió una sensación de paz.

—Se hace difícil creer que un mundo como éste pueda ser escenario de tantas conmociones.

Adele suspiró con fuerza, y el brusco movimiento de su pecho hizo que Kate se revoliera un poco. Adele la sujetó con mayor fuerza.

—Ten por cierto que me esperan conmociones todavía mayores.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Alejandro.

—Desde la muerte de mi madre, soy propietaria única de las tierras y bienes de mi padre —explicó Adele—. Y no son pocos.

—No lo entiendo. ¿Qué hay de problemático en ser tan afortunada?

—Como me decía mi padre siempre que tenía ocasión, la fortuna se la tiene que hacer uno mismo. La prosperidad exige trabajo. Administraba sus tierras con sagacidad y prudencia, y, al carecer de hijo varón, transmitió sus conocimientos a su

hija. Ahora soy dueña de esas tierras, y tengo la obligación de comprobar que quienes las ocupan y supervisan lo hagan de forma correcta; también de que prosperen a su vez. Mi padre siempre me dijo que la mejor manera de inspirar lealtad entre los campesinos era tratarlos justamente. Fue un buen señor para sus vasallos.

—¿Lo eres tú?

—Procuro serlo. Tengo la suerte de contar con los servicios de un buen capataz, que ya trabajaba para mi padre; aun así, cuando llegemos habrá muchos temas que requerirán mi atención. Casi ha pasado un año desde mi última visita, cuando la muerte y posterior entierro de mi madre, Dios la tenga en su gloria. Me llevé a Windsor algunas de sus posesiones, entre ellas el rubí que por lo visto tanto admiras.

—De modo que te has dado cuenta.

—Me fijo en tus ojos. Doy mucha importancia a que se posen en un lugar u otro.

—En tal caso, deberías ser una mujer feliz, puesto que son todo tuyos.

—Lo soy, dentro de lo que cabe en un mundo como éste.

—Yo también —dijo Alejandro.

Siguieron cabalgando en silencio, contentos ambos de estar juntos, hasta que Adele señaló un árbol que tenían delante y dijo:

—Justo después de ese árbol hay una desviación a la derecha. Falta poco para llegar.

Cuando entraron en el patio de la casona, la gruesa ama de llaves salió a averiguar quién había venido, y, al ver a su señora, la recibió con gritos de alegría. Adele le devolvió el saludo con la mano, antes de verla correr hacia una campana y hacerla sonar con fuerza durante un buen rato.

—Los otros no tardarán —dijo la mujer—. La campana los habrá avisado.

—Me parece que esa campana convocaría al mismo diablo.

Alejandro desmontó y levantó a Kate del regazo de Adele. Al sentirse separada de la silla de montar, la niña se despertó con expresión desorientada. Alejandro la sostuvo en brazos y le susurró al oído palabras tranquilizadoras, hasta que estuvo despierta del todo y tomó conciencia de lo que la rodeaba. Para entonces, Adele había desmontado a su vez y se hallaba junto a ella.

El ama de llaves se acercó al grupo con andares de pato, traduciendo su alegría en una especie de cloqueo. Poco después salió de una de las dependencias anejas el capataz de Adele, que se sumó a la bienvenida. Un gran revuelo se apoderó del patio y de buena parte de la casa.

Al trájín de la bienvenida siguió el de instalarse en la mansión. Adele era una

señora de armas tomar, que hacía cumplir sus órdenes con autoridad no exenta de dulzura.

—Prepara mi habitación para la pequeña Kate —ordenó al ama de llaves—. Yo me alojaré en los aposentos de mi madre, y el doctor Hernández en los del señor de la casa.

—Como mandéis, señora —dijo la anciana—. Da gusto volver a oír voces amigas en estas salas.

—A mí también me alegra oír los sonidos de mi infancia —replicó Adele; y, bajando la voz para que no la oyera Kate, añadió—: Por desgracia, nuestra estancia será breve; llevamos a la pequeña Kate al lecho de muerte de su madre, hecho lo cual volveremos a Windsor cuanto antes. —Volvió a hablar en voz alta—. Prepara una buena mesa para la cena, y manda llamar a todos mis capataces. Quiero que esta noche cenem con nosotros. —Guiñó el ojo a Kate—. Y, si hay, pon unos dulces para la niña. Cuando nos hayamos sacado el polvo de encima y nos hayamos lavado, ten por cierto que estaremos hambrientos.

Viendo a Adele tan ocupada en organizar las tareas de la casa, Alejandro imaginó a una niña pelirroja no mayor que Kate alegrando con su risa los fríos muros de la casona, encantadora imagen que dio alas a su corazón. Nunca había pensado con profundidad en la condición social de Adele más allá de sus servicios a la princesa; tampoco ella se había mostrado muy locuaz al respecto. ¡Aquellas tierras ya eran de por sí todo un reino, o poco menos! Salta a la vista que no le hace falta casarse, pensó. Mientras sus propiedades estén bien administradas, nunca querrá hacerlo. Al mismo tiempo, vio con angustiosa claridad que una dote tan atractiva bien podía tentar al rey a imponerle un matrimonio de conveniencia, una alianza que jugara en su beneficio. La idea de que Adele pudiera casarse con un hombre tan indiferente a sus sentimientos como interesado en su fortuna le dio escalofríos.

Al término de la cena, Adele comentó la variedad y calidad de las viandas que el ama de llaves había conseguido presentarles en tan corto plazo.

—Nos has ofrecido un auténtico festín —dijo—, ¡y veo que ni siquiera faltan galletas de miel para todos! Me parece que vamos a endulzarnos demasiado.

El ama de llaves guiñó un ojo y dijo:

—Ah, lady Adele, puede que tengáis razón en lo que respecta a los mayores, pero ¿es posible endulzar demasiado a una niña?

Adele miró a Kate, cuya cara y manos estaban embadurnados de miel. Los párpados caídos de la niña delataban su cansancio.

—Creo que no, pero sí que es posible que una niña se canse en exceso. Tal vez

sea hora de que esta niña se vaya a dormir.

El ama de llaves se llevó a Kate al dormitorio de infancia de Adele, sin la menor protesta por parte de la pequeña. En cuanto estuvo fuera de la sala, Adele se volvió hacia el primer capataz y le solicitó un informe de la situación.

—Como habréis podido juzgar por esta mesa, señora, somos afortunados. Todavía contamos con hombres aptos para la cosecha.

—De lo que decís deduzco que hay otros menos afortunados.

—¡Con tantos muertos, hay muchas propiedades en que faltan brazos para cosechar! Hemos perdido a cuatro granjeros, pero sus parcelas no eran de las mejores, y los otros han alternado parte de los cultivos para que no se deterioren. A cambio, por supuesto, de una pequeña compensación.

—Naturalmente —dijo Adele—. No quiero que en mis tierras haya quien trabaje sin ganar nada. ¿Y la lana? ¿Cómo va el esquila?

—Este año volvemos a tener suerte. La producción es muy alta.

—¿Y los precios? ¿Cómo anda el mercado con tantas muertes?

—Los precios han caído, como era de prever, pero no cabe duda de que volverán a estabilizarse en cuanto se arregle la situación. De todos modos, no creo que ganemos nada apresurándonos a vender las reservas; si hace falta, podemos guardarlas uno o dos años. Las otras actividades dan ingresos suficientes para cubrir vuestros gastos, y podemos permitirnos esperar una nueva alza de la lana.

—Hagámoslo, pues. —Adele miró a los capataces de distintas procedencias que se habían reunido en torno a la mesa. Todos los rostros reflejaban una misma inquietud—. Pero tengo la sensación de que tenéis mucho más que decirme. Por favor, hablad sin miedo.

Los capataces describieron con tono ansioso la incertidumbre con que afrontaban cada nuevo amanecer. Cuanto componía su realidad cotidiana había cambiado, o no tardaría en hacerlo, despojando a sus vidas de la sencilla solidez que las había caracterizado hasta hacía poco. Oyendo nombrar a quienes habían fallecido en feudos vecinos, Adele tuvo la sensación que la peste se había llevado a casi todos sus conocidos de antaño.

—Nos hemos acostumbrado tanto a la pérdida de seres queridos que, de tan habitual, ya ni nos afecta —dijo el primer capataz—. El impacto de la muerte empieza a perder intensidad, y apenas se da importancia a que fallezca una persona más.

Tan tristes nuevas llenaron a Adele de una pesadumbre que se le reflejó en el rostro. Se despidió de todos excepto del ama de llaves y el primer capataz, a quienes

dio indicaciones sobre los preparativos para el viaje. Tras preguntar a Alejandro si se le ofrecía algo más (a lo que el médico respondió negativamente), Adele dejó marchar a los dos servidores, agradeciéndoles sinceramente lo bien que habían cumplido con sus obligaciones. Al fin quedaron solos.

La exaltación de Alejandro era tal que hasta notaba cómo le corría la sangre por las venas: tenía al otro lado de la mesa a la primera mujer a la que había tocado con afecto verdadero, y sabía que el tiempo acabaría por convertir el amor que sentía por ella en algo irreprimible.

Aquí no hay princesas que deban ser atendidas, ni criados dispuestos a ir con el cuento a su señor a cambio de una bolsa de monedas, pensó sumamente agitado. En este lugar, Adele es dueña de su destino, y también del mío, alabado sea Dios.

—Adele —susurró, sintiendo la necesidad de pronunciar el nombre de la joven—, no sabría describir lo que sucede en mi corazón en estos momentos.

—Alejandro... —suspiró ella—. No hace falta que lo hagas; flota en el aire, sin necesidad de palabras. Mi corazón rebosa de esos mismos e inefables pensamientos.

Tan absortos estaban el uno en el otro que no notaron que la brisa del atardecer se había convertido en frío viento nocturno. Sólo al ver vacilar la llama de una antorcha, Alejandro se puso en pie y se apresuró a cerrar los postigos, aislando la habitación del ruido y frío repentinos. Al volverse hacia la mesa en que habían estado sentados, descubrió de pronto que tenía a Adele al alcance del brazo, sin por ello haber oído sus pasos. Camina como un gato, todo silencio y elegancia. Adele le cogió la mano y se la rozó con el dedo meñique, trazando en ella un juego de arabescos. Permanecieron suspensos largo rato en la magia de aquel contacto, mientras Adele cerraba los ojos y se balanceaba al son de melodías apenas musitadas. Fue Alejandro quien quebró el sortilegio, acariciando la mejilla de Adele con una mano.

—Adele —dijo—, tengo miedo, si lo hacemos, de no poder soportar la soledad de las noches por venir. Cuando volvamos a estar en Windsor, no será tarea fácil encontrar un lugar íntimo.

—Y yo, si no lo hacemos, temo arrepentirme eternamente de mi estupidez, pues sabe Dios si volverá a presentárenos otra oportunidad.

Alejandro era incapaz de distinguir dónde acababa el miedo y empezaba la dicha; ambos se entrelazaban en un flujo y reflujo incesante, unidos de forma inseparable en su corazón. Su fuero interno presenciaba una encarnizada batalla entre fe y libertad; ora se sentía joven independiente en brazos de su amada, ora judío devoto con la obligación, y hasta el anhelo, de respetar las costumbres de su familia y antepasados.

Además, no podía olvidar que la marca de su fe le había sido cruelmente impuesta por el fuego, dejando una marca indeleble en la piel de su pecho.

Estará oscuro y no lo verá... Haré que sus manos estén tan ocupadas que no llegará a palparlo... Y si lo hace, ¿qué?, se preguntó. ¿Me delatará? No. Me ama; de eso estoy convencido. ¿Y no dice el Talmud que en presencia de su Creador todo hombre deberá responder de los placeres que no haya experimentado? Su Dios le exigía llenar su vida de la mayor alegría posible, y no había dejado dudas sobre la facilidad con que toda existencia humana podía llegar a un brusco fin en el momento más insospechado.

—Y sabe Dios si viviremos lo bastante para arrepentimos —acabó por decir—. De repente he perdido todas las ganas de dejarlo en Sus manos. —Abrazó a Adele y dijo—: Nunca he estado con una mujer.

—Ni yo con un hombre.

—Entonces aprenderemos el uno del otro —dijo Alejandro, azuzando su pasión con un beso prolongado.

El lugar donde agonizaba la madre de Kate sólo estaba a una hora de camino, y, a medida que se aproximaban a la meta, la niña fue poniéndose más llorona y quisquillosa. Alejandro se preguntó qué atribulados pensamientos estarían perturbando la serenidad de la chiquilla. Debe de estar aterrorizada, pensó, como lo estaría yo ante la perspectiva de ver morir a mi madre. O quizá lo que más tema sea renunciar a la esperanza de llegar a conocerla lo bastante para llamarla «madre». Kate apenas conocía a la mujer que la había engendrado con ayuda del rey de Inglaterra, y pronto perdería toda ocasión de hacerlo. Acaso ni ella misma entendiera del todo la causa de su desasosiego.

Pero yo sí entiendo que tengas miedo, pequeña, pensó Alejandro; yo tampoco tengo un verdadero hogar. Se extrañaba de que Kate no estuviera desquiciada. Era imposible que disfrutara de aquel viaje, y del inevitable sufrimiento que la esperaba al final.

Él, en cambio, nunca olvidaría el éxtasis indescriptible que le había permitido sentir. Todo el dolor acumulado durante meses se había diluido en una noche llena de dulzura, cediendo su puesto a la alegría; a pesar de que el mundo se hallara envuelto en el caos, el corazón de Alejandro rebotaba de satisfacción. Amado y amada no dejaban de mirarse, reviviendo el hondo júbilo de su mutuo descubrimiento. Cada vez que se encontraban sus miradas, un flujo de emoción casi doloroso en su intensidad atravesaba el cuerpo de Alejandro, como una corriente embravecida, mas no por ello



menos grata.

Adele no había reparado en su cicatriz. De no haber sido tan virgen como Alejandro, acaso hubiera notado lo que diferenciaba a éste de todo hombre que no hubiera dado a Dios un trozo de su carne; pero no, no había dicho nada. De su boca no habían salido más que palabras de amor y extáticos gemidos que aún resonaban en los oídos de su amante.

Desde la reanudación del viaje, Adele volvía a tratar a Alejandro con cierto distanciamiento cortés. Prefería no expresar en presencia de Kate la nueva intimidad que los unía.

—Hemos llegado a destino, monsieur —dijo fríamente, señalando con la cabeza una casa modesta pero de aspecto sólido que precedía en poco al siguiente cruce de caminos.

Alejandro desmontó y ayudó a Kate a apearse del caballo que compartía con Adele. Después carraspeó con nerviosismo, procurando hallar el tono más dulce para comunicar a Kate lo que tenía que saber antes de entrar.

—Sé que la niñera te ha dicho que tu madre está gravemente enferma —dijo a la pequeña—. Pronto Dios la llamará a Su lado, y vivirá con los ángeles.

Kate cerró los ojos con fuerza, luchando por contener el llanto. Alejandro hurgó en sus numerosos bolsillos hasta encontrar un trocito de tela, que ofreció a la asustada chiquilla. Kate, que hacía valientes esfuerzos por mantener la compostura, aceptó el amable ofrecimiento con una sonrisa débil pero agradecida, y se enjugó las lágrimas.

—Kate —dijo Alejandro—, puede que tu madre no tenga el mismo aspecto que cuando la viste por última vez. Sin duda esta odiosa plaga habrá hecho disminuir su belleza.

La niña asintió con la cabeza, ansiosa por demostrar que entendía cuanto le decían, pero incapaz de convencer a sus escépticos acompañantes de que lo que estaba a punto de ver no iba a afectarla.

—El rey me ha dado órdenes estrictas de que emplee todos mis conocimientos médicos para protegerte del contagio, en honor del gran afecto que sigue tributando a tu madre. Le ha sido imposible acompañarnos, pero quiere darte a toda costa la oportunidad de volver a ver a tu madre.

La pequeña se despejó la nariz y, poco a poco, alzó la vista hasta mirar a Alejandro a los ojos. El médico sonrió.

—¡Muy bien, valiente! —dijo Alejandro—. He traído una máscara hecha de hierbas diversas, y quiero que me prometas llevarla en todo momento mientras permanezcas en esta morada; de otro modo, correrías el riesgo de contraer la

enfermedad. Por desgracia, Kate, me temo que no podrás abrazar a tu madre, ni tocarla siquiera, puesto que haciéndolo darías pie a que la peste se transmitiera directamente de su cuerpo al tuyo. Si me desobedeces, la ira del rey no tendrá límites, y no tengo el menor deseo de verla descender sobre mí.

Kate volvió a asentir con terrible gravedad, antes de limpiarse la nariz con la manga del vestido.

—No sé si te servirá de consuelo saber que entiendo tu sufrimiento, pequeña amiga mía. Yo también fui separado de mis padres a causa de un viaje a Francia, poco antes de que el médico del Papa me obligara a aceptar este trabajo.

Kate acabó por hablar, dejando entrever un genio que delataba su parentesco con Isabel.

—¡Pero seguro que eran viejos! ¡Mi madre es joven y hermosa, y no es justo que muera!

Rompió en sollozos, dejándose caer en brazos de Alejandro, que hizo lo posible por consolarla.

Antes de llamar al portón, los tres viajeros se pusieron sus máscaras de tela, rellenas de una mezcla protectora hecha con lo que quedaba de las hierbas y hojas medicinales de Alejandro. Al abrirles la puerta, la criada dio un salto hacia atrás. Con sus picudas máscaras y capas parecidas a alas, los tres visitantes semejaban grandes aves de presa. Sospechando alguna treta, y consciente de lo difícil que era defender la casa sin hombres en ella, la muchacha se dispuso a cerrarles la puerta en las narices. Adele no perdió el tiempo.

—¡Espera! —exclamó—. Somos enviados del rey, y aquí está la hija de la señora, tal como solicitó ella misma. Quiera Dios que no hayamos llegado demasiado tarde.

La criada levantó los brazos y juntó las manos por encima de la cabeza, gesto teatral con que daba señas de haber entendido.

—¡Gracias, Virgen bendita —susurró—, por traer a la niña sana y salva, y maldito sea Eduardo por su negligencia! —Después volvió a abrir la puerta sin perder tiempo y les hizo señas de que se apresurasen a entrar—. ¡Ya hace bastante frío dentro de la casa, y no hay manera de que la señora entre en calor! Entrad, y cerrad la puerta a las corrientes y vapores malignos. ¡Rápido, antes de que entre el aire!

Mientras les cogía las capas, se puso muy seria y dijo:

—No, no es demasiado tarde, pero temo que no le quede mucho tiempo en este mundo. Desde que se ha despertado esta mañana, no la he oído decir prácticamente

nada. Sólo gime y gruñe. Cuando se queja de que tiene frío, la tapo, pero en cuanto me doy la vuelta se quita la manta de encima. A ratos murmura como una loca, y luego aprieta las mandíbulas con todas sus fuerzas. No durará mucho.

Adele repitió a Alejandro lo dicho con otras palabras, a fin de evitarle problemas con el dialecto del lugar. Acto seguido informó a la criada de que el caballero era un *medicus* enviado para proteger a la chiquilla.

La criada dirigió a Alejandro una mirada desdeñosa, seguida por palabras cargadas de dureza y cinismo:

—Desde que la señora cayó enferma han venido a verla toda clase de doctores, con sus modales finos, pócimas y demás; ¡y a fe que no eran capaces ni de curar un grano! La única que ha conseguido aliviar un poco a la pobre ha sido la comadrona. ¡Para mí que vale más que todos esos médicos!

Sus palabras llamaron la atención de Alejandro, el cual, dejando a un lado los discursos del pretencioso De Chauliac, nunca había oído informe alguno sobre fe tratamientos eficaces contra la terrible plaga. Tras unos instantes de animada conversación con Adele, se volvió hacia la criada y, echando mano de un inglés deficiente pero comprensible, le preguntó:

—¿Dónde está esa comadrona? Me gustaría conocer sus métodos. Cualquier atisbo de tratamientos nuevos me interesa sobremanera.

—Mañana mismo podréis verla en esta casa, si es que estáis dispuesto a volver —contestó la criada—. Pero Sarah es una mujer extraña. Apuesto a que no le gustará que curioseéis.

Alejandro habría querido prolongar el interrogatorio, pero Kate se impacientaba por momentos. Tiró de la camisa de Alejandro y a través de su máscara pidió ser llevada junto a su madre. La criada dijo:

—Si queréis verla, seguidme. ¡Pero cuidado con pisar demasiado fuerte! No permitiré que la asustéis. —Dio media vuelta y los precedió por un oscuro pasillo. Mientras los viajeros se abrían camino a tientas, la criada les explicó—: Cerramos las ventanas para alejar influjos malignos. Mi señora ya está suficientemente enferma, y no hay necesidad de atraer todavía más pestilencia.

La empresa de cerrar la casa a cuanto viniera de fuera había tenido tanto éxito que reinaba en su interior un ambiente húmedo y viciado. Cuando se acercaron a la habitación en que yacía la enferma, un olor familiar a humores apestados asaltó la nariz de Alejandro; hacía tiempo que no tenía contacto directo con la enfermedad, y había empezado a olvidar sus horribles efectos, pero le bastó aquel olor para revivirlos en todo su dramatismo.

De pronto se detuvo, e invitó a Kate y Adele a hacer lo propio con un gesto de la mano. Se quitó la máscara y husmeó un poco; después, frunciendo el entrecejo, se esforzó por identificar el olor.

—Aquí huele a algo más que a enfermedad —dijo—. Me recuerda a algo. —Volvió a olisquear—. ¡Ya lo tengo! ¡Huele a huevo podrido! La criada se lo explicó:

—La madre Sarah ha dejado quemando en el dormitorio unos potecitos con una sustancia secreta, uno de tantos medios con que mantiene la peste a raya. Dios mediante, ha conseguido arrebatarse a la señora de las garras de la muerte durante dos semanas.

—¡Dos semanas! —exclamó Alejandro con entusiasmo—. ¡Tengo que encontrar a esa mujer, a esa tal Sarah, e interrogarla de inmediato!

—¿Tiene algún apodo que pueda facilitarnos la búsqueda? —intervino Adele.

La criada reflexionó unos instantes con expresión ceñuda antes de contestar.

—Que yo sepa, no. La conozco desde chiquitita, y siempre la han llamado madre Sarah; hasta mi pobre madre, a quien Dios tenga en su gloria.

—Pero ¿dónde encontrarla?

La criada volvió a meditar largo y tendido sobre la pregunta, y acabó explicándoles cómo llegar a un llano más allá del río.

—Hay un buen trecho —dijo—. Debéis cruzar el prado hasta dar con un par de robles que tienen los troncos retorcidos y llenos de nudos. Pasad por en medio y encontraréis otro camino más estrecho, que os llevará a un claro en el bosque. Al borde del claro hay una casita de piedra, al lado de una fuente amarilla que echa humo, y que según la gente de por aquí tiene poderes mágicos. Se rumorea que la madre extrae algunos de sus poderes del agua caliente.

En cuanto oyó hablar de magia, Adele tapó los oídos de la niña con ambas manos y exclamó:

—¡Blasfemias y herejías! ¡Que Dios nos proteja de la magia y las brujas!

Alejandro se volvió hacia ella con rapidez y dijo:

—Si esa mujer tiene algún poder contra la peste, iremos a verla de inmediato, sea bruja o no. De ningún modo dejaré sin investigar una posibilidad de cura.

Utilizando un tono enérgico y desafiante que contrastaba con su dulzura habitual, Adele replicó:

—¿Y qué pasa con la niña? ¡Insisto en mantenerla al margen de la perversa influencia de la brujería!

—¡Adele, ni siquiera sabemos si esa mujer practica artes malignas! La criada ha

dicho que es comadrona. Quizá los relatos sobre sus éxitos hayan impresionado tanto a la ignorante población de este lugar, que hablan de ella según sus propios prejuicios. Si tan eficaces son sus curas, más parece un *medicus* que una bruja.

Kate, sin voz ni voto en una discusión que versaba en torno a su seguridad, siguió el desarrollo de la animada conversación de que eran protagonistas sus dos acompañantes, y acabó por preguntar:

—¿No podría quedarme aquí, en casa de mi madre?

Interrumpida la disputa, Adele y Alejandro se miraron, esperando ambos la opinión de su contrincante. La criada dijo:

—La niña será bienvenida mientras no altere el descanso de mi señora.

—No lo hará —le aseguró Alejandro—; ha recibido órdenes estrictas de no tocar a su madre ni acercarse mucho a ella. Contamos con buenos caballos, que no tardarán en llevarnos al lugar que nos has indicado. Volveremos por la niña antes del anochecer; para entonces habrá tenido tiempo de sobra para hablar con su madre, y podremos iniciar enseguida nuestro viaje de regreso a Windsor. ¿Qué te parece, Adele?

Adele miró a la criada con recelo, preguntándose si podía confiar en que vigilara bien a Kate durante la estancia de la niña en casa de su madre. Estaba segura de que aquella chica había trabajado en la cocina hasta hacía poco tiempo, y que su ascenso a doncella sólo respondía a una imperiosa necesidad de ayuda por parte de su señora.

Fuera como fuese, si querían encontrar a la misteriosa madre Sarah no tenían más remedio que separarse de la chiquilla. Adele abrió su pequeño monedero, extrajo una pieza de oro y se la tendió a la criada.

—Asegúrate de que la niña no se acerque demasiado a la enferma, y te daré otra igual cuando volvamos.

La criada, que nunca había visto tanto dinero junto, puso unos ojos como platos. ¡Además, tenía la posibilidad de recibir el doble!

—Lo haré, señora; dadlo por hecho. No habrá niña más segura en todo el mundo.

Pero las dudas de Adele no se habían disipado. Abrazó a Kate y dijo:

—Volveremos a buscarte antes de que anochezca.

Tras recibir sus capas de manos de la criada, Alejandro y Adele la vieron acompañar a la niña hacia el dormitorio, mientras el médico rezaba en silencio por que no le sucediera nada malo. Se apresuraron a salir de la casa y tomaron la carretera en dirección oeste.

Poco después de cruzar el río, divisaron el llano desde lo alto de una colina.

Alejandro se internó por el prado, seguido de cerca por Adele. De acuerdo con lo indicado, no tardaron en encontrar los dos árboles, viejos y nobles ejemplares que unían sus copas en inmóvil abrazo. Al penetrar por el espacio que mediaba entre ellos, Alejandro tuvo la sensación de estar invadiendo la intimidad de los venerables robles.

En cuanto entraron en la espesura del bosque, supieron que todo había cambiado. Hasta el aire era distinto del que habían respirado en el prado; era cálido y fragante, contra lo que cabía esperar de un lugar umbrío como aquél. Sólo se oía el golpeteo de los cascos contra la tierra del camino; por lo demás, ni zumbidos de insectos, ni croar de ranas, ni eco alguno de voces humanas.

Alejandro, estupefacto, miró alrededor y dijo a Adele:

—Empiezo a entender que no hayas querido llevarte a la niña. Me siento como hechizado... A fe que en este lugar hay alguna presencia sobrenatural.

La transición del bosque al claro fue tan brusca que tuvieron que proteger sus ojos del sol. Alejandro no recordaba ningún detalle del camino posterior a la puerta de robles; sabía, eso sí, que lo había recorrido en toda su extensión. En cambio, no tenía la menor idea de lo que habían tardado. ¿Cuánto hacía desde que habían dejado atrás los robles? ¿Unos instantes? No, imposible acordarse... El misterio del lugar lo tenía cautivo.

Adele no era tan sensible como él al hechizo, ni mucho menos. Tenía ganas de decir a Alejandro que dieran media vuelta y se alejaran; lo deseaba desesperadamente, pero se había quedado sin habla. Mientras avanzaba por la senda del bosque, había tenido la sensación de que una mano empujaba a su caballo hacia aquel claro inundado de sol. Había querido protestar, pero, presa de una inexplicable y súbita mudez, se había visto incapaz de emitir sonido alguno.

Intercambiaron miradas de asombro, víctimas de algún sortilegio que los tenía suspensos. Desmontaron con movimientos lentos y pesados y empezaron a caminar hacia la casa, llegando en breve a un camino de piedra que nacía en la puerta y llevaba a la fuente amarilla; vieron alzarse el vapor de la cálida superficie, y quedaron hipnotizados por los dorados reflejos del sol que espejeaban inquietos en las plácidas aguas. Flotaba en el aire cálido una húmeda y embriagadora fragancia, que Alejandro se sintió impelido a aspirar una y otra vez con ávidas bocanadas. Cuanto más respiraba el fértil perfume, más deseos tenía de seguir haciéndolo. Era un aroma cargado y dulzón, que olía a cosas vivas y muertas, a podredumbre, a humedad, a vida.

Recuperada al fin el habla, dijo a Adele:

—Si esto es el mal, a él me entrego de por vida. Este lugar me tiene hechizado.

De pronto, el silencio quedó roto por una voz que parecía salida de un sueño.

—Os doy la bienvenida a mi hogar, honorable médico y gentil dama.

De repente se presentó ante ellos, como surgida de la nada, una mujer de avanzada edad cuyo aspecto no se avenía con lo armonioso de su voz. Su tono era maternal y tranquilizador.

—Os he estado esperando —dijo—, pero no sabía cuándo llegaríais.

La mentalidad lógica de Alejandro, que no renunciaba a su soberanía, alegó que en el mundo real no existían las dotes adivinatorias; pero la placidez del lugar, sus fragancias opulentas y fecundas, la extraña calma que irradiaba la anciana, todo ello hacía nacer en él una serenidad interna, un abandono que no había conocido desde su niñez en Aragón, y al que se rindió por completo. En aquel santuario de paz, las mariposas surcaban el aire con tal lentitud que, a juicio de Alejandro, ni su ligereza debería haberlas salvado de caer. Todo estaba inundado por una claridad sin sombras, y, sin embargo, no se veía el sol. No había nada pardo ni marchito; todo estaba en flor, todo perfecto, salvo la propia mujer, en quien la huella del tiempo parecía más una bendición que una carga. Aquel lugar devolvía a Alejandro a los tiempos en que el mundo todavía no había conocido la maldición de la peste. Los robles retorcidos marcaban la frontera entre el caos y una mágica serenidad.

—Venís a preguntar acerca de una cura.

Alejandro asintió enérgicamente, mirando a la anciana con ojos muy abiertos y llenos de esperanza.

—Pues bien, aquí la tenéis.

La anciana tendió a Alejandro una bolsa de lino bordada con gran maestría. El médico la sostuvo en sus manos y la examinó desde todos los ángulos, con la curiosidad y el asombro de un niño.

—No esperaba recibirla en mis manos —dijo—. ¿Qué regalo me habéis hecho? ¿Se halla la cura en el interior?

La risa de la anciana era profunda y antigua, llena de un hechizo casi musical que se apoderó de Alejandro al instante.

—Siempre debéis estar preparado para lo que menos esperéis, maese médico —le dijo—. Si queréis saber cuál es la cura, abrid la bolsa y satisfaced vuestra curiosidad.

Alejandro no se hizo de rogar. Enseñó la bolsa a Adele, quien, pese a mirarla con recelo, se sumó al examen de su contenido. El médico fue extrayendo los artículos uno a uno con enorme respeto, y Adele siguió su ejemplo. La bolsa contenía varios saquitos llenos de hierbas difíciles de encontrar, entre ellas algunas parecidas a las que había dado De Chauliac a su alumno antes de salir de Aviñón, aquellas mismas

cuyo suministro se había agotado. También había un saco más grande con un polvillo gris de olor desagradable. Alejandro metió la mano y dejó que el polvo se deslizara entre sus dedos como arena, cayendo de nuevo en el saco. Sacó después un pequeño frasco de líquido amarillento tapado con un corcho. Había cintas rojas, una cascara de nuez y otros objetos extraños, ninguno de los cuales le pareció tener uso médico. Cogió con fuerza el precioso paquete, comprobando con el tacto que existía de veras, más allá de su percepción mental. Miró a la anciana, deseoso de darle las gracias por el regalo.

—No sé cómo dirigirme a vos para daros las gracias. Veníamos en busca de una tal madre Sarah...

—Y la habéis encontrado.

Viendo confirmadas sus sospechas acerca de la identidad de la anciana, Alejandro apenas pudo contener su entusiasmo.

—¡Así que era cierto! —Se volvió hacia Adele y le dijo—: ¡Es ella! —Se dirigió de nuevo a la madre Sarah—. El asombro que me produce este lugar ha estado a punto de hacerme olvidar el verdadero motivo de nuestra venida. ¡Hemos visto a la dama a quien cuidáis, y hemos sabido de su evolución durante dos semanas! ¡Habladme de vuestras curas, tan llenas de sabiduría! Deseo con toda el alma aprender vuestros métodos.

—Maese médico —contestó la anciana—, debéis tener paciencia. Todo quedará revelado a su debido tiempo. Sabréis la respuesta que buscáis cuando os sea necesario conocerla.

Por primera vez desde que se hallaba en aquel lugar de ensueño, Alejandro sintió una punzada de desasosiego.

—Temo desaprovechar la oportunidad. Temo no saber reconocer lo que se me pide que vea.

—Debéis confiar en que sí sabréis —se limitó a decir la anciana—. Tenéis la cura en vuestras manos; pronto la tendréis en el corazón. Y ahora, marchaos. Apresuraos a velar por el bienestar de la niña, pues su alma corre grave peligro. No sé deciros cómo acabará su viaje, pero en los próximos días le espera una dura prueba. Acordaos ante todo de tener fe, y confiad en que las cosas llegarán a buen puerto.

Alejandro habría querido hacer miles de preguntas a la madre Sarah, pero se dio cuenta de que Adele estaba muy nerviosa y preocupada.

—Habla de una niña —dijo la joven—. Sólo puede referirse a Kate. ¡Tenemos que volver!

A Alejandro no se le pasó por la cabeza preguntar a la anciana cómo sabía de la



existencia de Kate; le pareció algo natural, sin más. Encontraron a los caballos en el lugar exacto donde los habían dejado, paciendo satisfechos la oscura hierba del prado. Alejandro metió cuidadosamente en sus alforjas la hermosa bolsa de hierbas curativas, hecho lo cual montaron y volvieron a internarse en la densa floresta, dirigiéndose hacia los robles que los devolverían al mundo exterior.

Tiraron de las riendas justo antes de pasar bajo los troncos retorcidos. Alejandro sentía en la cara un viento frío llegado del mundo en que estaban a punto de entrar, mientras el sol seguía calentándole la espalda, doloroso recuerdo de aquel otro mundo que se disponían a abandonar.

—Tengo miedo de que una vez atravesada esta puerta no nos acordemos de lo que ha sucedido al otro lado. —Dirigió a Adele una mirada suplicante y dijo:

—Temo que cuando la hayamos dejado a nuestras espaldas todo se sume en el olvido, y ya no haya ninguna cura atada a mi silla de montar.

Dando pruebas de una sabiduría impropia de su edad, Adele dejó a un lado sus propias dudas y consoló a Alejandro.

—Eso es imposible. La hemos tocado, y no puede desaparecer. Recuerda lo que ha dicho esa mujer, que llegará un día en que tengas que usarla...

A pesar de todo, Alejandro siguió sin moverse. Volvió la mirada hacia el bosque de troncos altos y rectos por los que el sol vertía sus rayos, bañando con ellos el mullido suelo de pinaza. Después se fijó en el prado, que, iluminado por la luz tenue del atardecer, ofrecía una imagen infinitamente menos seductora. El viento soplaba entre los dos robles, lanzando un remolino de hojas secas contra las patas del caballo. Alejandro permaneció inmóvil, paralizado por el miedo a perder lo ganado. Habría preferido quedarse ahí toda la vida.

—¡Alejandro —lo apremió Adele—, tenemos que irnos! ¡Acuérdate de lo que ha dicho sobre Kate! ¡Tenemos que volver con ella ahora mismo!

Y, sin más palabras, volvió su montura hacia el prado y la azuzó con un golpe en los flancos. Cuando la robusta y obediente yegua se puso en marcha, Adele soltó un grito, un grito que no era de dolor, sino de sorpresa por la ráfaga de aire frío que le había inundado los pulmones justo al dejar atrás los robles. Detuvo al caballo, que, al igual que ella, se había quedado sin aliento, y reaccionó a la brusca agresión con un estentóreo ataque de tos.

Viéndola pasar un mal rato, Alejandro olvidó sus temores y espoleó a su caballo. También él se resintió de la acometida del viento, y tardó un poco en respirar con normalidad, pero, recuperado de su malestar en cuestión de segundos, se encontró al borde del prado en compañía de Adele. Ambos permanecieron inmóviles. Alejandro se fijó en la posición del sol sobre el horizonte, advirtiendo que era apenas distinta de

cuando habían pasado debajo de los robles por primera vez. Tampoco las sombras habían cambiado. Se dio cuenta de que había transcurrido muy poco tiempo, como si prácticamente no se hubieran movido de ahí.

Y de pronto no cupo en sí de gozo: ¡recordaba! Recordaba la calidez y fragancia del aire, y tenía grabada en su mente la imagen de la anciana. Volviéndose hacia Adele, dijo con voz ansiosa:

—¡Amada mía! ¡Por favor, di que recuerdas lo ocurrido!

—Sí, mi amor, lo tengo todo presente, como si siguiéramos ahí.

Loco de alegría, Alejandro desmontó, desató las correas de sus alforjas, hurgó en ellas y encontró lo que buscaba, el saco de tela que había metido en ellas antes de dejar el claro. Lo sacó con impaciencia.

Aquel saco, sin embargo, no era de hilo, ni estaba diestramente bordado. Era un simple saco de tela gruesa, marrón y gastado, a punto de romperse. ¿Qué artimaña es ésta?, se preguntó. ¿Me habrá engañado esa mujer? Consternado, miró a Adele y acto seguido deshizo el cordón. El saco contenía las mismas hierbas, sólo que en bolsas de inferior calidad. El preciado saco había quedado muy maltrecho, pero, por suerte, su exótico contenido seguía intacto y había sobrevivido a la transición.

Alejandro volvió a meter el saco en sus alforjas y subió al caballo con un salto enérgico. Los dos jinetes recorrieron al galope el espacioso prado; obligados a hender a tal velocidad el aire gélido, los caballos bufaban y relinchaban en señal de protesta, hecho que llevó a Alejandro a preguntarse si también ellos habrían preferido permanecer allí.

## DIECISÉIS

La enfermera dio a Janie una toallita caliente desechable para quitarse los residuos de lubricante. Janie se la devolvió, después de limpiarse en lo posible las marcas de la toma de huellas. Medio mareada, vio a la enfermera meter la toallita en la misma bolsa amarilla de plástico en que ya había metido el traje esterilizado, bolsa que, una vez cerrada, recibió un adhesivo en el que Janie leyó «Ethel J. Merman». Tras dejar la bolsa a un lado, la enfermera dio a Janie otro traje esterilizado y zapatillas de usar y tirar.

Janie se apresuró a cubrirse, segura de que quienes vigilaban al otro lado de los espejos seguían mirándola. Era como si unos ojos invisibles la estuvieran recorriendo de pies a cabeza. En el cubículo hacía bastante frío, y Janie tenía la piel de gallina; intentó entrar en calor cruzando los brazos, pero la fina tela del traje, de una consistencia parecida al plástico, no la ayudó mucho, y cuando se encaminó a la celda, escoltada por dos silenciosos biopolicías, estaba tiritando. La cruda sensación de haber sido violada persistía con intensidad suficiente para modificar la percepción de su propio cuerpo, convertido en algo ajeno, distinto, como si perteneciera a otra persona. Fue así, en un estado mental inconexo, como volvió a la celda, mucho más dócil que cuando la había dejado en compañía de los agentes. De haber vuelto con nuevas exigencias, éstos la habrían encontrado harto fácil de manejar.

Como el suelo era de baldosas, cuando Janie recogió su ropa la encontró fría.

—¿Me haces el favor de darte la vuelta? —dijo a Bruce, que obedeció en silencio—. Volveré a ponerme mi ropa sucia.

Subrayó la última palabra.

Bruce tenía mucho que preguntar, pero la expresión humillada y furiosa de Janie al entrar con los biopolicías lo convenció de no molestarla hasta que hubiera tenido tiempo de recuperarse mínimamente. Albergaba la esperanza de que hiciera algún comentario espontáneo, sin necesidad de darle pie a ello, pero Janie siguió dando vueltas a su celda en silencio, con los dientes castañeteándole.

Al final pudo más el deseo de saber cómo estaba que la paciencia. Sin dejar de darle la espalda, Bruce dijo:

—¿Janie?

Janie siguió caminando.

—¿Qué?

—¿Puedo darme la vuelta ya?

—Faltaría más.

Bruce se volvió y miró a Janie, que rehuía su mirada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con suavidad.

Janie vaciló unos instantes antes de contestar en voz baja:

—Supongo que podría decirse que sí. —Suspiró con fuerza—. Francamente, he estado mejor. —Acabó por mirar a Bruce a través de los barrotes, con una expresión vencida y exhausta. Expulsó el aire de los pulmones y dijo—: Ha sido la experiencia más denigrante de mi vida, y de lejos.

La mirada de Bruce se cargó de un remordimiento sincero, como si de algún modo fuera responsable del mal trago.

—Siento que haya tenido que pasarte precisamente a ti. Sé que estás en contra de las huellas corporales. Convengo en que es duro, aunque personalmente lo tengo asumidísimo. —Bajó la cabeza—. Tanto, que llego a olvidar lo difícil que es para algunos...

Janie volvió a sentarse en el suelo frío con las rodillas contra el pecho.

—Dudo que pueda ser fácil para nadie. Todas esas sondas y sensores... y por dónde los meten... Me he sentido como un pollo en el asador, a punto de que las llamas me lamieran los tobillos.

Bruce se quedó mudo, casi meditabundo. Cuando habló, lo hizo con tono muy contenido.

—¿Cuánto ha durado la toma de huellas? Me refiero a la imagen propiamente dicha.

Janie se despejó la nariz.

—No sabría decirlo. En todo el tiempo que he estado ahí no he visto ningún reloj. Media hora, a lo mejor. A mí me ha parecido una eternidad. De verdad que no lo sé.

—Desde la última vez que me lo hicieron ha pasado bastante tiempo.

Janie se incorporó ligeramente.

—¿¿La última?? No entiendo. Pensaba que sólo había que hacerlo una vez.

Bruce demoró unos segundos su respuesta, tratando de escoger bien sus palabras. Acabó optando por la verdad sin paliativos.

—Me ofrecí voluntario.

Janie se puso en pie de un salto.

—A ver, a ver, repite eso —dijo—. No estoy segura de haber captado. —Miró a Bruce con recelo—. ¿Te ofreciste voluntario para que te tomaran las huellas dos

veces?

La intensidad de su mirada intimidó a Bruce.

—Más de dos. La verdad es que me lo han hecho diez veces.

Janie se aferró a los barrotes, resistiéndose a dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Diez veces? ¡Pero Bruce, por Dios! ¿Por qué? ¡Si es algo espantoso! ¿Eres masoquista o qué?

—¡Tenía que estar seguro de que lo habíamos hecho bien! —Bruce estaba alterado, y su voz delataba un conflicto interno. Su participación en el desarrollo de la toma de huellas corporales había sido una experiencia absorbente, pero el tener que explicárselo a Janie le estaba resultando de lo más violento, como una visita al confesionario—. Formé parte del equipo que creó las primeras técnicas de toma de huellas. No fue idea mía, aunque debo admitir que me intrigó desde el principio. Los primeros intentos eran muy rudimentarios, y no especialmente útiles, pero no tardamos en llegar a resultados más interesantes, y a partir de ahí ya fue todo sobre ruedas. Sólo transcurrieron seis años desde la primera idea al prototipo experimental. Su voz sonó más tranquila.

—Si me las tomé diez veces fue porque en esos años era casi imposible conseguir voluntarios, ni siquiera entre los presos. Todos usamos nuestros propios cuerpos como conejillos de Indias, para someter a prueba los controles y los niveles de radiación de las sondas luminosas. Durante la mayor parte del tiempo sólo usamos el sistema con nosotros mismos y los cadáveres que llegaban a nuestras manos... Después construimos unas cuantas máquinas beta y las enviamos a varios países para ponerlas a prueba. A largo plazo, se tomaron las huellas de casi todos los muertos de la primera Epidemia, incluso en Estados Unidos, aunque eso lo sabe poca gente. Después todo consistió en usar las mismas máquinas una y otra vez hasta quedar satisfechos con todos los ajustes, que fue cuando destruimos el primer grupo y construimos otras nuevas.

—No entiendo que te dejaras involucrar en algo así.

Bruce empezaba a perder la paciencia.

—Me parece que no lo ves como hay que verlo, Janie. Tu planteamiento es muy reduccionista. Tú misma eres cirujana, y seguro que te has beneficiado de...

—¡Alto ahí! —lo interrumpió Janie, indignada—. No soy cirujana. Lo era antes de crearse todas estas normas; antes de que toda esa tecnología, incluidas, subrayo, las huellas corporales, convirtiera la medicina de siempre en algo prácticamente obsoleto.

—¿Una herramienta de diagnóstico tan estupenda, convertir la medicina en algo

obsoleto? —dijo Bruce, cada vez más contrariado—. ¿El hecho de que sepas exactamente qué hay que hacer no mejora tu técnica quirúrgica? Si la incisión es pequeña, ¿no tarda menos en curarse el paciente? ¿No se reduce el dolor y las posibles infecciones? ¿No mejora todo, absolutamente todo?

—¡Claro, claro, todo mejora! Me encantaba poder hacer un corte más pequeño y taparlo con una tirita. No es ése el aspecto que me parece censurable, sino lo que tiene de invasión de la intimidad.

—Oyéndote, cualquiera diría que abrir el cuerpo de una persona no es invadir su intimidad. Tú probablemente lo hicieras varias veces al día.

—Sí, pero sólo lo veía la gente que estaba conmigo en el quirófano; y, aunque no siempre fuéramos respetuosos con el paciente, al menos no introducíamos un informe en una red de ordenadores. Pasaba en una habitación, con un número reducido de espectadores, y sabiendo el paciente que sus asuntos personales no iban a formar parte de un inmenso archivo informático.

—Exageras. Es verdad que la información corre por ahí, pero estamos creando normas para limitar el acceso.

—Sabes tan bien como yo que cualquier pirata informático mínimamente listo puede meterse en la red que le apetezca. En la informática ya no existe intimidad. ¿Qué pasa si a un empresario demasiado entusiasta se le ocurre chantajear a la gente con información obtenida por el sistema de huellas corporales? ¿Ya has olvidado lo que les pasó a los seropositivos en los primeros tiempos del sida? A la mayoría los trataban como a parias. Al principio no tenían protección.

—Eso no va a suceder, y tú lo sabes.

—¿Ah, sí? ¿Y puedo estar segura? ¿Puedes estarlo tú? Me parece que das a los mandamases un margen de confianza que no se merecen. Anda suelta gente muy lista, y muy capaz de espiar la vida de los demás. Tú espera, que no pasará mucho tiempo antes de que alguien tenga la idea de averiguar quién posee órganos compatibles para el trasplante. Con las huellas corporales, esos datos están al alcance. Piensa en el dinero que podría ganarse organizando muertes «accidentales» para conseguir los órganos. Tampoco falta gente lo bastante desesperada para pagar lo que sea con tal de seguir viviendo.

—Faltan cinco o diez años como mucho para que podamos cultivar órganos de trasplante —dijo Bruce—; y entonces ya no tendrá importancia.

—Pero bueno, ¿es que no lo entiendes? La tiene ahora, y seguirá teniéndola hasta entonces; este sistema proporciona demasiadas oportunidades de hacer daño. Ahora, encima, están metiendo mis datos en ese ordenador, con los de millones de otras personas. No sé si podré volver a sentirme segura. —Se cruzó de brazos—. Antes de

embarcaros en algo así deberíais haber reflexionado más sobre lo que hacíais.

El comentario ofendió a Bruce, que contraatacó de inmediato.

—Ya reflexionamos. Pensamos en todo lo bueno que podía salir del proyecto. Además, ¿cómo es que de repente te has convertido en la guardiana de la moral del mundo? Hay un montón de gente que cree que las huellas corporales son el mejor invento desde el microscopio, y algunos están en una posición que les permite tomar decisiones sólidas y bien informadas. Mientras trabajábamos en ello, todos éramos conscientes de estar creando algo que sustituiría a la tecnología TAC y resonancias magnéticas. Nos entusiasmaba la idea de poder ver el cuerpo entero, verlo en forma tridimensional, tal como es. Éramos como niños con un juguete nuevo. Nadie pensaba en riesgos orwellianos. Tampoco era nuestro trabajo; para eso estaban los políticos. Nosotros nos limitábamos a ser buenos científicos, y a mejorar el futuro de la medicina a escala mundial. Nunca se nos ocurrió que a alguien pudiera parecerle tan insidioso.

—¡Pues se os podría haber ocurrido! Podrías haber previsto...

Bruce la interrumpió.

—Janie, por Dios, ¿cómo puedes estar tan de vuelta de todo? Me parece increíble lo cínica que has llegado a ser. —Pasó la mano por los barrotes, como si pudiera tocarla—. Intenta tomártelo con calma; no es tan siniestro como crees. Sé que te han hecho daño, pero no te iría mal relajarte un poco. Oyéndote da la impresión de que el apocalipsis está a la vuelta de la esquina.

Janie bajó la cabeza.

—Es la impresión que tengo casi siempre.

—Entonces lamento todavía más lo que has tenido que aguantar. Me gustaría poder hacer algo para cambiar tus sentimientos, pero no puedo.

Janie volvió a mirar a Bruce.

—Ya, ya lo sé. —Volvió a pasearse por el exiguo espacio de la celda como una tigresa enjaulada, odiando las paredes y barrotes que limitaban sus movimientos—. ¡Todo me parece tan serio! Veo muy negro mi futuro, y estos cambios hacen que me lo parezca todavía más.

—Entonces —dijo Bruce—, si quieres tener alguna esperanza, piensa en lo siguiente. —Su voz cobró entusiasmo—. ¿Te acuerdas de ese proyecto del que te hablé, el que íbamos a empezar Ted y yo y que se ha retrasado?

Janie asintió con la cabeza.

—Pues está basado directamente en información desarrollada a partir de las

huellas corporales. Estoy buscando un sistema para adaptar a las personas impulsos neurológicos artificiales basados en las huellas de su sistema nervioso. Si sale bien, quienes padezcan enfermedades nerviosas podrán recibir implantes eléctricos que les estimularán los nervios y desembocarán en movimientos naturales; igual que un marcapasos, pero para nervios específicos. Ya no tendrán que esperar trasplantes fetales. —La indignación de Bruce fue dando paso al entusiasmo. Subrayaba sus palabras con enérgicos ademanes—. Podremos hacerlo porque las huellas corporales nos permiten separar el sistema nervioso, y de ese modo localizar y medir con precisión los impulsos. Ya he llegado a simular movimientos faciales en el ordenador. A partir de la huella de una bacteria, he conseguido que baile en tres dimensiones...

—¡Caramba, Bruce, nunca había imaginado...!

—Yo tampoco, hasta tener huellas corporales correspondientes a varios años. De repente, un día va y se me ocurre. Pensé: ¿y si usamos esa información para enviar impulsos tan precisos que nos permitan crear una especie de coreografía electrónica? Podríamos programar a la gente para que ejecute movimientos concretos, dando pie a que puedan ejecutar ciertas tareas necesarias. Todo puede controlarse a través de un minúsculo chip implantado cerca del lugar afectado, una especie de centro de control enganchado a la espina dorsal.

Janie leyó un entusiasmo creciente en los ojos de Bruce, cada vez más abiertos.

—No tardará en llegar el momento en que quienes tengan dañado el sistema nervioso puedan volver a moverse sin ayuda, usando sus propios cuerpos. ¡Piénsalo! Piensa en la alegría de una persona que se levanta de la silla de ruedas y camina por primera vez en años. Piensa en lo que sentirá al usar el cuchillo y el tenedor una persona a la que se ha alimentado durante años como a un niño pequeño. Con tal de conseguir algo así, trabajaría durante el resto de mis días.

Ella percibió la pasión con que hablaba, y entendió su ferviente certeza de estar haciendo lo más indicado.

—Temo ponerme celosa —dijo—. Haces que parezca un trabajo maravilloso. Yo no estoy muy segura de cómo me enfrentaré al mío; siempre y cuando consiga el certificado, por supuesto.

—Ya verás que sí —repuso Bruce—. Estoy seguro de que te lo darán. Esto sólo ha sido un tropiezo. Además, ahora que te han tomado las huellas ya no tienes tanta presión. No tienes un plazo fijo para volver a casa. Puedes tomártelo con más calma.

—Yo sí, pero Caroline no. Y tampoco estoy segura de que todo se arregle con tomarme las huellas; mi visado establece una fecha límite, y en Massachusetts tengo al bueno de Atila, mi director, esperando a saltarme encima en cuanto llegue. Ni siquiera quería dejarme hacer este proyecto. Según él, hacer excavaciones era



demasiado complicado. A mí me pareció un cambio para bien; y sí, sí que ha sido un cambio, aunque lo de para bien lo dudo.

—Lamento que no haya sido agradable —dijo Bruce con suavidad—. Para mí ha sido un placer volver a encontrarme contigo.

Viendo la manera con que le sonreía Bruce, Janie hizo un esfuerzo por quitarse de encima lo que le quedaba de rabia por lo sucedido durante el día.

—Me alegro de que hayamos podido hablar —dijo.

Cuando el guardia volvió por ellos (y ya era hora, porque había pasado un día entero), Janie y Bruce habían hablado más de lo imaginable.

El carrito oxidado iba dando tumbos por las calles de Londres, traqueteando sobre el empedrado, pero la andrajosa mujer que lo gobernaba siguió empujando como había hecho durante casi todo el día, mascullando alegremente para sus adentros.

Pese a la violencia de las sacudidas, Caroline no despertó. Flotaba justo por debajo de la superficie de la conciencia, mirando a través de una fina capa de sueños como si estuviera debajo del agua. A veces esos sueños eran tan hermosos que, en su delirio, Caroline rezaba por que se hicieran realidad; otras, eran tan violentos y desdichados que su mente dormida hacía esfuerzos desesperados por despertarse, siempre sin éxito.

Nadie les prestó la menor atención, ni trató de detenerlas. No eran más que una parte ínfima de esos miles de marginales harapientos y perdidos que se apartaban de la normalidad imperante en la lustrosa sociedad londinense. Ya nadie se refería a ellos como «los sin techo», pero, a pesar del cambio de nombre, la categoría seguía englobando a quienes no encontraban un lugar fijo en la rígida estructura social de la Inglaterra posterior a las Epidemias.

La mujer que empujaba el carrito estaba acostumbrada desde su infancia a verse rechazada por la gente supuestamente «normal». Aquella vida le parecía más agradable que la otra, y menos exigente. No tenía que rendir cuentas a nadie, sólo a una familia extensa de marginales como ella. Londres estaba habitada por varias «familias», poco menos que clanes, algunos de los cuales vivían debajo de puentes o en edificios abandonados. La familia de la mujer del carrito se había instalado en un bosque limítrofe con un campo al sur del Támesis.

—Que en paz descanse —murmuró, pensando en la anterior propietaria de las tierras junto a las cuales vivía, una anciana que había muerto poco tiempo atrás dejando a un hijo medio tonto, próximo también él a la vejez.

Separó una mano del mango del carrito y, después de santiguarse, rezó una breve plegaria por el alma de aquel pobre hombre, añadiendo al final una bendición para su pasajera.

Se oyó a lo lejos el ulular de una sirena. La mujer detuvo el carrito para interrumpir su chirrido, y escuchó atentamente. Se estaban acercando. Examinó los alrededores en busca de un escondrijo, y acabó decidiéndose por un callejón que separaba dos altos edificios. Se apresuró a llegar hasta él.

Una vez metido el carrito entre los edificios, la mujer se colocó delante de él, ocultándolo con su voluminoso cuerpo. Nerviosa, vio pasar el coche patrulla de la policía biológica de camino a alguna crisis vírica, y, una vez segura de que estaba lejos y ya no había riesgo de que las descubrieran, salió del callejón tirando del carrito.

Y así fue como la mujer del carrito atravesó Londres sin ser vista, recorriendo con su pelirrojo y maltrecho cargamento un laberinto de calles y callejuelas que se ajustaba a un plan preestablecido. De vez en cuando se detenía, pero sólo durante unos instantes, a sabiendas de que darse prisa era fundamental. A veces el pesado carro era empujado por otro marginal, mientras la mujer caminaba a su lado. Durante esos momentos de descanso, la pordiosera hurgaba en su gastado bolso marrón hasta encontrar una manzana medio podrida, un mendrugo reseco u otro trofeo rescatado de las basuras de algún próspero hogar. Conscientes en todo momento de que Caroline empeoraba a ojos vista, los marginales que la acompañaban intentaban obligarla a beber algún traguito de agua, tarea harto difícil. Ningún observador habría imaginado que rufianes de aquella calaña fueran capaces de desvivirse con tanta ternura por su inconsciente protegida; sin embargo, hacía tiempo que habían prometido hacerlo en señal de gratitud por los cuidados que ellos mismos habían recibido en casa de la persona a quien habían hecho el juramento.

La mujer que en esos instantes empujaba el carro había estado vigilando la noche en que Janie y Caroline habían desenterrado el maligno trozo de tela, y, al ocultarse las dos en el bosque, se había mantenido a un metro escaso de ellas, entendiendo las graves consecuencias de la excavación. Sabía que Sarin iba a necesitar su ayuda más que nunca. Era hora de mostrarse a la altura de la bondad de su madre, y, aun a sabiendas de que el precio podía ser muy alto, la marginal estaba dispuesta a pagarlo.

El biopolicía utilizó su tarjeta mágica para abrir la celda de Janie.

—Muy bien, señora Merman, ya tenemos sus resultados. Acompáñeme, por favor.

Antes de que Bruce tuviera tiempo de decir «¿señora Merman?», Janie le dirigió una mirada de advertencia que fue entendida de inmediato. Después de un día y medio de comunicación ininterrumpida, existía entre ellos una sintonía casi perfecta. Bruce consiguió contener la risita que pugnaba por salir a flote, y tuvo la prudencia de mantener la boca cerrada.

El biopolicía, en cambio, seguía teniendo cosas que decir.

—No sé qué dirán las leyes de su país, señora, pero en éste tenemos que mostrarle los resultados de la toma de huellas, y asesorarla de inmediato sobre cualquier duda que pueda surgirle.

Mientras seguía al agente, Janie dijo, con un tono de voz excesivamente imperioso:

—A nuestros ciudadanos se les da la posibilidad de elegir. Todavía no estamos regulados.

El guardia la miró con condescendencia y dijo:

—Por supuesto. Su país siempre ha estado sin regular, al menos desde que el nuestro dejó de gobernarlo, lamentable error de juicio por parte del rey Jorge.

Abrió una puerta de metal y, sonriendo, hizo señas a Janie de que pasara.

Exquisitamente educado, pensó Janie. Está claro que han decidido no verme como una amenaza. ¡Sólo un guardia, y encima un payaso! Ni siquiera me vigila. Vio entonces la pistola química que llevaba el guardia sujeta a la cintura, y entendió que le permitieran ser escoltada por un único agente. Con aquella arma no le hacía falta ayuda para mantenerla a raya.

La salita en la que entraron había hecho a todas luces las veces de despacho en la empresa de juguetes que había ocupado el edificio antes de las Epidemias. Había un escritorio con un ordenador y una silla a cada lado. El biopolicía indicó a Janie que se sentara, mientras él ocupaba el lugar principal. Janie vio dos proyectores, uno montado en el techo y otro en el suelo. El guardia apretó un interruptor que redujo drásticamente la iluminación de la sala.

—¿Preparada? —dijo.

¿Lo estoy?, se preguntó Janie. ¿Alguna vez estaré preparada para ver todos mis defectos? Guardó silencio por unos instantes, meditando sobre lo que estaba a punto de ver. Siempre había dado por supuesto que estaba sana; pocas veces se ponía enferma, y nunca había tenido nada serio. Había conseguido sobrevivir a las Epidemias, mientras veía caer a la gente como moscas. De repente tuvo miedo. ¿Y si se me ha acabado la buena suerte? ¿Y si sale algún tumor? ¿Y si hay una bomba genética a punto de explotar? ¿Quiero saberlo?

Sin embargo, a pesar del miedo y la incertidumbre, había una parte de su ser que exigía saberlo todo, la parte que amaba la medicina. Lo único que no puedo cambiar, se mire por donde se mire, es el día en que me tocará despedirme de todo, pensó; de lo demás, puede arreglarse prácticamente todo. Sabedora de que ni siquiera una herramienta tan sofisticada como las huellas corporales era capaz de determinar la duración de su vida, hizo acopio de coraje y asintió.

—Preste atención a la zona entre los dos proyectores —dijo el guardia.

Janie asistió a la formación de una imagen holográfica de su cuerpo. De repente se vio a sí misma en todo el esplendor de su madura desnudez. La imagen mostraba a las claras la tensión con que había reaccionado al instante preciso de la toma, mueca incluida. Advirtiendo su consternación, el guardia dijo:

—No se preocupe. Con este trasto no hay manera de salir favorecido.

—Hay gente que queda bien haga lo que haga —replicó Janie—, pero no es mi caso. Da igual, no se preocupe. ¿Qué han descubierto?

—A ver... —El guardia fue pasando hoja tras hoja, diciendo todo el rato—: Normal, normal, normal. —Llegado a cierto punto, pulsó unos botones del teclado y desapareció todo excepto el sistema circulatorio del holograma, quedando una masa de venas, arterias y capilares en forma de Janie. En una vena de su pantorrilla derecha se encendió una lucecita—. Ahí está. —Señaló la luz—. Existe la posibilidad de una vena varicosa.

Janie asistió con asombro a la puesta en relieve de diversas taras físicas sin importancia, pequeñas anomalías de escasa relevancia: un dedo medio del pie más prominente de lo normal, resultado de un golpe cuyo intenso dolor no había quedado olvidado con los años; su apéndice, presente todavía, pero oculto debajo del intestino.

—¿Alguna vez tiene una indigestión? —preguntó el guardia.

—Más de una... —contestó Janie.

—Es probable que esto lo explique. —Sonrió—. Pero supongo que no le he dicho nada que no sepa. —Al examinar la imagen de su sistema reproductivo, dijo—: Veo que está esterilizada.

Se fijó en la página correspondiente. Examinó la imagen, y a continuación volvió a consultar el texto. Hizo más transparente la imagen ajustando unos cuantos botones, y después cogió un puntero.

—De esto, en cambio, no tiene conciencia... No sé si podrá verlo desde donde está, pero justo aquí hay algo microscópico. —Colocó el puntero en un lugar concreto de su pecho izquierdo—. Podría ser el inicio de algún tipo de lesión, o, más precisamente, un futuro tumor. Debería hacer que se lo extirpasen lo antes posible.

Cuando retiró el puntero, Janie se estremeció, como si lo sintiera, salir de su propia carne.

Miró la pequeña mancha del pecho, pensando que, antes de que le tomaran las huellas, habría pasado desapercibida mientras no adquiriera el tamaño detectable en una mamografía. De haber vivido en una época anterior, antes del desarrollo de tratamientos contra el cáncer, aquella minúscula lesión podría haberse convertido en causa de una muerte prematura y dolorosa. También pensó que, una vez introducida su imagen en el sistema, cualquier habitante del planeta que tuviera acceso a sus huellas sabría que tenía una lesión en el pecho. De repente no supo qué pensar; en cualquier caso, no podía negar su gratitud por haberlo descubierto con tiempo de sobras para hacerse extirpar la ponzoñosa mancha. A fin de cuentas, conozco a muchos cirujanos...

El biopolicía la miró con expresión satisfecha y pagada de sí misma, consciente de haber justificado lo duro de la experiencia mostrando a Janie sus beneficios inmediatos.

—¿Alguna pregunta?

Janie estaba demasiado perpleja para hacer preguntas, y su realismo le impedía plantearse la posibilidad de huir; así pues, se limitó a salir de la sala en pos del agente, volviendo a su celda sin rechistar.

La andrajosa mujer estaba demasiado cansada para seguir empujando el carrito; además, se estaba haciendo de noche, y le resultaba difícil ver con claridad. Así pues, decidió buscar un lugar seguro donde descansar. Lo mismo habían hecho todos sus compañeros, dejándola sola. La mujer sabía que volverían a reunirse por la mañana, pero no podía esperar hasta entonces. Cerca de ahí había un paso elevado bajo el cual vivía un clan sólidamente constituido; la mujer pensó que a esas horas de la noche todos estarían instalados, esperando la bendición del amanecer. Entre ellos había un par de amigos que acaso pudieran ayudarla.

Detuvo el carrito y, apoyada en la baranda, susurró una contraseña. Poco después aparecieron de debajo del paso elevado dos individuos mugrientos que la saludaron sin alzar la voz. Cuando supieron que su amiga necesitaba ayuda, se pusieron a su disposición de inmediato. El grupo de marginales levantó suavemente a Caroline y la llevó terraplén abajo. Debajo del puente, otros marginales le prepararon un lugar para dormir mediante el procedimiento de amontonar toda clase de mantas y ropa de abrigo, hasta obtener un lecho digno, por lo mullido, de una princesa. Una vez depositada con suavidad en la cama improvisada, la taparon con periódicos. La mujer del carrito se sentó a su lado y entabló conversación en voz baja con sus dos amigos,

cuyos rostros curtidos brillaban de forma espectral a la luz de un fuegucillo que ardía dentro de un pote metálico. Después de un rato, la mujer se inclinó hacia Caroline y, tras escuchar su respiración, le puso una mano en la frente. Visto que, sin dejar de estar terriblemente enferma, la joven parecía haberse estabilizado, su protectora apoyó su bolso marrón contra unos ladrillos apilados y, hecha un ovillo, se dispuso a dormir.

La puerta de la zona de almacenamiento se abrió una vez más para dejar paso a un biopolicía, esta vez solo y sin arma a la vista.

—Hemos encontrado el material que buscaba —dijo a Bruce—. Ya lo han procesado, y tiene permiso para llevárselo. —Abrió la celda de Janie y después franqueó el paso a Bruce—. A propósito, doctor Ransom, acepte mis más sinceras disculpas por lo que les he hecho pasar. Le aseguro que no tenía elección. Las normas son claras. Por otro lado, tal vez le interese saber que en ningún momento hemos logrado contactar con el doctor Cummings. Ha sido una suerte que tuviera los permisos pertinentes; de otro modo, tendrían que pasar un bonito fin de semana en Leeds. —Rio y dijo a Janie—: Señora Merman, espero que visite Leeds en otra ocasión. Estoy seguro de que su próximo viaje será más agradable.

Lo dudo, capullo, pensó Janie; pero dirigió al guardia una sonrisa almibarada y dijo:

—Gracias, ha sido estupendo. Y de lo más instructivo. Pero creo que me abstendré.

—Como quiera —dijo el guardia, haciéndoles señas de que lo siguieran.

Los acompañó hasta la zona de recepción, donde los esperaban los tubos de marras, pulcramente amontonados y envueltos individualmente con plástico protector amarillo y cinta adhesiva roja. Bruce y Janie se repartieron la pesada carga. Justo antes de que pasaran por la puerta, uno de los biopolicías depositó otra bolsa amarilla encima de la pila de Bruce.

—Su reloj y otros objetos personales —dijo.

Los sorprendió ver que estaba oscuro. La ausencia de ventanas en el edificio les había hecho perder la noción del tiempo. El frío de la noche les despejó la cabeza y les infundió un vigor renovado. Tras colocar los tubos en el maletero de su coche, Bruce sacó el reloj de la bolsa.

—¡Caray! ¡Si casi es medianoche!

—¡Mierda! —exclamó Janie—. ¡Quería llamar a Caroline! Ya debe de estar

durmiendo.

Bruce le dio su teléfono, que había dejado en la guantera. Janie marcó el número de Caroline en Londres, dispuesta a disculparse por haberla despertado.

—Seguro que se está preguntando qué coño nos ha pasado —conjeturó Janie mientras oía la señal; pero sólo contestó el buzón de voz del hotel. Janie dijo, irritada —: ¿Dónde estará a estas horas? —Mientras oía el mensaje, miró a Bruce y añadió—: ¿Qué te apuestas a que tiene el teléfono desconectado?

—Eso me suena a Ted —dijo Bruce, recordando las dificultades que habían tenido por no haber contestado Ted al busca—. ¡Eh, no es mala idea! ¡A lo mejor están juntos!

—¡Vaya ocurrencia! —observó Janie—. Por lo poco que sé de Ted, no pegan ni con celo.

En cuanto estuvieron instalados en el coche, con sus pertenencias bien guardadas y los mapas a punto, la adrenalina de la anhelada liberación dejó paso al cansancio y a la descorazonadora sensación de no saber muy bien dónde estaban. Bruce introdujo el código de arranque del coche con movimientos fatigados, y, cuando el motor se puso en marcha, se volvió hacia Janie y dijo:

—¿Crees que es buena idea intentar llegar a Londres esta noche?

—Lo que creo es que deberíamos alejarnos de Leeds lo más posible, y sin perder tiempo. No es un sitio que me guste demasiado.

Salieron a la carretera, y, al dejar atrás el almacén, Janie miró por la ventana de atrás.

—Adiós, Ethel... —dijo, saludando con la mano.

A poca distancia de Leeds se puso a llover, una lluvia plácida y constante. Janie cerró los ojos y apoyó la cara contra el cristal frío y húmedo de la ventanilla, oscilando entre la vigilia y el sueño. Bruce se inclinó y puso en marcha el limpiaparabrisas, cuyo rítmico sonido no tardó en provocar en él un efecto adormecedor no deseado. Con las manos en el volante y los ojos fijos en la carretera oscura y mojada, empezó a dar cabezadas, y acabó cerrando los ojos por espacio de unos segundos. Recuperó la lucidez justo a tiempo de evitar una señal de tráfico y volver a alinear el coche con las rayas de la carretera. Dándose cuenta de que no podría llegar a Londres sin correr el riesgo de sufrir un accidente, tomó la salida más próxima y se detuvo junto al primer hotel que encontró.

En el momento en que el coche dejaba de avanzar por el camino de gravilla que

llevaba a la vieja hospedería de piedra, Janie se despertó.

—¿Dónde estamos? —dijo, medio dormida.

—En un hotel —contestó Bruce—. Me estoy durmiendo. —Apagó todos los circuitos del coche y extrajo la tarjeta de seguridad—. ¿Qué tal si te quedas aquí y voy a ver si tienen habitaciones?

—Vale —dijo Janie; pero, cuando Bruce estaba a punto de salir del coche, lo sujetó por el brazo—. Espera —dijo—. Un momento.

Bruce se volvió hacia ella y la miró.

—¿Qué pasa?

Janie intentó leer en sus ojos la respuesta a una pregunta que todavía no había sido formulada. Bruce parecía tremendamente cansado. Janie vaciló, preguntándose si sería el momento adecuado.

Hazlo, Janie, se dijo. Ya ha pasado demasiado tiempo, y puede que no tengas más oportunidades. Apretó el brazo de Bruce con dulzura.

—¿Por qué no coges una habitación, en vez de dos? —dijo, apresurándose a añadir—: Bueno, no sé si te lo has planteado...

Bruce rio levemente y dirigió a Janie una cálida sonrisa.

—Es lo único que me planteo en estos momentos.

Janie dijo con alivio:

—La verdad, no me apetece estar sola.

Bruce le acarició la mano e, inclinándose hacia ella, la besó en la frente con dulzura.

—No lo estás —dijo.

Fundidos en un estrecho abrazo, dejaron que el agua caliente de la ducha liberara sus cuerpos exhaustos de la sucia sensación de haber sido encarcelados. Se besaron con pasión y sin prisas, aferrados el uno al otro, convertidos en un solo ser por una cópula casi feroz. Cuando pasaron de la ducha a la acogedora habitación de la vieja e íntima posada, limpios y rehechos, se secaron el uno al otro con toallas suaves al tacto, antes de volver a abrazarse. Bajaron la colcha entre los dos; las sábanas eran de algodón, blancas y frescas, y la cama no podía ser más incitante. Janie cubrió con la sábana su cuerpo recién duchado y se arrebujó en la colcha. Mientras una relajante calidez se apoderaba de su cuerpo dolorido y exhausto, vio a Bruce revolver en su bolsa de viaje en busca del despertador.

Janie odiaba la idea de que pocas horas después ese mismo artefacto les arrebatara la plácida perfección que acababan de alcanzar, devolviéndolos a la



incertidumbre del mundo real. Tendrían que decir adiós a aquella dulce intimidad, y volver a someterse a la cruda realidad de horarios, exigencias y límites. Siempre es cuestión de tiempo, pensó Janie. Es como si nunca hubiera bastante para hacer lo que hay que hacer. La espigada silueta de Bruce se recortó contra la luz de la luna que entraba por la ventana. A él el tiempo lo ha tratado bien; sigue siendo un hombre atractivo. Por unos instantes, Janie se preguntó qué pensaría él de ella, pero alejó la duda de su mente, confiando en no volver a experimentarla nunca más. Carecía de importancia. Bruce ya había expresado infinidad de cosas tocándola como la había tocado.

Se metió en la cama al lado de Janie, que se sintió rodeada por sus brazos. Buscaron la posición en que los huecos y huesos de sus respectivos cuerpos coincidieran al máximo, y, una vez obtenida dicha posición, permanecieron inmóviles, experimentando la extraña novedad de dos cuerpos encajados el uno en el otro.

—Hacía tiempo que no compartía cama con nadie —susurró Janie—. No me parece tan pequeña como temía.

Bruce la besó tiernamente.

—Ni pequeña ni grande; como tiene que ser —dijo.

Y pronto, pese a estar los dos tremendamente cansados, volvieron a fundirse en un abrazo, haciendo desaparecer con un rítmico balanceo la poca distancia que seguía separándolos. Cuando el sol se asomó a las verdes colinas, Janie y Bruce dormían abrazados. Todo era paz en aquel minúsculo lugar del mundo, en espera de que sonara el despertador.

Oyendo repetirse una y otra vez la señal al otro lado de la línea, Janie empezó a perder los estribos.

—Sigue sin contestar —dijo a Bruce, que estaba en el baño lavándose los dientes—. ¡Es media mañana! No se me ocurre dónde puede haber ido.

—Lo más seguro es que esté visitando la ciudad —contestó Bruce—, o a lo mejor ha estado de suerte. ¡A ver si te vas a creer tú la única a quien le pasan esas cosas!

Janie arqueó las cejas y torció la boca en una mueca burlona.

—¿Suerte yo? ¿No serás tú el afortunado?

Bruce dejó el cepillo de dientes y cruzó la habitación. Quitó el auricular a Janie y, tras devolverlo a su lugar, la cogió en brazos y la besó apasionadamente.

—Oye, se nos da de fábula. Deberíamos haberlo hecho hace veinte años.

Los besos de Janie no fueron menos apasionados que los de Bruce, y en cuestión de instantes ambos recorrían el cuerpo del otro con manos ávidas, deseosas de llegar al punto más sensible. Janie respiró hondo, llenándose los pulmones con la fragancia de Bruce, la única e irrepetible esencia de Bruce. Dios, por favor, déjame olvidarlo todo menos esto, aunque sólo sea un día, o una hora... Haz que desaparezca todo lo demás...

Sin embargo, su conciencia se llenó de tubos de tierra que acudían sin ser llamados, bailando en impecable formación con una ristra de listas, cartas y archivos de ordenador a sus pies; era demasiada distracción para seguir explorando zonas erógenas. Poco a poco, Janie se apartó de Bruce, y le dijo con cara de tristeza:

—Me encantaría hacerlo, pero ya va siendo hora de que volvamos, la verdad.

Bruce sonrió, como si quisiera dar a entender que era una lástima.

—Ya, ya —dijo, asintiendo con la cabeza—. Tienes razón. Pero la idea era buena, ¿verdad?

—¿Buena? ¡Buenísima! —dijo Janie.

De pronto, otra idea invadió su cerebro a ritmo de marcha nazi, un pedazo de idea que reclamaba su atención sin andarse con sutilezas y, ofendida, exigía saber lo siguiente: «¿Qué encontrarás cuando vuelvas?».

El recuerdo apasionado de la noche se vio sustituido lentamente por la presión de una agenda más apretada que nunca.

—Lo que sí espero es que Caroline no se esté dedicando a recoger más tierra —dijo a Bruce mientras cogían sus bolsas respectivas—. Con la que hay tenemos problemas de sobra.

## DIECISIETE

Cuando faltaba poco para llegar a casa de la madre de Kate, se puso a llover, y Adele y Alejandro se resguardaron debajo de un árbol para ponerse las capuchas de sus capas de montar. Alejandro, que todavía no se había recuperado del todo del salto a través de los robles, empezó a tiritar, y se ciñó mejor la capa antes de alisar los pliegues de la de Adele. Mientras manipulaba la prenda de su compañera, ésta le pasó una mano por la mejilla.

—Dime por qué estás tan apenado.

Alejandro suspiró con tristeza, sin dejar de abotonar el cuello de la capa.

—¡Qué bien interpretas mis sentimientos! Eres una dama de múltiples talentos.

—Poco talento se precisa para ver que estás melancólico, tan poco como el que empleas tú para disimularlo.

—Sí, estoy triste —admitió Alejandro—, triste hasta lo más hondo. Me siento como si acabáramos de abandonar el Edén, cargados con el peso de conocer lo que pudo haber sido. En ese lugar éramos inocentes, y todo era hermoso; ahora nos abrumba lo mucho que sabemos, y volvemos a donde nos espera más dolor todavía.

—Pero seremos capaces de cargar con ese saber —dijo Adele con dulzura—, porque el mundo en que debemos vivir es éste, no el que hemos dejado atrás. Fíjate en lo que te rodea. ¿Acaso no hay belleza en este lugar? Piensa en lo que tiene de hermoso esta lluvia. —Estiró el brazo para recoger unas gotas—. Sólo tengo que abrir la mano y podré saciar mi sed con agua caída del cielo.

—Es una lluvia fría.

—Es un regalo de Dios, que quiere darnos a entender que hasta la más fría de las lluvias nos traerá árboles y flores.

—Estamos en otoño, y tú misma me has hablado del frío que puede llegar a hacer en este país. Empiezo a notarlo en mis carnes. ¿No es cierto que falta poco para que los árboles y las flores pierdan su color?

—Sólo para renacer en primavera, tan verdes como siempre.

—Pero ¿cuál es el motivo de que todo tenga que marchitarse y morir?

Adele se encogió de hombros.

—Tus preguntas exceden mis pobres conocimientos. No cabe duda de que son temas de gran trascendencia, más indicados para un filósofo o un sacerdote. Ahora

bien, te diré lo que siempre he pensado: si todo se marchita y muere, es para que saboreemos más a fondo el hecho de estar vivos.

Pero Alejandro no se dejaba consolar. Inglaterra le parecía un lugar cruel, severo y poco acogedor. Ya no sabía dónde estaba su hogar, ni a quién considerar merecedor de su lealtad. Eduardo lo tenía por un espía del Papa disfrazado de médico; en cambio, para el pontífice, no era más que un español que le servía de juguete, alguien capaz de molestar a la realeza inglesa en la misma medida en que la protegía.

—Ahora dispongo de una posible cura —dijo—, pero proviene de un lugar que parece irreal, ajeno a este mundo, y de una mujer cuya diferencia con los curanderos de que he oído hablar no podría ser más grande. ¡Y ni siquiera es seguro que funcione! Que el enfermo tarde dos semanas en morir no significa que se cure.

—Si la voluntad de Dios es que funcione, funcionará —dijo Adele con calma.

Alejandro dio rienda suelta a su rabia.

—¡Maldita sea la voluntad de Dios! Estamos rodeados de víctimas tuyas.

Adele le cogió una mano y, estrechándola con dulzura, dijo:

—Podrás maldecirla, pero nunca cambiarla. Si las cosas mueren, es porque Dios lo juzga necesario. —Señaló con la cabeza el lugar al que se dirigían—. Confiamos en que la voluntad de Dios nos permita llegar a Kate antes de que Él la llame a su lado.

Y, sin añadir nada más, reemprendió el galope, seguida de cerca por Alejandro.

La misma criada de antes les abrió la puerta de la casa, aunque su expresión se había hecho más grave.

—¡Entrad, rápido! —dijo—. ¡Está aquí la madre Sarah, la mujer a la que habéis salido a buscar! Si llego a saber que estaba de camino, no os habría enviado en su busca. ¡Pensar que ha llegado justo después de que os marcharais, y que habéis tenido que cabalgar todo ese trecho para nada! ¿Podréis perdonar a esta ignorante muchacha?

Alejandro no salía de su desconcierto.

—¿Qué tonterías estás diciendo, loca? —dijo, mirando a la criada.

—¡Acabo de decíroslo! ¡Está aquí la madre Sarah! Ha venido cuando no hacía nada que os habíais marchado. Desde entonces no he hecho más que maldecirme a mí misma, y espero que no me azotéis.

Adele y Alejandro se miraron con extrañeza, mientras sus capas goteaban sobre las anchas tablas del suelo de la entrada.

—¿Cuánto tiempo lleva en la casa? —preguntó el médico a la criada.

Ésta lo miró con recelo.

—¿No me habéis oído, señor? He dicho que desde poco después de que salierais en su busca.

Alejandro la miró con una mezcla de sorpresa e incredulidad que la criada confundió con rabia, sintiéndose incitada a reanudar su patética confesión de ineptitud.

—¡Perdonadme, señor! No quería hablar con ese tono. ¡Y encima la madre me llama boba por haberme saltado unas dosis del medicamento! La señora se negaba a beber esa porquería de color amarillo, y no me extraña. ¡Huele a muerte! ¡Yo tampoco dejaría que pasara más allá de mis labios, como no fuera para la salvación de mi alma! Nunca se ha visto botella que contenga una cosa tan repugnante, porque antes se rompería de asco.

Alejandro, perplejo hasta lo indecible, miró alrededor en busca de Kate, recordando la angustiada profecía de la anciana.

—¿Dónde está la niña? —rugió.

—Dentro, claro, con la madre, que está cuidando a mi señora.

Alejandro echó a un lado a la muchacha con un brusco empujón, y entró corriendo con Adele en el dormitorio, ignorando lo que iba a encontrar en él. Vieron junto a la cama a un extraño personaje cubierto de harapos, inclinado sobre lo que en tiempos había sido una mujer hermosa. La niña estaba de pie contra la pared del fondo, con un pañuelo en una mano y en la otra la máscara de hierbas, que ya no le cubría la cara. Tenía los ojos rojos e hinchados. Al ver a Alejandro y Adele, corrió hacia ellos y se arrojó sollozando en sus brazos.

—¡Gracias, Virgen bendita, por haberos hecho volver! ¡Tengo tanto miedo!

El médico la tranquilizó lo mejor que pudo. ¡Maldito sea el rey por haber permitido semejante farsa!, pensó. ¡Que la maldición recaiga sobre su conciencia, que bien se lo merece!

—Sé fuerte —dijo a la niña—. Tienes que contarnos lo que ha sucedido durante nuestra ausencia... ¿Quién es esta bruja?

—¿Bruja? ¡Pero si es la comadrona! —protestó Kate—. ¡La madre Sarah!

¡Imposible! A Alejandro empezaba a darle vueltas la cabeza. Si ha salido de su casa después de nosotros, no puede haber llegado antes...

Se puso en pie y dejó a Adele en la esquina, con Kate en brazos.

—Volveos para que pueda veros la cara —ordenó a la mujer.

—Maese médico —replicó la vieja con impaciencia, mirando por encima del

hombro—, no me deis órdenes como a un vulgar aprendiz. Si las cosas siguieran el orden natural, de los dos sería yo la maestra. —Se acercó a la cabecera de la cama arrastrando los pies—. Por desgracia, hace un tiempo que el orden natural anda revuelto. ¡Y ahora, con vuestro permiso, tengo cosas importantes que hacer! ¡Si no podéis ayudarme, procurad no entorpecer mis pasos!

—¡No puede ser! —volvió a exclamar Alejandro—. Hemos dejado a la madre Sarah en su casa y hemos venido por el camino más corto. ¡Nadie nos ha adelantado!

La vieja interrumpió su trabajo y, erguida, se volvió lentamente hacia Alejandro. Éste la examinó con atención. Era la misma cara llena de arrugas, como si cargara con la sabiduría de mil años.

—Siempre hay que estar preparado para lo que menos se espera —dijo, recriminando a Alejandro con el dedo.

Oyendo repetir aquella frase que había oído poco tiempo atrás, Alejandro se quedó azorado; escrutó los rasgos de la anciana en busca de alguna razón para rechazar el parecido. La madre Sarah sostuvo su mirada con una intensidad que no tardó en proporcionarle el dominio de la situación. Se sonrió y dijo:

—Y ahora, si queréis aprender, fijaos bien en lo que hago. Son cosas que no veréis en ningún otro lugar.

Alejandro obedeció, aunque seguía perplejo por la presencia de la anciana, y todavía no daba crédito a que hubiera podido viajar tan rápido. Tras colocarse a un lado de la cama, se fijó en la pobre enferma, distinguiendo en su cuello hinchado reveladoras manchas azules y negras. Está al borde de la muerte, pensó, y sin embargo, ha sobrevivido tanto tiempo a la enfermedad...

—No queda mucho tiempo —dijo la madre Sarah con sosiego—. La estúpida moza a quien la encomendé ha olvidado administrar a la señora varias dosis de una sustancia crucial, y ahora tendré que utilizar todos mis conocimientos para poner remedio al desastre. ¡Disponéos a ayudarme!

No sólo la cara, sino la voz, la postura, la ropa, todo correspondía punto por punto a la anciana que los había recibido frente a la casa de piedra. Alejandro no tenía más opción que creer que las dos eran una misma persona.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó con agitación—. Estoy dispuesto a todo.

La anciana cogió de una bandeja una larga caña llena de polvo amarillo y se la dio a Alejandro.

—Acercad esto a la vela —le dijo—, pero no olvidéis manteneros lo más lejos que podáis. Colocadlo en el agujero de esa piedra.

Señaló una piedra plana de color gris que descansaba sobre una mesita.

En cuanto Alejandro hizo lo que le pedían, una chisporroteante llama azulada iluminó la habitación. Las lenguas de fuego azul que salían de la punta de la caña emitían una luz muy cruda, que proyectaba inquietantes sombras por todo el dormitorio. Un olor a huevo podrido volvió a difundirse por el aire.

Alejandro volvió junto a la cama y oyó a la anciana entonar una letanía en un idioma que no había oído en su vida, y que no logró entender, a pesar de que le recordó al inglés, o a alguna combinación del bronco idioma isleño con otro más próximo al latín.

Adele mecía a Kate en sus brazos sin quitar ojo a cuanto sucedía. Lo que estaba viendo la tenía estupefacta, hasta el punto de que casi no oyó la apremiante súplica de Alejandro.

—¡Por favor, Adele, si entiendes lo que dice procura memorizarlo por mí! ¡De los movimientos ya me acordaré yo, pero te ruego que no olvides las palabras!

—¡Descuida! —dijo Adele, abrazando a la niña con más fuerza.

La madre Sarah fue ocupándose uno por uno de los síntomas de la madre de Kate.

—Tres migas de corteza de pan cocido el último Viernes Santo para dar firmeza a los intestinos.

Deshizo parte de un mendrugo casi petrificado y depositó las migajas sobre los labios de la enferma. Después cogió un frasco de una sustancia lechosa y dejó caer siete gotas en la frente.

—El bálsamo de Galaad, tan difícil de hallar como el regalo de Saba a Salomón.

Alejandro reconoció tres palabras de la Tora, y, aunque no entendió el resto de la invocación, supo que era la misma que utilizaban desde hacía siglos los médicos judíos para curar los trastornos digestivos y la melancolía. ¿Cómo ha accedido a estos saberes?

—Una moneda de oro en la mano para volver a comprar su salud al diablo.

La anciana abrió a la fuerza el crispado puño de la enferma y volvió a cerrar sus dedos en torno a la moneda.

—La sangre del cordero para conjurar la peste, puesta en el dintel como en el antiguo Egipto.

La madre Sarah mojó el pulgar en un pequeño cuenco de líquido intensamente rojo, y después trazó una larga raya por la cabecera de la cama.

A continuación, la anciana aguantó con una mano una cascara de nuez y con la otra dibujó por encima lentos movimientos circulares, mientras susurraba indescifrables salmodias. Colocó la cascara en el abdomen de la enferma y separó la

mitad superior, dejando a la vista una araña negra de gran tamaño con un rombo blanco en la espalda. La desorientada criatura correteó de inmediato hacia el pecho de la enferma y no tardó en desaparecer debajo de la sábana. Adele, que no perdía detalle desde el rincón, hizo una mueca y se persignó, al tiempo que Kate dejaba escapar un chillido. Las dos estaban imaginando la sensación de tener aquella cosa negra y peluda en el pecho.

Acto seguido la anciana se agachó con dificultad y cogió un pequeño paquete que tenía al lado de sus pies, un saquito marrón atado con un cordel gastado por el uso. Vertió un granulado grisáceo sobre una tabla, hasta formar un montoncito.

—Un nudillo —dijo, cogiendo un pellizco que dejó caer en un pequeño recipiente. Después cogió un frasco y dijo—: La mitad de lo que cabe en el cuenco de la mano.

Ahucó la mano y vertió en ella parte del líquido amarillento, dejando que se filtrara por sus dedos hasta caer en el recipiente que contenía el granulado. Mezcló ambas sustancias hasta formar una pasta homogénea de color gris verdoso que desprendía un olor a humedad y habría sido mal vista hasta por el más desesperado de los pacientes.

Primero mojó un dedo en la pócima y marcó con ella la frente de la enferma; después depositó el resto en la boca de la dama, venciendo su resistencia. Ni siquiera el tremendo cansancio que afligía a la paciente le impidió tratar de escupir aquella mezcla nauseabunda, pero la anciana le tapó la boca con sorprendente energía y la obligó a ingerir el medicamento. Así lo hizo la enferma, antes de reanudar sus irregulares jadeos.

La madre Sarah le secó el sudor de las mejillas con gran delicadeza, y le limpió el mentón de babas.

—Pronto habremos acabado, y podréis volver a descansar —dijo para consolarla.

Pasó un anillo de plata por el dedo de su exhausta paciente, recitando:

—¡Un anillo hecho de centavos mendigados por leprosos!

Después, con un suspiro de resignación, la madre Sarah extrajo el último de los artículos que contenía la bolsa, una pequeña cinta de tela roja que, una vez doblada sobre sí misma, fue prendida con un alfiler al camisón de la enferma, justo a la altura del corazón.

—Para alejar al espíritu de la doncella de la peste —dijo—, que teme el color de la sangre y no se ensañará con un corazón protegido por él.

La anciana acabó derrumbándose en la silla que tenía más cerca, pues sus esfuerzos por curar a la decaída paciente la habían dejado exhausta. Pasaron varios



minutos sin que hiciera el menor ruido o movimiento; hasta su respiración era tan tenue que costaba oír-la.

Alejandro la cogió del brazo y procuró sacarla de su trance, temiendo, al verla tan inmóvil, que hubiera atraído sobre sí la muerte que acechaba a la enferma. Por suerte, vio temblar y abrirse los párpados de la anciana, que se incorporó en su asiento y dijo:

—No puedo hacer nada más. Ahora tenemos que rezar.

Así lo hicieron, orando cada cual según sus costumbres; pero, al aproximarse la puesta del sol, ya no les cupo duda de que el espíritu de la doncella de la peste no había sido disipado. La dama inició su viaje hacia la otra cara de la vida. Sus párpados empezaron a temblar, y su mirada a vagar por toda la habitación.

El médico sabía que esa mirada estaba desenfocada, contra lo que solían esperar los seres queridos, y que la paciente apenas conservaba control sobre sí misma. No le sorprendió verla doblar las piernas como un niño y tenderse de lado en posición fetal, como si estuviera protegiendo su barriga inflada por la peste. Oyó su última y entrecortada respiración, y vio que se quedaba quieta, con ojos fijos y vidriosos tras los párpados entreabiertos.

De acuerdo con la costumbre local, la madre Sarah cerró los ojos de la difunta y colocó en ellos sendas monedas.

Kate, cuyo cuerpecillo cabía perfectamente entre los brazos de Adele, empezó a sollozar de forma incontenible, y exclamó con pena y angustia infinitas:

—¡Mamá!

A punto estaba Alejandro de envolver el cadáver con la sábana, cuando Kate le rogó que se detuviera.

—Por favor, dejad que le dé un último beso.

Alejandro se arrodilló ante ella y, tomándola por los brazos, dijo con dulzura:

—No puedo, pequeña; la enfermedad podría transmitirse de sus labios a los tuyos.

Pero la expresión de la muchacha era tan lastimera que difícilmente habría podido resistirse a ella. La vio enjugarse las lágrimas una vez más con el pañuelo que le había dado, y dijo:

—Kate, da un beso a tu pañuelo.

—¿Por qué? —preguntó la niña, entre hipidos y sollozos.

—Ya lo verás.

Kate volvió a pasarse el pañuelo por los ojos y lo besó.

—Ahora dámelo.

Alejandro tomó la manita de Kate entre las suyas, mucho más grandes; después de dirigirle una sonrisa tranquilizadora y acariciarle el pelo, se levantó, se acercó a la cama, pasó el pañuelo por los labios de la difunta y finalmente lo depositó en una de sus manos yertas.

—Ahora tu beso la acompañará por toda la eternidad.

Alejandro esperó con impaciencia mientras la madre Sarah se lavaba una y otra vez con agua fría su cara y cuello llenos de arrugas, en un esfuerzo por sacarse de encima el aire viciado que se le había metido por los poros durante el fallido ritual.

La madre volvió la cabeza sin apartarse de la jofaina, y dijo:

—¿No vais a dejar siquiera que esta pobre anciana se tome un respiro?

—Quisiera preguntaros...

—Sí, ya sé que tenéis muchas preguntas que hacerme. —Se secó la cara y las manos con el delantal para que dejaran de chorrear, acompañando el gesto con un hondo suspiro—. Muy bien, soy toda oídos.

—Lo primero que me gustaría saber es...

—¿Cómo, habiéndoos alejado a lomo de caballo mientras yo me quedaba en casa, he podido adelantarme sin montura?

—¡Eso es!

—A decir verdad, joven, no es así como ha sucedido.

—Pero si lo he visto con mis propios ojos, igual que mi compañera... ¡Adele! —exclamó.

Ésta llegó de la otra habitación con Kate en brazos.

—Por favor, di a esta mujer lo que hemos visto.

—La niña, Alejandro... —dijo Adele con cara de preocupación—. Prefiero que no lo oiga. ¡Es una blasfemia!

Alejandro cogió a Kate y la entregó a la criada para que se la llevase. Una vez segura de que la niña no iba a oírla, Adele narró a la anciana las circunstancias del viaje.

—¿No me habéis visto pasar en el viaje de ida?

Alejandro y Adele se miraron. Ésta se encogió de hombros y él dijo:

—No recuerdo haber visto a ninguna mujer que se os pareciera.

—Pero había otros viajeros en el camino, ¿verdad? —preguntó la anciana.

—¡En efecto —contestó él, al borde del enfado—, pero ninguno parecido a vos!

—En los muchos años que llevo cuidando enfermedades del cuerpo y el alma, he conocido a muchas personas que ven lo que quieren ver, sin hacer el menor caso a lo que tienen delante. Sin duda dabais una importancia enorme a verme en el claro; de otro modo, os habríais dado cuenta de que estaba vacío, al igual que la casa.

—Señora —replicó Alejandro, sin poder contener más tiempo su indignación—, os aseguro que estoy tan sano de alma como de cuerpo y mente, y no tengo la menor duda de que os hallabais junto a la casa, como podrá confirmar mi compañera.

Se quedó esperando la respuesta de la anciana; ésta, sin embargo, guardó silencio, con las manos cruzadas sobre el ancho busto.

—¿Y bien? ¿Qué me decís?

—Os digo, mocosos impertinente, que si bien no dudo que estéis convencido de la realidad de vuestra historia, de hecho no es más que el recuerdo de un sueño sumamente placentero. ¿Cómo estar seguros de que no fue un invento de vuestras mentes fatigadas, ansiosas de poder gozarse en la contemplación de algo maravilloso en estos tiempos tan duros?

—Tengo aquí lo que me habéis dado, las medicinas...

—... de las que no podéis asegurar que procedan de mis manos...

Las constantes negativas de la anciana provocaron un gesto de exasperación por parte de Alejandro, que empezó a recorrer la pequeña sala mascullando entre dientes, y acabó diciendo con un tono cargado de amargura y decepción:

—Entonces, dejad al menos que entienda el porqué de vuestro fracaso con la dama. ¡Según la criada, había sobrevivido dos semanas a la enfermedad! Es sorprendente. Nunca había visto un éxito igual. ¿Qué problema ha surgido en las últimas horas? ¡Es necesario que lo sepa!

La anciana se sentó y, antes de contestar, suspiró con fuerza.

—¿Usáis alguna vez vuestros conocimientos con pacientes que no tienen posibilidades de sobrevivir?

Alejandro no contestó, pero recordó enseguida la enfermedad que había ido corroyendo lentamente el cuerpo de Carlos Alderón.

—Lo suponía —dijo la anciana, percibiendo su expresión compungida—. Aunque no podáis hablar de ello, vuestros ojos os delatan.

—Tenéis razón —contestó Alejandro, abatido—. He administrado tratamientos

inútiles.

La voz de la anciana se tornó más dulce, como si quisiera consolarlo.

—Nunca los toméis por inútiles; su efecto en quienes siguen vivos tiene gran importancia. Si hoy me hubiera limitado a desentenderme de la enferma, mi indiferencia para con sus seres queridos habría sido tan mortal como la peste. No pienso arrebatarse la esperanza a una chiquilla; eso sí, mentiría si dijera que sé curar la enfermedad. He conseguido retrasar la muerte, pero la cura sigue escapándoseme.

La respuesta de Alejandro fue excesivamente brusca.

—¡Entonces todos esos conjuros y ensalmos ridículos no eran más que un engaño! ¡En realidad sabéis tan poco como yo!

La mirada de la anciana traslucía un enojo que no llegó a exteriorizarse.

—Recuerdo perfectamente, mi joven amigo —dijo, acariciándose la barbilla con una sonrisa ligeramente malévol—, que mis encantorios no os han sobrecogido menos que a esa dama tan pía que os acompaña. ¿Negaréis haber tenido fe en el tratamiento, al menos por unos instantes?

Alejandro no estaba en situación de negarlo. Recordó la intensa fascinación con que había observado el ritual. La anciana tenía razón: había creído en la supervivencia de la enferma, al menos durante un momento.

—Y ésa —dijo la anciana con una seguridad lindante con la petulancia— es la única fuente de mis poderes curativos. La gente está dispuesta a creer en la realización de sus deseos. En ese sentido, vos no os diferenciáis en nada de los demás.

Pero quiero ser distinto, pensó Alejandro, abatido. Necesito creer que mi educación y mi entrega me permiten aliviar el dolor de quienes sufren. Toda mi vida se reduce a eso.

La anciana percibió su tristeza, y entendió lo que significaba.

—No os juzguéis con excesiva severidad, maese médico; todavía no habéis aprendido lo suficiente del mejor maestro, que es ni más ni menos que la práctica diaria de vuestra profesión. La experiencia os enseñará más que todos los profesores del mundo. Y, si bien queda mucho por experimentar, creo que la cura se halla a nuestro alcance. Cada vez que atiendo a un paciente me acerco más al éxito. Cambio las proporciones del polvo y el líquido, que es donde reside la clave de todo. —Mientras hablaba, fue metiendo sus utensilios y medicamentos en el saco, pero dejó fuera dos recipientes—. Y ahora, joven, dejad de compadeceros de vos mismo y prestad atención. No tengo intención de repetirme.

»Hace mucho observé que los animales que beben en la fuente de agua caliente

junto a la que moro parecían ser inmunes a las enfermedades que se cebaban en sus compañeros de especie y los hacían morir en poco tiempo.

Cogió una jarra grande llena de agua turbia y amarillenta y la dejó encima de una mesa próxima a Alejandro.

—Me fijé en que tenía un olor más bien ofensivo, similar, aunque algo menos intenso, al que desprenden las extrañas rocas amarillas que se extraen de las minas de cobre junto al metal.

—Las que huelen a huevo podrido.

—¡Exacto! ¡Veo que aprendéis rápido cuando no os embarga la tristeza! Supuse que el agua amarilla contenía trocitos de esa roca reducidos a polvo; ignoro con qué fuerza, pero ¿qué importa? A estas alturas, los animales que beben de esa fuente deben de haber absorbido grandes cantidades de roca amarilla en sus humores corporales.

—¿Cuál es el nombre de ese polvo amarillo?

—Azufre. Si se le aplica fuego, la llama chisporrotea y se vuelve azul. Lleva tiempo siendo de uso común entre las brujas que quieren deslumbrar a los ignorantes e inducirlos a creer en sus poderes.

—Como habéis hecho hoy con la caña.

—Sí, soy culpable de esa triste argucia —dijo la anciana con una sonrisa burlona—, pero la intención era buena. —Colocó el saquito marrón junto al agua—. Debéis añadir este polvo gris. ¡Fortalece como la espada al caballero!

Cogió una mano de Alejandro y vertió en su palma un montoncito de sustancia gris. El médico la sopesó entre los dedos, sintiendo su textura granulada, e interrogó a la anciana con la mirada.

—Es el polvo de los muertos —susurró ésta reverentemente—, e imparte sus poderes al enfermo.

¿El polvo de los muertos? Debe de ser algo prohibido...

La anciana siguió impartiendo su lección.

—Mezclad un nudillo de polvo con el agua amarilla, la mitad de la que cabe en el cuenco de una mano. Haced que el paciente beba un buen trago al amanecer, otro al mediodía, y el último al ponerse el sol. Si tanto el paciente como vos estuvierais despiertos a medianoche, a nadie perjudicará administrar una cuarta dosis; pero no lo malgastéis, y usadlo con prudencia, pues sólo se encuentra junto a mi morada. Sólo Dios sabe cuándo volverá a haceros falta.

—Sólo Dios —repitió Alejandro, rezando por que nunca llegara ese momento.

Dejaron el cadáver al lado de la carretera, para que estuviera a la vista cuando pasara el carro de los muertos. Las cinco personas que habían presenciado su muerte observaron cómo se detenía el carro, cuyo conductor se apeó y, con la ayuda de otro hombre, recogió del suelo el cuerpo todavía caliente y flexible de la dama, que fue echada sin contemplaciones sobre el montón de cadáveres del día.

El peso de la truculenta carga empezaba a combar el carro. Uno de los hombres miró el trecho de camino que tenían delante, flanqueado por varios cadáveres más que esperaban su último viaje en la tierra, y dijo a su compañero:

—De momento basta; de todos modos, los demás seguirán muertos cuando volvamos.

—Sí —convino su ayudante—, vámonos ya. El hedor me está mareando. A ver si acabaré medio bobo.

—¿Acabarás, dices? —bromeó el otro—. Nunca te he oído decir cosas muy inteligentes, la verdad; aunque siempre cabe esperar un milagro. Te recordaré en mis oraciones.

Volvieron al asiento delantero y azuzaron a los caballos con un ligero golpe de riendas. Unos relinchos de protesta marcaron el inicio del lúgubre viaje hacia la zona de entierros, viaje del que era última pasajera la madre de Kate.

Siguieron el mismo recorrido que Adele y Alejandro, y no tardaron en llegar al prado cerca del cual el médico y su compañera habían visitado a la madre Sarah. Los robles seguían montando guardia, pero, a diferencia de entonces, sus sombras eran largas y rectas. El carro, arrastrado por los caballos, avanzó chirriando por el llano, dando tumbos por la tierra recién removida; pero los conductores no dieron importancia al brusco e irreverente zarandeo a que se veían sujetos los cadáveres. ¿Quién iba a quejarse? Los baches constantes fueron dando mayor holgura a la sábana que envolvía a la madre de Kate, y, como el cadáver todavía no estaba rígido, uno de sus brazos quedó suelto, aquél cuya mano sujetaba el pañuelo portador del postrer beso de la niña.

Unos metros más allá, el carro se detuvo junto a una fosa poco profunda, excavada a toda prisa en la turba aquella misma tarde. Los carreteros, que ya estaban medio baldados por el esfuerzo de abrir la fosa, se apearon trabajosamente del alto pescante y emprendieron la horrible tarea de depositar los cuerpos en hileras dentro del agujero. Una vez llena la fosa, llamarían a un sacerdote, siempre que hubiera alguno disponible, y todos los apestados serían absueltos de sus pecados al mismo tiempo. A continuación, volvería a llenarse de turba el espacio vacío, y se procuraría aplanar la tierra dentro de lo posible.

—Esperemos que a esta tanda no vuelvan a desenterrarla los perros —dijo uno de

los hombres antes de volver al carro con su compañero y emprender el viaje de regreso a los suburbios de Londres, horrorizados ambos viajeros por la perspectiva de su próxima carga.

La madre Sarah reunió su extraña colección de curas y talismanes y la guardó en el saco. Se echó a los hombros una bufanda roja y, tras recuperar su bastón, se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió hacia Alejandro y le repitió por última vez su consejo:

—Acordaos de estar preparado, maese médico. Siempre hay que esperar lo inesperado.

Por la noche, cuando volvieron a la mansión de Adele, el establero llegó corriendo a coger sus caballos, y los tres jinetes, calados hasta los huesos, salvaron a toda prisa los escalones que llevaban al interior. En espera de su llegada, todas las chimeneas habían sido encendidas, por lo que la casa estaba caliente, sin rastro de humedad ni de frío; aun así, Alejandro tiritaba al quitarse la capa, y, capaz apenas de dominar sus temblores, corrió hacia el fuego para entrar en calor. Kate no tardó en reunirse con él y calentarse las palmas de las manos, mientras se formaban pequeños charcos alrededor del borde de su fino vestido.

De repente estornudó tres veces seguidas.

—¡Niña! —exclamó Alejandro—. ¿Qué tienes?

Kate se despejó la nariz y dijo:

—Tengo frío, estoy cansada del viaje y necesito llenar el estómago.

La explicación tranquilizó a Alejandro.

—Me alegro de que tus quejas no pasen de tres. Tenemos la suerte inmensa de que todas puedan curarse. La cogió de la mano y fueron juntos en busca de Adele, a quien encontraron en la cocina dando instrucciones al ama de llaves.

—Por lo visto nuestra pequeña compañera tiene frío, hambre y cansancio, y yo he tenido la osadía de prometer curarle las tres cosas. ¿Sería posible encontrar un camisón seco y darle algo de comer?

Adele asintió con la cabeza.

—Ocúpate de la niña —dijo a su subordinada—. Seguiremos hablando más tarde.

El ama de llaves se llevó a Kate, diciendo:

—Primero a quedarte bien seca y calentita, y después volveremos a por algo de cena.

Kate se reunió con sus dos compañeros de viaje vestida con un camisón limpio que había pertenecido a Adele. Después de una cena consistente en sopa y pan crujiente recién salido del horno, Adele la llevó a su vieja habitación y la arropó, cantando dulcemente hasta que la pequeña estuvo dormida. Cuando volvió al comedor, ya no quedaba nada ni nadie en la mesa.

Encontró a Alejandro en el salón, en cuya enorme chimenea ardía un fuego que proyectaba sombras movedizas sobre las paredes.

—¿Tomamos un poco de vino para seguir entrando en calor? —le preguntó.

—Me temo que nunca volveré a entrar en calor, ni a sentirme seco.

—La maldición de nuestra hermosa isla —dijo Adele, al tiempo que servía dos copas de vino—. Nunca he viajado a tu país, pero dicen que hace calor, incluso en invierno.

Mientras vertía el líquido cristalino y oscuro, un rayo de luz procedente del fuego se reflejó en la cruz de rubíes que descansaba sobre su pecho. El color era casi igual al del vino, y el rojo fognazo llamó la atención de Alejandro, que se complació en la comparación.

Sentado con Adele delante del fuego, Alejandro volcó toda su atención en recordar los rituales realizados por la madre Sarah para curar a la madre de Kate. Adele le ayudó a rememorar las palabras y acciones exactas, y, una vez puestas por escrito, Alejandro hizo un dibujo de la propia anciana, al que puso como título *La madre Sarah*. Se lo enseñó a Adele.

—Se parece bastante —dijo la joven—. Yo diría que capta bien su espíritu.

—Temo que ese espíritu sea imposible de captar del todo, aunque, por mi parte, tardaré en olvidarlo.

Cerró el libro y lo dejó a un lado.

Poco a poco, a medida que el fuego y el vino le caldeaban respectivamente la piel y el estómago, Alejandro sintió desaparecer de su cuerpo exhausto el desasosiego de un día largo y lleno de emociones. Arrellanado entre cojines, contempló cómo Adele se cepillaba sus hermosas trenzas delante de la chimenea, y se permitió el placer de imaginar por unos momentos cómo podría ser su vida junto a ella. Viéndola disponer sus cabellos en hermoso concierto alrededor de los hombros, cayó en la cuenta de que la joven hacía lo posible por resultarle atractiva; tal era su éxito que el corazón del médico parecía a punto de salirse del pecho. Tuvo la seguridad de que por la noche volverían a amarse. Dios, rezó, haz que este viaje nunca llegue a su fin.



Adele abandonó su asiento y se acercó a Alejandro, colocándose delante de él sobre la alfombra y apoyando la cabeza en sus rodillas. La espesa mata de pelo cobrizo se dispersó por el regazo del médico, que no se cansaba de acariciarla; era fresca y suave al tacto, incomparablemente sensual. Alejandro no cabía en sí de gozo.

Adele separó la cabeza de sus rodillas y, justo cuando Alejandro se disponía a protestar, le cerró la boca con el dedo.

—No digas nada. Preferiría que tus labios se dedicasen a otra labor.

E, incorporándose, se colocó entre sus piernas y atrajo hacia sí su cuerpo tembloroso, presionando contra él su torso suave de mujer; después entrelazó sus manos en la espalda de Alejandro, y, fundidos en estrecho y tierno abrazo, se besaron con hondura y pasión indiferentes al tiempo. Tanto podía haber durado un minuto como diez. Alejandro habría sido incapaz de decirlo, aunque de ello hubiera dependido su vida misma.

Fue entonces cuando Adele posó las manos como dos mariposas en los hombros de su amante, y las fue deslizando hacia su pecho. Para desesperación de Alejandro, las manos de la joven se fueron acercando al cuello de su camisa, bajo la cual se hallaba la reveladora cicatriz. Se quedó helado, temiendo ser descubierto. Era urgente reaccionar cuanto antes. ¡Habla, antes de que se te haya escapado la oportunidad!, se ordenó.

Adele, te pido perdón por la mentira que estoy a punto de decir. Mi intención no es engañarte; sólo quiero tener la oportunidad de conocer tu amor, pensó. Sujetó con delicadeza las muñecas de la joven, y entrelazó sus manos con las suyas en amorosa unión. Ella lo miró con extrañeza, inquiriendo mudamente por qué había detenido su exploración.

—Adele —dijo Alejandro—, mi pecho está afeado por una cicatriz, y no querría que su desagradable aspecto te asustara.

La joven se echó un poco hacia atrás e, inquieta, preguntó:

—¿De qué cicatriz estás hablando?

Él se desabrochó el primer botón de la camisa y abrió un poco el cuello, dejando asomar una pequeña porción de la herida circular, que ya estaba curada y había adquirido un color rosado. Ella ahogó un grito.

—¡Amor mío! ¿Cómo sucedió?

Alejandro estaba cansado de mentir, pero sabía que era la única solución; la verdad habría dado al traste con toda su alegría y sus esperanzas.

—Durante el viaje de España a Aviñón participé en una pelea. El resultado me avergüenza, y prefiero no seguir hablando de ello. Te ruego que comprendas mi

pudor. Si te lo he ocultado, ha sido porque encuentro repugnante la cicatriz, y he creído que a ti te lo parecería tanto como a mí. Además, no quería asustarte. —Bajó la mirada—. Me humillo ante ti. Por favor, perdona que te haya engañado.

Su alivio fue inmenso al oír decir a Adele:

—Tú no escogiste que te hirieran. No volveremos a hablar del tema. A mis ojos no reviste la menor importancia.

Ya en la cama de Adele, hablaron de esas pequeñas cosas tan caras a los nuevos amantes, presos ambos de un rubor que la oscuridad hacía pasar desapercibido. El más nimio descubrimiento era para ellos motivo de placer. Su sencilla unión no sellaba la alianza de dos reinos, sólo la de dos personas cuyo mayor deseo era estar juntas.

Alejandro estaba tan acostumbrado a soñar con Carlos Alderón que consideraba anormal no hacerlo; por eso, cuando notó en la mejilla el tacto de una manita caliente, pensó que formaba parte de otro sueño; pero la mano insistía, y lo obligó a abrir los ojos, descubriendo a Kate de pie junto a la cama.

—Me duele la garganta —se quejó la niña, tocándose el cuello.

Alejandro miró más de cerca y, horrorizado, distinguió un morado incipiente debajo de la barbilla.

El pánico hizo que empezara a quitarse las mantas de encima antes de caer en la cuenta de que estaba prácticamente desnudo, cubierto tan sólo por una fina camisa.

—Kate —dijo a la niña—, tienes que seguir al pie de la letra lo que voy a decirte. Vuelve a la cama, y me reuniré contigo en cuanto esté algo más decente. No toques nada de camino al dormitorio de Adele, ni hables con los criados. Respira poco a poco y, si te entran ganas de toser, no lo hagas.

Kate asintió con ojos atemorizados y salió de la habitación, caminando sin hacer ruido con los piecillos descalzos. Alejandro echó un vistazo a Adele, que seguía durmiendo, y decidió no turbar su descanso antes de haber investigado más a fondo las quejas de Kate. Tras ponerse los pantalones, hurgó en las alforjas que contenían los regalos de la madre Sarah, y fue a la despensa en busca de una copa y una cuchara.

Cuando entró en el antiguo dormitorio de Adele, le sorprendió lo pequeña que parecía Kate en contraste con el gran tamaño de la cama. Viendo que las cortinas estaban descorridas del todo, cubrió con ellas los pies de la cama y uno de sus lados, hasta dejar abierto únicamente el costado que daba a la puerta.

—Y ahora, gentil dama, permitid que os examine ese cuello —dijo—. Desataré la parte superior de vuestro camisón, mas no temáis por vuestro recato; de momento,

sólo me interesa vuestro cuello.

Palpó suavemente la zona oscura de debajo de la barbilla.

—¿Te duele cuando te toco aquí?

Kate hizo una mueca y apartó la mano de Alejandro.

—Sí, y también el brazo.

Alejandro se lo levantó con una mano, y con la otra le palpó la zona de la axila. Notó un bulto incipiente, y se le cayó el alma a los pies.

¡Maldito sea cuanto camina, vuela, nada o se arrastra!, pensó indignado. ¡Maldito sea todo lo sagrado! Oyó a sus espaldas el suave roce de una falda, y al darse la vuelta vio a Adele en el marco de la puerta.

—Quédate aquí descansando —dijo a la niña—. No tardaré.

Corrió la cortina que seguía abierta y salió de la habitación, cogiendo a Adele por el codo para que lo siguiera.

—Leo en tu mirada que las noticias no son buenas —dijo la joven, con miedo en los ojos.

Alejandro confirmó sus sospechas con un gesto de asentimiento. Adele escondió la cara en el hombro del médico y rompió a llorar. Mientras Alejandro trataba de consolar a su amada, ésta lo miró a través de las lágrimas y dijo:

—No soportaré verla morir.

—Yo tampoco, amor mío, pero por una vez no soy impotente. Al menos tenemos medios para intentar salvarla.

—¡La medicina! —exclamó Adele—. ¿Dónde está? ¡Iré a buscarla!

—Ya está en la habitación, sobre la mesita de noche.

—Entonces no perdamos más tiempo.

## DIECIOCHO

**J**anie y Bruce recorrieron lentamente el vestíbulo del hotel donde se alejaba Janie, saboreando sus últimos minutos de intimidad.

—Misión cumplida —dijo Bruce.

Janie se encaró con él con una sonrisa burlona.

—No muy bien cumplida, pero tienes razón. Tampoco puede negarse que el viaje ha tenido sus buenos momentos. Hacia el final ya empezaba a olvidarme de qué habíamos ido a hacer.

Bruce se echó a reír.

—Yo también. Buscar unas muestras de tierra, ¿no? Me aseguraré de que las almacenen en frío.

—Y haz que las vigilen —dijo Janie.

—Huy, de eso no te preocupes —contestó Bruce—. Tengo intención de supervisar yo mismo su seguridad.

Se detuvo y cogió a Janie de la mano. De pie en medio del vestíbulo, rodeados de gente que pasaba de largo, se miraron a los ojos.

—Debo decir que el final me ha parecido bastante bueno —dijo Bruce.

—No lo negaré. Yo misma me sorprendo de que me dé tanta pena que se haya acabado.

—Ven, vamos a coger el ascensor. Te acompaño hasta la puerta —se ofreció Bruce.

—La verdad es que tenía intención de subir por la escalera. Me irá bien un poco de gimnasia. Aún no me he hecho del todo a la idea de quedarme sola.

La idea de subir siete pisos a pie arrancó a Bruce un gemido.

—¿Qué, te he destrozado? —bromeó Janie—. Y yo que pensaba que tenías pinta de estar tan en forma. Debe de haberme engañado la luz de la luna.

Bruce sonrió forzosamente.

—Mira, ya que lo dices, un poco muerto sí estoy. Vale, lo confieso: me destrozaste. Creo que me convendría recuperar fuerzas.

—Lo cual significa que es hora de que nos separemos.

Se apearon del ascensor en el séptimo piso, tan radiantes y sonrientes como al

subir. Poco a poco se fueron acercando a la suite, y, justo cuando Bruce tenía abrazada a Janie y empezaba a darle el beso de despedida, oyeron el ruido de una llave que rompió el encanto de la situación. Se apresuraron a separarse y mirar hacia el origen del ruido. Unas pocas puertas más allá apareció una mano que recogió un periódico del suelo, primera prueba concreta de que el mundo real no iba a andarse con bromas a la hora de enfriar los rescoldos de su noche de amor. La mano volvió a meterse en la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Janie frunció el entrecejo.

—Mejor que lo hagamos dentro.

—Buena idea —dijo Bruce.

Janie se sacó de la cartera la llave magnética y la introdujo en la ranura, pero antes de entrar miró la puerta contigua, la de la suite de Caroline, y observó que tenía puesto el cartel de NO MOLESTEN. Llamó la atención de Bruce con unos golpecitos en el brazo y señaló el cartel.

—¡Gracias a Dios! —dijo, con tono ligeramente ofendido—. Parece que la oveja ha vuelto al redil y está durmiendo la mona, o lo que sea.

—¿Es la suite de Caroline? —preguntó Bruce.

—Sí, señor. Seguramente tenías razón. Debió de quedar con alguien. Lo más probable es que me haya dejado un mensaje.

Entraron en la habitación de Janie, y ésta se quitó la chaqueta.

—Espera un minuto a que resuelva el misterio, y luego me despediré de ti con un besazo.

—Tranquila —dijo Bruce—. La que tiene la agenda tan apretada eres tú, no yo.

—No me lo recuerdes.

Janie se acercó al teléfono y conectó el buzón de voz, pero no había mensajes. Tampoco obtuvo respuesta al marcar la extensión de la suite de Caroline. Colgó el auricular.

—O no está en la habitación o está con alguien y no se pone; aunque no tendría sentido: por muy ocupada que esté, sabe que estoy intentando ponerme en contacto con ella.

—A lo mejor sus prioridades son distintas —dijo Bruce con una sonrisa, antes de acercarse a Janie y abrazarla.

De repente Janie sintió los labios de Bruce sobre los suyos, comunicándole un calor que nacía en los dedos del pie y se difundía por los muslos, sin detenerse en ellos. Los ágiles movimientos de lengua de Bruce, la suave insistencia con que la

atraía hacia sí cogiéndola por la espalda, la invitaron a responder a su abrazo con pasión, olvidando sus nervios y dejando a un lado todo intento de resistirse.

—Mmm... —murmuró Bruce, rozándole con los labios la punta de la nariz—. Quizá también nos convenga... —suave beso en la frente— poner el... —amago de mordisco en la mejilla— cartel de NO MOLESTEN...

El cartel de NO MOLESTEN, pensó Janie.

—... en la puerta...

De pronto el cerebro de Janie se activó.

—¿Qué has dicho? —preguntó a Bruce.

Éste retrocedió ligeramente.

—He dicho que quizá nos convenga poner el cartel de NO MOLESTEN en la puerta...

El cartel de NO MOLESTEN..., pensó.

Se separó de Bruce con un movimiento brusco, dejándolo perplejo y con las manos vacías.

—Bruce, si no estuvieras en tu habitación ¿para qué colgarías de la puerta un cartel de NO MOLESTEN?

Bruce se encogió de hombros.

—No lo haría. A lo mejor se le ha olvidado quitarlo antes de salir.

—¿Caroline? No, es una obsesa de los detalles. Por eso le pedí que me acompañara como ayudante para el proyecto; no se le escapa una —Janie fijó la mirada en el suelo mientras tomaba una decisión; después alzó la vista y declaró resueltamente—: Eso es. Me importa un bledo si la cojo in fraganti. Voy a entrar.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntó Bruce.

—Tengo su llave, y ella la mía —Janie puso cara de preocupación—. Espero que no le haya pasado nada.

Salió disparada de la habitación, dejando la puerta abierta. Después de quitar el cartel de NO MOLESTEN, introdujo la tarjeta de plástico en la cerradura de Caroline, y, tras oír un ruido metálico, entreabrió la puerta y aventuró un tímido:

—¿Hola?

Confiaba en encontrar a Caroline, aunque estuviera ocupada; sin embargo, no obtuvo respuesta.

Se dispuso a entrar, pero, apenas abierta la puerta, topó con un olor que la dejó sin

aliento y la obligó a retroceder hasta el pasillo, donde chocó con Bruce, que la seguía de cerca. Volvió a cerrar. Ambos conocían el significado de aquel olor. Janie dirigió a Bruce una mirada suplicante.

—¿Quieres que avise a la policía? —preguntó Bruce.

Janie había visto cadáveres de sobra, centenares acaso, sujetos a menudo a las más diversas mutilaciones; sin embargo, nunca había descubierto ninguno, ni siquiera durante las Epidemias. Se echó a temblar de miedo.

—No —dijo, fingiendo una seguridad que no sentía; aun así se le quebró la voz—. Me parece que antes echaré un vistazo; aunque no sabes el miedo que me da.

Bruce la atrajo y la abrazó por unos segundos.

—Me tienes a tu lado, Janie. Estamos juntos.

Reconfortada por su presencia, Janie se llenó los pulmones de aire no viciado y entraron juntos en la suite. Al encender la luz, vieron levantarse una nube de moscas que habían estado posadas al otro lado de la cama.

—Dios mío, Bruce... ¿Y si está muerta?

Corrieron hacia la cama y vieron el cadáver de Ted Cummings tirado en el suelo, en la misma posición en que había quedado al quitárselo Caroline de encima.

Janie se quedó boquiabierta, incapaz de dar crédito a lo que estaba viendo. El hedor era insoportable. Bruce giró sobre sus talones y vomitó dentro de una papelera. Después, secándose la boca con la mano, dijo:

—Dios santo... Pero ¿qué ha pasado aquí?

Janie corrió hacia la ventana y la abrió de par en par.

—¿Qué sé yo? —dijo, desesperada—. No entiendo nada. ¿Qué hacía Ted en la habitación de Caroline? ¿Y dónde demonios está Caroline?

Bruce se arrodilló junto al cadáver para verlo más de cerca.

—Más vale que no toquemos nada; podríamos borrar alguna prueba.

Janie lo miró con consternación.

—¿De qué? ¿Insinúas que esto es cosa de Caroline?

Bruce sostuvo su mirada.

—Es su habitación, Janie; Ted está muerto, y Caroline no aparece por ningún lado. ¿Qué quieres que piense?

Janie se puso de rodillas junto a él, conteniendo su indignación.

—No tenemos ni idea de cómo ha muerto —se acercó más al cadáver y, fijándose

en su cara, dijo—: No se aprecian señales de traumatismo. Tampoco hay rastros de pelea.

Se aproximó todavía más y, conteniendo la respiración, sometió el cuerpo a un atento examen visual.

—¡Maldita sea! Aún no estoy lo bastante cerca. —Se puso en pie y, si bien no había llegado a tocar el cadáver, se limpió las manos en los pantalones—. En mi habitación tengo guantes y mascarillas. Vamos a buscarlas. —Vio levantarse a Bruce y lo miró con severidad—. Y ni se te ocurra pensar que lo ha hecho Caroline —dijo acaloradamente.

Bruce salió de la habitación detrás de ella, ni mucho menos convencido.

John Sandhaus consideró que el sobre con matasellos de Londres llevaba demasiado tiempo acechándolo desde la esquina de su escritorio. Si no les haces caso acaban por salirles ojos, pensó al cogerlo. Eso está mejor. La lista que le había enviado Janie Crowe. Un cacofónico griterío de niños jugando al otro lado de la casa se introdujo en su despacho.

—¡Cathy, por favor! —berreó a su mujer—. ¿Hay manera de que los niños me dejen trabajar?

Tras oír la rápida respuesta de Cathy, consistente en una invitación a copular consigo mismo, Sandhaus cerró la puerta de su estudio, buscando con ello oponer un obstáculo a la bulla familiar; pero la idea de que el paso del tiempo lo llevaría a echar de menos el hogareño fragor provocado por los juegos de sus hijos no tardó en provocarle un sentimiento de culpa. Sabía que algún día, no muy lejano, la ausencia de los chicos le resultaría mucho más turbadora que su presencia.

Mientras esperaba a que su ordenador accediera a la base de datos de la universidad, miró por la ventana y se regodeó con el hermoso paisaje de la campiña de Nueva Inglaterra. Pensó que faltaba poco para que los colores adquiriesen su máximo esplendor; aunque claro, eso se traduciría inevitablemente en rastrillar hojas secas durante horas y horas, actividad que borraría de su mente toda idea de esplendor.

El ordenador le habló con voz serena y relajante.

—Bienvenido a Biocom. Por favor, introduzca su clave de acceso.

Sandhaus tecleó unos cuantos números y contestó con sarcasmos al mensaje del ordenador.

—¡Aquí tienes tu puñetera clave, pedazo de plástico! ¡Y para ya de hablarme, que



por mucho que te esfuerces no tienes nada de humano!

La respuesta del ordenador podría haberse interpretado por una réplica directa a la última afirmación.

—Puede entrar. Gracias por utilizar Biocom.

¿Y qué voy a utilizar si no?, pensó Sandhaus. ¡Si estáis por todas partes! No queda otra opción.

En cuestión de segundos quedó conectado con la base de datos de Atlanta del Centro de Control de Enfermedades, y el ordenador empezó a buscar en los ficheros una imagen igual a la que había enviado Janie Crowe. Tras unos instantes, el programa detuvo la búsqueda y pidió más información, pero Sandhaus no disponía de ella; sólo había recibido una imagen impresa, sin la información química o genética que solía acompañar a esa clase de gráficos. Se propuso recordárselo a Janie cuando volviera; más aún, se preguntó si la reprimenda no justificaba una llamada internacional inmediata. La nota adjunta al gráfico, sin embargo, se limitaba a un escueto «¡Diviértete!», cosa que lo llevó a dudar que el impreso estuviera destinado a formar parte de los datos finales de Janie. Por lo tanto, descartó la llamada.

Volviendo al archivo original, lo sometió a tres filtros distintos, confiando en dar a la imagen una nitidez que la hiciera más legible; después volvió a introducirlo en el programa, que, confirmando sus expectativas, respondió con una nueva pantalla en que el misterioso bichito quedaba identificado como *Yersinia pestis*.

*Yersinia*. Enterobacterias, pensó Sandhaus. *Pestis* le sonaba a chino.

—¿Nos conocemos? —preguntó a la imagen en pantalla—. No, creo que no; al menos que yo recuerde. Bueno, pues a ver qué más dicen de ti.

Abrió una lista de opciones de la base de datos y, después de echarle un vistazo, seleccionó «Patología». Los datos aparecieron en pantalla. Su lectura provocó una aceleración del ritmo cardíaco de Sandhaus.

—¡Joder! —murmuró, abriendo los ojos desmesuradamente. Una vez leído el archivo, lo cerró y volvió inmediatamente a la imagen gráfica del microbio—. ¡*Yersinia pestis* del carajo! —dijo en voz alta—. ¡Me cago...! ¿Se puede saber qué haces tú suelta por Londres?

Janie me ha enviado una imagen impresa, pensó, devanándose los sesos. Pero ¿a partir de qué había obtenido la imagen, y dónde se encontraba el original en esos instantes? ¿Sabe lo que es? ¡Claro que no, idiota!, se contestó. ¿Para qué crees que te lo ha enviado?

Arrepintiéndose de haber dejado el sobre tanto tiempo encima de la mesa, Sandhaus abrió el fichero del proyecto de Janie y buscó el número del hotel donde

había hecho la reserva. En cuanto lo tuvo cogió el teléfono.

Oyó que su hija adolescente estaba en plena conferencia con varios amigos, y, sin siquiera saludar, le ordenó:

—Cuelga, y que sea ya. Necesito el teléfono.

—Pero papá...

Sandhaus tomó prestada una expresión de su padre.

—¡Pero nada! —bramó.

Todos colgaron sin decir palabra. En cuanto oyó la señal, Sandhaus marcó el número y esperó la respuesta con impaciencia.

—¡Por Dios, Janie, contesta! ¡Por favor!

En el momento mismo en que cruzaba el umbral de su suite, Janie oyó sonar el teléfono, y prácticamente se abalanzó sobre él.

—¿Caroline? —dijo, aferrada al auricular como una posesa.

Pero se había precipitado: no era Caroline.

—¿Janie? ¿Hablo con Janie Crowe?

Ella se llevó una decepción.

—Sí —dijo—. ¿Quiénes?

—John Sandhaus, de Amherst.

—¡John! ¡Dios santo! Hola. Oye, lo siento pero es que llamas en un momento fatal...

—Es muy importante. Llamo por lo del gráfico que me has enviado.

Janie tardó un poco en acordarse de que le había enviado un impreso, y otro tanto en recordar de qué se trataba. Aquel microbio, pensó. En vistas de lo que la esperaba en la habitación de al lado, el tema del microbio le pareció sin trascendencia.

—Perdona, John; te agradezco la llamada, pero es que ahora mismo no puedo hablar. ¿Te parece si te llamo dentro de un rato? Tengo un problema que no admite demora.

—Ni que lo digas. —La voz de Sandhaus dejaba traslucir su exasperación—. No sé qué problema estarás teniendo, pero el que digo yo es una barbaridad. Te conviene escuchar. —Se embarcó en la explicación sin aguardar a que Janie diera su consentimiento—. He conseguido una identificación segura de la bacteria a través de la base de datos del Centro de Control de Enfermedades.

¡No veas!, pensó Janie furiosa. ¿Cómo coño se atreve a pensar que su opinión es más importante que el problema que tengo aquí? Hay un muerto en la habitación de al lado. Venga, John Sandhaus, a ver si me superas...

Y, por muy increíble que pareciera, Sandhaus la superó.

—El microbio que desenterraste no era una bacteria de andar por casa. Es *Yersinia pestis*, y provoca la peste bubónica.

Janie se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Después la apartó con la misma presteza y se la quedó mirando.

—Además, Janie, hay algo la mar de raro. Los archivos del CDC indican que el último caso de peste de que se tiene noticia en Inglaterra ocurrió en 1927. Entre el ejemplar de *Y. pestis* de la base de datos y la imagen que me enviaste había algunas diferencias pequeñas pero significativas. ¿De dónde lo has sacado?

Janie volvió a sentir el extraño pavor que se había adueñado de ella durante su incursión nocturna en aquel campo.

—Lo desenterré aproximadamente a medio metro de profundidad —contestó con calma.

—Pues ya está —dijo Sandhaus triunfalmente antes de exponer su opinión—. Lo que tienes entre manos es un bicho muy viejo, de la cepa arcaica, no cabe duda. Supongo que debería felicitarte por el descubrimiento, pero creo que lo esencial es advertirte del enorme peligro que corres. Probablemente ese bicho sea mucho más virulento que los que circulan hoy en día, a tenor de las diferencias entre los síntomas de la peste moderna y los que describen los libros de historia. De momento parece que sigue en estado de spora, pero si se dan las condiciones adecuadas, como por ejemplo que se moje o se caliente a la temperatura justa, podría volver a su estado activo.

Janie sólo pudo decir:

—¡Dios santo!

—Tú lo has dicho. Sería un problema gordísimo. Si hay alguna posibilidad de que el microbio ande suelto, tienes que llamar a las autoridades competentes de Londres y notificárselo cuanto antes. La peste moderna puede curarse, pero la versión antigua no sé.

Janie se quedó muda.

—¿Estás ahí? —dijo Sandhaus. Pese a no obtener respuesta, siguió hablando con calma—. Lo importante es que hagas las cosas bien. No te plantees si vas a meterte en un lío o no; esto es más gordo y más importante que lo que pueda pasarte a ti. ¡Ah, Janie! Y hazte un favor a ti misma, y de paso al resto del mundo: antes de subir al

avión lávate las manos. Este bicho es lo bastante raro para que quepa la posibilidad de que no lo detecten los sensores.

Colgó.

—¿De qué iba? —preguntó Bruce con inquietud.

Al colgar el auricular, Janie tragó saliva.

—¿Te acuerdas de ese trozo de tela que desenterré? Frank lo encontró en uno de nuestros tubos justo antes de morir.

Bruce asintió con la cabeza.

—Sí, ya me acuerdo. ¿Qué le pasa?

—Envié una de las copias impresas que me hizo Frank a mi consejero de reeducación de Estados Unidos, pensando que podía hacerle gracia; es patólogo forense, pero su especialidad son las bacterias, y es uno de los mayores expertos. Acabo de hablar con él. —Miró a Bruce a los ojos, sin ocultar lo aterrorizada que estaba—. Parece que he conseguido desenterrar la forma arcaica de la bacteria que provoca la peste bubónica.

El impacto obligó a Bruce a sentarse.

—¿Dónde está la muestra?

Janie señaló con la cabeza la nevera de la suite.

—Ahí mismo.

—¿¿Aquí, en esta habitación??

—Eso es. No temas, está perfectamente sellada. Pero lo que me preocupa no es que contamine algo estando dentro de la nevera. Lo inquietante es que Caroline haya podido manipularla. Además, ¿te has fijado en Ted? No tenía muy buen aspecto. ¿Y a quién se le ocurre llevar jersey de cuello alto con este calor?

—Es verdad —dijo Bruce—. No recuerdo habérselo visto en todos los años que llevamos trabajando juntos.

Se levantaron a la vez y, sin añadir palabra, se dirigieron a la puerta. Cuando estaban a punto de salir, Janie cogió a Bruce del brazo.

—No vayamos a olvidarnos.

Volvió a entrar y sacó del maletín dos máscaras y dos pares de guantes.

Se pusieron de cuclillas junto al hediondo cadáver de Ted y, debidamente protegidos, lo examinaron con la vista.

—Está muy blanco —dijo Janie.

—Lo que está es muy muerto —señaló Bruce.

—Ya, pero incluso así está más blanco de lo normal. —Señaló el dorso de una mano—. Fíjate en la diferencia. Tiene la cara mucho más blanca que la mano, y la postura no lo justifica. Su palidez podría deberse a alguna enfermedad. —Buscó en su memoria los síntomas de la peste—. Lo único que recuerdo de la peste son los bultos oscuros en las zonas linfáticas. Dudo que nos enseñaran gran cosa más.

—No hacía falta; en esa época la enfermedad prácticamente había desaparecido.

—Esperemos que su desaparición no sea como la de la tuberculosis —dijo Janie con cinismo.

—La bacteria de la tuberculosis se volvió inmune a los fármacos; en cambio la peste sigue teniendo cura.

—La peste moderna sí; según mi consejero, lo que desenterramos es peste arcaica.

—Mierda.

—Tú lo has dicho.

—De todos modos, no sabemos si es lo que ha matado a Ted.

Janie acercó la mano al cadáver y retiró el cuello del jersey, descubriendo una serie de moratones y bultos irregulares.

—Fíjate: bultos oscuros en las zonas linfáticas.

Bruce tragó saliva.

—Sigue sin ser seguro al cien por cien. Hace falta comprobar la presencia de la bacteria. Y otra cosa: estoy de acuerdo en que todo indica que tenía la peste, pero la enfermedad no me parece lo bastante avanzada para haber provocado su muerte. —Señaló el cuello de Ted—. No discuto que tenga los síntomas, fíjate en las bubas: justo empiezan a reducirse. No soy precisamente un experto, pero no me entra en la cabeza que este estadio de la enfermedad pueda ser mortal.

Janie no tenía nada que alegar en contra. Ted daba la impresión de haber estado enfermo antes de morir, pero no enfermo terminal. Aun así, Janie no tenía muchas ganas de plantearse la posibilidad de que hubiera muerto por otras causas, hipótesis que, en lugar de simplificar las cosas, las complicaba todavía más.

—Empiezo a no entender nada —dijo—. Ted ha muerto, y Caroline no está aquí. En la nevera de la habitación de al lado hay una bacteria de la peste. Tenemos la seguridad de que Caroline la ha manipulado, y es muy probable que Ted también, puesto que tanto él como la bacteria estaban en el laboratorio. La verdad, no sé qué hacer.

A fin de cuentas, ¿hasta qué punto conocía a Caroline? ¿Sería capaz de hacer algo así?, se preguntó. No podía negarse que había un muerto en su habitación, y que ella no aparecía por ningún lado. Mientras no la encontrasen no sabrían a ciencia cierta qué había ocurrido. Janie tuvo la seguridad de que, si se planteaba la posibilidad de un homicidio, tanto ella como Caroline iban a pasar en Inglaterra mucho más tiempo de lo previsto. Empezó a retorcerse el estómago.

Miró alrededor en busca de algún indicio que descartara la posibilidad de una mano criminal en el fallecimiento de Ted.

—A primera vista no se ven pruebas flagrantes —dijo—. Ni siquiera sé muy bien qué buscar, y eso que me estoy fijando al máximo.

Entró en el baño, donde encontró el camisón de Caroline tirado por el suelo. El váter tenía el asiento levantado y el borde lleno de escupitajos. Aunque los guantes le impedían tocar la tela, se dio cuenta por el peso de que el camisón estaba empapado de sudor. Volvió a la sala principal y enseñó la prenda a Bruce.

—Lo he encontrado en el suelo del cuarto de baño. Está empapado. A saber si también está enferma.

Dobló pulcramente el camisón y lo dejó en la cómoda. Vio algo en la nevera que le llamó la atención.

—Alguien ha dejado abierta la puerta de la nevera —dijo; y, después de mirar el interior, añadió—: Está todo revuelto. Han estado buscando algo.

Pero Bruce también había descubierto algo junto a la cama: a base de hurgar en los bolsillos de Ted, había encontrado uno de los frascos. Se levantó para enseñárselo a Janie.

—Mira, es tetraciclina.

Janie escrutó el cadáver.

—Obviamente no funcionó —dijo—. ¿Y dónde está la jeringuilla? ¿De qué le iba a servir la tetraciclina si no llevaba encima un medio de administrarla?

—No lo sé —contestó Bruce—. A lo mejor está tirada por algún sitio.

Pasearon la mirada por el suelo y las papeleras, pero no había nada sospechoso.

—Quizá la tenga debajo —dijo Janie. Se agachó y colocó ambas manos bajo el flanco del cadáver—. Ayúdame a darle la vuelta.

—¿Estará bien que lo movamos? ¿Y si distorsionamos alguna prueba?

—¿Y si dejando de hacerlo se nos pasa alguna por alto? —A juzgar por su voz, Janie estaba al borde del enfado—. Cuando hayamos echado un vistazo a la parte de debajo podremos devolverlo a su posición original.

Bruce la ayudó de mala gana. Al volcar el cadáver, encontraron debajo la jeringuilla y otro frasco. Janie los extrajo con tiento usando sólo una mano, y evitando tocarlos más de lo necesario. El peso del cadáver era tremendo, y, cuando volvieron a colocar a Ted en posición supina, les faltó poco para sudar.

Bruce tendió a Janie el frasco de tetraciclina medio vacío antes de coger el otro, que lo estaba casi del todo.

—Fíjate en esto.

Al leer la etiqueta del frasco, Janie silbó por lo bajo.

—Esto daría para que todo un grupo de *boy scouts* durmiera a pierna suelta durante un día entero, y hasta dos.

El frasco que Bruce acababa de darle tenía pegado un pelo largo y rojizo, a todas luces perteneciente a Caroline.

Janie se sentó en la cama para reflexionar sobre lo que sabían. Se pasó la mano por la frente para luchar contra el dolor de cabeza, y enumeró las pruebas en voz alta.

—Tenemos el cadáver de un hombre que parecía enfermo pero no lo bastante para haber muerto de ello, aunque, por otro lado, tampoco presenta síntomas claros de haber sufrido una herida mortal. Falta una mujer, posiblemente enferma. Tenemos un frasco medio lleno de antibiótico y otro casi vacío de sedante. También tenemos una jeringuilla.

—Dicho de otro modo, no tenemos nada que cuadre.

—Menos una cosa, al menos para mí —dijo Janie—: Cualesquiera sean los hechos, el inductor fue Ted.

Bruce acudió de inmediato en defensa de Ted.

—¿Cómo puedes decir eso, Janie? Es imposible saber quién hizo qué.

—¡Pero hombre, Bruce, piensa un poco! ¿Cómo iba a conseguir Caroline esos fármacos? No tiene acceso a productos de esa clase. ¡Por el amor de Dios, si a mí hasta me quitaron una aspirina en el aeropuerto!

Tiene razón, pensó Bruce. A Ted le habría bastado con entrar en el dispensario del instituto y coger lo que quisiera, mientras no incurriera en excesos...

—Nos hemos alojado puerta con puerta, hemos trabajado juntas —prosiguió Janie, cada vez más exaltada—, y no te imaginas lo mal que se avendría con su manera de ser. Es una chica tan normal que casi da pena. —Cogió el frasco de sedante de manos de Bruce—. ¡Es un medicamento de clase cinco! Le habría sido imposible conseguirlo. —Lo sostuvo a la altura de los ojos de Bruce—. ¡Ya ves, casi no queda! ¡No irás a decirme que Caroline lo planeó todo, obtuvo el material y

después salió huyendo! —Volvió a coger el camisón sudado—. Además, si lo que buscas son pruebas, aquí tienes una. —Tiró el camisón a Bruce, pero aterrizó en el suelo—. A lo mejor Ted sabía que estaba enferma; hasta puede que tuviera algo que ver con ello. Tal vez la hubiera estado sedando, y eso explique que Caroline no cogiera el teléfono. Debía de estar durmiendo como un tronco.

La incredulidad de Bruce se hizo patente en su rostro.

—Muy bien, ¿y ahora dónde está?

—¡Qué sé yo! Puede estar en cualquier parte. Mira, si a mí me duermen con sedantes y al despertar me encuentro con un muerto en la habitación, te aseguro que salgo corriendo como si me persiguiera el mismísimo diablo.

—Vale, vale —dijo Bruce—, puede que tengas razón; puede que las cosas sean más complicadas de lo que parece. ¡Pero cuesta tanto sacar algo en claro! No se me ocurre por dónde seguir.

—Yo diría que lo mejor es salir de la habitación; con esta peste no se puede pensar. Empieza a darme dolor de cabeza. —Recordando el ibuprofeno que Caroline había metido en un zapato, se dirigió al armario, lo abrió y encontró en el suelo cuatro pares perfectamente alineados. Mientras hurgaba en ellos, se acordó de algo que le había dicho Caroline, y se levantó con el frasco de ibuprofeno en la mano—. Si Caroline salió corriendo, lo hizo descalza. Acabo de acordarme de que me dijo que había traído cuatro pares, y son los que hay en el armario. Puesto que no ha tenido tiempo de comprarse unos nuevos, se deduce que estaba drogada o en pleno delirio. O las dos cosas a la vez.

Volvieron a la habitación de Janie, llevándose las pruebas que habían encontrado.

—Me da vueltas la cabeza —dijo Janie—. Hay demasiadas posibilidades, aunque lo que más me preocupa es Caroline; es probable que esté dando vueltas medio atontada, o de enfermedad o del susto que se habrá llevado. Sea cual sea el caso, tenemos que encontrarla.

Bruce puso cara de preocupación.

—Tienes razón —dijo—, pero Londres no es precisamente un pueblecito, Janie. Necesitaremos ayuda. Además, si tiene la peste lo más seguro es que sea tremendamente contagiosa. Es una enfermedad de grado cuatro en la escala de potencial infeccioso. Tendremos que llamar a la policía biológica.

—No corras tanto, Bruce. Sabes muy bien que si es de grado cuatro tirarán a matar a la que intente resistirse; y te aseguro que lo hará. Tampoco estamos seguros



de que tenga la peste; una cosa es que sea posible, y otra que podamos afirmarlo al cien por cien. Si avisamos a los biopolicías, lo más probable es que actúen dándolo por hecho, dejando las dudas para más tarde. O sea, que no podemos decírselo a nadie.

Bruce la miró con estupor.

—¿Cómo que no podemos decírselo a nadie? Es imprescindible avisar a la policía biológica. ¡Si sospechamos que la peste bubónica anda suelta por Londres, no nos queda más remedio! ¡Aunque las posibilidades fueran mínimas!

Se dirigió al teléfono, seguido por Janie.

—Bruce, por favor, tal vez nos hayamos equivocado... La matarán... ¿Y si no es peligrosa? ¿Vamos a permitir que acaben con ella?

Bruce ya tenía cogido el auricular.

—Ahí está el problema, Janie: no sabemos si es peligrosa. No lo sabemos. ¡Tal como están las cosas, actuar según la peor de las hipótesis no me parece lo menos razonable! ¡Acuérdate de lo que pasó en Estados Unidos durante las Epidemias, cuando nadie hizo caso de las hipótesis razonables!

—¡No tenía nada que ver con esto!

—¿Ah, no? ¿Dónde está la diferencia? Se trataba de una enfermedad contagiosa con un período de incubación corto...

La tensión se palpaba en el aire, pero Bruce no soltó el auricular.

—Por favor, Bruce —añadió Janie—, te lo ruego. ¡No lo hagas!

—¡Janie, soy un funcionario público que ocupa un puesto de responsabilidad, y dispongo de información que me lleva a temer por la seguridad general! A ver, di, ¿qué propones que haga?

Janie estaba al borde de la histeria.

—Dices que no, pero sí que podemos estar seguros —contestó—. Tenemos material para hacer pruebas. Uno de los mejores laboratorios de Inglaterra está a nuestra disposición; podemos ir enseguida y hacer las pruebas en menos que canta un gallo... ¡Eso acabará con nuestras dudas! Ya no serán meras suposiciones.

—Sería retrasar demasiado las cosas, y el asunto exige tomar cartas inmediatamente.

—¡Pero si serían un par de horas como mucho! Bruce, por favor, escúchame... —Cogió el camisón y lo extendió ante sus ojos—. Si encontramos *Yersinia pestis* en este camisón, llamaremos a la policía biológica sin perder más tiempo. No trataré de oponerme. Lo que no quiero es que metan a Caroline en la cárcel sin motivo. Por

Dios, si son capaces hasta de matarla... Te suplico que pienses un poco antes de tomar una decisión que pueda perjudicarla.

La firme oposición de Bruce acabó por derrumbarse.

—Muy bien —dijo—, pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo en absoluto... Si hay bacterias en su camión, llamamos enseguida.

—Hecho —dijo Janie, aliviada. Así gano un poco de tiempo, pensó. Pero ¿y si está lleno de bacterias? ¿Qué pasará entonces?

Lo ignoraba. La posibilidad de que la prenda no estuviera contaminada tampoco era mucho más atractiva.

—Antes de ponernos en marcha —dijo Bruce— tenemos que asegurarnos de que no entre nadie en la habitación de al lado, y también sacar el trozo de tela de tu nevera. No podemos correr el riesgo de que venga alguien del servicio de limpieza y le ponga las manos encima.

Se acercó a la nevera y abrió la puerta con el codo. El trozo de tela redondo estaba en medio de uno de los estantes de rejilla, envuelto en plástico. Bruce lo extrajo con tiento, procurando no tocar ninguna pieza de la nevera, puesto que sus manos podían estar infectadas de peste. Janie se sacó del maletín una bolsa hermética para muestras en la que Bruce dejó caer el paquetito con la tela. Después Janie usó otra bolsa de plástico para guardar el camión. Se quitó los guantes, aprovechando para volverlos del revés, al igual que Bruce. Janie dejó los suyos encima de un trozo de papel.

—Deja aquí tus guantes, que voy a quemarlos.

—Buena idea —dijo Bruce.

Janie envolvió los guantes contaminados con el papel y colocó el arrugado paquete dentro de un vaso; después abrió la ventana, dejó el vaso en el alféizar y acercó una cerilla al envoltorio, que prendió enseguida.

El cristal cedió a la presión molecular del calor repentino. El estallido hizo que el vaso se rompiera pulcramente en dos pedazos, uno de los cuales habría caído del alféizar al suelo de la habitación si, con una sorprendente exhibición de facultades atléticas, Bruce no hubiera interrumpido su caída saltando hacia la ventana con la mano derecha extendida.

—¡Ay! —exclamó, soltando la mitad del vaso y dejando que cayera encima de la alfombra.

Al ver que tenía una quemadura semicircular en medio de la palma de la mano, Janie se apresuró a acudir a su lado y cogerla entre las suyas.

—¿Te encuentras bien?

—¡No demasiado! —contestó Bruce entre dientes, con los músculos de la cara contraídos—. ¡Joder, cómo duele!

Janie se aseguró de que el fuego se hubiera apagado por sí mismo, sin propagarse con la caída del vaso.

—Ven, vamos al baño para que te pases agua fría por la herida —dijo a Bruce.

La mano estaba en carne viva. Janie sabía que el dolor de la quemadura se haría todavía más intenso cuando a Bruce se le pasara el susto. Limpió la herida y la vendó lo mejor que pudo, antes de coger del maletín otro guante de látex y usarlo para sujetar la venda.

—Siéntate un rato —dijo a Bruce, que obedeció sin rechistar—. Voy a avisar a los de abajo. —Cogió el teléfono y pulsó el botón de recepción. Bruce, que estaba combatiendo el dolor de la quemadura, la oyó decir—: Soy Caroline Porter, de la 708. Quisiera que el servicio de habitaciones no entrara en mi suite por un tiempo; la tengo llena de documentos, y preferiría que no los tocara nadie. Colgaré del pomo el cartel de NO MOLESTEN.

Después de que el recepcionista contestara algo que Bruce no pudo oír, Janie dio las gracias y colgó.

—Solucionado —dijo mientras metía en su maletín tanto la muestra de tela como el camisón de Caroline—. Podemos irnos.

—Hay un pequeño problema —repuso Bruce.

—¿Cuál? —preguntó Janie—. Lo tenemos todo controlado: la habitación, el trozo de tela...

—No es eso —dijo Bruce, cuyo rostro seguía tenso por el dolor—. No podremos entrar en el laboratorio.

—¿Por qué no? —preguntó Janie, poco menos que gritando. Estaban a punto de echarle el plan por los suelos. Lo veía venir.

—Para abrir la puerta necesito mi mano derecha. Esta quemadura impedirá que el detector la lea bien. Ted y Frank son... —Introdujo una corrección—. Eran, mejor dicho, los únicos con acceso ilimitado, aparte de mí. Tendremos que hacer que nos abra un guardia de seguridad.

—¿Es conveniente que nos vean entrar?

—Dudo que tengamos elección.

Janie cada vez lo veía más negro; de repente se le ocurrió una idea que la sorprendió a ella misma.

—Nos llevaremos a Ted —dijo.

—Venga, Janie, que no es momento para bromas. A ver, ¿cómo piensas hacerlo?

—Antes era cirujana, no sé si te acuerdas. Sólo nos llevaremos la parte que nos interesa.

Y, antes de que Bruce hubiera recuperado el habla, Janie hurgaba en su maletín en busca del cuchillo que llevaba en su equipo de campo.

Dejando a Bruce boquiabierto, se fue a hacer lo que mejor se le daba. Pensó en lo bien que le iba a sentar volver a tener entre manos algo parecido a un bisturí.

No había manera de encubrir por completo el tremendo hedor de la mano de Ted. Para colmo, cuando Janie y Bruce salieron corriendo del vestíbulo del hotel, descubrieron que el tráfico londinense estaba totalmente colapsado, aunque, visto cómo les estaba yendo el día, no dejaba de ser previsible.

Mientras se apresuraban a llegar a la estación de metro más próxima, empezó a diluviar. Entraron por los pelos en un vagón atestado de gente que volvía a casa después del trabajo, chorreantes la mayoría. No había ni un asiento libre. Estaban rodeados de abrigos que desprendían el olor acre de la lana mojada; poco a poco, sin embargo, y como era de prever, los pasajeros fueron haciendo el vacío en torno a Bruce y Janie, que ocultaban consigo algo todavía más fragante.

Cuando el tren abandonó la estación y fue cobrando velocidad, los nuevos pasajeros se vieron zarandeados de un lado para otro, y tuvieron que sujetarse a las correas que tenían encima para no caer. A medida que el viaje se hacía menos accidentado, Janie y Bruce fueron recuperándose del susto, y la adrenalina volvió a sus niveles habituales. Una aterradora sensación se adueñó de Janie, que tuvo que morderse el labio para contener las lágrimas; sus ojos llorosos se posaron en Bruce, y descubrió que él la estaba mirando con la misma expresión, la de quien se horroriza de lo que acaba de hacer.

Janie miró el maletín. Dentro hay una mano cortada, pensó, una mano que he estrechado para saludar a su anterior dueño... Una mano con que lo he visto atusarse el pelo. No una de esas manos de plástico de la facultad de medicina, no; una mano humana, auténtica, la misma que habrá firmado más de una postal del día de la Madre...

Por fin quedó libre un asiento, y Janie se dejó caer en él, agotada y temblorosa por el horror que suscitaban en ella sus propios pensamientos. Dejó su equipaje a los pies de Bruce, a quien volvió a mirar. Una vez captada su atención, hizo un gesto de cabeza casi imperceptible en dirección al maletín, indicándole que lo vigilara. Bruce asintió.

El tren fue acercándose al instituto. Quedaban pocas paradas. Bruce, que sufría mucho por la quemadura, cedió al dolor y, durante unos instantes, cerró los ojos. En ésas, un depredador adolescente de raza autóctona se fijó en el descuido y, mientras el tren se acercaba a la siguiente estación, se puso en pie y se acercó a Bruce, mirando con nerviosismo a izquierda y derecha, atento a las reacciones de los pasajeros. Su olfato, erosionado por un consumo excesivo de polvos blancos varios, no supo captar el nauseabundo olor que emanaba del maletín, de cuya asa se apoderó en el momento mismo en que el tren se detenía, listo para brincar hacia la puerta. Al ver salir al chico con el maletín y su tóxico contenido, Janie sintió que el miedo se le agolpaba en la garganta, ardiente como la bilis. Su sangre se cargó de elevadas dosis de adrenalina que le aceleraron el pulso. Se levantó como un resorte y emprendió la persecución, llamando a Bruce a gritos mientras salía del vagón. El alboroto sacó a Bruce de su ensimismamiento y le hizo sumarse a la carrera, aunque poco faltó para que quedara atrapado entre las puertas. El ladrón salvó la barrera giratoria con la agilidad de un experto en salto de vallas. Para asombro de Bruce, Janie hizo exactamente lo mismo, prosiguiendo su persecución sin el menor traspies.

Aunque no podía permitirse mirar atrás, Janie adivinó que Bruce empezaba a perder terreno y quedarse rezagado. De pronto se sintió enormemente pequeña y vulnerable. No puedo pararme a esperarlo, pensó, cada vez más aterrorizada. O cojo sola a este tipo, o dejo que se salga con la suya.

Cinco kilómetros al día durante diez años... Ahora toca cobrar los beneficios... Se ordenó correr más aprisa, acelerar el ritmo de sus piernas; pero, a pesar de su buena forma, no era rival para el jovencito que huía de ella. Pese a darse cuenta de que pronto empezaría a perder fuelle, no se atrevió a pedir ayuda. ¿Cómo aclarar a un biopolicía la presencia de una mano cortada e infecciosa en el maletín que acababan de ayudarle a recuperar? ¿O explicar por qué había perseguido con tanto ahínco al ladrón, a pesar de que el peligro era evidente? Al ritmo que marcaban sobre el empedrado sus pies calzados con zapatos no aptos al efecto, Janie vio ganar terreno al muchacho; era experto en esas lides, se notaba que estaba en su elemento, y, a menos que sucediera algo inesperado, llevaba las de ganar.

El chico dobló una esquina. Janie fue tras él confiando en no estar metiéndose en su barrio, territorio plagado de escondrijos que sólo él y unos pocos conocieran. Se daba cuenta de estar perdiéndole la pista. *Yersinia pestis* quedaría suelta por Londres, confirmando los temores de Bruce. No había duda de que en cuanto abriera la bolsa de plástico y descubriera su espantoso contenido, el ladrón tiraría el maletín, sin importarle dónde aterrizara. No tardarían en acudir pulgas y ratas, y sólo sería cuestión de tiempo que esas ratas transportasen sus pulgas infectadas por toda la ciudad, haciendo que se repitiera la historia.

Quienes no aprenden de la historia están condenados a repetirla, pensó Janie mientras corría. Volveremos a la Edad Media.

Luchando contra el punzante dolor que le agarrotaba los muslos, procuró concentrarse en aumentar la velocidad de su carrera, pero no lograba quitarse de la cabeza el vago recuerdo de aquel día con Frank en el laboratorio, cuando se disponían a examinar el círculo de tela y ella había sentido el impulso de meterlo en una bolsa y desentenderse de él. Ni siquiera había transcurrido una semana desde aquel día aciago; sin embargo, le pareció una eternidad.

Se había quedado sin aliento. Su garganta pedía agua desesperadamente, y el martilleo de su corazón casi le impidió oír el grito del ladrón al caer sobre el empedrado con un ruido sordo y desagradable. Un clamor de voces se sobrepuso a los latidos. Janie miró hacia adelante y vio que el muchacho estaba acurrucado en el suelo, con varias personas alrededor, de las cuales una le sujetaba el tobillo con la torcida empuñadura de su bastón. Bastaron unos pasos para que Janie se reuniera con ellos. Apoyó las manos en las rodillas y se quedó un rato en esa postura, jadeando como si cada respiración fuera la última.

Entre jadeo y jadeo, consiguió articular un «Gracias» casi inaudible y, después de recuperar el maletín, rehízo su camino con pasos vacilantes, dejando atrás a un grupo de héroes a quienes tamaña ingratitud había dejado boquiabiertos. No era para menos.

En el momento de doblar la esquina y regresar a la calle principal estuvo a punto de chocar con Bruce, que al verla con el maletín en la mano la abrazó con alborozo, consciente de lo que podía haber sucedido de haber fracasado Janie en su persecución. La sujetó con gesto protector, intentando tranquilizarla. Permanecieron enlazados bajo la lluvia, dejándose empapar por el agua fría.

Pocos minutos más tarde consiguieron parar un taxi. Una vez dentro, se arrellanaron en el asiento de atrás, inmóviles y exhaustos por la carrera. Janie, que ya estaba un poco más descansada, relajó la férrea presión con que sujetaba el maletín y, tras dejarlo en el suelo, cogió suavemente la mano herida de Bruce. Éste no ofreció resistencia. No dijeron nada hasta que la fachada del instituto apareció por el parabrisas del taxi. Bruce pagó al taxista, excediéndose en la propina. Una vez delante de la imponente entrada, Janie y Bruce tardaron unos minutos en hablar.

—¿Tú o yo? —dijo Bruce al cabo.

—Tendrás que hacerlo tú. Si alguien me ve intentando abrir la puerta del laboratorio con el lector de manos, sabrá enseguida que pasa algo raro.

Ted se imaginó a sí mismo aplicando la mano cortada de Ted Cummings al lector

de palmas que abría la puerta del laboratorio, y sintió un nudo en el estómago. Se apartaron del camino de acceso y, dando la espalda a la calle, buscaron intimidad entre dos árboles. Janie sacó otro par de guantes de un solo uso y ayudó a Bruce a ponérselos. Bruce abrió el maletín y extrajo la bolsa de plástico blanca, sosteniéndola para que Janie la abriera de un tajo. La mano de Ted se había quedado sin una gota de sangre, y su color blanco contrastaba con la piel sonrosada que había caracterizado al difunto.

—Mejor métete la otra mano en el bolsillo, para que no se den cuenta de que llevas guantes —dijo Janie—. Resulta un poco sospechoso. Cuando entremos ya abriré yo la puerta. —Miró a su cómplice a los ojos—. ¿Listo?

Bruce asintió con la cabeza, pero su fingida serenidad no engañó a Janie, que leyó miedo y renuencia en su expresión. Bruce cogió la mano cortada a través del guante que le cubría la quemadura, y se agachó un poco para bajarse la manga de la chaqueta, confiando en que quien lo observara de lejos tomara lo que salía de ella por su propia mano.

Ella cerró el maletín y lo siguió por la escalinata, procurando conferir naturalidad a su porte. Le sostuvo la puerta, y entraron juntos en el edificio.

Recorrieron los pasillos a toda prisa, temiendo algún encuentro fortuito; por fortuna no fue así, y Janie fue convenciéndose de que la suerte empezaba a sonreírles. Después de dejar atrás tres largos pasillos con sus correspondientes recodos, divisaron la entrada del laboratorio.

Mientras se acercaban a la puerta, un guardia de seguridad apareció a unos diez metros y, al verlos, se detuvo para averiguar la identidad de los visitantes. Janie vio que aguzaba la vista y empezaba a caminar hacia ellos, pero después de unos pasos se quedó quieto y saludó con la mano.

—¡Ah, doctor Ransom! Buenas tardes. Así de mojado no lo reconocía. Vaya tiempo más asqueroso, ¿eh?

—En efecto —asintió Bruce con nerviosismo.

—Me alegro de que esté de vuelta. ¿Ha tenido buen viaje?

Janie le susurró:

—Más vale que contestes.

Bruce, que se estaba mareando en cuestión de segundos, cogió con fuerza la mano de Ted Cummings y dijo con un esbozo de sonrisa:

—Muy interesante. ¡Ojalá pudiera ausentarme unos cuantos días más!

Satisfecho de que todo anduviera bien, el guardia rio y se mostró de acuerdo,

antes de alejarse para seguir su ronda de pasillos en dirección contraria.

Esperaron a que se hubiera perdido de vista, y sólo entonces, entre temblores y náuseas, Bruce levantó la mano del muerto y la colocó sobre el lector de huellas. Aguardó unos segundos a que se encendiera la luz verde, pero el indicador seguía apagado. Volvió a intentarlo, pero la mano se había puesto rígida y era imposible aplanarla lo bastante para que el lector tomara una huella correcta. Bruce decidió recurrir a su otra mano y, con una mueca de asco, presionó sobre la pútrida extremidad hasta que se encendió la luz verde. Se apresuraron a entrar y cerrar la puerta a su paso.

Devolvieron la mano al recipiente de plástico, que Janie dejó en el suelo con intención de meterlo en un contenedor de seguridad biológica antes de marcharse. Mientras Bruce se quitaba los guantes, el lector que les había franqueado el acceso al laboratorio dio inicio al procedimiento habitual de limpieza, que consistía en difundir una corriente de baja intensidad por la superficie de cristal y ejecutar después un barrido para averiguar si seguía contaminada por alguna bacteria. El mecanismo estaba programado para repetir la secuencia hasta que no se detectasen células vivas; cada secuencia duraba aproximadamente un minuto, y la precedía un pitido de aviso.

Ya hacía veinte minutos que Janie y Bruce habían entrado en del laboratorio, pero el lector seguía pitando y tratando de desinfectarse. El guardia de seguridad estaba demasiado lejos para oír la inquietante repetición; tampoco Janie y Bruce, aislados en su refugio de alta tecnología, se dieron cuenta.

Bruce dio unos golpecitos a la pantalla del ordenador, que insistía en no responder.

—Aquí dentro no hay nada. Está en blanco. Alguien debe de haber borrado la memoria entera.

—Todo esto empieza a parecerme rarísimo —dijo Janie—. ¿Hay algún otro sistema a mano?

—Con el mismo programa no. Estos dos eran los únicos que tenían instaladas las herramientas de identificación que nos hacen falta.

—¿Podríamos ir a otro laboratorio y hacer lo mismo?

Bruce suspiró.

—Poder sí podemos —dijo—, pero tardaríamos demasiado en conseguir que nos dieran lo necesario. Al fondo del laboratorio hay otro sistema menos sofisticado, pero para la comparación que queremos hacer servirá. —Se levantó de la silla y caminó



hacia el lugar en cuestión—. Acompáñame.

Llegaron junto a una batería de microscopios, y Bruce escogió una unidad estereoscópica capaz de mostrar dos imágenes a la vez. Montó en un lado la tela original y en el otro un recorte cuadrado del camisón. Una vez conectada la iluminación, empezó a dar más aumento y, a medida que se perfilaban detalles en el trozo de tela, ajustó el enfoque para acrecentar la nitidez de las imágenes.

La superficie del círculo de tela estaba literalmente infestada de microbios. De algunos se advertía a simple vista que estaban vivos, por el modo en que palpitaban, temblaban y se dividían; muchos otros, en cambio, estaban muertos, quemados por un exceso de reproducciones. Probablemente la mano que habían guardado en la bolsa de plástico albergara millones de microbios de la misma clase, y supurara toxinas biológicas a medida que las minúsculas criaturas cumplían su estricto ciclo vital, dividiéndose exponencialmente y, cuando no quedaba nada más que devorar, engrosando la masa ponzoñosa de microbios muertos.

Janie aplicó el mismo aumento al trozo de camisón y corrigió el enfoque. Al principio no encontró nada. Empezó a albergar esperanzas de que no hiciera falta llamar a la policía biológica; por otro lado, la ausencia de microbios reforzaba la hipótesis del comportamiento criminal de Caroline...

No podía quedarse con la duda. Siguió sometiendo la tela al escrutinio del microscopio, viéndola desfilarse bajo sus ojos con torturante incertidumbre. No sabía muy bien qué preferir. En realidad, lo que quería era tiempo, tiempo para reflexionar más a fondo sobre la situación y buscar a Caroline por sus propios medios. En apoyo de esa posibilidad, pasaron unos minutos sin que se viera más que un campo de fibras de algodón inmaculadas. De pronto aparecieron unas pocas células, cuyo número fue en aumento hasta ocupar todo el campo de visión. Janie comparó los microbios de un lado y otro, y, tras repetidas comprobaciones, dijo a Bruce:

—Echa un vistazo. Estoy casi segura de que son los mismos.

—A ver... —Comparó los dos campos de visión—. Me parece que tienes razón —acabó por decir.

Janie suspiró. Ahora es cuando pase lo que pase me fastidio, pensó con tristeza.

—Es probable que Caroline estuviera enferma —dijo—, pero no lo es menos que Ted la drogara. Ya ves, parece que no sale ganando nadie.

Se miraron a los ojos, aguardando ambos a que el otro aportara una solución mejor al dilema. Transcurrieron unos segundos de silencio.

—Voy a llamar —dijo Bruce con voz cansada, antes de dirigirse al teléfono más cercano.

## DIECINUEVE

Alejandro quitó la baba que caía por las comisuras de los labios de Kate, y le secó la frente con el mismo trapo. Después cogió de la mesita de noche un cuenco de papilla de avena y hundió en él una cuchara. El aspecto de la papilla no era precisamente apetitoso, pero Alejandro lo había escogido por suave y fácil de digerir, juzgando improbable que su joven paciente se lo vomitara en la cara, como había hecho en casi todas sus tentativas de alimentarla.

—Kate, pequeña —dijo con dulzura—, abre la boca. Si quieres que lo consigamos, tienes que comer algo. Necesitas recuperar fuerzas para seguir luchando...

Pero la niña estaba decidida a no despegar sus finos labios. Alejandro dejó en la mesa el cuenco y la cuchara y salió de la habitación.

Adele esperaba en el pasillo con expresión acongojada.

—¿Y bien? —preguntó, retorciéndose las manos.

Una vez fuera del dormitorio, Alejandro se quitó la máscara de hierbas.

—Lleva tres días sin comer casi nada —dijo—. ¡Tres días! Es un milagro que siga viva.

La voz de Adele se llenó de esperanza.

—¿Significará eso que la medicina funciona?

—Tal vez —contestó Alejandro—, pero me parece demasiado pronto para pronunciarlo. ¿Cuántas veces has dado la vuelta al reloj de arena desde que se la administramos por última vez?

—Va a ser la cuarta.

—Entonces más vale que llames a los demás.

Adele asintió y dio media vuelta, temerosa de lo que estaba a punto de suceder. Alejandro volvió a colocarse la máscara y entró en el dormitorio.

—Cuatro nudillos y medio y la mitad de lo que cabe en el cuenco de la mano —dijo en voz alta, mientras mezclaba el polvo y el líquido amarillo para la próxima dosis de Kate. Después de mezclar la pasta, sostuvo la cuchara por encima del recipiente y vio gotear poco a poco la espesa mixtura.

Adele entró en la habitación con el rostro cubierto por una máscara, seguida por el ama de llaves y el administrador, pertrechados de forma similar.

—¿Listos? —dijo Alejandro.

Los tres asintieron con la cabeza.

—Pues entonces sujetadla.

El ama de llaves y el administrador se ocuparon cada uno de un brazo y un hombro; Adele, mientras tanto, mantenía abierta la boca de Kate haciendo presión en las mejillas. Alejandro introdujo el mejunje con la cuchara entre los labios de la pequeña; después se apresuró a dejar el cuenco y pellizcarle la boca y la nariz.

La chiquilla se debatió con fuerza sorprendente, haciendo lo posible por escupir la repugnante pócima. Los adultos hablaban todos a la vez, tratando cada uno de tranquilizarla a su modo, pero Kate no estaba dispuesta a estarse quieta.

—¡Traga, por amor de Dios! —exclamó el médico, viendo que la paciente se obstinaba en quedarse la medicina en la boca. Finalmente, cuando se dio cuenta de que empezaba a ponerse azul, dio orden de soltarla. En cuanto se vio libre del peso de sus torturadores, Kate escupió la pasta verdosa, ensuciándose el camisón y la sábana.

Nadie dijo nada. Ya habían intervenido muchas veces en aquel frustrante ritual, que a veces tenía éxito, y otras desembocaba en un desesperante fracaso. El ama de llaves se dispuso a abandonar la habitación, pero Alejandro la detuvo.

—Un momento —dijo.

—Voy al armario a por sábanas nuevas y un camisón limpio —dijo la mujer a través de la máscara.

—Todavía no. Vamos a hacer otro intento. Esta vez haré una mezcla menos espesa, y a lo mejor así se la traga. —Cogió el cuenco y empezó a medir los ingredientes—. Probémoslo con cuatro nudillos y una mano llena.

—¿Funcionarán esas proporciones? —pregunto Adele.

—No tengo la menor idea —dijo Alejandro—, pero de una cosa estoy seguro: si no conseguimos que se trague esta porquería, las proporciones que hemos usado hasta ahora no servirán de nada.

Mezcló el polvo con el líquido, consiguiendo una sustancia mucho más fluida.

—No tendrá más remedio que tragárselo —dijo.

Repitieron el detestable ritual, sólo que esta vez Kate no pudo resistirse: en cuanto Alejandro le obstruyó las vías respiratorias, efectuó un movimiento de deglución que mandó al estómago cuanto tenía en la boca. Ni toses ni arcadas consiguieron expulsar el medicamento. Los adultos la felicitaron con gritos y aplausos.

Adele y Alejandro quitaron a Kate el camisón sucio y, mientras el ama de llaves

cambiaba las sábanas, la bañaron en una tina de agua caliente. Dejando a un lado los límites impuestos por el pudor, Alejandro examinó a la niña en busca de algún indicio de evolución. Tras inspeccionarle el cuello y las axilas, dijo:

—Las manchas no parecen más grandes que hace dos días; tampoco se han convertido en pústulas. Es un indicio esperanzador.

No obstante, cuando llegó el séptimo día de tratamiento y casi no quedaba medicina, Alejandro no tuvo más remedio que plantearse la posibilidad de que no tuvieran éxito.

—No ha reaccionado como esperaba —dijo a Adele—. Confiaba en que a estas alturas los resultados fueran mejores.

—Pero la luna ha crecido un cuarto. He visto morir a muchos en menos de la mitad.

Alejandro se acordó de los guardias papales que lo habían acompañado en el viaje desde Aviñón, uno de los cuales sólo había sobrevivido tres días al momento de contraer la enfermedad. Se daba cuenta de que en Kate los efectos de la enfermedad no estaban siendo ni mucho menos tan rápidos ni devastadores; pero el hecho de que estuviera menos grave, tan milagroso de por sí, seguía pareciéndole insuficiente. Haré que viva, y que viva sana, pensó; o eso, o moriré en el intento.

Por la noche, mucho después de que todos se hubieran retirado, siguió velando a la enferma, sujetando en una mano el frasco de polvo gris medio vacío que, según la madre Sarah, contenía el polvo de los muertos.

El pelo del perro que te mordió, pensó, recordando el dicho popular.

En el momento mismo de cruzarle la idea por la mente, se incorporó y volvió a mirar el frasco. El pelo del perro que te mordió. El polvo de los muertos. ¡Era lo mismo! Quizá ambos contengan alguna sustancia invisible con poder contra el contagio, pensó, presa de una gran agitación; y, alejándose de la cama, fue en busca de su libro para poner aquellas ideas por escrito.

Después de hacerlo, aprovechó para releer las anotaciones que habían surgido de observar a la madre Sarah. ¡Qué extrañas medidas! Ni más ni menos que un «nudillo» de polvo, y, para el agua, la mitad de lo que cabe en el cuenco de una mano. Muy distinta habría sido la mezcla de haber seguido usando su propia mano y cambiar su nudillo por el de Adele; más distinta todavía si se tomaba como base el nudillo del dedo meñique de Adele y la mano de su capataz. La mezcla empleada por la madre Sarah sólo había funcionado a medias.

Pero si hacemos como antes, poner menos polvo y más agua, ¿no obtendremos por lógica una medicación menos eficaz?, se preguntó. ¿Y no habría manera de

contrarrestarlo? ¿No sería igual de válido administrar ocho dosis diluidas al día en lugar de cuatro más concentradas? ¿Y por qué no darle diez o doce dosis, o incluso más? Su entusiasmo aumentaba por momentos. Se incorporó todavía más y empezó a escribir como un poseso. ¡Una noche llena de pensamientos audaces, en verdad!, pensó. No, ciertamente Kate no podía salir perjudicada de ingerir la materia de que estaba hecha ella misma; además, si bien era cierto que todas las sociedades civilizadas prohibían la práctica de comer carne humana, ¿no había dado la suya a sus seguidores el Jesús de los cristianos?

Cogió el cuenco que contenía la mezcla medicinal. Quedaba un poco. Añadió más agua amarilla y una cantidad mínima de polvo, hasta obtener una poción muy poco espesa. Empezaría a dársela a Kate en cuanto llegara el momento de administrarle otra dosis.

La niña se despertaba muy pocas veces. Tenía el cuerpo encogido en posición fetal, igual que su madre antes de morir. Sus compañeros de viaje, siempre vigilantes, mantenían la cama limpia de secreciones corporales. Alguna vez veían contraerse el cuerpecillo de la enferma, y Alejandro se preguntaba si Carlos Alderón habría conseguido introducirse también en sus sueños. Por lo visto el herrero se había cansado de sus incursiones nocturnas, acaso porque la presencia de Adele no le permitía seguir copando la atención del médico.

Poco a poco, sin embargo, Alejandro empezó a advertir cierta mejoría. Los bultos del cuello de Kate iban perdiendo tamaño, y su color intensidad. El sueño de la niña era más plácido. Por fin, cuando hacía trece días que se había puesto enferma, Kate abrió los ojos y miró alrededor, viendo a Alejandro dormido junto a la cama, con la boca abierta y la cabeza apoyada en el respaldo de la silla.

—Maese médico... Maese médico... —consiguió articular con labios resecos.

Alejandro se despertó de golpe y sacudió la cabeza para despejarse. Se apresuró a ponerse la máscara, si bien tardó lo suyo en saber de dónde había salido aquella vocecilla. ¿Acaso de otro de sus sueños?

—Maese medico... —repitió Kate.

Ya no era posible dudar del origen de la voz.

—¡Voto a bríos! —dijo Alejandro—. ¡Qué gran noticia! ¡El despertar de la bella durmiente!

Kate consiguió esbozar una sonrisa, no sin resentirse de ello sus labios cortados.

—¿Estoy en casa, en Windsor? —dijo con voz débil—. ¿Dónde está la niñera?

—No, pequeña; sigues en el dormitorio de Adele. Has estado durmiendo durante muchos, muchos días, y nosotros vigilándote. Windsor queda a unas cuantas horas de

camino, pero estoy seguro de que la niñera sigue ahí, esperando tu regreso con impaciencia.

Kate volvió a cerrar los ojos y cayó en un sueño inquieto y poco profundo del que tardó poco en despertar, algo más despejada.

—¡Qué sed tengo! ¿Podría beber un poco de agua, por favor?

Alejandro cogió la jarra de la mesita de noche y llenó hasta arriba una copa, que sostuvo ante los labios de Kate después de ayudarla a incorporarse. Al principio la niña bebió con excesiva impaciencia, y el agua escapó por ambos lados de su boca, debilitada por la enfermedad. Se la secó con la manga del camión.

Menos mal que no puede verse, pensó Alejandro. Parece imposible que sea la misma persona. Kate tenía los ojos rojos y la piel más blanca que las cenizas del fuego de la noche anterior. El esfuerzo de hablar había agrietado todavía más sus labios, hasta el punto de hacerlos sangrar. Hacía tanto que no comía que Alejandro se extrañó de que no hubiera muerto de inanición.

—Disculpad, mi valiente dama. Vuelvo ahora mismo con unguento para vuestros labios y algo de comida para vuestro estómago.

Encontró en la cocina un tarro de grasa de oca, espesa y amarilla. Haciendo caso omiso de las quejas de Kate contra el sabor desagradable del improvisado unguento, Alejandro le embadurnó los labios maltrechos, cuyo tacto le ponía los pelos de punta. Espero que no queden cicatrices, pensó, recordando lo mortificante que le resultaba a él la suya, mucho más fácil de ocultar.

Poco después llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Alejandro.

Era el ama de llaves.

—¿Se nos ha olvidado darle la medicina? —preguntó con timidez—. Ha pasado la hora y, como no me llamaban, he temido lo peor...

—¡Como veis —dijo Alejandro señalando a Kate—, es todo lo contrario! ¡Ha sucedido lo mejor que cabía esperar!

Viendo que la mujer entraba en la habitación con pies de plomo, él le explicó que no corría peligro por acercarse.

—¡Ha sobrevivido al contagio, como podéis advertir por su preciosa sonrisa!

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el ama de llaves—. ¿Traigo comida?

—¿Quieres comer algo, pequeña? —preguntó Alejandro.

Kate asintió con la cabeza.

—Traed caldo caliente y un poco de pan. ¡Y después localizad a vuestra señora y dadle la buena noticia!

El ama de llaves no tardó en volver con una bandeja, que Alejandro colocó sobre sus rodillas. Rompió el pan seco en pedacitos que fue mojando en el caldo, y, tras dejarlos enfriar un poco, los introdujo con cuidado en la boca de la chiquilla.

Al principio topó con ciertas dificultades, ya que a Kate no le resultaba fácil separar los labios, y volvían a sangrarle las agrietadas comisuras; pero el médico la trataba con paciencia y dulzura, y acabó por conseguir que se lo comiera todo. Entre el principio y el final del proceso, las sombras que el sol proyectaba en el suelo se habían movido considerablemente.

Solventado el problema de la alimentación, Alejandro volvió a arropar a la niña y salió en busca de Adele, a quien encontró revolviendo el mismo baúl del que había sacado el camisón rosa. Mientras examinaba que prendas podían ser de utilidad, la joven canturreaba, y al ver al médico le dirigió una sonrisa luminosa.

Alejandro llevaba días sin ver alegría en el rostro de Adele. Hasta haciendo el amor habían permanecido silenciosos y graves. ¡Cómo me deleita su hermosa sonrisa!, pensó.

Adele se levantó, dejando lo que hacía para más tarde. Se fundieron en un abrazo jubiloso, desesperado casi, y permanecieron unidos durante largos y tiernos instantes.

—¡Amor mío! —dijo Adele con una emoción que casi le hacía temblar la voz—. Tengo la sensación de que hay motivos para la esperanza. Quizá las cosas se arreglen. Quizá, después de tantas desgracias, el bien y la cordura vuelvan a instalarse en el mundo. ¡Estoy tan cansada de oír hablar de muerte y sufrimiento! —Se separó de Alejandro y volvió a su tarea—. ¿Hago mal en pensar así? ¿Nos libraremos al fin de la amenaza de la peste?

Él le pasó la mano por el pelo un par de veces antes de contestar.

—Siento tener que recordarte que ya no nos queda polvo.

—¡Pero tiene que haber un modo de conseguir más!

—¡Ten la seguridad de que convenceré a la madre Sarah de que es necesario! Y haré que me enseñe a prepararlo. ¡Creo que ese polvo es la cura que lleva tanto tiempo eludiéndonos! Eso sí, antes de emprender mi búsqueda, me aseguraré de que tú y Kate lleguéis sanas y salvas a Windsor. Pronto podremos juzgar hasta qué punto ha mejorado, y hacer planes para el viaje de vuelta al castillo.

—¡Cuánto me alegrará ver de nuevo a Isabel! —dijo Adele, acariciando con ternura la mejilla de Alejandro—. Tú eres tan dulce y atento que, francamente, echo de menos su lengua viperina; en ese aspecto no tienes la menor posibilidad de

sustituirla.

Él le cogió la mano.

—Doy gracias a Dios por afligirme con tan noble carencia.

Le alegró tener ocasión de introducir cierto grado de humor en su conversación, ya que lo que estaba a punto de decir no iba a ser del gusto de Adele.

—Amada mía, el regreso no será tan sencillo como crees. No podemos volver a Windsor como si nada y anunciar la curación de Kate. Recuerda cómo acabó Matthews: no mostraba ningún síntoma de enfermedad, y aun así nadie vaciló en cumplir mi petición de matarlo para proteger a los demás ocupantes del castillo.

Aparte de sir John, nadie había oído reconocer a Alejandro que la muerte de Matthews había sido idea suya. Adele no dijo nada, pero se apartó un poco de él. Alejandro la miró con tristeza infinita, y completó su confesión.

—Todo apunta a que no habría tardado en contagiarse; en ese sentido, tengo la íntima certeza de que era necesario. Sin embargo, nunca me convenceré de haber actuado bien. Cada día acude a mi memoria el recuerdo de cómo le fallé. He jurado prolongar la vida, no acortarla con mis propias manos.

Adele se ablandó.

—Querido —dijo—, desde ese día te he visto apesadumbrado más de una vez, y sospecho que el motivo es ese soldado.

Alejandro inclinó la cabeza, avergonzado.

—Matthews no es el único paciente al que he fallado. En Aragón tuve otro por el que habría dado la vida, tal era mi furia por la inutilidad de todos los tratamientos.

Cortó en seco la explicación, pensando que sólo podía traerle problemas; además, no quería dar pie a que el fantasma de Carlos Alderón volviera a adueñarse de sus sueños.

—A mi juicio —dijo Adele—, Dios no espera milagros de nadie más que de Su hijo.

—No se trata de lo que Dios espere de mí —contestó Alejandro—, sino de lo que espero yo mismo.

Adele volvió a acariciarle la mejilla.

—Si es así, debes librarte de obligaciones imposibles cuyo peso no tardaría en destruirte.

Él le dio la razón con un suspiro de fatiga.

—Pero dejemos eso —dijo—. Me temo que hay cosas más urgentes que discutir.



Es necesario idear un plan.

Explicó pacientemente a Adele lo que tenía previsto que sucediera a su regreso: un recibimiento igual al de Matthews y Reed, seguido por una cuarentena.

—No obstante, en cuanto alguien averigüe que Kate ha contraído la peste, no tengo la menor duda de que querrán expulsarla o matarla. Ni siquiera el rey se opondrá.

—¡El rey Eduardo nunca permitiría que trataran así a una hija suya!

Alejandro miró a Adele a los ojos y dijo:

—He oído decir que no tuvo escrúpulos a la hora de acabar con su propio padre.

El silencio de Adele confirmó el rumor.

—Debemos mantenerlo en secreto, Adele. Kate tampoco debe decírselo a nadie. Su expulsión o muerte estarían en consonancia con mi anterior edicto contra Matthews, y los residentes del castillo esperarían de mí que tomase la iniciativa. ¿Cómo justificar la supervivencia de la niña, después de pagar Matthews con su vida? No puedo evitar la sospecha de que Eduardo consideraría un alivio librarse de ver a diario la prueba de sus indiscreciones de antaño. No cabe duda de que, una vez eliminado el efecto irritante que supone la presencia de la niña, la reina tendría a su esposo en mejor concepto. Nadie intercederá por Kate.

Adele interrumpió su trabajo, en el que tanto entusiasmo había puesto hasta hacía breves instantes, y acercándose a la ventana, contempló el paisaje invernal.

—Explícame cómo quieres que te ayude —dijo con tono afable—. Haré cuanto esté en mi mano para facilitarnos las cosas a todos.

—Ante todo, confiemos en que Isabel haya conseguido ocultar tu ausencia a su padre. Me temo que tendrás que hallar un modo de volver junto a ella sin mi ayuda.

—Eso, por suerte, tiene fácil arreglo. Conseguiré de ella una habitación donde someterme a mí misma a cuarentena. En cuanto llegue al pasadizo secreto, le enviaré un mensaje a través de la cocinera, y así, guardando en todo momento las distancias, me proveerá de alojamiento seguro pero aislado.

—¿Estás segura?

—Alejandro, puedes estar convencido de que la princesa me quiere como a una hermana, y de que hará lo que digo.

Alejandro no la contradujo, pese a albergar serias dudas de que la princesa fuera capaz de un amor tan desinteresado.

—En dos semanas podrás reintegrarte sin peligro a la vida cotidiana del castillo. Como es lógico, Kate y yo pasaremos por lo mismo que Matthews y Reed. Justificaré

nuestra larga ausencia diciendo que resolví permanecer más tiempo lejos del castillo por estar tan próximo en el tiempo nuestro contacto con la madre de Kate, cosa que en parte es cierta. A nadie desagradará mi cautela. Sospecho que pocos habrán echado de menos mis arengas diarias sobre cómo protegerse del contagio.

Adele sabía que confirmar aquella última sospecha no tendría efectos benéficos sobre el estado de ánimo del médico; por eso se abstuvo de comentarios y se limitó a preguntar:

—¿Cuánto tardará Kate en ponerse bien para el viaje?

—No lo sé a ciencia cierta; es la primera vez que veo a alguien recuperarse de este azote, y carezco de experiencia para aventurar una predicción. Dentro de unos días tendré más elementos de juicio. De momento sigue muy débil, y no puede contemplarse la posibilidad de interrumpir su convalecencia. Su juventud le permitirá recuperarse con rapidez, pero en este momento su fragilidad es extrema, y podría darse el caso de que obstaculizara la curación. Lo he visto en otras ocasiones.

—En ese caso, supongo que no nos queda más remedio que esperar, y rezar por un pronto regreso a la salud.

—Sí, eso creo —contestó Alejandro resignadamente.

Kate los sorprendió con la rapidez de su curación. En seis o siete días había recuperado gran parte de su exuberancia habitual. Los cortes de los labios desaparecieron, y ya era posible mirarla sin sentir pena de verla hecha un saco de huesos; empezaba a perder la palidez de sus mejillas, y su deliciosa sonrisa brillaba en todo su esplendor. No se cansaba de hablar con quien estuviera dispuesto a oírla.

Alejandro vio llegada la hora de marcharse. Pese a su impaciencia por dar término al desagradable encargo del rey, se daba cuenta de que el regreso a Windsor supondría el final de su dichosa intimidad con Adele. En cuanto a Kate, estaba seguro de poder convencerla de guardar el secreto, pero cabía suponer que entre los residentes de Windsor habría quien no contemplara su relación con el mismo entusiasmo y benevolencia.

—Partiremos para Windsor dentro de dos días —acabó por comunicar a Adele.

—¡Virgen bendita! ¡Cuánto he anhelado oír esas palabras!

Adele, llena de entusiasmo, llamó al ama de llaves para que empezara a ocuparse del equipaje. Alejandro la miró con hondo pesar, consciente de que, por muy herido que se sintiese, no podía recriminarla que se sintiera de aquella manera. Dio media vuelta y fue a decir al mozo de cuadra que les tuviera listos los caballos, transido de

pena el corazón por un amor que carecía de futuro.

En el camino a Windsor había un pequeño monasterio con una capilla. Al acercarse a él, Adele dijo:

—Detengámonos aquí. Quiero confesarme. Hace demasiado tiempo que no me absuelven de mis pecados, y desearía que Dios volviera a sonreírme.

Desmontó sin esperar la reacción de Alejandro.

—¿Quieres que te espere aquí con Kate? —preguntó el médico, todavía a lomos de su montura.

Adele le dirigió una mirada inquisitiva y llena de curiosidad.

—¿Qué os impide acompañarme?

Imposible alegar una explicación convincente, se dijo Alejandro. No tengo más remedio que entrar. Y, encogiéndose de hombros, se apeó del caballo, hecho lo cual ayudó a Kate a bajar del que compartía con Adele.

Un monje bajo y de aspecto poco robusto acudió de inmediato al oír la campana. Llevaba hábito marrón.

—Quiero confesarme, padre —dijo Adele.

El monje miró sucesivamente a la joven y al hombre alto que acompañaba a la niña. Alejandro tuvo la sensación de estar siendo sometido a un examen en profundidad.

—¿Y vos? —le preguntó el monje.

Alejandro vaciló antes de contestar.

—Rezaré mientras esperamos a la dama —dijo al cabo.

—Como deseéis —contestó el monje antes de invitarlos a entrar.

A Alejandro le pareció que Adele tardaba mucho en desnudar su alma al sacerdote. ¿Qué clase de pecados pueden exigir una exposición tan detenida?, se preguntó. Se dedicó a contemplar la capilla, estirando el cuello al máximo para fijarse en los adornos de las bóvedas.

Hasta sus templos más pequeños están llenos de lujo, pensó. ¡Qué ventanas más altas! ¡Qué brillantes colores! Reinaba en la capilla un silencio casi total, pese a que había otros siete sacerdotes orando. Rezan en silencio, pensó Alejandro, recordando las penetrantes letanías que su padre solía recitar cada Sabbath.

Los siete sacerdotes se levantaron al mismo tiempo y empezaron a recorrer

lentamente el pasillo central. El primero entonó con voz nítida y armoniosa una melodía que sus seis compañeros repitieron al unísono. Sus voces subían hasta el techo y reverberaban en las claves de bóveda, creando un efecto mágico y de punzante belleza. El efecto balsámico de aquellas voces perfectamente conjuntadas llenó a Alejandro de una emoción difícil de explicar. Mientras salían del santuario en fila de a uno, los sacerdotes siguieron cantando. Las voces se fueron perdiendo en el interior del monasterio, hasta que sólo quedó su eco vibrando en el aire.

De repente alguien tocó a Alejandro en el hombro. No se había dado cuenta de que tenía los ojos cerrados; los abrió al instante y halló ante sí a Adele, cuyo rostro expresaba una paz inefable.

—Me han absuelto —dijo.

Alejandro se puso en pie y la miró.

—¿Qué pecados has cometido para que se demore tanto el perdón? —preguntó con delicadeza.

Adele sonrió dulcemente, reconciliada consigo misma.

—He estado con un hombre que no es mi marido.

Alejandro apenas pudo contener un gesto de dolor.

—Entonces ese pecado también recae sobre mi conciencia —dijo.

—He incurrido en falsedad para con mi rey.

—Lo tiene bien merecido.

—Aun así es mi rey. Mi familia le juró lealtad. También he traicionado a mi señora Isabel con mi tardanza.

—¿No querías hacerlo?

—Ése es el pecado —contestó Adele—: Que sí quería. Y, dada la gravedad de mis transgresiones, no sólo me hacía falta penitencia, sino guía. El buen padre ha tenido la amabilidad de instruirme. —Se volvió para ver al sacerdote ponerse en pie delante del altar; después, mirando de nuevo a Alejandro, dijo—: Ahora estoy lista para regresar a Windsor.

Para alivio de quienes se habían quedado en el castillo, tanto Alejandro como Kate sobrevivieron sin problemas a sus dos semanas de confinamiento; para entonces, la niña había recuperado toda su alegría y el color sonrosado de sus mejillas. Adele se reintegró al entorno de Isabel sin que el rey hubiera llegado a advertir su ausencia. Kate volvió a sus costumbres de siempre, importunando a todo

el mundo, contando historias inverosímiles y proponiendo a todas horas partidas de ajedrez. Hasta la vieja y paciente niñera, cuya capacidad de aguante habría podido parecer ilimitada, se lamentaba a veces en voz alta de no poder gozar siquiera de un instante de silencio.

El otoño, que al inicio del viaje empezara apenas a pasear por el paisaje su pincel impulsado por el viento, había agotado su suntuosa paleta de oro y cobre. Frías ráfagas de viento arrastraban ramas muertas y hojas secas por la desnuda campiña. Casi habían pasado tres meses, y los tristes habitantes del castillo de Windsor se reincorporaban al ritmo invernal, cansados de antemano de las diversiones cuya práctica solía hacerles más llevaderas las largas noches de la estación fría.

Un día gris, Alejandro fue convocado a los aposentos privados del rey, y al llegar a ellos encontró a Eduardo esperándolo con un montón de pergaminos encima de la mesa.

—Tenéis que leerlos —dijo el monarca—. Todos los informes coinciden en que la peste está desapareciendo de los alrededores de Windsor. Quizá sea hora de investigar lo que tienen de cierto. ¿Qué os parece la idea de organizar una misión? ¿Y si enviásemos a unos cuantos hombres a recorrer la campiña con orden de traer información de primera mano?

Alejandro echó un vistazo a los mensajes.

—Majestad, se trata tan sólo de unos pocos informes, y provienen de localidades muy dispersas.

—Dispongo de un número suficiente de misivas, y todas dicen lo mismo: que desde las primeras nieves prácticamente no se oye hablar de nuevos casos de peste.

Alejandro se propuso explicar sus temores, pero traduciéndolos a términos que resultaran familiares al rey, un hombre tan valeroso como impaciente, a quien, para colmo, se llevaba impidiendo demasiado tiempo el acceso al reino cuyo cetro ostentaba.

—Imaginad que se está librando una gran batalla, y que vuestros espías se han dispersado por diez leguas a la redonda sin dar con ningún ejército. Pensad después en lo que haríais si, de todos esos espías, uno se alejara una legua más que los otros y encontrara un ejército bien pertrechado, listo para realizar una audaz incursión sobre vuestro campamento.

La prolija alegoría del médico empezaba a poner a prueba la paciencia del rey, que resopló y dijo:

—Os cuesta poco echar por tierra mis conclusiones, maese médico, pero no ofrecéis alternativas. Conociendo la responsabilidad que me liga a mis súbditos, ¿qué

haríais vos en mi lugar, con un castillo lleno de prisioneros airados y un reino que precisa atención?

—Haría que vuestros servidores de fuera del castillo se adentrasen un par de horas más por los mismos caminos, a fin de comprobar la ausencia de ejércitos en las proximidades. Recordad, majestad, que el Papa lleva más tiempo aislado que vos; y, según las últimas noticias, sigue bien.

El rey suspiró, contrariado.

—Estoy convencido de ser cien veces más desdichado que Clemente. ¡Estoy en guerra, y tengo que ocuparme de la victoria!

—Majestad, sé que deseáis reanudar vuestra vida normal, y que vuestro reino se beneficiaría de vuestras atenciones. ¡También a mí me haría feliz poder salir de estas murallas sin constricciones, pero no puede ser! Os imploro paciencia; dad tiempo al tiempo.

Eduardo frunció el entrecejo de forma amenazadora, expresando su decepción.

—¿Con cuánto tiempo os satisfaréis? —preguntó.

No va a aguantar mucho más, pensó Alejandro. ¿Cuál es, en efecto, el mejor momento para empezar una nueva vida? ¿Qué diría De Chauillac?

—Tal vez convenga consultar a los astrólogos —dijo.

El rey rechazó la idea con un movimiento de manos.

—No son más que una pandilla de charlatanes. Me dirán lo que más convenga a sus propios intereses. No es vuestro caso, maese médico. Por lo tanto, la decisión os corresponde a vos, y no se hable más. Nombrad un día.

Empezar de nuevo, pensó Alejandro. La primavera. Miró al rey y dijo:

—¿Cuánto tardan en aparecer aquí las primeras flores?

—Cinco o seis semanas, como mucho —contestó el monarca.

—Entonces, si todo va bien saldremos libremente a buscarlas.

Alejandro y Adele se veían lo más a menudo posible; y, teniendo en cuenta lo solicitada que estaba Adele por la aburrida princesa, las ocasiones eran muy inferiores en número a los deseos de ambos.

Pero la suerte cambió el día en que el viejo criado de Alejandro se prendó de una de las cocineras; a partir de entonces, empezó a solicitar permisos para visitarla, y Alejandro accedió encantado. Una de esas noches, en el mes de enero, Adele acudió a los aposentos de su amado, tras sustraerse con astucia a su exigente señora.

—¿Qué quiere? ¿Que le dediques todo tu tiempo? —dijo Alejandro cogiéndola entre sus brazos.

—Me tiene ocupada con sus planes de gastar la asignación en cuanto encuentre sastrero nuevo. Me paso el día mirando bocetos, como si de repente mi criterio en cuestiones de moda gozara de un prestigio inusitado.

Alejandro suspiró.

—Pronto empezará la primavera, y no podré permanecer aquí mucho más tiempo. Quisiera aprovechar lo poco que nos queda para estar juntos. Me dan ganas de declarar mi amor por ti a todo Windsor. ¿Qué digo? ¡Al mundo entero! Y que piensen lo que les venga en gana. Cada vez me es más difícil guardar el secreto. Empiezo a cansarme de no poder expresar mi alegría.

—Alejandro, el rey... Debemos tener en cuenta su reacción. Francamente, me veo incapaz de predecirla.

—Pero has hablado con Isabel...

—Sí, y no le he arrancado una palabra. No quiere decir lo que opina de nuestro asunto.

—Pero entenderá, imagino, lo que siento por ti... Seguro que también ella conoce el amor.

Adele juntó las manos de Alejandro y se las llevó a los labios para besarlas. Después le dirigió una mirada cargada de tristeza.

—Me temo que no entiendes su posición. No se le pide que ame, sino que se case con quien haya elegido su padre. Es muy consciente de que acaso deba renunciar al amor en aras del deber. Ah, eso sí, cuando el rey estudia posibilidades de matrimonio, no deja de tener en cuenta su opinión; pero bastará con que se presente una alianza beneficiosa para que la acepte sin consultar a Isabel. Le dirá lo que oyen todas las princesas: que, si Dios quiere que encuentre el amor, lo hallará en su marido.

—Y sin embargo el rey y la reina se aman. Lo he visto con mis propios ojos.

—Pero el matrimonio de Eduardo fue idea de su madre, que detestaba a su padre. Era una mujer enérgica y dotada de gran talento para la diplomacia, y se las arregló para poner a Eduardo en situaciones que le permitieran encontrar una esposa conveniente sin que sintiera coartada su libertad. A Felipa la conoció como una de las cuatro hijas de un noble flamenco aliado de la familia real francesa, que es de donde procede la reina. Fue muy astuta. Su hijo, el noble rey que nos gobierna, no parece haber heredado ese talento.

—Por lo tanto, Eduardo amaba a Felipa antes de casarse con ella.

—Cierto, y, según se dice, con pasión. Pero no quiero aburrirte más; seguro que conoces la historia.

Alejandro guardó silencio, permitiendo que Adele lo tomara por miembro de un segmento de la sociedad aragonesa en que se hablaba de temas como aquél. Confesar su ignorancia habría equivalido a delatarse.

—De todos modos, Isabel tiene que darse cuenta de...

—¿Tan poco conoces a las mujeres? —lo interrumpió Adele—. ¡Tu inocencia me desarma! Isabel tiene celos de nuestro amor. ¡Sé que los tiene! Cada vez que le hablo de ti cambia de tema. Es mi mejor amiga, y como tal querría abrirle mi corazón, mostrarle la hondura de mis sentimientos; necesito su apoyo, pero, por desgracia, me lo cicatea; y sé que es por envidia. Se ha vuelto insensible a la idea del amor, y siempre está en guardia contra ella. Sabe perfectamente que un amor mal dirigido por su parte tendría resultados desastrosos.

Alejandro dio rienda suelta a su rencor.

—Es princesa; no le faltan ni riqueza ni hermosura, y goza de todas las ventajas que quepa imaginar. No puede ignorar que le encontrarán marido en cuanto Europa se quite de encima la férula de la peste. Hasta mi mentor, De Chauliac, me habló de ello; dijo que el Papa tenía planes para Isabel.

—Bien, pues, cuando eso suceda, no te quepa duda de que nos beneficiará. Mientras Isabel se prepare para la boda, estará demasiado ocupada para pensar en mi felicidad, al igual que su padre. Es cuestión de esperar. Ten paciencia, amor mío. ¡Por favor!

¿Esperar? ¿Hasta el regreso a Aviñón, donde sabe Dios qué encontraré?

—Pero tendré que marcharme antes de eso; mi trabajo en Windsor se aproxima a su fin, y el rey no tolerará que mi presencia se prolongue un minuto más de lo necesario.

—Entonces tienes que decirle que estás trabajando en una cura para la peste, pero que queda mucho por hacer. Sin duda entenderá la importancia de ese trabajo, y te prestará su apoyo. Además, seguro que el restablecimiento de Kate está lo bastante lejos en el tiempo para que ya no quepa temer la reacción de su padre.

—En ese tema no estoy dispuesto a confiar en él.

Adele suspiró, contrariada.

—Pues dile sin rodeos que quieres quedarte; que te ganarás la vida como médico. —De repente se le iluminaron los ojos, y dijo con entusiasmo—: Tengo una idea. Se acerca la parición. Diré a Isabel que tengo que ir a mis tierras para supervisarla. Falta poco para que salgan las primeras flores, y para entonces estará tan absorta en su



vestuario que apenas dispondrá de tiempo para mí. Le solicitaré permiso para volver a salir del castillo, y sé que me lo concederá. Pide tú permiso al rey para ausentarte, alegando cualquier pretexto...

El entusiasmo de Adele empezaba a contagiar a Alejandro.

—Podría decir que necesito renovar mi suministro de hierbas medicinales... No sería falso...

—¡Y aunque lo fuera, no se daría cuenta! —dijo Adele con alborozo—. Te reunirás conmigo en mi propiedad, y así tendremos tiempo de planear la campaña para el consentimiento de Isabel.

Viendo rebasadas sus esperanzas, Alejandro sintió nacer en su corazón una pequeña llama de optimismo que le confortó el espíritu. Quizá tuviera al alcance lo que hasta entonces le había parecido imposible. Y, mientras Adele supervisa la administración de sus tierras, me aseguraré de conseguir los medios con que curar la plaga, para el caso de que volviera a visitarnos, pensó. Dispondré del tiempo y libertad necesarios para el éxito de mi empresa. No cabía en sí de gozo, alentado por la posibilidad de que se hicieran ciertas sus dos máximas aspiraciones.

A mediados de febrero, en un día de sol, se oyó chirriar el rastrillo, y los ocupantes de Windsor salieron en tropel de la fortaleza, cual horda de prisioneros enloquecidos al ver que su largo y angustioso confinamiento llegaba a un fin tan repentino como inexplicable. Alejandro vio a sus protegidos coger las rosas del azafrán, blancas y violetas, y ponerse a bailar abrazados unos con otros. Multitud de jinetes se dispersaron en todas direcciones, emprendiendo anheladas cacerías o viajes de regreso a un hogar cuya suerte los traía intranquilos. En pocos días la noticia de que el castillo volvía a estar abierto hizo que empezaran a acudir innumerables comerciantes con ganas de hacer su agosto. Isabel empleaba todo su tiempo en inspeccionar la mercancía, paseando la mirada con avidez de prenda en prenda, a cuál más suntuosa; no tuvo, pues, reparo en dar permiso a Adele para ausentarse de Windsor.

Alejandro, confabulado con su amante, solicitó la autorización del rey para emprender un largo viaje en busca de hierbas primaverales con que renovar su botiquín, que el invierno había hecho menguar hasta extremos peligrosos.

—¡De modo, maese médico —dijo el rey entre risas—, que no sois más inmune al deseo de respirar aire puro que las víctimas de vuestras severas restricciones! Los santos son testigos de que este invierno ha sido insoportablemente largo. ¡Salid, coged hierbas a carretadas, si os place! Cuando volváis hablaremos de los

preparativos de vuestro viaje de regreso a España, puesto que se da la feliz circunstancia de que vuestros desvelos hayan hecho innecesaria una presencia más prolongada. Estoy seguro de que echáis de menos vuestro hogar, y de que ardéis en deseos de volver a Aragón, junto a vuestros seres queridos.

Alejandro, sin embargo, había dedicado sus horas libres, cada vez más abundantes desde el cese aparente de la epidemia, a reflexionar sobre la propuesta de Adele, y había llegado a creer en la posibilidad de empezar una nueva vida en suelo inglés, estableciéndose acaso como médico en alguna población cercana. En Aragón lo había perdido todo, y Aviñón no le ofrecía perspectivas mucho más halagüeñas.

¿Estará harto de mí este atribulado monarca? ¿Se opondrá a la petición que estoy a punto de hacerle? La única manera de saberlo era hablar.

—Majestad —dijo tímidamente—, me estoy planteando quedarme en vuestro país. Ignoro qué encontraré en Aviñón a mi regreso.

—¿De veras? No se me había ocurrido, pero podría ser una noble decisión. Sufrimos escasez de médicos capacitados. Pero ¿qué hay de vuestra familia? ¿Cómo reaccionará?

—¡Ah, sí —dijo el médico—, hace ya tanto tiempo que hablé con vos del tema! Soy soltero, majestad, y he llegado a la triste conclusión de ser además huérfano. Lo último que supe de mis padres fue que habían emprendido el viaje a Aviñón, donde teníamos planeado reunirnos; pero no llegaron, víctimas, sospecho, de la peste, como tantos otros. He perdido toda esperanza de encontrarlos, y hasta de obtener pruebas reales de su fallecimiento.

En contraste con la postura relajada del rey, Alejandro parecía clavado a la silla, y su nerviosismo saltaba a la vista. Acababa de poner su porvenir en manos del mismo hombre a quien había sometido durante meses a severas restricciones, y no sin resistencia. En ese instante, pensando en el poder inmediato que detentaba el rey sobre su vida, Alejandro se arrepentía de haber impuesto a la casa real ciertas reglas particularmente duras. Quiera Dios que se acuerde de su supervivencia, no de su descontento.

Pero Eduardo se sentía tan feliz por el fin de las restricciones que no echó en cara a Alejandro su rigor.

—Teniendo en cuenta lo que decís, maese médico —dijo al nervioso solicitante—, no hallo razón de peso contra vuestra permanencia, si de veras la deseáis.

Viéndose liberado del peso de la incertidumbre, Alejandro se apresuró a contestar:

—Lo deseo, majestad, y muy de veras.

—Que así sea, pues —dijo el rey.

Alejandro estaba eufórico.

—Majestad, no sé cómo daros las gracias. Con vuestra venia, iré en busca de ciertas cosas necesarias para mi nueva consulta.

Se levantó de la silla e hizo una reverencia para despedirse del monarca. Éste permaneció sentado y lo llamó por su nombre cuando estaba a punto de salir. Alejandro se detuvo, dio media vuelta y se adentró unos cuantos pasos en la sala.

—¿Mi señor?

—Tengo algo más que deciros, pero vuestra prisa me lo impide. —Hablaba de hombre a hombre, no como monarca dando órdenes a uno de sus súbditos—. Tengo con vos una deuda de gratitud, maese médico, y no quisiera dejar de reconocerlo. Os habéis mostrado igual en valor a cualquiera de los soldados que sirven bajo mi bandera, con la diferencia de que vuestro coraje no siempre ha sido bien recibido por sus beneficiarios. De todos los hijos que me ha dado mi reina, sólo nuestra amada Juana ha sucumbido a la peste; es una declaración que me llena de júbilo, y creo que sin vuestros esfuerzos no estaría en situación de hacerla. Podéis consideraros afortunado por los dones que os ha concedido Dios, a cuya infinita sabiduría debemos vuestra presencia en nuestro reino.

Lo próximo que hizo el rey fue pedir disculpas. Observando titubeos, Alejandro adivinó que era la parte más difícil de su confesión.

—Siento que en determinadas ocasiones se os hayan dado motivos de sobra para sentirnos incomprendido o vilipendiado. Nunca sabréis hasta qué punto me habéis resultado valioso, a mí y al conjunto de Inglaterra.

Acto seguido, Eduardo cogió un mapa y volvió a hablar como el monarca que era.

—Y ahora, acercaos antes de que cambie de opinión. De pronto he sentido el impulso de mejorar vuestra posición en nuestro país. Puesto que habéis decidido permanecer en mi reino, debemos procurar que no os falte de nada. De haber conocido antes vuestras intenciones, os habría reservado una parcela de las mejores; en fin, todavía quedan unas cuantas que no están nada mal. Creo que ésta será de vuestro agrado.

Alejandro no entendía las intenciones del rey.

—Majestad, me siento confuso...

Eduardo sonrió.

—Os estoy haciendo un regalo. Estas tierras serán vuestras de pleno derecho. —Desplegó el mapa y enseñó a Alejandro la propiedad que tenía previsto darle—.

Aquí, un poco más al norte... Su antiguo propietario ha muerto sin herederos, y los derechos al título han revertido a mis manos.

Alejandro estaba atónito.

—Majestad, no tengo palabras. Me siento muy honrado.

—Y vos me honraréis a mí aceptando el regalo. Todo ello, claro está, dependerá de la eficacia y buena voluntad del abogado del difunto. Por lo visto, ahora que hemos asistido al fin de una epidemia, empieza a adueñarse del país una nueva pestilencia cuyo principal síntoma es el aumento repentino del número de abogados, ya excesivo de por sí. La principal contribución a la sociedad de estos individuos parece ser la difusión de la enfermedad de la avaricia. ¡Ojalá la peste hubiera dejado más médicos y menos abogados! —El rey estalló en carcajadas—. En fin, deseo cosas que no están a mi alcance. Cuando volváis de vuestra expedición, todo estará dispuesto para que toméis posesión de la propiedad. También se os concederá el título que la acompaña, durante la ceremonia que debe celebrarse de aquí a tres meses en Canterbury. He recibido un mensaje de Su Santidad en que me comunica la llegada de nuestro nuevo arzobispo dentro de ese período. Recibiréis el título coincidiendo con su investidura.

Alejandro supuso que el Papa ya no se acordaría del ejército de médicos reclutado por De Chauliac, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Debo entender que el último mensaje de Su Santidad no contenía instrucciones referentes a mi persona?

—Ni siquiera os mencionaba.

He aquí el fin definitivo de mi misión, pensó Alejandro.

—Gracias, majestad. Suplico vuestro permiso para retirarme.

—Una última cosa antes de dároslo, maese medico: todavía no he agotado mis reservas de generosidad, y parte de ellas recaerán sobre vos. Habéis dicho que sois soltero. ¿Tenéis intención de casaros? Quizá pueda seros de ayuda. Hay en mi reino muchas damas principales sin compromiso.

La pregunta del rey tomó a Alejandro por sorpresa. Piensa bien antes de contestar, se dijo.

—¿Pensabais concederme la mano de alguna en particular, majestad?

—De momento no —dijo el rey—, pero, entre huérfanas y viudas, hay muchas candidatas que podrían conveniros. Teniendo en cuenta vuestras nuevas propiedades, dudo que el hecho de tener orígenes españoles pueda dar pie a alguna objeción; y, si administráis bien vuestras tierras, no tendréis dificultad alguna en mantener una esposa, siquiera aficionada al lujo.

Es demasiado pronto para solicitar su mano, pensó Alejandro, aunque la tentación era fortísima. Deja que pase algo de tiempo. No te desvíes del plan.

—Para ser sincero, majestad —dijo—, apenas había pensado en el matrimonio hasta escuchar vuestra proposición. Siempre he dado prioridad a mi trabajo, y, por otro lado, no preveía quedarme en el país. Concededme algo de tiempo para reflexionar.

El rey asintió con la cabeza.

—Como deseáis, maese médico. ¡Eso sí, os lo advierto: soy muy aficionado a ejercer de casamentero! ¡Pronto habré dado en matrimonio a las más deseables, y tendréis que escoger entre brujas desdentadas y marchitas!

Después de mucho reír, el rey acabó cansándose de su propio chiste y, mirando al médico, dijo:

—Con esto quedan zanjados los temas urgentes. Id, y contad con mi bendición y agradecimiento. Por mi parte, me dirigiré a Londres. Creo que Windsor va a quedarse vacío, y no puedo decir que lo lamente. —Despidió a Alejandro con un gesto de la mano—. Id con Dios, doctor Hernández.

Adele se dirigió a sus propiedades como integrante de la nutrida comitiva que acompañaba al rey en su viaje a Londres. Les ofreció pasar la noche en su casa, pero Eduardo rehusó, movido por el ansia de volver a recorrer el país y reanudar las múltiples guerras que habían ocupado su tiempo antes de declararse la epidemia. Alejandro llegó un día después, y Adele le explicó la situación del rey:

—Ha habido tantos muertos que tiene que reestructurar todo su ejército. Debe nombrar nuevos consejeros para sustituir a los muchos que han fallecido. ¡En Londres va a haber mucha gente que se dispute su atención, todos los que ansían mejorar de estado! No le envidio. Las obligaciones del gobierno lo tendrán ocupado mucho tiempo.

Para un hombre como Alejandro, siempre absorto en su trabajo, todo eso eran tonterías, cosas a las que nunca había dado importancia. Fue por ello por lo que se le pasó por alto uno de los beneficios más evidentes de su nueva posición en Inglaterra. Cuando, después de mucho conversar, se acordó de hablar a Adele del regalo del rey, se llevó la sorpresa de verla caer de rodillas y ponerse a rezar con fervor.

—¿Qué es esto, querida? ¿No te alegras por mí?

—¡Alejandro! ¡Eres un bobo, y yo más por quererte! ¿No entiendes lo que significa? Cuando te nombren caballero, pasarás a formar parte de la nobleza, aunque

no seas inglés. ¡Podremos casarnos! ¡Casarnos, amor mío!

Transcurrieron los días sin que Alejandro pensara en nada más que en gozar a diario de la compañía de Adele, y hacer planes con ella para consolidar un futuro compartido. Cada vez anochecía más tarde, pero ello no impidió que las tres semanas de ausencia concedidas por Isabel pasaran volando. Alejandro se olvidó de volver al bosque de la madre Sarán para reponer sus existencias de extrañas medicinas. Asuntos más gratos reclamaban su atención: pronto tendría tierras que administrar, y ¿qué mejor aprendizaje que observar el modo en que Adele y sus capataces respondían a las exigencias diarias del gobierno de su propiedad?

—En el momento oportuno —le dijo Adele el último día que pasaban juntos— hablaré en privado con Isabel de nuestro compromiso. A partir de ahí será obligación tuya pedir mi mano directamente al rey, pero no dejaré que comparezcas delante de él sin haber obtenido el apoyo de su hija. En este asunto, nos conviene tenerla como aliada.

—Ahora lamento haber insistido tanto en que no saliera del castillo —dijo Alejandro.

—Bastará con que tenga otros asuntos entre manos para que no se acuerde.

Alejandro recordó la saña con que en ocasiones lo había tratado Isabel. La voluble princesa no le merecía la misma confianza que a Adele.

—Esperemos que estés en lo cierto-dijo.

La despedida tuvo lugar en el patio. Aromas de pino y flores hacían más fragante el aire primaveral. La brisa jugueteaba con la cabellera de Adele, que la intensa luz del sol hacía brillar cual cobre bruñido. Alejandro le besó la mano, como en su primer encuentro, y una vez más sus labios se demoraron ávidamente en la piel de la joven.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, pensaré en ti a todas horas —dijo con dulzura.

Tampoco esta vez dedicó el día a recorrer la campiña en busca de hierbas medicinales, ni regresó a la morada de la madre Sarah por el camino de los dos robles, camino que a sus ojos tenía mucha más importancia que la misión que se disponía a emprender.

Cabalgó por caminos embarrados, maldiciéndolos con la misma virulencia que en

otros tiempos había caracterizado a Eduardo Hernández; no obstante, el mal estado de la senda no le impidió alegrarse de haberla encontrado, puesto que lo llevaría sin desvíos a su lugar de destino, un lugar donde sólo había estado una vez.

Llegar a él le costó varias horas de duro galope. Exhausto, vio erguirse ante sus ojos la pequeña iglesia en la que se habían detenido con Adele en el primer viaje de vuelta a Windsor. Tras subir por la escalera, tiró de la cuerda de la campanilla y esperó, hecho un manojo de nervios, con la vista fija en sus botas sucias pero sin verlas. Su corazón se repartía entre el júbilo y una dolorosa pesadumbre. Conocía a muchos judíos que habían abjurado de su fe y su Dios con el objetivo de prolongar y hacer más sencillas sus vidas, y siempre había despreciado aquel rasgo de debilidad. Ahí estaba, sin embargo, a punto de hacer lo mismo. Su intransigencia cedió a la comprensión de que ciertas cosas pueden llevar a un hombre a redefinirse y dejar atrás el pasado.

No por ello dejaba de avergonzarse. Recordó a los desdichados judíos a quienes había visto en Francia agonizando en la hoguera, antes de verse sustraídos a su cruel agonía por el certero flechazo de un soldado cristiano vulnerable a la compasión. Recordó también el recelo con que lo había mirado el hosco capitán al término del lamentable incidente. Si ese hombre hubiera sabido del asesinato del obispo, pensó, habría sido mi alma la primera en visitar su horrible infierno.

Concluyó con resignación y tristeza que, por lo visto, su destino nunca le depararía una satisfacción plena. Fuera cual fuese la fe por la que optara, sabía que siempre iba a tener algo que ocultar o lamentar. A fin de cuentas, se dijo, ese Jesús al que adoran no era más que un judío renegado, igual que yo.

Justo entonces se abrió la puerta, interrumpiendo sus cavilaciones. Alejandro descubrió ante sí al mismo sacerdote que había confesado a Adele, con una vela en la mano. La suave brisa del atardecer hacía temblar la llama, creando un extraño y terrorífico juego de sombras en la severa faz del clérigo.

—Decid, hijo mío —articuló lentamente el sacerdote, mirando a Alejandro con recelo.

—Soy Alejandro Hernández, un infiel aragonés. Busco ser instruido en vuestra fe.

Dos días más tarde, en el camino de vuelta a Windsor, Alejandro meditó sobre las estrictas enseñanzas que le habían impartido. Desde el inicio de la epidemia, eran tan pocos los que habían pasado por el monasterio en busca de conversión o guía que el sacerdote tenía acumuladas enormes reservas de celo religioso para cuando se diera el caso.

Pertrechado de virtuoso fervor, el clérigo había volcado toda su energía en obtener la sumisión de Alejandro mediante el miedo, recurriendo a la amenaza del infierno y la condenación. Consciente de que la sinceridad no habría hecho más que levantar sospechas, Alejandro había tenido la prudencia de no hablar más de lo necesario. «Confieso mis pecados —se había limitado a repetir, sin entrar en detalles; y, ante la insistencia del sacerdote, había añadido—: Es Dios quien tiene que juzgarme, y sin duda es lo bastante sabio para conocer los pecados cometidos en los límites de Su creación sin necesidad de ser informado por el propio pecador».

Por otro lado, pensó sintiendo crecer su indignación, hay que ser imbécil para creerse algunas de sus ridículas enseñanzas. Ningún hombre inteligente podía aceptar que el acceso a la gloria eterna se hallara al alcance de la bolsa; en cuanto al tema de la supuesta virgen, la madre del tal Jesús, «inmaculadamente» concebido por intervención del Espíritu Santo, quedaba más allá de toda lógica.

¡Mujer merecedora de veneración, sin duda, había pensado Alejandro al oír las prédicas del sacerdote, puesto que logró imponer sin más armas que la astucia una de las artimañas más rocambolescas de la historia! Una pobre campesina es infiel a su prometido e idea una historia increíble para justificar su embarazo, consiguiendo que, al crecer, su hijo se gane la adhesión de medio mundo. Para colmo, logra convencer al «padre» engañado de que la ayude a criar al niño de tal forma que él mismo crea en el cuento. ¡Notable, en verdad! ¡Qué diferente debía de ser en vida a la mártir doliente y mística descrita por los sacerdotes!

Era una judía inteligente y sagaz que utilizó su agudo ingenio para sobrevivir, como habían hecho muchos de sus ancestros y harían tantos de los que vinieron después.

Y nadie mejor que Alejandro para afirmarlo. Sólo a base de pensar en Adele y en la paz que esperaba encontrar junto a ella había logrado no estallar en carcajadas ante el empeño del sacerdote en advertirle que su resistencia a la confesión iba a llevarlo derecho al infierno. Bendecid, padre, a este pecador. Soy un judío solitario que busca un hogar tras verse obligado a errar por toda Europa por culpa de la vil traición de vuestro presuntuoso obispo, el cual recibió de mí algo que merecía de sobra. Busco la paz fingiendo convertirme a la absurda fe cristiana, a fin de formar una familia con una mujer cuya ciega adhesión a vuestra locura no merecéis, ya que es demasiado bondadosa para mezclarse con gente de vuestra calaña. Y, si bien me confieso avergonzado de mi falta de escrúpulos a la hora de engañarla, siempre sabrá que no hay amor más profundo que el que siento por ella.

Alejandro estaba tan enfrascado en sus reflexiones que no se dio cuenta de lo lejos que había llegado, y fue grande su sorpresa al ver destacarse contra el verde paisaje la mole del castillo de Windsor. ¡Aquí me espera una nueva vida!, pensó con



júbilo. Hincó con fuerza los talones en los flancos del caballo, que relinchó estrepitosamente antes de lanzarse colina abajo hacia la distante fortaleza.

Amén, pensó Alejandro. Que así sea.

## VEINTE

**E**l lector de manos estaba repitiendo por trigésima vez el proceso de limpieza. A cada nueva revisión detectaba bacterias que habían sobrevivido a la última descarga, y, lógicamente, volvía a empezar. El programa se resintió de tantas sacudidas, y, enloquecido, empezó a soltar descarga tras descarga saltándose el período de enfriamiento necesario. Durante la tentativa número treinta y uno, el sobrecalentamiento de la instalación desembocó en un cortocircuito. Uno de los cables se fundió, provocando un pequeño fogonazo azul y una nubecilla de humo que ascendió hacia el techo.

No hizo falta más para activar una alarma antiincendios directamente conectada con el cuartel londinense de la policía biológica. La señal de radio se transmitió asimismo a la Unidad de Emergencias más cercana, y en menos de un minuto partió hacia el laboratorio un destacamento completo de personal de dicha unidad, cuyos vehículos se abrieron camino por las congestionadas calles de Londres con las sirenas a todo trapo.

En el cuartel general de la policía biológica, la reacción fue menos rápida, pero mucho más organizada. Los miembros de la unidad de guardia dedicaron cierta cantidad de tiempo a ponerse el uniforme protector antes de dirigirse al lugar indicado en su mapa informático. Al cabo de cinco minutos, diez hombres y mujeres ataviados con llamativos trajes espaciales de color verde subieron a la parte trasera de una camioneta patrulla y, mientras el vehículo se ponía en marcha, cogieron cada uno un arma de la panoplia, comprobando que estuviera debidamente cargada.

Bruce estaba marcando un número de teléfono para informar de la presencia de *Yersinia pestis*, pero Janie lo detuvo cogiéndolo del brazo.

—¿Qué es eso? —dijo.

Bruce levantó la mano del teclado numérico y escuchó.

—Alguna alarma. —Agudizó el oído—. Parece el detector de humos.

Colgó el auricular sin acabar de introducir todos los dígitos. Janie corrió hacia la puerta principal del laboratorio e intentó abrirla.

—¡Estamos encerrados! —exclamó—. ¡No se abre!

—Eso es que la alarma debe de haberse disparado en el pasillo —dijo Bruce, acudiendo a su lado. Pulsó unas teclas en la pared para anular el cierre automático, pero al tirar de la puerta no consiguió que cediera—. El sistema de seguridad cierra automáticamente el acceso para que no entre fuego en el laboratorio. —Hizo un

nuevo intento de abrir la puerta, tan inútil como el primero—. Por aquí no podremos salir.

Janie se dirigió a toda prisa a la pequeña ventana del laboratorio y vio llegar al equipo de la Unidad de Emergencia. En cuanto éste apagó la sirena, se oyó otra a lo lejos.

Bruce había acudido junto a ella, y también oyó la segunda sirena.

—Debe de ser la policía biológica. Tenemos que esfumarnos cuanto antes.

—¡Dios mío! —dijo Janie—. ¿A qué vienen?

—No estoy seguro —contestó él—, pero creo que hemos tenido la mala pata de estar aquí dentro justo en el momento de dispararse el detector de humos. Más vale que no nos quedemos a averiguar si tengo razón.

Oyeron a alguien forcejear con la puerta al otro lado del laboratorio. Janie, asustada, miró a Bruce y señaló en dirección al ruido.

—¡Están intentando entrar!

Se oyó una voz llamando a Bruce desde el pasillo.

—Lo más probable es que sea el mismo guardia de seguridad de antes.

Janie echó un rápido vistazo al conjunto del laboratorio, pero no parecía haber otro acceso aparte de la puerta principal.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —El silencio de Bruce no le gustó nada; tampoco la expresión con que meditaba su respuesta—. Un poco difícil, ¿no?

Él frunció el entrecejo, haciendo un esfuerzo de concentración.

—Sólo se me ocurre un camino; lo malo es que es muy estrecho. Tendremos que meternos por un conducto de ventilación del congelador principal. Está lleno de filtros; de hecho, en principio no es más que una salida para el aire purificado, pero quizá podamos pasar. Ven —le dijo señalando el congelador—. No hay tiempo que perder. ¡Y no te olvides el maletín! Podrían identificarte...

Janie se detuvo en seco al ver en la puerta una señal roja que advertía del riesgo de contagio: USO OBLIGATORIO DE TRAJE PROTECTOR PARA EL PERSONAL QUE ACCEDA A ESTA UNIDAD.

—¡Bruce! —exclamó, sujetando a su compañero—. ¡No podemos entrar así como así! ¡Es peligrosísimo!

—¡Mira, Janie, como no entremos enseguida lo vamos a tener muy pero muy crudo!

«No discutas», decía su mirada. Aun así, Janie siguió protestando.

—¡Pero si ahí dentro todo está lleno de bacterias y virus! ¡Nos moriremos igual!

—No, mientras no toquemos nada ni respiremos aire sin filtrar. —Abrió un pequeño armario adyacente a la puerta de la unidad de almacenaje y sacó dos máscaras, una de las cuales dio a Janie—. Póntela. Lleva un filtro antiplásmides. Si nos andamos con cuidado, no dejará pasar nada lo bastante grande para ser dañino.

Janie cogió la máscara y se la quedó mirando. Su peso no llegaba al medio kilo. Una vez dentro del congelador, sólo aquel artilugio de plástico extraligero separaría sus pulmones de miles de millones de bichos infecciosos. Miró a Bruce con aprensión.

—¡Es tan pequeña y sencilla! Me parece imposible que baste...

La puerta sufrió una nueva sacudida.

—¡Vamos de una vez! —insistió Bruce. Janie se puso la máscara atándose la cinta en el codo. Tuvieron el tiempo justo para protegerse con guantes y botas.

—¡Respira hondo! —dijo Bruce. Abrió la puerta y entraron a toda prisa en la cámara de descompresión. Mientras el intercambio de aire les robaba segundos preciosos, Janie miró a un lado y vio el brazo mecánico suspenso en el aire, con sus dedos extrañamente humanos. Imaginó a un técnico cualificado manipulando el delicado artefacto para recuperar una muestra, y todo para no arriesgarse a entrar en contacto con los mortíferos organismos que contenía la unidad. La idea sirvió para recordarle que estaba a punto de entrar donde no la llamaban.

Accedieron por fin a la unidad de almacenaje en sí, por una segunda puerta que se cerró a su paso. Casi de inmediato sus máscaras se cubrieron de vaho.

—¡Mierda! —dijo Bruce—. Deberíamos haberlas enfriado antes de entrar. Tardarán un par de minutos en desempañarse, pero mientras tanto vale más estarse quietos.

Janie miró alrededor a través de su máscara, que se estaba empañando por momentos. Se hallaban en una jungla de tubos de cristal. El silencioso panorama del congelador, en que todo era impoluto cristal o cromo bruñido, poseía una belleza que el vaho hacía aún más fantasmagórica. Algunos tubos tenían pegados pequeños carámbanos rebeldes, pese al sistema de frío seco del congelador. Los dos intrusos exhalaban por sus máscaras nubéculas de aire que, cristalizadas, desaparecían casi al instante. Janie se explicó la procedencia de los carámbanos: eran residuos de respiración humana, cálida y cargada de humedad.

Algo más adelante, vio una serie de tanques atornillados al suelo sin orden ni concierto. Sospechó que contenían algunas de las muestras más letales, almacenadas por separado a temperaturas todavía más bajas.

Oyó algo que la hizo volverse. La máscara empezaba a desmenuarse, pero no lo bastante para permitirle localizar la procedencia del ruido.

—¡Agáchate! —le susurró Bruce, empujándola hacia abajo con su mano enguantada.

Agazapados tras un tanque de gran tamaño, miraron hacia el laboratorio, por cuya mampara vieron al guardia de seguridad con quien habían topado en el pasillo. La máscara de Janie se aclaró justo a tiempo para permitirle percibir una explosión en la espalda del guardia, que se desplomó de inmediato.

Los dos fugitivos ahogaron un grito, cuyo significado, más allá de la distorsión impuesta por las máscaras, no podía ser más claro.

—¡Dios mío! —dijo Janie—. ¡Le han pegado un tiro!

—¡Santo Dios! ¡Y con una bala química! —añadió Bruce.

—¿Y lo matan así porque sí?

Bruce puso un dedo sobre la máscara, imponiendo silencio a Janie. Sin quitar ojo a la mampara, susurró:

—Dan por hecho que en un accidente de laboratorio todo el mundo está infectado. Es el sistema que siguen desde que hace dos años pasó lo del arbovirus. Primero los tiros, y luego las explicaciones.

—¿Y eso nos pasará si nos encuentran aquí dentro?

—A saber —contestó Bruce, nervioso—. A lo mejor se lo piensan antes de disparar contra el congelador. Fíjate en lo que hay aquí; hasta una bala química podría causar grandes destrozos.

A Janie no le hizo falta fijarse demasiado para entender lo que decía Bruce. El tanque que les servía de escudo llevaba, un letrero con las palabras Ébola Zaire, seguidas por el nombre de la enfermera africana que había sido la paciente cero de una mini epidemia que años atrás se había cobrado quinientas víctimas. Janie recordó haber leído un informe en una revista médica donde se describía la rápida aparición de los síntomas, que hacían que la víctima sangrara de forma horrible por todos los órganos y vasos sanguíneos del cuerpo. Desde entonces, el virus había experimentado diversas mutaciones, y la versión actual era todavía más mortífera.

—Aunque no sé —añadió Bruce—; esos tipos son muy buenos, y sus fusiles tienen sensores de calor ajustados a treinta y siete a grados, así que no podemos fiarnos de que no disparen. —Seguía con la vista fija en el lugar donde habían visto caer al guardia—. No suelen fallar —susurró.

Janie inclinó la cabeza y dijo:

—Esa bala iba para uno de nosotros.

Y sólo es el principio, pensó con un nudo en el estómago. Ted también ha muerto, y Caroline anda suelta con la peste encima, quizá contagiando a cientos de personas, como último miembro del club de los pacientes cero. *Yersinia pestis* se asociará con algún otro microbio, recogerá a un plásmide que lleve el gen resistente a los antibióticos, y volveremos al siglo XIV; sólo que esta vez las ratas no tendrán que esperar a que llegue un barco de vela: podrán subirse a los aviones.

El apocalíptico mensaje se repetía una y otra vez en el cerebro de Janie, como una cinta auto reversible, mientras ella y Bruce esperaban a ver qué sucedía. Permanecieron en cuclillas detrás del tanque durante lo que les pareció una eternidad, hasta que empezaron a dolerles las piernas. Detrás de la mampara se oían las voces de los biopolicías, amplificadas por un dispositivo electrónico. Al final tuvieron que sentarse en el suelo y apoyar la espalda en una unidad metálica de almacenaje. La temperatura del congelador era de varios grados bajo cero, y la sequedad del aire era brutal. Janie empezó a temblar; lo único que la resguardaba del frío era una chaqueta bastante fina y mojada, que se estaba poniendo rígida por momentos. Al mover un brazo, minúsculos pedacitos de hielo se desprendieron de la manga y cayeron sobre las baldosas.

Dirigieron la vista por el pasillo central del congelador y vieron reflejado en la lustrosa superficie metálica del armario de enfrente el verde chillón de los trajes espaciales. Aguardaron en silencio, rezando por que a los biopolicías no se les ocurriera ningún motivo para registrar la unidad de almacenaje.

Pasados unos minutos de angustiosa espera, Bruce dijo:

—Dudo que se huelan que hay alguien más; si no, ya habrían entrado. Aparte del guardia no nos ha visto nadie.

Janie no estaba tan convencida.

—Espera a que encuentren la mano —dijo, con el volumen justo de voz para que él la oyera—. Verás cómo lo dejan todo patas arriba. No he tenido tiempo de volver a meterla en el maletín; sigue tirada en el suelo dentro de una bolsa de plástico, y a la mínima que lleven detectores de bacterias, no tardarán ni un segundo en encontrarla.

—Seguro que llevan. Tratándose de un accidente de laboratorio, no tienen más remedio. Después harán un examen de ADN por láser y sabrán que es la mano de Ted; lo siguiente será estudiar los residuos sobre su piel para averiguar quién ha estado en contacto con él, y ahí empezará lo bueno. Interrogarán a todos los trabajadores del laboratorio, yo incluido, y detendrán a cualquier otra persona que salga identificada en las pruebas.

De repente aparecieron dos reflejos verdes que se acercaron a la mampara de

cristal. Janie y Bruce encogieron las piernas y se acurrucaron el uno contra el otro, conteniendo la respiración para que el vaho no los delatase. El peligro de atraer la atención de los biopolicías les impedía moverse; de resultas de ello, la circulación de la sangre se hizo más lenta, provocando un aumento de la sensación de frío. Ella empezó a experimentar una gran somnolencia, y ello a pesar de la adrenalina que le corría por las venas. Miró a Bruce y vio que también se estaba quedando amodorrado; se le ocurrió entonces que, si demoraban mucho su salida, corrían el peligro de morir congelados, mientras Caroline seguía suelta por las calles de Londres.

Volvió a fijarse en el reflejo del armario y vio que una de las siluetas verdes se había marchado. La que quedaba giró sobre sus talones con un gesto brusco y desapareció del campo de visión de Janie. Ésta dio unos golpecitos en el hombro de Bruce y señaló el reflejo.

—Se han ido —dijo—. Deben de haber encontrado la mano.

Él se incorporó de inmediato, poniéndose en cuclillas.

—Es de esperar que los distraiga unos minutos. Quizá consigamos salir. — Transcurridos unos segundos sin que volvieran a aparecer imágenes verdes en el armario, dijo—: Sígueme.

Agachándose lo más posible, avanzaron a toda prisa por el pasillo central del congelador, entre hileras interminables de tubos de cristal y un verdadero laberinto de recipientes metálicos. La lectura de las etiquetas dio escalofríos a Janie. Al ver un bote blanco con el rótulo MARBURGO, recordó el terrible accidente ocurrido años atrás en un laboratorio alemán: una muestra de un virus africano de la familia ébola, tan poco conocido como letal, había llegado a un laboratorio de Marburgo dentro de una probeta rota, con el resultado de que en cuestión de días varios trabajadores de la institución habían sufrido la conversión de sus órganos internos en una verdadera sopa humana. Al pasar junto al bote, Janie contuvo la respiración.

Bruce ya había llegado al conducto de ventilación. Sus dedos rígidos y enfundados en guantes fueron desprendiendo con torpeza sucesivas capas de barras y filtros, y Janie pensó que, con una actividad tan intensa, la quemadura de la mano debía de estarle doliendo de manera atroz. Las barras estaban pensadas para frustrar posibles intentos de acceso desde el exterior. No tardaron en quedar rodeados por montones de filtros y pantallas. Él hurgó en el conducto y extrajo el último filtro, uno de los más gruesos; acto seguido se introdujo en el tubo con los pies por delante y, al llegar al panel del fondo, lo desajustó de una patada, confiando en que no hubiera testigos en el exterior. Al salir vio que estaban detrás de una hilera de arbustos, a salvo de miradas indiscretas. Era de noche. Se volvió hacia Janie y la ayudó a salir por el estrecho túnel.

—Quítate la máscara y lo demás, y escóndelo todo dentro del tubo —le dijo—. No toques la rejilla. No podemos volver a colocarla.

Oyendo que a su compañera le castañeteaban los dientes, la abrazó.

—A ver si así entras en calor —dijo—. Un par de minutos más ahí dentro y la cosa se habría puesto fea.

—Ya lo está —replicó ella—. ¿Cómo demonios hemos podido meternos en este lío?

Se quedaron detrás de los arbustos durante unos minutos, intentando que sus cuerpos ateridos dejaran de temblar. En cuanto se vio capaz de moverse con mayor agilidad, Bruce se levantó cautelosamente y echó un vistazo alrededor.

—Estamos en el jardín lateral —dijo—. Parece que no hay nadie.

Janie se puso en pie y se limpió la ropa con la mano, al igual que Bruce. Después se atusó el pelo a toda prisa. Abandonando la seguridad del jardín, se dirigieron a la calle para ver qué estaba sucediendo.

Procuraron confundirse con la multitud de curiosos que, en número cada vez mayor, se acercaban a la entrada principal del instituto hasta donde se lo permitía una cinta verde fluorescente. Fueron adentrándose en el gentío con suficiente discreción para no levantar protestas. Una vez obtenida una buena perspectiva, se detuvieron, y, amparándose en la seguridad que les proporcionaba la distancia, vieron entrar y salir del edificio a numerosos biopolicías. Poco después de haber alcanzado su punto de observación, presenciaron el traslado de una caja larga y estrecha escaleras abajo, a hombros de cuatro gigantes verdes de aspecto no muy jovial. Se trataba sin duda del cadáver del guardia.

—No están dispuestos a correr ningún riesgo —susurró él al oído de Janie—. Lo tienen bien empaquetado. Después lo someterán a examen y acabarán incinerándolo.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Lloró en silencio, y, tras despejarse la nariz, vio cómo otro biopolicía bajaba a solas por la escalinata llevando una caja más pequeña. Será la mano, pensó.

Como si le hubiera leído el pensamiento Bruce dijo:

—Les llevará cosa de media hora averiguar a quién pertenece. Más vale que nos marchemos antes de que alguien me reconozca.

Unas manzanas más allá encontraron un colmado con teléfono público. Bruce marcó el número de emergencia de la policía biológica e informó de manera anónima acerca de la rejilla abierta del conducto de ventilación del laboratorio. No mencionó a Caroline, ni a la bacteria de la peste; su situación se había complicado en exceso. Seguro de que, por muy sofisticada que fuera su tecnología, la policía biológica



tardaría todavía un tiempo en encontrar las mascarillas y localizar la llamada, telefoneó sin vacilar, con la certeza de que contarían con un margen suficiente para ponerse a salvo; tuvo, sin embargo, que tranquilizar a Janie, que no ocultaba su preocupación.

—Ese equipo de protección lo utiliza demasiada gente para que puedan emplear las huellas como prueba. No van a acusarnos de nada.

Ni Janie ni Bruce hablaron de cómo habrían actuado si el hecho de informar de la localización del equipo hubiera dado pie a que los identificaran. Al internarse en la noche londinense, él se preguntó si habría sido capaz de sacrificarse por el interés general. No lo sabía. Ni quería saberlo.

El teniente Michael Rosow, de la sección londinense de la Policía Biológica Internacional, aguardaba en la sala de descontaminación a que el líquido esterilizador cubriera todas las superficies exteriores de su traje verde, fluyendo en regueros de color aguamarina por los pliegues de su lustrosa armadura de plástico. Le recordaba el anticongelante de los coches, el que se usaba antes de generalizarse la regulación de la temperatura solar.

Era ésa la parte que más odiaba: el largo y lento proceso de salir de una zona contaminada y volver al mundo esterilizado. Cuando vio encenderse la luz que señalaba la apertura inminente de la cámara estanca, soltó un suspiro de alivio y se volvió hacia la puerta, en espera de oír el ruido de succión con que la bomba haría pasar el aire de la sala por el sistema de filtraje. Al salir, esperó en la bandeja de secado a que dos técnicos protegidos por guantes, máscara y botas le quitaran el traje.

Una vez despojado de sus múltiples capas, cerró los ojos y se sometió a un último baño descontaminador. Los técnicos usaron vaporizadores de mano para duchar con líquido caliente todos los recovecos de su cuerpo desnudo. Aquella parte de la descontaminación resultaba francamente erótica, hasta el punto de que más de una vez, por decirlo de alguna manera, se había mostrado a la altura de las circunstancias, no sin vergüenza por su parte.

Después de secarse y ponerse ropa «normal», Rosow se encaminó sin rodeos al laboratorio de examen, caminando a una velocidad acorde con su entusiasmo. Así como odiaba el largo proceso de esterilización, lo que estaba a punto de hacer le procuraba grandes satisfacciones, muy superiores a las molestias de bañarse con anticongelante.

Ya había analizado la mano para identificar el ADN, con tres resultados: primero, un tal doctor Theodore Cummings, a todas luces propietario del miembro seccionado, además de director del laboratorio en que había sido encontrado; por lo visto había desaparecido, y, a juzgar por el estado de la mano, estaba muerto. Segundo dato: una

enterobacteria en cantidad suficiente para que el escáner la identificara como «ser»; todavía no la había sometido a pruebas de identificación. El tercer dato correspondía a una mujer desconocida a quien obviamente no se le habían tomado las huellas corporales, puesto que la comparación de su ADN con las bases de datos del mundo entero no arrojaba ningún resultado. Según sabía Rosow, eso podía significar tres cosas. Por un lado, que se tratara de una mujer mayor, lo bastante para haber escapado a la ley de identificación obligatoria, aunque el buen estado de las células en que se había encontrado la secuencia parecía ponerlo en duda. También podía tratarse de una marginal que se las hubiera arreglado para evitar la toma de huellas. Era una hipótesis difícil de descartar, y, por lo tanto, Rosow la dejó abierta en su mente. Tercera y última posibilidad: una ciudadana extranjera que se hallara en Gran Bretaña con visado limitado, en cuyo caso no se habría visto obligada a someterse a la toma de huellas mientras no permaneciera en el país más de cuatro semanas.

Rosow se sentó frente al ordenador en una silla giratoria y, una vez dentro del programa de interpretación de ADN, examinó la pantalla al tiempo que tecleaba una serie de órdenes breves. La respuesta corrió a cargo de una voz de mujer, dulce y seductora:

—La operación que acaba de solicitar finalizará dentro de seis minutos. Espere, por favor. ¿Desea escuchar música durante el proceso?

—Sí —contestó Rosow.

—Por favor —dijo la voz—, escoja una opción de la lista de pantalla y pronúnciela lenta y claramente.

Rosow echó un vistazo a la lista, comparando la longitud de cada pieza con la duración prevista del proceso.

—Brahms, *Réquiem alemán*, pista cinco.

El ordenador contestó:

—Magnífica elección. Un momento, por favor.

Mientras la poderosa voz de su soprano favorita se elevaba por encima del coro, Rosow permaneció atento a la pantalla. El dibujo fue formándose bit a bit, bajo la mirada fascinada del teniente, que veía organizarse poco a poco la imagen de una mujer. A medida que el código genético era deducido por secciones a partir de las células halladas bajo las uñas de la mano seccionada de Ted Cummings, la imagen iba cambiando y transformándose.

—Eso es, muñeca —dijo Rosow—. A ver qué pinta tienes.

Al mismo tiempo que el diálogo entre la nota única de la soprano y la armonía del coro llevaba la música a su clímax, los detalles finales de la imagen se integraron en

el puzle: pelirroja, ojos azules o verdes, sobre el metro sesenta y delgada, a menos que hubiera entrado en carnes. Toda una belleza. Un bombón.

—¡Caramba! —susurró el teniente, ajustando la nitidez de la imagen.

Se preguntó qué aspecto tendría aquella mujer después de vivir en el mundo real por espacio de cuantos años llevara en él. El propio Rosow nunca había tenido el valor de consultar su imagen y comprobar en cuánto había desgastado la vida su potencial en abstracto. Lo había hecho con algún que otro conocido (sin pedirles permiso ni comunicárselo siquiera, lamentaba decirlo), y siempre le había sorprendido hasta qué punto la fuerza de la gravedad, el clima y las preocupaciones afectaban a todos los seres humanos. Aquella mujer, en todo caso, había nacido con un potencial considerable. El interpretador generacional de células confirmó los cálculos de Rosow sobre su edad.

Aisló sus rasgos faciales y los amplió a tamaño de pantalla. Después abrió un menú de introducción de datos y seleccionó los bits que deseaba enviar vía módem. Una vez satisfecho con la selección, hizo clic en el icono «enviar» y esperó unos segundos a que el sistema transmitiera a todas las oficinas y unidades móviles de la policía biológica inglesa una imagen facial de la mujer y una lista de características identificatorias.

Michael Rosow no veía la hora de poder manejar los programas que, según se decía, estaban siendo desarrollados en el instituto, programas que le permitirían hacer que la imagen reconstruida se moviera igual que una persona de verdad.

Volvió a oírse la seductora voz del ordenador.

—La transmisión se ha realizado con éxito. ¿Desea algo más?

Rosow se echó a reír.

—Sí, cielo —dijo—. Deja que te eche un vistazo.

De los cientos de individuos cuyas siluetas se recortaban contra el crepúsculo, acaso la andrajosa mujer que cruzaba el puente empujando un carrito fuera la más peculiar. Los coches pasaban por su lado a toda velocidad, pinceladas de color aisladas en una masa indiferenciada y veloz de taxis negros cuyos afortunados pasajeros se dirigían a cómodas viviendas suburbanas. Otros, también afortunados, aunque no tanto, volvían a pie a sus apartamentos de barrios periféricos; había, pues, una cantidad importante de peatones a ambos lados del puente; y, aun sabiendo que sus compañeros volvían a velar por ella, la mujer del carrito estaba algo asustada. Se habría sentido mucho más cómoda con el grupo que vivía debajo del puente, en un entorno humano muy distinto.

—No me gustan mucho las multitudes —dijo a Caroline, que llevaba un buen rato sin moverse y distaba mucho de hallarse en condiciones de contestar—. Nunca he aguantado a los grupos grandes.

Aminoró el paso y pensó en los otros recorridos que podía haber seguido, menos expuestos a las temidas masas humanas de la civilización. Todos presentaban algún inconveniente, y no había ninguno que no supusiera un incremento peligroso del tiempo necesario para depositar a su maltrecha carga. Tenía que arreglárselas para pasar al lado sur del río, y aquel puente era el medio que ofrecía menos obstáculos, ya que, al igual que las sillas de ruedas, su carrito de compras robado no podía con las escaleras; en aquel puente las aceras eran tan lisas como la calzada.

El puente era una elegante construcción de acero erigida en sustitución de otro de piedra y hormigón menos resistente, que había sido destruido hacía unos años por la bomba de un terrorista, cuya explosión había acabado asimismo con una buena porción de la historia de la ciudad. La mujer del carrito prefería el puente antiguo, bella y majestuosa conexión entre ambas orillas del río, que además tenía la virtud de casar con los edificios más próximos.

—¡Qué lástima que todo cambie! —murmuró, inclinándose hacia Caroline como si la joven pudiera oír lo que le decía—. En otros tiempos sabía orientarme por esta ciudad, pero ya no. Demasiados edificios altos. Demasiada gente.

Empezaba a encontrarse mal. Era sorprendente la velocidad con que su cuerpo caía en manos del invasor, no por invisible menos esperado. Hacía poco que había tomado las riendas del destino de Caroline, y aun así ya había recorrido una gran distancia, viéndose obligada a volver más de una vez sobre sus pasos al topar con obstáculos insalvables. Empezaba a cansarse de tanto andar. Habría agradecido un pequeño descanso, aunque sólo fueran unos minutos; sin embargo, el rápido empeoramiento de su pasajera no le permitía tomarse el lujo de detenerse para pensar en sí misma. Siguió caminando a un paso lento pero constante, a sabiendas de que en ello radicaba su única esperanza de llegar a destino antes de que fuera demasiado tarde para cumplir la misión.

—¡Eso, no te cortes! ¡Hazte la estrecha!

El teniente Rosow no estaba teniendo mucho éxito en su intento de identificar la bacteria que había encontrado sobre la mano de Ted Cummings, cosa que le producía una frustración considerable. Tenía la costumbre de hablar con gran parte de los objetos que examinaba, a veces con amabilidad, otras con franca irritación, como si de ese modo pudiera persuadir al terco objeto a que le revelara todos sus secretos, lo más profundo de su ser.

Estaba desconcertado. Aquella bacteria mostraba similitudes con diversas especies, pero carecía de correspondencia exacta en la base de datos. Hacía tiempo que no daba con algo que le resultara tan duro identificar. A fuerza de experiencia, Rosow había llegado a desarrollar un don especial para encontrar la bacteria de base a partir de una mutación, sistema que le había permitido identificar microorganismos sumamente diversos.

En cambio, aquel pequeñín, pese a su gran entusiasmo multiplicador, no parecía haberse desarrollado a partir de ninguna bacteria con ficha disponible. Rosow introdujo diez posibilidades de mutación, algunas multigeneracionales, pero no obtuvo resultado. Perplejo, pidió al ordenador que buscara similitudes con otras muestras sin identificar. Lo hizo por puro trámite, convencido de que sería inútil.

Se equivocaba. Cuando todavía no habían transcurrido seis minutos de búsqueda a través de millones de muestras, aparecieron seis resultados positivos, todos de bacterias pendientes de identificación.

Las seis correspondían a los últimos dos días.

Rosow se incorporó como un resorte y estudió atentamente la pantalla. Los historiales de los seis casos estaban siendo recopilados a partir de fuentes diversas. Cinco provenían de distintos hospitales, y el sexto de un examen Infodoctor de rutina. Tres eran londinenses y los otros tres residían en las afueras de la ciudad. Sus perfiles eran absolutamente dispares; no compartían profesión, domicilio, costumbres ni vicios. Todos habían enfermado más o menos al mismo tiempo, y se quejaban de idénticos síntomas: mucha fiebre, ganglios hinchados y manchas oscuras en cuello e ingle. Faltaba un diagnóstico exacto. En el momento de procesarse la puesta al día de los últimos datos, cuatro ya habían muerto, y los otros dos estaban muy graves.

Para que el ordenador entrara en acción de forma automática, hacían falta diez muestras coincidentes sin identificar. Rosow se daba cuenta de que el descubrimiento de aquella posible epidemia se debía exclusivamente a su contacto con la mano de Ted Cummings, que lo había llevado a usar el programa de identificación. A la larga, el número de víctimas habría sido lo suficientemente alto para llamar la atención del sistema, pero, para entonces, cabía la posibilidad de que aquello con lo que Rosow, haciendo alarde de su buena suerte habitual, había tropezado se hubiera salido de madre.

A lo mejor ahora me hacen caso, pensó. Había realizado varios intentos infructuosos de bajar el umbral de epidemia a cuatro casos, pero, aparte de él, nadie lo creía necesario. El sindicato de la policía biológica había cerrado el paso a la propuesta, temiendo un drástico aumento de horas de trabajo. Rosow se había enfadado con los representantes de los trabajadores, y seguía estándolo, hasta el punto de que ni siquiera asistía a las reuniones.

Por mucho que pensara en ello, no parecía existir ningún punto en común entre las víctimas. Sólo lo encontró al leer las entrevistas con los parientes más próximos.

La primera víctima mortal era el propietario de un restaurante londinense de primera categoría, donde habían coincidido la misma noche tres de los afectados por la enfermedad. Rosow llamó inmediatamente a las familias de los otros dos, y descubrió que uno de ellos también se hallaba esa noche en el establecimiento.

Todo apuntaba a una toxina relacionada con la comida; no obstante, una de las víctimas se había limitado a tomar una copa de vino mientras su acompañante cenaba. En la autopsia no se había encontrado nada en su estómago. El examen de otra botella del mismo vino no había suministrado indicios de que estuviera contaminado. Además, su acompañante había pedido otra marca.

—Ya que fue tu última copa, espero que al menos la disfrutaras —dijo Rosow en voz alta—. Yo habría preferido una cerveza negra. —Y añadió—: De haberlo sabido, claro.

Ni el vino, ni la comida, ni ningún patrón profesional o de residencia; lo único que tenían en común las víctimas era su presencia en el restaurante. Éste, además, carecía de aire acondicionado, lo cual descartaba la hipótesis de la legionella; de todos modos los síntomas no tenían nada que ver.

El desconcierto de Rosow era todavía mayor que antes. No sabía por dónde seguir. De algo sí estaba seguro: tenía que encontrar a la pelirroja.

La pordiosera distinguió a lo lejos a dos biopolicías de uniforme verde chillón, apostados en la acera cerca de donde el extremo del puente se unía con la calle. Lo supieran o no, el caso era que se hallaban muy cerca del lugar por el que la mayoría de los integrantes del clan de marginales local accedía a la comunidad de debajo del puente; y, si bien esta idea inquietaba a la mujer en términos generales, la presencia de los agentes junto a la entrada del inframundo no tenía para ella consecuencias directas, puesto que no entraba en sus planes hacer una visita a sus amigos. No tenía tiempo.

Eso sí, se vería obligada a dar un rodeo, puesto que los agentes obstaculizaban la ruta prevista. Dejó de empujar el carrito y calibró las posibilidades. Su vista no era lo bastante clara para percibir el motivo del despliegue policial; tendría que seguir adelante hasta verse capaz de tomar una decisión. Miró alrededor con nerviosismo, buscando algún indicio de que sus furtivos compañeros anduviesen cerca. Iba a necesitar ayuda en aquella etapa del viaje.

La anciana echó un vistazo a Caroline, dándose cuenta de que dejarla ahí y

adelantarse a solas para indagar el terreno habría supuesto una imprudencia. Se inclinó hacia ella y dijo:

—No nos conviene que alguien se ponga a fisgonear el carrito estando yo ocupada en otras cosas, ¿verdad?

Estaba preocupada. ¿Qué hacer? En el caso de que uno de los biopolicías ya la estuviera observando, dar media vuelta podía resultar más sospechoso que seguir adelante: lógicamente, querrían saber quién iba en el carrito, y por qué. En cambio, si se limitaba a pasar de largo, quizá la misión que los había llevado allí les impidiera prestarle mucha atención.

Al acercarse a los biopolicías se disiparon todas sus dudas acerca del motivo del despliegue. Había un hombre tendido en la acera, un marginal, a juzgar por su aspecto. Los agentes estaban examinando su cadáver, tras desviar el tráfico alrededor de la furgoneta; lo peor, sin embargo, era que el muerto se interponía en el camino de la anciana, obligándola a discurrir una trayectoria alternativa.

La densidad del tráfico hacía imposible cambiar de acera. Cabía la posibilidad de pararse a esperar que los agentes metieran el cadáver en la furgoneta y se lo llevaran, aunque el estado de Caroline lo hacía poco aconsejable. El tiempo apremiaba.

Siguió caminando con su chirriante y oxidado carrito, acercándose cada vez más al punto en que habían cortado la acera. Estaba aterrorizada, pero lo disimuló por miedo a que sospecharan de ella. Haciendo acopio de coraje, se echó el chal a la espalda con un gesto teatral e irguió la cabeza orgullosamente. Al acercarse a uno de los biopolicías, dijo:

—¡Oiga, joven, que esta cosa no me deja pasar, y llevo prisa! Supongo que una vieja dama todavía podrá aspirar a que los mozos la ayuden a cruzar.

Tan sorprendente era su descaro que cogió desprevenidos a los dos fornidos policías. Uno de ellos se acercó al carrito y, echando a un lado los papeles, examinó a Caroline; la anciana se mantuvo a la expectativa, haciendo esfuerzos ímprobos por no temblar. Cuando el agente la miró a los ojos, reunió toda la energía que le quedaba y dijo:

—Nada, durmiendo la mona. Por lo visto no la he educado bien. —En ese mismo instante Caroline gimió, apoyando la afirmación de su falsa madre, que supo sacar provecho de la situación—. Tranquila —dijo a su pasajera—; ya verás como echando la porquería que llevas dentro vuelves a estar bien. —Miró al policía que tenía más cerca y dijo—: Más vale que se aparte. Es de las que vomitan, desde siempre. ¡No querrá mancharse ese traje verde tan bonito!

Tenía razón: nada más lejos de los deseos del agente. Ensuciarse el uniforme suponía una montaña de justificantes y una larga sesión de esterilización, cosas que a

nadie le gustaban.

De repente, dos de los astrosos compañeros de la anciana acudieron en su rescate, uno por cada lado, ofreciéndose a ayudarla con grandes aspavientos. Su llegada introdujo el grado de confusión necesario. Los biopolicías dejaron de fijarse en Caroline y observaron con recelo la inesperada congregación de marginales; éstos levantaron el carrito y lo depositaron al otro lado del cadáver, entre afables e incesantes comentarios. El precipitarse de los acontecimientos cogió a la anciana por sorpresa, pero no le impidió seguir el juego a sus compañeros y deshacerse en palabras de agradecimiento. Acto seguido, los marginales desaparecieron con la misma prontitud con que habían salido de la nada.

Viendo llegada la oportunidad de escapar, la anciana se embarcó en una enloquecida exhibición de gratitud de que hizo partícipes a todos los presentes en varios metros a la redonda, entre ellos varios peatones que se apresuraron a alejarse con expresión asqueada. Abandonando por un momento el carrito, se echó encima de los dos agentes y les dijo:

—¡Un besito y me voy!

Los dos policías levantaron las manos en señal de protesta y alejaron a su agresora, quien, fingiéndose ofendida, volvió junto al carrito, dejando atrás a dos agentes tan aturdidos como aliviados.

La anciana se alejó del lugar de los hechos, presa de un temblor incontenible. Por los pelos..., pensó.

Tenía delante la última colina, la parte más dura del viaje, y, sin embargo, ya estaba exhausta. Se detuvo para echar un trago de agua, y aprovechó que la botella estaba abierta para rociar con ella el rostro de Caroline; más que eso no podía hacer, puesto que obligarla a beber se había vuelto imposible. Echó a caminar por la cuesta con un hondo suspiro, deseando verse devuelta por algún milagro a su lozana juventud. El esfuerzo de subir por la colina le daba calor. Se quitó el chal y se lo puso encima a Caroline, añadiendo una capa protectora más contra la fisgonería de los transeúntes, algunos de los cuales dirigían miradas curiosas al carrito. La anciana pensó que, de todos modos, Caroline no debía de estar sintiendo gran cosa, y mucho menos vergüenza por una falta de acicalamiento de la que ni tan siquiera era consciente. Miró hacia atrás por enésima vez, deseando haberse alejado más del puente. Después reanudó su trabajosa progresión.

Justo cuando la anciana estaba abandonando el campo de visión de los dos agentes, un tercer biopolicía salió de la furgoneta sujetando con el guante una imagen en color. Se la pasó a sus colegas, uno de los cuales se fijó más que el otro. Miró en dirección a donde había visto a la pordiosera por última vez, pero había desaparecido.



Tras devolver el impreso a su compañero, entró en la furgoneta y escribió un breve mensaje al teniente Rosow, transmisor de la imagen. Pulsó unos cuantos botones del teclado del ordenador y envió el mensaje con la indicación de que quizá hubiera avistado a la presa.

A fuerza de jadeos y gemidos, llegó un momento en que la anciana ya no pudo seguir empujando el carrito. En cuestión de segundos apareció un miembro de su clan para relevarla. Antes de iniciar lo que quedaba de viaje, el recién llegado abrazó a la pordiosera y le deseó suerte; después se alejó con el carrito, momento en que otro marginal acudió junto a la mujer y se dispuso a acompañarla a lugar seguro. La anciana, presa de fiebre y temblores, se apoyó en él, y emprendieron juntos el camino.

El nuevo marginal siguió su ruta. Faltaba poco para llegar a la vieja reja metálica que marcaba el límite del campo baldío en que Caroline y Janie habían realizado su incursión nocturna. El marginal avanzaba con gran energía y determinación, eufórico por el inminente final de la tarea y el importante papel que le había correspondido en su conclusión. Viéndolo tan flaco, a nadie se le habría ocurrido considerarlo a la altura del cometido; sin embargo, se sentía alegre e inspirado hasta extremos difíciles de explicar, y cumplió admirablemente su papel.

Mirando a su pasajera, dijo:

—Parece que todavía me queda algo de vitalidad. ¡Bueno, a ver qué hacemos contigo! —Abrió la verja de hierro e introdujo el carrito—. Esto está lleno de baches —se disculpó—. Quizá hasta añoses los adoquines de la calle.

Pero Caroline estaba inmersa en un sueño febril: se hallaba en una carreta que un par de viejos rocines arrastraba por un lodazal, y sentía caer salpicones de barro en su mano, que sobresalía del borde del vehículo. Sostenía en ella un objeto no identificado pero de gran valor, y volcaba sus escasas fuerzas en no soltarlo.

Cuando el sueño se acercaba a su conclusión, el guía marginal levantó a Caroline del carrito y la depositó suavemente en una pequeña elevación seca del terreno. Apoyó su espalda contra una roca, confiando en que lo erguido de su posición evitara que se ahogase en el líquido que amenazaba con llenar sus pulmones. Después volvió a tapparla con periódicos y dejó junto a ella el pequeño saco de tela marrón de la anciana.

Una vez finalizada su misión, dio media vuelta al carrito, que, sin el peso de Caroline, resultaba mucho más fácil de manejar. Se apresuró a alcanzar las lindes del campo, preguntándose cuánto tardaría en sentir los mismos escalofríos y sudores que

su amiga; se preguntó asimismo si otros estaban destinados a acompañarlo pronto en sus dolores. Se detuvo unos instantes para mirar a Caroline, planteándose la pregunta de si su salvación justificaba el sacrificio tanto de él como del conjunto de su comunidad.

—Supongo que no llegaré a saberlo —dijo a la noche solitaria.

Su deuda con la madre de Sarin quedaba saldada. Dejó tirado el carro detrás de unos matorrales y tardó pocos minutos en fundirse con la oscuridad. Se dirigía al norte, en dirección al río, hacia el puente que era su hogar.

## VEINTIUNO

**E**n cuanto estuvo en Windsor, Alejandro se apresuró a hacer el equipaje, organizando las pocas posesiones que traía consigo al llegar por primera vez al castillo. Cuanto pensaba llevarse a su nueva morada podía ser transportado sin problemas por un caballo de carga atado a la silla de su montura, y aun así sobraría espacio.

Una vez solucionado el tema de los preparativos, y como ya faltaba poco para partir, emprendió la triste tarea de despedirse de aquéllos con quienes había convivido de manera tan próxima durante los duros meses de confinamiento. Se presentó ante los criados y dio a cada uno una moneda de oro, ya que, en todos sus viajes, no había llegado a gastar ni una centésima parte de lo que le había dado su padre al iniciarse su odisea.

Tras cumplir con la servidumbre, Alejandro se dirigió al ala sudoeste del castillo, donde se hallaban los aposentos de Isabel. Caminaba lentamente, retrasando aposta su llegada para demorar el mal trago inevitable de separarse de Adele hasta su reunión en Canterbury.

Fue la propia Isabel la primera en salir a recibirlo. Alejandro la saludó con una impecable reverencia, arte que por fin había llegado a dominar. La princesa le dirigió una sonrisa burlona y aplaudió con displicencia.

—¡Monsieur, vuestros progresos son dignos de encomio! Admiramos el modo en que os habéis familiarizado con nuestras costumbres. ¡No siempre es el caso con los extranjeros exóticos! Y ahora os marcháis de Windsor... Lástima que no podáis ejercer vuestros talentos en el castillo.

¿Exóticos?, pensó Alejandro. ¿No iban a cesar nunca sus pullas? Cuando estuviera casado con Adele, ¿no tendría que considerar a la insidiosa princesa poco menos que como una hermana, vista su intimidad con la novia? ¡Me dan escalofríos sólo de pensarlo! Disimulando por enésima vez su antipatía, dijo:

—Gracias, alteza, pero me atribuíis méritos excesivos. De no ser por la ayuda desinteresada y diligente de la noble dama que os acompaña, me habría visto abocado a un triste fracaso, y nunca más dejaríais de reiros de mis torpes tentativas.

Kate se asomó a las faldas de Isabel, tras las cuales había fingido ocultarse, y, mirando a su hermana, dijo:

—¿Puedo dárselo ya, Isabel?

—¿Qué? Ah, sí, sí, claro. ¡Maldita sea tu impaciencia! Todavía tengo que

despedirme del buen doctor, pero adelante.

Kate se acercó a Alejandro tendiéndole una caja rectangular de madera que el médico aceptó con exagerado entusiasmo, acompañando el examen atento del regalo con incesantes exclamaciones de admiración.

—¡Qué hermoso! ¡Qué delicada ejecución! Pero ¿qué habrá dentro? —Palpó la caja durante breves instantes hasta encontrar el cierre y desprender la tapa de la base, maravillándose de su perfecto ajuste. La sorpresa lo dejó boquiabierto. Sonrió a Kate y dijo—: La caja en sí ya es demasiado. ¡Qué decir de los tesoros que contiene!

Fue extrayendo una serie de piezas de ajedrez exquisitamente talladas, que inspeccionó con todo detalle.

—¿Os agrada, monsieur?

Alejandro levantó a la niña en brazos y dijo:

—Y más me agrada recibirte de vez en cuando en mi nuevo hogar para que me enseñes todos los secretos del juego. Esta *trousse* sólo debe ser utilizada por jugadores expertos, en consonancia con su belleza. Si eres tan buena maestra de ajedrez como de reverencias, no tardaré en salir vencedor de nuestras partidas.

La niña abrazó con fuerza a Alejandro y le susurró al oído:

—¡Voy a echaros tanto de menos! Por favor, monsieur, ¿no me permitiríais acompañaros?

Alejandro la depositó en el suelo con gran dulzura y, viendo sus ojos llenos de lágrimas, pensó: A fe que yo también la echaré de menos.

—Ignoro cuánto tiempo pasará antes de que mi morada esté en condiciones de recibir a una joven dama de tu categoría —dijo—. Debes concederme un período de preparación. Nos veremos en Canterbury, y ahí hablaremos.

Isabel asistía con paciencia inusitada a la conversación entre Alejandro y Kate; al fin, reclamó para sí la atención del primero.

—Os doy las gracias por haber asegurado mi supervivencia y la de mi familia, y, si bien vos mismo habéis llegado a ser una peste en ocasiones, os debo mucho por la eficacia de vuestro trabajo.

Alejandro tuvo la sorprendente sensación de que era sincera. Después, el tono de la princesa se hizo más duro. Miró alrededor para asegurarse de que nadie los oyera, y añadió:

—Os aconsejo velar por el bienestar de Adele; si sufriera algún mal por vuestra culpa, os indispondríais seriamente contra mí, en cuyo caso no saldríais bien parado.

¿Cómo contestar a tan ridícula advertencia?, pensó Alejandro. ¿Cómo se le ocurre

siquiera que pueda actuar en perjuicio de Adele? ¡Pero si hasta he abjurado de mi fe con tal de estar junto a ella! ¿Puede esperarse más de mí?

—Mientras yo esté a su lado, Adele tendrá cuanto necesite —se limitó a decir.

—Procurad ser fiel a la verdad, maese médico, o seréis vos el necesitado. — Isabel volvió a hablar en voz alta y añadió, como si quisiera que la oyesen—: Os deseo un viaje sin percances, y que Dios os proteja. Sé que a lady Throxwood le agradaría deciros adiós. Os la enviaré enseguida. Siendo como es mujer de gran sensibilidad, os conviene despediros con gentileza.

Isabel dio media vuelta y salió con gran pompa. Alejandro paseó la vista por la sala, pero nadie parecía dispuesto a sostener su mirada.

Tengo que salir de aquí. No aguanto ni un minuto más. Buscó un rostro amable, y justo entonces entró la niñera.

—Niñera, por favor —dijo Alejandro con un matiz de súplica en su voz—, informad a lady Throxwood de que la esperaré en el balcón oeste. Necesito respirar aire fresco. El ambiente de esta sala está muy cargado.

Adele lo encontró contemplando el paisaje, el hermoso verde de la campiña inglesa, que tanto admiraba. Cuando Alejandro la oyó llegar, se volvió hacia ella y le sonrió.

—Ni siquiera con un invierno tan frío deja de resultarme agradable lo fresco de vuestra primavera —dijo—. En Aragón, por esta época del año ya hace bastante calor y las plantas empiezan a marchitarse.

Adele acudió a su lado y se le prendió del brazo, respirando a fondo el aire primaveral.

—Da gusto respirar aire tibio, sobre todo después del largo suplicio del invierno. Este año, la frescura de la primavera y el reverdecir de los campos parecen más hermosos y gratos que de costumbre.

Alejandro la miró con amor.

—Volvemos a estar de acuerdo —dijo—. ¿Podemos estarlo también en encontrarnos en Canterbury, donde solicitaré al rey el gran honor de tomarte como esposa?

—Amor mío, no hace falta que lo preguntes.

—En Canterbury, pues.

—Sí —convino Adele—, en Canterbury.

Alejandro montó en su caballo y comprobó que el de carga estuviera bien atado. Dobló la esquina del establo de madera en dirección a la entrada principal, descubriendo en ese momento que el patio estaba más lleno de soldados que de costumbre. Parecían esperar a alguien, aunque Alejandro no tenía constancia de que estuviera por llegar ningún alto personaje; de ahí que lo sorprendiera tanto ajetreo.

Al verlo, un soldado exclamó:

—¡En guardia!

Los demás se apresuraron a formar dos hileras paralelas, separadas aproximadamente por la estatura de un hombre. La pericia con que las tropas se sometían a un orden perfecto impresionó a Alejandro, que sólo las había visto actuar como fuerza unitaria de combate en una ocasión, contra un adversario tan digno de lástima como había sido su malhadado camarada Matthews.

Tiró de las riendas y se mantuvo a la espera de lo que sucedería después de una maniobra tan ceremoniosa. ¿Quién será ese huésped tan importante?, se preguntó.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que toda la compañía lo estaba mirando a él. Sir John Chandos, que había compartido con Alejandro la función de carcelero, encabezaba la formación y le hacía señas de que pasara.

Cuando el médico se introdujo entre las dos hileras de soldados en posición de firmes, todos los hombres desenvainaron sus espadas y las levantaron hasta tocar la punta del arma de su compañero de enfrente, creando un túnel de centelleantes aceros que Alejandro recorrió al paso, mirando boquiabierto a los hombres que lo honraban con semejante saludo. Ya cerca del final del túnel, donde lo esperaba sir John, oyó a los soldados romper el silencio con vítores y silbidos. El propio sir John se inclinó profundamente ante su amigo.

—En representación de los hombres cuyo mando ostento, os doy las gracias por salvarnos la vida y darnos la oportunidad de volver a servir a nuestro rey en Francia. Que Dios os acompañe, maese médico, y ojalá la Providencia guíe vuestros pasos.

Alejandro nunca se había sentido tan feliz. Saludó con la mano a las hileras de soldados, que contestaron con alegres aclamaciones. Después dirigió sus caballos a la salida y orientó sus pasos hacia el norte. Tuvo tiempo de oír el chirrido del rastrillo, cuya caída señalaba el fin de su estancia en el castillo de Windsor.

Galopó hacia el norte por la carretera de Stepney hasta que, extenuado y cubierto de polvo, empezó a preguntarse si el hecho de que sus tierras estuvieran tan lejos no

sería una forma de destierro. Cuando estaba a punto de decidirse a pasar la noche a la intemperie, divisó de pronto los accidentes naturales descritos por sir John en sus instrucciones para el viaje, señal de que éste se aproximaba a su fin. Optó, pues, por cubrir el último trecho cuanto antes.

Faltó poco para que pasara junto a su «propiedad» sin verla, tal era el estado en que había quedado el camino tras meses de abandono. Lo mismo sucedía con el patio, cubierto de malas hierbas que sirvieron de pasto a los caballos. Voy a vivir aquí, pensó mientras abría la puerta con cuidado. Éste es mi hogar. Un chirrido de goznes oxidados le dio la bienvenida. Alejandro avanzó con cautela, hasta que el errático revoloteo de un murciélago lo hizo caer de rodillas. Permaneció agazapado un buen rato, temeroso del contacto con la odiosa bestezuela. Dios, Tú que me has librado durante meses de la amenaza de la peste, no me dejes ahora; por favor, no permitas que la repugnante enfermedad de los murciélagos me arrebatte la vida. Después de tantos peligros habría sido un fin demasiado irónico, demasiado cruel.

¿A qué Dios debo dirigir mis plegarias?, se preguntó.

—En fin —dijo en voz alta, ansioso por oír una voz humana—, quizá uno de los dos me conceda la bendición de sobrevivir a esta noche. Mañana veré qué hay que hacer.

En la sala principal encontró una mesa grande, cuya dura superficie cubrió con una manta. No sabía si había camas; tampoco se habría atrevido a dormir en ninguna sin antes limpiarla a fondo. Ya tendría tiempo al día siguiente para investigar y empezar a instalarse en su nueva morada; de momento lo más urgente era descansar.

Volvió a soñar con Carlos Alderón. El gigantesco herrero llevaba un tiempo sin perturbar el descanso del médico, pero su reaparición fue tan nítida y real como si nunca hubiera desaparecido, ni siquiera una noche. Una vez más, el espectro arrastraba consigo su mortaja, y una vez más lo acompañaba el sonriente Matthews, cubierto de flechas cuyo extraño golpeteo creaba un fondo sonoro a la fantasmagórica persecución. Esta vez, sin embargo, un nuevo horror se apoderó del turbio inconsciente de Alejandro: el blanco espectro de Adele, ataviado con los restos sangrientos del vestido de boda, seguía a los dos persecutores en un carro destartalado cuyos tumbos al avanzar por una carretera llena de baches iban desperdigando las flores del ramo nupcial.

Se despertó sobresaltado y cayó de la mesa, aterrizando con un golpe sordo en el suelo de piedra. Permaneció inmóvil hasta el anhelado despuntar del alba, con el corazón desbocado y todo el cuerpo cubierto de sudor.

Alejandro volvió al ejercicio de su profesión. Cada día recibía como mínimo a una persona de los alrededores aquejada de alguna dolencia. Un día enderezó el brazo roto de un niño cuyo vano esfuerzo por mantener el equilibrio de una carreta sobrecargada había acabado de forma desastrosa. Al recordar su propia experiencia con una carreta descompensada, acaecida en Aragón muchos meses atrás, Alejandro se estremeció, y esperó sinceramente que la vida del joven no se viera alterada tan drásticamente como lo había sido la suya por el nefasto incidente.

—He visto muchas heridas, y dudo que ésta sea la última —dijo al enojado padre—. El hueso está roto.

—Yo esperaba que sólo fuese una magulladura, pero el chico dice que no puede moverlo.

—Y hace bien —contestó el médico—. Temo que tenga que descansar por lo menos un mes; sólo entonces se le habrá arreglado lo bastante para seguir trabajando. De todos modos, su corta edad hace que sus huesos sean menos resistentes. Mi consejo es que una vez curado lo sometáis a tareas menos fatigosas.

—Eso —dijo el pobre hombre— si antes no se muere de hambre. ¡No puedo cosechar sin su ayuda! Tendrá que hacer lo que le toca. No puedo eximirlo de su trabajo sólo porque tenga mal el brazo.

—En tal caso, sabed que con uno de sus miembros torcido y frágil os será de escasa ayuda el año que viene. Más valdría que le dejarais reposar. No tardaría en ponerse bien: Dios concede a los niños el don de curarse rápido, mientras que los adultos precisan de mucho más tiempo.

—Entonces —dijo el granjero con irritación—, ¿por qué se ha llevado la peste a tantos niños? La semana pasada, sin ir más lejos, se cobró otra víctima en el pueblo que hay al norte de mis campos. El señor del castillo se queja de que se quedará sin impuestos si mueren todos los que cultivan sus tierras.

Alejandro, que había estado volcando toda su atención en envolver el brazo del niño con una mezcla de barro y fibras de cáñamo, interrumpió bruscamente su trabajo y cogió al granjero por el hombro.

—¿Qué habéis dicho? ¿Otra víctima de la peste? ¿Estáis seguro de que se trataba de la misma enfermedad?

—Sólo sé lo que contó la madre del niño. Vino a pedirme clavos para el ataúd, y habló de bultos en el cuello y dedos negros. Seguro que era la peste.

El médico se apresuró a dar los últimos retoques al vendaje y, después de lavarse



las manos, se quitó el barro de las uñas con la punta de un cuchillo.

—Os acompañaré —dijo—. Me gustaría interrogar a esa mujer con mayor detalle.

—Como queráis, pero yo no dudo de su palabra. Ya ha perdido a siete de sus nueve hijos, y sabe reconocer lo que se ceba en sus pequeños.

Alejandro les rogó que montaran en su otro caballo, ya que el granjero y su hijo habían recorrido a pie el largo trecho hasta su casa, y él, por otro lado, estaba demasiado impaciente para viajar con lentitud.

Una hora después, al llegar a la granja de la mujer en cuestión, Alejandro vio siete tumbas recientes en que la hierba empezaba apenas a germinar, y compadeció el triste destino de aquella familia. Ató el caballo a un árbol y se acercó a la ventana de la casita de adobe y cañas. A través de las rendijas del postigo, y a pesar de que la luz exterior le impedía ver con claridad, distinguió tres siluetas inmóviles de seres humanos. La más grande, en quien identificó a la madre, estaba tendida en la cama; las otras, más pequeñas, pertenecían a dos niñas tiradas por el suelo. Nubes de moscas zumbaban alrededor de las tres, y, pese a lo estrecho de la rendija, Alejandro logró ver que todos los cuellos estaban cubiertos de manchas negras.

—Lo que temía: están muertas —dijo al granjero, antes de describirle lo que acababa de ver—. Tenemos que detener la propagación de la enfermedad purificando esta casa por el fuego. ¿Tenéis aceite?

—Sólo en mi granja. Hemos pasado junto a ella al venir.

Volvieron a la vivienda que el granjero compartía con el ganado; una vez ahí, empaparon un trozo de tela con parte del precioso suministro de aceite.

—¡Basta! —dijo el granjero—. ¡El aceite cuesta muy caro!

Enojado por la resistencia de aquel hombre a utilizar su combustible para fines tan justificados, Alejandro propuso un trueque.

—Aceptare el aceite en pago de mis servicios a vuestro hijo. Me parece un intercambio justo.

El granjero refunfuñó, pero acabó aceptando. Alejandro salió al galope con el trapo empapado sujeto a la silla de su caballo de carga, consciente de que el padre obligaría a su hijo a volver al trabajo lo antes posible, y que el chico quedaría deformado para siempre a causa de la estrechez de miras de su progenitor.

Una vez frente a la casa no perdió el tiempo: prendió fuego al trapo y lo lanzó sobre el techo de paja seca, provocando un rápido incendio que en cuestión de segundos desprendió una espesa y negra humareda. Montó de un salto y, cogiendo las riendas del segundo caballo, se alejó en dirección a su casa, no sin detenerse unos metros más allá para echar un último vistazo a la granja en llamas. Entornando los

ojos para protegerse del sol, vio que del horno en que había quedado convertida la granja salían ratas en desbandada, escurriéndose entre los restos de las paredes. Iban a tener que encontrar un nuevo escondrijo.

Ratas, siempre ratas por todas partes. Ratas y más ratas, cada vez que hay alguien enfermo. Ratas en los barcos, ratas en las casas y en los establos. Ratas con sus malditas pulgas dispuestas a atormentar a cualquier pobre diablo a poco que se esté quieto.

De pronto sintió lo mismo que había sentido al ver las entrañas de Carlos Alderón: supo, como en una revelación, que las ratas y sus pulgas formaban parte de la maldición de la peste. Azuzó a su caballo, movido por el deseo de alejarse cuanto antes de la horrible escena.

Una vez a salvo en su casa, llevó los caballos a la cuadra y, tras quitarse de encima el polvo del camino, se apresuró a tomar asiento frente a la mesa del salón, pertrechado de pluma, tinta y pergamino.

*A su majestad el rey Eduardo III:*

*En un pueblo que se halla al norte de mi hermosa mansión, por la que os debo honda gratitud, ha muerto una familia de nueve personas, todas con síntomas de la pestilencia de la que creíamos habernos librado. Si bien no he detectado más casos, no puedo descartar la posibilidad de que no se trate de un incidente aislado. He prendido fuego a la casa para evitar la propagación de la enfermedad, sin poder evitar que decenas de ratas escaparan del incendio. He advertido la presencia de estas alimañas en prácticamente todos los lugares donde se declara la peste, y deduzco que acaso sean el agente transmisor de la enfermedad. Ello explica sin duda la introducción de la peste en Inglaterra; me resulta difícil pensar que no haya ratas en las bodegas de las embarcaciones que van y vienen de Francia. Por lo tanto, debéis tomar medidas inmediatas para purgar de ratas vuestros palacios y flota.*

*Por otro lado, una sabia y venerable anciana que se dedica a curar a los enfermos me ha enseñado que de los despojos de una víctima de la plaga puede extraerse un polvo, el cual, impartido a los apestados que siguen con vida, infunde el poder del espíritu del fallecido, con el resultado de que el paciente sana. Solicito humildemente vuestro permiso para desecar el cadáver de alguien que haya sucumbido a la epidemia, a fin de que contemos con los medios de curar a las nuevas víctimas.*

*Recemos a Dios por que este caso reciente sea el último coletazo de una peste tan reacia a morir como sus desventuradas víctimas. De ser necesario, me honraría grandemente volver a servir a vuestra familia; ojalá que el Todopoderoso no lo*

*disponga así, y que la erradicación de los roedores ponga fin a este flagelo.*

*Espero vuestra respuesta con gran impaciencia.*

*Vuestro humilísimo servidor,*

*Alejandro Hernández.*

Dio la carta a un mensajero ese mismo día. Durante los que siguieron, recorrió la zona preguntando si alguien tenía noticias de la reaparición de la peste en la campiña circundante. No recibió ningún informe en ese sentido, y no por falta de pacientes que sufrieran otras dolencias. Aun así, su tranquilidad distaba de ser completa.

En fin, quizá es que mi carácter siempre me lleva a temer calamidades ahí donde los demás perciben la luz de la esperanza, pensó. De todos modos, sería un alivio sentirse por una vez completamente a salvo. Ojalá no tuviera tan malos presentimientos.

—¡Al diablo con este azote! —bramó el rey—. ¿Se cansará alguna vez de destruir? ¡No puedo recorrer las calles de mi propia ciudad sin tropezar con el cadáver de algún desventurado, ni respirar a gusto por culpa del hedor! ¡Llamad de inmediato al alcalde! Exijo que me expliquen este desastre.

El buen humor con que el rey había regresado a Londres se había venido abajo nada más iniciar la inspección de la ciudad y darse cuenta de sus verdaderas condiciones. La saña otoñal de la peste había sembrado de cadáveres las calles de la ciudad, y muchos seguían pudriéndose en las cunetas; el Támesis era una masa sólida de lodo compuesta por basura, heces y cadáveres, todo lo cual dejaba poco espacio para el agua. Y, a pesar del entusiasmo con que Eduardo ejercía el gobierno de su hermoso reino, los problemas con que se enfrentaba en aquellos momentos eran demasiado abundantes para ser atendidos de inmediato. Por eso, la llegada de un exhausto mensajero portador de la misiva de Alejandro no hizo la menor gracia a su majestad.

—¡Ratas! —vociferó—. ¿Quiere que saque las ratas de palacio? ¡Imposible! Sería más fácil dejarlo sin piedras. ¿Habíais oído alguna vez disparate semejante, Gaddesdon?

El médico de cabecera del monarca, que se había reunido con Eduardo en Londres tras un año de confinamiento en el castillo de Eltham al cuidado de los hijos más pequeños del rey, procuró quitar importancia a la amenaza.

—¡No podemos permitir que ese español haga cundir el pánico en el reino por segunda vez! Desde el mes de los hielos no he visto ningún caso nuevo de peste. A mi juicio, su opinión es precipitada y trasluce una convicción excesiva. Creo firmemente que no hay nada que temer. Os aseguro que no hay peligro alguno en llevar adelante los planes de celebrar la investidura del arzobispo antes del solsticio. No permitáis que un extranjero os haga renunciar a vuestros proyectos.

Pero el rey no las tenía todas consigo; hombre sagaz, acostumbrado a calibrar riesgos opuestos, siguió meditando sobre el contenido de la carta de Alejandro.

—Maese Gaddesdon —dijo—, quizá nos estemos apresurando en nuestro juicio. Os ruego que recordéis que el buen doctor Hernández, cuya condición de español ignorante no discuto, se mostró correcto hasta la exasperación en sus previsiones sobre la peste durante su estancia en Windsor. ¡Además, cada vez que recorro Londres veo miles de ratas! ¡Tal vez su teoría no sea tan absurda, a fin de cuentas! Y, si existe una cura, ¿no debería concederle el uso de un cadáver, tal como me solicita?

—El arzobispo no lo permitirá, majestad.

—¿El arzobispo? No hay —le recordó Eduardo con sequedad, antes de erguirse en toda su imponente estatura de Plantagenet, momento en que todos los cortesanos de la sala, incluido Gaddesdon, se apresuraron a ponerse en pie—. Se lo llevó la peste. ¿Lo habíais olvidado? Además, aunque hubiera arzobispo, ¿no soy dueño de hacer cuanto quiera en mi reino?

—Majestad, os ruego que escuchéis... —dijo Gaddesdon.

—Dadme un buen motivo para escucharos a vos más que al español.

Gaddesdon, herido en su orgullo, replicó:

—Yo también he protegido a vuestra familia en Eltham, aun no hallándoos vos presente. Bajo mi tutela, todos vuestros hijos pequeños han crecido sin merma de su salud. Y en Eltham no escaseaban las ratas. Además, majestad, aun faltando el consejo de un arzobispo, ¿cómo es posible que un monarca cristiano permita una profanación tan grande cual es la exhumación de los restos mortales de alguien que ya ha sufrido?

—Hay campesinos muertos de sobra, Gaddesdon. ¡Echad un vistazo a las calles de esta ciudad, otrora tan hermosa! ¡Hay cadáveres pudriéndose en todos los rincones! Si Hernández tiene razón, ¿por qué no utilizarlos para buen fin?

—¿No han padecido ya bastante? —preguntó Gaddesdon—. ¿Por qué añadir más saña a su triste sino, poniendo en peligro la recompensa celestial de quienes no gozan siquiera de sepultura? —Y añadió, con tono dolido—: Por mi parte, no he visto cura para esta maldición, y me hiere veros tan dispuesto a quitar importancia a mi exitosa

labor de salvaguarda de vuestros hijos.

—No me interpretéis mal —contestó el rey con exasperación—. No menosprecio vuestro excelente trabajo, pero temo que nuestras vidas vuelvan a verse interrumpidas por la horrible plaga; es un temor que nace de mis tripas más que de mi inteligencia, y que me aflige sobremanera hoy que vuelvo a llevar las riendas de mi debilitado reino.

—Entonces, majestad, os suplico que no os dejéis influenciar por paparruchas pesimistas, ni por curas nacidas de la fantasía. Haced lo que tengáis que hacer, y dejad que la plaga se revele por sí misma, en caso de que así lo dicte el destino. Si es voluntad de Dios proporcionar una cura, lo hará.

El rey suspiró, poniendo su frustración de manifiesto a quienes lo rodeaban.

—Bien, basta de discusiones. Lo dejaremos aquí.

Ordenó enviar a Alejandro una carta en que le daba las gracias por su vigilancia, pero declinaba su oferta de ayuda y rechazaba su solicitud. Después mandó llamar a su hija Isabel, confiando en que las buenas nuevas que acababa de recibir le resultaran tan gratas como a él.

—¡Padre —exclamó Isabel—, os lo suplico! ¡No me hagáis esto! ¡No podré ser feliz en un país tan atrasado!

—Te lo advierto, Isabel —dijo el rey con enojo—: No te opongas. No pienso faltar a mi promesa. Te casarás con Carlos de Bohemia en cuanto haya organizado los preparativos del viaje.

—¡Señor, apiádate de mí! —gimoteó la princesa, en pleno ataque de nervios—. ¡Este padre sin entrañas me obliga a emprender un viaje de dos meses para echarme en brazos de un rústico salvaje!

El rey se incorporó con prontitud.

—¡Silencio! —dijo entre dientes, más furioso que nunca contra la terca Isabel—. ¡Tu lengua ponzoñosa está hablando del futuro emperador de Bohemia!

—Creo recordar que aún no lo han coronado —replicó la princesa en son de desafío.

La irritación de Eduardo llegó a su ápice; se abalanzó hacia su hija con la mano alzada, pero el presunto bofetón se detuvo a pocos centímetros de su destino.

Impresionada por semejante exhibición de violencia, Isabel volvió la mejilla y cerró los ojos con fuerza. Al no materializarse el temido castigo, volvió a abrirlos y vio la mano inmensa de su padre cerniéndose sobre su nariz. Todos los presentes

percibieron a las claras el origen ancestral del consabido mal genio de Isabel.

—No me contradigas, chiquilla; porque eso es lo que eres, una chiquilla a quien puedo casar con quien quiera. ¡Y en ese momento te convertirás en la cruz de tu pobre marido! ¡Si me apetece, daré tu mano al mismísimo príncipe de las tinieblas, aunque pienso que ni siquiera el Maligno te querría, por miedo a tu carácter! Ahora, vuelve a tus aposentos y empieza a prepararte para el viaje nupcial. ¡Adelante, arruíname con tus chucherías aún más que de costumbre! No pienso seguir tolerando tu ingrata presencia.

Herida de muerte en su orgullo, Isabel lloró abiertamente en presencia de los cortesanos, y, haciendo caso omiso de la orden de su padre, no salió de la sala, sino que se acercó al rey con expresión suplicante.

—Padre, por favor, concededme unas palabras en privado antes de abandonar la sala.

Eduardo miró a la llorosa joven, su hija favorita, la niña mimada que había crecido a imagen de su imponente abuela; a pesar de la rabia que lo embargaba, no se vio con fuerzas para rechazar su petición de audiencia. Despidió con un gesto displicente a los cortesanos, que se apresuraron a dejar la sala entre susurros y roces de suntuosas vestiduras. Isabel se arrodilló ante su padre y apeló a su clemencia con patético ademán.

—Señor y padre mío, ¿por qué me castigáis con un triste destierro a tierras lejanas? ¿He incurrido últimamente en vuestra ira? Decid en qué he pecado contra vos. ¿No hay nada que pueda hacer para atenuar mi desconocida ofensa?

A Eduardo se le rompió el corazón. En realidad no deseaba enviar tan lejos a su hija, pero la alianza en perspectiva era demasiado apetecible para ser desechada. Fingiéndose más resuelto de lo que estaba, dijo:

—Desplantes como el de hoy son indignos de tu posición de princesa de Inglaterra. Entre mis consejeros ya circula la voz de que te mimo demasiado, y perdono tu incapacidad de cumplir los deberes reales para los que has sido educada, deberes que incluyen la aceptación voluntaria de una boda ventajosa, más allá de que el novio sea o no de tu gusto. Mis enemigos me juzgarán débil y maquinarán medios para desviarme de la meta a la que aspiro. ¿Quieres ser tú la causa de tantos males?

No sabiendo cómo responder a Eduardo, cuya valoración de los resultados de la actitud de su hija era indiscutiblemente correcta, la joven inclinó la cabeza y, avergonzada, volvió a deshacerse en lágrimas, tratando a toda costa de ganarse su compasión; por una vez, sin embargo, el rey, que nunca había sido insensible a los deseos de su testaruda Isabel, no podía ni quería modificar su política en beneficio de ella.

Isabel se devanaba los sesos en busca de un medio de hacer más soportable la situación. Viendo fracasar su intento de hacer cambiar de opinión a su padre, decidió intentar que el exilio fuera lo más cómodo posible; con ese fin, se mostró dócil como un cachorrillo a los designios de Eduardo, dispuesta a complacerlo en todo y colaborar en su política exterior. Pasaron cerca de una hora hablando en privado de los planes del rey, mientras los miembros de la corte se hacían toda clase de preguntas acerca del resultado de la discusión anterior. Eduardo estaba encantado con el cambio de actitud de su hija, tan repentino como inesperado, y pensó para sus adentros que, si aquel acuerdo nacía de haberla tratado con dureza, habría sido conveniente hacerlo antes.

Cuando la conversación parecía aproximarse a su término, Isabel se puso en pie y, tras besar a su padre en la frente, le dio las gracias por tolerar su pataleta infantil; pero antes de salir añadió:

—Hay otra cosa que podría atenuar en gran medida el dolor de alejarme de mi amada familia.

—Dila, y si está en mi mano la tendrás. —Os pido que enviéis conmigo a Bohemia a lady Throxwood. El rey vaciló.

—También tenía pensado destinarla a un enlace favorable; hay muchos candidatos cuya lealtad nos sería útil en nuestra tentativa de reclamar el trono francés. A fin de cuentas, ya no sois niñas pequeñas que siempre tengan que estar juntas.

—Padre, por favor —le suplicó Isabel—. ¿Cómo voy a aprender a amar a mi esposo si ya de por sí me siento desdichada? Lady Throxwood me será de gran consuelo. Además, aún falta mucho para que su edad se convierta en problema.

—Tiene diecinueve años. A su edad, mi Felipa era madre de tres hijos; en cuanto a mi madre, se casó a los trece. ¿Cómo quieres que su edad no sea un problema? Pronto habrá dejado atrás la época de la maternidad.

—Padre, os lo ruego, no me separéis de todo lo que amo para echarme en brazos de un desconocido...

Eduardo cedió, conmovido.

—Está bien —dijo—, pero sólo se quedará contigo un año, a cuyo término regresará para casarse como es debido. Debo conseguir el mayor número de alianzas, y sus tierras son una dote valiosa.

—¡Gracias, padre! —Isabel volvió a darle un beso—. Pero por favor, no le digáis que ha sido idea mía; creo que ya se siente muy en deuda conmigo. Que piense que este honor procede de vos. No quisiera que la gratitud se sobrepusiera a la amistad.

Eduardo vaciló, preguntándose qué habría llevado a su hija a formular tan extraña

petición.

—De acuerdo —acabó por decir, aunque seguía picándole la curiosidad—. Le diré que la decisión ha sido enteramente mía. Envíamela cuando vuelvas a tus aposentos; me gustaría anunciar tu compromiso en Canterbury.



## VEINTIDÓS

**J**anie y Bruce estaban sentados en un banco de un pequeño parque próximo al hotel, tomándose un respiro después de su ajustada huida por el congelador del laboratorio. El descanso les estaba ayudando a mitigar los efectos de la subida de adrenalina y recuperar una circulación sanguínea normal tras la angustiada inmovilidad del congelador. Aun así, no había manera de que Janie entrara en calor. Presa de fuertes temblores, se acurrucó contra Bruce y dijo:

—Ahora mismo sólo tengo ganas de meterme en la cama y cerrar los ojos. Cuando vuelva a abrirlos quiero estar en Massachusetts.

Bruce le pasó un brazo por los hombros y le dio unas friegas.

—Dicho así suena muy bien —dijo con pesar—, pero no voy a poder evitar mucho tiempo que me interroguen.

—Aún nos queda algo de margen —contestó Janie con engañosa esperanza—. No creo que te llamen enseguida; hasta puede ser que lo dejen para mañana. De momento me extrañaría que te clasificaran como sospechoso. La única persona que podía denunciar tu presencia en el laboratorio más o menos a la misma hora de la alarma era el guardia de seguridad, y está muerto; además, aunque no hubieras ido hoy, el laboratorio seguiría estando lleno de huellas tuyas. Es tu lugar de trabajo; lo raro sería que no las hubiera. Por lo que se sabe, has estado en Leeds; tanto los policías del almacén como el recepcionista del hotel confirmarán que estábamos ahí los dos. Mientras te mantengas al margen, hasta es posible que no sospechen nada en absoluto.

—En cualquier caso querrán hablar conmigo. —La voz de Bruce traslucía cansancio y crispación—. Esos tipos van hasta el fondo de las cosas, y no les importa meterse con quien sea. De todos modos, no es eso lo que más me preocupa, sino el hecho de que no consigo tomar una decisión. No podemos ir a mi piso, y en cuanto a tu suite, ni hablar del peluquín.

Janie se incorporó y lo miró con cara de sorpresa.

—Entonces ¿qué hacemos aquí? ¿Por qué nos hemos tomado la molestia en venir?

—No lo sé —contestó Bruce, confuso—. De repente me siento como si me hubiera quedado sin casa. Al salir del instituto parecía aconsejable volver al hotel, pero ya no estoy tan seguro.

—Pues es donde tenemos más posibilidades de que Caroline intente reunirse

conmigo, aparte del instituto. Casi te diría que no tenemos otro remedio que volver. Además, por si se te ha olvidado, y supongo que no, hay un muerto en su habitación.

—Supones bien. —El tono de Bruce era cortante. La conversación empezaba a hacerse tensa—. No me hace ninguna falta que me lo recuerdes; aunque, la verdad, no me veo con agallas para enfrentarme a ello así de sopetón.

—Tenemos que solucionarlo de alguna manera. Si encuentran el cadáver, Caroline nunca saldrá de Inglaterra —dijo Janie, disgustada por el tono estridente con que se oía hablar a sí misma.

Bruce apoyó los codos en las rodillas y la cara en las manos. Respiró hondo y emitió un largo suspiro de contrariedad.

—Caroline sólo es una parte del problema —dijo—. No sólo tenemos que encontrarla y aislarla, sino evitar que se sepa que hemos sido nosotros. A saber qué encontrarán en el rastro que hemos dejado; puedes apostar lo que quieras a que algo encontrarán, y no tendrán reparos en utilizarlo en contra de nosotros. Los dos sabemos que todo este follón no tiene nada que ver ni contigo ni conmigo, pero los del uniforme verde no lo saben. Como nos encierren antes de encontrar a Caroline, no habrá manera de saber adónde ha ido ni qué está haciendo. Puede contagiar a quien sea. Es capaz de patearse medio Londres antes de que alguien se entere de lo que está pasando y la detenga.

Se sentó y la miró a los ojos.

—Quizá haya que plantearse lo peor. En esta ciudad y sus alrededores viven quince millones de personas. Quince, Janie. Y una de las cosas que sí recuerdo sobre la peste es que, cuando no se la trata, tiene una tasa de mortalidad de más o menos noventa por ciento.

Janie era consciente de que cuanto decía Bruce era cierto. Su faceta más realista le aconsejaba: «Ríndete. No hay esperanza. Desentiéndete cuanto antes, mientras todavía puedan creerte». Se acordó de lo que le había dicho John Sandhaus: «Haz bien las cosas, Janie». Pensó en lo agradable que sería verse libre del peso casi insostenible que, sin comerlo ni beberlo, le había caído encima, de repente y sin previo aviso. Se apoderó de su imaginación una sensación de ligereza tan deliciosa y atractiva que habría hecho cualquier cosa por convertirla en real.

Se dio cuenta de que Bruce esperaba respuesta a su comentario. Es un buen hombre, pensó, y podría llegar a quererlo cuando acabe todo esto. Sabía que su futuro común iba a quedar definido en gran medida por lo que hiciera a partir de ese momento. Tal vez ya sea demasiado tarde, pero eso no está en mis manos.

Una pizca de claridad empezaba a diluirse por el firmamento nocturno. Sólo faltaba un par de horas para el amanecer. Quizá la luz del día haga que las cosas se

vean más claras, pensó Janie, esperanzada.

—Dame tiempo hasta el amanecer —dijo—. Si para entonces no hemos sabido nada de ella, llamaré yo misma.

Percibió la renuencia de Bruce, y dio por hecho que se negaría. Fue una sorpresa oírle decir:

—De acuerdo. Hasta el amanecer. —Bruce señaló el hotel con la cabeza—. Entretanto, a ver si se nos ocurre qué hacer con el cadáver de Ted.

Se levantó del banco y, tras desperezarse, ayudó a Janie, que se lo agradeció. Se dirigieron al hotel cogidos de la mano.

La impaciencia de Sarin crecía por momentos. Como una mujer embarazada a quien se le acerca la hora de dar a luz, el anciano había experimentado un nuevo brote de energía, volcada en asegurarse una vez más de que todo estuviera dispuesto según su voluntad. Se estaba preparando, atrincherando, acondicionando su nido para los momentos duros por venir. Ya no estaba asustado, sino ansioso por empezar sus tareas; y, a medida que pasaban las horas, la espera empezaba a parecerle más agotadora que los preparativos en sí.

El perro, que había advertido la exaltación de su amo, lo seguía por toda la casa con mirada de preocupación. La rutina diaria se había visto alterada por un estallido de actividad. Animal de costumbres, el lanudo can llevaba todo el día sumido en el desconcierto. No era propio de su amo gastar tanta energía en una única jornada.

Al ponerse el sol, Sarin descolgó del gancho la correa del perro y se la enseñó.

—¿Qué, vamos? —dijo.

El paseo vespertino era el primer indicio de normalidad en aquel día de ritmo tan extraño. El perro, rebosante de alegría, empezó a dar saltos y menear la cola con el entusiasmo de un cachorrillo.

Aprovechando que el cielo estaba más despejado que de costumbre, Sarin trató de localizar a Venus por encima de las copas de los árboles. Una vez, su madre le había explicado que no era una estrella, sino algo más similar al propio planeta Tierra. Sarin la buscaba cada noche, y su presencia siempre lo reconfortaba, como un signo de estabilidad en el cielo, la prueba de que, aunque estuviera a punto de caer la noche, la luz regresaría a su debido tiempo, y todo permanecería en su lugar. A esas alturas del año, Venus siempre aparecía por encima de un árbol determinado; ahí estaba, en efecto, titilando de forma amistosa. Sarin se impregnó de aquella imagen y la fijó en su memoria, deseoso de guardarla como consuelo para cuando viniera a buscarlo la

muerte.

Pasaron entre los robles y, al encauzar sus pasos por la ruta habitual que daba la vuelta al campo, Sarin se dejó arrastrar por el perro. Éste no se hizo de rogar, pero, llegado a un punto del recorrido, rompió con su costumbre de seguir el trazado perimétrico y se queda quieto con las orejas en alto, atento sin duda a un sonido lejano. De repente empezó a tirar de la correa casi con violencia, hasta el extremo de que, cuando el anciano quiso retenerlo, estuvo a punto de caerse al suelo. El perro quería correr, y daba brincos como loco tratando de soltarse y salir disparado hacia el centro del campo.

—¡Eh! —dijo Sarin—. ¡Tranquilo!

Cogió al perro por el collar y se lo apretó, confiando en que de ese modo lo tendría más sujeto. El perro no hizo caso y siguió tirando como un desesperado hasta que Sarin no tuvo más remedio que soltar la correa. Para asombro de su amo, el animal no tardó ni una décima de segundo en echar a correr como una flecha hacia el centro del erial.

—¡No corras tanto! —exclamó Sarin, que nunca había presenciado semejante comportamiento en su viejo amigo—. ¡Ya voy!

Corrió cuanto pudo guiándose por los ladridos, tropezando aquí y allá con piedras y raíces. Cuidado, viejo loco, se dijo, que quedan cosas importantes por hacer.

Siempre había dado por supuesto que la vejez le traería una sabiduría desconocida en la juventud. No había sido así: conservaba la inseguridad de un adolescente, y, de pronto, se sintió abrumado por lo que le esperaba. Hizo un esfuerzo por seguir corriendo, a pesar de que cada vez que ponía el pie en las piedras del suelo sentía una sacudida que le recorría la columna vertebral.

De repente, el perro emergió de la oscuridad y se puso a saltar en torno a los pies de Sarin, antes de alejarse en la misma dirección por la que había venido. Sarin lo siguió con la mirada, y lo vio detenerse encima de una pequeña loma, no lejos de donde cada primavera salía barro a borbotones. El lugar destacaba por la presencia de una voluminosa roca que sobresalía del suelo justo lo necesario para ser vista. Al acercarse, Sarin creyó divisar otra forma redondeada cerca de donde calculaba que estaría la roca. Cuando le faltaban pocos metros para llegar a la meta, vio que el misterioso bulto se movía.

Acabó por llegar junto a él, respirando con dificultad. Entonces se agachó y, echando al perro a un lado, aguzó la vista para penetrar la oscuridad que le impedía ver bien a la mujer que tenía a sus pies. La enfocó con la linterna y dio un paso atrás.

—¡Dios santo! —exclamó impresionado.

Volvió a mirarla, procurando averiguar cuál de las dos visitantes había vuelto a sus tierras. Aunque sucia y enmarañada, la melena pelirroja identificó de inmediato a su propietaria.

Su estado era mucho peor de lo que Sarin había esperado.

—No hay tiempo que perder —dijo al perro—. Está muy mal.

El viento se había llevado todos los periódicos que tapaban a la joven. Sarin le abrochó la chaqueta, hecha jirones; después se quitó el jersey y le cubrió las piernas. De repente la enferma intentó darse la vuelta con un gemido, asustando a Sarin, que dio un salto hacia atrás y empezó a gimotear. Enseguida se reprochó su falta de valor, y, esforzándose por no perder la lucidez, se llevó un dedo a los labios y dijo:

—¡Chis! Quieta. No tienes ninguna necesidad de moverte. —Sintió el impulso de tranquilizarla, aunque dudaba que pudiera oírlo—. Todo va a ir bien. Pronto estarás curada. ¡Ya verás!

El perro ladeó la cabeza, soltó un gañido, y, acercando el morro al rostro sucio y caliente de Caroline, empezó a darle lengüetazos, como si quisiera refrescarla. Sarin lo apartó con un empujón y le recriminó su acción moviendo el dedo.

—¡Perro malo! Tenemos que andarnos con cuidado. ¡No te muevas de aquí! Ahora vuelvo. ¡Estate quietecito! ¡Eso es! ¡Buen chico!

Se levantó y, medio andando medio corriendo, se dirigió a la casa. El perro lo siguió unos metros hasta que cambió de opinión y volvió junto a Caroline. Tras emitir unos cuantos gañidos más de desconcierto, se estiró a su lado, calentándola con su pelaje. Aguardó el regreso de su amo sin cambiar de posición, jadeando y, de vez en cuando, lamiendo la cara de la joven.

Unos minutos más tarde su amo volvió con un par de palos y unas mantas. Atando a cada palo dos de las esquinas de la manta, improvisó una camilla para transportar a Caroline hasta la casa. Depositó el artilugio al lado de la enferma, lo alisó y, acto seguido, colocó a Caroline encima de él, levantándole con delicadeza primero los pies, después el tronco y en último lugar los hombros. Caroline empezó a moverse otra vez, como si quisiera resistirse. Sarin le acarició la frente con dulzura y dijo:

—¡Quieta! Sólo tardaremos unos minutos en llegar a casa. —Utilizó otra manta para atarla a la camilla improvisada, a fin de impedir que resbalara con el traqueteo—. Lo siento —le dijo antes de coger los extremos de ambos palos—. Me parece que no va a ser un viaje muy cómodo.

Empezó a caminar poco a poco hacia la casa. La camilla daba tumbos sobre las piedras, avanzando con exasperante lentitud. La distancia por cubrir le pareció

enorme. En el fondo sólo era un paseo, pero llevar a Caroline a cuestras era como llevar un saco de plomo, y cada dos por tres tenía que pararse a tomar aliento y desentumecer los brazos. En varios instantes del recorrido volvió la cabeza para mirar a su pasajera y asegurarse de que llevara la manta bien atada, dando gracias a Dios toda vez que la veía inconsciente, incapaz de resentirse de lo brusco del traslado.

Se levantó un viento frío y cortante, muy distinto al que solía soplar a esas horas. Sarin se agachó y entrecerró los ojos, protegiéndose del vórtice de hojas y terrones en que de pronto se veía envuelto, y cuyo cruel vigor amenazaba con hacerlo retroceder, hasta el punto de que pasó unos minutos sin avanzar ni un metro. Al cabo, haciendo un esfuerzo, se internó en la masa de aire hostil y acabó llegando a los robles. En cuanto los dejó atrás, notó que el viento cambiaba, haciéndose más suave primero, desapareciendo al fin, y con él el frío que se había apoderado de su cuerpo.

Cuando Janie y Bruce llegaron al vestíbulo del hotel, ya tenían esbozado un proyecto de plan, proyecto que, si bien incompleto, les señalaba el camino a seguir. Como sus requisitos incluían un carrito para el equipaje, Bruce cogió uno al vuelo y lo metieron en el ascensor.

El cadáver de Ted estaba más descompuesto que la última vez, pero el hedor no era tan insoportable, gracias a que habían dejado la ventana abierta. Evitando el contagio mediante todas las precauciones que permitían las circunstancias, Janie y Bruce pusieron al muerto encima de una manta y lo envolvieron escrupulosamente. Procuraron no pensar e hicieron presión hasta doblarlo por la mitad, momento en que metieron el cadáver dentro de la funda para vestidos de Janie.

Una vez hubieron conseguido cargar en el carrito de equipajes el envoltorio de plástico que contenía el cadáver encogido de Ted, fueron al lavabo y se lavaron las manos hasta dejarlas casi en carne viva. Bruce se sentó en la cama, mirando fijamente el carrito y su espeluznante carga. A continuación hundió el rostro en las manos y se restregó los ojos.

—Lo que he hecho me parece increíble —dijo a Janie—. Y, para colmo, no sé por dónde seguir.

—Deberíamos quemar el cadáver.

—Para eso tendremos que sacarlo de Londres.

Janie consultó su reloj: casi eran las cuatro de la madrugada. Faltaba una hora para el amanecer. Algo tenía que ocurrírsele.

—Podemos meterlo en el maletero de tu coche y alejarnos de Londres dentro de unas horas. Por lo menos impediremos que lo descubran.

Bruce suspiró con fuerza y se levantó.

—En fin, aquí está claro que no podemos dejarlo.

Tras echar un último vistazo, salieron de la habitación carrito en mano y bajaron con el ascensor.

Se separaron en el vestíbulo. Bruce cogió el carrito con el cadáver y se dirigió al coche, que seguía aparcado en el mismo sitio, al otro lado de la calle. Janie se quedó en el hotel y llamó al recepcionista de noche, a quien despertó de un sueño profundo, o eso daba a entender su aspecto. La amabilidad del empleado no se resintió de ello.

—Dígame, señora.

—Perdone que lo haya despertado —se disculpó Janie, nerviosa.

—No se preocupe —contestó el recepcionista, mirándola con ojos entrecerrados.

Janie se preguntó por unos instantes si despertarlo habría sido un error. Procuró sonreír de manera convincente.

—Estos días que vienen voy a estar ocupada con varios viajes de estudio —dijo; y, para explicar que se hubiera levantado tan temprano, añadió—: Quería empezar cuanto antes. Todavía no me voy del hotel, pero he dejado dentro documentos muy importantes, y, como están un poco por todas partes, preferiría que el servicio de habitaciones no entrara mientras estoy fuera. Sé que la señorita Porter, de la habitación de al lado, pidió lo mismo, y que las encargadas de la limpieza no han puesto ninguna pega.

—Por supuesto, señora. Se lo diré sin falta a la gobernanta. ¿Me recuerda qué habitación es, por favor?

—Setecientos diez. —Mientras el recepcionista apuntaba el número, Janie volvió la cabeza y vio a Bruce cerrando el maletero. El carrito estaba vacío.

Cuando se disponía a marcharse, oyó decir al recepcionista:

—Perdone, señora, ¿ha dicho setecientos diez?

Janie se volvió temiendo lo peor.

—Eso es.

—Tiene un mensaje. Hace un rato llamó un hombre que al parecer no quería usar el buzón de voz.

Será Sandhaus, tan maniático como siempre, pensó Janie, más preocupada ya que asustada. Tienes el don de la oportunidad, John...

El recepcionista le tendió un papel.

—Lo atendí yo mismo. Con perdón, señora, parecía un poco alterado.

Janie cogió la nota y la desdobló.

Ponía: «Robert Sarin. Importantísimo que venga enseguida».

Sarin tenía la espalda destrozada por el esfuerzo de levantar a Caroline y ponerla encima del camastro. Tras despojarla de su ropa mojada, tiró los harapos a la chimenea y esperó a que prendieran. Las llamas saltaban con vigor inusitado, como si se estuvieran enfrentando a una fuerza maligna que pugnase por recuperar su poder. Sarin lavó a Caroline de pies a cabeza con un trapo empapado de agua de hierbas, cubriendo públicamente con una sábana todo el cuerpo de la enferma salvo la zona que estaba siendo sometida a sus cuidados. La visión de ciertas partes le sacó los colores; nunca había visto a una mujer completamente desnuda, ni siquiera a su madre, si bien lo avanzado de su edad le impedía reaccionar como habría hecho años atrás. La mugre fue desapareciendo capa tras capa, dejando la piel al descubierto. ¡Dios, qué pálida!, pensó Sarin, extrañándose de que Caroline pudiera seguir viva en un estado tan grave.

Extrajo de un antiguo arcón de madera un camisón blanco cuya extrema finura lo hacía casi traslúcido. Con una mano levantó la cabeza de Caroline, y con la otra le pasó la delicada prenda por la cabeza. No le fue fácil ponérsela, dada la escasa colaboración que obtuvo de sus extremidades. En cuanto juzgó que Caroline estaba todo lo cómoda que podía estar, cubrió su escuálido cuerpo con sábanas limpias, antes de juntarle las manos sobre la barriga y colocar entre ellas un ramillete de hierbas secas.

Dio un paso atrás y miró a la enferma con expresión meditabunda.

—Espero que recuperes tu belleza —dijo, seguro de que no podía oírlo.

Después, pensando en lo que acababa de decir, rezó en silencio: Señor, me daría por satisfecho con que se curara. Sería más que suficiente. Intuía que la prolongación de la vida de la joven, de concederse, no quedaría en hecho aislado, sino que formaría parte de un plan más vasto.

Suspiró con fuerza y dio a la enferma unos golpecitos tranquilizadores en la pierna. ¡Ojalá se me permita verlo realidad! ¿Seguiría ella siendo joven cuando sucediera, madre acaso de un hijo importante? ¿O descubriría su papel en edad tan avanzada como la del propio Sarin?

Si conseguía curarla, ¿se convertiría a su vez en sanadora? Sarin sabía desde



siempre lo que se esperaba de él en un momento u otro, pero a decir verdad, antes de tener delante al objeto de sus desvelos (tantas veces ensayados), nunca se había molestado en tratar de averiguar por qué su éxito era tan importante.

—En fin —dijo en voz baja al perro, que había acudido a su lado—, lo más seguro es que tampoco lo entendiera.

Sólo el tenue resplandor de una vela iluminaba la habitación, ya que, según su madre, si la paciente volvía a abrir los ojos podía resentirse de una luz excesiva. Si la tarea se prolongaba hasta más allá del amanecer, bajaría las persianas para proteger a Caroline de la cruda luz solar.

Viendo que se movía, se acercó a ella de inmediato y le puso la mano en la frente; seguía sudando, pero no estaba tan caliente como antes. Para Sarin, era muy gratificante pensar que la mejoría pudiera ser fruto de sus esfuerzos, quizá del uso de hierbas al lavarla.

—Espero que no tarden —dijo al perro. Consultó su reloj de bolsillo y suspiró—. Ya es hora de empezar. —El perro contestó con un discreto gañido. Su amo respiró hondo—. Bueno, pues tendré que arreglármelas sin ellos.

Confió en saber hacerlo.

## VEINTITRÉS

**L**a respuesta del rey desconcertó a Alejandro por su ambigüedad.

*Una vez más os quedamos agradecidos por la diligencia con que ejercéis vuestra profesión. Por favor, seguid informándome de vuestros descubrimientos; también yo permaneceré atento a las noticias sobre la peste que lleguen del conjunto del reino, y entre los dos no tardaremos en esclarecer lo que tiene de cierto el supuesto brote. Meditaré vuestra propuesta y os comunicaré mi decisión en Canterbury.*

¡Aquella respuesta carecía de contenido! ¿Cómo es posible que hombres educados puedan utilizar tantas palabras y decir tan poco?, se preguntó el médico. Eduardo no tenía intención de investigar activamente los rumores, ni parecía interesado en la noticia de que quizá existiera una cura. Está demasiado ocupado con el oficio de rey, y no se da cuenta de que pronto no le quedarán súbditos que precisen de sus servicios. Pues bien, no comparto su despreocupación ni su indiferencia.

Volvió a la casa que había incendiado y recorrió las ruinas hasta encontrar los esqueletos ennegrecidos de la mujer y sus dos hijas, en medio de lo que había sido su hogar. Se planteó añadir tres tumbas más a las que ya había, pero no se atrevió a tocar los cuerpos insepultos, por miedo a atraer sobre sí la terrible y furtiva enfermedad.

No puede reducirse a este caso. Tiene que haber otros cerca. Se me está escapando algo.

Se le ocurrió llevar adelante la desecación sin permiso oficial, pero el recuerdo de su experiencia en Aragón dejó la idea en mero proyecto. Pasó el resto del día haciendo preguntas a los lugareños, cada vez más frustrado por el contraste entre la realidad y lo que le dictaba su espíritu de razonamiento. Como había olvidado prepararse para un viaje de varios días, volvió a casa en cuanto el sol empezó a aproximarse al horizonte.

Atenazado por el hambre y la sed, llegó a las puertas de un pequeño monasterio, y, recordando que ciertas órdenes cristianas tenían por norma dar hospitalidad a los viajeros cansados, hizo sonar la campanilla, esperando obtener algún refrigerio antes de continuar. A falta de respuesta, volvió a tirar de la cuerda, pero su petición fue ignorada por segunda vez.

Finalmente, la curiosidad se sobrepuso a los buenos modales, y Alejandro empujó la puerta. Estaba abierta. Se propuso entrar en el monasterio sin permiso, pero, antes de haber pasado del umbral, un hedor conocido agredió su olfato con fuerza

suficiente para obligarlo a dar media vuelta y salir corriendo en busca de aire fresco, como si estuviera a punto de ahogarse. La causa del asfixiante olor estaba lo bastante clara para que no hiciera falta investigar. Aunque no tenía previsto partir hacia Canterbury hasta dos días más tarde, Alejandro decidió iniciar el viaje al alba, ya que era de todo punto necesario informar al rey del suceso.

Sin embargo, al despertar de su duermevela, Alejandro miró por la ventana de su casa y vio que un viento huracanado sacudía los árboles hasta el extremo de arrancar las ramas más gruesas sin el menor esfuerzo. Para colmo, llovía a cántaros, y no tuvo más remedio que demorar su partida un día más, hasta gozar de posibilidades fundadas de llegar sano y salvo a destino. No podía arriesgarse a fracasar.

Adele volvió a abrocharse los botones de las mangas y se metió la camisa por dentro de la falda. A su lado, la niñera se limpiaba las manos con una toalla de hilo, suspirando con fuerza. Era una situación difícil, y temía por el alma de aquella dama.

—No cabe duda. Hace dos meses que no os viene la regla, y al tocar el vientre lo he notado blando. A mediados del invierno, si Dios quiere, tendréis un bebé en vuestros brazos.

Adele, sumida en el desconcierto, no hizo comentarios al recibir la noticia. Sus sospechas iniciales de que la vida estaba germinando en su seno la habían llenado de temor, dada la imposibilidad de que aquel niño sin padre hallara un lugar en la corte de Isabel. Adele no iba a dar a luz a otra Kate, sino al hijo bastardo de un español, y, mientras no lo nombraran caballero, Alejandro no podía considerarse buen partido para la aristocrática lady Throxwood. Tendría que mantener en secreto su estado hasta después de la ceremonia.

—Por favor, si en algo me aprecias —dijo a la niñera—, como sé que apreciaste a mi gentil madre, no cuentes esto a nadie, y menos que a nadie a mi señora Isabel. Quisiera comunicar la noticia al padre de la criatura antes de que se divulgue en palacio.

La niñera estaba al corriente de la identidad del padre, y temía por una pareja tan desigual. Vaciló un poco antes de hablar.

—Señora, si acaso os inclinaseis por libraros de esta carga, sabed que es posible. Muchas comadronas han extraído del útero materno semillas no deseadas, incluso entre personas de alta cuna.

Adele ya sabía que las mujeres de su rango y privilegios tenían la posibilidad de dar fin a un embarazo inoportuno, pero su desconcierto le había impedido planteárselo siquiera, y casi se sintió molesta por la complicación adicional que

suponía el bienintencionado comentario de la niñera. La confirmación de su estado le daba mucho en que pensar. Se pasó la mano por la frente para conjurar un incipiente dolor de cabeza. Por otro lado, y a pesar de lo muy preocupada que estaba, ya había pasado largas horas de felicidad soñando con la dulce vida que podría compartir con Alejandro y el hijo de ambos si todo salía bien. Casi toda su vida se había desarrollado al servicio de su amiga; era hora de tener algo propio. Estaba segura de que Isabel no se lo tomaría a mal.

—¡No puedo pensar en tantas cosas! —dijo, poniéndose de lado y volviendo la cara a la niñera.

Ésta se apartó de la cama y se puso a trajinar por la habitación, atendiendo a los quehaceres más nimios con tal de proporcionar a la dama unos momentos de intimidad.

—¡Al infierno con las pulgas! —dijo dándose un golpe en el dorso de la mano—. ¡Ojalá viviera lo bastante para pasar una primavera sin estos bichejos malditos!

En vez de contestar, Adele gimió, presa de unas náuseas repentinas. Cambió de lado y dobló las piernas para mitigar el malestar. En cuanto la oyó quejarse, la niñera acudió corriendo a su lado.

—En los primeros tiempos del embarazo, muchas mujeres sufren dolores de vientre —dijo—, pero se os pasará. Dentro de dos meses no sentiréis la menor molestia. ¡Y el niño empezará a moverse en vuestro interior! Notaréis sus pataditas. Cuando llega ese momento, es lo más maravilloso del mundo.

—¡Ah, mi buena niñera, cómo me tranquilizas! —dijo Adele, cogiendo a la anciana de la mano—. Creía que este dolor era un castigo de Dios a mi falta de castidad.

—Nada de eso —dijo la niñera—. Pocas se salvan. Me atrevería a decir que hasta la santísima Virgen sufrió de esta manera.

Adele cerró los ojos, sintiendo que le volvían los retortijones.

—Entonces rezaré por su protección y guía —dijo. Ya bien entrada la mañana, Adele se sintió con más fuerzas. Comió un poco y dedicó un rato a bordar. Seguía inclinada sobre sus labores cuando Isabel regresó del salón del trono y le dijo que el rey Eduardo deseaba hablar con ella en privado.

—¡Qué blanca estás! —dijo la princesa—. ¿Te encuentras bien?

—Quizá un poco cansada.

Adele se miró en el espejo de Isabel y comprobó que lo que decía ésta era cierto; entonces se pellizcó las mejillas y logró infundirles color. Se volvió hacia Isabel, que expresó su aprobación con una sonrisa.

—¡Válgame Dios! ¿Y por qué querrá verme?

—No lo sé —dijo Isabel con ignorancia fingida.

¡Virgen santa!, pensó Adele de repente. No puede ser. Ahora no. Tanteó con timidez a su señora:

—¿Le han pedido mi mano?

Viendo a Adele tan preocupada, la princesa se echó a reír.

—No te inquietes tanto, querida amiga. No sé de ninguna petición en ese sentido. Imagino que querrá decirte algo acerca de tus propiedades. Pero no dejes que la afición de mi padre a oírse hablar a sí mismo te entretenga demasiado. Cuando vuelvas nos probaremos los vestidos de gala. ¡Ya era hora de que llegaran!

Adele caminó con dificultad hasta el salón del trono, con la duda de si no habría hecho mejor quedándose en la habitación. Una tremenda arremetida de dolores de vientre la obligó a detenerse y apoyarse en la pared para no caer. Conteniendo sus ganas de vomitar, se rehízo y recorrió el último trecho.

—¡Pero si estáis igual de blanca que el más inmaculado de los linos! —exclamó el rey al verla—. ¿Qué os aflige?

—Sólo es una gripe pasajera, majestad. Lo cierto es que he mejorado mucho desde esta mañana. Solicito vuestra indulgencia por presentarme tan pálida ante vos.

El rey evitó profundizar en el tema, aunque se alegró de que Adele se encontrase mejor. La joven aceptó gustosa su invitación a sentarse.

—Voy a plantearos una misión de gran importancia —dijo el rey—. Quisiera solicitar vuestra colaboración en una serie de preparativos para el próximo enlace de Isabel.

—No entiendo, majestad —dijo Adele, perpleja—. ¿Se ha prometido acaso mi señora?

—¿Será posible que la muy engreída no os haya informado de semejante noticia? ¡Qué negligencia! ¡Pero si sois su principal confidente! ¡Me extraña que haya tenido la gentileza de dejarme ser el primero que os lo diga! Se están ultimando las negociaciones para que Isabel se case con Carlos de Bohemia, cuya coronación como emperador es inminente. Viajaréis con ella, y seguiréis a su lado durante un año, ofreciéndole amistad y consuelo. De ese modo tendrá tiempo para acostumbrarse a su nuevo esposo. A ella no se le habría ocurrido pedíroslo, pero creo sinceramente que vuestra presencia contribuirá a su felicidad y a la solidez de la unión de Inglaterra con Bohemia.

Viendo que Adele se ponía todavía más pálida, Eduardo dijo:

—¿Lady Adele? Si estáis indispuesta podemos dejar la conversación para más tarde...

—No, majestad —contestó Adele, temblorosa—, se me pasará... Las buenas noticias se han vuelto tan escasas que ya no estoy acostumbrada...

—Siendo así, no os retengo más tiempo, ya que dos buenas noticias de este calibre, una para vos y otra para Isabel, son sin duda excesivas para vuestra constitución. Pero antes de marcharos, decidme, ¿puedo contar con que la hija de quien tan bien me sirvió en Francia me sirva a su vez en Bohemia?

Isabel no estaba en situación de contestar. Abrumada por las consecuencias de la petición del rey, se desmayó y quedó inconsciente en la silla.

Sir John Chandos, que estaba cerca, corrió hacia ella y la levantó con facilidad; después la llevó sin ayuda de nadie a los aposentos de las mujeres, donde la niñera se hizo con el mando e indicó al valiente soldado que depositara el cuerpo desmadejado de Isabel encima de la cama. Después tuvo la audacia de ordenarle que se marchara.

—Salid. Éste no es lugar para hombres. ¿O acaso tenéis intención de aprender más sobre problemas de mujeres bajo mi tutela?

Para el bueno de sir John, poco acostumbrado a las costumbres íntimas del sexo femenino, fue un alivio marcharse. En cuanto salió, la niñera empezó a desatar el corpiño de Adele y llamó a Isabel para que la ayudara.

Asustada, la princesa intentó deshacer los lazos, pero de poco sirvieron sus torpes dedos.

—¿Qué tiene? —preguntó a la niñera.

Ésta no dijo nada, y evitó mirarla a los ojos.

—¡Habla! —ordenó Isabel.

Ante el terco silencio de la anciana, Adele, que había recuperado la conciencia, la relevó de su promesa de no revelar el secreto a la dama a quien servía.

—Yo misma os lo explicaré —dijo con voz frágil—. Comparto mi enfermedad con todas las mujeres que tienen hijos. Estoy embarazada de Alejandro.

Isabel se santiguó, tomando prestado un gesto característico de Adele. La declaración de ésta la impresionó tanto que se apartó de la cama y dejó que la niñera se ocupara a solas de su paciente. Empezó a dar vueltas por la habitación como un gato acorralado, llena de desconcierto, y desesperada por mantener la situación bajo control. Al principio, la idea de que su amiga del alma fuera capaz de una traición tan solapada la puso furiosa; después sintió celos de la intimidad entre Adele y el padre de la criatura, en contraste con el fracaso amoroso que la afligía a ella, princesa de

sangre real.

Una vez recuperado cierto grado de sosiego, volvió junto a Adele, que seguía tendida en la cama con un trapo húmedo en la frente.

—¡Adele, creía que me tenías afecto! Eres la última de quien esperaba una traición.

Adele trató de incorporarse, pero sólo consiguió apoyarse en los codos.

—¿Cómo puedes dudar de mí, Isabel? ¡Llevo a tu lado desde que éramos niñas!

—Pero has permitido que el amor de un pérfido español mancille el que sientes por mí. ¡Primero mi padre sucumbe a la influencia de ese carcelero, y después el vil embaucador me roba tu precioso afecto, y tu lealtad!

—¡Lo juzgas con severidad excesiva! Además, le di mi amor por voluntad propia.

Isabel tomó una mano de Adele entre las suyas.

—No es digno de ti. No te merece. Tú eres una dama de altísimo linaje, y él un vulgar español.

Adele, que se estaba indignando por momentos, salió en defensa de Alejandro:

—Te ciega tu encono por las restricciones que nos impuso, y que son precisamente las que nos salvaron la vida. ¡No ves más allá de tu rabia! Si lo conocieras tan bien como yo, sabrías lo lejos que se halla de la vulgaridad.

—Sí, no cabe duda de que lo conoces muy bien —dijo Isabel—, a juzgar por tu estado.

Dicho lo cual, dio media vuelta y, enojada, se alejó del lecho, dejando a Adele a solas con su desgracia, y perpleja por lo pérfido de los comentarios que acababa de oír.

¿Cómo es posible que haya sucedido algo así, y justo en un momento tan inoportuno?, se preguntó Isabel, consciente de que una mujer embarazada suponía un grave peligro para el resto de la comitiva, cuya necesaria rapidez de movimientos se vería comprometida por la extrema vulnerabilidad de uno de sus miembros. ¿Y qué monarca sería capaz de enviar a una corte extranjera a una mujer soltera cuyo abultado vientre proporcionara pruebas manifiestas de su pecado? El rey Eduardo no, de eso estaba segura Isabel.

¿Qué puedo hacer? Virgen bendita, ¿qué decisión es la más adecuada?

Su melancólico ensimismamiento se vio interrumpido por un suave tirón en la manga. Era Kate.

—¡Ah, eres tú! —espetó Isabel a la niña—. ¿Qué quieres ahora?

—Por favor, hermana, ¿qué le pasa a la dama?

—¡Le pasa que tiene la desgracia de ser mujer, una desgracia que no tardarás en conocer por experiencia propia, y que quizá consiga que dejes de molestar de una vez! ¡Y ahora sal y no vuelvas a importunarme en todo el día!

Aunque ya estaba acostumbrada a los malos tratos de Isabel, Kate no dejó de sentirse herida por la cruel invectiva de su hermana. Sintiendo más inoportuna que de costumbre, hizo una sucinta reverencia y, a punto de echarse a llorar, salió corriendo de la habitación.

Ese mismo día, una vez que Adele hubo recuperado algo de color y se le hubieron pasado las ganas de vomitar, Isabel fue a verla.

—No quiero que estemos enfadadas —dijo la princesa—. Llevamos juntas demasiado tiempo para que algo se interponga entre nosotras. ¿Podrás perdonarme la crueldad con que te he tratado?

—¡Isabel! —dijo Adele, aliviada por el cambio de actitud de su señora—. Os perdonaría casi todo; y querría compartir con vos mi alegría, porque, a pesar de lo difícil de mi situación, me siento más feliz de lo que jamás me atreví a soñar. —Cogió a su amiga de la mano y se la estrechó con fuerza—. Por favor, Isabel, ¿no podríais hacerme de valedora ante vuestro padre? Ayudadme a convencerlo de que es necesario que me quede; ayudadme a hacerle entender que Alejandro será un marido digno.

Así que te propones casarte con él, pensó Isabel. Apartó la mano y dijo con calma:

—De acuerdo. Si eso te hace feliz, lo intentaré. Adele abrazó a la princesa con todas sus fuerzas. Isabel se zafó del abrazo con un esbozo de sonrisa y dijo:

—Ahora tenemos que probarnos los vestidos para Canterbury. Han llegado hace poco, cuando estabas estirada.

Y durante toda la tarde, mientras sus damas de compañía se probaban las galas, Isabel se fingió alegre y dio a Adele falsas garantías de que haría cuanto estuviera en su mano para convencer al rey. En su fuero interno bullía de indignación por haber sido rechazada, aunque su orgullo le impedía exteriorizarlo, siquiera ante su más íntima compañera. Maquinaba planes de venganza cual niña resentida, pero era lo bastante astuta para guardárselos. Adele no tardaría en conocer el alto precio de su traición. Isabel estaba segura de que no volvería a suceder.

Después del vendaval del día anterior, el cielo había amanecido con un hermoso



color azul, aunque el estado de los caminos, llenos de barro, seguía siendo deplorable. Alejandro tenía previsto encaminarse directamente a la Torre y solicitar audiencia inmediata con el rey. Temeroso de que el monarca diera prioridad a solicitantes menos molestos, resolvió hacer todo lo posible para convencerlo de la importancia de las noticias de que era portador.

Al acercarse a Londres, las secuelas de la tormenta fueron desapareciendo. Comprobando el buen estado del camino, Alejandro supuso que Londres se había librado de la tempestad que había retrasado su salida. No por ello halló menos vergonzosas las condiciones de la ciudad, totalmente ofensivas para un judío quisquilloso como él. Si ésta es la mejor ciudad de Inglaterra, ¿cómo serán las más pobres? Al preguntar por el camino, le entristeció el aspecto macilento de los ciudadanos. Borrar de Londres los efectos devastadores de la peste iba a ser una tarea ímproba, y Alejandro estaba seguro de que, con una población diezmada y debilitada, la recuperación no podía ser sino lenta.

Siguió recorriendo las calles grises y atestadas, hasta que una nota súbita de color lo obligó a detenerse en seco. Vio a una vieja demacrada arrastrar los pies en dirección opuesta a la suya, con los hombros envueltos con un chal de intenso color rojo; no había mayor semejanza con la madre Sarah. ¿Ella, tan lejos de su casa? Aun así, hizo dar media vuelta a su caballo. La vieja había desaparecido, a pesar de que, a simple vista, la calle no ofrecía muchos escondrijos.

¿Y qué razones podría tener para esconderse?, se preguntó Alejandro, contundido por la desaparición de la anciana. Su mirada volvió a recorrer la calle en busca de la huidiza comadrona, sin encontrarla. El caballo se estaba poniendo nervioso, y, a falta de motivos para seguir reteniéndolo, Alejandro reemprendió el camino hacia la Torre, francamente inquieto.

El fétido olor del río y el foso de la Torre no había mejorado en nada desde que cruzara el puente levadizo casi un año atrás; al contrario, era todavía peor. El rey debería estar satisfecho, pensó, porque este olor es un arma que lo protegerá de todos sus enemigos, a poco que tengan algo de sensibilidad. El patio estaba prácticamente desierto. Sólo se veían unos cuantos centinelas, a uno de los cuales reconoció como miembro del séquito que lo había escoltado hasta Windsor. Desmontó y se acercó a él.

—¡Amigo! —lo llamó—. ¡Buenos días!

El centinela dio muestras de alegrarse al reconocerlo.

—¡El buen doctor! Me alegro de que Dios os haya permitido sobrevivir a un invierno tan largo y frío. ¿Qué os trae a nuestra bella y aromática ciudad?

—Asuntos del rey —contestó Alejandro—. Pero ¿a qué se debe tanta

tranquilidad? ¿Por qué no hay nadie?

—¡Ah, es que el rey partió ayer con su séquito! Todo un espectáculo, sobre todo por las damas. Creo que en un año entero no había visto comitiva tan nutrida. Se dirigían a la catedral, imagino que para la investidura del arzobispo. ¡Aparte de la peste, hemos tenido poco movimiento, y la gente tendrá ganas de que su rey los entretenga con un buen espectáculo de color!

—¿También iba la princesa Isabel con sus damas?

—¡Ciertamente, señor, y con un espléndido equipaje!

De modo que se me han escapado... He llegado demasiado tarde para encontrarlos en la Torre.

—Entonces debo partir de inmediato —dijo al centinela—. ¿Dónde está el guardián? Tengo que ver su mapa.

Y, después de memorizar el trazado de las calles (puesto que el guardián no quiso desprenderse del precioso plano ni siquiera al precio astronómico de una moneda de oro), Alejandro emprendió el último trecho de su viaje a Canterbury.

## VEINTICUATRO

Sarin llevó junto a la cama la caja de madera llena de antiguos utensilios. Una vez sentado en una silla, se puso la caja encima de las rodillas y, consciente de su antigüedad y carácter quebradizo, levantó la tapa con sumo cuidado, dejándola después en el suelo, al lado de la silla. Dentro había una extraña colección de pequeños objetos que parecían escogidos al azar, sin que se apreciara nada en común entre ellos. Los fue sacando uno por uno y colocándolos en la mesa que estaba al lado de la cama. Cada vez que depositaba un objeto, murmuraba su nombre, recitando la lista que se sabía de memoria, a fin de que el orden inverso fuera exacto, ya que el último objeto extraído sería el primero en ser utilizado. Lo había ensayado muchas veces, preparándose para aquella noche. Una vez colocados todos los objetos en sus sitios correspondientes, los examinó hasta quedar satisfecho de la exactitud con que había reproducido los consabidos movimientos.

—Ahora el libro —dijo a Caroline, que dormía.

Se levantó de la silla, haciendo chirriar un poco el asiento de mimbre, y se dirigió sigilosamente a la habitación de al lado. Encontró el antiguo volumen en el mismo lugar en que lo había dejado, y lo llevó al dormitorio. Había señalado la página indicada con la misma pluma que usaba su madre. Cuidando de no desplazarla, dejó el libro al borde de la cama y lo abrió por donde correspondía.

Leyó poco a poco, ya que la luz de la vela era muy tenue, y todavía no se le había acostumbrado del todo la vista; molestia innecesaria, puesto que prácticamente se sabía las instrucciones de memoria, y la lectura no era más que una nueva repetición de lo que ya tenía bien estudiado. Se dio cuenta de estar perdiendo tiempo por miedo: una vez iniciado el proceso, sería imposible dar marcha atrás. Basta de tonterías, se dijo. Empieza de una vez.

—Primero las cintas —musitó, procurando tranquilizarse.

Estaban atadas con un cordelillo. Sarin deshizo el nudo, y las cintas se desparramaron sobre la colcha en montoncillos apelmazados. Olían a moho, pero la tela de la que habían sido recortadas tanto tiempo atrás se conservaba en buen estado, y no se deshilachó al ser manipulada. Sarin prendió los lazos con alfileres por todo el camisón y las sábanas, hecho lo cual se apartó y, satisfecho, contempló su obra. Primer paso cumplido, pensó.

—Ven a ver, compañero —dijo al perro—. Ha quedado precioso. Algún día volverá a ser una linda muchacha. ¿A que sí?

Contra lo que esperaba Sarin, el perro no acudió junto a él. Estará durmiendo,

pensó el anciano. Es normal, con todo lo que ha pasado. Más vale que descanse. Volvió a su tarea.

Había una cascara de nuez atada con una cinta blanca. Sólo hacía un día que había hecho el nudo, pero, mientras trataba de desatarlo con dedos rígidos, se extrañó de que fuera tan fuerte. Tras una serie de torpes y vanos estirones, acabó por soltarse. Sosteniendo la cascara justo encima del pecho de Caroline, Sarin separó las dos mitades y las dejó sobre la sábana. Una araña negra y peluda salió corriendo y se escabulló a toda prisa. Sarin la vio desaparecer bajo las mantas, y pensó en cuánto más difícil había sido introducir a la criatura en la cascara que soltarla. Recordó su alivio al juntar las dos mitades y aprisionar a la araña después de tantos esfuerzos.

—Cómo se resistía el bicho, ¿eh, compañero? —dijo al perro.

Esperaba oír un gañido de aprobación por parte del animal, pero todo seguía en silencio. Volvió a examinar la habitación en busca del perro. ¡Pues sí que duerme!, pensó.

Segundo paso cumplido. Devolvió la cascara vacía a la caja, juntamente con la cinta blanca. «Por si vuelve a hacer falta... —Susurró una breve plegaria por que no fuera así—. Señor, haz que no sea necesario; haz que éste sea el final»...

Deshizo en migajas parte de un mendrugo de pan, tan seco que prácticamente se pulverizaba al tocarlo.

—Tres migas de pan cocido el último Viernes Santo... —dijo, aplicando el pan a los labios de la enferma.

Sabía que lo importante no era que se lo tragara; bastaba con realizar la ofrenda. Tercer paso cumplido...

El siguiente era el cuarto. Cogió un pequeño anillo de cobre y lo pasó por uno de los dedos de Caroline. Un anillo hecho de centavos mendigados por leprosos...

¿Qué estaría reteniendo a la otra mujer? ¿Acaso no había recibido su mensaje? Sarin se levantó de la silla y pasó a la sala principal. Tras echar a un lado la cortina de la ventana, hincó su mirada en las profundidades de la noche, preguntándose cuándo llegaría el ansiado momento de que los faros doblaran la esquina y avanzaran por el camino de entrada.

—¡Como si no pudiera hacerlo solo! —dijo en voz alta, casi en son de desafío—. A fin de cuentas he practicado de sobra... ¿Verdad, compañero?

La casa siguió en silencio. Sarin llamó al perro, pero no lo vio aparecer. Pensando que quizá hubiera dejado a su amigo fuera, abrió la puerta; dadas las prisas, no era imposible que lo hubiera hecho, aunque lo cierto era que no se acordaba. Silbó, pero, después de un buen rato esperando, acabó por cerrar. Preocupado, se dirigió al lugar

habitual de descanso del perro, una manta vieja y gastada que el animal siempre disponía a su gusto con los dientes antes de tenderse sobre ella. Cada noche cumplía con el ritual de dar tres vueltas alrededor de la arrugada manta de algodón meneando la cola, y al final se dejaba caer con la cabeza sobre las patas y una sonrisa perruna en su boca. Pero la manta estaba vacía, a excepción de unos pocos pelos diseminados, y del ligero olor a perro que solía emanar, sobre todo en días húmedos. Sarin echó un vistazo al conjunto de la habitación, pero no encontró ni rastro de su mascota.

—Tienes que estar dentro de casa —dijo en voz alta.

Y, aunque la casa era pequeña para esconderse, el anciano empezó a apartar cosas y levantar otras del suelo, inspeccionando hasta el último rincón. Era un trabajo difícil, al que no estaba acostumbrado. Tardó pocos minutos en cansarse. Exasperado, volvió al dormitorio. No podía desentenderse mucho tiempo de la enferma.

Del borde de la cama sobresalía la punta de la cola del perro.

—¡Conque estás aquí! —exclamó Sarin, viendo disipados sus temores—. ¿Qué te tiene tan asustado, compañero? Venga, sal.

El perro no se movió. Sarin emitió un silbido grave, con el que se sabía capaz de despertar a su mascota del más profundo de los sueños. Esperó a que el animal levantara la cabeza y aguzara el oído, pero vio que seguía igual de inmóvil.

El anciano se arrodilló y puso la mano sobre el lomo del perro a través de la manta. Debería subir y bajar... ¿Por qué no le sube y baja el lomo? Presa del pánico, agarró la cola del animal y tiró de ella hasta que consiguió sacarlo de debajo de la manta. El cuerpo peludo e inerte estaba cubierto aquí y allá de pequeñas motas de polvo, que Sarin empezó a quitar sin ocurrírsele que pudiera haber cosas más importantes que hacer.

—Dios santo... —dijo—. ¡No, por favor!

Colocó la palma de la mano ante la boca entreabierta del animal, esperando sentir la suave caricia de su aliento. No fue así.

Oyó sonar el teléfono a lo lejos, sin saber muy bien dónde. No hizo caso y siguió con el perro. Sabía muy bien quién era; si contestaba, se vería en la necesidad de explicar a esa mujer por qué la había mandado llamar, y tendría que enfrentarse a su incredulidad. Pensó que era mejor dejar que viniera, tal como le había pedido.

Su corazón se llenó de rabia, seguida por una pena atroz. ¡Esto no entraba dentro del plan! ¡Nadie me preparó para algo así! Su madre nunca había mencionado aquella posibilidad. ¿Por qué se han llevado a mi perro? Acarició con ternura el suave pelaje de la cabeza del perro, mientras se enjugaba las lágrimas con la otra mano. Cogió a su fiel amigo y lo acunó suavemente contra el pecho. Después apoyó la espalda en la

cama y se quedó sentado con su mascota en brazos, llorando largo rato hasta que le sobrevino el sueño.

Varias furgonetas con luces verdes intermitentes se detuvieron al mismo tiempo en una plaza al pie del puente. Todo aquél que se había asomado a la ventana se apresuró a bajar las persianas en cuanto averiguó el motivo de tanto ajeteo. Nadie quería llamar la atención siguiendo con excesivo interés las maniobras de la policía biológica.

Las furgonetas llegaban cuando hacía escasos minutos que se había difundido el mensaje desde la unidad situada en el puente. El teniente Rosow se consideró afortunado por haber tardado tan poco en recibir el primer informe; sabía muy bien que en casos como aquél siempre era cuestión de suerte, y que podía haberse dado el caso contrario: una espera de horas, días incluso, antes de que la presa fuera avistada por primera vez. Debe de ser el destino, pensó, o mi buen karma.

La brusca apertura de las puertas dejó paso a unos treinta gigantes, cada uno con su equipo de comunicaciones y un arma química cargada. El tráfico peatonal de la plaza quedó en suspenso. Quienes ya estaban en ella al llegar las furgonetas se marcharon con tanta premura como discreción, y, después de ellos, nadie se atrevió a entrar. En pocos minutos el grupo quedó dividido en varios equipos. El teniente Rosow dio rápidas instrucciones a los encargados de cada uno de los grupos, que no tardaron en dispersarse por los alrededores.

El equipo de Rosow descendió por el resbaladizo terraplén y llegó al pie del puente, justo debajo del punto de la acera en que había quedado tendido el marginal. El cadáver ya no estaba; una furgoneta refrigerada se lo había llevado, metido en la bolsa verde de rigor. Ya no entorpecería los pasos de nadie. Debajo del puente, los biopolicías hallaron las toscas pertenencias de gente muy distinta a la que solía frecuentar a diario el propio Rosow. ¿Cómo pueden vivir así?, se preguntó el teniente, mientras registraba con sus hombres los raídos pertrechos del inframundo. Lo que no había eran marginales.

—Deben de haberse oído nuestra llegada —dijo Rosow a su equipo—. Mejor. La verdad es que haríamos bien en dispersarlos más a menudo y bajar aquí con mangueras. —Apartó unos cuantos objetos con la punta del rifle, sin saber muy bien qué estaba buscando—. Aquí no hay gran cosa —dijo, antes de hacer señas a sus hombres de que volvieran a subir por el terraplén en dirección a la plaza.

Una vez reagrupados, siguieron la dirección por la que se había alejado la sospechosa, pese a las dudas del informador de Rosow en cuanto al hecho de que se hubiera internado por una calle lateral. «Ha sido como si se fundiera con la

oscuridad», había dicho el agente al ser interrogado por su superior. También había hablado de un carrito de compras. Cuanto más tiempo pasara, más suerte necesitarían para encontrar a la dueña del carrito, con su misteriosa pelirroja a cuestas.

Rosow consultó a muchas personas antes de dar con una que admitió haber visto a alguien empujando un carrito de compras por una colina. Palabras del testigo: «No era una mujer, sino un hombre muy flaco; dudo que llegara a los cuarenta y cinco kilos. De lo que estoy seguro es de que había alguien pelirrojo en el carrito». Rosow contactó por radio con los otros equipos de búsqueda y les notificó el probable cambio de aspecto de su objetivo.

Un tipo escuchimizado de menos de cuarenta y cinco kilos, pensó con tristeza, y una chica guapa. Y a los dos los vamos a poner en escabeche, sin preguntas. El examen del cadáver del guardia de seguridad del instituto había demostrado que el pobre hombre no tenía problemas de salud. Ni un grano. ¡Qué manera más trágica de desperdiciar una vida! Al ver el estado de su estómago, Rosow había aventurado la posibilidad de que el difunto padeciera alguna ligera flatulencia. Pero, que yo sepa, los pedos no son contagiosos. Ni ilegales.

Remató la reflexión con una nota lúgubre: No son ilegales... todavía.

Guio a su equipo colina arriba, siguiendo las indicaciones del testigo. El peso de los uniformes y demás accesorios hizo que los biopolicías llegaran exhaustos y jadeantes a la cima.

—Pues si tan esmirriado es, ¿cómo demonios subió esta jodida cuesta con alguien metido en el carrito? —preguntó, sin obtener más respuesta que un unánime encogimiento de hombros.

Al llegar al campo, vio la verja abierta y se sintió atraído hacia ella sin saber por qué. ¿Qué pasa?, se preguntó. ¡Si aquí no hay nada! Había huellas en el barro, dos surcos bien espaciados que podían corresponder perfectamente a un carrito de la compra. Partían de la verja y llegaban al centro del campo, pero, después de alcanzar una pequeña elevación, daban media vuelta. Rosow echó un vistazo al perímetro del campo, pero, al no divisar ninguna vivienda, formuló como hipótesis más probable que el hombre del carrito hubiera renunciado a seguir por un camino tan lleno de baches y hubiera dado marcha atrás para buscar una manera más cómoda de cruzar el campo. Pero ¿por qué iba a querer cruzar este campo? No lleva a ninguna parte. Perplejo, hizo salir a su equipo por la verja, siguiendo los surcos hasta verlos aparecer en la carretera asfaltada.

Tras mucho insistir, Janie acabó renunciando, apagó el teléfono móvil y, vencida

por el desaliento, devolvió el aparato a Bruce, que se lo metió en el bolsillo.

—No contestan, pero Caroline debe de haberse puesto en contacto con él; si no, no se explica que el viejo me haya dejado ese mensaje.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer? —preguntó Bruce.

—Creo que lo mejor es que vayamos. Una de dos, o no está, o no contesta. A lo mejor nos ha dejado una nota diciéndonos dónde ha ido. No sé; es un hombre muy raro.

—De acuerdo. ¿Has acabado con el recepcionista?

Janie asintió.

Después de comprobar que el maletero estuviera bien cerrado, Bruce subió al coche con Janie y arrancó. A aquellas horas de la madrugada las calles estaban prácticamente vacías, aparte de unos pocos empleados municipales que no les prestaron atención. Bruce condujo con mano experta por una red de callejuelas, ganando tiempo; Janie, entretanto, procuraba calcular en qué estado podía hallarse Caroline.

—No hay motivos para pensar que estuviera menos enferma que Ted —dijo, mientras doblaban una esquina a toda velocidad. Haciendo cuentas, llegó a la conclusión de que Ted debía de haber muerto tres días antes. Añadió entonces, todavía más angustiada—: La peste es bastante más rápida que muchas otras enfermedades.

—Pero no olvides que, según tu consejero, se trata de un microbio antiguo —contestó Bruce—. Quizá lo que se ve hoy en día no sirva para la comparación. No sabemos qué vamos a encontrar; mientras tanto, evita preocuparte demasiado. Tal vez esté mejor de lo que piensas.

Janie se hallaba al borde de la histeria.

—Lo dudo. Aunque nunca haya visto un caso de peste real, me niego a creer que vaya a ser menos terrible de lo que sospechamos. ¡Vaya mierda, Bruce! Hasta puede que se haya muerto. —Se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar—. Desde que encontré ese asqueroso trozo de tela, todo me ha salido mal; todo menos tú.

Bruce despegó una de sus manos del volante para coger la de Janie, que se arrellanó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Al recorrer el puente y ver los pocos coches que se les cruzaban a toda velocidad, Bruce se preguntó cómo se las habría arreglado Caroline para hacer un viaje tan largo. A menos que no hubiera conseguido llegar al final...

Cuando Janie volvió a abrir los ojos, tenían el campo delante.



—Ya casi estamos —dijo, e incorporándose un poco empezó a dar instrucciones—. Tienes que dar la vuelta por ahí. —Hizo un gesto exageradamente enérgico con la mano—. Al otro lado hay un desvío. Podemos llegar casi al lado de la casa.

Bruce se metió por el camino de entrada y frenó en seco, pegándose a los matorrales cuanto pudo. El suelo estaba lleno de bellotas que saltaban contra el chasis con un ruido metálico. Bajaron del coche sin perder tiempo y se internaron por el camino de tierra.

Al acercarse a los robles retorcidos, el mismo viento que había soplado contra Sarin salió a recibir a los intrusos. Bruce se cerró bien la chaqueta, y Janie se protegió la cara del torbellino de hojas y ramas.

—¿De dónde ha salido este viento? ¿Recuerdas haberlo notado cuando estuviste la última vez?

—¡No! —dijo Janie a voz en grito—. ¡Ni por asomo! Nos metimos tranquilamente entre los robles.

Otra ráfaga salió de entre los árboles, obligando a Janie y Bruce a retroceder.

—¡Es como si algo se opusiera a que entremos! —exclamó Bruce.

Ella se quedó paralizada.

—Me muero de miedo...

Se quedó plantando cara al viento, arrebujaada en la chaqueta, con los ojos cerrados para protegerse de los pequeños proyectiles. Bruce se volvió y la cogió del brazo, arrastrándola hacia él.

—¡Ánimo! —vociferó, haciéndose oír por encima del aullido del viento.

Janie siguió inmóvil y temblorosa, con el pelo revuelto.

—No puedo seguir —exclamó.

Bruce volvió a tirar de ella, pero no pudo vencer su resistencia. Un viento helado los asediaba con furia. Janie dio media vuelta y echó a correr. Bruce la agarró del brazo y se lo impidió; forzando la voz hasta el límite, dijo:

—No tienes elección. Yo estoy tan metido en esto como tú. E igual de asustado; pero tenemos que llegar hasta el final.

Tiró de ella en dirección a la casa.

—¿Lista?

Janie se limitó a asentir con una falta de convicción que Bruce pasó por alto. Hicieron un esfuerzo tremendo y saltaron a través. Una vez al otro lado de los árboles, el viento desapareció por completo, dando paso a una atmósfera cálida y

tranquila. Después de quitarse las hojas y ramas que se les habían pegado a la ropa y el pelo, corrieron hacia la puerta de la casa cogidos de la mano. Janie empujó la puerta sin llamar. Entraron sigilosamente, con la cabeza gacha.

Se encontraban en la sala principal de la casa. La examinaron en silencio. Bruce, que no daba crédito a sus ojos, tradujo su asombro con un silbido quedo.

—¡La Edad Media! —dijo.

Todo era viejo, pequeño y dispuesto con sumo cuidado. Había una chimenea de piedra con piso de pizarra y una caldera humeante colgada de un gancho. No había luz eléctrica; todo eran lámparas de aceite y velas. El único indicio de modernidad era un viejo teléfono metálico negro del tipo vertical, con disco.

—Es como haber retrocedido en el tiempo —dijo Bruce.

Pese a lo tenue de la iluminación, Janie advirtió enseguida los grandes cambios que se habían producido desde su primera visita.

—Parece otra casa —susurró—. La última vez me llevé la impresión de que hacía como diez años que no limpiaban; ahora, en cambio, es como si la hubieran convertido en una especie de santuario. —Inquieta, paseó su mirada por la habitación en busca del anciano que los había mandado llamar—. ¡A saber dónde estará Sarin!

Se fijó en la luz que derramaban muchas velas desde una habitacioncilla contigua.

—Mira esto —dijo a Bruce, señalando la puerta abierta.

Atraída por la luz como una mariposa nocturna, cruzó la sala sin pensárselo. Él fue tras ella, y no tardó en unírsele bajo el marco de la puerta.

Janie ahogó un grito. Tendido en la cama, con su melena pelirroja reflejando la luz y multitud de lazos rojos en las sábanas limpias que lo cubrían, estaba el cuerpo inmóvil de Caroline Porter.

Gimió y se tapó la boca con una mano.

—¡Dios mío, Bruce! —dijo, aferrándose a él con desesperación—. ¡Llegamos tarde!

Él se desprendió suavemente de Janie y se acercó solo al lecho. Era difícil reconocer a Caroline en aquella mujer. Tenía la piel blanca como el yeso, pero alrededor del cuello se le había formado un repulsivo collar de bultos negruzcos llenos de pus. Sus labios estaban tan cortados que sangraban, y sus dedos, pulcramente enlazados a un ramillete de flores secas, tenían un color prácticamente morado.

Janie se adelantó tímidamente y acudió junto a Bruce. Al ver hasta dónde llegaba el deterioro de Caroline, volvieron a salirse las lágrimas. Sus ganas de abrazarla

eran tales que tendió los brazos, pero él se lo impidió.

Y, si bien sus ojos estaban viendo a Caroline, la imagen que acudió a su mente fue la de los cadáveres de su marido e hija. Murieron demasiado rápido; no llegué a tocarlos. Su tragedia personal la embistió de nuevo con la fuerza implacable de un tren de mercancías. Trató de soltarse y llegar hasta la cama.

—Déjame, por favor —suplicó—. Sólo quiero tocarla una vez.

Bruce la retuvo con más fuerza, sorprendido por el vigor con que se le resistía.

—No, Janie —dijo—. No puedes. Ya hemos estado demasiado cerca de la enfermedad. —La sometió a una presión casi salvaje—. No puedes arriesgarte.

Ella acabó por ceder y permitir que él la tomara en sus brazos. Se abrazaron desesperadamente, bañados por el plácido resplandor de las velas. Janie luchó con coraje contra los pesadillescos recuerdos de las Epidemias, que trataban de dominarla; una vez más, se sobrepuso al horror a base de no bajar la guardia ni un segundo, con una fuerza que no reconocía como suya.

Sólo se oía el llanto contenido de Janie. De pronto alguien gimió en la oscuridad. Bruce miró alrededor al instante, convencido de haber oído un sonido, humano para más señas. No vio a nadie; aun así, se mantuvo a la expectativa, y volvió a oírlo después de un rato. Entonces soltó a Janie y se dirigió a los pies de la cama, movido por la impresión de que el ruido procedía de ahí. Al mirar hacia abajo, distinguió a un anciano que se balanceaba con un perro inmóvil en brazos. Tocó el brazo de ella y le dijo:

—¡Mira! ¡A los pies de la cama!

Lo perentorio de su tono devolvió a Janie al presente. Secándose las lágrimas, corrió hacia Sarin y se agachó a su lado.

—Señor Sarin —dijo, tocándole el hombro con suavidad.

Sarin siguió balanceándose, sin percatarse de la presencia de Janie.

—¡Señor Sarin! —repitió ésta con más fuerza—. ¡Señor Sarin, por favor!

El anciano la miró con perplejidad, pero no tardó en reconocerla y esbozar una sonrisa.

—¡Ah! ¡Buenos días, señora! —dijo lentamente. Acunó al perro y lo levantó un poco, como si quisiera ofrecérselo a Janie—. Mire, se me ha muerto el perro.

Ella no supo qué contestar. Tocó la cabeza del animal con mano vacilante y acabó diciendo:

—Lo siento mucho.

—Cuando no se la espera, la muerte es algo terrible...

La frase de Sarin arrancó nuevas lágrimas a la mujer que se hallaba junto a él.

—Ya, ya lo sé —sollozó Janie—. Mi amiga, la que está aquí al lado...

Sarin la miró con extrañeza.

—¡Pero si no está muerta! —dijo.

## VEINTICINCO

Las damas de compañía de Isabel deshicieron el equipaje sin interrumpir su alegre conversación. Desde la aparición de la peste, habían vivido días grises y anodinos; los relucientes colores de sus nuevas galas marcaban el final del funesto influjo de la enfermedad. Les resultaba difícil contener su entusiasmo, conscientes de lo que las esperaba por la mañana: emocionantes torneos y valerosos caballeros. Adele era la única que no participaba en la animada cháchara de sus compañeras. Estaba demasiado concentrada en buscar una solución a sus problemas.

«Por muchos mareos que tengas, no pienso eximirte de participar en los festejos», le había dicho Isabel. Había insistido en que Adele estuviera presente, alegando que de ese modo saldría de su ensimismamiento, amén de satisfacer en extremo a su amiga.

Pero ¿cómo voy a sentirme alegre, y cómo voy a contribuir a su satisfacción, si la propia Isabel ha sido causa de gran parte de mis tormentos? Pese a la supuesta reconciliación, Adele no podía olvidar que lo que había movido al rey a enviarla a la remota Bohemia había sido el deseo de consolar a su hija.

Adele se dio cuenta con dolor de que ya no confiaba en la princesa, y que su amistad, tan profunda en otros tiempos, se había convertido en recelo. No confió en que hable con su padre a favor de mi matrimonio, pensó; y, a medida que se convencía de ello, empezó a sentir gran indignación contra aquélla a quien en tiempos había tributado un afecto de hermana.

Pero otra sospecha la corroía en lo más hondo, tan terrible, que apenas se atrevía a formularla para sus adentros. ¿De veras fue idea de tu padre enviarme, o tuya? ¿Serías capaz de sabotear mi felicidad sólo porque tú careces de ella?

La princesa, por su parte, siguió con los preparativos de la fiesta como si los lazos de intimidad que la ligaban a Adele permanecieran intactos. Nada más se había dicho acerca del proyecto de matrimonio; la promesa de ayudar a Adele a revocar la decisión del rey no se tradujo en planes concretos. Cada una iba a lo suyo, y su conversación se limitaba a lo imprescindible.

La vieja niñera observaba los acontecimientos con honda resignación. Siempre había temido que Isabel fuera cruel e insensible por naturaleza; testigo de la saña con que la reina había tratado a Kate, no albergaba la menor duda de que la princesa hubiera salido a su madre.

Adele procuró pasar inadvertida mientras las demás damas se ocupaban de

acicalar a su princesa. Permanecieron reunidas en torno a ella durante un buen rato, alisando, tirando de aquí y allá y prendiendo alfileres hasta que todo estuvo en su sitio, todo excepto las joyas y el calzado.

—Sólo tardare un minuto en dar los últimos toques —dijo Isabel con entusiasmo, antes de entrar en su habitación y dejar solas a sus acompañantes.

Y, fiel a su promesa, apareció enseguida cubierta de pies a cabeza con el atuendo oficial de la orden de la Jarretera. Su larga falda de color zafiro estaba hecha por entero de brillante terciopelo; no menos azules y relucientes eran las piedras preciosas que adornaban su corona. El corpiño y las mangas de tan magnífica prenda estaban bordados con hilo de plata, y un fino velo plateado caía en cascada por la elegante curva de la espalda de la princesa. Ésta levantó un poco la falda, suscitando un coro de risitas entre las presentes, y mostró sus delicados pies calzados con zapatillas de plata bordada cuyas puntas ostentaban pequeñas gemas como adorno.

Las damas de compañía estallaron en aplausos, y acto seguido examinaron el vestido en detalle, dado que todas iban a llevar uno parecido, aunque con menos adornos; era un regalo de Isabel, costado por las arcas reales. Nadie se abstuvo de alabar la finura de ejecución y minuciosidad ornamental del vestido; nadie excepto Adele, que siguió sentada en silencio, absorta en sus náuseas, cada vez mayores, y en el creciente desagrado que le inspiraba Isabel.

Su desprecio no pasó por alto a la princesa, que se alejó del grupo de damas en dirección a su favorita. La conversación se hizo menos animada, hasta apagarse del todo en el momento en que Isabel se detuvo delante de Adele, que volvía a estar blanca como su camisa. Isabel trazó un elegante círculo ante su compañera. Se oyó el suave roce de la tela de la falda al volver a su lugar. Adele no hizo ningún comentario.

Isabel arqueó las cejas con desconfianza y dijo:

—Es raro que estés tan callada, Adele. ¿Sigues indispuesta?

—Ahora más, porque también me duele el corazón.

Isabel la miró con curiosidad.

—No te entiendo —dijo.

—Deberíais entenderlo, puesto que es obra vuestra. —Y, acto seguido, Adele expresó sus sospechas sin alzar la voz—: No fue idea de vuestro padre enviarme de viaje con vos. No le beneficia en nada; por lo tanto, tiene que haber sido idea vuestra.

La sonrisa se borró del rostro de Isabel.

—Hablares de ello con mi padre en otro momento, querida amiga; esta noche es noche de celebración.

—¿Qué tengo yo que celebrar? —replicó Adele con amargura—. ¿Qué cosas estupendas van a sucedernos? Vos os casaréis con alguien a quien no amáis, y yo, por obra vuestra, me veré separada contra mi voluntad del hombre a quien amo. ¿Veis en ello motivo de celebraciones?

—Adele —dijo la princesa—, dejaremos este tema para otro momento.

Ella dio rienda suelta a su furor.

—No habrá más momentos. Pienso dejar vuestro servicio de inmediato.

Isabel se puso tensa.

—Te lo prohíbo. Te lo prohibirá mi padre.

—Al diablo con vos y vuestro padre.

Isabel abofeteó con fuerza a la joven, y, viéndola llevarse la mano a la cara con ojos llorosos, sonrió y dijo:

—Lady Throxwood, sigo esperando vuestra opinión acerca del vestido. —Miró a Adele a los ojos y preguntó: ¿No os parece digno de admiración?

Adele contuvo su ira y, llenos sus ojos de un odio no inferior al de la princesa, contestó:

—En verdad, alteza, que no hay palabras para describiros.

Percibió con gran satisfacción la cara de rabia que puso Isabel al darse cuenta del verdadero alcance de la respuesta. La princesa, que se había quedado sin habla, se recogió la falda como si fuera a marcharse, pero, antes de que tuviera tiempo de dar media vuelta, Adele cedió a la peste que minaba su cuerpo y, riendo amargamente, vomitó sobre los plateados piececillos de Isabel.

Al cruzar el puente levadizo del castillo de Canterbury, Alejandro vio que se estaban erigiendo gradas en campo abierto, señal de que muy pronto gran número de aguerridos caballeros lucirían sus habilidades en público. Adele se lo había explicado en una de sus últimas noches compartidas, procurando prepararlo para los beneficios y obligaciones de la caballería.

Alejandro informó al vigilante quién era y qué quería, y fue remitido al capitán de la guardia, quien, al parecer, se hallaba al corriente del paradero del rey. Sólo se llevó las alforjas; en cuanto al caballo, lo dejó atado al poste, aunque con mucha cuerda, indicando al mozo que no lo llevara a la caballeriza hasta nueva orden.

—Me temo que está de maniobras con parte de sus tropas —dijo el capitán—. No habrá audiencias hasta mañana.

—¿No podría ver a ninguno de sus consejeros? Traigo noticias sobre el resurgimiento de la peste en la campiña.

La sorpresa dejó al capitán boquiabierto.

—¡Dios misericordioso! —exclamó—. ¡Entonces no hay tiempo que perder! Debéis hablar con maese Gaddesdon, el médico de la familia real, que acaba de regresar de Eltham con los hijos pequeños del rey. Él sabrá qué hacer.

Después de mucho buscar, Alejandro encontró a su desconocido colega en la antecámara de los aposentos del rey, y, una vez hechas las presentaciones, dijo que venía por un asunto urgente.

—¡Ah, sí, maese Hernández! El rey se deshace en elogios sobre vuestras facultades. Es un honor conoceros.

—Al contrario, noble señor —dijo Alejandro, procurando no olvidar las buenas costumbres inglesas—. Soy yo quien debe sentirse honrado. —Y, sin perder más tiempo, se embarcó en una explicación pormenorizada de los acontecimientos que lo habían llevado a la conclusión de que la peste estaba rebrotando en zonas periféricas, y expuso su teoría sobre cómo curar a las nuevas víctimas—. Todo ello consta en las cartas que envié a su majestad, y que sin duda debió de enseñaros.

—En efecto —dijo Gaddesdon—; pero seguid, os lo ruego.

Por su expresión, y por el modo en que asentía gravemente en los momentos indicados, el médico regio parecía estar escuchando con suma atención.

Alejandro pasó a las conclusiones:

—Tengo serios motivos para creer que estos casos representan el inicio de un regreso a gran escala de la epidemia, ya que se ajustan a lo sucedido en Europa: un avance de varias leguas por jornada, hasta que los efectos se hacen sentir al borde mismo del océano. Nada nos desvía de esa conclusión.

Gaddesdon guardó silencio durante unos instantes.

—Maese Hernández —dijo al fin, tratando a su colega de igual a igual, a pesar de que la educación de Alejandro era muy superior—, aquí somos de la opinión de que los sucesos de que informáis, sucesos escasos y aislados, no suponen una amenaza suficiente para que cunda la alarma entre la población. El rey Eduardo está impaciente por reinstaurar la normalidad cuanto antes y que, de resultas de lo acontecido en estos últimos doce meses, la previsión anual de ingresos deja mucho que desear. Tenemos una guerra que sufragar, y os daréis cuenta sin duda de que ello exige importantes dispendios. A mi juicio, mientras no dispongamos de pruebas mucho más sólidas no hay nada que hacer.

—¿No basta el deceso de todos los integrantes de un monasterio? ¿Y la familia que pereció anteriormente? ¿No basta con eso?

—¿Cómo podéis tener la certeza —contestó Gaddesdon— de que los habitantes



del monasterio no fallecieron durante el otoño, quedando insepultos?

—Olía a muerte reciente.

—Toda muerte desprende hedor, y, al calor de un edificio cerrado, me atrevo a decir que ni el más sutil de los olfatos sabría discernir diferencia alguna.

—¿Y la cura? ¿Me prestará el rey su apoyo?

—Su majestad opina que dañar todavía más a los muertos supondría un grave sacrilegio. Yo le he informado de que no conozco cura semejante para ninguna otra enfermedad, y le he hecho partícipe de mis dudas respecto al mérito de vuestro tratamiento. Eso sí, el rey ha aceptado meditar sobre ello, y tengo entendido que así os lo ha hecho saber. Debéis ser paciente y esperar su veredicto.

De repente, en un desagradable acto de lucidez, Alejandro lo entendió todo. ¡Este hombre cree que usurpo su posición ante el rey! Y muchos morirán a causa de su mezquindad. Indignado por la negativa de Gaddesdon a refrendar su teoría, dijo:

—Se lo plantearé directamente al rey cuando regrese.

—Estáis en vuestro derecho, por supuesto —contestó Gaddesdon—, pero esta tarde lo hallaréis muy atareado y reacio a escuchar vuestras historias. Mañana estará ocupado armando a muchos nuevos caballeros, entre ellos vos, según creo. Naturalmente, cabe felicitaros por ello, y no dudo que merezcáis de sobra tan alto honor. Ahora bien, en lo que respecta a este otro asunto, traednos más pruebas y obtendréis su atención.

Alejandro no sabía qué hacer. Lo mejor era buscar a Adele, que sabría aconsejarlo con su sabiduría habitual.

## VEINTISÉIS

**J**anie cogió a Sarin por los hombros y lo sacudió con fuerza.  
—¿Qué quiere decir con que Caroline no está muerta? —dijo con mirada desorbitada e incrédula.

Sarin se encogió, asustado por aquel repentino estallido de rabia. Estaba desconcertado. Había dado por hecho que su respuesta iba a gustar a Janie. Confiando en no volver a provocar una reacción tan violenta, repitió:

—No está muerta. —Su propia voz le parecía lejana, como si se hubiera visto trasladado a un lugar remoto—. Tengo que hacer algo, pero no me acuerdo... Estoy tan cansado...

Pero Janie ya había acudido junto a Caroline y aplicaba el oído a su pecho.

—¡Oigo latidos!

Cogió la mano ennegrecida de la enferma y le palpó la muñeca en busca del pulso; y, en efecto, ahí estaba, débil pero constante, ofreciendo un contraste sorprendente con el deterioro del cuerpo.

—Señor Sarin —exclamó Janie—, voy a necesitar una serie de cosas: toallas, un cazo de agua caliente, jabón fuerte, unas tijeras que corten bien...

Sarin no la dejó acabar la lista.

—No servirá de nada.

Janie se quedó de piedra.

—¿Cómo que no servirá de nada? Soy médico, y sé muy bien de qué hablo...

—Usted no puede hacer nada para salvarla. Estaba previsto que lo hiciera yo, y justo iba a empezar cuando se me ha muerto el perro —miró al animal que tenía en brazos, y nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No lo entiendo... —dijo Janie.

—Me he estado preparando toda la vida para este momento. Ya hace más de seiscientos años que se predijo que la peste volvería a salir de la tierra para tratar de apoderarse del mundo. —Frunció el entrecejo—. Ése es el motivo de que no pudiera permitir que excavaran... Sabía que acabaría así...

Janie recordó vagamente lo sucedido aquella noche en que ella y Caroline habían extraído furtivamente un tubo de tierra del campo contiguo a la casa. Rememoró el terror que se había adueñado de ellas, la sensación de estar siendo vigiladas... ¿Por

qué no me fijaría más?, pensó.

—Dios mío... Todo es culpa mía. Lo sabía... —gimió.

Sarin siguió con su deshilvanado discurso, haciendo un esfuerzo por que resultara comprensible.

—Desde esa época, según decía mi madre... Desde esa época ha habido alguien en la casa vigilando el campo... Mi madre era una de esas personas... Siempre había alguien para asegurarse de que no se molestara a las almas de los difuntos.

—¿Los difuntos? —dijo Janie—. No entiendo... ¿Qué difuntos?

—Iba a repetirse... Otra vez... Hemos estado esperando el día, y aquí está... ¡Virgen santa!...

—¿Quiénes «hemos»? —preguntó Janie, llena de asombro por lo que estaba oyendo.

Las preguntas de Janie desorientaban a Sarin. Iban demasiado seguidas, y no le dejaban pensar con propiedad. Empezó a farfullar incoherencias, y advirtió con gran inquietud que su interlocutora se ponía nerviosa por momentos.

Entonces se acordó: ¡el libro!

—Espere —dijo—, creo que puedo enseñárselo...

Fue al dormitorio, con Janie detrás. Cogió el frágil y enmohecido manuscrito y se lo tendió con gesto respetuoso.

Janie hojeó el volumen a toda prisa, tratando de descifrar los antiguos garabatos. Sarin se vio en la necesidad de advertirle:

—Trátelo con cuidado, se lo ruego. Me lo dio mi madre. —Volvió a coger el libro y pasó las hojas con tiento, hasta detenerse en la página que buscaba—. Aquí está. Mire. —Devolvió el libro a Janie. Mientras ésta iba pasando las páginas amarillentas, Sarin le contó la historia con tranquilidad y aplomo cada vez mayores—. La última es mi madre, y la de antes la madre de mi madre. Y antes está la madre de mi abuela. Va retrocediendo hasta la época en que empezó la vigilancia.

Las últimas tres imágenes eran fotografías, precedidas por dibujos o pinturas, sencillos y casi infantiles algunos, otros, en cambio, exquisitamente fieles. Y debajo de cada retrato constaba el nombre «Sarah». La foto que cerraba la serie era una toma en blanco y negro de la madre de Sarin en su juventud, sonriendo y protegiéndose del sol con la mano; llevaba un vestido de los años treinta, y sostenía a un niño en brazos; el propio Robert Sarin, sin duda.

El único hombre es Sarin, pensó Janie.

El siguiente comentario del anciano llevó a Janie a sospechar que le leía los

pensamientos.

—Todas estas mujeres, de la primera a la última, estuvieron dispuestas a dar la vida a cambio de mantener la peste a raya. Preservaron los secretos de la cura hasta el día en que volvieron a ser necesarios. Mi madre misma murió muy amargada. Quería que sucediera en vida de ella; no tuvo hijas, sólo a mí...

Janie lo interrumpió poniéndole una mano en el brazo.

—¿Los secretos de la cura...?

La interrupción pareció desconcertar a Sarin. Janie se dio cuenta de que el anciano había estado recitando de memoria. Hasta es posible que no entienda lo que dice, pensó.

Sarin recuperó el libro de manos de Janie y lo abrió por la primera página.

—¿Ve esto? —Señaló el texto—. Hubo una vez un médico, hace mucho mucho tiempo. Este libro era suyo. Utilizó lo que había aprendido de la primera Sarah para descubrir una cura. Lo apuntó todo en su libro, y se ha estado transmitiendo de generación a generación. Eso es: cada madre explicaba a su hija...

Janie interrumpió a Sarin por enésima vez.

—Entonces, ¿usted sabe curar a Caroline?

El anciano pareció sorprenderse de que Janie no se hubiera dado cuenta hasta entonces.

—¡Claro! —exclamó con entusiasmo—. Es lo que iba a hacer cuando he visto al perro. Fíjese... ¡Todo está en el libro! —Su voz se llenó de aprensión e inseguridad, como la de un niño atemorizado—. Al ver al pobre animal me he dado cuenta de que esa cosa había vuelto y se lo había llevado para impedirme cumplir mi deber, como si se defendiera distrayéndome.

Al formular la siguiente pregunta, a Janie le tembló la voz.

—¿Es demasiado tarde?

Sarin inclinó la cabeza, terriblemente humillado.

—No lo sé... ¡Qué vergüenza! Es lo único que me han enseñado en toda mi vida, y ahora temo haber fracasado.

Poco a poco, Janie cayó en la cuenta de que el destino de Caroline dependía por entero de aquel hombre de pocas luces, que por lo visto nunca había estado del todo bien de la cabeza, ni siquiera antes de que la edad menguara sus facultades. El pobre le inspiró una mezcla incómoda de compasión y rabia; al mismo tiempo que sentía tristeza por lo limitado de su vida, le pareció indignante que no hubiera sabido hacer lo único que, según propia confesión, podía dar sentido a esa vida. Sé paciente con él,

se advirtió a sí misma. Caroline lo necesita para sobrevivir.

—No se juzgue con tanta severidad —dijo suavemente—. ¡Todavía puede intentarlo! ¡Es necesario que vuelva junto a ella!

—No puedo —contestó Sarin, con la misma voz de niño de antes.

Viendo que no había más remedio, Janie cogió con firmeza los hombros del anciano y se irguió en toda su estatura. Buceando en recuerdos dolorosos, recurrió a su voz más persuasiva y maternal y dijo con energía:

—Tiene que hacerlo. ¿Me oye? He dicho que tiene que hacerlo.

Sarin miró a aquella mujer a la que aventajaba en muchos años, y que acababa de ordenarle que hiciera algo de lo que se veía incapaz.

—De acuerdo —contestó—, lo intentaré, pero tal vez sea demasiado tarde.

Janie cogió del brazo al anciano y lo condujo con firmeza a la habitación donde Bruce seguía observando a Caroline.

—¡Bruce! —dijo con agitación—. Sarin sabe una...

Bruce la interrumpió con un gesto perentorio de la mano.

—¡Chis! ¡Mira!

Señalaba a Caroline. Los ojos de la joven estaban abiertos, y siguieron el recorrido de Janie desde la puerta a la cama.

—¿Me oyes, Caroline?

—Lo dudo —dijo Bruce—. He estado hablando con ella mientras tú y Sarin mirabais el libro, y no contesta. Parece como en trance.

Janie miró a Sarin.

—¿Sabe qué significa?

El anciano se acercó temblando a la cama.

—Creo que es señal de que más vale que pongamos manos a la obra.

## VEINTISIETE

Cuando Alejandro llamó a los aposentos de Isabel, la puerta se abrió inmediatamente. Era la princesa en persona, vestida con sus mejores galas y echando chispas por los ojos. Al ver al médico se quedó boquiabierta.

—¡Vos! —dijo entre dientes—. ¡Os tomaba por la holgazana de la lavandera! Pero no me sorprende que aparezcáis tan de súbito. ¡Nada más adecuado que contar con vuestra presencia, puesto que todo es obra vuestra, y tenéis mucho de que responder!

Señaló el borde de su vestido, que estaba manchado, y acto seguido se recogió un poco las faldas para mostrar unos zapatos que, por lo visto, habían recibido de lleno el contenido del estómago de algún pobre diablo.

De modo que éste es el trato que debo esperar. Por si el encuentro con Gaddesdon no fuera motivo suficiente de enfado, Alejandro tenía que enfrentarse con una arpía rencorosa a quien se le habían ensuciado los zapatos.

—Vengo a ver a Adele —dijo al cabo—. Tengo que hablar con ella cuanto antes. Por otro lado, no veo cómo puede achacárseme el mal estado de vuestros zapatos.

—¿No? Entonces seguidme y lo entenderéis mejor. —Obedeciendo la orden de la princesa, Alejandro la siguió hacia el dormitorio—. Aquí tenéis a vuestra amante. Os daréis cuenta de que está enferma, y la culpa es vuestra, vuestra y de nadie más.

Alejandro no entendió el significado de sus palabras; pero ahí estaba Adele, en efecto, tendida en la cama, pálida y desmadejada, confirmando lo dicho por Isabel. Alejandro acudió corriendo a su lado, mientras la princesa reanudaba su invectiva retorciéndose las manos y dando vueltas por la habitación.

—Le he dado todo mi afecto, y siempre la he tenido por mi más querida compañera. ¿Y qué recibo a cambio? Verme traicionada, abandonada en el momento en que más la necesito. ¡Me amenaza con dejar mi servicio en nombre de vuestro amor, un amor que le ha acarreado consecuencias trágicas! ¿Dónde está la lealtad que me debe, a mí y a toda mi familia? ¿Puede compararse acaso con la que siento yo por ella?

Alejandro oía su patética diatriba como un ruido de fondo, una especie de molesto canturreo apenas audible; estaba demasiado absorto en examinar a Adele para hacer el menor caso a la princesa. Sólo al oír las palabras «perniciosa lujuria» y «fragilidad de su estado» empezó a prestar algo más de atención a lo que se estaba diciendo a sus espaldas. Entonces dio media vuelta e interrumpió a Isabel.

—¿Qué habéis dicho de su estado?

—Bromeáis sin duda, monsieur. El médico sois vos, no yo. Adele está embarazada, y afirma que el hijo es vuestro.

Alejandro, hasta entonces de rodillas, se puso en pie y se encaró con la princesa.

—¿¿Embarazada??

—Sí —intervino la niñera, sin dejar de vigilar nerviosamente a Alejandro, cuya irritación saltaba a la vista—. Yo misma lo he comprobado. —Cogió al médico de la mano y tiró de él suavemente hasta apartarlo de Isabel, evitando un posible arrebato; después le hizo tocar la barriga de Adele—. Fijaos en cómo cede al tacto. Dará a luz en el mes de los hielos.

Alejandro la miró con abatimiento, lleno el rostro de hondo dolor.

—Buena niñera, no dudo que estéis en lo cierto, pero temo que la señora tenga problemas más acuciantes.

Levantó con suavidad el mentón de Adele y señaló un morado pequeño pero perceptible a simple vista. Kate, que había asistido a la escena oculta detrás de una silla, se abalanzó hacia Alejandro, que apenas tuvo tiempo de recibirla con los brazos abiertos.

—¡Curadla, por favor! —exclamó con voz llorosa—. ¡Curadla como me curasteis a mí!

Isabel y la niñera, sorprendidas ambas por las palabras de Kate, miraron al médico en busca de una explicación.

—¿Curarla? —inquirió la princesa, y volviéndose rápidamente hacia Kate añadió —: ¿Es eso cierto? ¿Estuviste enferma y purgaron tu cuerpo de la infección?

Alejandro permaneció en silencio, temeroso de comprometerse. No confiaba en que Isabel estuviera dispuesta a atenerse a razones, dada su extrema agitación.

Kate, sin embargo, se adelantó a su respuesta y exclamó con entusiasmo:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es verdad! Pasé dos semanas enferma, y me dieron una medicina que sabía muy mal. Ya veis si me he curado o no.

Isabel miró a Alejandro.

—¿Le dieron? ¿Quiénes?

Alejandro inclinó la cabeza y contestó con tono sumiso:

—Adele y yo, durante el viaje que hicimos para ir a ver a la madre de Kate. Fue entonces cuando la niña contrajo la enfermedad. En casa de su madre oímos hablar de un remedio contra la peste, y salimos en su busca. Gracias a ello pudimos salvarle la

vida. Por eso tardamos tanto en volver.

—¡Y, sabiéndolo Adele, no me dijo nada! —Isabel se volvió hacia la cama donde yacía su compañera y amiga de infancia, y contuvo un sollozo; después miró a Alejandro con ojos empañados y preguntó—: ¿Lo hizo siguiendo instrucciones vuestras?

—Convinimos entre los dos que era mejor guardar silencio. Temíamos por la niña.

La mirada de Isabel expresaba un profundo dolor.

—¡Qué engaño más cruel! —dijo con amargura. Su agraciado rostro se había puesto tan pálido como el de Adele—. Hicisteis bien en ocultarlo, pues, de haberse enterado mi padre de la enfermedad de la niña, no le habría permitido regresar. Ahora, mucho me temo que tendré que hablar con él sobre qué medidas tomar. —Tras mirar a Kate, dijo con voz severa—: No saldréis de esta habitación mientras no se haya llegado a una decisión al respecto.

La niñera, a quien las noticias habían dejado pasmada, acabó por recuperar el habla.

—¿Podéis curar a la señora Adele?

—Sabe Dios si no habré llegado demasiado tarde, buena mujer. Haré todo lo posible, aunque muera en el intento. —Se volvió hacia Adele, cuyo vientre palpó con ternura—. Ahora bien, temo que pierda al niño. Esta enfermedad destruye cuanto es bueno y santo.

Echó un rápido vistazo a la habitación, buscando algún botellín o recipiente para transportar el agua que manaba junto a la casa de la madre Sarah. Vio un frasco de buen tamaño lleno de agua perfumada con la flor favorita de Isabel, la lila. Lo puso boca abajo y dejó que su contenido se derramara por el enlosado.

—Quizá este mejunje apestoso pueda mitigar en parte el mal olor de la habitación —dijo con enojo—. El recipiente me hará falta para transportar el agua mineralizada que forma parte de la cura. No llevo encima lo necesario; tendré que cabalgar a toda prisa en su busca. Volveré lo antes posible.

Y, antes de abrir la puerta, se volvió y dijo a la llorosa princesa:

—Rezad por que pueda concebir de nuevo.

Tras ver a Alejandro atravesar la antecámara como un loco, las damas de compañía de Isabel se pusieron a cuchichear, llenas de curiosidad. La propia princesa no tardó en salir de su dormitorio y cerrar la puerta, dejando a la niñera y Kate a solas



con Adele.

—¡Fijaos en cómo salen corriendo los hombres en cuanto sospechan que hay problemas de mujeres! —dijo, encogiéndose de hombros—. ¡Hasta un médico erudito como maese Hernández! —A continuación las previno—: Que nada de esto salga de aquí. No quisiera violentar a Adele ni preocupar a mi padre en fechas tan importantes. Si un asunto privado como éste se convierte en motivo de habladurías, mi ira no tendrá límites. ¡Y ahora volved a vuestras tareas y olvidad lo que acabáis de ver!

Al volver a su dormitorio, la princesa encontró abrazadas a Kate y la niñera en un banco junto a la ventana, llorando de desconsuelo. Isabel avanzó pegada a la pared, lo más lejos que pudo de Adele, y, al llegar a la ventana, se dirigió en primer lugar a la niñera.

—¿Tenías conocimiento de esta traición a mi confianza? —le preguntó, mirándola con recelo.

La pobre mujer contestó, asustada:

—¡Os juro por mi alma, princesa, que no tuve nada que ver!

Kate secundó a la anciana en sus protestas de inocencia.

—Sólo lo sabíamos yo, el médico y Adele.

—Te quedarás aquí con la niña —dijo la princesa a quien había cuidado de ella desde la niñez. Dirigió una mirada amenazadora a la temblorosa criada—. Ayudarás al médico cuando vuelva. Yo y mis demás damas nos alejaremos de aquí cuanto antes; creo que es mejor que no averigüen lo sucedido, así que más vale que vigiles tu lengua. Y, si también te contagias, será que Dios te castiga merecidamente. Esta noche veremos qué tiene que decir mi padre sobre estos desgraciados incidentes.

Abrió una cajita que había encima de la chimenea, cogió una llave y cerró la puerta al salir.

## VEINTIOCHO

**J**anie y Bruce hicieron cuanto les indicó Sarin a medida que ejecutaba el ritual página por página. Había ido usando todos los objetos depositados encima de la mesa, excepto uno. Pese a lo extraño de los actos del anciano, Janie y Bruce no cuestionaron en ningún momento sus fétidas pociones y emplastos. Se limitaron a seguir sus indicaciones, intercambiando alguna que otra mirada de desconcierto. Janie se quedó fascinada al ver al débil anciano sobreponerse al dolor y el miedo y ejecutar con mano maestra toda clase de ritos curativos sobre su frágil paciente.

Sin embargo, al consumirse las velas y despuntar el alba, a Sarin ya no le quedaba gran cosa que hacer por la enferma. Caroline seguía con los ojos abiertos, pero lo único que hacía era parpadear de vez en cuando. Por triste que fuera, había que confesar que la mejoría había sido muy escasa, cuando no nula.

Sarin se dejó caer una vez más en la silla, volviendo hacia Janie un rostro lleno de frustración y vergüenza.

—No parece que funcione —dijo—. No lo entiendo...

Se sentía cansado hasta lo indecible; su cuerpo dolorido anhelaba dormir, y se habría estirado en la cama de no haberla ocupado Caroline. ¡Ah, un buen descanso!, pensó. ¡Qué bien me sentaría! Consiguió decir que no con la cabeza. Después cerró los ojos.

—Aún queda una cosa —dijo—, pero antes necesito descansar un poco... — Había notado cómo su energía se canalizaba en la ejecución de los primeros pasos, y necesitaba desesperadamente recuperar fuerzas antes de continuar—. Un minuto y acabamos.

Janie miró a Bruce con inquietud, antes de poner una mano en el hombro de Sarin.

—Señor Sarin... no creo que convenga detenerse ahora. Sólo falta una cosa, y después podrá descansar cuanto quiera sin que lo moleste nadie.

El anciano no contestó.

—Señor Sarin... —repitió Janie, tocándolo otra vez.

Estaba flotando. Notó que alguien lo tocaba, pero fue una sensación puntual, y siguió alejándose. Se hallaba en el campo, siguiendo alegremente a su madre, que recogía hierbas con el delantal. El sol brillaba en lo alto, con toda la fuerza de la

canícula. Todo era vida alrededor. Los insectos zumbaban por todas partes; cogió uno al vuelo y, ahuecando las manos, rio al ver que se trataba de una mariposilla blanca. Corrió en pos de su madre, solicitando atención para su botín. Cuando separó las manos, la mariposa emprendió perezosamente el vuelo, como si no se hubiera dado cuenta de su cautiverio.

Su madre sonrió y compartió sus risas alborozadas. Era joven, hermosa y llena de amor, un amor cuyo único depositario era él. Lo levantó en volandas y le hizo dar varias vueltas, hendiendo el aire cálido con sus piernas de niño. Cerró los ojos, dejando que el sol atravesara sus finos párpados y lo inundara de luz y calor. Nunca había visto una luz tan blanca, la luz pura de la alegría. Se rindió a ella por completo.

Janie lo sacudió con más fuerza.

—¡Señor Sarin!

## VEINTANUEVE

**C**abalgando por la campiña como un poseso, Alejandro echó a un lado a varios viajeros que tuvieron la mala suerte de interponerse en su camino. Fustigó a su caballo sin compasión, reduciendo a tres horas el medio día de camino, hasta que empezó a divisar los dos robles retorcidos tras la vasta extensión del prado. Los bufidos de la pobre bestia indicaban que no podía más, pero a Alejandro sólo le importaba que pudiera acabar el viaje.

—Si te falla el corazón —espetó al caballo—, me será fácil encontrar otra montura. En cambio, nunca encontraré otra Adele.

Hizo pasar al caballo entre los árboles venerables y siguió el sendero que llevaba al claro. Tras apearse de un salto, corrió hacia la puerta de la casa, pero detuvo bruscamente su carrera al ver el lecho seco de lo que en su anterior visita había sido un pródigo manantial. Sólo divisó una especie de barro que hedía efectivamente a azufre, pero tenía poco que ver con el líquido turbio que recordaba. Volvió corriendo al caballo y extrajo su diario de las alforjas. Lo hojeó febrilmente, en busca de algún indicio que lo ayudara a encontrar la cura para Adele.

Oyó a la anciana antes de verla. Pese al sigilo con que caminaba, se oían sus pasos en las piedras que llevaban a la casa. Alejandro se volvió hacia ella, y vio que le sonreía.

—¿Debo guiaros otra vez, maese médico?

A pesar del calor, la anciana llevaba un chal rojo sobre los hombros, señal indudable de que era la misma persona que lo había rehuido anteriormente.

—¿Cómo es posible —preguntó Alejandro, sobreexcitado— que os encuentre aquí, habiéndoos visto en Londres hace tan poco tiempo? Me parece una distancia excesiva, teniendo en cuenta la lentitud con que sin duda viajáis.

—¿Tenéis tiempo para esta cháchara, o preferís que nos ocupemos del asunto urgente que os ha traído aquí con tanta prisa?

La anciana dio media vuelta y entró en la casa, saliendo al rato con una botella de líquido turbio y amarillo que dio a Alejandro. El médico dejó el diario y cogió el recipiente.

—¿Y el polvo de los muertos?

—De eso sólo puedo daros muy poco. Estaba preparando más cuando os he oído llegar. Podré dároslo mañana por la mañana.

Le tendió una bolsa minúscula que Alejandro se apresuró a abrir. Cuando vio el poco polvo que contenía, dirigió a la madre Sarah una mirada de incredulidad.

—¿Tan poco? Entonces, ¿cómo curaré a mi amada?

La voz de la anciana se llenó de tristeza.

—Ignoro cómo podréis conseguirlo. No malgastéis ni una sola gota de la sustancia curativa. No permitáis que expulse siquiera una cantidad mínima; toda la medicina debe ser introducida en su cuerpo.

Alejandro tuvo un mal presagio: Voy a fracasar, pensó. La conmoción fue tan violenta que lo hizo tambalearse. La madre Sarah lo cogió del brazo, y, si bien sus fuerzas no bastaban para sostenerlo, el mero contacto pareció restablecer el equilibrio del médico.

Habló con la misma dulzura con que lo había tocado, y sus palabras infundieron vigor a Alejandro. La maestra de antes, toda severidad, se había convertido en abuela bondadosa.

—Está en vuestras manos hacer lo necesario. Sois lo bastante fuerte para no ceder en el momento crítico; ahora bien, os repito que debéis prepararos para presenciar cosas difíciles de entender. Los hechos rara vez se acomodan a nuestras previsiones. Os lo imploro: no acometáis solo esta empresa. Para salvar esta vida, vais a necesitar ayuda.

Alejandro examinó los dos objetos que había recibido, y que suponían la única esperanza de curar a la mujer que amaba. Después miró a la madre Sarah y preguntó:

—¿Tendré éxito en mi empeño?

¿Cómo comunicarle mi incertidumbre?, se preguntó la anciana. ¿Perderá fuerza la medicina sin el apoyo de su fe? Bajó la mirada, por miedo a que lo que estaba a punto de decir fuera falso.

—Creo que podrá salvarse una vida. Y ahora, id y, ejerced vuestra propia magia. No puedo ayudaros más.

Mientras el médico se alejaba, la madre Sarah se dio cuenta de que había olvidado su diario. Seguía a sus pies, donde lo había dejado. Pensó en ir tras él y devolvérselo.

No importa, pensó. Su éxito o fracaso no iban a depender del libro. La anciana lo cogió y entró con él en casa. Después de leer lo que había escrito Alejandro, concluyó que era mejor quedárselo.

Alejandro volvió al castillo al anochecer y lo encontró medio vacío. Un guardia vigilaba la entrada a los aposentos de Isabel; en cuanto vio llegar al médico, le dio la llave y se marchó a toda prisa, pues prefería no tener nada que ver con los problemas

del interior.

Alejandro no encontró a nadie en la antecámara. Recordando que el rey celebraba un banquete en honor de la llegada del nuevo arzobispo, supuso que la corte asistiría a él en pleno. Él mismo debería haber estado presente, al lado de Adele. Mejor, pensó, así nadie interrumpirá mi trabajo.

Cuando abrió con llave la puerta del dormitorio, la niñera y Kate corrieron a recibirlo. Mientras el médico disponía su instrumental, la niñera le contó lo sucedido, así como la mentira que había oído decir a Isabel gracias a que había pegado el oído a la puerta.

—¿Cómo está Adele? —preguntó Alejandro con inquietud.

—Gime y mueve los brazos, pero no habla. Sangra por sus partes íntimas, y temo que se le haya vaciado el útero.

El dolor de haber perdido un hijo se hincó en el corazón de Alejandro como las flechas que tanto tiempo atrás acabaran con Windsor con la vida de Matthews. Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

—Coged este frasco —dijo con voz temblorosa— y el polvo que contiene este saquito, y mezcladlo todo en un recipiente adecuado. —Le tendió los objetos antes de añadir—: Vigilad que no se os caiga ni una gota. Temo que no sea suficiente. ¡Ni siquiera tengo la seguridad de haberlo mezclado en la proporción adecuada!

La niñera volvió al rato con un cuenco lleno de pasta amarillenta, arrugando la nariz por el mal olor. Después de secar dulcemente la frente de Adele con un pedazo de tela, Alejandro cogió el cuenco de manos de la anciana y contempló aquel fétido brebaje que dentro de poco obligaría a ingerir a Adele. La idea lo horrorizaba. Acercando la boca al oído de su pobre amada, susurró:

—Cuando estés curada, amor mío, endulzaremos nuestros paladares con las mayores exquisiteces, y olvidarás esta horrible sustancia. Ahora, sin embargo... ahora debes tragarla sin quejas. —Se volvió hacia la niñera—. Necesito que me ayudéis. Yo introduciré la medicina en su boca, y vos tendréis que mantenerla cerrada. Haga lo que haga, no dejéis que la abra antes de haber tragado. No hay que malgastar ni una gota.

La niñera asintió con nerviosismo, embargada por el miedo.

—¿Preparada? —preguntó Alejandro.

El gesto de asentimiento de la anciana fue la señal para que el médico derramara una cucharada de pócima viscosa en la lengua de Adele. Entre los dos le cerraron la boca y le taparon la nariz. La enferma se resistió con sorprendente vigor; la niñera no era rival para una joven como Adele, por muy debilitada que estuviese, y no tardó en

quedar fuera de combate. En cuanto la mano de la anciana se apartó de la boca de Adele, ésta escupió la repugnante medicina sobre la sábana, hasta que sólo le quedaron unos grumos en la lengua. Un hilillo de baba amarillenta cayó de la comisura de sus labios, ensuciando su blanco vestido.

—Haremos otro intento —dijo Alejandro.

La segunda vez consiguieron que tragase una cantidad reducida, pero no había pasado ni un minuto cuando vomitó la dosis entera encima de la colcha. Alejandro, exasperado, echó ésta a un lado. El fino vestido de Adele estaba empapado de sudor, y las curvas delicadas de su cuerpo menudo se apreciaban claramente por debajo. Alejandro pensó en la última vez que lo había tenido tan a la vista. Tal vez fuera entonces cuando concibió al niño, pensó, herido en lo más hondo.

Trataron una y otra vez de obligarla a engullir la acuosa solución medicinal, pero, a cada intento, Adele se rebelaba por instinto, oponiéndose con todas sus fuerzas. Alejandro, que tenía los nervios de punta, depositó dosis tras dosis en la lengua de su amada, pero, en cuanto retiraba la mano de su boca, Adele las escupía indefectiblemente.

Se dejó caer en una silla que había al lado de la cama, derrotado y sin esperanzas. No pudo hacer más que aguardar junto a Adele, confiando contra todo pronóstico en una milagrosa curación. Le cogió una mano y notó que estaba ardiendo; así, piel con piel, invocó la fuerza inmensa de su amor para devolverle la salud.

La luna ya había recorrido un buen trecho del firmamento cuando Adele exhaló su último suspiro, y se quedó inmóvil en el lecho, sustraída al dolor por la placidez espectral de la muerte. Alejandro permaneció sentado mucho tiempo con Kate en brazos, convertido de nuevo en un hombre solo con el corazón destrozado.

## TREINTA

**R**osow guio colina abajo a su equipo de exhaustos biopolicías, y les ordenó registrar de nuevo las mismas callejuelas de antes. Habían seguido todas las pistas proporcionadas por los vecinos de la zona, pero los resultados brillaban por su ausencia. Hasta habían detenido a un par de marginales, pero enseguida los dejaron libres, en cuanto quedó claro que no servía de nada retenerlos. Rosow tuvo la clara impresión de que uno de los marginales jugaba con él y procuraba hacerle seguir una pista falsa. Se planteó ahondar más tarde en el interrogatorio, pero el aspecto de aquel hombre no le gustaba: si bien su extrema delgadez se amoldaba a la descripción de uno de los testigos, se le veía demasiado flojo y enfermizo para haber podido empujar cuesta arriba un carrito lleno. Rosow se fijó en que a duras penas se sostenía sobre sus pies, y caminaba con dificultad. Estará borracho, se dijo, y corroído por la cirrosis. Así pues, no tuvo más remedio que dejar que se marchara.

Para colmo de males, ningún biopolicía tenía permiso para llevar el uniforme verde durante más de ocho horas seguidas.

—¡Al carajo con las reglas del sindicato! —musitó Rosow, viendo a sus hombres quitarse los pesados uniformes—. ¡Joder, si en otras épocas los caballeros no se quitaban la armadura hasta que no se lo decía el rey!

Una vez finalizado el tiempo de descanso obligatorio, reemprendieron la búsqueda en el mismo punto en que la habían interrumpido; a esas alturas, sin embargo, todas las pistas se habían borrado. Ya no quedaban surcos, huellas ni pedazos de periódico por investigar. Hasta la última roca que pudiera dar lugar a sospechas había sido examinada en busca de huellas del paso del marginal con su carrito. Quizá estén escondidos en una de estas casas, pensó Rosow, escrutando las viviendas unifamiliares pulcramente escalonadas a ambos lados de la colina; pero la idea acabó por parecerle ridícula. Dar cobijo a marginales no estaba nada bien visto, y, si bien no era exactamente ilegal, Rosow estaba seguro de que pocas personas «normales» estarían dispuestas a arriesgarse. De todos modos, probaron en unas cuantas casas, sin más resultado que asustar a quienes residían en ellas.

De hecho, ni siquiera sabía si la pareja a la que buscaba era consciente de la persecución. Uno de sus integrantes era un ser totalmente ajeno a las complejidades de la vida moderna, un fugitivo nato. En cuanto al otro, era probable que padeciera una enfermedad mortal; en ese caso, no lema quien lo ayudara, y hasta podía haber fallecido ya. ¡Qué lástima que tenga que morir, tan joven y guapa!, pensó Rosow. Consideró poco probable que las condiciones mentales del conductor del carrito le permitieran distinguir entre un pasajero muerto y uno enfermo de gravedad, en el



supuesto de que tuviera interés en ello. De todos modos, Rosow no tenía dónde elegir; fueran o no conscientes de que los perseguía, tenía que encontrarlos y, previo examen, decidir qué hacer con ellos. De su éxito en la persecución dependían muchas vidas.

Así pues, poco antes del alba, el exasperado teniente volvió a conducir a sus hombres colina arriba, hasta el campo donde cesaban las huellas. Los dividió en dos grupos, uno de los cuales fue enviado al perímetro oeste y el otro al perímetro este, con el propio Rosow al mando. Al iniciarse la búsqueda, el sol empezaba a despuntar por el horizonte. La noche había sido larga. El teniente confió en que el día les deparara mayores éxitos.

Janie y Bruce observaban al anciano con mentalidad de niño que dormía en una silla entre los dos. Parecían dos padres velando a un hijo enfermo.

Bruce levantó uno de los párpados de Sarin y vio que la luz provocaba una contracción de la pupila.

—Está grogui —dijo—. Parece como si se hubiera encerrado en sí mismo. No lo entiendo.

—Ni yo, pero creo que vamos a tener que arreglárnoslas solos.

—Quizá convenga esperar a que se despierte. Ha dicho que sólo quería descansar.

—A saber cómo estará cuando vuelva en sí —dijo Janie—. Durante todo el proceso sólo ha estado lúcido a ratos.

Después de echar un vistazo a Caroline, dirigió a Bruce una mirada llena de aprensión, como diciéndole que se dieran prisa.

—Tenemos el libro —dijo—. Lo ha estado usando desde el principio, igual que una receta. Dice que sólo queda una cosa por usar, y nada nos impide leer cómo emplearla. De hecho, es lo único que ha estado haciendo él: leer. —El tono de preocupación de Janie fue a más—. Vaya, que no es que tenga poderes mágicos fuera de nuestro alcance.

—Janie, no conviene que nos precipitemos... ¿Y si cometemos un error?

Miró la mesita de noche y se quedó quieto de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó Janie.

Bruce señaló algo.

—No queda una cosa, sino dos.

Uno de los objetos era una botella de líquido turbio y amarillento, con un tapón

de corcho viejo y reseco. El otro era una bolsita que contenía una especie de polvo.

—No hay mucho, ni de lo uno ni de lo otro. ¿Y si nos equivocamos?

—¿Crees que si este viejo chocho no se ha equivocado vamos a equivocarnos nosotros? ¡Pero hombre, si casi ni sabe leer! —Janie cogió el libro y consultó la página por la que estaba abierto. Había dos letras distintas sobre el papel amarillento, una de ellas antigua y desvaída, de trazo nervioso y grosor desigual. El desánimo cundió en Janie a la primera ojeada—. ¡Vaya por Dios! Quizá tengas razón; creo que está escrito en francés, al menos una parte... —A continuación su mirada se posó en la otra caligrafía, obra a todas luces de una mano más moderna. La letra era menuda pero legible, y Janie reconoció algunas palabras comunes a ambos textos—. Debe de ser la traducción —dijo. Leyó el apretado texto con esperanzas renovadas, y reconoció en él las instrucciones para lo que ya habían llevado a cabo. Cada vez más entusiasmada, señaló un fragmento del texto inglés—: Mira, aquí es donde nos hemos parado.

Bruce leyó por encima del hombro de Janie.

—La carne y los huesos de muertos no recientes —dijo en voz alta—. El pelo del perro...

Janie dejó el libro en manos de Bruce y cogió la bolsita de polvo, parte del cual quedó flotando en el aire en cuanto desató el cordel. Nada más olfatearlo, apartó la cara y estornudó.

—Huele fatal —dijo, restregándose la nariz con una mueca; de pronto, sin embargo, su expresión asqueada dio paso a una sonrisa llena de entusiasmo—. Pero ¿sabes qué? Tiene razón: es «el pelo del perro que te mordió», como dice el refrán. ¡Anticuerpos! ¡Puede que funcione!

—Dios santo... Tienes razón... —Bruce concentró la vista en la página que tenía delante, y empezó a leer desde el principio. A medida que recorría los renglones, su mirada adquirió un brillo renovado—. ¡Manos a la obra, pues! Aquí pone que tenemos que mezclar el polvo con el líquido, y después tomar un poco nosotros mismos. Dice que «nos protegerá de los estragos de la plaga...».

—Voy a la cocina a por algo para mezclar.

Mientras Bruce seguía leyendo, Janie salió de la habitación y regresó al momento con una cuchara y un cuenquecillo.

—Hecho —dijo, casi sin aliento—. ¿Cómo lo mezclo? ¿Indica las proporciones?

—Espera, estoy a punto de llegar... —Leyó en voz alta—: «Agréguese cuatro nudillos de polvo y el líquido que cabe en el cuenco de la mano...».

—¿Cuatro qué? ¿Nudillos? ¿Y el cuenco de la mano, dices?

—No me lo invento, Janie. Lo pone aquí —dijo enseñándole el libro—. Léelo tú misma, si quieres...

—Da igual, ya te creo. Ahora mismo estoy dispuesta a creer cualquier cosa.

Aunque le temblaban las manos, Janie echó parte del polvo en el cuenco; después acercó la mano con un dedo medio doblado y decidió que la cantidad era suficiente. El tapón del frasco se deshizo en cuanto trató de extraerlo, hasta el punto de que tuvo que sacarlo en dos trozos con la uña. Llenó de líquido amarillento el cuenco de una mano y lo vertió en el recipiente, encima del polvo. Mezclando ambas sustancias con la cuchara obtuvo una pasta muy poco compacta.

—¿Se sabe cuánto hay que tomar?

Bruce volvió a concentrarse en el texto.

—No lo pone.

—Pues entonces será cuestión de adivinarlo. Venga, vamos a tomarnos una cucharada cada uno. —Cogió una cucharada de pasta y la acercó a la boca de Bruce—. Abre —dijo.

Él examinó el mejunje con recelo, y después miró a Janie, no muy convencido.

—Que abras —repitió ésta; y, en cuanto vio abierta la boca de Bruce, le metió la cuchara hasta el fondo.

—¡Puaj! —dijo él con una mueca de asco. Haciendo de tripas corazón, se lo tragó, y después se limpió la boca con la mano—. ¡Es como zumo de mofeta! —Se tocó el estómago con la otra mano y dijo—: No sé si voy a poder retenerlo.

Ella se tomó su dosis con la nariz tapada; se ajustaba perfectamente a la definición de Bruce, y dejaba un regusto como de arena.

—Ha sido espantoso —dijo—. ¿Cómo diablos vamos a evitar que Caroline lo vomite?

—En mi opinión, el problema más grave va a ser hacer que se lo trague: no sé si todavía puede engullir; y aunque tuviésemos una jeringuilla es imposible convertir esta pasta en una solución inyectable. Es demasiado grumosa. No hay más remedio que hacer que se lo tome.

Bruce volvió a remover la mezcla e intentó meter una cucharada en la boca de Caroline. Le tocó el labio inferior con la punta de la cuchara, esperando que abriera la boca; pero no fue así. Tras varias tentativas igual de frustrantes, miró a Janie y dijo:

—Me parece que será imposible.

—A ver, déjame a mí. —Cogió el cuenco y la cuchara de manos de Bruce y se sentó en la silla que había estado ocupando él—. Venga, Caroline... Abre esa boquita

por mí.

La fórmula, tan útil para dar de comer a los bebés, no surtió el efecto deseado en un adulto. Caroline siguió con la boca cerrada.

—A lo mejor Sarin tiene un embudo —dijo Bruce—. Voy a mirar.

Volvió del salón con las manos vacías.

—No he encontrado nada. Tendremos que despertarlo.

Janie asintió con la cabeza, consciente de que no podían esperar más. Bruce tocó suavemente el hombro de Sarin, dispuesto a sacudirlo, pero, en cuanto sus dedos tocaron el cuerpo del anciano, supo que la chispa de la vida lo había abandonado. Su cuerpo seguía caliente, pero la energía, la fuerza vital, el «ser», en una palabra, habían desaparecido. Sólo quedaba el cuerpo. Apartó la mano.

—Janie —dijo en voz baja—, está muerto.

Ella se apartó de la cama y acudió junto a Bruce. Cogió al viejo por la muñeca y le buscó el pulso sin resultado.

—Ahora sí vamos a tener que arreglárnoslas solos —dijo.

Siguieron junto a Sarin, como si celebrasen un breve e improvisado velatorio.

—Se merece algo más —dijo Janie—, pero ahora mismo...

—Ya, ya sé —dijo Bruce—: Tenemos que seguir con lo nuestro. Sigue haciéndome falta un embudo.

El rápido registro de la cocina no se tradujo en ningún hallazgo, ni de embudo ni de nada que pudiera suplir sus funciones. Janie apuntó otra posibilidad:

—Podemos hacer uno de papel. De niña solía hacerlo para decorar pasteles. Podemos cerrarlo por arriba y estrujarlo como un tubo de pastelería.

Pero la pasta era demasiado acuosa, y el papel del embudo la filtró casi de inmediato.

—¡Claro! —exclamó Bruce de repente—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—¿El qué?

—En el aire acondicionado del coche hay un tubo condensador. Podemos introducirlo por la garganta y dejar caer la mezcla gota a gota.

Salió disparado hacia la puerta, dejando a Janie con la palabra en la boca. Recorrió el camino que llevaba a los robles y, cuando estaba a punto de llegar al coche, vio algo a lo lejos que le llamó la atención. Entonces se detuvo y miró hacia el otro lado del campo.

Venciendo al vendaval que soplaba entre los árboles, volvió a la casa y llamó a

Janie; ésta, que estaba pasando una toalla húmeda por la frente de Caroline, volvió la cabeza y vio que él le hacía señas de que lo siguiera. Salieron juntos al umbral.

—¡Oh, no! —exclamó ella al ver a lo lejos a los biopolicías—. ¿Cómo nos han encontrado? ¿Y cómo se han enterado?

—Ni idea, pero creo que más vale que nos llevemos a Caroline y salgamos corriendo.

—¿Adónde?

—Tendremos que ir a mi piso, y recemos por que no haya nadie esperándonos.

—¿Y qué pasa con Ted?

—Lo dejaremos aquí, con Sarin y el perro. Es necesario quemar la casa, Janie; de todos modos se convertiría en foco de infección.

Ella lo miró con gravedad, preguntándose si llegarían a ver el fin de tantos horrores.

—De acuerdo —dijo—, hagámoslo.

## TRENTA Y UNO

La niñera seguía en el dormitorio de Isabel, llorando junto a la ventana. De pronto oyó un bullicio festivo que llegaba del patio, y, enjugándose las lágrimas, se asomó a investigar. Vio pasar una larga comitiva de caballeros y damas que se internaba en el patio a la luz de las antorchas. Oyó estentóreas carcajadas acompañando el taconeo de las suelas de madera. La ebriedad, los besos furtivos y, en general, la inocente jovialidad y algarabía reinantes en el patio le parecieron irreverentes, por cuanto perturbaban el silencioso dolor del velatorio.

Entonces vio al rey y la reina deseando buenas noches a sus invitados y emplazándolos para el torneo del día siguiente. El Príncipe Negro se hallaba junto al rey; ni rastro, en cambio, de Isabel.

—¡Válgame Dios! —susurró la niñera, llevándose la mano a la boca. Se apresuró a volver junto al lecho, donde Alejandro y Kate seguían consolándose mutuamente, y llamó la atención del médico con unos golpecitos en el hombro—. ¡Los festejos han acabado! —dijo—. ¡Temo que la princesa no tarde en volver!

Apenas había finalizado la frase cuando se abrió de golpe la puerta del dormitorio e irrumpió Isabel con sus lujosas galas. En cuanto se dio cuenta de cómo estaban las cosas, dio media vuelta y, sin decir palabra, cerró la puerta que separaba la habitación de la antecámara; después se acercó a la cama con pasos lentos y silenciosos, entrelazando las manos con aprensión.

Adele yacía sobre un revoltijo de sábanas, pequeña y como perdida en la vasta extensión del lecho. Su cabellera pelirroja estaba desparramada sobre el cojín, mojada y sin lustre. El cuerpecillo de la joven, enfundado en el camisón, ya no estaba habitado por aquella alma suya tan llena de dulzura. Cuando Isabel se acercó al pálido cadáver, se le empañaron los ojos y dijo:

—¡Amiga, amiga adorada, se han llevado tu hermosura! Ya no percibo la calidez de tu espíritu... ¡Cómo me maldigo por haberte repudiado de forma cínica e injusta...! ¡Dios mío! ¿Qué te he hecho?

Rompió en un llanto casi convulsivo, y, sujetándose los flancos con ambas manos, dio rienda suelta a su aflicción.

¡Hay que impedir que ponga sobre alerta a la guardia del rey antes de que se me haya ocurrido una solución!, pensó Alejandro. No había tiempo que perder. Apartó a Kate con delicadeza y, puesto en pie, dijo:

—Por favor, princesa, escuchadme... Vuestros lloros no le harán ningún bien...

Isabel empezó a tambalearse, y Alejandro hizo ademán de sostenerla; sorprendentemente, bastó un leve contacto para que la princesa se abalanzara en sus brazos y, aferrándose a él, ahogara sus lastimeros sollozos contra el pecho del médico.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué voy a hacer? ¡Ha muerto! ¡Mi mejor amiga, mi más gentil compañera! Me han arrebatado la ocasión de hacer las paces con ella, como tenía pensado. ¿Por qué no la habéis salvado?

—Princesa —dijo Alejandro en son de súplica—, debéis tranquilizaros, o atenderéis contra vuestra salud... He hecho cuanto estaba en mis manos...

—¡Pero no ha sido bastante! Mi amiga, mi dulce amiga, muerta... No puede ser...

Cogió a Alejandro por la parte delantera de la camisa y empezó a enjugarse las lágrimas. La prenda estaba muy gastada por los viajes, y, para alarma del médico, uno de los botones cedió; siguió otro, y otro más, hasta que nada se interpuso entre la mejilla de Isabel y la piel de Alejandro, cuyo horror aumentó al ver que la princesa apartaba la cara y abría los ojos: tenía delante la marca a medio cicatrizar que le habían infligido los monjes aragoneses.

Isabel, estupefacta, se separó del médico y soltó una palabrota entre dientes.

—He visto pinturas con cicatrices como ésa... —dijo; y, zafándose del abrazo protector de Alejandro, retrocedió poco a poco con los ojos muy abiertos. Le señaló el pecho y preguntó con voz temblorosa—: ¿Es la marca de los judíos?

Alejandro no se movió. La camisa estaba abierta, desvelado el engaño, y él enmudecido por el miedo.

—Vuestro silencio es locuaz, y os condena —dijo Isabel, cada vez más furiosa—. ¡Empiezo a entender por qué se me revolvían las tripas al veros! Pero ¿cómo se me habrá pasado por alto? Sois un virtuoso del engaño, un actor consumado que se ha ganado la confianza de mi padre gracias a su talento y astucia. ¡Pero al fin se ha descubierto vuestra verdadera personalidad! ¡Ya no hay disfraz al que podáis recurrir! No sois más que un judío despreciable —masculló—, y habéis entrado en mis aposentos, comido en la mesa de mi padre, tocado lo mismo que yo... —Se miró las manos y después de sacudírselas (como si el contacto con el médico hubiera adherido a ellas alguna sustancia nociva) se las limpió con la falda—. ¡Habéis matado a mi más querida compañera! ¡Me habéis robado su lealtad, y pervertido su corazón! ¡Y, destruyéndola a ella, habéis destruido una parte de mí misma! ¡Juro por mis futuros hijos que os perseguiré hasta el fin de mis días! ¡Vuestro engaño será vuestra perdición, como ha sido la de otros! ¡Y pongo a Dios por testigo de que padeceréis tormentos indecibles!

Isabel se recogió las voluminosas faldas y salió del dormitorio a toda prisa, pidiendo ayuda a gritos.

Alejandro se volvió hacia el cadáver de Adele y procuró recordar la sensación de coger en brazos a la joven, sentir en el cuello su aliento dulce y cálido. Parecían haber pasado siglos. Se sintió desligado por completo de cuanto lo rodeaba. Nada de esto es real, pensó. Si intento tocar la cama, sólo encontraré aire. Todas las voces que oigo forman parte de una única y horrible pesadilla; no tardarán en disiparse y dejarme tranquilo. Adele se levantará, acudirá a mi lado y abandonaremos juntos este país en dirección a donde nadie nos conozca, a donde no haya peste...

Alguien le tiró de la manga, sacándolo bruscamente de sus ensoñaciones.

—Maese medico... Maese médico... Tenéis que marcharos cuanto antes. Mi hermana traerá a la guardia para que os anote, y estad seguro de que os quemarán... judío o no, sois un buen hombre, y Adele os tenía afecto... Yo también os lo tengo, y no quiero perderos... Por favor...

Alejandro miró hacia abajo y vio el rostro de Kate vuelto hacia él con expresión de súplica.

—Es verdad, tengo que marcharme —dijo con voz inexpresiva—. Me iré ahora mismo...

Kate le tiró más fuerte de la manga.

—No hay tiempo que perder —dijo—, y tenéis que llevarme con vos...

Saliendo al fin de su estupor, Alejandro cogió a la niña del hombro.

—Lo que pides es imposible, pequeña. Ni siquiera sé cómo me las arreglaré para vivir. ¡Cómo voy a mantener a una niña como tú!

—¡Por favor! —le suplicó Kate—. ¡En este reino nunca volveré a ser bienvenida! ¡Si no me lleváis, huiré sola!

—No, pequeña —protestó Alejandro—, no debes...

—¡Juro que lo haré!

Alejandro tragó saliva. Si ya era difícil escapar solo, hacerlo con una chiquilla rayaba en lo imposible.

—Kate, sólo tengo un caballo.

—Entonces montaré con vos. ¡Soy buen jinete! Por favor, no dejéis que me enfrente sola con mi padre...

El miedo de Kate a quedarse sola conmovió al médico, que le tendió los brazos. La niña se cogió a él con fuerza.



—Muy bien —dijo Alejandro con dulzura—. No te abandonaré.

La niñera cogió las cintas de la capa de montar y las anudó con fuerza bajo la barbilla de Kate.

—Haré que traigan una camilla para trasladar los restos de la señora Adele —dijo—. ¡Ojalá sirva como distracción mientras escapáis! Pero es hora de que emprendáis el galope, y sin mirar atrás. Disponéis de poco tiempo.

Alejandro miró a Kate.

—¿Estás lista, pequeña? —preguntó.

Kate asintió con gravedad.

¡Qué coraje el de esta niña al ir al encuentro con lo desconocido, y a tan tierna edad!, pensó la niñera, que se apartó sollozando, tras abrazar a Kate por última vez y darle un beso en la mejilla.

—Id —dijo—, y que Dios vele por los dos.

Vigiló su partida desde la ventana, queriendo asegurarse de que tuvieran éxito. Después de unos minutos, vio emerger de las sombras sus siluetas agazapadas, que atravesaron furtivamente el patio en dirección al caballo. Iban cogidos de la mano. Vio que el médico echaba un vistazo a las alforjas colgadas de la silla, y contuvo el aliento al verlo montar y levantar a la chiquilla en vilo; sólo volvió a respirar al verlos fundirse con la aterciopelada oscuridad de la noche.

Con los fugitivos a salvo, la niñera volcó su atención en los demás asuntos pendientes: limpió las sábanas de Adele para ocultar en la medida de lo posible los esfuerzos frustrados de Alejandro, y, una vez adecentado el dormitorio, tiró de la campanilla, provocando la rápida aparición de un criado.

—Haz que traigan inmediatamente una camilla —dijo, con llanto y sollozos fingidos—: Lady Throxwood ha fallecido por problemas propios de su sexo, y debemos retirar el cadáver antes de que mi señora Isabel sufra el duro golpe de ver muerta a su amiga.

Minutos más tarde, al llegar la camilla, la niñera expresó su dolor con grandes aspavientos, y puso gran afán en la preparación del cadáver. En el momento mismo en que los portadores de la camilla la sacaban de la habitación, llegó un grupo de soldados al mando de un caballero de semblante adusto y espada desenvainada. El caballero entró pisando fuerte y, en un alarde de autoridad, exigió saber el paradero del hombre a quien Isabel le había ordenado arrestar.

La niñera se cubrió la cara con las manos, presa de un llanto inconsolable cuyo

propósito era demorar su respuesta a los soldados, dando a Alejandro y la niña más tiempo para escapar. El caballero acabó por cogerla del hombro sin miramientos.

—Tranquilízate, mujer —dijo con impaciencia—; cuanto más tardes, más lejos estará.

En efecto, pensó la niñera. Sin interrumpir sus sollozos, apartó una mano del rostro y, entre gemido y gemido, hizo señas en dirección a la puerta. El soldado, frustrado por la fingida ignorancia de la niñera, no tenía tiempo para aguardar el cese de los sollozos; por lo tanto, ordenó a sus hombres que lo siguieran. Desfilaron por la puerta con un ruido de armaduras.

Alejandro fustigó a su caballo con la correa de cuero, a fin de llegar lo más lejos posible en un tiempo breve. El brioso corcel reaccionó echando a correr a velocidad endiablada, pese a llevar dos pasajeros encima. Tras una hora a todo galope, el médico decidió hacer una pausa, consciente de que el pobre animal no podía dar más de sí; a diferencia de su anterior carrera a lomo de equino, no podía confiar en un cambio de montura. Regresar a sus tierras era imposible; sin duda cabía considerarlas confiscadas, y los hombres del rey no tardarían en registrarlas en su busca. Alejandro se daba cuenta de que no tenían más remedio que viajar con lo puesto, y que era necesario alejarse de los caminos.

Desmontaron en un bosque espeso, junto a un arroyuelo. Alejandro quitó el sudor al exhausto animal, y acto seguido lo guio hacia el agua, dejando que calmara su acuciante sed. Después extendió una manta fina sobre el blando suelo de pinaza y, tendido junto a la pequeña Kate, procuró dormir. No obstante, el agotamiento del día no bastó para que conciliaran el sueño. Ninguno de los dos pegó ojo en toda la noche. El amanecer los cogió despiertos, y anonadados por la pena.

Al oír las órdenes, sir John Chandos estuvo a punto de perder la compostura. La estentórea voz del rey Eduardo comunicó la odiosa misión a las huestes convocadas a su presencia. Todos los soldados eran conscientes de deber la vida al hombre a quien debían atrapar. Correspondía a sir John el deshonoroso deber de conducir una partida de caza contra el médico fugitivo cuya condición de judío acababa de descubrirse, y que había raptado a la pequeña Kate después de agredir a la princesa Isabel.

El noble caballero dirigió al rey una mirada glacial, y pensó con gravedad que el alma de su señor acababa de verse manchada por otro pecado que requeriría expiación: el de levantar falso testimonio. ¡De no honraros por vuestro valor, rey Eduardo, así como a vuestro hijo, yo mismo testificaría en contra de esta farsa!, pensó

el soldado. ¡Habláis de la violación de lady Adele, pero sé que es falso! El médico no era capaz de tal cosa. ¡Tantas mentiras ya! ¿Saldrá este rey alguna vez del purgatorio?

—Solicito permiso para hablar, majestad —dijo cuando el rey hubo finalizado su discurso.

—Adelante, sir John. El tiempo apremia.

—Os pido indulgencia, majestad. Sabéis de mi lealtad, de cómo os serví en Crécy y he enseñado al príncipe cuanto se...

—Al grano, Chandos —dijo el rey con impaciencia—. ¡Estoy impaciente por atrapar a ese hombre!

—Mi señor, sólo deseo decir que, pese a su condición de judío, el médico ha demostrado ser un buen hombre. Hasta el momento, nuestras peores sospechas apuntaban a su condición de espía al servicio del Papa. ¡No, por cierto, a naturaleza tan infame como es la de judío! No ostenta ninguna de las nefandas características que suelen apreciarse en los orientales, y llevó a cabo sus deberes con coraje, enfrentado a una tenaz oposición. Creo que si seguimos con vida es gracias a su constancia y excelente servicio.

—¿Y qué queréis que haga, sir John? Su engaño no merece otro nombre que el de traición, y ya conocéis cuál es el castigo para ese delito. Merecería ser cuarteado. — La acerada mirada del rey se clavó en Chandos—. Ése, sin embargo, no será su destino cuando lo atrapéis, aunque admito que me gustaría; y no lo será porque hacerlo significaría privarme del inmenso placer de verlo arder en la pira.

Antes de prepararse para la persecución, sir John se mordió la lengua y se inclinó ante el rey, pero en su fuero interno lo maldijo.

Alejandro y Kate viajaron sin descanso durante toda la jornada, deteniéndose tan sólo para comer y beber, y permaneciendo en las zonas de bosque menos pobladas a fin de no ser descubiertos. Los pocos transeúntes con los que toparon los tomaron por padre e hija, espectáculo nada inusual en tiempos en que la peste obligaba a tantas familias deshechas a rehacer su vida fuera de sus asolados lugares de origen. Ninguno de los testigos de la huida se extrañó de ver a un hombre tan moreno con una hija tan rubia, por lo menos antes de ser interrogados por Chandos, responsable de la persecución; a partir de ese dato era fácil recordar a la extraña pareja de viajeros, y empezaron a circular noticias abundantes entre Canterbury y Londres.

Al segundo día, durante una pausa para beber, Alejandro se agachó a orillas de un plácido estanque y aprovechó el reflejo para examinar su barba, cada vez más crecida; era la primera vez que se la dejaba desde que Eduardo Hernández le había

aconsejado afeitársela en aras del anonimato. Se habían cambiado las tornas, y la barba pasaba a convertirse en camuflaje. Al tocarse el cuello, Alejandro palpó un bultito duro debajo de la barbilla. La sorpresa hizo que perdiera el equilibrio y tuviera que sujetarse con una mano al caer hacia atrás. Kate, que lo había visto todo, acudió corriendo junto a él.

—¡No! —exclamó al verle el cuello—. ¡No! ¡No podéis morir!

Pronto estaré demasiado débil para montar, pensó Alejandro, aferrado al caballo y a la niña. Sabía cómo curarse, pero carecía de los medios. Sin mayor dilación, enderezó el rumbo hacia la casa de la madre Sarah, confiando, contra todo pronóstico, en llegar a tiempo para ser tratado por ella. Atravesaron ciudades y pueblos sin detenerse, dejando a su paso una densa polvareda que envolvía a grupos de espectadores boquiabiertos. Alejandro se daba cuenta de lo fácil que habría sido para los hombres del rey darles alcance una vez obtenida información de uno de esos espectadores, pero no tenía dónde elegir; le faltaba tiempo para seguir una ruta que dificultara la búsqueda.

Al atravesar el campo, Alejandro vio varios montículos de tierra recién removida, señal de que hacía poco que se había enterrado a varias personas. Se preguntó cuántos cientos de cadáveres yacerían bajo la superficie. Al acercarse a los robles, notó que el viento se oponía a su avance, y tuvo que fustigar por enésima vez al pobre caballo, que se resistía a continuar. En el momento de cruzar la nudosa puerta de acceso al valle de la madre Sarah, el animal protestó con enérgicos relinchos, pero, una vez a salvo al otro lado, se tranquilizó, y no tardaron en llegar a la casa.

Era la primera vez que Alejandro entraba en aquella morada. Le pareció limpia y ordenada, parca en mobiliario. No pudo evitar pensar: será un lugar agradable para morir. Se apresuró a ahuyentar la idea de su mente. Tras comprobar que no servía de nada llamar a la madre Sarah, prosiguió su exploración. Descubrió una cama de paja fresca en una habitacioncilla contigua a la sala principal, con una manta doblada a los pies.

Una mesa de roble macizo hecha de tablones sin desbastar ocupaba el centro exacto de la casa. A cada lado había un banco, y en medio de la mesa Alejandro encontró un frasco de líquido amarillo y un cuenco del precioso polvo gris. Junto a ellos descansaba su diario. Una vez más, la madre Sarah parecía haberse adelantado a sus deseos.

Indicó a Kate que se sentara en uno de los bancos, quedándose él con el otro.

—Presta atención a lo que voy a decirte —dijo a la niña—: Te indicaré cómo

administrar la misma cura que utilicé para mantenerte con vida.

Kate, muy seria, asintió con la *cabeza* y permaneció atenta en grado sumo a todos los movimientos y palabras del médico. Viéndola repetir sus actos, Alejandro se fijó en lo menudo de sus manos, y se preguntó si tendría fuerza suficiente para hacer lo que había hecho él. Rezó en silencio por que Dios guiara las manitas de la niña con las suyas, tan poderosas. Después alabó la capacidad de aprendizaje de Kate, en quien residía su única esperanza de curación.

Al anochecer empezó a encontrarse mal; tenía las articulaciones cada vez más rígidas, y los miembros le pesaban como piedras. Se tendió encima de la paja y se tapó con la manta, preguntándose si volvería a levantarse algún día. Intentó prepararse para el rápido declive que, según sabía, se hallaba a la vuelta de la esquina. Empezaron a dormírsele los dedos de las manos y los pies, y la peste acabó en breves momentos con toda su capacidad visual. Ya más entrada la noche, empezó a perder la lucidez, hasta el punto de que por la mañana no fue capaz de contestar a Kate, que lo estaba llamando.

## TREINTA Y DOS

**R**osow seguía sin encontrar pistas nuevas, y no había indicios visibles del paso de seres humanos por los bosques contiguos al campo. Todos los demás equipos habían salido en otras direcciones, y el teniente empezaba a pensar que quizá conviniera retirar al suyo de la zona y enviar un nuevo boletín de búsqueda. Cuando estaba a punto de dar la orden de regresar a la furgoneta, vio a uno de sus hombres señalar una casa de piedra aislada que se divisaba a lo lejos entre los árboles. ¿Por qué iban a darles acogida justo en esa casa?, se preguntó Rosow; aun así, decidió que valía la pena acercarse, visto que la distancia era corta. Sería su última operación en la zona, a menos que diera resultado. Al mando de su equipo de hombres de verde, Rosow volvió a internarse en el campo en dirección a la casa.

Después de una noche tan agotadora, arrastrar el cadáver de Ted no resultó tarea fácil. Janie y Bruce lo trasladaron medio en andas medio a rastras por el suelo de tierra, ramas y bellotas, procurando no perder tiempo.

Tuvieron que enfrentarse una vez más al viento que soplaba entre los robles, y que había adquirido una violencia casi inconcebible: sus aullidos parecían querer despertar a los miles de muertos enterrados bajo la superficie del campo de Sarin. Ya en la sala principal de la casa, y con la bolsa sudario hecha trizas, dejaron caer el cadáver con un ruido sordo y corrieron hacia el pequeño dormitorio.

Sentaron a Sarin en su cómoda butaca, colocando al perro a sus pies. Bruce envolvió a Caroline con una manta y, tras echársela al hombro, se dirigió a la puerta, seguido a pocos pasos por Janie.

—¡Lo esencial es que no nos olvidemos nada! —exclamó, al tiempo que agachaba la cabeza para no chocar con la puerta.

Janie ya llevaba consigo cuanto juzgaba necesario: medicamentos y utensilios, el botellín de agua amarilla y la bolsita de polvo gris. Se reunió con Bruce, que estaba luchando contra el viento; éste, no satisfecho con intentar alejarlos de casa de Sarin, había invertido su dirección para evitar que se alejaran de ella. Bruce y Janie se abrazaron y, cogiendo con fuerza sus respectivas cargas, embistieron hacia adelante como una masa compacta, guiada por una única voluntad. Una vez junto al coche, Bruce depositó a Caroline con cuidado en el asiento de atrás y la tapó de pies a cabeza con la manta.

—Me quedo con ella —dijo jadeante.

Janie asintió y, después de entregarle lo que había sacado de la casa, dio media vuelta y salió corriendo a toda velocidad, igual que había hecho para recuperar el

maletín; esta vez, sin embargo, no sacaba sus fuerzas del miedo, sino de la euforia: veía el triunfo a su alcance, y estaba dispuesta a todo con tal de conseguirlo. Previendo la fuerza del viento, se abalanzó contra la abertura, pero, excepcionalmente, no encontró resistencia, y cayó rodando sobre el camino que llevaba a la casa. El viento había cesado, y no parecía ir a soplar nunca más.

Al entrar en la casa estuvo a punto de chocar con el dintel. Pasó junto al cadáver de Ted, tirado en el suelo como un saco de patatas, y fue directamente a la habitación en que habían dejado a Sarin y su perro. Antes de prender la cerilla, susurró al anciano:

—Gracias. ¡Le debo tanto!

Después frotó el extremo de la cerilla contra la repisa de la chimenea y acercó la llama a uno de los manojos de hierbas que colgaban de una viga resquebrajada.

Esperó lo justo para asegurarse de que el fuego hubiera prendido. Al dar media vuelta, vio el libro de Sarin en la mesita de noche, y lo cogió al vuelo antes de salir corriendo hacia la puerta. Cuando llegó al coche, vio que Bruce ya había puesto el motor en marcha; en cuanto estuvo instalada en el asiento del copiloto, arrancaron, levantando un torbellino de bellotas.

Rosow se quedó estupefacto al ver las llamas que atravesaban el techo de paja de la casita, avivadas por un furioso vendaval que parecía salido de la nada. Alrededor de él y sus hombres, todo estaba en calma, y le pareció incomprensible la idea de un viento tan aislado, tan dirigido. El mero hecho de pensarlo le daba escalofríos.

Dado que a su equipo le faltaban unos cientos de metros para llegar a la casa incendiada, les hizo señas de que corrieran, y exclamó:

—¡Rápido!

Cuando llegaron, el edificio entero era pasto del fuego, y desprendía un calor considerable. Los agentes se mantuvieron lo bastante lejos para que sus uniformes de plástico no se fundieran, y asistieron al derrumbe final del techo.

Bruce llevó a Caroline, envuelta con la manta, por la estrecha escalera del edificio Victoriano donde residía.

—Metámosla en cama —dijo a Janie—, y después podremos usar un tubo.

Janie había llevado al apartamento la medicina y el tubo de plástico, y, tras ocuparse de la enferma, fue a la cocina para limpiar el interior del conducto.

—Seguimos teniendo la posibilidad de usar un embudo, si dispones de uno —dijo—. Debería ser de punta estrecha, para poder meterla en el tubo.

Bruce abrió un cajón y sacó un embudo pequeño de plástico. Janie intentó meterlo en un extremo del tubo, pero el diámetro excedía ligeramente la medida necesaria.

—¡Mierda! —dijo Janie—. Vamos a tener que hacer cortes en el tubo para ajustarlo al embudo.

Lo hizo con unas tijeras, hasta que el embudo entró sin problemas. Bruce encontró algo de cinta adhesiva blanca y reforzó la junta.

—Muy bien —dijo Janie con tono resuelto—. Y ahora, a metérselo por la garganta.

Bruce sujetó a Caroline mientras Janie le introducía poco a poco el tubo por el esófago hasta llegar al estómago. En cuanto estuvo colocado, él pegó el embudo con cinta a la pared, lo bastante alto para provocar un efecto de goteo por gravedad, y vertió en él el contenido del cuenco.

Janie y Bruce permanecieron de pie junto a la enferma, observando cómo el líquido gris se deslizaba por el tubo y entraba en el cuerpo de Caroline. Cuando el nivel empezó a bajar, Janie mezcló cuatro «nudillos» más de polvo con el líquido amarillo que había en el «cuenco de la mano», e introdujo la mezcla en el embudo. Fueron mezclando y rellenando por turnos hasta que casi no quedo polvo gris. Una vez finalizado el gota a gota medicinal, Janie llenó el embudo de agua varias veces y dejó que el fluido vivificador devolviera a Caroline lo que había perdido. Después se sentó al borde de la cama.

—Ahora a esperar —dijo con un hilillo de voz; y, dejando caer la cabeza entre las manos, añadió—: Estoy agotada. De lo único que tengo ganas es de dormir.

—Pues acuéstate —sugirió él—. A Caroline no le importará; de hecho, ni se dará cuenta.

Dicho y hecho. Janie y Bruce se tumbaron uno a cada lado de la enferma y prestaron su calor a quien había quedado reducida a sombra de sí misma. Poco antes de conciliar un sueño reparador, unieron sus manos por encima del cuerpo de Caroline y percibieron lo trabajoso de su respiración. Cuando despertaran, sabrían si «cuatro nudillos y el cuenco de una mano» valían lo que el pelo del perro del refrán.

Janie oyó que alguien la llamaba y creyó estar soñando. Levantó la cabeza del cojín y se incorporó sobre un codo. Caroline seguía tendida e inmóvil entre ella y Bruce, pero tenía los ojos abiertos, y estaba tratando de articular unas palabras.

Se levantó y sacudió a Bruce por el hombro.



—¡Bruce! —exclamó—. ¡Despierta! ¡Está intentando hablar! ¡Dios mío, creo que ha funcionado!

La voz de Caroline era poco más que un jadeo.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Janie le cogió la mano.

—Chis. Si te duele, no hables.

Pero Caroline no estaba dispuesta a callarse.

—Me parece que he estado muy enferma. He soñado cosas increíbles...

Cuando empezaron a hablar de ello, hizo falta más de una hora para atar los cabos de la historia. No faltaron lágrimas, suspiros de alivio, exclamaciones histéricas ni, sobre todo, la desbordante alegría de saber que habían sobrevivido sin graves perjuicios. Repasaron todos los detalles, demorándose hasta en los incidentes más nimios que les había deparado el destino.

—Estoy agotada —comentó Janie, cuando ya no quedó nada por aclarar.

—Y yo hambrienta —dijo Caroline, para solaz de sus enfermeros.

Janie y Bruce fueron a la cocina a preparar un almuerzo sencillo para su paciente. Al echar un vistazo al calendario digital que Bruce tenía colgado de la pared, Janie vio algo en la fecha y hora que le llamó la atención, pero estaba demasiado atareada para concentrarse en ello. Mientras seguía con su placentera ocupación de cuidar a Caroline, siguió picándole la curiosidad, hasta que por fin cayó en la cuenta de cuál era el motivo de su inquietud. Entonces apoyó la mano en el mármol para no perder el equilibrio.

—¡Cielo santo, hoy hace cuatro semanas que Caroline está en el país! ¡Y no le han tomado las huellas! —No veía la hora de hacer las maletas—. ¡Tenemos que conseguir un vuelo para hoy!

—No digas tonterías, Janie. Aún está enferma. ¿Cómo quieres que pase por el control de embarque? ¡Y en cuanto averigüen lo sucedido, la aislarán para siempre!

Janie estaba histérica.

—Que ellos sepan, a mí tampoco se me han tomado las huellas.

Dejo la bandeja a un lado y se quedó mirando a Janie.

—¿Cómo que no? ¿Y en Leeds qué?

—¡En Leeds le tomaron las huellas a Ethel Merman, no a Janie Elizabeth Gallagher Crowe! Dios santo, ¿qué vamos a hacer? Como no se nos ocurra algo, del arresto no nos salva nadie.

—¡Diantre! —exclamó Bruce—. No sé si funcionará, pero por probar que no quede.

Salió de la cocina, fue al estudio y encendió el ordenador sin perder ni un segundo. Tras introducir su contraseña, entró en la red del instituto, como solía hacer casi a diario para consultar su agenda antes de ir a trabajar; no había, pues, nada de sospechoso en ello, si bien normalmente no iba más allá de unas pocas consultas sin trascendencia. En cambio, lo que se proponía hacer en aquel instante constituía un delito, uno más que añadir a la larga lista de los que había cometido en los últimos días.

—Voy a intentar reasignar a Caroline las huellas corporales de otra persona; después probaré a cambiar el nombre de las tuyas para que puedas utilizarlas a la hora de salir de Inglaterra. Como mínimo ganaremos algo de tiempo.

—¿En serio que puedes hacerlo?

—Debo de ser la única persona con vida capaz de ello. —Pulsó unas teclas del ordenador e inició la búsqueda de huellas para Caroline—. ¿A qué hora pasaste por el Infodoctor?

—Hacia mediodía.

—Bien, pues si hoy a la misma hora sigues en el país, la policía biológica recibirá orden de detenerte y tomarte las huellas corporales. Tenemos que hacer el cambio antes de las doce.

—Si intercambias identidades, ¿cómo puedes saber que la otra persona no está de viaje justo hoy, o haciendo algo que requiera pruebas de que la han tomado las huellas?

—Cogeré el archivo de alguien que ya esté muerto. El proyecto en el que estoy trabajando me permite acceder a millones de huellas. Algunas no corresponden a ciudadanos británicos; adquirimos muestras de todo el mundo para disponer de una selección que fuera aleatoria de verdad.

Janie pensó en su hija. Betsy... tu huella circula por la red mundial...

—No sabía que pudieran «adquirirse» huellas —dijo con un sosiego que tenía algo de inquietante.

Bruce, enfrascado en su tarea y entusiasmado por lo que estaba haciendo, limitó su respuesta a una breve explicación.

—Durante los últimos años el instituto ha comprado los derechos de acceso a varios millones de huellas con fines de investigación, hasta de Estados Unidos. ¡Para que luego hablen de intimidad!

El nombre de Betsy volvió a resonar con fuerza en la mente de Janie.

—Bruce, lo que me dijiste en Leeds, lo de hacer que se muevan las huellas... ¿Podrías enseñármelo?

A Bruce la pareció extraño que Janie quisiera ver una demostración de la técnica que estaba desarrollando, sobre todo en un momento crítico como aquél. Percibió algo en la pregunta que lo hizo vacilar.

—¿Puedes encontrar una huella concreta? —insistió Janie.

Bruce acabó por darse cuenta de lo que se le pedía.

—Janie —dijo con toda la dulzura y compasión de que fue capaz—, no sé qué decirte... Podría ser muy traumático... Ya tienes bastantes problemas...

—Bruce, por favor, sólo quiero ver a mi hija. Era muy joven, y no tuve ocasión de despedirme de ella.

—Janie, te ruego que lo pienses bien. Está muerta. Aunque pudieras verla y decirle adiós, no te oiría. Además, sólo compramos las huellas, sin nombres. Cabe la posibilidad de que sea imposible localizarla.

Janie reiteró sus súplicas.

—Por favor, sólo un intento.

Bruce emitió un hondo suspiro. Aun dándose cuenta de que corría el riesgo de arrepentirse más tarde, no tuvo valor para decir que no.

—De acuerdo. Dame la fecha, lugar y hora de su muerte. Después me hará falta una descripción física.

Janie se sobrepuso al dolor y evocó el aspecto que tendría su hija muerta.

—Pelo castaño, ojos azules... —dijo con tristeza—. Unos ojos preciosos, con pestañas largas y negras. ¡Lo celosa que estaba yo de esas pestañas...!

Interrumpió la descripción y, cerrando los ojos, visualizó el rostro de su hija.

—Sigue... —dijo Bruce con suavidad.

—Medía sobre el metro sesenta y cinco o sesenta y siete. O quizá llegara al metro setenta, no sé... Con lo rápido que creció el último año... Era como un potrillo, toda piernas, desgarrada y llena de energía; pero justo empezaba a tomar forma de mujer: se le había estrechado un poquito la cintura y le iba saliendo pecho... Me acuerdo de la vergüenza que le daba ponerse bañador. Creo que no acababa de acostumbrarse a su cuerpo. Para mí seguía siendo la hija más guapa del mundo...

Bruce miró el reloj.

—¿Cuánto pesaba? ¿Lo sabes?

—Lo normal, unos cincuenta y siete kilos, supongo. Ni gorda ni flaca. Lo justo.

—Para iniciar la búsqueda sólo falta la fecha, hora y lugar de su muerte —dijo Bruce—. Si te acuerdas...

—¿Que si me acuerdo? —musitó Janie—. Nunca lo olvidaré.

Dio los datos a Bruce, quien, después de introducirlos, ordenó al programa empezar la búsqueda.

—¿Seguro que quieres seguir? —preguntó mientras esperaban los resultados.

—Segurísima —contestó Janie sin vacilar.

El ordenador informó de que había encontrado un archivo.

—No es seguro que sea ella —dijo Bruce mientras tecleaba unas cuantas órdenes.

Janie sonrió y dijo con calma:

—Creo que sabré verlo.

La imagen de una joven fue formándose en pantalla, y Bruce pensó que parecía dormida. Lo sorprendió el parecido con su madre.

Janie tenía los ojos clavados en la pantalla.

—Es mi Betsy —dijo sin perder la compostura—. ¡Tan joven! —Tocó la pantalla susurrando—: ¡Betsy, pequeña mía! —Se volvió hacia Bruce—. ¿Puedes hacer que abra los ojos y sonría?

Él consultó el reloj de pared.

—Puedo intentarlo, pero aún es muy nuevo. No puedo estar seguro de que salga como quieres... —Tecleó una larga serie de órdenes—. Por favor, no te lles una decepción si lo que ves no se ajusta a tus esperanzas...

Y entonces, como por arte de magia, la imagen pareció adquirir mayor suavidad, cuando, de hecho, sólo habían cambiado los ojos y la boca. Janie no sabía si reír o llorar.

—¡Bruce! ¡Casi parece viva!

—Si lo que querías era despedirte —dijo él con dulzura—, más vale que lo hagas ya.

Ella recuperó la compostura y tocó otra vez la pantalla.

—Adiós, cielo...

Bruce cerró el archivo, pasó un brazo por la espalda de Janie y dijo:

—Tenemos que introducir en el sistema unas huellas para ti y otras para Caroline.

Janie se secó una lágrima que se le había quedado en la puma de la nariz.

—Usa la de Betsy para Caroline —dijo.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Sí. Así su muerte habrá servido de algo.

Y seguirá viva en mi corazón, pensó para sus adentros.

A las doce menos cuarto, Bruce completó la operación y desconectó el ordenador.

## TREINTA Y TRES

Alejandro se hallaba en casa de la madre Sarah, tendido en la cama de paja. A su lado, la pequeña Kate lo velaba con lágrimas en los ojos, viendo cómo la peste le llenaba el cuerpo de insidiosos venenos, y de aterradores delirios la cabeza. El médico se revolvía en sueños, moviendo los brazos con furia como si quisiera sacarse de encima el peso de su enfermedad y lanzarlo a las profundidades de la noche, tan lejos, que nunca más volviera a atormentarlo.

Soñó. Soñó que corría como un animal herido por el trecho de bosque que rodeaba el claro, saltando por encima de las piedras y raíces que cubrían el camino. No se atrevía a mirar atrás, por miedo a perder velocidad y caer en manos de sus perseguidores; mayor, sin embargo, era el miedo a no saber cuánta ventaja les llevaba, y acabó por volverse hasta distinguir las dos amenazadoras siluetas que corrían tras él. Cada vez que miraba, le parecía tenerlos más cerca. En un esfuerzo desesperado por aumentar la velocidad de su carrera, alargó el paso e incrementó la cadencia de sus brazos, engullendo con avidez tremendas bocanadas de aire que le quemaban los pulmones. La laberíntica senda se deslizaba bajo sus pies a una velocidad vertiginosa, pero Matthews y Alderón seguían pisándole los talones, abriéndose paso por un sotobosque que a Alejandro le parecía cada vez más tupido e impenetrable.

Oyó el terrorífico chasquido de las flechas de madera que Matthews seguía llevando clavadas al pecho, creando un extraño contrapunto con los pasos retumbantes del fornido Alderón. ¡Estoy seguro de que este maldito camino era mucho más corto la última vez que lo recorrí! Ya deberían verse los robles a lo lejos... Pero lo único que tenía delante era un largo trecho de sendero, sin rastro de la puerta arbórea. El terreno se hizo más traicionero. Las raíces y ramas parecían encrespase, como pequeñas garras de madera que tirasen de sus pies; por mucho que saltara, no pudo evitar tropezar con una piedra y caer de bruces.

Al desplomarse, todos sus huesos y articulaciones se resintieron del impacto. Se le llenó la boca de tierra y hojas secas. Tengo que escupir esta porquería; se me meten trozos de piedra por los dientes. ¡Qué ganas de vomitar! Dios, por favor, concédeme un traguito de agua...

Pese a todos sus esfuerzos, no conseguía escupir; una especie de barrera asfixiante le tapaba la cara, y no conseguía franquearla. La imposibilidad de respirar le produjo náuseas. Al final, el ansia de destrabar la lengua fue tan fuerte que engulló lo que tenía en la boca, visto que no había otra manera de impedir el ahogo.

Se vio incapaz de mover un músculo. Estaba pegado al suelo como una lápida antigua. Matthews y Alderón se sentaron a su lado con expresión triunfante, y, mientras descansaban, trabaron con él una macabra conversación.

—En verdad, maese médico —dijo Alderón—, habría hecho bien en escuchar a mi familia. Por lo menos no habría perdido el tiempo con un judío charlatán. ¡Valiente provecho el que saqué de vuestros cuidados! Creí que el barbero era tonto, pero al menos tuvo la decencia de decirme que no había nada que hacer. ¡Más tonto fui yo al confiar en vos! El barbero no me sangró, ni me dio esos repugnantes eméticos; tampoco pretendió purgarme de humores malignos. Todo eso fue cosa vuestra, pero no alivió en nada mis dolores. —Se volvió hacia su espectral compañero—. ¿Tengo razón o no, Matthews?

—Sí —contestó el soldado.

—Y encima tenéis la desfachatez de sustraerme a mi reposo —prosiguió Alderón—, y obligarme a perseguiros por toda Europa antes de tener ocasión de hablar con vos cara a cara.

—Pero ¿es que no os dais cuenta? ¿No lo entendéis? —se defendió el médico, aterrorizado—. Admito no haber podido hacer nada por vos, y siento haberos torturado con mis curas, ¡pero vi la enfermedad dentro de vuestro pecho! ¡La toqué con mis manos! ¡Y algún día hablaré al mundo de la cosa dura y cruel que encontré en vuestro interior, y alguien lo bastante sabio sabrá qué hacer! Gracias a haber visto la enfermedad oculta en vuestro pecho, otros podrán seguir viviendo...

—Maese médico —dijo con gravedad el fantasma de Alderón—, antes de morir, mi último pensamiento fue desear más vida. Vos no pudisteis conseguírmela, y Dios no me la concedió. Lo primero que anhelé al llegar al otro lado fue descansar para siempre. Dios atendió mis súplicas, juzgándome bueno y decente. ¡Vos, vos perturbasteis ese descanso!

El médico estaba exhausto, y escuchó sin moverse las acusaciones de aquellos cuyos reproches más temía.

—Os suplico que me perdonéis...

—Yo también tengo algo que decir —intervino el soldado que acompañaba a Alderón—. ¿Quién sería tan loco como para confiar en un español, aun tratándose de un gentilhombre al servicio de mi rey? ¿Sabíais, maese médico, que el único en quien se cebó la cruel enfermedad fue Reed? Yo quedé libre de contagios, y, por muy convencido que estuvierais de lo contrario, he venido a deciros que, de haberme dejado con vida, ahora mismo estaría jugando con mi hijo pequeño.

El espectro de Matthews se puso en pie y miró a Alejandro, que seguía paralizado por el terror.

—Vuestra supuesta destreza es una farsa. ¡No valéis más que una bruja! ¡Haríais mejor en servir al rey como bufón, para que todos pudieran reírse de vuestros míseros esfuerzos! Lo que habéis hecho, sin embargo, no es cosa de risa. Yo estoy muerto, mientras que vos seguís con vida.

Alejandro recuperó la voz y exclamó:

—¿Y qué queréis que diga? Maldigo mi ignorancia a diario, y lloro por las almas torturadas de aquéllos a quienes atendí en vano. ¿Qué queréis que haga?

Las sombras desvaídas de quienes habían muerto en el transcurso del viaje de Alejandro empezaron a reunirse en torno a él: cinco valientes soldados que habían servido al Papa y muerto en Francia por la espada de su capitán, los judíos atormentados por los flagelantes, y, por último, su querido compañero Hernández.

—¿Y la dama? ¿Qué diréis a la dama? —dijo Matthews.

Alejandro distinguió a lo lejos la silueta traslúcida de Adele, que flotaba hacia él. Al llamarla, se acercó, pero permaneció muda; seguía flotando, cada vez más cerca pero sin llegar a ponerse a su alcance. Alejandro no conseguía tocarla: su brazo no era lo bastante largo, y no podía moverse para salvar la distancia que los separaba.

¡Adele, por la misericordia divina, vuelve conmigo!

¡No me abandones! Estoy en manos de estos dos espectros, y les debo una vida a cada uno; se proponen cobrarse la deuda ahora mismo, y no me queda más vida que la mía... ¡Amada, por favor, detente! Habría dado gustoso mi vida a cambio de la tuya, y la madre Sarah me dijo que Dios había decretado tu supervivencia... ¡No alcanzo a comprender que hayas muerto!

Pero la vaporosa visión siguió desplazándose a la misma velocidad, hasta alejarse del médico como una neblina a medio deshacer. La imagen de Adele no tardó en desaparecer del todo.

Alejandro oyó que una mujer lo llamaba, y volvió la cabeza con la esperanza de que fuera Adele. No se trataba de ella, sino de la encorvada silueta de la madre Sarah, cuya sonrisa suscitó exclamaciones de miedo y desafío entre los espectros.

—¡Loco! —dijo a Alejandro—. ¿Crees conocer la voluntad de Dios? Quien le sirve es incapaz de mentir. No mentí al decirte que iba a salvarse una vida; pero haz memoria: ¿dije acaso a quién pertenecía esa vida? ¿Creíste que dependía de ti? Si te hubiera confirmado tus temores, habrías perdido toda esperanza, y nunca habrías vuelto aquí para salvar tu propia vida. Querías que fuera ella, la dueña de tu corazón, pero la vida que estabas destinado a salvar era la tuya. Viviendo pagarás la deuda que has contraído. Todavía te queda mucho por hacer. Dios tiene muchas tareas que asignarte. —Ofreció a Alejandro una de sus manos arrugadas—. Ven. Te enseñaré el



camino por última vez.

Alejandro tendió ambas manos a la anciana, sin saber si tocaba su piel o sólo la idea de su piel; aun así, se sintió reconfortado. Oía latir el corazón de la madre, como si su sangre le corriera por las venas. Se levantó poco a poco, presa de grandes dolores.

Y, de pronto, la madre Sarah tiró de él con gran energía, obligándolo a sostenerse sobre sus piernas.

La anciana salió corriendo, y Alejandro la siguió de cerca, sin soltar su mano nudosa. Aunque tenía la sensación de no tocar el suelo, se daba cuenta de estar corriendo, empleando a fondo todas sus fuerzas en la carrera.

Los espectros se levantaron todos a una, protestando a gritos contra su huida. Matthews y Alderón se abalanzaron en persecución de los fugitivos, haciendo esfuerzos ímprobos por no ceder terreno a la anciana que les estaba arrebatando su presa con inexplicable agilidad. De camino hacia los robles enlazados, Alejandro volvió la cabeza y vio que tanto los cinco soldados como los judíos se habían sumado a la caza. Sólo Hernández se quedó rezagado, contemplando con tristeza la macabra escena.

El ruido de flechas se aproximó, y Alejandro sintió en la nuca el fétido aliento de Alderón.

—¡No mires atrás! —le espetó la madre Sarah—. ¡El pasado no te será de ninguna ayuda!

En el momento mismo en que los fantasmas de sus fracasos estaban a punto de devorarlo, Alejandro oyó exclamar a la anciana:

—¡Adiós, y que el Señor te proteja!

Entonces se vio impulsado con fuerza a través de los robles, como si emergiera bruscamente del seno de la tierra. El viento le golpeó el rostro, tan refrescante como el agua. Supo que había llegado al otro lado.

Kate estaba de pie junto al líquido vertido, asistiendo con impotencia a la rápida absorción del fluido amarillo. En su delirio, el médico se había puesto a manotear, y le había arrebatado el cuenco de las manos. Kate, horrorizada, vio que la mitad de la medicina se iba fundiendo con el suelo de la casa.

Alejandro habría sabido qué hacer, pero despertarlo era imposible: estaba inconsciente, y no había manera de devolverlo a la realidad. No quedaba más remedio que actuar sin su ayuda; así pues, la niña se agachó y metió en el cuenco la tierra mojada. Tras susurrar una plegaria, tapó la nariz a Alejandro, como había visto hacer a la niñera a la hora de administrar a los bebés alguna medicina de gusto

desagradable; de ese modo, lo obligó a abrir la boca lo suficiente para respirar. Con la otra mano cogió toda la pasta y la introdujo de golpe entre ambas mandíbulas.

Alejandro trató de escupir la mezcla arenosa, pero Kate le apretó la cabeza contra el cojín sin dejar de taponarle la nariz, como le había indicado el propio médico. Tendría que engullir o ahogarse.

La resistencia de Alejandro amenazaba con agotar las fuerzas de la niña. Kate apretó con ahínco, susurrando entre sollozos:

—Os debo la vida, maese médico...

Alejandro acabó por tragar la medicina, y Kate se derrumbó sobre su pecho, llorando de alivio.

Resultaba extraño ver a la criada que había velado la agonía de la madre de Kate vestida con las galas de su señora. Las delicadas prendas, hechas a la medida de una dama menuda, pugnaban por contener las formas robustas de la muchacha, quien, para colmo, se había aplicado con mano poco experta los afeites de su señora, mostrando, como era de esperar, un risible aspecto de payaso.

Y no menos estrafalario era verla circular por las calles de Londres a lomos de un caballo que apenas podía con su peso. De lejos, sin embargo, conseguía pasar por una dama respetable; por eso, al verla, sir John Chandos hizo detenerse a la comitiva y le dirigió un respetuoso saludo.

—Buenos días, señora; estamos cumpliendo una misión por orden del rey, y necesitamos ayuda.

La criada asintió con una inclinación de cabeza, consciente de que a la mínima que abriera la boca se descubriría el engaño.

—Buscamos a un fugitivo de la justicia real, un médico. Viaja con una niña pequeña.

Al oír la descripción detallada de Alejandro y Kate, la joven supo de inmediato de quiénes se trataba.

—¿Los habéis visto, o habéis oído hablar de ellos?

¿Qué hago, Virgen santa? La criada sabía del escaso afecto existente entre la niña y su padre; por otro lado, tenía la certeza de que el médico no iba a hacer daño a Kate. Hasta alguien tan corto de luces como ella se daba cuenta de que en aquel asunto había gato encerrado.

Negó con la cabeza, y después la inclinó en señal de despedida, dejando perplejo a sir John, que se quedó mirando cómo daba media vuelta al caballo y se alejaba

torpemente. El caballero volvió a montar y, desconcertado por el extraño comportamiento de la mujer, reanudó su búsqueda, pensando: ¡Pobrecilla! Otra que se ha vuelto loca.

En cuanto se halló a una distancia prudente de los soldados, la criada volvió a enderezar al caballo de su señora en dirección opuesta, resuelta a ir a ver a la madre Sarah cuanto antes. Ella sabría qué hacer.

Pasó un día entero antes de que Alejandro abriera los ojos y viera que la niña se había quedado dormida con la cabeza apoyada en su pecho. Movi6 lentamente el brazo, poco menos que inutilizado por la enfermedad y la falta de ejercicio; una vez recuperado el dominio sobre 6l, apoy6 la mano con delicadeza sobre los bucles dorados, momento en que la niña abri6 los ojos y despert6 de su sue1o. En cuanto vio que el m6dico estaba consciente, se incorpor6 como un resorte y, tras restregarse los ojos con ambas manos, pos6 una de ellas sobre la frente del enfermo.

—Ya no est6is tan caliente. Hab6is estado ardiendo de fiebre un d6a entero.

—Kate, por favor, me gustar6a respirar algo de aire fresco... 6Podr6as abrir la puerta?

La niña la abri6 de par en par, permitiendo a Alejandro ver a su caballo, que pastaba pl6cidamente atado al poste, y o6r el zumbido de los insectos que volaban de aqu6 para all6 bajo la luz del sol. El m6dico hall6 el azul del cielo m6s hermoso que nunca.

—Agua, por favor, si puedes tra6rmela. Tengo la boca llena de arenilla.

Entonces Kate le explic6 lo sucedido durante su delirio, y Alejandro se asombr6 de la fidelidad con que su sue1o reflejaba los hechos reales, sin otro disfraz que el de su pasado.

—6Est6is curado? —pregunt6 la niña.

—S6, peque1a, parece que lo estoy, y de mucho m6s que de la peste.

## TREINTA Y CUATRO

**C**aroline tardó una semana en poder levantarse de la cama del piso de Bruce. Durante ese tiempo, y mientras su paciente se veía en la imposibilidad de hacer gran cosa excepto dormir, Janie le metió las manos y los pies en bolsas de plástico llenas de gusanos recogidos de las basuras del vecindario. Pasados unos días, quitó las bolsas y salieron volando nubes de moscas, las cuales, cumpliendo su función natural, habían realizado su metamorfosis con el sustento de la carne infectada de Caroline. A continuación Janie aprovechó su formación de cirujana para reparar lo que quedaba; con un instrumental compuesto de hojas de afeitar, agujas de costura, hilo dental y pinzas, hizo milagros con las extremidades de Caroline, poco menos que destrozadas, salvándolo todo excepto la punta de un dedo del pie.

Bruce tuvo que contestar a algunas preguntas acerca del incidente del laboratorio, pero su participación pasó desapercibida gracias a que podía demostrar haber estado en Leeds a la hora en que, según los cálculos finales, había muerto Ted. El consejo de dirección del instituto le pidió ocupar el cargo de Ted hasta que se hubiera encontrado a otra persona, pero Bruce declinó la oferta, alegando su escasa disposición a dejar de lado la parte práctica de su trabajo, siquiera por un tiempo. El consejo, decepcionado por la negativa, no tuvo más remedio que contratar a alguien ajeno a la institución, capaz sin embargo de hacerla funcionar con tanta eficacia como Ted.

Tanto Janie como Bruce se asombraron de la rapidez con que se recuperaba Caroline, dado lo cerca que había estado de morir. Convinieron en que bastaría con una convalecencia breve; así pues, Janie aplazó una semana el viaje de vuelta, y los tres se trasladaron a un hotel de Brighton con vistas a la playa. El aire fresco del mar obró milagros, y los pulmones de Caroline no tardaron en quedar tan limpios como antes. Viéndola caminar sobre sus pies maltrechos, Janie empezó a albergar esperanzas de que Caroline volviera a ser la misma de siempre.

En su fuero interno, no obstante, sabía que una parte de la joven había muerto en casa de Sarin; ahí había perdido una pieza pequeña pero vital para su espíritu. A veces Janie sorprendía en los ojos de Caroline una expresión de tristeza indefinible, como si añorara algo con terrible intensidad.

Durante la convalecencia secreta de Caroline, Michael Rosow no dejó de interrogar a marginales, revisar registros de aduanas y leer listas de reservas de vuelo. Gracias a un trabajo lento, tenaz y, en ocasiones, frustrante, había conseguido reducir a tres las identidades posibles de la misteriosa pelirroja. La primera opción había

quedado en nada. Al investigar la segunda, se dio cuenta de que la fotografía de pasaporte que aparecía en pantalla tenía un desfase de bastantes años, y no pocos kilos.

De la tercera candidata no constaba que se le hubieran tomado las huellas, y fue imposible localizarla en el hotel cuyo nombre había dado como lugar de residencia temporal en Londres. El recepcionista no recordaba haberla visto en varios días, y la acompañante de la joven en cuestión había pagado la cuenta de ambas alegando un viaje inesperado que no constaba en ningún registro informático. El motivo de su visita a Inglaterra estaba clasificado como «investigación científica», y un guardia de seguridad del instituto, escenario de «la mano fantasma», la había identificado como visitante reciente. Las coincidencias eran demasiado flagrantes. Rosow tuvo la certeza de estar sobre la pista correcta; ya sólo faltaba averiguar a qué avión subiría la pelirroja para volver a su país, e ir a buscarla al aeropuerto.

Janie subió el cuello de la chaqueta de Caroline y se lo abrochó, a sabiendas de que los dedos de su compañera todavía no estaban curados del todo.

—¿Estás lo bastante abrigada? —preguntó.

—Sí, pero este cuello pica.

Si lo que les habían dicho era cierto, sus maletas ya estaban a bordo del avión, salvo, naturalmente, la bolsa que había servido de mortaja para Ted.

Un azafato joven y tan atractivo de cara como de cuerpo acababa de examinar sus tarjetas de embarque con una sonrisa encantadora, y estaba a punto de dejarlas pasar por la puerta láser de seguridad. Cerca ya del control de seguridad, Janie oyó voces a lo lejos.

Al darse la vuelta, vio que un hombre se acercaba a toda prisa con una tarjeta de identificación en alto, y que la gente se apresuraba a abrirle paso.

Janie fue presa de un miedo cerval. Después de tantas peripecias, sólo les separaba un paso del regreso a Estados Unidos. Confiando en que Bruce lo hubiera hecho todo bien, contuvo la respiración y dirigió a Caroline hacia el escáner, temiendo oír la sirena que indicaría que sus números de pasaporte constaban como sin huellas; pero, al ver que Caroline pasaba sin hacer sonar la alarma, fue tras ella, no sin antes susurrar una plegaria.

No sonó ninguna sirena. Gracias, Ethel... y gracias, Betsy, pensó al acercarse a la escalerilla.

Rosow llegó a la puerta de embarque cuando no hacía ni treinta segundos que Caroline había pasado con Janie detrás. Sosteniendo en alto su placa de biopolicía, enseñó al empleado el papel arrugado con la imagen del rostro de Caroline. El empleado la reconoció de inmediato y dijo:

—Acaba de embarcar.

—¿Cómo la han dejado pasar? ¡Si no tienen sus huellas!

El empleado echó un vistazo al registro del ordenador, y miró al teniente.

—Aquí consta que sí.

—Imposible —replicó Rosow—. Tengo que hablar con ella. Haga el favor de hacerla salir de inmediato.

—Me temo que eso no podrá ser —dijo el empleado. Tras apartarse educadamente a un lado para dejar paso a una mujer alta y morena, reanudó su conversación con el teniente—. Ese avión se considera territorio americano. No tengo jurisdicción sobre él. —Esbozó una sonrisa: no siempre tenía uno la posibilidad de llevar la contraria a un biopolicía—. Ni usted tampoco. Si quiere subir a bordo, tendrá que conseguir una orden de la embajada de Estados Unidos, a menos que disponga de billete o sea miembro de la tripulación.

Después de asegurarse de que Caroline estuviera cómoda, Janie se asomó a investigar. El hombre al que había visto acercarse corriendo seguía discutiendo con el empleado de la puerta de embarque, intentando convencerlo de que hiciera salir a uno de los pasajeros. Janie consultó su reloj y vio que faltaba media hora para el despegue. Preguntó a otro empleado si podía salir del avión y volver a pasar por la puerta de embarque.

—En principio no hay problema, siempre y cuando tenga la documentación en regla —contestó el empleado. Janie le enseñó los papeles—. Vaya, pero no tarde demasiado. En quince minutos cerraremos puertas y repartiremos los trajes de seguridad.

Recordando los crujidos del viaje de ida, Janie comentó:

—No me lo perdería por nada del mundo.

A continuación se dirigió al escáner y pasó junto a Michael Rosow, que reiteraba a voces su insistente letanía. Sus miradas se trabaron por breves instantes.

Estuvo en ese campo, pensó Janie al mirarlo a los ojos. No sé por qué estoy tan segura, pero el caso es que lo estoy. ¿Se dará cuenta de lo cerca que estuvo de encontrarnos? Pero Caroline estaba a bordo del avión, protegida de nuevo por su ciudadanía americana. El teniente ya no podía hacerle nada.

Dirigió una cálida sonrisa al oficial, en cuya mirada creyó advertir algo especial, como si la hubiera reconocido; pero ese algo desapareció de inmediato, sustituido por un gesto displicente de cabeza. El teniente siguió discutiendo, y Jame se alejó.

En las plataformas, los hombres de verde seguían tan inmóviles y silenciosos como siempre, apuntando con sus armas a la multitud que circulaba por debajo. Janie se apresuró a llegar a la librería para una compra de última hora; el viaje iba a durar lo suyo, y quería algo para distraerse, ahuyentar los demonios que cada dos por tres iniciaban una danza cruel en su mente y perturbaban la escasa tranquilidad de que podía disponer.

Otra pérdida más, pensó. Parece que me voy acostumbrando a echar de menos a alguien a todas horas, y eso que duele lo suyo... Se preguntó con tristeza qué habría sucedido entre ella y Bruce de haber encontrado una manera de superar la división geográfica.

Se habían despedido la noche anterior, en el piso de Bruce. La presencia de Caroline en la habitación de invitados destruía en gran parte la intimidad necesaria, y el adiós no había acabado de satisfacer a Janie. Debería haber sido más conmovedor, más triste, digo yo... En lugar de ello, había sentido un gran vacío. Previamente se había convencido a sí misma de cerrar las puertas al dolor. Si no dejo que entre, no podrá hacerme daño...

Pues bien, sus esfuerzos habían sido inútiles. El dolor había entrado. Ahí estaba, en lo más hondo de su corazón, como un nudo en el estómago o un monstruo acechando en su cabeza, listo para sacar las garras y destrozarlo todo a la menor provocación. Janie resolvió dejarlo enjaulado hasta haber llegado sana y salva a casa, y encontrar un buen escondrijo donde llorar y lamentarse a solas hasta que el corazón no diera más de sí.

—¿Por qué no te quedas? —había dicho él—. Aquí no te faltarían cosas que hacer. Te ayudaría a instalarte, a encontrar un empleo...

—No sé, Bruce —había contestado ella, presa del desconcierto—. No creo que ahora mismo esté preparada para tomar una decisión como ésta. Hay tanto desorden en mi vida... Además, todo está cambiando; al llegar a Inglaterra me pareció estar en el paraíso, pero tenéis menos libertad que nosotros. Habéis llegado a un punto en el que dudo que podáis recuperarla. En Estados Unidos todavía podemos cambiar las cosas. La verdad, no creo que me convenza vivir con tanto... control.

»¿Por qué no te vienes tú? Sigues siendo ciudadano americano, y en este país ya has hecho muchas cosas. Bastaría con que cogieras un avión y te presentaras en el aeropuerto. Nos alegraría tenerte de vuelta. Los científicos brillantes nunca están de más.

Bruce había esbozado una sonrisa melancólica.

—A lo mejor un día te doy la sorpresa.

O sea, que no, había pensado Janie. Lo habían dejado en eso, un concurso de negativas entre dos contendientes igual de tercos.

Al fondo de la librería encontró una novela prometedora. Después de leer la contraportada y parte de la primera página, decidió que serviría. Fue al mostrador, pagó y volvió al avión.

El hombre que había estado discutiendo con el empleado de la puerta de embarque seguía rondando por la zona con cara de enfado. Iba con las manos en los bolsillos y la espalda muy erguida, como si se hubiera llevado un disgusto tremendo. Al ver pasar a Janie, le dirigió una mirada cargada de resentimiento, como si adivinara en ella a la responsable de su derrota.

Nunca lo averiguarás, pensó Janie, sintiéndose invadida por una agradable sensación de alivio.

El empleado recibía a los pasajeros con palabras joviales. A Estados Unidos otra vez. ¡Qué alegría!, pensó Janie, congratulando en silencio al joven por su victoria sobre el tozudo biopolicía.

—Buen trabajo —le dijo al pasar por segunda y última vez.

El empleado sonrió de forma encantadora.

—Y encima divertido —contestó.

Janie pasó junto a la cabina de mando y se dirigió a su asiento, que estaba al fondo del avión. Advirtió por doquier la actividad febril propia de los instantes previos al despegue. Vio a varias mujeres atareadas con sus bebés, y a los sobrecargos haciendo lo posible por meter innumerables bolsas de viaje en los compartimientos superiores. Vio que un azafato se abría camino por el pasillo central cargado con un montón de trajes de plástico transparente que iba repartiendo a los pasajeros, al tiempo que contestaba a los más novatos que sí, que aquéllos eran los trajes que alguna gente llamaba condones de cuerpo entero. Vio a gente mayor con cara de no entender cómo había que colocar tantas cintas y mascarillas.

Vio a Bruce.

—¡Sorpresa!



## TRENTA Y CINCO

**K**ate cepillaba el caballo en el claro; Alejandro, entretanto, se limpiaba el cuerpo de sudor dentro de la casa. Se despojó de todos sus andrajos y, tras dejarlos amontonados en el suelo, se lavó en la jofaina hasta sentirse como nuevo, limpio y purgado de la peste que había estado a punto de acabar con él. Después se puso la muda que había metido en sus alforjas antes de partir para Canterbury, se atusó el pelo con la mano y se lavó los dientes con la punta deshilachada de una rama verde.

Pese a su debilidad, había decidido que no podían quedarse mucho tiempo en un mismo lugar, y que era necesario abandonar la casa de la madre Sarah lo antes posible, puesto que no cabía duda de que el rey habría enviado a una patrulla en su busca. Se sentó a la mesa y, mientras meditaba qué llevarse, percibió por el rabillo del ojo que algo se movía; al fijarse más, vio desaparecer la cola de una rata bajo la ropa que había dejado amontonada en el suelo. Se levantó de un salto para espantar al repugnante animal, pero sólo consiguió expulsarlo de su escondrijo a base de golpear las prendas con el pesado extremo de una escoba; entonces la rata salió corriendo con chillidos de pájaro y se escabulló por una rendija de la pared.

¿Qué hago? Si tenía razón en lo tocante a las ratas, aquella ropa podía transmitir la peste al primer incauto que la encontrara y se la pusiera. Había que quemarla antes de marcharse, puesto que no faltaban indigentes dispuestos a aprovechar sin reparos hasta la prenda más gastada y andrajosa.

Introdujo el montón de ropa en la chimenea con la punta de la escoba, y acto seguido colocó encima algo de leña y hojas secas. Justo en ese momento entró Kate.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó.

—Quemar la ropa que llevaba durante la enfermedad. He visto que una rata se metía por debajo, y temo que alguien pase por aquí, se ponga lo primero que encuentre y contraiga la misma enfermedad que yo. Estoy convencido de que son las ratas las que transmiten el contagio por la campiña. El fuego purifica. Si dejara la ropa aquí no me quedaría tranquilo.

Deseosa de tener un papel en tan importante ritual, Kate preguntó:

—¿Podría encender el fuego, por favor?

—Como quieras, pequeña —contestó Alejandro, tendiendo a la niña el pedernal.

Kate cogió la piedra que tenía más cerca, pero, cuando estaba a punto de hacer saltar la chispa, oyeron el ruido de un caballo. Se miraron con inquietud. Kate soltó

las dos piedras y corrió hacia la puerta en compañía de Alejandro; éste, cuchillo en mano, se colocó delante de la niña y procuró ver quién se acercaba.

Una mujer con la ropa hecha trizas cruzaba el claro en precario equilibrio sobre un caballo demasiado pequeño para su peso. Llevaba torcido el tocado, y la cara sucia. Kate se asomó por detrás de la pierna de Alejandro y exclamó:

—¡Es la criada de mi madre!

Alejandro se protegió del sol entornando los ojos.

—¡Tienes razón! ¿A qué vendrá?

¿La habrán seguido?, se preguntó. Volvió a meterse el cuchillo en la bota y, dándose cuenta de que la moza pasaba por un aprieto, acudió corriendo en su ayuda.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Pero ¿qué te ha sucedido?

La criada se dejó caer del caballo y, una vez posados en tierra sus pies embutidos en chapines, dijo con enojo:

—¡Se me ha estropeado el vestido! ¡Al meterme por el camino, el viento me ha tirado del caballo y me he caído sobre el trasero! Menos mal que lo tengo grande. — Después de quitarse las ramas y bellotas que le ensuciaban el borde de la falda, se puso derecha—. ¡En fin, no hablemos más de mí! Venía a ver a la madre Sarah, pero os beneficiaréis vos directamente. El rey, ese truhán, ha ordenado prenderos. No hace ni una hora que me he cruzado con sus hombres, y los he dejado de piedra. Más vale que os mováis de aquí y que os llevéis a la niña. No tardarán mucho en encontraros.

Alejandro despachó enseguida a la criada, para no exponerla a que la encontraran con ellos en caso de cumplirse su predicción. Fue una suerte que lo hiciera, ya que, poco después de perderse de vista su desgarbada silueta, se oyeron ladridos de perro a lo lejos.

Alejandro cogió al vuelo cuanto tenía a mano y pudiera ser de utilidad en el viaje, y lo metió sin orden ni concierto en sus alforjas. Al dirigirse a la puerta, volvió la cabeza una última vez con la sensación de estar olvidando algo. Entonces vio la ropa metida en la chimenea. Dejó las alforjas en el suelo y cogió el pedernal con intención de dar inicio a la quema; pero, justo antes de que chocasen las piedras, Kate dijo:

—¿Y el humo? ¡Los ayudará a localizarnos!

Dándose cuenta de que, por muy pequeño que fuera el fuego, el humo los delataría y facilitaría la caza, Alejandro evitó el impacto. Pensó en dejar las prendas en la chimenea, sin destruirlas. Se quedó un rato indeciso, viendo en su interior los espectros de Alderón, Matthews y Adele.

¡No!, exclamó para sus adentros. No pienso ser responsable de otra muerte. Metió la mano en la chimenea y extrajo la ropa. Después salió corriendo de la casa y, tras fijar a toda prisa las alforjas a la silla de montar, levantó a Kate en vilo y la sentó delante, con la ropa entre los dos. Cabalgaron por el sendero en dirección al prado, mientras Kate exclamaba:

—¡Se oye más fuerte que antes! ¡Deprisa, deprisa!

El caballo estaba descansado, y respondió bien al rudo trato que le infligió el médico; tan bien, que ni siquiera protestó al abandonar la atmósfera plácida del valle y penetrar en el clima más frío del prado que se extendía allende los robles. Al atravesarlo, Alejandro vio que se había removido todavía más tierra en el transcurso de los últimos días. Más muertos, pensó. ¿No acabará nunca? La ropa infectada seguía entre él y Kate. Era una carga odiosa, pero no estaba dispuesto a deshacerse de ella de tal modo que infectara a otros.

De pronto, al penetrar en el campo, vio la tierra recién cavada y supo qué hacer. Detuvo al caballo con un brusco tirón de riendas y saltó a tierra.

—¡Rápido! —exclamó Kate—. ¡El ruido sigue acercándose!

Alejandro oyó ladridos, trompeteos, entrechocarse de armaduras y los gritos de un grupo de hombres que corrían detrás de su presa. Aun a sabiendas de que él y Kate eran el objeto de la cruel persecución, hundió las manos en la tierra fresca y la apartó con un vigor del que no creía disponer. ¡Dios, pensó mientras cavaba a la desesperada, lo bien que me iría ahora la pala de Carlos Alderón! Una vez alcanzada una profundidad suficiente, depositó la ropa en el pequeño agujero y lo cubrió a toda prisa. Tras comprimir la tierra a base de enérgicas pisotadas, se restregó las manos con fuerza y volvió a montar.

Kate soltó un chillido y señaló hacia donde estaban galopando. Al ver que un grupo de soldados emergía del bosque, Alejandro dio media vuelta al caballo y lo azuzó en dirección a los robles. En el momento de pasar entre ellos, no toparon con la resistencia de viento alguno; en cambio, cuando Alejandro volvió la cabeza, se dio cuenta, por cómo giraban las ramas del suelo, de que se estaba formando un remolino. Detuvo al caballo por unos instantes y se fijó en el modo como el viento cobraba intensidad, convirtiéndose por momentos en un tremendo vendaval que hacía volar las ramas más pesadas como simples hojas secas. Al acercarse a los robles, los perros aminoraron el paso y empezaron a gañir, acorralados por el huracán. Los soldados también aflojaron la marcha, y sus caballos se encabritaron, asustados por la tormenta repentina.

Alejandro bendijo al viento con un susurro y volvió a avanzar por el sendero; esta vez, en lugar de detenerse, atravesaron el claro de punta a punta hasta internarse en el

otro lado del bosque. Siguieron galopando hasta que estuvieron seguros de haber dejado atrás definitivamente a sus perseguidores.

Pasaron la noche al raso, en una pequeña extensión de hierba que remataba un alto acantilado de la costa inglesa. Francia estaba al otro lado del canal; por la mañana, apenas lograron distinguirla sobre las aguas, pero Alejandro se sintió atraído por aquellas tierras seguras y acogedoras que le ofrecían un hogar.

Vigorizado por el sueño, metió sus escasas pertenencias en las alforjas, las cuales, una vez cerradas, le dieron la impresión de estar más vacías de lo debido. Volvió a examinar su contenido y se dio cuenta con consternación de que faltaba algo.

Se había dejado el libro en casa de la madre Sarah. Ya no podría volver a buscarlo.

Le pareció triste haber perdido una parte de su vida. Al montar en el caballo y hacer subir a Kate, esperó que quien lo encontrase lo destinara a buen fin. Azuzó el caballo en dirección a Dover, cuyo estrecho pensaban cruzar.

Una nueva vida los esperaba al otro lado.

## EPÍLOGO

Caroline estaba sentada en una mecedora de madera, en el porche de su casa de Massachusetts, viendo jugar a su hija de tres años con un montón de hojas doradas y amarillas. Tenía en el regazo un libro antiguo que le había regalado Janie a su regreso de Inglaterra. De eso hacía cuatro años. El cuero de la tapa estaba reseco y agrietado, y Caroline se sintió culpable por tenerlo en sus manos. Tendría que estar en un museo, se decía cada vez que lo cogía.

Pero después pensaba: Todavía no puedo renunciar a él. Aunque hayan pasado cuatro años, sigo teniéndolo todo muy fresco.

Volvió a hojear el volumen desde la primera página. Seiscientos años, pensó. Es increíble que haya tardado tanto en completarse. La caligrafía del primer autor, tan fina de trazo, le parecía admirable, aunque casi no se distinguía por lo amarillento del papel. Caroline pensó que antaño la gente no hablaba directamente con el ordenador, ni esperaba a que apareciera impresa la página, con redacción clara y concisa y ortografía impecable. En otros tiempos, la gente escribía sobre papel con plumas mojadas en una mezcla de carbón y brea diluida que ennegrecía los dedos, y el esfuerzo de perfilar las letras daba dolor de muñeca. Aquel hombre había escrito sus comentarios como si supiera que un día iban a juzgarlo por ellos.

Recorrió la sabiduría recabada a lo largo de seiscientos años, rostros y palabras que llevaba grabados en la mente tras incontables lecturas. En la última página había un artículo recortado de un ejemplar del *London Times*, cuya fecha coincidía con su semana de convalecencia en Brighton. El texto iba acompañado por la reproducción de una imagen de su cara generada por ordenador; no se mencionaban nombres, pero Caroline no había albergado la menor duda: aquella cara era la suya, y le había bastado verla para saber perfectamente por qué la buscaban.

El recorte estaba un poco arrugado. Se recriminó lo poco cuidadosa que había sido al cerrar el libro por última vez, y se prometió a sí misma que no volvería a suceder. A un museo, volvió a pensar, antes de que sea demasiado tarde.

Releyó el artículo por enésima vez.

*La policía biológica está investigando el paradero de la mujer cuya imagen publicamos. Según la descripción, mide aproximadamente un metro sesenta y es pelirroja; sus ojos son azules o verdes, y su piel clara. Podría tener bastantes pecas.*

Le encantaba lo de las pecas. Si supieran..., pensó. Siguió leyendo.

*... sobre todo en la cara. Lo más probable es que no sobrepase el peso medio. Se*

*cree que es extranjera, probablemente norteamericana, y que viaja con visado a fecha fija. Quien posea información sobre la fugitiva deberá ponerse en contacto con el teniente Michael Rosow, sección del West End de la policía biológica. Las autoridades añaden que nadie debe aproximarse a esta mujer bajo ningún concepto, ya que se la tiene por portadora del agente causal de una enfermedad contagiosa y potencialmente mortal. Ningún miembro de la policía biológica ha querido dar el nombre de la enfermedad en cuestión; el portavoz para la prensa se ha limitado a declarar que la misteriosa afección podría ser «de naturaleza muy seria». Entretanto, las autoridades del Ministerio de Salud han declinado pronunciarse sobre un rumor sin fundamento referente a un supuesto brote de peste bubónica, enfermedad que se suponía erradicada de Londres desde mucho tiempo atrás. Dicho brote habría afectado a los miembros de un clan de marginales; según ese mismo rumor, se habrían tomado medidas para controlar su difusión. Durante las últimas semanas se ha confirmado el fallecimiento de seis personas ajenas a la población marginal, víctimas de una enfermedad o síndrome semejante a la peste. Entre ellas se halla un conocido restaurador londinense. La policía biológica no ha dado a conocer los resultados de la investigación llevada a cabo sobre dichas defunciones, alegando que la causa de las seis muertes todavía está por determinar, y que todo comentario oficial acerca del supuesto brote sería prematuro y podría dar pie a una alarma injustificada.*

¿Supuesto brote? ¡Y un cuerno!, pensó Caroline, cerrando el libro. Yo estaba ahí. De «supuesto» nada. Dejó el libro sobre el asiento de madera de la mecedora y se miró los dedos llenos de cicatrices, estremeciéndose al pensar en lo cerca que había estado de perderlos. Se los pasó por su larga melena pelirroja, disfrutando de su frescura, y pensando, como tantas veces: debería cortármela. Pero a su marido le encantaba, y eso era motivo suficiente para dejarla como estaba.

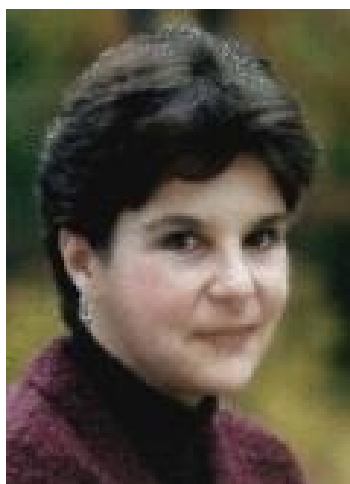
Se estaba poniendo el sol; todo resplandecía bajo la luz dorada del otoño. Caroline llamó a la niña, y vio emerger del montón de hojas unos rizos pelirrojos cubiertos de ramitas.

—¡Sarah Jane Rosow! —exclamó—. ¡Ven aquí!

La niña se acercó brincando por el césped, subió los escalones del porche a toda velocidad y trepó al regazo de su madre.

Caroline besó a su hija en la frente y, después de abrazarla, le colocó el libro abierto encima de las rodillas.

—Mamá quiere contarte un cuento...



ANN BENSON es una escritora norteamericana, autora de varios techno-thriller en los que destacan sus componentes de anticipación científica y los elementos de historia medieval. Ha sido diseñadora de bordados y abalorios durante más de veinte años, y ha trabajado para grandes empresas tales como DMC, Coats y Clark, Leisure Arts, Bucilla y muchos otros.

Ann Benson tenía cuatro best-sellers en el campo del arte del bordado cuando decidió emprender algo totalmente diferente. Combinando la pasión por la historia medieval con su amor por las Ciencias Biológicas, que estudió en Upsala College y la Universidad de Massachusetts, escribió su primera novela, *La plaga (The Plague Tales, 1997)*, que obtuvo un gran éxito entre los aficionados a la ciencia ficción y le supuso dar el salto al mercado internacional.

Vive en Amherst, Massachusetts, donde es miembro electo del comité de la escuela y trabaja como defensora de la alfabetización y la salud pública.

Como miembro de la Back Bay Chorale, ha participado en la primera grabación del John Knowles Paine's St. Peter Oratorio. Es una gran aficionada a la carpintería y construyó (literalmente) la casa en la que ella y su marido viven con sus dos hijas.

# Notas



[1] Centro de Control de Enfermedades. <<

[2] *Hair of the dog that bit you*, en el original. Suele aplicarse a quien sufre de resaca, y supone una invitación a librarse de ella tomando otra copa, es decir, neutralizando los efectos con el propio agente causal. Proviene de una antigua creencia según la cual la mordedura de un perro rabioso podía curarse aplicándole pelos del propio animal. Dada la importancia de esta expresión a lo largo de la novela, y a falta de un refrán castellano equivalente, se ha optado por una traducción literal en detrimento de la naturalidad. (N. del T.) <<

[3] Famosa actriz norteamericana de comedias musicales (1909-1984). (*N. del T.*) <<

[4] Letras de *standards* del musical norteamericano. «Cuando atraveses una tormenta, mantén la cabeza en alto», y «Recuerdo mis cosas preferidas, y ya está». (*N. del T.*)

<<